

HISTORIA UNIVERSAL DE LA IGLESIA

POR

JUAN ALZOG,

DOCTOR EN TEOLOGÍA Y PROFESOR DE EXEGESIS É HISTORIA ECLESIASTICA
EN EL SEMINARIO ARZOBISPAL DE POSEN.

TRADUCIDA AL FRANCÉS

POR

ISIDORO GDSCHLER,

Y

CARLOS FELIX AUDLEY.

Y AL CASTELLANO

POR D. FRANCISCO PUIG Y ESTEVE, PRESBITERO.

TOMO PRIMERO.

Con aprobacion del Ordinario.

BARCELONA:

LIBRERIA RELIGIOSA:

IMPRENTA DE PABLO RIERA,

1852.





ACLARACION VINDICATORIA DE LA LIBRERÍA RELIGIOSA.

Sabido es ya que la LIBRERÍA RELIGIOSA no reparte ninguna obra á sus señores suscriptores sin ser previamente revisada y censurada por el Censor eclesiástico nombrado *ad hoc* por la Autoridad competente. En 1852 dicha LIBRERÍA publicó, traducida del francés, la *Historia universal de la Iglesia* por Juan Alzog, no sin que antes fuera revisada y censurada por el Il^{tre}. Dr. D. José Caixal, Canónigo de la santa Iglesia de Tarragona y actualmente Obispo de Urgel, y en virtud de su censura el Ordinario aprobó y permitió la impresion y circulacion de la mencionada *Historia*. Esta garantía podia y debia tranquilizar, y tranquilizó, á la inmensa mayoría de los señores suscriptores, y lo que lo prueba es la asombrosa prontitud con que quedó agotada la numerosa edicion que se hizo de aquella. Á poco, sin embargo, de haberse publicado hubo por parte de algunas personas (creemos que con buena intencion y religioso celo) quejas y reclamaciones sobre ciertos pasajes y expresiones de la obra del Dr. Alzog, quejas y reclamaciones en fuerza de las cuales el M. Il^{tre}. Sr. Vicario General, Dr. D. Ramon de Ezenarro mandó en 1853 al entonces nombrado Censor P. M.^o Clotet, revisara de nuevo dicha obra antes de proceder á su reimpression. Cumpliólo así el P. M. Clotet, y hé aquí cómo se expresa al dar parte de su trabajo á aquella Autoridad en 7 de febrero de 1854.

Al Muy Iltre. Sr. D. Ramon de Ezenarro, Pbro., Dr. en Jurisprudencia, Dignidad de esta santa Iglesia y Vicario General del Excmo. é Ilmo. Sr. D. José Domingo Costa y Borrás, Obispo de Barcelona.

Muy Ilustre Señor :

«En cumplimiento de la comision que V. S. se dignó hacerme de «examinar la *Historia eclesiástica* de Juan Alzog á causa de algunas «preocupaciones y observaciones poco favorables que sobre ella se «habian hecho, la he leído detenidamente y con toda escrupulosidad, y no he hallado en ella cosa alguna contraria á los dogmas sagrados, sana moral y pura doctrina de nuestra santa Religion. El catolicismo del Autor es bien patente y manifiesto en todas sus páginas, y si bien como fiel historiador no omite aquellas tristes verdades que en varias épocas han afligido á la Iglesia, nada dice que no sea afirmado por los mas célebres y piadosos escritores de historia eclesiástica, que le han precedido. Por lo demás la *Historia* de Alzog es digna de todos los elogios por haber su autor recogido con la mayor claridad, erudicion y abundancia de doctrina en cuatro breves volúmenes cuanto los demás exponen en obras muy voluminosas.

«Por tanto soy de parecer, que nada puede obstar á que se conceda á la LIBRERÍA RELIGIOSA la facultad de reimprimirla, traducida en nuestro idioma, para satisfacer al deseo de sus asociados, deseo que es otra prueba del mérito de la obra por la buena acogida que se ha merecido del público ilustrado.

«Barcelona 7 de febrero de 1854.

«JOSÉ JACINTO CLOTET, *Pbro. y Mtro. en sagrada Teología, de la Orden de Predicadores.*»

Reimprimase. — DR. EZENARRO, V. G.

Esto hubiera sido ya sobradamente suficiente para alejar todo temor con respecto á la lectura de la obra de Alzog, pero queriendo el Muy Iltre. Sr. Provisor desvanecer asimismo hasta la menor sospecha de los errores que se imputaban á aquel historiador, procu-

róse de los que se los atribuian una série de apuntes expresivos de los cargos que se hacian al célebre escritor alemán, entregándoselos al P. M. Clotet para que respondiese á ellos. Dicha série es como sigue :

APUNTES.

I. «En el tomo I declama contra las propiedades de la Iglesia, «ponderando los felices tiempos de los primeros cristianos.»

II. «Se observa en general, que cuando habla del Sumo Pontífice, suele tan solo decirle, *Obispo de Roma.*»

III. «De Constantino el Grande, dice: que al salir del templo «del Dios verdadero iba al de los dioses falsos, sin hacer distincion «de la época anterior y posterior á su conversion.»

IV. «En el tomo II, pág. 16, dice: que los templos de los paganos fueron destruidos violentamente *por instigacion de monjes poco «ilustrados*, que es cabalmente lo mismo que han instigado algunos «Santos.»

V. «En la pág. 126 se olvida del Romano Pontífice, hablando de los Concilios ecuménicos, en el punto mas interesante que «es la aprobacion.»

VI. «En la pág. 267 dice: que los papas Gregorio II y III decian á los Iconoclastas, que los Cristianos no adoran las imágenes «como los paganos.»

VII. «En la pág. 305 dice: que la independencian de la Iglesia «acababa de nacer cuando se publicaron las Decretales de Isidoro «Mercador.»

VIII. «En la pág. 317 asegura que Gregorio VII fue acusado «de incesto, adulterio, blasfemia y asesinato, y depuesto por un conciliábulo reunido en Roma.»

IX. «En la pág. 414 ensalza entre los teólogos al patriarca Focio sin hacer mencion de sus grandes desvarios.»

X. «En el tomo III, pág. 210 se ensaña contra los Templarios «inclinándose al bando contrario mas de lo que aconseja la sana «critica.»

XI. «En la pág. 277 aplica al heresiarca Hus una frase que solo «cuadra bien á los Mártires de Jesucristo.»

XII. «En la pág. 320 dice: que santo Tomás atacó el dogma «de la Inmaculada Concepcion, cosa que aun no está definida como «dogma.»

XIII. «En la pág. 245 asegura que el concilio de Basilea ponía «en venta indulgencias; y en la 335 dice, que la venta formal de «indulgencias fue autorizada por el papa Julio II. Exagera mucho «los desórdenes de los Obispos y de los Sumos Pontífices.»

XIV. «Hay otras muchas cosas que, si bien aisladas no merecen una severa censura, reunidas y dispuestas del modo que lo hace Alzog, inspiran cierto espíritu protestante, nada conveniente á «la juventud que se dedica á estudios históricos.»

Veamos ahora la respuesta del sábio y recto Censor eclesiástico á cada una de esas que podemos llamar objeciones contra una obra que ni en Alemania ni en Francia ha merecido, que sepamos, á su ilustre Autor la mas leve sospecha de protestantismo:

«Muy Ilustre Señor:

«He leído los *Apuntes* que V. S. se sirvió enviarme sobre la *Historia* de Alzog, que la LIBRERÍA RELIGIOSA publicó traducida al idioma español en 1852, y que ahora trata de reimprimir á petición de «muchos de sus suscriptores. Algunas cosas que allí se apuntan no «me pasaron por alto cuando por comision de V. S. leí dicha *Historia*; pero ví que eran verdades, aunque amargas, y el historiador fiel no debe callarlas. Con todo, para mayor satisfaccion de V. S. «y de la LIBRERÍA RELIGIOSA, he hecho algunas observaciones sobre «dichos *Apuntes*, de las que parece resultar, que la *Historia eclesiástica* de Alzog no merece la censura que algunos han querido darle, «y mucho menos que contenga cosa alguna que pueda impedir su «reimpresion.»

OBSERVACIONES SOBRE LOS APUNTES.

I. En primer lugar he de advertir, que por mas que con todo cuidado he buscado lo primero que se apunta del tomo I, á saber, que Alzog *declama contra las propiedades de la Iglesia*, no me ha sido

posible encontrarlo ¹ por no estar citada la página ó párrafo. Por tanto, si se me hace la gracia de indicármelo, podré emitir mi juicio, y quedará agradecido á la fineza.

II. Apúntase luego despues que en el mismo tomo I *se observa en general que cuando habla del Sumo Pontífice, suele tan solo decirle Obispo de Roma.*

Efectivamente es así; pero es preciso observar igualmente, que en dicho tomo I trata de la primera época de la Iglesia, durante la cual muchas cosas se expresan con mas propiedad dando al Sumo Pontífice el título de *Obispo de Roma*. Muy extraño sería, ó por lo menos no tan propio, que al tratarse en dicha época de recursos, de disputas sobre la primacia, etc., se le diera el título de *Papa*, porque, segun el uso de aquella época, equivaldria á decir: recurrieron al *Obispo*, etc., pues muy sabido es que entonces el nombre *Papa*, como igualmente el de *Apostolus*, *Praesul*, etc., se daba indistintamente á todos los Obispos. «Praesulibus quidem omnibus, dice «Tomasini, tomo I, lib. 1, cap. 4, communia fuisse nomina Papae. «Apostoli, Praesulis... sed ea tamen jam tum singulari quadam cum «honoris praerogativa Romano Pontifici attributa sunt.» Y esto último no sucedió hasta la mitad de la segunda época. Así es que Alzog despues de la época primera da SIEMPRE al Pontífice Romano el título de *Papa*, y se puede desafiar á cualquiera á que cite un solo hecho en contra ².

¹ Lo propio ha sucedido al actual Censor de la LIBRERÍA RELIGIOSA á pesar de haber recorrido detenida y expresamente todo el primer tomo. Cítese la página ó el párrafo en que se halla lo que se objeta, y si el P. M. Clotet no puede ya emitir su juicio sobre el particular por haber sido víctima del cólera en 1854, á hacérsele igual gracia podrá el Censor actual emitir el suyo, á mas de quedar, como lo hubiera quedado aquel, agradecido á tal fineza.

(Nota del actual Censor de la LIBRERÍA RELIGIOSA).

² Á ser justo lo que se echa en cara á Alzog de llamar tan solo *Obispo de Roma* al Sumo Pontífice durante la primera época, igual reproche podrémos y tendrémos que dirigir á los historiadores eclesiásticos Sócrates, Sozomeno, Engelhardt, Mareinecke y otros, pues le dan el mismo título. (Véanse las notas 1.^a y 2.^a del § CXXX, pág. 121 del tomo II de Alzog, como tambien la nota 4.^a de la pág. 123). Y ¿qué tiene de extraño ni vituperable el que un historiador verdaderamente católico llame por entonces al Sumo Pontífice *Obispo de Roma*, cuando en los mismos Concilios se le llamaba así, cuando el mismo Osio, el grande Osio de Córdoba (¿le tildarémos de protestante á este?) en el

Ni aun á los Sumos Pontífices del primer período deja de darles el título de *Papa* siempre que el contexto de su narracion lo permite. Así da el nombre de Papa á san Clemente en la pág. 186, en la 322 á Aniceto; en la 41 del tomo II á san Silvestre, en la 45 á Julio I, y esto por cuatro veces, dándole además en la misma página el título de Pastor supremo de la Iglesia universal y el de Jefe de la Iglesia. Llama *Papa* á Liberio dos veces en la pág. 46, y tres en la 48; á san Dámaso le da por dos veces igual título en la página 52... En fin, si muchas veces llama *Obispo de Roma* al Sumo Pontífice por la razon ya expresada, no hay ciertamente por qué censurarlo, pues en el mismo tomo establece y defiende muy vigorosamente su supremacía sobre todos los demás Obispos. (*Véase la página 296 del tomo I, y la 120 del II*).

III. Se ha notado igualmente que: «De Constantino el Grande «dice Alzog, que al salir del templo del Dios verdadero iba al de «los dioses falsos, *sin hacer distincion de la época anterior y posterior «á su conversion.*»

La edicion de la LIBRERÍA RELIGIOSA, tomo II, pág. 7, dice: «Si «por una parte mandaba (Constantino) reedificar las iglesias cristia- «nas arruinadas durante la persecucion; por otra no dejaba arruinarse «á los templos de los paganos, y *aun seguia tomando parte en los sa- «crificios.*» Que Alzog habla aquí de Constantino en la época anterior á su conversion es manifesto; ni tenia necesidad de explicarlo, pues bastante claro se ve en lo que inmediatamente sigue: «Y si llegó á «demostrar una señalada predileccion por el Cristianismo fue cuando «se hubo fortificado su fe, y sobre todo despues de la victoria defi- «nitiva alcanzada sobre Licinio.» Parece que no podia ser mas explícito para dar á entender que en sus primeras palabras hace alusion á la época anterior á su conversion, ó sea, á la época anterior á la victoria definitiva alcanzada sobre Licinio. Váyase leyendo lo que sigue á las últimas palabras citadas, sobre las leyes que dic-

sínodo Sardicense en los solos cánones 3.º y 7.º por cuatro veces no le da otro título que el de *Episcopus Romanus*? (*Véase la nota 1.ª de la pág. 122 del mismo párrafo*). Lo esencial no consiste en este título, sino en reconocer en el *Obispo de Roma* EL PRIMADO DE HONOR Y DE JURISDICCION, y este Primado lo reconoció Osio, lo reconocieron los Concilios, lo reconocieron dichos historiadores, y lo reconoce Alzog. (*Idem*).

tó, y lo que hizo en favor del Cristianismo, y cualquiera podrá convencerse de la gran distincion que hace Alzog entre la época anterior á la conversion de Constantino y la en que llegó á ser único dueño del imperio, que es la que debe considerarse como posterior á su perfecta conversion. Digo *perfecta*, porque como observa el cardenal Baronio (*ad ann. 312*) de tal modo cultivó Constantino la religion cristiana, *que no dejó luego todo lo que es contrario á la piedad*: «*Quibus vides, dice, Constantinum eo tempore colere coe-*»
«*pisse Christianam religionem, ut non confestim cuncta spreverit quae*»
«*fuerant pietati adversantia, sed quae Gentium essent, ex iis aliqua*»
«*tolerasse, atque ex parte coluisse ac suscepisse quae ex optima mo-*»
«*rum institutione sibi gloriam comparassent, à cunctisque paritèr*»
«*in honore haberi cognosceret.*» Siendo esto así, no seria tan reprehensible Alzog aunque no hubiese hecho *ninguna distincion entre la época anterior y la posterior á la conversion de Constantino.*

IV. Sobre la pág. 16 del tomo II se nota: «Que los templos de los paganos fueron destruidos violentamente por instigacion de monjes poco ilustrados, que es cabalmente lo mismo que han instigado algunos Santos.»

En la edicion de la LIBRERÍA RELIGIOSA, pág. 16 del tomo II, se lee: «Los templos, destruidos á veces por instigacion de monjes poco ilustrados no fueron protegidos por la ley, quedando sin efecto la apología que de ellos hizo Libanio.» Las demás palabras sobre la *instigacion de algunos Santos*, no están: antes al contrario hace ver Alzog que los Santos reprobaban semejantes violencias¹, pues añade: «De esta suerte, en todas partes, y con demasiada frecuencia se olvidó ó desatendió el consejo de san Crisóstomo: No es con la opresion y la violencia como los Cristianos deben destruir el error.»

Adviértase que Alzog refiere allí los grandes beneficios que Teodosio el Grande hizo á la Iglesia, y entre ellos el de que los templos

¹ Y el concilio de Elvira (cerca de Granada) celebrado á principios del siglo IV, prohibió que se considerase como mártires á los que cometiesen la temeridad de romper los ídolos y fueran muertos en el acto. Alega el Concilio, con mucha razon, que no encontraba autorizada esta agresion ni en la sagrada Escritura, ni en la conducta de los Apóstoles. — *Si quis idola fregerit, et ibidem fuerit occisus; quatenus in Evangelio scriptum non est, neque invenitur sub Apostolis unquam factum, placuit in numero eum non recipi martyrum.* (Cánon 60). (Idem).

destruidos á veces violentamente, no fueron protegidos por la ley. Advuértase tambien que media una gran diferencia entre decir absolutamente: *Los templos de los paganos fueron destruidos violentamente*, etc., como se le hace decir á Alzog, y decir: *Los templos destruidos á veces violentamente*, etc. Esto es lo que Alzog afirma. Y nada tiene de extraño que así sucediese *alguna vez*, atendido el entusiasmo que despertaria la abierta proteccion de Teodosio; y que *alguna vez* así sucedió lo dan á entender las citadas palabras de san Crisóstomo y el hecho que refiere Alzog, sacado de los historiadores Sócrates, Teodoreto, Sozomeno y Rufino. (*Véase la nota 1.ª de la página 17 del tomo II*).

Por fin que diga que aquello fue por instigacion de monjes *poco ilustrados*, nada tiene tampoco de extraño, porque es de creer que entonces como ahora los habrá habido sábios é ignorantes. Y si bien dice que en el hecho que cita de Alejandría *tomó parte el mismo Teófilo*, celosísimo Obispo de aquella ciudad, no por esto se le puede hacer decir: *que es cabalmente lo que han instigado algunos Santos*.

V. Tambien se ha notado que: «Hablando de los Concilios ecuménicos, se olvida de lo mas principal, cual es la confirmacion del «Papa.» Sobre esto basta advertir que en el § precedente acababa de establecer la PRIMACÍA del Papa, con *el derecho de aprobar y confirmar los Concilios universales* ¹.

VI. La dificultad que se supone en el *apunte* sobre la pág. 267 del mismo tomo II, esto es; «que los papas Gregorio II y III decian á los Iconoclastas, que los Cristianos no adoran las imágenes como los paganos,» desaparece si se leen las palabras precedentes. Dice así Alzog: «Juan Damasceno... justificó el uso razonable de las imágenes, y los papas Gregorio II y III protestaron contra la acu-

¹ Léanse, en efecto, las páginas 123 y 124 con sus respectivas notas, y dígame de buena fe si se puede inculpar con razon á Alzog del descuido que al tratar de los Concilios maliciosamente se le atribuye. Este descuido probaria, cuando mas, falta de método en dicho autor por no tratar las cosas en su lugar; pero de esto al malicioso *olvido* que se le atribuye *en el punto mas interesante* hay una inmensa distancia. ¿Tendrá que repetir un autor en la pág. B lo que acaba de tratar *ex professo* y establecer de un modo irrefragable en la pág. A, so pena, de no hacerlo, de pasar por sospechoso de error?... Esta especie de recriminaciones dan involuntariamente á pensar que (no afirmamos que así sea) el que las formuló, no lo hizo con la mejor buena fe. (*Idem*).

«sacion dirigida á la Iglesia de haber sufrido ó favorecido, durante «años enteros, el culto PURAMENTE IDÓLATRA.» Supuesto esto ¿qué extraño es que los papas Gregorio II y III dijese á los Iconoclastas que los Cristianos no adoran las imágenes *como los paganos*? Yo no sé ver en esto ningun error, ni cosa alguna digna de censura. Los citados Papas dijeron puntualmente lo que dijo despues el concilio Tridentino en la sesion 25 *de invocatione et veneratione Sanctorum* como muy bien lo hace observar el Autor en la nota 2.^a de la misma página. Pero ¿qué necesidad hay de cansarse en esto? ¿Quién ignora la diferencia que hay entre el cristiano y el idólatra ó pagano sobre el uso de las imágenes? ¡Qué! ¿por ventura dichos Papas habian de decir que los Cristianos *adoran* las imágenes *como* los paganos ¹?...

VII. Se añade que en la pág. 305 dice: «Que la independencia de la Iglesia acababa de nacer cuando se publicaron las Decretales de Isidoro Mercador.» Podrá ser que Alzog se equivoque sobre la época de dicha publicacion: en esto yo no quiero entrar. Cada cual tiene su opinion. Pero, supuesta su asercion, ¿quién podrá negar que la independencia de la Iglesia acababa de nacer entonces, sin negar tambien todo lo que Carlo Magno acababa de hacer para la exterior organizacion de la Iglesia, y para que el poder del Papa y el de los Emperadores estuviesen en armonía, que es en lo que consiste la libertad é independencia de la Iglesia? Fijada así la época de la mencionada publicacion, no dice mal Alzog afirmando que la independencia de la Iglesia acababa de nacer entonces. Si padece error en fijar aquella, no por esto su historia deberá ser despreciada. Pocas podrán citarse que no contengan alguna *opinion* falsa ó dudosa.

VIII. Sobre la pág. 317, tambien del tomo II, se apunta: «Asegura que Gregorio VII fue acusado de incesto, adulterio, blasfemia y asesinato, y depuesto por un conciliábulo reunido en Roma.»

El hecho de la acusacion y deposicion de aquel santo Pontífice, es uno sobre el cual convienen todos los historiadores, hablando de los desgraciados acontecimientos ocurridos entre Gregorio VII y Enrique emperador y rey de Alemania, en ocasión del derecho de las

¹ ¿Cómo rechazaríamos entonces la calumniosa nota de *idólatras* con que nos regalan los señores Protestantes?
(*Idem*).

investiduras. Lo refieren los autores que Alzog cita. Graveson dice lo mismo, solo que pone el conciliábulo en Brixia, y despues añade que fue celebrado otro en Maguncia, y otro en Worms, todos contra Gregorio, de quien dice que: *multorum criminum falsò insimulatus est*. Tambien dice que Enrique *Gregorium Romae in custodiam detrussit, Guibertum, Ravennensem quondam Episcopum, antipapam apud Brixiam creavit*. El Ilmo. Sr. Amat refiere lo mismo en su Historia eclesiástica: «Treinta Obispos, dice, y varios señores de Italia y de Alemania hicieron el atentado de deponer á Gregorio (VII) «y elegir papa á Giberto, arzobispo de Ravena.» Despues añade: «Estas acaloradas pretensiones (del Papa y de Enrique) se sostenian «no solo con las armas, sino tambien con razones en concilios y ««critos.» Con lo cual da á entender que hubo varios conciliábulos contra Gregorio, que es lo que dicen los demás. Con respecto á los delitos de que Gregorio VII fue injustamente acusado, hé aquí lo que dice Natal Alejandro hablando del conciliábulo en que aquel fue depuesto: *In quo pluribus in Gregorium atrocissimis calumniis confictis*, etc.¹.

IX. En órden á la pág. 414 del propio tomo se nota que: «Ensalza entre los teólogos al patriarca Focio, sin hacer mencion de sus «desvarios.»

Proponiéndose Alzog en el § CCIX tratar de la ciencia y no del cisma de los griegos, justo era que ensalzase entre los teólogos al patriarca Focio, pues no puede negarse que por su ciencia merece entre ellos un lugar muy distinguido. Y ¿cómo extrañar que en dicho § *no haga mencion de sus desvarios*, cuando acaba de hacerla extensamente en el anterior § CCVII? ¿Era necesario ni regular repetir lo mismo de Focio cada vez que ha de nombrarlo?²

X. Del tomo III pág. 210 dice: «Que se ensaña (Alzog) contra «los Templarios.»

¹ Si se culpa á Alzog por habernos dicho simplemente que Gregorio VII fue acusado de incesto, de blasfemia, etc., y depuesto *ilegalmente* en y por un conciliábulo, no vemos cómo poder disculpar á los Historiadores sagrados, quienes nos dicen que el mismo Jesucristo fue acusado de impostor, de seductor y de blasfemo. (Idem).

² ¿Y era necesario ni aun regular que Alzog dejase, al hablar *exclusivamente* de la ciencia de los griegos, de ensalzar á Focio entre los teólogos de la Grecia, cuando su *Bibliotheca* y su *Nemocanon* le habian valido allí la reputacion de teólogo eminente? (Idem).

Lo que dice Alzog es: «El Pontifice... tuvo que abandonar los «Templarios á Felipe. Eran acusados de herejes, inmorales, y de «oponerse á los Obispos y á los Príncipes.»

Ya que hablaba de ellos no podia decir otra cosa, porque esta es una verdad histórica confesada por los mismos defensores de los Templarios. Yo no sé ver en esto nada que pruebe que Alzog *se ensaña contra los Templarios*. Tampoco lo que sigue prueba la *saña* de Alzog contra aquellos caballeros; dice: «Un número bastante considerable ¹ de sus individuos confesaron la justicia de estas acusaciones,» porque esto es tambien otra verdad consignada en la historia. Hasta el Gran Maestre, el Visitador y otros dos caballeros franceses, cuyas causas principales el Papa habia reservado para sí cometiénolas á tres Cardenales, confesaron los delitos atribuidos á su Orden, si bien es verdad que posteriormente retractaron su confesion.

Añádese en el *apunte*: «Inclinándose al bando contrario mas de «lo que aconseja la sana crítica.» Esto se le achaca sin duda á Alzog porque dice que: «Un número bastante considerable de sus individuos confesaron la justicia de estas acusaciones, *que han sido plenamente demostradas* en los tiempos modernos.» Léanse y pondérense bien las citas de la nota 2.ª de la misma página, y se verá que bastante campo abre al lector para formarse un recto juicio sobre el particular. Por lo demás, tampoco es extraño que se incline Alzog al *bando contrario*, no faltando autores de bastante autoridad que iensen del mismo modo ².

XI. Pasando á la pág. 277 del mismo tomo III. se nota que: «Aplica al heresiarca Hus una frase que solo cuadra á los Mártires «de Jesucristo.» Efectivamente dice así: «Y sufrió con todo el valor «de un Mártir su sentencia.» Si esta expresion se toma aislada, verdaderamente suena como dice la censura; pero si se considera en union con lo que precede pierde su deformidad, y se ve claramente que solo quiere decir lo que dicen los demás historiadores, á sa-

¹ 140 en París ante el Inquisidor, y 72 en Poitiers en presencia del papa Clemente V. (Idem).

² Entre otros, opina por la culpabilidad de los Templarios el abate Bergier en su *Diccionario de Teologia*. (Véase dicho *Diccionario*, verbo — *Templiers*). (Idem).

ber : que sufrió su sentencia con tanto valor y serenidad *como si fuese un Mártir*. Anteriormente , para poner en claro la justicia de aquella sentencia , habia dicho Alzog : « Allí (en el concilio de Constanza) « se pronunció la sentencia ¹ que se pronunciaba contra todo hereje ; « *sentencia demasiado justificada por el comportamiento sedicioso de « Hus.* » Luego , haciendo distincion entre los *verdaderos y falsos* reformadores , pone por ejemplo de los primeros á san Pedro Damiano , san Bernardo , á Petrarca y santa Brígida ; y de los segundos á Hus , añadiendo : « La Iglesia sabe perfectamente distinguir entre el « reformador y el que de reformador solo toma el nombre. Si alguno « se muestra perfectamente instruido en las cosas de Dios : si ha dado pruebas incontestables de que su vida está de todo punto conforme con su doctrina : si en todo prueba el desprecio que tiene de « sí mismo , y empieza por reformar sériamente su propia alma... entonces la Iglesia le reconoce el derecho y el deber de reanimar la « vida comun de los fieles. Si al contrario , no cumple con estas condiciones : *si únicamente tiene pomposas palabras que ofrecer* , se le deja entregándole al desprecio que se merece. EN ESTE CASO SE ENCONTRÓ JUAN HUS , y sufrió con todo el valor de un Mártir su sentencia. » Si se hallaba , pues , Juan Hus , segun Alzog , en el caso de los que *solo tienen pomposas palabras que ofrecer* , claro está que al decir que sufrió *con todo el valor de un Mártir su sentencia* , solo quiere decir , que su valor y su firmeza , si bien nacidos del fanatismo , fueron semejantes al valor de un Mártir. Esto es tan claro , que no hay el menor peligro de que nadie pueda equivocarse.

Alzog dice , pues , en esta su expresion lo que los demás historiadores cuando aseguran , que Juan Hus iba al suplicio con paso firme y rostro sereno , cantando salmos y orando con fervor , y que al encenderse la hoguera dijo en alta voz : *Jesucristo , Hijo de Dios vivo , ten misericordia de mí*. De tal modo , que al ponderar el Sr. Amat en su Historia eclesiástica el valor y firmeza de Hus , dice : « Prueban

¹ La sentencia fulminada por el concilio de Constanza contra Juan Hus no fue la de muerte. El Concilio no hizo mas que censurar su doctrina , condenar sus libros al fuego , y á él á la degradacion eclesiástica , entregándolo en seguida al Emperador , quien á su vez lo entregó al magistrado de Constanza , saliendo Hus condenado á la hoguera por sedicioso y autor de varias , públicas y graves violencias.

(Idem).

«que el fanatismo y la vanidad remedan alguna vez la constancia de los verdaderos Mártires.» De esto á decir que Hus murió con todo el valor de un Mártir, no es tanta la diferencia, ó á lo menos da á entender que la expresion de Alzog puede en algun modo *cuadrar* á los que no son mártires de Jesucristo, y solo mueren por el fanatismo y la vanidad, como Juan Hus.

Con todo, para quitar escrúpulos, en la nueva edicion se pondrá así: «Y con un valor que si hubiese sido por mejor causa podria decirse de un Mártir, sufrió su sentencia, etc.»

XII. En el *apunte* sobre la pág. 320 se lee: «Dice que santo Tomás atacó el Dogma de la Inmaculada Concepcion, cosa que aun no está definida como dogma.»

Es de advertir que en dicho lugar no se lee la palabra *Dogma*. Dice así: «Santo Tomás de Aquino y toda la Orden de Dominicos atacaron la *verdad dogmática* de la Inmaculada Concepcion.» Estando á la fuerza y significado de las palabras, *Dogma* es la verdad revelada por Dios, declarada y propuesta por la Iglesia para nuestra creencia, mas claro, es un artículo de fe; *verdad dogmática* empero es cualquiera proposicion que pertenece al dogma, aunque no sea declarada ni propuesta por la Iglesia á nuestra creencia. Tales son, v. g., las conclusiones que los teólogos sacan de los principios de la fe ó del dogma sobre los misterios de nuestra santa Religion. Asi llamamos Teología dogmática aquella ciencia que deduce estas verdades, y decimos que todo lo que trata ó contiene es *materia dogmática*, aunque no sean mas que verdades muchas ciertas, otras solamente probables sacadas todas del *Dogma*. Esto está muy conforme con el significado que el Diccionario de la Academia da al adjetivo *Dogmático*, *ca*. Dice: «*Dogmático*, *ca*, *adj*. Lo que pertenece á los dogmas de la Religion.» Claro está, pues, que la verdad de la Inmaculada Concepcion podria llamarse, como la llama Alzog, *verdad dogmática*, aunque no estuviese todavía *definida como dogma*.

XIII. Sobre lo que se nota de asegurar Alzog en la pág. 245 que: «El concilio de Basilea ponía en venta las indulgencias,» y en la pág. 335 que: «La venta formal de indulgencias fue autorizada por el papa Julio II,» solo diré, que del concilio de Basilea no faltan autores que lo aseguran, y no seria extraño que así hubiese sucedido en las últimas sesiones, cuando, mas bien que Concilio, era

Synágora Satanae, como le llama Torquemada. Otros excesos cometió no menos notables que la *venta de indulgencias*, tales como declarar ser verdades de fe católica unas proposiciones que contenían la *superioridad del Concilio sobre el Papa*; declarar como *hereje y cismático* al papa Eugenio, deponerle como tal, y elegir en su lugar á Amadeo, duque de Saboya, que tomó el nombre de Félix V.

En órden á lo de Julio II, no sé, por ahora, decir otra cosa sino que tal vez dirá Alzog que aquel autorizaba la *venta formal de las indulgencias*¹, porque ocupado en otras cosas no impedía los abusos en aquella materia, que no puede negarse los hubiese.

Para quitar toda ocasion de ofender los oídos piadosos, uno y otro pasaje se retocará en la nueva edicion.

XIV. Por fin se le hace cargo á Alzog de que: «Exagera mucho «los desórdenes de los Obispos y de los Papas.»

Que los cuenta sin rebozo es una verdad; pero yo no sé ver exageracion en sus narraciones. Por desgracia los desórdenes han sido tales, que es imposible que un historiador hable de otro modo que Alzog². Si se le quiere hacer cargos porque habla claro y dice la verdad, diré de él lo que el docto Graveson dice del cardenal Baronio: «Quod Baronius vitia et pravos mores quorundam Romanorum

¹ Esta expresión de Alzog es ciertamente exagerada, y como tal no puede justificarse. Lo que hay de cierto es, que queriendo Julio II (gran protector de las bellas artes) que Roma tuviese un templo que sobrepusase en magnificencia al de Santa Sofía de Constantinopla, y fuese el mas hermoso del universo, *hizo publicar indulgencias plenarias en favor de aquellos que contribuirían á su construccion*. Lo mismo hizo despues Leon X en favor de todos los que contribuyesen á los gastos de la guerra contra los Turcos. Pero esto de ningun modo puede llamarse *venta*. (Idem).

² ¿No sería peor el callarlos? *Major erit confusio voluisse celare, cum celari nequeat*. (Bernard. ep. 42 ad Henric. episc. senon.). Y sabiéndolos los enemigos de la Iglesia, ¿qué respondería el hijo de esta cuando se los echasen en cara?... «Hay almas candidas y puras, dice La Fuente, autor de las *Adiciones* «á la *Historia* de Alzog con respecto á la Iglesia de España, que se alarman «con la pintura de tales extravíos: tales sujetos, harto afortunados si su candor «es verdadero, deben renunciar al estudio de la Teología moral, del Derecho «canónico y de la Historia eclesiástica: deben contentarse con la lectura del «*Año Cristiano*, en que solamente se narran las virtudes y glorias de los varones esforzados de la Iglesia. La historia describe lo bueno y lo malo; aquello «para elogiarlo, esto para enseñar á evitarlo, etc.» (Idem).

« Pontificum, qui X Ecclesiae saeculo Romanam Sedem occuparunt, aut invaserunt, non dissimulaverit, non venali sed sincero animo descripserit, culpari minimè debet, *cum in hoc partes expleverit optimi historici.* » Y si esto no basta, añadiré que, muy distante está Alzog de hablar en los términos con que se expresa el mismo piadoso Graveson, diciendo: « Ultrò itaque cum Cardinali Baronio fateri debemus, nonnullos ¡proh dolor! extitisse X Ecclesiae saeculo Romanos Pontifices (*nec enim id ullo pacto dissimulare licet*), à quibus magnam labem passa est Romana Sedes, eorumque pravis moribus infusata fuit, ut actum penitus fuisset de illa sanctissima Sede, si monstris violari atterive potuisset. »

NOTA.

En cuanto al último cargo, « Hay otras muchas cosas, que, etc. » (véase la pág. 4) con que termina sus *Apuntes* el autor de ellos, nada dejó escrito el docto y juicioso P. M. Clotet; pero con decir en su *Censura* (véase la pág. 2), que el catolicismo de Alzog es bien patente y manifesto en todas sus páginas, rebata suficientemente la acusacion de que su Obra *inspira cierto espíritu protestante*. El Ilmo. é ilustrado Sr. Obispo de Urgel, quien revisó tambien dicha Obra, fue del mismo parecer que el P. M. Clotet, y el actual é infrascrito Censor de la LIBRERÍA RELIGIOSA es del mismo parecer de entrambos.

Barcelona 27 de octubre de 1855.

FR. JAIME ROIG, Pbro., Lector en Filosofía, de la
Órden de Carmelitas Calzados exclaustrados.

ADVERTENCIA.

Se está reimprimiendo dicha HISTORIA UNIVERSAL DE LA IGLESIA, y tanto á ella que, al igual de la primera edicion, constará de 4 tomos, como á la HISTORIA ECLESIASTICA DE ESPAÑA que constará de 3, se admiten suscripciones á 7 reales uno en rústica y 11 en pasta en los mismos puntos donde tiene encargado la LIBRERÍA RELIGIOSA

PRÓLOGO

DE LOS

TRADUCTORES FRANCESES.

Es muy raro que se lea un prefacio, y mucho mas raro todavía que merezca igual fortuna un prólogo del traductor: este doble motivo hace que nos propongamos ser muy sobrios. Por otra parte, la historia cuya traduccion presentamos al público se recomienda por sí misma lo muy suficiente para que tenga necesidad de nuestros elogios. La boga y el éxito que ha alcanzado en Alemania es una segura garantía del que le espera en Francia. La obra de M. Alzog ha merecido ya al otro lado del Rhin los honores de tres ediciones.

Semejante fortuna, poco comun cuando se trata de obras profundas y graves, y aun mas que esto, el interés positivo, la sólida instruccion, y las miras claras y transcendentales que hemos encontrado en su lectura nos han inspirado de mucho antes el ardiente deseo de verla traducida y propagada en Francia.

Pero después de haber esperado en vano que plumas mas hábiles que la nuestra se encargasen de esta traduccion , al cabo nos hemos decidido á emprenderla. Como las dificultades eran muchas , no deben de ser pocas las imperfecciones ; mas esperamos que se nos dispensen en gracia de nuestro celo.

Cuando se registra la historia de la Iglesia ; cuando se considera que no existe una sola nacion de la tierra que durante diez y ocho siglos no haya estado sometida al influjo de su accion maravillosa y de su poderosa virtud , se llena verdaderamente de confusion el espíritu en vista de la grandeza del conjunto , y de la enorme copia de pormenores que es preciso abrazar.

Si por una parte el historiador se detiene en los pormenores , corre el riesgo de fatigar al lector en una época en que son muy pocos los que desean la verdad con el suficiente ardor para digerir los Anales de Baronio , compulsar las colecciones de Labbe y de Harduino , y estudiar con aprovechamiento al juicioso Tillemont, ó cuando menos leer simplemente al terso y apasionado Fleury.

Y si se quiere solo abrazar el conjunto , entonces queda reducida la historia á las proporciones de un manual , tanto mas inconveniente en la de la Iglesia , cuanto que su irrefragable certidumbre descansa en los innumerables y auténticos documentos que confirman la perpetuidad y la pureza de su fe. Ni ¿ cuál seria el cristiano ,

verdaderamente estudioso, que quisiese renunciar de buen grado á las modernas conquistas de la exegesis católica? Y ¿cuántos que tengan el vagar necesario para consagrarse á la adquisicion de tesoros, enterrados casi todos ellos en los arcanos de las academias y las universidades?

En nuestro concepto, el libro de M. Alzog satisface admirablemente las exigencias de nuestra época.

No es tan voluminoso que pueda arredrar al seglar, ni tan reducido que no sea bastante á ilustrar al sacerdote y ayudarle en el ejercicio de su ministerio. Á las profundas investigaciones de la erudicion alemana, reúne las extensas miras y el atrevido vuelo de una inteligencia vigorosa y libre, siquiera sumisa siempre á la sagrada autoridad de donde procede la ciencia religiosa. Su narracion camina con rapidez, no obstante las numerosas citas originales que apoyan al texto, y sin que se advierta en ella languidez ó desabrimiento. El dogma, la disciplina, la arqueología, el arte cristiano, los hechos generales, la biografía de los varones ilustres, todo esto se liga y se encadena en ella sin esfuerzo ni violencia.

Así es, que si el lector quiere profundizar el estudio comenzado bajo los auspicios de M. Alzog, este mismo le servirá de guia llevándole á las fuentes, y haciéndole apreciar su valor y adquirir ese criterio y seguro dis-

cernimiento , sin los cuales los trabajos históricos son estériles para los otros , é inútiles para uno mismo.

Por último , la presente Historia de la Iglesia satisfará á los lectores ordinarios , quienes sin necesidad de esfuerzos ni de grandes investigaciones , encontrarán en ella suficiente apoyo para la controversia religiosa , cada dia mas viva y extendida. Con ella tendrán á mano los archivos de la gloria de la Iglesia y los documentos auténticos de su fe , para responder ante el mundo y oponerlos al instante á los injustos detractores.

Este doble carácter de utilidad práctica para el seglar y el sacerdote es la que en nuestro concepto ha asegurado el éxito de la obra en Alemania. El profesor de historia eclesiástica en el seminario mayor de Posen se ha hecho popular en todas las escuelas eclesiásticas desde el Vístula hasta el Rhin , y desde el Ems hasta el Danubio. ¡Plegue á Dios que obtenga el mismo resultado en la cristiana Francia ¹!

Por lo demás tambien lo merece bajo otro respecto. La profunda separacion originada en el siglo XVI entre clérigos y seglares va desapareciendo cada vez mas. Cada cual lleva su piedra , acaso sin notarlo , para llenar el abismo , siendo una de las numerosas señales de esta revolucion social la especie de apostolado seglar que se nota hace algunos años. De esta suerte se van

¹ ¡ Y en la católica España !

disipando diariamente muchas preocupaciones y preven-
ciones. Nuestros mismos adversarios no son los que con-
tribuyen menos á esto con el calor que emplean en com-
batir nuestros mas sagrados dogmas y nuestras mas le-
gítimas esperanzas. Todo conspira, pues, á hacer valer
mas que nunca los escritos que tienden á la union ín-
tima del sacerdocio y de los fieles.

No sin desconfianza dedicamos esta traduccion á la
juventud católica : hace mucho tiempo que la conocemos
para saber apreciarla y esperarlo todo de su celo y de
su abnegacion. ¡Y ojalá puedan su valor y su fe fortifi-
carse por medio del estudio serio y profundo de los tra-
bajos, de los combates, de las victorias y los prodigios
de que ha sido teatro la Iglesia durante diez y ocho siglos!

PREFACIO DEL AUTOR.

No sin temor y sin haber reflexionado mucho en ello , me decidó , por fin , á dar á la literatura católica un libro elemental y científico á la vez sobre la historia de la Iglesia cristiana , que pueda servir de base á un curso universitario. Será , en este género , la primera tentativa que se haga después de Dannenmayer. Con frecuencia debian desalentarme, en semejante empresa , las dificultades inherentes á un trabajo que abraza tantas cosas , y las mayores aun que resultaban de los débiles recursos de que yo podia disponer. Sin embargo , como en el curso de mis lecciones históricas cada vez iba sintiendo mas la necesidad de un compendio preparado de antemano y escrito con el objeto de acompañar á la enseñanza oral , me determinó á hacer esta obra la esperanza de ahorrar en parte á mis oyentes el penoso trabajo de las redacciones escritas , de hacerles aficionarse mas al estudio de la historia eclesiástica , y aun de ofrecerles todas sus ventajas prácticas.

En mi introduccion he expuesto , de una manera mas ex-

tensa de lo que generalmente se acostumbra en esta clase de obras, los principios que me han servido de guía, por cuya razon puedo limitarme aquí á las observaciones siguientes :

Jamás he perdido de vista mi fin primitivo; es decir, el componer un resúmen destinado á preparar y robustecer el curso principal, y no á reemplazarlo; un resúmen que debe sostener la atencion del oyente en momentos determinados, y abrirle la puerta para mas profundas y mas completas investigaciones. Un escollo habia que evitar, y lo he procurado con todas mis fuerzas: el no hacer una interminable, árida y fatigosa lista de nombres y de hechos. Para conseguirlo, era preciso hacer resaltar algunas circunstancias particulares, y diseñar con gran fuerza de colorido las imponentes figuras de la Iglesia; era preciso agrupar con claridad los diversos fenómenos de la vida cristiana; era preciso indicar el verdadero carácter de los tiempos y el espíritu peculiar de cada época. Hé aquí el único medio de trazar un retrato fiel y exacto. Si á veces, cuando se trata de referir las grandes manifestaciones de la Iglesia y las admirables individualidades que engendró, la expresion se anima y enardece bajo mi pluma; ó si, cuando se trata al contrario de afear á ciertas personas, y señalar algunos hechos vergonzosos, son duras é incisivas mis palabras, no se achaque semejante fenómeno mas que á la naturaleza misma de las cosas. Por una parte, en efecto, jamás puede el historiador cristiano dejar de tomarse vivísimo interés por la dignidad, el esplendor, y la elevacion del Cristianismo y de la Iglesia; y por otra no puede prescindir de poner gran diligencia en excitar en el corazon de sus lectores, por medio de relatos auténticos y de pinturas copiadas al natural, el amor ardiente y enérgico de la verdad.

Por lo que hace á la parte material de esta obra , creo deber declarar que he tenido el honor insigne de poderme aprovechar por espacio de diez años de los trabajos que sobre historia eclesiástica habia ya hecho el inmortal Mœlher. Ellos me han servido de punto de partida y de segura base en mis propios estudios, y mas particularmente en mis escritos. He puesto tambien á contribucion las obras mas recientes sobre esta materia ; las publicaciones tan sustanciales de Doellinger , de Rutenstock y de Katerkamp ; y las de los protestantes Gieseler , Engelhardt , Néander , Guérique y Carl Hase. He examinado con un cuidado particularísimo las numerosas monografías de los tiempos modernos, y los trabajos especiales, muchos de ellos excelentes, que contienen las revistas teológicas ; y aun creo haber mirado estos dos ramos de la historia con una predileccion poco comun. Por esto deseo ver acogido este sencillo ensayo de literatura eclesiástica en las márgenes del Oder , del Rhin , del Danubio, del Ems y del Neckar con una parte del interés que yo sentia en las del Wartha cuando llegaban allí las publicaciones de nuestra patria alemana. No obstante , para ser siempre fiel á mi primitivo plan de redactar un compendio científico , me ha sido preciso ir escogiendo entre estos trabajos , y contentarme con indicar, tan completamente como es posible , las fuentes. Al contrario, cuando se trataba de precisar los hechos ó las verdades dogmáticas del catolicismo , que algunos se habian complacido en alterar, en presentar bajo un falso punto de vista , y á los cuales se negaba un origen que se remontase hasta los primeros siglos , creí deber seguir el plan indicado en la introduccion, y citar en las notas numerosos extractos sacados de las fuentes originales.

Respecto de la historia eclesiástica que corresponde á la

- época comprendida entre la revolucion francesa y nuestros dias , declaro expresamente que no he querido trazar mas que un rápido bosquejo. Sin embargo , no queria ni podia privar de esta parte á mi obra , supuesto que nuestro siglo ha sido tan fecundo en sucesos importantes para la Iglesia ; que además nuestra vida religiosa se halla íntimamente enlazada con este mismo siglo , y que , en fin , el teólogo tiene necesidad de comprenderlo perfectamente , para poder corresponder bien á su deber y ejercer una influencia legítima. Si se consideran las extraordinarias dificultades que en esta última parte he tenido que superar , para reunir tantos documentos dispersos , semejante tentativa hallará sin duda alguna indulgencia á los ojos de la crítica , que ciertamente me encontrará siempre dispuesto á reconocer y suscribir á toda censura razonada.

La experiencia ha demostrado que nuestros mas grandes teólogos católicos , y recientemente el mismo Mœlher , han visto en el estudio de la historia eclesiástica y en la patrología los mas sólidos fundamentos de su instruccion teológica ; por esto mi mas ardiente y mas sincero deseo ha sido siempre llegar á ejercer en este punto una influencia no menos feliz y útil sobre los jóvenes teólogos , especialmente en nuestros dias , que pueden llamarse de animada polémica. Nada mas propio para convencer las almas , nada mas propio para dirigir é inspirar las medidas mas convenientes en cada circunstancia determinada , que el conocimiento de los variados fenómenos y de los importantes resultados de las luchas que han señalado en todas épocas los desenvolvimientos y progresos de la Iglesia. ¡ Honor , pues , á esta historia ! ella es la antoreha de la verdad y la verdadera maestra de la vida. Pero si , á pesar de todo , no encontrase este libro mas que una aprobacion limitada y conforme á su des-

tino real, todavía me esforzaria en perfeccionarlo, con la ayuda de Dios, con tanto mas ardor, cuanto él ha sido quien ha creado el vínculo de intimidad que existe ya entre el autor y los nobles jóvenes que tiene iniciados en los estudios teológicos. Este libro será además, en el porvenir, una garantía de sus esfuerzos para conducirlos felizmente por las vias científicas en que con ellos ha entrado.

INTRODUCCION.

PRINCIPIOS Y GENERALIDADES DE LA CIENCIA.

FUENTES.— *Fleury*, Prefacio de la Historia eclesiástica, § I-XI.— *Royko*, Introduccion á la Historia de la Iglesia, 2.^a parte, Praga 1791.— *Katerkamp*, Hist. de la Religion y del establecimiento de la Iglesia universal, Munster, 1819.— *Möhler*, Introduccion á la Hist. de la Iglesia, t. II, p. 261-91.— *Blanc*, Curso de Histor. eclesiást., 1.^a parte: Introduccion al estudio de la Hist. eclesiást., Paris, 1841.— *Schleiermacher*, Hist. de la Iglesia cristiana, Berlin, 1840, p. 1-47.— *Jos. Garres*, Sobre la fundacion, formacion y desarrollo de la Historia universal, Breslau, 1840.— Puede tambien consultarse con fruto el excelente Ensayo de *Hock* sobre el desarrollo de la humanidad (*Cholorodea*, Cuadro de los Tiempos, Viena, 1832, p. 172-209).

Por lo que hace á la literatura eclesiástica véase *Sagittarii* Introductio in Hist. eclesiast., Jena, 1718, t. I, en 4.^o— *Walch*, Principios de Historia eclesiást., 3.^a secc., Giesen, 1793.

§ 1.

Religion. — Iglesia. — Iglesia cristiana.

La religion es la condicion de la Iglesia; de manera que la idea de la historia de la Iglesia cristiana se desprende de la misma idea de la religion. La religion es el conocimiento de un Ser divino á quien el hombre tiende á unirse y asemejarse para encontrar en

esta union y semejanza el reposo y la felicidad ¹. Esta necesidad de conocer y de imitar á Dios, comun á todos los hombres, es á la vez el origen de la necesidad que sienten de reunirse entre sí y vivir en sociedad. Y así como el hombre terrestre no prospera sino por su union con la humanidad entera, tampoco puede el hombre espiritual adelantar un paso, mas que en la sociedad religiosa del género humano. Esta es la razon porque desde un principio se formaron y aparecieron sociedades ó *comunidades religiosas*, instituciones terrestres y divinas á la vez, mundanas y sobrenaturales, y conformes por esto mismo á la naturaleza del hombre, misteriosa síntesis, formada de cuerpo de barro y de espíritu celeste. Vemos sociedades de este género hasta en pueblos que no conservando de la Divinidad, después de la caída original, más que un conocimiento pálido y fugitivo, se forjaron dioses múltiples en lugar del Dios *uno*, y llegaron á identificar al Criador del universo con las mismas cosas criadas (*politeísmo y panteísmo*) ². Pero estas sociedades no eran mas que vanos simulacros de la verdadera Iglesia; ni siquiera tenian nombre especial, confundidas como se hallaban, por la mezcla de las relaciones religiosas y civiles con el Estado, que absorbía completamente á la Iglesia. Mas positiva y mas completa, aunque todavía particular en el mosaismo, la Iglesia es llamada en él con una expresion ³, que designa al pueblo israelita como una sociedad separada, elegida, consagrada á Jehová, y en la cual deben ser admitidos algun dia todos los pueblos ⁴. Los Setenta tradujeron las palabras del

¹ Ya en su Timeo habla Platon de *transformacion de Dios segun poder*. «Religio à religando,» dice *Lactancio*. *Ciceron* hace derivar esta palabra de *relegendo*. *De Natur. deor.* II, 28; *De Invent.* II, 53. Pero es imposible conciliar mejor estas dos etimologías que lo hicieron san Agustín, santo Tomás y Ficino en sus Comentarios sobre el *Eutiphron* de Platon: «Nos ipsos relegendo relligantes. Deo religiosi sumus.» Véase tambien *Nitzsch*, Idea que de la religion tenian los antiguos, en la Revista crítica de ciencias teológicas, publicada por Ullmann, 3.^a y 4.^a entregas, 1828. — *Apologet.* de *Drey.*, Maguncia, 1837, t. I, p. 79-119, — *Staudenmaier*, Enciclopedia de la ciencia teológica, Maguncia 1840, 2.^a parte, p. 189-195.

² Rom. I, 23.

³ Núm. xx, 4; Deuter. xxiii, 1.

⁴ Génes. xxii, 18.

primer texto por *Sinagoga del Señor* y los del segundo por *Iglesia del Señor*. Solo el cristianismo determinó y realizó perfectamente la idea de la Iglesia. Jesucristo reanimó en la humanidad la conciencia primitiva que habia tenido de Dios; y la religion que anunció, toda penetrada del espíritu del amor (*religio per eminentiam*), debió necesariamente unir los corazones y formar así una sociedad viviente.

Los que se adhirieron á la religion de Jesucristo debieron formar no solamente una sociedad *interior*, sino tambien, segun su expresa voluntad, una sociedad *exterior*¹, que, siguiendo los precedentes del antiguo Testamento, llamó *Iglesia*², es decir, sociedad de todos los elegidos (*), segregados de un mundo pecador, y llamados á entrar, por la union con Dios, en el reino de la eterna felicidad. Considerada mas positivamente todavia bajo el punto de vista histórico, la *Iglesia cristiana*³, es la sociedad visible de los adoradores de Jesucristo, asistida por el Espíritu Santo, y que, conservando los medios de salvacion establecidos por su jefe, propaga y corona la obra fundada por Jesucristo para librar y santificar al hombre, unirlo con el Padre (*ut sint unum*), y realizar de esta manera el reinado de Dios sobre la tierra.

¹ Schlosser, Observaciones sobre la constitucion y el poder del Estado, por Fievé, p. 185 y sig., Francfort, 1816. — Rothe, Principios de la Iglesia cristiana, t. I, p. 2-5.

² Mat. xvi, 18; xviii, 17.

(*) Por el contexto del autor se ve que la palabra *elegidos* no significa precisamente los predestinados á la vida eterna; sino los llamados á ser miembros actuales del cuerpo místico de Jesucristo. (*Nota de los Editores*).

³ La etimología de la palabra *iglesia* se encuentra en el griego *ecclesia*. La palabra alemana *kirche* deriva de la misma lengua. Los griegos transmitieron á los godos, con el conocimiento del cristianismo, la palabra *kirch*, que al principio indicaba á la vez la sociedad cristiana y el edificio sagrado. Gieseler hace notar que esta palabra se encuentra no solo en los idiomas germanos, en sueco *kyrka*, en dinamarqués *kyrku*, sino entre los slavs convertidos por los griegos. En polaco hay la palabra *cerkiew* y *kosciol*, esta última empleada casi siempre por los unidos á la Iglesia romana, aunque no siempre sucede así, y se hallan usados como sinónimos. En ruso *zerkow*, en bohemio *zirkew*.

§ II.

Verdadera Iglesia cristiana. — Sectas particulares del cristianismo.

El objeto de la Iglesia era no solamente conservar puros é intactos los medios de salvacion que se le habian confiado, sino hacerlos penetrar hasta las profundidades de la vida intelectual y moral de la humanidad, para vivificar al hombre todo entero y animarlo en sus relaciones, en sus actos y en todas sus obras. Sin embargo, estos divinos medios fueron muchas veces comprendidos de una manera parcial y particular, y fue pervertido su carácter celestial é invariable. Y no podia ser de otro modo, porque muchos de los que abrazaban el cristianismo carecian del desarrollo espiritual suficiente para comprenderlos, y del respeto á las cosas divinas necesario para realizarlas. Dejando entonces libre el curso de las cosas, habria podido surgir, con el tiempo y en medio de pueblos distintos, tan grande diversidad en la manera de comprender y de representar estos medios de salvacion necesariamente *unos* como Dios y la humanidad, su objeto (*unus Dominus, una fides, unum baptisma* ¹), que hubiera sido imposible reconocer su origen y su sentido primitivo.

Era, pues, preciso que la Iglesia, y parece ser este un complemento necesario de su divina institucion ², fuese al mismo tiempo para los hombres el criterio general y necesario de lo que es originariamente verdadero y divino. Tal fue la mision del sacerdocio cristiano, de *la autoridad doctrinal infalible*, divinamente instituida é inspirada para elevarse en sus decisiones sobre el mezquino é imperfecto círculo de las opiniones humanas, y encaminarlas incessantemente hácia su principio divino ³. Por este solo medio pudo la Iglesia, teniendo una regla *infalible* para discernir y juzgar las

¹ Efes. iv, 5 y sig.

² Luc. xiv, 28 y sig.

³ Cf. *Hilar.* de Trinit. xi, 1. Lo que dice se enlaza con los pasajes siguientes, Eph. iv, 5: «Unus Dominus, una fides, unum baptisma, etc.»

«Non enim ambiguus nos et erraticis indefinitae doctrinae studiis dereliquit, vel incertis opinionibus ingenia humana permisit, statutis per se et oppositis obicibus libertatem intelligentiae voluntatisque concludens: ut sapere nos, nisi ad id tantum quod praedicatum à se fuerat, non sineret, cum per defini-

herejías, conocer con seguridad cuáles eran los que no le pertenecían. Desde el momento en que se alteraba el orden establecido por Jesucristo en lo relativo á la unidad de la doctrina, habia separacion, *herejía*. La Iglesia lanzaba de su seno á los autores de la herejía y á sus partidarios, para que no infestasen á toda la sociedad, así como se cortan del cuerpo los miembros gangrenados é incurables para evitar una corrupcion general. Si se desconocia el orden divino solamente en la forma y disciplina de la Iglesia, de ordinario, los autores y los adictos al error se separaban ellos mismos de la unidad de caridad, y habia escision, *cisma* ¹.

Es preciso no confundir con el cisma y la herejía las disidencias teológicas (*dissidia theol.*), las cuales solo versan sobre la forma de la ciencia teológica, sin alterar necesariamente su contenido, ó sobre opiniones probables ó controvertibles (*theologómena*), que no hayan sido expresa y doctrinalmente resueltas por la Iglesia, y que no se oponen al conjunto de la doctrina cristiana ².

Bajo el punto de vista político, una sociedad religiosa no recibe el nombre de *Iglesia* hasta que se halla reconocida por un Estado, dándosele hasta entonces el nombre de *secta*.

§ III.

Historia. — Historia eclesiástica cristiana.

En su sentido mas lato, la *historia* se compone de lo acontecido en la esfera de las cosas temporales. Sin embargo, no todo lo que tiene lugar en dicha esfera le pertenece: solo son de su resorte los sucesos importantes que excitan ó prometen un interés moral; de modo que por esto su principal objeto es el hombre considerado en sí mismo, en sus relaciones necesarias con el Estado y la Iglesia, y principalmente en su direccion moral y espiritual. Por esto la historia, como hecho, es el desarrollo del espíritu humano,

«*tam fidei indemutabilis constitutionem credi aliter atque aliter non liceret.*» Ya el pagano Séneca habia dicho, Ep. 102: «*Veritatis una vis, una facies est, — numquam falsis constantia.*» (Opp. ed. Bipont., vol. IV, p. 30).

¹ Sobre la diferencia entre la herejía y el cisma, puede verse á *san Agustin*, advers. Crescon. grammatic. Donatist., lib. II, cap. 3, sq.

² *San Agustin* habla perfectamente en el sentido de la Iglesia cuando dice: «*In necessariis unitas, in dubiis libertas, in omnibus caritas.*»

tal como se manifiesta en sus relaciones sociales y públicas con el Estado: como ciencia, es el conocimiento de este desarrollo; y como arte, es su reproduccion ó su representacion ideal (*historia propiamente dicha*). En los tiempos anteriores al cristianismo, la historia se hallaba circunscrita en estos límites, supuesto que no consideraba mas que al hombre terrestre; razon porque no podia haber historia eclesiástica, hallándose aun confundidas las cosas espirituales y las materiales, las religiosas y las nacionales, la Iglesia y el Estado. Por otra parte, los sucesos del dominio religioso son mucho menos interesantes en los tiempos anteriores al cristianismo, que después de esta época. Todo, entre los pueblos antiguos, en sus luchas, sus tendencias y sus esfuerzos, converge hácia el Estado, no siendo nunca la religion el principio viviente de la actividad social.

Aun en nuestros dias, con frecuencia la historia se queda limitada á la esfera del hombre, que se convierte en centro de todo, y al cual se quiere referir todo el honor y toda la gloria. Møhler cree que, partiendo del principio fundamental del cristianismo, la historia debe definirse: «La realizacion en el tiempo del plan eterno de Dios, disponiendo al hombre, por Jesucristo, al culto «y á la adoracion que son dignos de la majestad del Criador y de «la libertad de la criatura inteligente. Mostrar, añade, como el «espíritu de Jesucristo se ha introducido en la vida comun de la «humanidad y se desenvuelve en la familia, los pueblos y en los «Estados, en el arte y en la ciencia, para formar de todas estas «cosas instrumentos de la gloria de Dios; hé aquí el objeto de la «historia cristiana ¹.»

Convendrémos tanto mas en esta manera de concebir la historia, á medida que nos vayamos convenciendo de que solo el espíritu cristiano, el espíritu ilustrado, transfigurado por la luz de la revelacion divina, puede reconocer y seguir la conducta de la Providencia en la historia del mundo, antes y después de la venida de Jesucristo. Porque nadie, ni en el cielo, ni sobre la tierra, ni debajo de la tierra, puede abrir el Libro, ni siquiera mirarlo, mas que el Leon de la tribu de Judá, el Vástago de David, el Cordero que ha sido inmolado ².

¹ Ad loc. cit., p. 263-271. — ² Apocalip. v, 4, 5.

De aquí se sigue: 1.º que si, según la definición que hemos dado mas arriba, la historia es la relación de las cosas temporales, la Iglesia cristiana no puede, en este sentido, entrar en el dominio de la historia, porque es una institución divina, absoluta é inmutable como Dios mismo; pero, según su destino y su objeto, que es ponerse en contacto con el hombre, ser esencialmente histórico, sometido al tiempo y al espacio, se hace necesariamente histórica, temporal y variable; 2.º que la vida providencial de la humanidad en el tiempo, antes y después de Jesucristo, ó la historia del mundo y la historia del cristianismo, están en una relación íntima, análoga á la de la preparación y á la de la consumación (*principios*, *elementa mundi* ¹ en oposición á la consumación, *plenitudo* ²), de modo que al hacer la historia de la Iglesia cristiana no se puede pasar enteramente en silencio el período de preparación. Según esto, la historia eclesiástica considerada objetivamente, es el desarrollo, en el tiempo, del reino de Dios, y el progreso continuo, en los caminos de la ciencia y de la vida, de la humanidad regenerada, y uniéndose á Dios por medio de Jesucristo en el Espíritu Santo. En el sentido técnico la historia eclesiástica es la reproducción ideal ó la exposición por el discurso de este desarrollo vivo y real.

La historia corresponde tanto mejor á su misión cuanto mas clara y convincentemente nos muestra á la humanidad, en su conjunto, creciendo y fortificándose al través de los siglos, bajo las mismas condiciones que el hombre individual al través de los años, en gracia, en sabiduría y en virtud.

§ IV.

Objeto de la historia eclesiástica.

Teniendo por objeto la historia de la Iglesia el producir y exponer por medio de la palabra, la marcha temporal y los progresos del reino de Dios entre los hombres, debe mostrar:

1.º Cómo y en qué circunstancias prósperas ó desfavorables, se ha manifestado en el exterior, se ha realizado ó sensibilizado

¹ Gál. iv, 8, 9; II Cor., viii, 20.

² Gál. iv, 4; Efes. i, 10.

con hechos, y se ha ido estableciendo en el mundo visible en medio de los Estados¹, después de haber sido anunciado á todos los pueblos de la tierra segun la palabra de Jesucristo², el plan universal é interior del reino de Dios. Tal es el objeto que debe tenerse al referir los sucesos favorables ó adversos, los combates y las victorias de la *propagacion del cristianismo*³.

2.º Cómo la verdad, que libra y santifica al hombre, se fué formulando á medida que iban apareciendo las herejías, y segun las necesidades de los tiempos, en la *ciencia* y la *doctrina eclesiásticas*⁴.

3.º Cómo la relacion interior del hombre con Dios, es decir, la piedad del corazon, se ha manifestado y convertido en un hecho viviente público y general, en el *culto*⁵.

¹ Cf. Ensayo titulado: La Conciencia cristiana considerada como la luz que nos hace comprender el paganismo. Revista teológ. de Friburgo, tom. VIII, p. 49-87.

² Mat. xxviii, 19, 20.

³ En este sentido dice san Agustín De Civ. Dei, lib. XVIII, c. 51, sub finem: «Sic in hoc saeculo, in his diebus malis, non solum à tempore corporalis prae-sentiae Christi et Apostolorum ejus, sed ab ipso Abel, quem primum justum «impious frater occidit et deinceps usque in hujus saeculi finem inter persecu-tiones mundi et consolationes Dei peregrinando *procurrit Ecclesia*.» Y añade (Retractat., lib. I, c. 13): «Res ipsa, quae nunc christiana religio nuncu-patur, erat et apud antiquos, nec defuit ab initio generis humani, quousque «ipse Christus veniret in carne; unde vere religio, quae *jam erat*, coepit appel-lari christiana.» El presbítero Rohrbacher, apoyado en esta verdad, y siguiendo las huellas de los antiguos historiadores eclesiásticos, ha arrojado mucha luz sobre los tiempos anteriores á Jesucristo.

⁴ Petr. de Marca, Diss. de concordia sacerdotii et imperii, S. de libertatib. Eccles. gallic., lib. VIII, ed. St. Baluz, Paris, 1663, en f. ed. J.-F. Boehmer. Leip. 1708, en f. Riffel, Tabla histórica de las relaciones de la Iglesia y el Estado, desde los primeros siglos hasta nuestros dias, 1.ª parte. Maguncia, 1836.

⁵ J.-A. Fabricii Salutaris lux Evangelii toti orbi exorients, S. notitia propagatorum christ. sacror. Hamb. 1731, en 4.º, P.-C. Gratien, Origen y desarrollo del cristianismo en Europa. Paris, 1766-73, 2.ª parte. F.-G. Blumhardt, Ensayo de una historia de las misiones. Basilea, 1828, 3.ª parte, no acabada. Hœninghaus, Situacion de la Iglesia católica en toda la superficie del globo. Aschaffene, 1837.—Cartas edificantes y curiosas de las misiones extran-jeras. Paris, 1717-27.—Cartas edificantes escogidas, etc., precedidas de mapas geográficos, etc., 3.ª ed., Paris, 8 tom. hasta el año 1808.—Nuevas cartas edificantes, 1820.—Anales de la Propagacion de la Fe.

4.º Cómo con los elementos esenciales é inmutables de la *jerarquía* (primacía, episcopado, sacerdocio, diaconado), se fundó la constitucion orgánica de la Iglesia, abrazando todos sus miembros en su seno, determinando las funciones de cada uno ¹, marcando su accion y su influencia recíproca, y correspondiendo siempre á las necesidades de todos los tiempos y lugares ².

5.º Cómo, en fin, los miembros de esta Iglesia, enemiga natural del pecado, viven una vida verdaderamente religiosa y moral ³, que se conserva y renueva por medio de la *disciplina eclesiástica*, la única pedagogia verdadera de la humanidad.

Observacion. — El católico, para quien la Iglesia es una institucion absolutamente divina, se diferencia absolutamente del protestante en la manera de estudiar la marcha, los progresos y el desenvolvimiento de la historia. Desde el punto de vista católico, el objeto de la Iglesia, desarrollándose en la historia, es el poner la verdad, por otra parte siempre presente y conocida en la *sociedad visible* de los fieles, cada vez mas en evidencia, imprimirla siempre mas profundamente en la conciencia de los hombres, y establecer cada vez mejor su imperio y autoridad en las costumbres públicas y privadas, en la familia y en el Estado, en la ciencia y en el arte. Bajo el punto de vista protestante, no hallándose la verdad objetiva mas que en la *Iglesia invisible*, jamás puede realizarse completamente en la Iglesia visible, y por consiguiente no se puede sino entreverla mas ó menos en el desarrollo de la historia. ¡ Cuánta influencia no ha ejercido y ejerce aun el protestantismo sobre la manera de juzgar al estado eclesiástico, instituido por el mismo Jesucristo, su jerarquía, el celibato y los privilegios de la virginidad! Schleiermacher ha dicho con razon:

¹ Walch, Bibl. symbolica vetus ex monumentis V prior. saeculorum maxime collecta et observationibus hist. ac critic. illustrata. Lemg. 1770. Mähler, Patrología, publicada por Reithmayer, 1840. — Efes. iv, 11.

² Edmundo Martene, De antiquis Ecclesiae ritib., 3.ª edic. auct. Antw. 1736, in 4.º, t. IV.

³ Petavius, de Hierarquia ecclesiastica (Dogmata theol., t. VI, § 9, n. 2). Richerii, Hist. Concil. general. Colon. 1680, 3 t. in 4.º, in IV lib. distributa. Thomasini, Vetus et Nova Ecclesiae disciplina circa beneficia et beneficiarios, Lucc. 1728. Staudenmaier, Hist. de las elecciones episcopales, Tubing., 1830.

Segun los principios y las convicciones, así es la historia, y sobre todo la historia de la Iglesia: se diferencia con los partidos, las sectas y las escuelas filosóficas: cada uno ve segun sus preocupaciones, y escribe la historia, no segun como ella es, sino segun su modo de ver las cosas.

§ V.

Historia eclesiástica universal y particular.

En la antigüedad anterior al cristianismo no podia concebirse completamente, ni mucho menos realizarse, la idea de una historia universal. Es verdad que Polibio tenia de ella un presentimiento al decir que: La *historia especial* está como aislada, sin enlace, sin objeto comun con el todo; la *historia universal*, al contrario, forma un todo orgánico, vivificado por una unidad interior. Aun cuando conociéramos igualmente todos los Estados y todos los pueblos de la tierra, no seria bastante este conocimiento para conocer la organizacion y la marcha del mundo, así como la observacion de los miembros aislados del cuerpo humano no nos puede hacer conocer la fuerza y la belleza del conjunto ¹. Para llegar á tener una idea clara y cabal del conjunto es preciso abarcar las íntimas relaciones que unen á todos los pueblos en un fin comun. En vano buscaríamos en Polibio la realizacion de esta idea: no se encuentra en él, lo mismo que la de aquella promesa de Diodoro de Sicilia, que se habia obligado á reunir tan completamente como le fuese posible los sucesos de los tiempos antiguos y modernos, y hacer de ellos como la *historia de un solo Estado*;

¹ Acta Sanctorum, quotquot toto orbe coluntur, edd. Bollandus aliique (Soc. Je.) Antw. 1643-94, 53 t. in f. Para su continuacion véase De prosecutione operis Bollandiani, quod Acta Sanctor. inscribuntur. Namur, 1838. Sobre los Bolandistas, véase la Revista de filosofía y de teología catól., publicada en Bonn, entregas 17 y 20. Algunas partes llamaron especialmente la atencion, como: Praefationes, tractatus, diatribae et exegeses praeliminares atque nonnulla venerandae antiquitatis tum sacrae tum profanae monumenta à J. Bollandus, etc. Nunc primum conjunctum edita et in tres tomos distributa. Ven. 1749-51, 3 t. in fol. — Neander, Memoria para servir á la Hist. del cristianismo, Berlin, 2.^a parte, tom. III.

promesa que no pudo cumplir, á pesar de los copiosos materiales reunidos en las bibliotecas de Alejandría y de Roma. Y no está la causa de esto en la notable y general medianía de los conocimientos históricos entre los antiguos, sino en la tendencia de los griegos y romanos á no fijarse mas que en hechos particulares y materiales, y sobre todo en su idolatría, causa del aislamiento de los pueblos y del poco interés que se tomaban por la historia de los que llamaban *Bárbaros*.

El cristianismo fue el primero que dió la idea fundamental de la historia universal, al promulgar su doctrina de un Dios, Padre de los hombres, unidos todos esencialmente por la redencion á Jesucristo, y todos llamados á la santificacion y á la union con Dios en su reino celestial.

Al mismo tiempo estas ideas fundamentales fueron como incorporadas y visiblemente realizadas en el establecimiento y propagacion de una Iglesia *católica*, y expuestos con maravillosa claridad por el obispo de Hipona, san Agustin, en su magnífica obra: *De la ciudad de Dios*, dividida en XXII libros.

La historia universal de la Iglesia tiene, pues, por objeto el exponer la accion y la influencia de la Iglesia en todos los tiempos y países, bajo todas sus formas, y demostrar que todo está enlazado y tiende á un mismo fin: Dios y su gloria (*synteleia tón hólon*). Escoge con especialidad los sucesos que, por sus causas y efectos, han influido mas generalmente sobre el todo; siendo así que la historia particular de la Iglesia tiene por objeto una rama particular del cristianismo, su propagacion, la constitucion de la Iglesia, el culto y la disciplina, ó una época determinada, una nacion cristiana, etc. Así tenemos la historia eclesiástica particular de los tres primeros siglos, la de la edad media, la de Francia, de Polonia y otras.

FORMA DE LA CIENCIA.

FUENTES. — *Gervinus*, base de la ciencia histórica, Leipz., 1837. — *Læbell*, Sobre las diversas épocas históricas y sus afinidades con la poesía. — *Rau-mer*, Manual de Historia, serie nueva, 2.º año, 1841. — *Haug* (t. I, p. 3-26) da una excelente idea de las varias maneras de escribir la historia, etc.

§ VI.

De qué manera la historia eclesiástica es una ciencia.

Para que la historia eclesiástica merezca el nombre de ciencia, es necesario, en primer lugar, que, como toda historia, sea el resultado de investigaciones verdaderamente científicas, presentadas en una forma literaria, y que tenga así algo de la ciencia y del arte á la vez ¹.

Es necesario, además, que con relacion á su objeto la historia eclesiástica sea:

1.º *Crítica*, á fin de que la verdad no se confunda nunca en

¹ *Gervinus* ha dicho cosas muy juiciosas acerca de los varios modos de escribir la historia, segun los tiempos. Véanse tambien las palabras de *Ciceron*: «Erat enim (antiquiss. temporib.) historia nihil aliud nisi *annalium confectio*: cujus rei memoriaeque publicae retinendae causa, ab initio rerum Romanarum, usque ad P. Mucium pontif. max., res omnes singulorum annorum mandabat litteris pontifex, efferebatque in album et proponebat tabulam domi, potestas ut esset populo cognoscendi, ii qui etiam nunc *annales maximi* nominantur. Hanc similitudinem scribendi multi secuti sunt, qui sine ullis ornamentis monumenta solum temporum, hominum, locorum, gestarumque rerum reliquerunt;—non exornatores rerum, sed tantummodo narratores fuerunt. — Et post illum (Herodot.) Thucydides omnes dicendi artificio mea sententia facile vicit: qui ita creber est rerum frequentia, ut rerum prope numerum sententiarum numero consequatur: ita porro verbis aptus et pressus «ut nescias utrum res oratione, an verba sententiis illustrentur.» II, 12, 13.

ella con el error ¹; y para esto es menester que los hechos característicos de cada periodo se hayan sacado, con amor sincero de la verdad, de las fuentes originales, ó que se haya tratado de acercarse lo mas posible á la verdad por medio de conjeturas históricas, si alguna vez no puede ponerse completamente en claro.

2.º *Religiosa*, pues solo un espíritu verdaderamente cristiano puede comprender y apreciar convenientemente todo lo que se refiere á la era cristiana y á la manifestacion del reino de Dios sobre la tierra. Sin este espíritu religioso, la historia eclesiástica es extraña á su propio objeto.

3.º *Filosófica*, es decir, que debe no solo hacer la relacion de una serie de sucesos sin enlace, sino exponer los hechos con sus correspondencias, con sus causas, con su influencia y sus resultados. Sin embargo, no pretendemos aludir con esto á ese espíritu filosófico superficial, que se contenta con buscar é indicar las causas finales, partiendo siempre de inducciones puramente psicológicas ó políticas, y no viendo mas que al hombre en su accion, sin remontarse á una causa final mas elevada ²; sino de ese otro espíritu filosófico mas profundo que ve obrar á la vez en la historia al hombre y á Dios, *enseñando y castigando como un pastor á sus ovejas* ³, y que estudia con detenimiento el íntimo y vivo enlace de las cosas divinas y humanas, de las cuales habla con tanta claridad y tan maravillosa sencillez el apóstol san Pablo cuando dice: «En Dios vivimos, nos movemos y somos ⁴.» Solo comprendiendo de este modo la idea del cristianismo, el historiador filósofo se eleva á la altura de la única concepcion histórica, luminosa y verdadera, que le muestra al hombre, no juguete de la *suerte*, del *hado* ó de la *casualidad*, segun las sombrías y desconsoladoras

¹ *Cicero*: «Nam qui nescit primam esse historiae legem ne quid falsi dicere audeat? deinde ne quid veri non audeat? ne qua suspicio sit gratiae in scribendo? ne qua similitudo? Haec scilicet fundamenta nota sunt omnibus.» (*De orator.*, II, 15).

² *Cicero*, *ibid.* «Et cum de eventu dicatur, ut causae explicentur omnes vel casus, vel sapientiae, vel temeritatis, hominumque ipsorum non solum res gestae, sed etiam qui forma ac nomine excellant, de cujusque vita atque natura.»

³ *Eclesiast.*, XVIII, 13.

⁴ Hechos de los Apóst., XVIII, 28.

ideas de los historiadores antiguos, sino al hombre siempre libre en sus acciones y dirigido por Dios sin violencia hácia el fin supremo que le ha señalado.

Pero es preciso que la historia eclesiástica se eleve mas alto todavía. Su pensamiento fundamental y constante, su idea propia, debe ser el reino de Dios desenvolviéndose entre los hombres.

En esta idea debe ver desarrollarse siempre todos los hechos, á ella debe hacer converger todos los sucesos, y por ella debe hacerse cernos conocer la relacion de las partes con el todo, y concebir la armonía y unidad de ese gran conjunto, de ese sistema animado de los hechos providenciales ¹. Si corresponde y deja satisfechas todas estas exigencias con un criterio moral bien sostenido, con miras teológicas muy ilustradas y con un estilo digno de tan sublimes objetos, la historia eclesiástica posee entonces todos los caracteres de la ciencia y merece con justo título su nombre.

§ VII.

Imparcialidad de la historia eclesiástica.

Decian los antiguos que el historiador no debe tener ni patria ni religion; y los modernos pretenden que esté enteramente libre de preocupaciones. Una y otra cosa son imposibles. Nadie puede sustraerse á las ideas de patria, de religion y de Iglesia, que concibe desde sus mas tierna juventud, que lo dominan siempre, á pesar de todo, y que hacen que aun los mismos que tan bien hablan de imparcialidad, sean precisamente esclavos de una preocupacion involuntaria. No es esto lo que exigen las leyes de la imparcialidad. La imparcialidad solo obliga al historiador:

1.º A no alterar jamás á sabiendas y con intencion los hechos, aun cuando aparezcan contrarios á sus convicciones religiosas, sino á estudiarlos y exponerlos concienzudamente tales como son, y juzgarlos con justicia y moderacion ²:

¹ Este pensamiento indicado por *Staudenmaier*, ha sido admirablemente expuesto por *Dieringer* en su *Sistema de Dios en el cristianismo*, 1841.

² *Bernard*, Ep. 42 ad Henric. archiep. Senon.: Major erit confusio voluisse celare, cum celari nequeat.

2.º A reconocer y confesar con ingenuidad las faltas de su Iglesia. El silencio, en este caso, seria mas bien perjudicial que favorable á esta misma Iglesia.

Después de esto, el historiador eclesiástico puede y debe manifestar abiertamente su conviccion religiosa y penetrar profundamente de ella toda su obra. Solo entonces es cuando esta toma un carácter pronunciado, que puede agradar é instruir; fenómeno que sobre todo se manifiesta al tratar de las herejías, supuesto que la Iglesia ha determinado y definido clara y rigurosamente la verdad, y en consecuencia rechazado y condenado toda doctrina contraria al dogma formulado.

Así debe necesariamente desvanecerse la indiferencia de la filosofía griega y romana. Cuando no había ninguna autoridad superior y sobrenatural, ninguna garantía de infalibilidad y de verdad objetivas, se comprende muy bien que las escuelas de filosofía, aun las mas opuestas, reconociesen entre sí una autoridad y derechos iguales ¹.

§ VIII.

Division de la historia segun las divisiones del tiempo.

Generalmente está ya reconocido cuán incómodo y defectuoso es el método de exponer la historia año por año, siglo por siglo y reino por reino, y se prefiere seguir ciertos períodos marcados, que tienen un carácter propio para distinguirlos de los períodos anteriores y posteriores.

Correspondiendo estos períodos á las diversas fases del desarrollo vital de la Iglesia, son una fiel copia de la realidad con que los sucesos se encadenan y se distinguen á la vez entre sí. Cada período se manifiesta como el natural resultado del que lo precede y la condicion necesaria del que lo subsigue, y la unidad subsiste siempre en medio de las aparentes diversidades. Todo cambio esencial en el desenvolvimiento de los hechos trae un período nuevo; y los cambios menos importantes determinan las *Épocas*: por consiguiente estas están contenidas en aquellos.

¹ Cf. *Ciceron*, *Quaestiones academicae*, II, 36-41.

La historia de la Iglesia se divide en los grandes períodos siguientes :

Primer período: Accion de la Iglesia cristiana, sobre los pueblos, de civilizacion y de dominacion greco-romana, hasta fines del siglo VII.

Segundo período: Encuentro de la Iglesia cristiana con los pueblos germánicos y slavos, el predominio que sobre ellos ejerce, y su union con el Estado hasta el siglo XVI.

Tercer período: Separacion de la Iglesia y el Estado, cisma de Occidente producido por Lutero, hasta nuestros dias.

Estos períodos comprenden las *épocas* siguientes, las cuales á su vez ofrecen otras subdivisiones mas cortas.

PRIMER PERÍODO.

Primera época: Desde la fundacion de la Iglesia cristiana hasta el emperador Constantino el Grande, y su edicto dado en Milan (313) en dos partes:

Primera parte: Fundacion y gobierno de la Iglesia por Jesucristo y sus Apóstoles.

Segunda parte: Desde la muerte del evangelista san Juan hasta Constantino el Grande. Propagacion del cristianismo: luchas de la Iglesia, en el exterior contra las persecuciones paganas, y en el interior contra los gnósticos y los antitrinitarios. Desarrollo de la Iglesia católica en su existencia exterior.

Segunda época: Desde Constantino el Grande hasta el sexto concilio ecuménico, en 680. Época de las herejías. Desarrollo interior de la Iglesia y de su doctrina acerca de la Trinidad divina, la persona de Jesucristo y la gracia. Organizacion de la Iglesia y de su culto. Los Santos Padres. Monaquismo. Victoria completa del cristianismo sobre el paganismo del imperio romano. Invasion del islamismo.

SEGUNDO PERÍODO.

Primera época: Desde el establecimiento de las Iglesias cristianas entre los germanos hasta el tiempo de Gregorio VII (1073).

Primera parte: Hasta la muerte de Carlo Magno. Restauracion y victoria de la Iglesia católica sobre el arrianismo y el paganismo germánico. Fundacion, extension é importancia del poder espiritual y temporal del Jefe de la Iglesia católica romana.

Segunda parte: La Iglesia católica romana, desde la muerte de Carlo Magno hasta Gregorio VII (1073). Estado próspero, frecuentes caidas y restauracion de la vida eclesiástica en el reino de los francos. Separacion de la Iglesia griega de la Iglesia católica romana.

Segunda época: Desde Gregorio VII (1073) al nacimiento de los síntomas de un próximo cisma en la Iglesia de Occidente.

Primera parte: Desde Gregorio VII hasta la muerte de Bonifacio VIII (1303). La edad media en su lozanía. Los Papas y su influencia en la historia del mundo. Cruzadas. Caballería. Órdenes monásticas. Escolasticismo. Misticismo. Catedrales góticas. Sectas.

Segunda parte: Desde la muerte de Bonifacio VIII hasta el cisma de Occidente. Decadencia de la autoridad temporal y en parte de la espiritual de los Papas después de su traslacion á Aviñon (1305). Decadencia simultánea de la vida eclesiástica. Nuevo paganismo. Se multiplican las sectas y llegan á tomar una actitud amenazadora. Los concilios de Pisa, Constanza, Basilea, Ferrara, Florencia y Letran solo consiguen en parte su objeto de reforma.

TERCER PERÍODO.

Primera época: Desde el principio del cisma de Occidente, por Lutero, hasta el reconocimiento político de las sectas protestantes separadas de la Iglesia católica, por el tratado de Westphalia (1648). Lucha espiritual y material entre católicos y protestantes. Verdadera reforma de la Iglesia católica en Trento.

Segunda época: Desde el tratado de Westphalia hasta nuestros dias. Se desarrolla el protestantismo. La Iglesia lucha contra las falsas teorías políticas y contra una ciencia destructora. La indiferencia va en aumento (hasta el año 1789). La Iglesia católica

opone vigorosamente su doctrina al sistema protestante. Un profundo espíritu científico anima con una nueva vida al sistema católico por mucho tiempo desconocido, hace reconocer y respetar su sublimidad, y despierta el celo de los intereses de la Iglesia, mientras la ciencia orgullosa, estéril en sus riquezas, de las iglesias protestantes, corona su obra destruyendo, en los países en donde puede, al cristianismo y á la Iglesia.

§ IX.

Division segun la naturaleza de los asuntos.

Puede tambien dividirse la historia segun las diversas formas y los modos diferentes con que se manifiesta la accion divina en la Iglesia, como la *propagacion* misma del *cristianismo*, la *constitucion* de la *Iglesia*, el desarrollo de la *doctrina eclesiástica* y la formacion del *culto* y de la *disciplina*, segun hemos dicho en el § IV. Si quisiéramos exponer por un orden sincrónico estas diversas partes, segun han ido apareciendo, año por año, en los periodos ya indicados, con frecuencia el relato seria alterado con cosas extrañas al asunto principal. Si se trata sin interrupcion un mismo asunto al través de todo un período, resulta efectivamente un golpe de vista general sobre el propio asunto; pero en tal caso queda desconocida la influencia de los sucesos contemporáneos, y no se llega al completo conocimiento del desarrollo del período que se estudia.

Sin embargo, la division real segun la naturaleza de los asuntos no es enteramente contraria á la verdad histórica; pues menos influyen en el desarrollo ulterior de los hechos de la historia los sucesos contemporáneos que los objetos de la misma naturaleza. El arte del historiador consiste principalmente en mantenerse lo mas cerca posible del sincronismo de la realidad, con el cual es imposible conformarse siempre. El mejor medio de acercarse á él no es el dividir los periodos en partes mas cortas, como las que hemos señalado mas arriba, haciendo resaltar, cuanto sea posible, en cada parte la influencia de los hechos contemporáneos. Por esto no seguiremos, como algunos, la misma division de

materias á través de todos esos períodos. Mas natural es que cada periodo traiga ya ordenada en sí mismo su materia peculiar, y que se desenvuelva bien en cada uno lo que mas excitó la atención y la actividad de sus contemporáneos, y que mas movimiento imprimió á su época ¹.

Observaciones.—Se ha querido que la historia eclesiástica se limitara á la exposicion de la propagacion del cristianismo y del establecimiento de la Iglesia, y se han escrito tratados especiales para explicar los otros ramos del desarrollo de la vida cristiana, como, por ejemplo, la historia *de los dogmas y de las herejías* en lo que toca á la doctrina ², y las *antigüedades cristianas* ó la *arqueología cris-*

¹ Schroeckh ha perfectamente indicado la dificultad de coordinar estas materias. « Me falta tratar, dice, la cuestion mas indispensable y para mí la mas « difícil. ¿ Qué órden se debe seguir en el relato de la historia eclesiástica? « ¿ Qué método se debe adoptar para presentar claramente al lector todas las « varias facetas de que tendremos que hablar? » (Hist. de la Iglesia, t. I, p. 293).

² En el sistema católico, el Salvador y los Apóstoles dejaron un cuerpo de doctrinas esenciales é inmutables. No puede, pues, decirse una historia *dogmática* en el sentido de que semejante denominacion implique un cambio de doctrinas, sino un desenvolvimiento de los dogmas provocado por las herejías y por las profundas investigaciones de nuestros célebres apologistas. La historia del dogma es tanto mas conveniente en una historia de la Iglesia, cuanto que la de las herejías está circunscrita á demasiado estrechos límites. Para la historia de las herejías puede consultarse en la antigüedad cristiana y entre los griegos á los siguientes: *San Epifanio*, obispo de Constancia (Salamis) en la isla de Chipre († 403), *Panarion, adversus LXXX haereses* lib. III. (opp. ed. *Petavius*, Paris 1622; Colon. 1682, t. I); *Teodoreto*, obispo de Cirro († 457, 58), *Haeretikes cacomythias epitome*, ó sea, Compendio de las fábulas de los herejes; — (op. ed. *Jac. Sirmond*, in fol. ed. Schulze, t. IV); entre los latinos: *Filastrio*, obispo de Brescia († 387), de *Haeresibus* (opp. Brix. 1738, in fol. max. Bibli., t. IV, *Galland*, Bibl., t. VII); *san Agustín*, obispo de Hipona († 430) de *Haeresibus*. Entre los modernos se puede consultar con fruto á *Dion. Petavio*, S. J., *Opus de theologicis dogmatibus*. Paris, 1644 sq., 6, t. in fol., ed. Th. Alethino (Clericus). Antw. 1700, 6. t. in f. In melior ordin. redactum et locupletatum F. A. Zacharia. Ven. 1757, 6 t. in f.; *Tomasini*, *Dogmata theol.* Paris, 1634 sq., 3 t. in f.; *Hilger*, *Expos. critica de las herejías*, 1 vol., 1.ª parte, Bonn., 1837; *Wualch*, *Historia completa de las Herejías*, Leipz. 1762, 11 vol.; *Munscher*, *Man. de la Hist. de los Dogmas* (hasta 604). Marbourg, 1797. Véanse además las obras de *Augusti*, de *Baumgarten*, de *Crusius*, de *Engelhardt*, de *Meier*, etc.

tiana en lo tocante al culto y la disciplina ¹. Por mas útiles que sean estas exposiciones particulares, es, no obstante, imposible separar así de la historia universal de la Iglesia lo que precisamente constituye, en algunos períodos, su vida y su principal interés. En semejante caso la historia dejaria de ser un cuadro fiel de la realidad, aunque es cierto que esas materias no deban ser tratadas y consideradas de la misma manera en la historia universal de la Iglesia, que en los tratados particulares y escritos expresamente para una materia especial.

FUENTES. — CIENCIAS PREPARATORIAS, CIENCIAS AUXILIARES. — VALOR Y UTILIDAD DEL ESTUDIO DE LA HISTORIA ECLESIASTICA.

§ X.

Fuentes de la historia eclesiástica.

Estas fuentes son *divinas* ó *humanas*.

A las primeras pertenecen los escritos del Antiguo y del Nuevo Testamento. Las segundas son *mediatas* ó *inmediatas*. Estas últimas provienen de los autores, de los testigos oculares, de los contemporáneos, de los que vivieron en los mismos lugares de los acontecimientos al tiempo de realizarse. Aunque perdidas ya en su mayor parte, fueron la mina de donde salieron las otras.

Dejando aparte las santas Escrituras, estas fuentes son ó do-

¹ *F. Th. Mamachi*, *Originum et antiquitat. christian.* lib. XX; lib. IV, Roma, 1749 sq., 5 tom.; *Selvaggi*, *Antiquitat. christian. institution.*, lib. III, Nápoles, 1722 sq., 6 tom.; *Maguncia*, 1787 sq., 6 tom.; *Pelliccia*, de *Christianæ Eccles. primæ, med. et novissi. ætatis Politia*, lib. VI (Nápoles 1777, Venecia 1782, t. 3), ed. *Ritter et Braun*. Col. 1829-38, 3 t.; *Binterim*, *Principales monumentos de la Iglesia católica*. Maguncia, 1825, 7.^a parte, 17 tom., — *Locherer*, *Manual de Arqueología cristiana*, Francfort 1832. — *J. Bingham*, *Orígenes*, s. *antiquitates Eccl. ex anglic. lat. redditæ à Grieshoffer*. Hal. 1752. — *Augusti*, *Memorias sobre la arqueología cristiana*. Leipzig, 1817. — *Idem.*, *Manual de arqueolog. cristi.* — *Rheinwald*, *Arqueolog. eclesiast.* — *Boehmer*, *Antigüedades eclesiast.* — *Siegel*, *Manual de la antigüedad cristiana*, por orden alfabético. Leipz. 1836.

cumentos públicos, testimonios privados, ó monumentos. En el nombre de documentos públicos se comprenden los que fueron ordenados ó reconocidos por una autoridad eclesiástica ó civil: las actas de los Concilios ¹, las leyes de la Iglesia ², los decretos de los Papas ³, los símbolos públicos ⁴, las liturgias ⁵, las reglas de las órdenes monásticas ⁶, las leyes de los Estados en los negocios eclesiásticos y los concordatos ⁷.

Son *testimonios privados* los que al principio aparecieron sin autoridad oficial, pero que sirven para hacernos conocer personajes, sucesos ú opiniones muy notables en la Iglesia. Pertenecen á esta serie: *las actas y biografías de los Mártires y de los San-*

¹ Concilior. omn. collectio regia. Paris, 1644, 37 tom. en fol. Sacrosancta concilia stud. Ph. Labbei et Cosartii. Paris, 1672, 18 tom. en fol. (t. I. suppl. Baluzii. Paris, 1683). — Concilior. collectio regia maxima, stud. J. Harduini, S. J., 1715, 12 tom. en fol. Sacrosancta concilia — curante Nic. Coleti. Ven. 1728, 23 tom. en fol. c. suppl. Mansi, Luc. 1748, 6 tom. en fol. Sacrosancta concilior. nova et amplissima collectio, cur. J. D. Mansi, Flor. et Venet. 1759, 31 tom. en fol. — Cabasutii, Notitia ecclesiastica historiar. concilior. et canonum, ed. VII, Ven. 1722, 1 tom. en fol. — Oberhauser, Manuale selectior. concilior. et canon. Salisb. 1776, 1 tom. en fol. — Richer, Hist. conc. general.

² Corpus juris canonici. Chappuis. Paris, 1499 sq., 3 t.; ed. II, 1503, edd. correctores Romani. Rom., 1582, 3 t. in fol. Pero con mas frecuencia E. rec. Pithæor., ed. Le Pelletier. Paris, 1687, 2 t. in f., ed. Boehmer. Hal., 1797, 2 t. in 4. Richter. Lips., 833 sq., 2 t. in 4.

³ Bullarium Roman., Luxemb., 1727, 19 t. in f. — Bullarum amplissima collectio op. C. Cocquelines. Rom., 1727 sq., 38 t. in f. — Magni bullarii continuatio summor. Pontificum Clem. XIII et XIV, Pii VI et VII, Leon. XII, et Pii VIII (1758-1830) constitut., litteras in forma Brevis, opp., etc., etc., collegit Andr. Advocatus Barbieri. Rom., 1835-43, tom. I-VI. (Pontificatus Pii VI).

⁴ Walch, Bibl. symbolic. vetus.

⁵ Codex liturgicus eccl. universae ill. J. A. Assemanus. Rom., 1749 sq., 13 t. in 4. Eus. Renaudot, Liturgiarum orientalium collectio. Paris, 1716, 2 t. in 4. Muratori, liturgia Romana vetus. Venet., 1748, 2 t. in f.

⁶ Codex regularum monasticar., ed. Luc. Holstenius. Rom., 1661, 3 t. in 4 aux. M. Brockie. Aug. Vind., 1759, 6 t. in f.

⁷ Codex Theodosian, ed. Ritter. 1737, 6 t. in f. Capitularium regum Francor. collectio ed. Steph. Baluz. Paris, 1677, cur. P. de Chinia. Paris, 1780, 2 t. in f. Collectio constitutionum imperial., stud. Goldasti. Francf., 1713, 4 t. in f. Munch, Coleccion de todos los concordatos. Leipz., 1830, 2 vol. Weiss, Corpus juris ecclesiastici catholicorum hodierni. Giess., 1833.

tos ¹, los escritos de los Santos Padres, de los autores eclesiásticos ², y de los historiadores de la Iglesia ³, y los de los paganos que combatieron al cristianismo y á los cristianos.

A los monumentos pertenecen especialmente: las iglesias ⁴, las inscripciones ⁵, las pinturas ⁶, y las monedas ó medallas ⁷. Conviene, por fin, hacer mencion de las leyendas y tradiciones populares ⁸, de las cuales puede á veces el historiador útilmente servirse.

¹ *Ruinart*, Acta primor. Martyr. sinc. et selecta, ed. II Amst., 1713, in f. repet. *Galura*. Aug. Vind., 1802 sq., 3 t. in 8. Acta Sanctor., ed. *Bollandus*, etc.

² *Maxima biblioth. vett. Patrum*. Lugd., 1677 sq., 28 tom. en fol. (con los dos tomos de índices y los Padres griegos traducidos al latin). *Bibliotheca veter. Patrum antiquorumque scriptorum eccles. op. Andr. Gallandii*, presbyt. congreg. Orat. Venet., 1756 sq., 14 t. en fol. *Ellies du Pin*, Biblioteca de los autores eclesiásticos (Paris, 1686 sq., 47 tom. en 8.º). Amst., 1690 sq., 19 t. in 4. *Id.*, Biblioteca de autores separados de la comunión de la Iglesia romana, de los siglos XVI y XVII. Paris, 1718 sq., 3 tom. *Richard Simon*, Crítica de la Biblioteca de *Mr. Du Pin*. Paris, 1730, 4 tom. *Cave*, Scriptorum eccles. hist. litteraria (Lond., 1688) ed. III, Oxon., 1740 sq., 21 tom. en fol. *Remigio Ceiller*, Historia general de los autores sagrados y eclesiásticos, etc. Paris, 1729-63, 24 tom. en 4.º (hasta el siglo XIX). *Casim. Oudin*, Commentarius de scriptoribus Ecclesiae antiquis illorumque scriptis. Leip., 1722, 3 t. en fol. (1460). *J. A. Fabricii*, Bibliot. ecclesiastic. Hambur., 1718, en fol. *Ejusdem*, Bibl. latina med. et infimae aetatis. Hambur., 1734 sq., 6 tom. en 8.º. *Manci*. Patav., 1754, 6 t. en 4.º. † *J. S. Assemani*, Biblioth. orientalis. Rom., 1719 sq., 4 tom. en fol. *Busse*, Iconografía de la literatura cristiana. Munster, 1829. *Mæther*, Patrología ó historia de la literatura cristiana, 1 t. Ratisbona, 1840. *Locherer*, Compendio de patrología. Maguncia, 1837. *Permaneder*, Biblioteca patristica. Landisk, 1841 y sig., 2 tom.

³ Véase el capítulo primero.

⁴ *Hospiniani*, lib. V de Templis. Tig., 1603, en fol.

⁵ *J. Gruteri*, Thesaurus inscriptionum cura Grævii. Amst., 1707, 2 tom. *L. A. Muratori*, Thesaurus vett. inscription. Mediolan. 1739, et seqs. 4 vol. in fol. *Seb. Donati*, Supplementa. Lucc., 1764.

⁶ *J. Ciampini*, Vett. monumenta. Rom., 1747, 3 t. en fol. *Jacutii*, Christian. antiquitatum specimina. Rom., 1752, en 4.º. Para las pinturas de la edad media véase á *Seroux d'Agincourt*, Hist. del Arte por medio de los monumentos. Paris y Strasburgo, 1823-40.

⁷ *F. J. Eckhel*, Doctrina nummor. vett. Vien., 1792 y sig., 8 tom. en 4.º

⁸ Acerca de la importancia de las tradiciones populares para la historia, véanse las Hojas históricas de *Gærres*, tom. I, p. 389.

§ XI.

Crítica y uso de las fuentes.

FUENTES. — *Ernesti*, de Fide historica recte aestimanda (opusc. philolog. critic. Lugdun., 1764). *Griesbach*, de Fide historica ex ipsa rerum, quae narrantur, natura judicanda. Hal., 1768. (Opusc. academ., ed. *Gabler.*, Jen., 1824, t. 1, p. 167, sq.).

Supuesto que la certidumbre de los hechos estriba sobre la de las fuentes, conviene servirse de ellas con particularísima prudencia, apoyándose siempre en una sana crítica, que debe resolver las cuestiones siguientes:

1.ª ¿Las fuentes provienen realmente de los autores indicados, y no solo en parte, sino completamente? ¿Hay en ellas alguna interpolacion (*autenticidad, integridad*)? Para esto es menester buscar sus pruebas intrínsecas y extrínsecas.

2.ª ¿El autor, teniendo en cuenta su destino y su educacion, era capaz de apreciar el verdadero estado de las cosas? ¿Pueden suponerse en el autor las disposiciones necesarias para decir la verdad (*veracidad del autor*)? Aun llenando el autor todas estas condiciones, su certidumbre puede dejarnos todavía algunas dudas; tan frecuente es el que un autor se deje llevar á pesar suyo de preocupaciones y de parcialidad.

Cuando no se puede probar completamente la autenticidad é integridad de las fuentes y la veracidad de los autores, es preciso, sin embargo, examinar y comprobar el tiempo probable, el origen presumible de las fuentes y determinar por este medio el uso que de ellas puede hacerse.

§ XII.

Ciencias preparatorias y auxiliares, necesarias á la historia eclesiástica.

La crítica y el empleo de las fuentes hacen necesarios:

1.º El conocimiento de las lenguas en que fueron escritas; así, además de las lenguas clásicas antiguas, la *filología eclesiástica*.

ca¹, que nos familiariza con el idioma de la Iglesia y su literatura;

2.º La *diplomática*² ó la ciencia de las actas y documentos, (*diplomata*), el arte de leer los caracteres antiguos en sus originales y de conocer su época;

3.º La *geografía eclesiástica*³, que nos hace conocer el teatro de los sucesos;

4.º La *cronología*⁴, que determina la época en que tuvieron

¹ *Suiceri*, Thesaurus eccles. à patribus graec. Amst., 1728, 2 t. in f. *Du Fresne*, Glossarium mediae et infimae Graecitatis. Lugd., 1688, 2 tom. in f. *Ejusdem*, Glossarium mediae infimae latinitatis. Paris, 1733 sq., 6 tom. in f. (*Adeburg*), Glossarium naturale ad script. med. et inf. latinit. Hal., 1772, 6 t. Véanse tambien los glosarios de las lenguas germana y romana.

² *Mabillon*, de Re diplomatica, ed. II, Paris, 1709 in f.; Nuevo tratado de diplomática, por dos religiosos benedictinos de la Congregacion de San Mauro (*Toussaint et Tassin*). Paris, 1750 sq., 6 t. en 4.º. *B. de Montfaucon*, Palaeographia graeca. Paris, 1708. *Schoenmann*, Sist. completo de diplomática, Hamb., 1801.

³ *Emman. Schelstrate*, Antiquitates ecclesiar. illustr., t. II. *Miraeus*, Notitia episcopatum orbis chr. Antw., 1613, in f. *Car. à Santo-Paulo*, Geographia sacra cura Clerici. Amst., 1703, in f. *Nic. Sansonis*, Atlas antiquus sacer et profanus, collectus ex tabb. geogr.; emend. *Clericus*, Amst., 1705, in f. *Spanhemii*, Geographia sacra et eccles. (Opp. Lugd., 1701, 1 t. in f.). *Le Quien*, Ordin. Praedicator. presb., Oriens christianus, quo exhibentur ecclesiae, patriarchae, etc., totius Orientis. C. tabb. geogr. Paris, 1740, 3 t. in f. *Bingham*, Origines, s. Antiquitat., lib. IX. *Staudlin*, Geogr. y estadístico eclesiástico. Tub., 1804, 2 vol. *Wütsch*, Atlas sacer s. ecclesiasticus. Gothae, 1843. Para la geografía política pueden consultarse los mejores Atlas antiguos y modernos.

⁴ *Jos. Scaligeri*, Opus de emendatione temporum. Jen., 1629, en fol. *Dion. Petavii*, Opus de doctrina temporum. Antw., 1703, en fol. — El arte de comprobar las fechas ó de verificar las datas de los hechos históricos, etc., por un religioso benedictino. Paris (1750), 3.ª edic. 1783, 3 tom. en fol.; 4.ª edic., 1818-20. — *Ideler*, Man. de cron. matem. y tecn. Berl., 1825, 2 tom. en 8.º. Debe fijarse especialmente la atencion en las eras siguientes: 1.º *æra Seleucidar.*, seu contradictionum, que data del día 1.º de octubre del año 312 antes de Jesucristo, en Oriente: en nuestros dias se sirven de ella los cristianos de la Siria; 2.º *æra Hispanica*, 1716, p. U, c., empezándose 38 años antes de Jesucristo: se usó en España hasta el siglo XIV (1383), y en Portugal hasta el XV; 3.º *æra Diocletiana*, s. martyrum, que empieza en la Iglesia romana el 25 de agosto del año 284 de Jesucristo: los coptos se sirven de ella todavía; 4.º *Cyclus indictionum*, comprendiendo un período de quince años que empiezan el 1.º de setiembre del 312 de Jesucristo; 5.º *æra Constantinopolitana*, que data del principio del mundo (1.º de setiembre de 5508 antes de Jesucristo).

lugar. A causa de su importancia han sido llamadas estas dos últimas, las dos antorchas de la historia.

A las ciencias preparatorias pertenecen especialmente:

1.º La *historia de las religiones*¹. La naturaleza y el carácter de estas religiones hacían mas ó menos fácil la introducción del cristianismo, luz y perfección de todas ellas. Mostradlo en su poder y su verdad ante los cultos paganos, y lo veréis brillar con todo el esplendor y magnificencia de su eterna belleza, é influir de una manera enérgica y siempre saludable sobre la inteligencia y el corazón del observador.

2.º La *historia de la filosofía*²; porque el cristianismo se vió obligado con frecuencia á entrar en lucha con los diversos sistemas filosóficos; y aunque muchas veces los rechazó enteramente, otras, iluminándolos con su claridad, los transformó en filosofía cristiana.

3.º La *historia universal*³, con la cual tiene frecuentemente la

Los griegos la usan desde el año 692, y los rusos desde el de 1700; 6.º *aera Dionysiana*, s. Christiana, desde el siglo VI: Dionisio el Exiguo dice, hablando de ella (Ep. I): «Quia vero S. Cyrillus I Cyclum ab a. Diocletiani 153, coepit, et ultimum in 247 terminavit; nos ab 248 anno ejusdem tyranni potius quam principis iacboantes voluimus circulis nostris (paschalibus) memoriam impii «et persecutoris innectere, sed magis elegimus ab *Incarnatione Domini nostri Jesu-Christi* annorum tempora praenotare, quatenus exordium spei nostrae «potius nobis existeret, et causa reparationis humanae, id est Passio Redemptoris nostri evidentius luceret.»

¹ Véase *Meiner*, Historia crítica de las religiones. Hamb., 1806. *Benjamin Constant*, La Religion considerada en su origen y en sus formas, 5 tom., 1824.

² *Tennemann*, Historia de la filosofía. Leip., 1798, 11 tom. en 8.º *Wendt* empezó la segunda parte en 1829. *Buhle*, Compendio de la historia de la filosofía. Göttinga, 1796. — *Rizner*, Manual de la Hist. de la filosof., en el curso de la Hist. univer. Bon., 1827-34. — *Ritter*, Hist. de la filosof. Hamb., 1837 y 1841. *Bonelli*, Disquisitio historica praecipuor. philosophiae systematum. Rom., 1829. El *abate Bourgeat*, curso de historia de la filosofía. (Universidad católica. Paris, 1843, tom. XV, entregas de marzo y junio). — *De Ram*, Historia philosophiae à mundi incunabulis usque ad Salvatoris adventum, ho-dierno discentium usui accommodata. Lovanii, 1832.

³ *J. D. Muller*, Discurs. sobre la Hist. univer. *Fred. Schlegel*, Filosofía de la hist. — *Herder*, Ideas sobre la filosof. de la hist. — *Schlosser*, Hist. univers. Francfort, 1815, 5 t. en 8.º — *Idem*, Hist. de la antigüedad. — *Idem*, Hist. del siglo XVIII. — *Leo*, Compendio de hist. universal. Halle, 1835. — *Chateaubriand*, Estudios históric.

historia eclesiástica tan íntimo enlace, que no se puede comprender ó explicar la una sin la otra, en especial cuando, como en la edad media, la Iglesia y el Estado se hallan por decirlo así, embebidos el uno en el otro.

§ XIII.

Importancia de la historia eclesiástica; objeto y utilidad de su estudio.

FUENTES. — *Valois*, en la dedicatoria de su edicion de Eusebio, t. I. — *Griesbach*, de Hist. ecclesiast. nostri saeculi usibus sapienter accommodatae utilit. Jen., 1776. — *Niemeyer*, Importancia del método en el estudio de la Religión y de la hist. ecclesiast. Este opúsculo sirve de introduccion al Diccionario de la relig. crist., por Fuhrmann. Halle, 1826, t. I. — *F. A. Rethæ*, Influencia del estudio de la hist. ecclesiast. sobre el carácter de la vida del hombre. 3 Secc. Leipz., 1810, en 4.º.

Lo que una ciencia es en sí misma, es lo que determina su importancia, y lo que realiza es lo que constituye su utilidad. La ciencia que nos ocupa es en sí misma el desenvolvimiento del reino de Dios sobre la tierra y la restauracion de la humanidad, libertada y santificada por la accion divina. La historia eclesiástica tiene, pues, por objeto el mas sublime de todos cuantos puede la historia ocuparse; precisamente en esto consiste su importancia. Con el cristianismo empieza para el hombre una nueva era de desarrollo y de civilizacion; y en la historia de la Iglesia, el cristiano, miembro de la Iglesia, ha de encontrar necesariamente su propia historia. Va creyendo y amando mas á la Iglesia y su doctrina á medida que va conociendo mejor la poderosa influencia del cristianismo en el mejoramiento de las costumbres y la santificacion del género humano. Los escándalos que de cuando en cuando pueden haber afligido á la Iglesia, no alteran jamás á los ojos del cristiano la importancia de su historia. «Porque, como «dice perfectamente Klée, toda historia muestra al hombre en el «mal, y á la Providencia luchando con el pecado, de manera que «en ninguna parte debe aparecer mas el poder de este, que en la «historia de la Iglesia; circunstancia que resulta de la misma naturaleza de las cosas.»

El estudio de la historia eclesiástica tiene, pues, por objeto principal el satisfacer el legítimo interés que debemos tomar, como miembros del género humano, en el desarrollo de su historia. Pueden juntarse á este fin principal otros accesorios, como el reconocer el estado actual de la Iglesia después de las lecciones de lo pasado, el fundar las convicciones religiosas, etc.

Respecto de su utilidad, la historia eclesiástica nos ofrece desde luego todas las ventajas de la historia en general; y así como las ciencias teóricas van formando en nosotros el talento de la especulación, ella desarrolla en nuestro interior el sentido práctico, tan importante en todas las cosas. Recordemos el texto clásico de Ciceron: *Historia vero testis temporum, lux veritatis, vitae memoria, magistra vitae, nuntia vetustatis*, y las palabras menos conocidas de Diodoro que llama á la historia *la auxiliar de la Providencia, la sacerdotisa de la verdad, la madre de la filosofía*, y, en fin, las de Camilo en Tito Livio: *Si haec monumenta vitae te non movent, nulla te movebunt*; recordemos todo esto, y verémos que solo puede aplicarse con verdad á la historia eclesiástica. Además, esta hace nacer y excita poderosamente los sentimientos de religion y de piedad, por la certidumbre que da de la divinidad del cristianismo y de la Iglesia, y por el número, la belleza y magnitud de los caracteres que describe. ¡Qué superioridad tan grande sobre la historia profana! Por esto dijo muy exactamente Eusebio¹: «Ob-
«jeto de la historia profana son las victorias sangrientas, los tro-
«feos de la guerra, las empresas de los capitanes, la bravura de
«los guerreros que se entregan á la sangre y carnicería para de-
«fender á sus hijos, su patria ó sus reyes; pero los que escribi-

¹ Eusebius, Hist. eccle. lib. V. — Massillon, Pensamientos sobre diferentes asuntos: «En las historias que nos han dejado los hombres no se ve obrar mas
«que los hombres. Ellos son los que toman las ciudadès, subyugan imperios,
«destronan soberanos, y se elevan á sí mismos al poder supremo: Dios no apa-
«rece para nada en ellas; los hombres son los únicos autores de todo. Pero en
«la historia de los Libros santos, todo lo hace Dios: él hace reinar los reyes,
«los coloca en el trono ó los derriba; él vence á los enemigos, destruye las ciu-
«dades, dispone de los Estados y de los imperios, da la paz y suscita los guer-
«reros. Solo Dios aparece en esta divina historia; es, por decirlo así, su único
«héroe, y los conquistadores son los ministros de su voluntad, etc.» (Nueva
edición de sus obras. Paris, 1838, t. III, p. 759).

«mos la historia del reino de Dios, esculpimos sobre columnas im-
«perecederas los nombres y las pacíficas victorias de los que com-
«batieron valerosamente por la verdad mas que por la patria, por
«la Religion mas que por su familia. Conservamos la eterna me-
«moria de la intrepidez de los defensores de la Religion, de su
«valor en medio de los sufrimientos, y de sus triunfos sobre los
«enemigos invisibles.»

La historia eclesiástica pone al teólogo, representante de la inteligencia en la Iglesia, en estado de dar á todos razon cabal de la marcha y progresos de esta misma Iglesia; le enseña, como médico de las almas, la manera de obrar eficazmente sobre estas para contribuir á la prosperidad de la Iglesia, de la cual son todas ellas miembros vivos, y es para él el tronco de los demás ramos de la teología, como el *derecho canónico*, la *exegesis*, la *dogmática* y la *moral*.

El historiador profano, el jurisconsulto, el hombre de Estado, el literato y el filósofo no pueden prescindir de la historia eclesiástica. Al primero le facilita la inteligencia de los puntos en que la política es dominada por la influencia religiosa; demuestra al jurisconsulto y al hombre de Estado que hay innumerables leyes y máximas de derecho y de Estado que datan del cristianismo, y que el espíritu cristiano penetró y vivificó la política de los tiempos modernos; enseña al literato que desde el establecimiento de la Iglesia el agente de todos los grandes movimientos literarios ha sido siempre el genio cristiano; revela al filósofo la feliz direccion impresa á la filosofía por el cristianismo, poniéndolo en contacto con los grandes pensadores del cristianismo, con los Padres de la Iglesia, esos verdaderos y sólidos filósofos de los tiempos antiguos, y con las atrevidas concepciones de los grandes escolásticos de la edad media. Parece, en efecto, que cada dia se va reconociendo mas esta importancia de la historia eclesiástica, y que pronto verémos realizadas aquellas palabras de *Kæthes*: «El por-
«venir, y sobre todo las academias, demostrarán las íntimas afi-
«nidades de la historia eclesiástica con el conjunto de todos los
«conocimientos y de todas las ciencias humanas, y las barreras
«que actualmente separan á las varias *facultades* caerán cuando
«se habrá reconocido el alma y la vida que las une todas. Es ver-

«daderamente deplorable que los mismos cuya inteligencia debe
«ella iluminar y cuya ciencia nada es sin ella, los teólogos, la
«desconozcan todavía, y no saquen de ella, cuando la necesidad
«les obliga, mas que lo que les puede proporcionar un estudio
«hecho sin amor y sin celo.»

HISTORIA UNIVERSAL DE LA IGLESIA.

CAPÍTULO I.

TRABAJOS SOBRE LA HISTORIA DE LA IGLESIA CRISTIANA.

En la enumeracion de los historiadores eclesiásticos podemos seguir la division indicada de tres períodos, supuesto que la historia escrita se enlaza necesariamente con la historia real de la Iglesia, y hasta cierto punto ambas se van simultáneamente desarrollando.

PRIMER PERÍODO.

HISTORIADORES ECLESIÁSTICOS GRIEGOS Y ROMANOS DESDE EL ORIGEN DE LA IGLESIA CRISTIANA HASTA FINES DEL SIGLO VII.

§ XIV.

Historiadores eclesiásticos griegos.

La historia eclesiástica propiamente dicha no pudo escribirse antes que se hubiese propagado la Iglesia cristiana, antes que hubiese vivido y trazado ella misma su propia historia. Sin embargo el sentimiento religioso excitó desde luego á los que habian vivido con el divino Fundador de la Iglesia á consignar la *Vida de*

Jesús en los cuatro Evangelios. Al mismo motivo debemos los *Hechos de los Apóstoles*, de san Lucas, en los cuales se trazan los lineamientos fundamentales de una historia de la Iglesia; pues se describen en ellos con fidelidad las primeras comunidades cristianas, su organizacion, sus asambleas religiosas y su propagacion.

El cristiano hebraizante *Hegesipo* se acerca ya mas al objeto de una historia eclesiástica completa. Vivió, segun Eusebio, en tiempo de Adriano (117-138), ó de Marco Aurelio, segun san Gerónimo (161-180) ¹. Eusebio llamó á su libro de los *Memorabilia* una historia de la Iglesia ²; sin embargo, rigurosamente no puede llamarse así, supuesto que en el prefacio de su propia historia dice que él es el primero que escribe la historia de la Iglesia. En efecto, Eusebio es mirado justamente como el padre de la historia eclesiástica. Obispo de Cesarea y uno de los hombres mas influyentes de su época, compuso, con los materiales hacia mucho tiempo preparados de su *Crónica* ³, su historia eclesiástica dividida en diez libros, que llegaba hasta el año 324. Con el favor de Constantino Magno pudo tener á su disposicion los archivos del imperio, los cuales consultó con celo, los empleó con fidelidad, é hizo así de su libro un tesoro de noticias preciosas y de conocimientos sobre todos los ramos de la historia eclesiástica. Solo se echa en él de menos una crítica constante y suficiente ⁴; y es lástima que su biografía de Constantino Magno no sea, por decirlo así, mas que un

¹ *Euseb.*, Hist. eccl., IV, 8. *Hieronym.*, de Viris illustr. c. 11 et 12.

² El título completo es probablemente: *Hyponemata tón ecclesiasticon praxeon*, en 8 libros; no se encuentran mas que fragmentos en *Euseb.*, H. e., II, 23; III, 16, 19, 20; IV, 8, 22; y en *Focio*, cod. 232, cf. 893. Ha sido ordenado y comentado por *Routh*, Reliquiae sacrae, t. I, p. 187 sq. *Gallandii*, Biblio. PP., t. II, p. VII, p. 59-67. *Grabe*, Spicilegium SS. PP., etc., ed. II. Oxon., 1700, t. II, p. 203-214.

³ *Euseb.*, *Pantodape historia*, Compendio de hist. desde el principio del mundo hasta el año 324. La cronología es el objeto principal del autor. Se perdió el texto griego, del cual san Gerónimo nos dió una traduccion latina trunca. En 1787, Aucher, monje armenio muy erudito, encontró en Constantinopla una version de Eusebio en lengua armenia, que se imprimió en Venecia en 1818 con la traduccion latina.

⁴ *Møller*, de Fide Euseb. Hafn., 1813. *Kestner*, De Fide Euseb. auctoritate et fide diplom. Goett., 1817. *Baur*, comparatur Euseb. H. e. parens cum parente historiar. Herodoto, Tub. 1834, en 4.^o

panegírico. A mediados del siglo V tuvo por continuador á *Sócrates*, abogado (*scholasticus*) de Constantinopla, cuya obra (306-439) está escrita con diligencia y exactitud y con grande ingenuidad. *Hermas Sozomeno*, también abogado de Constantinopla, escribió otra continuación de Eusebio, y su estilo es menos esmerado y fluido que el de Sócrates, aunque él es mas severo en sus juicios, á pesar de no estar siempre seguro de lo que dice. Al compararlos es fácil conocer que ambos escribieron con independencia el uno del otro. Algunos han pretendido que *Teodoreto*, obispo de Ciro en la Siria, habia querido completar á Sócrates y Sozomeno; pero no hay nada de esto. Además de que el mismo Teodoreto dice que su designio es el continuar la obra de Eusebio, su trabajo (322-427) está acabado por él mismo y es muy superior al de sus predecesores ¹. *Filostorgio*, de Capadocia compuso una historia eclesiástica (319-423) para hacer la apología del arrianismo, de la cual no se conservan mas que fragmentos en la biblioteca de Focio, patriarca de Constantinopla. *Teodoro*, lector en Constantinopla, hizo, al principio del siglo VI, un extracto de Sócrates, Sozomeno y Teodoreto, en dos libros, y una continuación de Sócrates (439-518). Tenemos algunos fragmentos de esta última obra, conservados por Nicéforo de Calisto, historiador griego del siglo XIV. A mediados del siglo VI *Evagro*, abogado de Antioquia, continuó á Sócrates y Teodoreto (431-594 ²). También conviene hacer aquí mención de los historiadores, llamados los *Bizantinos*, que escribieron en Constantinopla, durante el siglo VI, de los cuales volveremos á hablar mas adelante, en el § XVII.

¹ *Holzhausen*, de Fontibus quibus Socr. Sozom. ac Theodoret. in scribenda hist. sua usi sunt. Goett., 1825.

² Eusebii, Socr., Sozom., Teodoret., et Evagr., item Philostorgii lectoris quae extant historiae ecclesiasticae graecae et latine ed. *Henr. Valesius*, cum adnot. Paris, 1659, 3 t. en fol.; ed. II, 1677, Maguncia, 1672. Ed. fautive; se publicó otra mas correcta en Amsterdam, 1695. Scriptores graeci c. notis Valesii, ed. *G. Reading*. Cantabr., 1720, 3 t. en f. *Zimmermann*, Francfort, 1822, 2 t. en 8.º *Heinichen*, Leipz., 1827-28, 3 t. en 8.º *Euseb.*, Hist. eccl., lib. X, ad codd. manuscrit. recens. Ed. *Burton*, Oxon., 1838, 2 t. en 8.º

§ XV.

Historiadores eclesiásticos latinos.

La Iglesia de Occidente se quedó muy atrás de la Iglesia griega. Sus historiadores no hicieron ninguna investigacion por sí mismos, ni ningun trabajo original, contentándose con ser traductores ó compiladores de los historiadores griegos. Vemos primero á *Rufino* ¹, sacerdote de Aquileya, traducir, además de muchas obras del grande Orígenes, la Historia eclesiástica de Eusebio (año 400), cuyos diez libros refundió arbitrariamente en nueve, añadiéndole, como continuacion, y en dos libros la historia de los arrianos (hasta el año 395) que es inexacta. Su contemporáneo, *Sulpicio Severo* ², sacerdote de las Galias, habló de la historia de la Iglesia en su Historia desde el principio del mundo hasta el año 393 después de Jesucristo. Su estilo cortado y clásico le valió el sobrenombre de Salustio cristiano. *Paulo Orosio* ³, que después de la invasion de los bárbaros se fué, huyendo de España, á ver á san Agustin y san Gerónimo, compuso, á invitacion del primero, una historia general desde el principio del mundo hasta el año 416 después de Jesucristo, en la cual trata de probar que las terribles desgracias que afligieron á los romanos en la invasion de los bárbaros no debian atribuirse de ninguna manera al cristianismo. *Marco Aurelio Casiodoro* ⁴, distinguido hombre de Estado y que gozó de grande influencia en Roma durante muchos reinados (†* por los años 562), después de haberse retirado á un convento, trabajó, de acuerdo con un tal Epifanio, un extracto en la-

¹ *Rufini*, Hist. eccl., lib. XI, ed. P. Th. Cacciarj. Roma, 1740 y sig., 2 t. en 4.º. Cf. *Kimmel*, de Rufino Eusebii interprete, lib. II, Ger., 1838.

² *Sulp. Severi*, presbyt. Hist. sacrae, lib. II, à mundo cond. — 400 p. Chr. ed. *Hieronym. de Prato*. Veron., 1741 sq., 2 vol. in 4; et cum commentar. *Hornü*. Lugd. Bat., 1647. *Galland*, Bibl., t. VIII.

³ *P. Orosii*, lib. VII, Historiar. ad paganos, ed. Sigb. *Havercamp*. Lugd. (1738) 1767, in 4.

⁴ Hist. tripart. lib. VII (opp. ed. T. *Garettius*, ord. S. Ben. Rotomag. 1679, 2 t. in f. Ven., 1729). Rufin, adicionado por *Beatus Rhenanus*. Bas., 1523.

(*) La cruz antes de las fechas significa muerto en. (*Nota del Traductor*).

tin de las historias de Sócrates, Sozomeno y Teodoreto (*Historia tripartita*), y una continuación de Sócrates (hasta el año 518), que en la edad media fue el origen de las mas antiguas historias eclesiásticas. Dionisio *el Exiguo*, monje de la Scitia y presbítero en Roma en el siglo VI, prestó importantes servicios á la historia eclesiástica con la introduccion de la cronología del periodo dionisiano y la coleccion que hizo de los cánones de la Iglesia y decretales de los Papas desde Siricio hasta Anastasio II (384-496).

SEGUNDO PERÍODO.

HISTORIADORES ECLESIASTICOS ROMANO-GERMANOS, DESDE EL SIGLO III AL XVI. — HISTORIADORES DE LA IGLESIA GRIEGA EN ESTE PERÍODO.

§ XVI.

Historiadores en los pueblos germanos.

Después de los historiadores que acabamos de nombrar, se pasó mucho tiempo sin que apareciese algun historiador eclesiástico original. Las invasiones y devastaciones de los bárbaros en Occidente sofocaron por espacio de algunos siglos casi toda cultura científica, y así fue que no pudo pensarse en escribir la historia de la Iglesia. Sin embargo, los conventos de benedictinos conservaron cuidadosamente las fuentes de la historia eclesiástica, y multiplicaron sus ejemplares. Las tentativas hechas mas tarde para escribir la historia eclesiástica se distinguen perfectamente de los trabajos de los griegos y romanos. En efecto, ya no se escribió entonces la historia de la Iglesia universal, sino la de un país determinado, y la mayor parte de las veces ni siquiera llegó á ser una historia eclesiástica especial, sino una historia política y civil en la que se daba á la Iglesia el lugar que le correspondia. Semejante fenómeno era resultado de la íntima union de la Iglesia y el Estado en la edad media. *San Gregorio*, obispo de Tours († 595), es

el primero que empieza á escribir la historia de la Iglesia; pero se limita principalmente á la de Francia ¹. El venerable *Beda* ², aquel monje inglés, que tan grande influencia tuvo en la cultura científica de los germanos († 735), además de una crónica sobre las seis edades del mundo (por los años 721 después de Jesucristo), escribió una preciosa historia de la Iglesia de Inglaterra. *Haymon* ³, obispo de Halberstadt, discípulo de Alcuino († 853), dió un extracto de la traduccion latina de Eusebio por Rufino, y le añadió observaciones que procuró distinguir del texto. *Anastasio* ⁴, sacerdote y bibliotecario de Roma, compuso una historia eclesiástica extraida de las tres crónicas griegas. *Flodoardo* ⁵, obispo electo, tan conocido por su vida activa y agitada († 966), escribió una historia muy apreciable de la iglesia de Reims (por los años 948). La historia eclesiástica de *Adam* ⁶, obispo de Brema (desde 788 á 1076), es preciosa por su fidelidad y por ser la única fuente para la historia eclesiástica de Dinamarca, Suecia y Sajonia. *Orderico Vital* ⁷, benedictino de Saint-Evreul († después de 1142), escribió, á la edad de sesenta y siete años, una historia eclesiástica en trece libros (por los años de 1142). El dominico *Tolomeo de Fiadonibus* (Bartolomé, † 1327, obispo de Torcello), dejó una historia eclesiástica en veinte y cuatro libros ⁸.

¹ *Greg. Turon. Hist. Francor.*, lib. X, 594. (*Bouquet*, *Scriptores rer. Gallic.*, t. 2, *Bibl. max. PP. Lugd.*, t. XI).

² *Beda Venerab. Hist. gentis Anglor.*, lib. V, hasta 731 (op. ed. *P. F. Chifflet*), et stud. *J. Smith*. Cantabr., 1722, in *f. Stevenson*. Lond., 1838.

³ *Haymo*, lib. X, rer. christianar. memoria, ed. *P. Gallezini*. Roma, 1564, ed. *Bozhornii*. Lugd. Bat., 1650, in 12; ed. opt. *Joach. Mader*. Helmst. 1671, in 4.

⁴ *Hist. eccl.*, s. *Chronographia tripartita ex Nicephori, Gregorii Sincelli et Theophanis* ed. *Fabrotti*. Paris, 1649, in f.

⁵ *Flodoard*, *Hist. eccl. Rhemens.*, ed. stud. *Jac. Sirmondii*. Paris, 1611, in 8 (*Sirmond. Opp.*, t. IV), ed. stud. *G. Colvenarii*. Duaci, 1617, in 8.

⁶ *Adami Bremensis*, *Hist. eccl. praesert. Bremens.*, lib. IV, ed. *Lindembrog*. Lugd. Batav., 1595, in 4; ed. *Fabric*. in *Lindembrogii script. rer. German. settentr.* Hamb., 1706, in f. 1825. Cf. *J. Asmussen*, de *Fontibus Adami Bremensis*. Kil., 1834, in 4.

⁷ *Order. Vital.*, *Hist. eccles.*, lib. XIII, ed. *du Chesne* (*Scriptor. veteris hist. Normannor.* Paris, 1619, in f.).

⁸ *Ptolem. de Fiadonibus*, *Hist. eccles.* (*Murat. Script. rer. Italicar.*, t. XI, p. 741).

Además de estas obras, encontramos la historia eclesiástica de aquellos tiempos mezclada con la historia política en las numerosas crónicas italianas, francesas y alemanas que se han reunido en colecciones especiales ¹. *Freher* ha dado de ellas un resumen general bastante bueno; y *Fr. de Raumer*, en su *Crestomatía*, da á conocer sus relatos mas originales. Las excelentes crónicas de *Regino de Prüm* († 915), *Herman Contractus* († 1058), *Lamberto de Aschaffembourg* († 1080), *Oton de Freisingen* († 1148), *Mateo de Paris* († 1259), *Guillermo de Tiro* († 1178), etc., merecen una mencion particular. Al final de la edad media el espíritu especulativo y dialéctico se dirigió con preferencia hácia la historia; el cisma papal del siglo XV fue lo que mas contribuyó á desarrollar este gusto histórico. La multitud de acusaciones dirigidas contra el Papa, obligaron á estudiar la historia de los tiempos anteriores, para sostenerlas ó refutarlas. La propagacion de la lengua y civilizacion griegas, poco antes é inmediatamente después de la toma de Constantinopla, tuvo tambien grande influencia en aquellos estudios. Esta influencia se hace sentir ya en *Antonio* ², obispo de Florencia, y mas aun en *Lorenzo Valla*, canónigo de Roma († 1457); cuyas investigaciones sobre algunos asuntos históricos y especialmente su trabajo para demostrar la falsedad del acta de la donacion hecha por Constantino al Papa Silvestre ³, excitaron singularmente la crítica y los estudios históricos. El estudio mas concienzudo de las fuentes y una laboriosa erudicion colocan sobre todos sus antecesores al benedictino aleman, *Juan de Tritenheim* ⁴ († 1516). La historia de la Iglesia del Norte

¹ *Directorium historicum medii potissimum aevi post Freherum et iteratas Kœhleri curas rec. et emend. et aux. Hambergerus*. Gœtt., 1772, in 4. — *Roesler*, de *Annalium medii aevi varia conditione*. Tub., 1788 sq., in 4. — *De Raumer*, Man. de los pasajes mas notables de los autores latinos de la edad media. Breslau, 1813.

² *Anton. Florent. Summa historialis* (1459). Norimb., 1484, 3 t., ed. *Joh. de Gradibus*. Lugd. (1512-27) 1587, in f.

³ *Laur. Valla*, de Falso credita et ementita Constantini donatione declaratio (Opp. Basil., 1540-1543 en fol.). Lugd., 1620. *Calumnia theologica Laur. Vallae Neapoli intenta, quod negasset, symbolum membratim articulatimque esse compositum ipso Laur. Valla auctore*. (Op. Bas.).

⁴ *J. Trithemii Annal.* Hirsang. cur. J. Mabillon. S. Gallae, 1690, 2 t. en folio. *Fabricii*, Bibliot.

de la Alemania (hasta 1504), ó la *Metropolis* ¹ de Alberto Cranz, canónigo de Hamburgo († 1517), es apreciable por la sagacidad de las investigaciones; aunque la pintura que traza de las faltas de la Iglesia en los últimos años de la edad media es bastante exagerada.

§ XVII.

Historiadores de la Iglesia griega.

Después de su separacion de la Iglesia de Occidente, la Iglesia griega presenta muy poco interés y casi ninguna vitalidad. Por esto seguramente, se van haciendo cada vez mas raras en su seno las obras de historia eclesiástica, que se confunde con la historia del Estado, á medida que la misma Iglesia se va haciendo esclava del despotismo político. Este fenómeno se revela ya en los copiosos trabajos de los historiadores de Constantinopla, desde principios del siglo IV, conocidos con el nombre de los *Bizantinos* ². El mas notable de todos ellos es sin contradiccion *Niceforo Callisto* ³, que fue probablemente eclesiástico en Constantinopla: de los veinte y tres libros que compuso en el siglo XIV, no nos quedan mas que diez y ocho (hasta el año 610). Es algo inexacto, y su estilo por lo general es bueno aunque algo afectado.

La historia eclesiástica de *Eutiquio*, patriarca de Alejandría († 940), escrita en forma de crónica, merece tambien nombrarse: está en árabe y contiene desde la creacion del mundo hasta el año 937 ⁴.

¹ La *Metropolis* contiene una historia de los archivos de Hamburgo y de Brema con la de los obispos de la Baja Sajonia y de Westfalia, desde el año 780 hasta el de 1504. Basilea, 1548, y Westfalia, 1576.

² *Scriptores histor. Byzantinae*. Paris, 1648 sq., 27 tom. en folio. Venecia, 1737, 22 tom. en folio. *Corpus scriptorum hist. Bizant.* Bona, 1828.

³ *Niceph. Callisti. Hist. eccles.* ed. *Fronto ducaeus*, Paris, 1630, 2 t. en f.

⁴ *E. Pocoche*, *Patr. Alex. annal.* Oxon. 1658.

TERCER PERÍODO.

HISTORIADORES ECLESIASTICOS DESDE EL CISMA DE OCCIDENTE,
EN 1517, HASTA NUESTROS DIAS.

§ XVIII.

Lucha histórica entre protestantes y católicos.

Si los progresos que el arte de escribir la historia habia hecho, al fin de la época precedente, fueron turbados en su tranquila marcha por el cisma que afligió á la Iglesia, las controversias que se suscitaron entonces le fueron grandemente favorables. Para dar un fundamento histórico á la obra de Lutero y de sus partidarios, *Matias Flacio*¹, de la Iliria y predicador en Magdeburgo, se asoció con otros sabios protestantes para emprender un trabajo vastísimo que abrazara, siglo por siglo, toda la historia de la Iglesia, por cuya razon se les dió el nombre de *Centuriarios*, con que son conocidos. Hay en esta obra sagacidad y buen conjunto, pero al mismo tiempo resalta en ella una parcialidad y una mala fe sin ejemplo, lo que no impidió que por mucho tiempo pasara por perfecta é incomparable. Para hacerla mas popular, el teólogo *Lucas Osiander* la compendió y continuó hasta el siglo XV². El trabajo de los Centuriarios debió necesariamente causar grandísima sensacion en toda la Iglesia católica.

El mas vigoroso adversario de estos escritores fue *César Baronio* († 1607), sacerdote del Oratorio en Roma y después cardenal de la santa Iglesia. Su obra, fruto de treinta años de no interrumpido

¹ Eccl. historia, integram eccles. Chr. ideam quantum ad locum, propagationem, etc., complectens, congesta per aliquot studiosos et pios viros in urbe Magdeburgica. Basil., 1559-74, 13 t. (centur.) B. (centur.) in f. *Baumgarten* et *Semler* dieron de ella una nueva edicion, pero que no llega mas que á los años 1757-1763.

² Epitome hist. eccl. centuriae XVI. Tub., 1592 sq., 8 t. en 4.º.

pidas vigiliás, es notable especialmente por la riqueza de las fuentes hasta entonces desconocidas que el autor cita, y muchas veces por la sagacidad de la refutación. La continuaron el dominico polaco *Abraham Bzovius*, de Cracovia († 1637) hasta el año 1564; *Spondano*, obispo de Pamiers († 1643), hasta el de 1640; *Oderico Raynaldo*, del Oratorio, el único que supo llegar al nivel de su modelo, hasta el de 1665, y, en fin, *Jacobo de Laderchi*, sacerdote regular, la continuó de nuevo, publicando otros tres tomos, desde 1566 hasta 1571¹. Un franciscano muy juicioso, *Antonio Pagi*², hizo una crítica general de la obra de los Centuriarios, especialmente bajo el punto de vista cronológico, que dejó muy atrás é hizo olvidar pronto á todos los adversarios protestantes de Baronio. Para servirse del trabajo de este último es menester no olvidar el libro de Pagi. Después de esta polémica, vemos, sobre todo en Francia, un infatigable celo por los progresos de la historia eclesiástica.

§ XIX.

Estudios sobre la historia eclesiástica en Francia.

Muchísimos individuos de la congregación de san Mauro, del Oratorio, y de la Compañía de Jesús en Francia desplegaron extraordinario celo en ir preparando y ordenando los varios ramos de la historia eclesiástica, y sobre todo en dar admirables ediciones de los Padres de la Iglesia, cuyos escritos son una inicia-

¹ *Baronii*, Annales. Rom., 1588-1607, 12 tom. en fol., corregidos por el autor. Maguncia, 1601-5, 12 tom. en fol. (1198). — La mejor edición es la de Colonia del año 1609 y de Amberes del 1610, con las notas de Pagi. — Continuación por *Abra. Bzovii*, Annal. eccl., post Baronium. Rom., 1616, 8 tom.; ed. auct. Col., 1621 y sig., 8 tom. Annal. Baronii continua. p. *Spondanum*. Paris, 1640-41, 2 tom. en fol. *Od. Raynaldi*, Annal. eccl.; ab an. 1198. Rom., 1646-77, 10 tom. en fol., tom. XIII bis et XXI. Opp. *Raynald*. Col., 1693 y sig.; — *Jac. de Laderchio*, Annal. eccl., tom. XXII-XXIV. Rom., 1728-37.

² *A. Pagi*. Crítica historico-chronologica in Annal. Baronii. Paris, 1698, 2 tom. en fol. Después le añadió 3 tom., Colon., 1705, y los completó en Antuerpia, 1705, 4 tom. en fol. La mejor edición es la de Baronii Annal. cum continuatione Raynaldi, crítica Pagi ac notis Dom. *Georgi* et Dom. *Mansi*. Luc., 1738-56. 38 tom. en fol.

cion necesaria para los estudios sólidos sobre la historia eclesiástica. La Iglesia de Francia podrá citar siempre con noble orgullo los nombres inmortales de *Richer*, *Aubespine*, de *Marca*, *Launoy*, *Dupin*, *Arnaud*, *Pétau*, *Baluze*, *Tomasino*, *d'Achery*, *Mabillon*, *Ceillier*, *Martene*, *Durand*, *Sirmond*, *du Cange*, de *La Rue*, *Monfaucon*, *Constant*, *Garnier*, *Lenourry* y muchos otros ¹. Las relaciones en que *Godeau* ², obispo de Vence, procuró encerrar casi toda la historia eclesiástica, son muy importantes, populares y agradables, aunque desgraciadamente no siempre parten de datos bastante fundados. En la historia del dominico *Natal Alejandro*, doctor de la Sorbona, hay, por el contrario, profundo estudio y conocimiento de las fuentes originales, grande claridad y un juicio sumamente recto ³; y puede decirse que lo que constituye su principal mérito son las disertaciones que la preceden acerca de las mas importantes materias. En el piadoso y franco abate de *Fleury* ⁴ hay mucho encanto: su historia que llega hasta el año 1414, está escrita con presencia de las fuentes, aun cuando el autor no las indica, y su principal objeto es el exponer en la obra el origen divino de la institucion de la Iglesia, su influencia en la restauracion de la humanidad, y el cumplimiento de esta obra divina por medio de la Iglesia católica. Su continuador, *Faber*, oratoriano, le es inferior bajo todos conceptos: su prolijidad, el empeño en evitar las dificultades que se le presentan y la mezcla que hace sin gusto de las mas opuestas materias, acreditan su incapacidad y cuán léjos se quedó de su modelo. *Bossuet*, el grande obispo de

¹ *Herbest*, Méritos de los benedictinos de San Mauro en las ciencias. Turbinga, Revista teológica, 1833. *Idem*, de los Padres del Oratorio, 1835.

² *Godeau*, Historia de la Iglesia, desde el nacimiento de Jesucristo hasta fines del siglo IX. Paris, 1663, 3 tom. en fol.

³ *Nat. Alexander*, Hist. eccl. N. T. Paris, 1676 y sig., 23 tom. en 8.º Selecta historiae V. T. capita. Paris, 1689, 6 tom. en 8.º Hist. eccl. V. et N. T. Paris, 1699, 8 tom. en fol.; Luc., 1734, cum notis *Constant. Roncaglia*, 9 t. en fol.; ibid., 1749, cum notis *Mansi*. Ven., 1759-1778, 9. tom. en fol., c. II, tom. supplement. 1751, 18 tom. en 4.º; ed. Bingæ, 1784 y sig., 18 tom. en 4.º cum supplement., 2 tom. en 4.º

⁴ *Fleury*, Hist. Eccl. Paris, 1691-1720, 20 tom. en 4.º Paris, 1840, 6 tom. en 4.º, continuada por *Fabre*, 1726-40, 16 tom. en 4.º—*Alex. la Croix*. Paris, 1776, 6 tom.

Meaux ¹, en su *Discurso sobre la historia universal* (hasta Carlo Magno), expone la accion de la Providencia divina en la marcha de los negocios del mundo. *Cramer*, el superintendente protestante, pretendió continuar la obra de Bossuet, pero con un espíritu y un objeto enteramente distintos. La gloriosa lista de los historiadores eclesiásticos franceses termina en *Tillemont* († 1698) ². Su gran trabajo histórico sobre los cinco primeros siglos, que contiene principalmente las monografías de los personajes mas eminentes de la Iglesia, no es mas que una laboriosa y concienzuda serie de textos sacados de las mismas fuentes, á los cuales añade el autor algunas observaciones que tiene cuidado de distinguir escrupulosamente de las citas originales por medio de paréntesis. Cada tomo contiene además, con el modesto título de notas, juiciosas y ricas disertaciones acerca de las materias mas importantes. El mérito científico de las obras de *Choisy* ³ y de *Buenaventura Racine* ⁴ (*Graveson*), es muy mediano. La historia detallada de *Berault-Bercastel* está escrita con facilidad y ha sido muy leída ⁵. Los *Siglos cristianos* de *Ducieux*, canónigo de Auxerre, son bastante buenos, y su autor mas esmerado que el anterior, principalmente en la última parte ⁶. En estos últimos tiempos se ha despertado algo el celo de los estudios históricos eclesiásticos, como lo acreditan los trabajos contemporáneos de *Blanc*, *Receveur*, *Jager*, *Rohrbacher* y otros ⁷.

¹ *Bossuet*, Discurso sobre la Historia universal. Paris, 1681. Historia de las variaciones de la iglesias protestantes. Paris, 1688, 2 t. in 4; 1734, 4 t.

² *Sebastian le Nain de Tillemont*, Memorias para servir á la Historia eclesiástica de los seis primeros siglos. Paris, 1693-1712, 16 tom. en 4.º No pasa del año 513, segunda edicion. Paris, 1700-13. — *Tillemont*, Historia de los emperadores y otros príncipes de los seis primeros siglos de la Iglesia. Paris, 1690-1738, 6 tom. en fol.; Bruselas, 1707 y 1739, 16 tom. 12.º Cf. *Hefele*, Exámen de Tillemont, en la Revista de Tubinga, 1841.

³ *Choisy*, Historia de la Iglesia. Paris, 1703, 2 tom. en 4.º

⁴ *Racine*, Compendio de Historia eclesiástica. Paris, 1762-67, 13 t. en 4.º

⁵ *Berault-Bercastel*, Historia de la Iglesia. Paris, 1778, 24 tom. en 12.º; continuada hasta 1841 por Pellier de la Croix, canónigo de Chartres. Paris. Está traducida al español.

⁶ *Ducieux*, Siglos cristianos. Paris, 1785, 10 tom. en 12.º Están traducidos al castellano y se han publicado dos ediciones.

⁷ *Blanc*, Curso de Historia eclesiástica. Paris, 1841; — *Receveur*, profesor

§ XX.

Estudios sobre la historia eclesiástica en Italia.

Además de Baronio, ya citado, vemos en Italia historiadores de gran mérito, como *Pallavicini*, célebre por su *Historia del Concilio de Trento*; el cardenal *Noris*, que escribió sobre las controversias del pelagianismo; *Mamachi*, *Selvaggio* y *Pellicia*, que trataron de antigüedades eclesiásticas; *Assemani* que reunió las diversas liturgias; el dominico *Mansi* que revisó las ediciones mas completas de los Concilios; *Muratori* que coleccionó preciosos fragmentos, hizo muy sólidas investigaciones sobre varios hechos de la historia eclesiástica, y facilitó, con su coleccion de historiadores italianos, el estudio de las fuentes. El cardenal *Orsi*¹, del orden de Predicadores, escribió una historia eclesiástica de los seis primeros siglos, notable por la belleza del estilo. El sacerdote del Oratorio *Sacharelli*² escribió otra muy sólida y llena de inestimables detalles, que llega hasta el año de 1185. La de *Aurelio Sigonio*³ es mas rica en la forma que en el fondo. La de *Zola*⁴, profesor en la Academia de Pavia, que no llega mas que hasta Constantino Magno, se halla escrita con un espíritu tan moderado y tan libre, que con frecuencia la han admitido los mismos protestantes. *Lorenzo Berté*⁵, agustino, dejó un excelente compendio de

en la facultad de Paris, *Historia de la Iglesia*. Paris, 1841; — *Jager*, Curso de Historia eclesiástica (Universidad católica, 1841); — *Rohrbacher*, Historia universal de la Iglesia católica, desde el principio del mundo hasta nuestros dias. Paris, 1842.

¹ *G. A. Orsi*. Historia eclesiástica. Roma, 1748, 30 tom. en 4.º, continuada hasta el Concilio de Trento por *P. A. Becchetti*. Roma, 1770, 24 tom. en fol.; nueva edicion, 1738, en 20 tom. en 8.º.

² *Historia ecclesiastica per annos digesta, variisque observationibus illustrata*. Rom., 1771, 30 tom. en fol.

³ *Sigontii*, *Histor. eccles. lib. XIV* (usque 311), *Mediol.*, 1782, 2 t. en 8.º

⁴ *Zola*, *Prolegomena commentarior. de reb. christian.* Ticini, 1779. *Commentarii de rebus christian. ante Constantinum M. Tic.*, 1780 sq., 3 t. in 4.

⁵ *Berté*, *Breviar. Hist. eccl. post ed. Venet. Aug.*, 1761 et 68. Viena, 1774, 2 vol. in 8; noviss. ed. Aug. Vindel. 1782, 1 vol. in 4. *Dissertationes historicae, s. Hist. eccl. V prior. saecul. Florent.*, 1753 in 4. Aug. Vindel. 1761, 4 t. in 8, continuav. *Corn. Stephan.*, ord. Cistercién. Paris, 1778, 3 t. in 8.

historia eclesiástica, al que enriqueció con sólidas disertaciones. *Graveson* ¹, á pesar de ser francés, escribió su historia eclesiástica en italiano. En fin, las *Instituciones históricas* de *Delsignore*, que se publicaron hace pocos años, están llenas de investigaciones muy profundas y muy importantes.

§ XXI.

Historiadores eclesiásticos católicos en Alemania.

La larga guerra que subsiguó al cisma en Alemania paralizó el estudio de la historia eclesiástica y de todas las ciencias. Habiéndose mas tarde avivado en Austria el espíritu científico, merced especialmente á la impulsión dada por el emperador José II, se volvió á estudiar la historia eclesiástica, pero con disposiciones semejantes á las de aquel emperador, lo cual explica la hostilidad de los autores, sobre todo, contra la jerarquía. Hacia ya tiempo que habia ido muy adelante en estas disposiciones malignas *Hontheim* ², coadjutor de Tréveris, que habia defendido las máximas galicanas sin haberlas nunca estudiado mucho. Con las mismas disposiciones, poco mas ó menos, escribieron *Royko* ³, en Praga, y *Michl* ⁴, profesor en Landshut: *Wolff* ⁵ es ligero é impertinentemente cáustico; *Gmeiner* ⁶ es siempre superficial; *Schmal-fus* ⁷ y *Becker* ⁸ son mas moderados y mas serios; de modo que puede decirse que no se encuentra verdadera ciencia mas que en *Dannenmayr* ⁹ que, sin embargo, abriga de cuando en cuando pre-

¹ *Graveson*, Hist. eccles. V. et N. T. variis colloquiis digesta. Rom., 1717 sq., 9 tom. (usq. 1721). — *Delsignore*, Institution. hist. eccles., ed. Tizzani. Rom., 1837.

² *Febronius* (Hontheim), de Statu Ecclesiae et legitima potestate rom. pontif. *Bullioni* (Francf.), 1763 sq., 4 t. en 4.º

³ *Royko*, Synopsis hist. rel. et eccl. Chr. Prag., 1785. Religion cristiana é historia de la Iglesia. Praga, 1780 (tres primeros siglos). Hist. de los concilios de Constanza, Viena y Praga, 1782, 4 t.

⁴ *Michl*, Hist. de la Iglesia. Munich, 1812, 2 t.

⁵ *Wolff*, Hist. de la Iglesia. Zurich., 1792.

⁶ *Gmeiner*, Epitome hist. eccl. à N. T., ed. II, Grecii, 1803, 2 t.

⁷ *Schmal-fus*, Hist. rel. et eccl. chris. Prag., 1792 sq., 6 t.

⁸ *Becker*, Hist. eccl. practica, lib. VII, Munster, 1791-99.

⁹ *Dannenmayr*, Institut. hist. eccles. Viena (1788), 1806, 2 t.

venciones contra las formas esenciales de la Iglesia. *Pohl, Stæger, Gudenus, Alber y Molkenbuhr* no poseen ninguna cualidad característica ni original, y han sido los primeros que han caído en el olvido.

Con el conde Leopoldo de *Stolberg*¹ empieza una era mas favorable para la historia eclesiástica. En su historia de la Religion se ve la inspiracion de una alma profundamente convertida y una verdadera uncion religiosa: su continuador, *Kerz*, no pudo igualarle, á pesar de ser muy apreciable por los infatigables esfuerzos que hizo para ello. *Teodoro Katerkamp*², el amigo de *Stolberg*, profesor y dean de la catedral de Munster († 1834), siguió su historia eclesiástica hasta el año 1153. Pensador ilustrado y profundo, distingue con seguro conocimiento el espíritu y los acontecimientos de la Iglesia en las diversas épocas, y lo describe todo en un estilo nutrido y vigoroso. Sus retratos de los grandes Doctores de la Iglesia interesan y encantan hasta un grado extraordinario. El plan que sigue es original, aunque no siempre ventajoso, y es una lástima que el autor no haya indicado siempre las fuentes que se conoce habia realmente consultado. Cási al mismo tiempo apareció otra obra que se queda muy atrás de la de *Katerkamp*, la historia de *Locherer*³, profesor en Giessen, escrita sin verdadero espíritu eclesiástico, y casi puede decirse sin espíritu alguno. Se esperaba al contrario, con alegría y confianza, la historia eclesiástica que debia publicar el caballero de *Rauscher*⁴, profesor en Salzburgo, cuyas nuevas funciones le han impedido hasta ahora el darla á luz. Hay talento y gracia, pero poco fondo, en *Hortig*⁵ de Munich; mas su continuador *Döllinger*⁶ (desde 1517), empleando y realizando en ella las mas rigurosas condiciones de la ciencia, se ha hecho digno de universal reconoci-

¹ *Stolberg*, Hist. de la Relig. de Jesucristo, continuada por *Kerz*, Maguncia, 1824-1841.

² *Katerkamp*, Introduccion á la Historia de la Iglesia. Munster, 1819-34, 5 tomos.

³ *Locherer*, Hist. de la Relig. y de la Iglesia. 1824-34, 9 t.

⁴ *Rauscher*, Hist. de la Iglesia crist. Salsburgo, 1829, 2 t.

⁵ *Hortig*, Manual de hist. eccles. Landshut, 1826, continuada hasta nuestros dias por *Döllinger*.

⁶ *Döllinger*, Manual de hist. eccles. Landshut, 1833, 1 t.

miento. La obra de *Ritter* ¹, actual profesor y canónigo en Breslau, se recomienda por su agradable exposicion. Los materiales de las obras latinas del profesor *Klein* ², de Graetz, actualmente en Viena, son copiosos pero poco trabajados. *Rüttenstock* ³, por el contrario, escribe con pureza y esmero y en muy buen latin. Al ordenar la historia eclesiástica de Hortig, le ha dado *Döllinger* ⁴ una forma enteramente científica, y ha rectificado casi siempre con buen éxito los hechos combatidos por los protestantes. Desgraciadamente se ha visto interrumpida esta obra por un nuevo Manual de historia eclesiástica, que debe tener tres tomos, y del cual han salido ya algunas entregas, que han encontrado una acogida menos favorable. No puede dejar de aplaudirse el designio de *Berthes* ⁵, cura de la diócesis de Maguncia, que ha empezado una historia eclesiástica en la que pretende ofrecer los resultados de la ciencia por medio de agradables narraciones, destinadas á los legos y á los sacerdotes empleados en el santo ministerio. *Cherier* ⁶, profesor en el liceo arzobispal de Gran, ha seguido, en sus *Instituciones latinas*, casi exclusivamente los pasos de *Rüttenstock* y *Klein*; su tomo IV, que comprende la historia eclesiástica desde el siglo XVI, es el mas defectuoso.

§ XXII.

Historiadores eclesiásticos luteranos.

Después de los Centuriarios de Magdeburgo, cayó casi en olvido la historia eclesiástica, y las frecuentes discusiones de los teólogos protestantes entre sí dirigieron su actividad hácia otro objeto distinto. Solamente *Calixt*, *Kortholt*, *Ittig*, *Sagittarius*, *Reichenberg* y *J.-A. Schmidt*, hicieron algunas investigaciones parcia-

¹ *Ritter*, Manual de hist. eccles. Elberf. et Bonn., 1826 (usq. 1789).

² *Klein*, Hist. eccles. Graecii., 1828, 2 t.

³ *Rüttenstock*, Institut. hist. eccles. Viena, 1823-33, 3 t. (usq. 1517).

⁴ *Döllinger*, Manual de la Historia eclesiástica. Landsh., 1833, en 12.^o

⁵ *Berthes*, Historia de la Iglesia cristiana. Maguncia, 1840-43, 2 t.

⁶ *Cherier*, Institut. hist. eccles. N. T. Pestini, 1840-41, 4 t.

les en aquel campo. A fines del siglo XVII fue cuando el sabio, pero fanático *Arnoldo* ¹ dió algun movimiento á los estudios de la historia eclesiástica, con una obra erudita y profunda, pero parcial, especialmente en su polémica contra el estado eclesiástico. Entre sus numerosos adversarios se distingue el piadoso *Weissmann* ². *Arnoldo* logró, con sus trabajos y su controversia, hacer aparecer á su iglesia mas tolerante con los que no participan de sus doctrinas. Mas influencia ejerció aun con sus obras históricas *Mosheim* ³, profesor de Gotinga: profundamente versado en los conocimientos filológicos é históricos, concibe con facilidad y expone con buen gusto. En los varios tratados de *Walch* ⁴, padre é hijo, el uno de Jena y el otro de Gotinga, se encuentran preciosos materiales para la historia universal. El frio racionalismo de *Semler* ⁵ allana y trastorna todos los hechos. *Matías Schräckh* ⁶, animado de mejor espíritu, tiene bastante mérito; pues su libro es rico en hechos, aunque su estilo desaliñado y prolijo hace casi siempre fastidiosa su lectura. A pesar de sus esfuerzos, al fin se vió arrastrado por la direccion que *Semler* habia impreso en esta clase de estudios. Empezó la era de la exegesis moderna, y el cristianismo se vió despojado de sus mas bellos y mas sublimes atributos. Para los escritores de esta escuela no hubo ya en la historia eclesiástica mas que supersticion, fanatismo y falsificacion. Desde entonces quedó la historia degradada, porque sus hechos fueron juzgados siempre con un espíritu marcadamente hostil al cristianismo, y porque ya no se echó mano, para juzgar á la Iglesia, de la medida que ella sola puede dar; pues, como hemos dicho, solo un espíritu verdaderamente cristiano es capaz de apreciar bien los hechos divinos del cristianismo. Con este espíritu escribie-

¹ *Arnoldo*, Historia imparcial de la Iglesia y de las herejías (hasta 1688). Francfort, 1699, 2 t. en folio. La edicion de Schaffouse (1740, 3 t. en folio) es la mas completa.

² *Weissmann*, Introd. in memorab. eccl. hist. (Tubing., 1718) 2 t. en 4.

³ *Mosheim*, Inst. hist. eccles. antiq. et recent., lib. IV. Helmst., 1764.

⁴ *Ch.-W.-Fr. Walch*, Plan de una historia de las herejías y de las disensiones religiosas. Leipzig, 1762, 11 tom. (hasta los iconoclastas).

⁵ *Hist. eccl. select. capita. Halle, 1767 sq., 3 t. Ensayo de un compendio de hist. eclesiástica. Halle, 1773.*

⁶ *Schræckh*, Hist. ecclesiás. hasta Lutero, 1768-1803.

ron *Henke* ¹, *Spittler* ² en parte, y mas que todos *Chr. Schmidt* ³. *Planck* ⁴, en Gotinga, se mostró cási superior á su tiempo por su respeto á las cosas religiosas, y se revela un espíritu imparcial en su obra, cuya exposicion es por otra parte algo difusa. En *Stäudlin* ⁵, hombre de gran mérito, se nota tambien el mismo espíritu. *Planck* formó á *Neander* ⁶, profesor en Berlin, que últimamente ha dado á la historia eclesiástica una nueva direccion, mucho mejor y mas científica: procuró sobre todo hacer conocer la vida interior de la Iglesia, que era lo que habia estado mas olvidado hasta entonces. Este autor sabe profundizar y apreciar los grandes acontecimientos; demuestra un juicio muy exacto al tratar de las herejías, y solo abriga prevenciones hablando de la Iglesia católica, contra la cual es implacable. *Guerike* ⁷ entresacó de su obra principal y de sus lecciones orales un extracto completo que comprende hasta Lutero, desde cuya época abandona á *Neander* y escribe como celoso luterano. Cási al mismo tiempo apareció la obra de *Engelhardt* ⁸, que posee ricos materiales, pensamientos libres y atrevidos y un estilo verdaderamente histórico. *Danz* ⁹, en Jena, habia ya empezado una obra mas corta, compuesta de extractos de las fuentes, y *Gieseler* ¹⁰ realizó luego completamente el pensamiento. El libro de *Hase* ¹¹ es mas compendiado, y su estilo encantador y muy científico en su forma. El autor pone en estre-

¹ *Henke*, Hist. general de la Iglesia cristiana. Brunswic, 1788, 8 t. 5.ª ed.

² *Spittler*, Reseña histórica de la Iglesia cristiana. Gotinga, 1782, 5.ª ed.

³ *Schmidt*, Manual de hist. eclesiás. Giessen, 1801-20, hasta 1216, y continuada por *Rettberg*, 1834.

⁴ *Planck*, Hist. de la sociedad cristiana. Hannover, 1803, 5 t. Historia del origen y variaciones de las iglesias protestantes hasta la union. Leipzig, 1791-1800, 6 t.

⁵ *Stäudlin*, Hist. univ. de la Iglesia cristiana. Hannover, 1806, continuada por *Holzhausen*, 1833.

⁶ *Neander* empezó su Historia general de la Iglesia cristiana (Hamburgo, 1825-41, 5 t.) con las monografías de Juliano el Apóstata, del Gnosticismo, de Tertuliano, de san Bernardo, y de san Juan Crisóstomo.

⁷ *Guerike*, Manual de Historia ecles. Halle, 1833; 5.ª edic., 1843.

⁸ *Engelhardt*, Manual de Hist. ecles. Erlangen, 1833.

⁹ *Danz*, Compendio de Hist. ecles. Jena, 1818-26, 2 t.

¹⁰ *Gieseler*, Compendio de Hist. ecles. Bonn., 1823-40, 3 t.

¹¹ *Hase*, Compendio de Hist. ecles. Leipz., 1834.

cho espacio riquísimos materiales, hace de cuando en cuando brillantes concesiones á la Iglesia católica, y se complace en publicar, como una señal feliz del espíritu de la época, que sus concesiones no le han suscitado ninguna reconvenccion de parte de los malos críticos de su iglesia. *Gfrærer* ¹, profesor y bibliotecario en Stuttgart, que por su *Historia del cristianismo primitivo*, puede ser considerado como el padre ó el próximo deudo de Strauss, pretende presentar la historia eclesiástica en forma de cuentos agradables, al alcance de toda clase de personas. Sus cuatro volúmenes son parto del mas empalagoso y forzado racionalismo. Los compendios de *Schræckh* ², *Augusti* ³ y *Rehm* ⁴, el extracto de las obras de *Guerike* y las tablas sincrónicas de la historia eclesiástica por *Hottinger* ⁵ ofrecen apreciaciones útiles y cómodas.

§ XXIII.

Historiadores eclesiásticos de la (pretendida) iglesia reformada.

La mayor parte de los teólogos de esta iglesia (secta) no hicieron al principio mas que monografías sobre diversos puntos particulares de la fe y de la constitucion de la Iglesia, dirigidas contra los luteranos y los católicos. *Blondel*, *Daille* (*Dallæus*), *Aubertin* y *Juan Claudio* se distinguieron entre todos: los dos últimos escribieron la *Historia de la cena*. El obispo anglicano *Pearson*, *Cave*, *Bingham*, *Dodwell*, *Beveridge*, *Usher*, *Grabe* y *Voss* hicieron sólidas investigaciones sobre las antigüedades y la literatura cristianas; *Beausobre* trató del maniqueismo; *Lenfant* de los concilios de Pisa y de Constanza, etc.; *Hottinger* ⁶, empezó una historia eclesiástica completa en la cual tiende incesantemente á denigrar á la Iglesia católica; *Santiago Basnage* ⁷ dirigió la suya mas particu-

¹ *Gfrærer*, Hist. de la Iglesia cristiana en los tres primeros siglos. Stutt., 1841, 2 t.

² *Schræckh*, Hist. relig. et eccles. Berol., 1777, cura *Marheinecke*, 1828.

³ *Augusti*, Hist. eccl. epitome. Leipz., 1834.

⁴ *Rehm*, Plan de una historia eclesiástica. Marb., 1835.

⁵ *Hottinger*, Hist. eccl. N. T. Hann. et Tigur., 1655 sq., 9 t.

⁶ Véase el párrafo anterior.

⁷ *S. Basnage*, Hist. de la Igl. desde Jesucristo. Rotterd., 1699, 2 t. en fol.

larmente contra Bossuet, así como *Samuel Basnage*¹ contra Baronio; *Venema*² y *Spanheim*³ emplean un tono mas comedido; *Turretin*⁴, *Jablonski*⁵, *Thym*⁶, *Münscher*⁷ y *Hofstede de Groot*⁸ hicieron compendios muy útiles por su modo de considerar prácticamente las cosas. Las lecciones entresacadas de los escritos que dejó el gran teólogo de Berlin, *Schleiermacher*⁹, y publicadas después de su muerte, no son si se quiere, mas que fragmentos; pero hay cási siempre en ellos mucha exactitud y precision.

Seguramente es muy raro que los ingleses que han tratado á fondo los ramos especiales de la historia eclesiástica, hayan estudiado su conjunto tan poco y tan superficialmente. Segun *Priestley*¹⁰, el trabajo de *Milner*¹¹ es el mas extenso: cási siempre escribe conforme al sistemá y gusto de los metodistas ingleses, mas para edificar que para instruir. *Gregory*¹² y el presbiteriano *Hawers* trataron, pero solo para los lectores instruidos, algunas partes muy interesantes de la historia eclesiástica.

(Véanse al fin del tomo los DOCUMENTOS JUSTIFICATIVOS, núm. I).

¹ *Sam. Basnage*, Anales político-eclesiásticos, 4 t. en fol.

² *Venema*, Institut. hist. eccl. N. T. Lugd., 1773 sq., 5 t.

³ *Spanheim*, Hist. eccl., 1791 y 1819.

⁴ *Turretini*, Hist. eccl. compend. Génova, 1734, y Halle, 1750.

⁵ *Jablonski*, Inst. hist. eccl. Francf., 1753, 2 t.

⁶ *Thym*, Hist. del desarrollo de la Iglesia cristiana, Berlin, 1800, 2 t.

⁷ *Münscher*, Compendio de la hist. eccl. Marg., 1704.

⁸ *Hofstede de Groot*, Inst. hist. eccl. christ. Gron, 1835.

⁹ *Schleiermacher*, Historia Ecclesiae christianae, publicada por Bonel. Berlin, 1840.

¹⁰ *Priestley*, Historia general de la Iglesia cristiana. Birm., 1790.

¹¹ *Milner*, Historia de la Iglesia.

¹² *Gregory*, Historia de la Iglesia cristiana. Londres, 1794, 2 tom.

EL MUNDO ANTIGUO

Y SUS RELACIONES CON EL CRISTIANISMO, DEL CUAL ES PREPARACION.

Elementa mundi.

Gál., iv, 3; Colos., ii, 8.

FUENTES GENERALES. — *San Agustín* en los diez primeros libros de su profunda obra *de Civitate Dei*, lib. XXII. — *Meiners*, Historia de la decadencia moral de los romanos en el primer siglo. Leipzig, 1791. — *Creuzer*, Simbolismo y Mitología de los pueblos antiguos, 1817, 4 t. — *J. Gærres*, Historia de los mitos asiáticos. Heildeb., 1810. — *Stuhr*, Sistema religioso del paganismo. Berlin, 1837. — *Tholuck*, de la existencia é influencia del paganismo. — *Staudenmaier*, Enciclopedia de ciencias teológicas. Maguncia, 1840. — *Hirscher*, Moral cristiana. — *Volkmoth*, De las relaciones pedagógicas entre la antigüedad y el cristianismo (en la Revista filosófica y teológica de Bonn., entrega 25).

El cristianismo tiene íntimas y evidentes relaciones con el mundo antiguo y su historia. Sus acontecimientos mas importantes son precisamente los que establecen los puntos de contacto entre el pasado y el porvenir del mundo, y explican el por qué, desde su aparicion, fue recibido el Evangelio con tanta alegría y entusiasmo por unos, y con tan tenaz resistencia por otros. Para poder manifestar que vino realmente á *satisfacer el deseo* de todas las naciones y dejar cumplida la esperanza universal, debemos estudiar la situacion religiosa y moral de los tiempos antiguos.

EXÁMEN GENERAL

DE LA SITUACION RELIGIOSA Y MORAL DE LOS PAGANOS Y JUDÍOS EN LA ÉPOCA DEL NACIMIENTO DE JESUCRISTO.

Estábais sin Dios, — estábais muertos.

Efes., II, 1, 5, 12; Cf. Rom., I, 21, 25.

Conmoveré todos los pueblos; y vendrá el Descenso de todas las naciones.

Aggeo, II, 7; Cf. Gén., XLIX, 10; Isaías, XI, 10; XLII, 6.

§ XXIV.

Del paganismo en general.

FUENTES PARTICULARES. — *Möhl*, el Paganismo (en las Hojas históricas), t. II, p. 185 á 202. — *H.-J. Schmitt*, Idea fundamental del mito, ó vestigios de la revelacion divina acerca de la Redencion, en las tradiciones primitivas de los mas antiguos pueblos. Francfort sur-le-Mein, 1826. — *Kuhn*, Contraste del paganismo y del cristianismo bajo el punto de vista moral. Tübinga, 1841.

No solo supone el cristianismo, sino que además toda historia imparcial reconoce necesariamente que al salir el hombre de las manos del Criador, se hallaba en una posicion mas elevada, poseia tendencias espirituales mas puras, y vivia en mas íntimo y mas constante comercio con Dios, que después de su caída. Nada hay mas evidente que el recuerdo de la inocencia del hombre *primitivo*, conservado en las mas remotas tradiciones de los pueblos y en los mas antiguos poemas sobre la edad de oro del mundo. El sentimiento de nuestra culpabilidad y la conciencia de nuestras faltas personales son tambien segura prueba de esa inocencia original, cuya memoria ha conservado la historia de la humanidad culpable.

El cristianismo atribuye la pérdida de esta inocencia al pecado

del primer hombre. La mayor parte de las religiones antiguas han conservado igualmente el recuerdo de aquella primera falta que debilitó en el hombre el sentimiento de la Divinidad, amenguó en él la inteligencia de las tradiciones del paraíso perdido, y oscureció á sus ojos la brillante luz de la revelacion primitiva¹. Para comprender la manera como se fueron desarrollando entre los paganos el sentimiento de la Divinidad y la vida religiosa en general, es menester examinar y comparar las dos opuestas opiniones que sobre esto se formaron en el seno del cristianismo.

Los unos no quieren admitir nada de verdad en el conocimiento, ni nada de divino en la vida religiosa de los paganos: creen que todo en ellos trae su origen de Satanás, y en semejante supuesto claro está que el paganismo no posee ninguna aptitud ó capacidad para la doctrina cristiana, lo cual está en oposicion con lo que nos enseña la historia de la propagacion del cristianismo entre los paganos. Los otros pretenden que el paganismo es un estado perfectamente conforme á la naturaleza del hombre, un grado necesario del desarrollo del espíritu humano, y que debia prepararlo y conducirlo al cristianismo, lo cual está á su vez en oposicion con el Evangelio que, mostrando en todas partes como falsa y contraria á Dios la senda seguida por los paganos, los exhorta á penitencia, á nueva vida, á despojarse del hombre antiguo y revestirse del nuevo, y á reconquistar así, por medio de su fidelidad á esta doctrina de regeneracion, su estado y su rango primitivos. Estas dos opiniones extremas resultan, entre otras cosas, de no haber separado de la expresion y de la forma populares la idea que constituye la base del mito pagano. Un juez imparcial debe, pues, reconocer á la vez, en el paganismo, los errores contrarios á la naturaleza de Dios y del hombre, y los rudimentos de la ver-

¹ Así resulta tambien de las investigaciones de *Gærres*, *Schelling* y *Creuzer*. Este último se expresa de la manera siguiente en su *Simbólico* (t. I, p. XI y XII, 2.^a edicion): « Insisto en mi idea principal; porque veo que efectiva-mente ella es la base de un conocimiento claro, de una adoracion pura de la « Divinidad, hácia la cual convergen todas las religiones por pálidos que sean « los rayos que han recibido del Sol eterno. » — Los *Anales de Hall* (núm. 110, 1831) miran con justicia esta declaracion como el verdadero punto de vista católico cuando se trata de mito; mas no sucede lo mismo cuando representa la opinion de *Stuhr* como el punto de vista protestante.

dad divina que hacian al pagano capaz de recibir y comprender el cristianismo, y de ser elevado hasta la semejanza con su divino Criador. Después de esto, podemos dar ya como reconocido lo siguiente.

El hombre caído, separado de Dios, se extravió hasta el punto de glorificar á la *naturaleza* y adorar á la *criatura* en vez del Criador ¹. En esta sustitucion de la naturaleza á la Divinidad se perdió casi enteramente la idea de la *unidad de Dios*: al propio tiempo y por lo mismo se perdió tambien la idea de la *unidad* del género humano, y por todas partes se vió nacer y dominar el *politeísmo*, en relacion con las fuerzas, las influencias y los fenómenos múltiples de la naturaleza, que era lo único que el hombre comprendia. Se formó por todas partes una multitud de *cultos locales y nacionales*. Confundiéndose la Divinidad con la naturaleza en la creencia de los hombres, perdieron estos la idea de la espiritualidad, de la santidad, y por consiguiente de la *libertad* de Dios; y los dioses, como todas las demás cosas, fueron sometidos al poder soberano de la necesidad (ananke, *fatum*).

Poco á poco empero procuraron las *religiones naturales* irse emancipando de la esclavitud de la naturaleza y sustituir la forma humana á las formas naturales de la Divinidad. En la Grecia fue donde por la primera vez aparecieron los dioses bajo la forma determinada y permanente del hombre, es decir, como espíritus individuales, con conciencia de sí mismos, de su libertad y de su personalidad. Respecto del hombre, tenia tambien el paganismo una idea tan falsa como de Dios. No siendo concebida la Divinidad como un ser esencialmente espiritual, no podia ser mas que exteriormente honrada. El sacrificio espiritual de sí mismo, el abandono de la voluntad humana á la voluntad divina, el ofrecimiento de un corazón puro, eran desconocidos para el paganismo vulgar: no tenia sacrificios mas que para conservar el favor de los dioses en el porvenir, ó expresarles su alegría y reconocimiento por los beneficios pasados. Tampoco concebía ninguno de los motivos morales de las acciones humanas, por lo mismo que su dios carecia de santidad y de libertad. Hé aquí porque no encontramos entre los paganos ningun vestigio de santidad ó de

¹ Rom. I, 23.

humildad; y aun puede decirse que esta última carecía de nombre en su idioma, y que la primera estaba representada en las abominaciones de aquellos cultos públicos, tales como el de *Bel* en Babilonia, y el de *Afrodito* en Chipre y en Corinto. Las virtudes cívicas era todo lo que podía esperarse de aquellos hombres, para quienes la patria terrestre lo era todo, y que nada comprendían de su eterno destino, ni de la inmortalidad del alma, adheridos como se hallaban por su religion, á las cosas transitorias de la tierra. Esto explica el por qué les parecia tan terrible la muerte, y les causaba tanto horror ¹. Bajo las mas variadas formas y en los tonos mas diversos este es siempre el lúgubre plañido de Homero ²: «Entre todos los seres que se mueven y respiran en la tierra el mas miserable es el hombre.» Semejante olvido del destino del hombre y de la inmortalidad de su naturaleza produjo la esclavitud, el cruel trato que se daba á los esclavos y el menosprecio de la vida humana, sacrificada, en los juegos de los gladiadores, á los feroces goces de la muchedumbre. Cuando el hombre solo reconoce en el hombre una existencia temporal, no puede respetar la dignidad humana ni en sí mismo ni en sus semejantes.

A pesar de hallarse encenagado el paganismo en tan profundos errores, conservaba no obstante muchas cosas que lo adherian y le recordaban á Dios, así como se conservaron siempre en la vida de ciertos paganos algunos elementos de la vida divina. En su alma no se habia destruido nunca enteramente la imagen de Dios, que tan solo se habia alterado y oscurecido; la creencia en dioses múltiples probaba que el sentimiento de la Divinidad, aunque horriblemente falseado, no se habia completamente desvanecido en ellos; y los restos de la revelacion habian conservado entre los pueblos un resto de conciencia divina. Los elementos de esta tradicion primitiva y el profundo sentido del mito, conservados sobre todo en los *misterios*, formaron en parte la *filosofia pagana*, cuyos divinos destellos con frecuencia nos encantan y admiran

¹ *Lasaulx*, De Mortis dominatu in veteres. Monaci, 1835.

² *Homero*, Illias XVII, vers. 446 y 447. — *Sófocles*, Antígono, vers. 1011: «El destino universal del hombre es el pecar.» — Véase á *Staudenmaier*, Enciclopedia, t. I, p. 383-86, 2.^a edicion.

en medio de las tinieblas que por otro lado la circundan. Los sistemas filosóficos, prescindiendo de lo que positivamente contienen, debieron contribuir á formar y desarrollar el *espíritu* humano, elevándolo desde la esfera sensible, si no al mundo sobrenatural, á lo menos á la esfera de las cosas invisibles. Cuanto mas se iba extendiendo esta cultura del espíritu, en mayor descrédito caían los mitos, cuyas formas eran con frecuencia tan ridículas en la religion popular; resultando de aquí frecuentes acusaciones contra algunos filósofos que; principalmente en Grecia y en Roma, pagaron su incredulidad con su vida. Pero esta incredulidad se fué haciendo poco á poco general; hubo entonces un vacío inmenso en las inteligencias, una desolacion indecible en los corazones; y en esta situacion moral se hallaba el imperio romano cuando nació Jesucristo. Parecia que los paganos querian, en su desesperacion, asirse convulsivamente, como tabla de salvacion, de todos los cultos extranjeros, y se hacian iniciar en sus misterios para calmar y sofocar las angustias de su conciencia. Aun cuando los poetas romanos se burlaban en sus sátiras de estos misterios, no por esto lograban calmar la turbacion de las almas; y los filósofos podian destruirlo todo, pero no eran capaces de edificar nada. En medio de esta necesidad universal surgieron una multitud de *profecías acerca de un Salvador*, que desde el Oriente se extendieron luego por todo el Occidente. Por todas partes se volvían las miradas hácia ese Salvador esperado; y los oráculos lo anunciaban y llamaban continuamente con vehemente entusiasmo.

El antiguo mundo pagano se fué, pues, desarrollando, bajo el punto de vista religioso, por la triple accion: 1.º de los *restos oscurecidos de la revelacion*, conservados entre los pueblos; 2.º del *Verbo eterno*¹ que vela siempre sobre el desenvolvimiento religioso del género humano, lo excita y lo sostiene; 3.º del *espíritu humano*, separado de Dios y esforzándose en salir del horrible vacío en que cae siempre que se halla abandonado á si mismo.

¹ Juan, 1, 4, 8, 9, 10.

§ XXV.

Religion de los pueblos mas célebres del Oriente ¹.

FUENTES. — *Windischman*, Hist. de la filosofía en el desenvolvimiento de la historia universal. — *Rosenkranz*, Religión natural, 1831. — *Staudenmaier*, que comprende á los dos anteriores. — *Leo*, Hist. universal, t. I.

Aun cuando en la religion de los pueblos mas célebres del Oriente fue donde se conservaron mas, y mas vivos vestigios de la revelacion primitiva, muy pronto se fueron todos alterando y desfigurando, y llegó un tiempo en que la astrología fue su fundamento general.

I. Empecemos por la China. *Tian* es el ser absoluto en quien todo nace y subsiste, el cual es á la vez la unidad total y el criador del mundo. En él existe la idea y el ser, y como tal se llama *Tao* (razon, medida, ley). *Tian* y *Tao* constituyen el eterno inmutable y la fuente de la oposicion, de donde procede el movimiento ilusorio del mundo de las apariencias. *Tian*, que en el sistema chino es propiamente hablando la *totalidad abstracta*, el espacio vacío, la universalidad de las cosas, se manifiesta personalmente en el Emperador (*Jao!* = *Jehovah!*). De su infinita majestad dependen la naturaleza y la historia; en él se encuentran unidos la

¹ A fin de poder seguir los progresos del simbolismo en la religion, y de comprender bien la diferencia entre él y la religion natural, será bueno recordar lo siguiente: « Podemos representarnos el Oriente bajo dos formas opuestas: toda el Asia oriental inclinada al panteísmo; toda el Asia occidental al dualismo. En la China el panteísmo es objetivo; es la fria y árida razon: en el Tibet el panteísmo se resuelve en una pura percepcion del ser, y por lo tanto degenera continuamente en sensualismo. En la India este mismo panteísmo acaba por tomar las formas fantásticas de las ideas y se confunde con todos los elementos. El dualismo, á su vez, se nos aparece en Persia como la magnífica organizacion de una razon poderosa; en el Asia Menor reviste las formas humanas y se entrega resueltamente á los placeres sensuales; en Egipto, por fin, la razon se adhiere al culto salvaje de la naturaleza al mismo tiempo que á la idea de una divinidad compasiva, como lo demuestran la muerte y la resurreccion de Osiris. » *Rosenkranz*, p. 248.

materia y el espíritu, el elemento sideral y el personal. Tíen es el vacío divino, y el emperador el motor y el sosten de todas las cosas, sin que sin embargo sea Dios ¹. Al lado de esta idea tan falsa del ser divino, de su manifestacion y de sus relaciones con el mundo, encontramos entre los chinos una reminiscencia positiva de un estado de pureza original del hombre en el *paratso*, de su caída, de la transmision del pecado y sus consecuencias, y una expectacion llena de confianza de un *Salvador espiritual*, hijo del cielo, Tíen visible, santo de los santos, señor, reparador y monarca, que debe salir del Occidente para comunicar á la humanidad una nueva vida y nuevas fuerzas, y al cual esperan los pueblos de la tierra con la misma impaciencia que las plantas agostadas al rocío del cielo ². Los escritos del célebre *Confucio* (por los años 550 antes de Jesucristo) sorprenden por la pureza poco comun de su moral. Introdujéronse algunas divisiones en la doctrina religiosa en tiempo de *Mencio* ³ (*Meng-tseu*, nacido á fines del siglo IV), á quien los chinos llamaban el santo, y á *Confucio* el santo nuevo, comparándolos á los dos al sol y á la luna. Los progresos de la secta de los budistas (por los años de 200 antes de Jesucristo y 65 después de Jesucristo) fueron mezclando poco á poco con la antigua doctrina, muy alterada ya, un culto enteramente idolátrico. Antes de la introduccion del ídolo de *Fo* (ó *Foto*, personificacion china de Buda), no habia seguramente

¹ *Windischman*, 1.^a parté. — *Enrique Schmitt*, l. c. *Federico Schlegel*, explica en estos términos el desarrollo y al mismo tiempo la decadencia de la religion de los chinos: « La primera época es la de la revelacion sagrada que « sirve de base á la organizacion política. La segunda, que empieza unos seis- « cientos años antes de Jesucristo, es la época de la filosofía científica. Esta úl- « tima tomó dos direcciones distintas: una bajo la impulsión de *Confucio*, que « se dedicó á la parte moral y práctica de la enseñanza; otra bajo la de *Lao-tseu* « que fue toda especulativa, y reproduce en algunos puntos las doctrinas de la « Persia y del Egipto. La tercera época está caracterizada por la introduccion del « budismo. »

² La adoracion primitiva y simbólica del cielo y de la tierra y de sus representantes. En lo sucesivo el emperador fue considerado como la Divinidad misma. *Windischman*, p. 37-40.

³ *Idem*, p. 364 y 454. *Schmitt*. Véase, acerca de *Mencio* y *Confucio*, á *Windischman*, l. c., p. 423-61, y *Schott*, trad. de las obras de *Confucio* y de sus discípulos. Halle, 1826.

en China esos vanos simulacros de dioses, ni siquiera ninguna estatua.

II. Los datos que poseemos acerca de la riquísima literatura de la *India*¹, que es mas bien un mundo que una parte suya, son mas completos que los que tenemos de la China. Aun cuando no sepamos nada de cierto sobre el tiempo en que se formó y desarrolló la doctrina de los indios, parece constante que el *bramismo* es anterior al *sistema de Buda*, cuyo verdadero origen se ignora (entre los años 1000 y 500 antes de Jesucristo). Formalmente perseguida la doctrina de Buda desde el primer siglo después de Jesucristo, fue completamente expulsada de la India oriental por los siglos XII ó XIII de nuestra era; pero astuta y flexible, se propagó por todas las islas de las Indias occidentales, la parte mas considerable de la India al otro lado del Ganges y de la China, el Tibet, la Mongolia, hasta el imperio ruso. Además el bramismo y el budismo se hallan tantas veces mezclados y confundidos, que es difícil reconocer sus distintos elementos. El mas admirable documento de la antigua civilizacion indiana, el *Sanskrito*, lengua sagrada de los indios, tan rica, tan culta, tan filosófica, se halla en los *Vedas* (ciencia, libro sagrado, revelado). Estos Vedas son las cuatro colecciones mas antiguas de las verdades primitivas de la religion, recogidas, desde la mas remota antigüedad, de los mismos labios de Brama, segun cuentan las tradiciones; y son además estos libros el fundamento de su religion, de su legislacion y de su literatura. Sin embargo, las decisiones positivas del derecho están contenidas en las leyes de *Manu*, el primer hombre á quien representan sensiblemente como el nieto de Brama. Los Vedas y las leyes de Manu, de donde se deduce todo el desarrollo ulterior, deben ser considerados como las mas antiguas formas de toda la civilizacion indiana.

La religion de la India nos presenta ya un progreso marcado en la ciencia religiosa. Insiste fuertemente en la oposicion del finito y del infinito, de lo cual se origina el ardiente deseo de

¹ *Federico de Schlegel*, De la lengua y sabiduría de los indios. Heidelb., 1808. — *P. de Bohleim*, La India antigua puesta en presencia del Egipto, 1830. — *Windischman* (Frider. filius), Sancara, s. de Theologumenis Vedanticor. Bonnæ, 1833.

ver la resolucion final y universal de esta oposicion, y el dogma de la *transmigracion de las almas*. El *tò Brahm* ¹ de los indios es ya mucho mas determinado que el Tian de los chinos, sobre todo cuando se manifiesta como *Parabrahma*. Las *emanaciones*, que, salidas de la sustancia infinita del Ser supremo, descienden por innumerables gradaciones hasta el hombre, el animal y la planta, y que se van limitando y degradando poco á poco, colman el abismo que hay entre lo finito y lo divino. Las primeras emanaciones son divinidades, y las últimas están, en expiacion de sus faltas, y adheridas á la materia como unas cadenas detenidas en ella como en una cárcel. Así todo, en el universo, es effluencia divina: Dios lo anima y vivifica todo; lo es todo; la *creacion* no es mas que una *procreacion*; Dios es el *principio de la generacion universal*.

Hay á la verdad en este sistema de la emanacion algo de mas elevado que el puro y estricto panteismo, que no admite, propiamente hablando, nada en el infinito fuera de sí mismo. La conciencia clara y profunda que se ve en él de la oposicion, en la naturaleza y la historia, entre Dios y el hombre, como consecuencia de la caida de este último, y la conciencia no menos clara del pecado, lo acreditan. Una de las consecuencias de este pecado, es que todo lo finito es, como tal, *malo*, y por consiguiente que es malo el mundo, y presenta una continua degradacion del Ser divino, que, desde el mas alto grado de la pureza y de la beatitud, cae en las densas tinieblas de lo finito, y se abisma en las profundidades de una inconmensurable miseria.

Al lado de este desconsolador recuerdo de la caida primitiva se halla la dulce memoria del *retorno* hácia Dios, término al cual van á parar todos los esfuerzos de los sabios de la India, y su retiro del mundo, y su vida contemplativa, y sus austeras penitencias. La necesidad de esta restauracion constituye el fondo de la doctrina de la transmigracion de las almas, que deben irse des-

¹ « Los indios no distinguen la idea pura y metafísica del Ser por excelencia « por medio de los nombres de las divinidades populares, ni aun por el nombre de *Brama*, considerado como persona. Lo consideran como una divinidad « neutra, lo *Brama*, y bajo esta forma significa el Ser supremo. » *Schlegel*, Filosofía de la historia, t. I, p. 146.

prendiendo cada vez mas de lo que es perecedero, y, una vez purificadas, hacerse dignas de unirse á la única sustancia divina. Lo mas esencial de esta doctrina es la fe positiva é inmutable en la inmortalidad del alma.

Brahm, divinidad indeterminada y sin forma, se manifiesta personalmente como *Parabrahma*, y de seguro en ninguna otra parte, en el paganismo se encuentra una idea mas alta, mas pura y mas clara de la Divinidad y de sus atributos absolutos. Parabrahma, en efecto, es el Ser en sí, de sí, siempre semejante á sí mismo, infinitamente perfecto, el *principio primordial*, puro, santo, presente en todas partes. Uno, eterno y todopoderoso, es el autor del universo y la providencia del mundo. Sin embargo, Parabrahma no permanece en su abstracta simplicidad; pues se distingue y manifiesta por medio de *Brahma*, *Vischnou* y *Schiva*, principio creador, conservador y destructor. Cada uno de estos términos subsiste en sí y tiene una conciencia personal. Tal es la *Trimurti* ó Trinidad indiana. Estas tres divinidades son tambien y al mismo tiempo potencias demiúrgicas, que se manifiestan y se encarnan en los *Avatars* (encarnaciones humanas y animales). Aquí sin duda está encerrada la grande y sublime idea de la encarnacion de la Divinidad, tomando forma humana, á fin de reconciliar lo finito con lo infinito, y satisfaciendo al hombre en su deseo y su retorno hácia la verdad y la bondad eternas. Pero esta idea se degrada muy pronto: la Divinidad se rebaja tanto, al vestirse de las formas humanas, que toma parte en los impuros goces de la materia, resultando de esto las generaciones obscenas y el horrible comercio de los dioses, principalmente el de *Brahma* y *Schiva*, en cuya comparacion las relaciones de Júpiter y de Alcmena no son mas que castos amores. En las religiones, aun las mas puras del paganismo, el error marcha siempre á la par de la verdad: al lado de la idea pura de la Divinidad va la falsa noción de los celos de los dioses, que les obligan á precipitar al hombre santo en el pecado para no perder el poder que sobre él tienen. Cuanto mas se une la Divinidad á lo finito, encarnándose, mas se mezcla lo finito con la vida divina para mancharla, y el sistema religioso se hunde mas profundamente en el panteísmo y sus extravíos. Al fin la religion de *Foe* enseña que todo (lo que

se manifiesta) es nada, lo cual se traduce por la proposición budista de *todo es uno*, y hé aquí claramente el panteísmo mas estricto, según el cual no hay mas que una sustancia divina, absoluta, y fuera de ella nada: nada de sustancia relativa; todo se pierde en la unidad del espíritu y de la naturaleza, en la inmensidad de la sustancia única; Dios es al mundo lo que la sustancia al accidente. En semejante sistema se desvanecen toda libertad y toda diferencia entre el bien y el mal; la virtud y el vicio tienen una misma fuerza; la creación carece de fin racional; las manifestaciones de la vida no son mas que un juego de la Divinidad: en una palabra, es la doctrina pura del *fatalismo*, tan acreditada en todo el Oriente.

III. El budismo debe su origen á *Gautamas* (Buda probablemente por los años 1027 antes de Jesucristo). No se apareció mas que una vez, para empezar una nueva era en la civilización de los mundos, y no dejó ningun escrito, de suerte que es difícil determinar la forma primitiva de su doctrina, que se fue formulando de muy distintas maneras en muchos países y tiempos diversos. El mas antiguo dato que de esta doctrina se tiene parece ser una concepción puramente abstracta de la Divinidad, parecida á la de los chinos. La base de la existencia no es Dios, sino el espacio eterno lleno de materia ó de átomos que se van mezclando, según leyes eternas, para formar los mundos. El mismo mundo es vivificado por un espíritu que se individualiza bajo innumerables formas en la materia, permaneciendo él en un eterno reposo, y gobernando al mundo por medio del *Fatum*. Sin embargo, el hombre es libre y será juzgado según sus acciones. El alma del justo, una vez libre del cuerpo, se unirá á Dios. El mundo espiritual se divide en tres regiones: 1.º el mundo inferior de las formas terrestres, en el que reina Brama; 2.º el mundo superior del espíritu, que tiene forma y color; 3.º el mundo mas elevado del ser puro, del ser sin color ni forma. La doctrina de Buda tiene por objeto el mostrar al hombre, caído del mundo superior á la esfera terrestre, el medio de rehabilitarse por la penitencia. En suma, esta doctrina es abstracta, estéril y vacía; en ella la voluntad no tiene imperio alguno, y el hombre se imagina cumplir su destino cuando refleja al ser objetivo en su nada. Los

budistas acomodaron los mitos del bramismo á su manera, convirtiendo á los dioses del bramismo en servidores del ser divinizado por ellos ó de Buda. Así como los chinos personifican á la Divinidad en el emperador, los partidarios de Buda honran á Dios en el *Lama*, sustancia que manifiesta actualmente la Divinidad. Cada hombre puede llegar á ser lama (sacerdote), pues la dignidad de lama depende del aniquilamiento del ser propio en la sustancia divina. El mas alto grado de este aniquilamiento se revela en los tres principales lamas, el *Dalai-lama* (*), en Lassa, el lama del pequeño *Tibet*, en Tischu-Lombu, y el tercero en la Mongolia. Cuando muere uno de estos lamas, su alma reaparece desde luego en otra persona que se trata de descubrir. Algunos ritos exteriores, algunos usos (campanas, rosarios, etc.) han servido de texto á alusiones satíricas contra el cristianismo, que se parece, decían, á la religion de los lamas. «Esta semejanza no existe, dice Fr. de Schlegel ¹, ó si existe, es la semejanza bastarda del mono y del hombre, que ha servido tambien para hacer disparatar á tantos sabios naturalistas. Lo cierto es que cuanta mas semejanza parece tener con la verdad una religion, falsa por su direccion moral y su tendencia espiritual, mas se aparta de ella, le es mas opuesta y debe ser rechazada.» Por otra parte en el dia es ya evidente, segun resulta de documentos auténticos ², que la jerarquía del lama y otras instituciones y prácticas de la religion de Buda, no son mas que remedos satánicos del cristianismo.

IV. *El pueblo de Zend* ³, los antiguos bactrianos, que mas tarde se relacionaron con los medos y los persas, entre el Tigris y el Indo, el Oro y el golfo Indio, estuvieron probablemente unidos por una misma religion, en los mas remotos tiempos, con otros pueblos orientales. *Zoroastro* dió una base y una forma mas determinadas á la religion y al estado de esta nacion. Las escritu-

(*) El misionero Mr. Huc, que ha visitado á Lha-ssa estos años últimos nos dice que le llaman Tale-Lama. Véase la *Revista Católica* del mes de mayo de 1851, p. 415. (*Nota de los Editores*).

¹ Filosofía de la Historia, t. I, p. 114.

² *Wiseman*, Concordancia de la ciencia con la revelacion.

³ *Rhode*, Tradiciones sagradas y sistema religioso de los bactrianos, de los medos y de los persas. 1826.

ras sagradas del antiguo pueblo de Zend fueron, según refieren los persas, reunidas en veinte y cuatro partes llamadas *Avesta*, es decir, la palabra divina y viviente ¹. Una parte de esta colección, *Fendidad*, constituía el código religioso universal y político en veinte y dos *Fargards*, en forma de diálogo. En él Zoroastro recibe inmediatamente instrucciones de *Ormuzdo*.

Es muy difícil determinar la época en que vivió Zoroastro, que fue seguramente en tiempo en que el reino bactriano se hallaba todavía libre, á lo menos ocho siglos antes de Jesucristo, y es probable que conoció la doctrina de los israelitas. El sistema de los dos principios estableció la comunidad de las religiones de la Persia y de la India, que Gærres ha tan perfectamente analizado. Es verdad que aquella admitía la concepción de un Dios en *Zoruané Akarene*, el tiempo sin límite, el ser primordial; pero, negándole toda actividad y toda influencia sobre las criaturas, trasladaba á *Ormuzdo* todos los atributos divinos, excepto la eternidad y la sustancialidad. Ormuzdo, principio del mundo de la luz y autor de todo bien, era adorado, no en templos edificadas por mano de hombres y en imágenes pintadas ó esculpidas ², sino como Dios santo, en el símbolo puro de la luz y del fuego. Al lado de Ormuzdo está *Arihmanio*, el espíritu malo que reina en el mundo de las tinieblas y es el autor de todo mal. Siete *Amschaspands* (príncipes de la luz) rodean el trono de Ormuzdo, y les están subordinados los *Izeds*, ó genios buenos. Otros siete príncipes, los malos *Deus*, rodean á Arihmanio y tienen bajo su dependencia un gran número de deus inferiores. Los reinos de la luz y de las tinieblas están en perpetua lucha, y hasta en el mundo de los espíritus se encuentra siempre la dualidad. Sin embargo, debe llegar un día en que Ormuzdo salga victorioso y destruya al mal. La doctrina de Zend conserva la idea de la libertad moral y de la pureza primitiva del hombre, siendo el mal que lo domina obra de los espíritus malos. El hombre se presenta con doble aspecto: como hombre pecador, expuesto á la influencia de los es-

¹ Kleuker, *Zend-Avesta*, Riga, 1776. — *Idem*, Apéndice al *Zend-Avesta*. Riga, 1781-83. — *Idem*, Compendio del *Zend-Avesta*. Fuller, Fragmentos de la religión de Zoroastro. Bona, 1831.

² Cf. Herodoto, Hist. I, 131-132.

píritus malos en la lucha terrestre, y como genio puro y espíritu que corresponde á su destino (*Ferver*). Los buenos genios deben tambien combatir, pero solo exteriormente, contra los malos deus, siendo así que el hombre, de mas frágil naturaleza, da acceso, en su conciencia, á la lucha del bien y del mal. Este vuelve á Arihmanio, que *sedujo al hombre tomando la forma de una serpiente*, y que corrompió la misma naturaleza por medio de los animales y las plantas impuras que proceden de él. Para explicar la oposicion en Dios mismo, concibió el persa una de las ideas mas puras y sublimes del Oriente, representándola bajo las formas personales de *Mithra y Sosiosch*. Mithra, dios que padece y vence, es mediador entre Ormuzdo y Arihmanio, y entre la Divinidad y la humanidad. Aun cuando la reparacion por medio de Mithra sea imperfecta, porque aun se confunde demasiado con la naturaleza, y porque no es Ormuzdo el mismo Dios supremo, hallamos no obstante aquí una bella profecía de la mision de Jesucristo. *Sosiosch* es el héroe victorioso que triunfa de los proyectos del espíritu maligno, vence á la muerte, juzga al mundo, resucita á los muertos por la virtud de Ormuzdo, los alimenta con un licor celeste (*hom*) que da la inmortalidad á su cuerpo resucitado y á su alma purificada, y los dirige hácia un lugar de delicias y de eterna felicidad. Pero á estas altas ideas de la doctrina de Zoroastro se junta luego una confusa mezcla de astrología y de adoracion de las fuerzas de la naturaleza, de los astros, y especialmente del sol. «El principal fundamento de su doctrina, dice Leo, es astrológico: el cielo cási siempre sereno de la Bactriana, el brillo de las estrellas, la carencia de lluvia y la falta de agua, hicieron sentir á los habitantes de aquellas comarcas la necesidad de volverse hácia el cielo para contemplar sus esplendores é implorar su favor, y se entregaron así, sin advertirlo, al estudio de los astros. Los siete planetas, que fue lo primero que observaron, les representaron los siete genios superiores (amschaspands, ángeles sublimes), que dominan en el mundo de los espíritus, así como todo está subordinado, en el cielo, á los siete planetas del zodiaco. El sol, la luz pura, del cual son ministros los planetas y los demás astros del zodiaco, es el dios del bien, Ormuzdo.» Los adoradores del sol deben

cultivar activamente la tierra, realizar el bien con todas sus fuerzas, y pensar, hablar y obrar con pureza; y en esto se debe distinguir principalmente el rey que jamás debe ordenar nada que sea contrario á la doctrina de Ormuzdo. Aunque Zoroastro no hubiese visto mas que simbolos en el sol, la luna y el océano, era inevitable que muy pronto el pueblo los adoraria como dioses; por esto los griegos no vieron mas adelante en los persas sino unos politeistas que en lugar de adorar como ellos á hombres divinizados, rendian homenajes á las estrellas y á los elementos. La disolucion moral que reinó en la corte de Xerxes I, y que se derramó luego por todo el pueblo, trocó en supersticion la innata necesidad de la fe. A su vez el helenismo, tan desdeñoso con todo lo que era bárbaro, vino después de las victorias de Alejandro á acabar de corromper lo que todavía quedaba de los vestigios de la mas remota antigüedad entre los *magos*, conservadores y custodios de la ciencia. En tiempo de los Arsácidas la fe de Zoroastro volvió de nuevo á ser la religion del Estado; pero pronto degeneró, por la ignorancia y degradacion de los sacerdotes y de los fieles, en una idolatría tan grosera, que los escritores ya no hacen mencion mas que de sus ídolos y de su culto del fuego material; la pintura que hacen de la inmoralidad de los magos, á los cuales consideran como mágicos muy influyentes en la misma corte de los Arsácidas, es horrible sobre toda comparacion.

V. Desde que empezó á decaer la religion de la India, se fué inclinando al fatalismo. Cuando el hombre deja de reconocer su verdadero destino, se forja él mismo uno, y lo hace consistir en el placer, al cual consagra sus fuerzas, su pensamiento y toda su actividad. Y si sueña todavía en elevarse algo mas, en inventar algo mas divino, para honrarlo, dirige sus homenajes á la *fuerza brutal de la naturaleza*, y su religion entonces es el *materialismo*. Esta tendencia es ya marcada entre los antiguos indios; pero lo es muchísimo mas en las regiones del Asia occidental, entre los *caldeos*, los *fenicios* y los *sirios*. Los cultos de estos pueblos tienen de comun la adoracion del sol, de la tierra y de la luna, mediadora entre ambos extremos. Vemos despuntar el culto de la luna en la mithra persa ó en la estrella cuya dulce luz anuncia la tar-

de y la mañana. Los que principalmente propagaron este culto de los astros (*sabeismo* ¹) fueron los caldeos ². La tierra ó el principio pasivo, femenino y concipiente aparece bajo la forma de *Mylitta*, *Lilith*, *Derketo*, *Astaroth*, *Brimo*, en toda el Asia Menor, y bajo la de *Aliath* entre los árabes. El principio activo, masculino y fecundante, el sol, es reconocido en todas partes como el señor, *Adon*. El enlace de los dos principios, la unidad de los sexos en el género, es representado en el mito de la muerte de Adonis por el jabalí, y de su renacimiento por Afrodita (*Artemisa*, *Hecate*, etc.). De suerte que en esta religion exterior todo degenera en tipos carnales de la generacion, y de aquí el delirio salvaje, los usos disolutos, y la relajacion desenfrenada de los obscenos cultos de la Siria y de la Fenicia; de la adoracion del *Phallus*, las ceremonias del priapismo, del culto de *Mylitta*, diosa de voluptuosidad, etc.; de aquí, en fin, los sangrientos y espantosos sacrificios de hombres y niños ofrecidos á las fuerzas de la naturaleza en el culto de *Dagon*, *Derketo*, *Moloch* (*Baal*) *Astarte*, *Belo* y *Mylitta*.

§ XXVI.

Religion del Egipto.

El *Egipto* ³ nos recuerda el Oriente y el Occidente á la vez, pues presenta al mismo tiempo mucha analogía y grandes diferencias con la India: su religion fija é inmutable ofrece grandísimo contraste con la movilidad fantástica de la de la misma India, y tiene, como el bramismo una base astrológica. En el mundo mítico y extravagante del Egipto volvemos á encontrar la apo-

¹ Sobre el sabeismo véanse *Ciceron*, de Nat. deor. II, 21. *Laetant.*, Institut. II, 3 y 10. *Kleuker*, Del origen del sabeismo, segun los Libros santos, compendio de Zend-Avesta.

² *Jerem.*, VIII, 2.

³ *Kircher*, S. J., *Œdipus Ægyptiacus*. Rom., 1652; *Obeliscus Pamphilicus*. Rom., 1656; *Apotelesmatica*, s. de Viribus et effectis astror. Lugd., 1698; *Movers*, Investigaciones sobre la religion de los fenicios, considerada en sus relaciones con la de los cartagineses, de los sirios, babilonios, asirios, hebreos y egipcios, 1 tom. Bonn., 1840.

teosis de los siete planetas, su relacion con los doce signos del zodiaco, los meses y los demás períodos del año, y el sol y la luna jugando un papel muy principal, apareciendo el primero, tan pronto como *Jao*, concepcion abstracta semejante á la de Brahm, en el abismo; tan pronto y en meses determinados, como *Osiris*, el sol de verano, y *Serapis*, el sol de invierno. Osiris preside el reino de la luz y de la vida, y Serapis el de las tinieblas y la muerte. En invierno, Osiris, inclinándose hácia el mundo inferior, muere asesinado por *Tifon*, el dios del mal. En las tres estaciones admitidas por los egipcios, tienen estos un *trimurti solar* formado por *Aman*, *Phta* y *Kneph*, parecido al de Brahma, Vischnou y Schiva de los indios. Una de las principales tendencias de esta religion es el resolver la cuestion de la oposicion que reina en el universo, y que la religion de los persas deja indecisa. De aquí el dios que padece, muere y resucita, Osiris, y que padece y muere, no por medio de manifestaciones diversas y de encarnaciones múltiples, sino en un sentido mucho mas serio y profundo, como un sugeto sustancial, que, después de su muerte, resucita y se eleva glorioso. Pero aquí vuelve á aparecer otra vez el error: todo esto se pierde en los hechos naturales, y tan pronto es el sol como el Nilo el dios que padece, muere y resucita. Así se conservó y á la vez se alteró profundamente entre los pueblos del mundo antiguo la idea del Libertador prometido, hácia el cual tendian sin cesar sus ardientes y vagos deseos. Por lo que respecta á la inmortalidad, es probable que las creencias populares se diferenciaban de la religion de los sacerdotes.

§ XXVII.

Religion y moralidad de los griegos.

Es muy verosímil que el poderoso pueblo de la Grecia recibió del Egipto y de la Fenicia los gérmenes de su civilizacion y de su fe. Desarrollándose empero mas adelante los griegos de una manera tan original y tan clásica en las ciencias, las artes y la poesia, vistieron todas las tradiciones antiguas con los colores de su brillante imaginacion, vivamente excitada por la encanta-

dora naturaleza que los rodeaba. ¿Qué pueblo de la tierra fue nunca mas espiritual y sensual á la vez que el pueblo griego? Pues bien, este doble carácter se imprimió tambien en todas sus opiniones religiosas. *Homero* y *Hesiodo* fueron sus principales autoridades, y Homero sobre todo supo, con un genio y un corazon eminentemente griegos, embellecer el Olimpo, muy oscuro y confuso antes de él. Sin embargo, todas las divinidades de su Olimpo tienen la mas repugnante semejanza con el hombre, de cuyas costumbres, ocupaciones, deseos, pasiones, vicios y virtudes participan, hallándose sometidas, como él, al poder del *fatum*¹. Concepciones tan sensuales acerca de Dios no podian satisfacer por mucho tiempo al hombre que piensa y progresa en las ciencias. Por esto las abandonó luego como fábulas destinadas á servir de freno al pueblo, y acabó por reconocerse á sí mismo como el solo Dios de los seres, el ser único y primordial de todos. Por esto desde el principio, á la religion popular y simbólica, á la doctrina exotérica, se opuso una religion misteriosa, una doctrina esotérica, y en este sentido dice ingenuamente el historiador Polibio: «Es menester perdonar á los historiadores que nos han contado fábulas, porque sirven para fomentar la piedad de la multitud. Por esta misma razon debemos excusar á los legisladores romanos que consiguieron mantener al pueblo obediente con la invencion de dioses invisibles y temibles.» Plutarco dice que el sabio rinde público homenaje á los dioses por respeto á las leyes, y no por el deseo ó la esperanza de hacerse agradable á los ojos de la Divinidad.

Es verdad que los filósofos griegos habian acelerado la ruina de la religion popular; pero tambien lo es que ni habian podido reemplazarla con otra, ni hacer caer completamente el misterioso velo de la Divinidad. Jamás ha podido ni nunca podrá la filosofia suplir á la religion. Rodeado Platon de los magníficos templos de la Grecia y de las estatuas admirables de los dioses del Olimpo, exclama sin embargo, como inspirado por el espíritu de los antiguos tiempos: «¡Cuán difícil es el encontrar á Dios! ¡Quizás

¹ La *pítia* respondió á los lidios: «El mismo Dios no puede sustraerse á los decretos del destino.» *Herodoto*, *Histor.* I, 91. Sófocles es el primero que indica la idea de la justicia distributiva.

« es mas difícil aun el hacerlo conocer á todos después de haberlo encontrado ! »

Lo mas verdadero y consolador que la filosofía griega contiene, se halla sin duda en las obras de Pitágoras y de Platon. Inspirados ambos por el espíritu del Oriente ¹, introdujeron en la civilizacion griega un elemento religioso al aliar con la religion á la filosofía. Segun *Pitágoras*, natural de Samos y fundador de la escuela de Cortona, en Italia (584-504 ó 489 antes de Jesucristo), el sistema de los números es el arquétipo y la forma necesaria de todas las cosas, y el mundo un todo armónicamente ordenado que, en sus relaciones armónicas, gravita hácia el centro del universo (el sol, fuego de Júpiter). Las estrellas son animadas y tienen algo de divino, y los demonios son seres intermediarios entre los dioses y los hombres. Dios es la misma fuerza de la naturaleza, el principio activo universal, el hado, pero un hado ennoblecido por los atributos morales de la veracidad y de la bondad. La idea de la *metempsychosis* y de todas sus consecuencias es lo que propiamente caracteriza la doctrina de los pitagóricos.

Platon, natural de Atenas (430-348 antes de Jesucristo), enseñaba la existencia de un *Dios*, supremo, libre, justo y sabio, de un Dios espíritu, y la preexistencia de las almas. Conocía vagamente la caída de la humanidad, y presentía la inmortalidad del alma y las penas y recompensas después de la muerte ². Decía que solo una palabra divinamente revelada podia darnos la certidumbre de todas estas cosas ³. Esa doctrina que parece preluir la de las verdades cristianas, ese sentimiento de la necesidad de un auxilio superior, que observamos en Platon, esa especie de predicción de la redención del mundo, han hecho siempre preciosa la doctrina platónica á los ojos de los pensadores cris-

¹ *Lactant.*, Institut. IV, 2 : « Unde equidem soles mirari quod cum *Pythagoras* et postea *Plato*, amore indagandae veritatis accensi, ad *aegyptios*, et *magos*, et *persas* penetrassent, ut earum gentium ritus et sacra cognoscerent » (suspiciabantur enim sapientiam in religione versari !); ad *Judaeos* tamen « non secesserint, penes quos tunc solos erat, et quo facilius ire potuissent. » Cf. *Cicero*, de Finib. bonor. et malor. V, 19. — *Minut. Fel.* Octavius, c. 34.

² *Vilharz* : ¿ El teismo de Platon es puramente especulativo? *Carlst.*, 1842.

³ *Platon* dice en el *Phedon* : *Εἰ μέ τις δύναιτο ἀσφαλεστον καὶ ἀκινδύνω-τερον ἐπὶ Βεβαίωτερου σχήματος ἐ λόγου θεοῦ τινὸς διαπορεύθηναι.*

tianos, y la han hecho llamar por Boost el *prólogo humano* del Evangelio¹. Pero al mismo tiempo que se eleva Platon sobre todas las imágenes de la Grecia, queda siempre sujeto á la generacion de su pueblo. La belleza que encanta y cautiva al griego, y no la belleza eterna y santa del Ser universal en su divina manifestacion, sino la belleza terrestre y sensible, constituye tambien el objeto de la filosofia platónica, que no es, dice Staudenmaier, mas que una obra artística, la brillante y perfecta union del arte y de la ciencia. Pero aun pretendiendo fundir en armónica unidad los elementos del arte y de la ciencia, de la religion y de la política, del mito sensible y formal y del pensamiento libre y abstracto, jamás consigue Platon dar á su doctrina esta unidad que buscamos en la filosofia y la religion. Su talento se cierne en la esfera infinita de las ideas que nunca logra comprender, formular, ni determinar claramente. Nada dice del modo como las ideas, que agitan la vida como potencias espirituales, funcionan ya respecto de la realidad, del hecho, ya respecto de los mismos dioses. Por esto aun cuando Platon se ponga tan sobre los errores de su tiempo, que presiente y proclama un Creador que se conoce á sí mismo, un Dios personal que todo lo dirige con sabiduria, no puede mantenerse por mucho tiempo á esta altura, y sus miradas van pronto á perderse en ese porvenir incierto en el cual espera la solucion de todo. Acerca de la moral de Platon, y para conocer cuán miserable era, no es necesario sino recordar la comunidad de mujeres que queria introducir en su república.

Aristóteles, de Stagira, en Macedonia (384-322), fundó la escuela peripatética, abandonó las *ideas* de su maestro Platon, y llegó á ser, por su método empirico y dialéctico, el *filósofo de la razon*. Se limita á los estrechos límites de este mundo, que reputa eterno é inmutable, y circunscribe la ciencia á las *nociones* que saca de lo finito. Pone límites á la accion de la Providencia y á la influencia de un Dios personal, santo y sabio, al mismo tiempo que á la libertad humana, y bajo este doble aspecto destruye

¹ Boost, Hist. moder. de la Humanidad. Ratisbona, 1836, 1.^a parte, p. 20. — Ackermann, El Cristianismo de Platon, Hamb., 1836. — August., De Civitate Dei, VII, c. 4-13.

las bases de todo verdadero sistema religioso. Su doctrina moral, conforme á su punto de vista empírico, es un puro *Eudemonismo*. Lo útil y lo agradable determinan siempre los medios de llegar á la felicidad; sistema que sirve perfectamente á Aristóteles para justificar la esclavitud. Este filósofo desconoce hasta tal punto la dignidad humana en el esclavo, que pretende que su alma está privada de todo atributo racional.

Las escuelas filosóficas que en lo sucesivo se formaron, dieron un apoyo mucho mas débil aun á la religion y á la moral; pues no hicieron mas que aumentar el cúmulo de contradicciones y errores de aquellos grandes maestros de la filosofía. Segun *Epicuro*, de Gargeta, cerca de Atenas (337-270), y segun sus discípulos, el soberano bien está en los goces terrestres; razon porque se esforzaban tanto en desvanecer toda creencia en una Providencia y en la inmortalidad, que hubiera podido turbar su grosera seguridad. El mundo se halla tan admirablemente dispuesto para conseguir su fin solo por la casualidad, y ningun cuidado se toman los dioses por las cosas humanas. El alma del hombre no es mas que un cuerpo algo mas sutil que los otros, que nace y muere como ellos. En oposicion al epicureismo, el *Pórtico*, fundado por Zenon, de Cittio, en la isla de Chipre (por los años de 300 antes de Jesucristo) ha merecido la simpatia de las almas grandes y generosas por su noble entusiasmo por el ideal de la moralidad, enseñando que la virtud es el bien soberano, el único bien perfecto en sí, exhortando á despreciar el dolor y á bastarse el hombre á sí mismo en el sentimiento de su propia dignidad. Pero al mismo tiempo que parece funda de este modo una moral mas pura, destruye toda religion, exaltando el orgullo hasta la apoteosis del yo humano. El estóico panteista y fatalista cree sin embargo aun en un Dios lleno de paciencia y de amor, en un Espíritu universal que emana del todo y que todo lo absorbe en él. Desde el principio se objetó á los estóicos que sus ideas de libertad y de fatalidad eran inconciliables.

La nueva *Academia* fundada por Arcesilao (por los años 318-241), toma carácter mas marcado en tiempo de Carnéades (215-130), y da origen á las otras academias llamadas segunda y tercera. Declara la guerra á la verdad misma, primero negando el criterio

del conocimiento admitido por los estóicos, y atacando después toda certidumbre en general. Su escepticismo aumenta el desorden, y acaba de turbar y desolar las inteligencias, zapando completamente las creencias de la religion popular.

Con la religion perdió la Grecia la conciencia y las costumbres. A esto debe atribuirse aquella confesion tan penosa para el sentimiento nacional, que se escapó de la pluma del griego Polibio : «No confiaria yo un talento de oro á un griego, aun cuando me «diera diez escritos firmados de su mano y sellados, legalizados y «asegurados por doble número de testigos; siendo así que el juramento de un magistrado romano basta para garantizar la administración de las mas considerables sumas.» A esto debe atribuirse la sodomía, tan generalmente propagada, divinizada en Ganimedes, inspirando los cantos de los poetas y las obras del arte. A esto debe atribuirse el culto inmoral de Afrodito y de otras divinidades vergonzosas, fieles imágenes y modelos infames de la depravacion universal. A esto debe atribuirse, en fin, el dolor indecible de las mas nobles inteligencias que necesidades mas generosas arrastraban invensiblemente hácia la verdad y á suspirar por una nueva alianza con el cielo. Por todas partes se iba pronunciando cada dia con mas fuerza el deseo de una revelacion divina, única cosa que podia dar certidumbre y reposo en medio de la lucha de las opiniones humanas. La época en que este ardiente deseo debía verse satisfecho, se halla ya cercana.

§ XXVIII.

Religion y costumbres de los romanos.

FUENTES. — *Hartung*, la religion de los romanos segun las fuentes. Erlangen, 1836. — *Ambrosch*, Libros religiosos de los romanos (*Bonner*, 1842, entregas 2.^a y 4.^a). — *Pellegrim*, Distincion primitiva de patricios y plebeyos fundada en la religion. Leipz., 1842.

En la religion de los griegos predomina el arte, el elemento estético; en la de los romanos el elemento político y moral. Conforme á su origen etrusco, es esta última grave, casi sombría, y

¹ *Polybi*, Histor. VI, 34.

ejerce desde los mas remotos tiempos inmensa influencia sobre la moral pública y privada. Lucrecia, mancillada en su casta virtud, se arranca una vida deshonorada. ¡Qué de magníficas pruebas no nos dan los primeros romanos de su amor por la verdad y la justicia¹, por la patria y la libertad! Á estas virtudes debió Roma toda su grandeza. Pero con el espíritu republicano se desvaneció el espíritu religioso, íntimamente unido á la constitucion política y civil de la antigua Roma; y con la religion se perdió la gravedad moral de los romanos. Detrás de las victorias y de las conquistas, con los despojos de los vencidos, se introdujeron en la ciudad eterna los cultos extranjeros y sus inmorales prácticas. Á medida que va creciendo el poder romano y aumentándose las riquezas, degenera el respeto á los dioses, el antiguo buen sentido romano se debilita y ofusca, las virtudes patrióticas se adulteran, y se pierden lastimosamente el desinterés y el espíritu de sacrificio. La corrupcion va rápidamente ganando terreno á medida que los romanos admiten la mitología, las artes y los pedagogos de la Grecia, tan numerosos después del tiempo de Livio Andrónico (240 antes de Jesucristo), lo mismo que la literatura, tan adulterada ya por los mismos griegos, y á la que los romanos profanaron mas aun. Vienen después los filósofos de la Península (155 años antes de Jesucristo). La diputacion de *Carnéades*, *Diógenes* y *Cristolao* es acogida con gran favor, y su doctrina muy aplaudida, y los estóicos y los epicúreos vienen á su vez á compartir con los académicos el imperio de las inteligencias. Después de las guerras asiáticas, se añaden á todas estas causas de desórden, el lujo y todo su cortejo de vicios y desdichas.

Roma habia podido vencer heroicamente á Cartago y á Corinto (146 años antes de Jesucristo), pero ella misma fue vencida á su vez por su propia victoria, que es la señal de su decadencia. Así como era innato en los griegos el sentimiento de lo bello, en los romanos lo era el de lo justo; pero esforzándose en hacer prevalecer y dominar por todas partes el derecho y la justicia, habian llegado á querer establecer en todas partes su propia dominacion, y someter á ella el mundo entero. «Su único pensamiento, dice Staudenmaier, era fundar una monarquía universal: lo creian el mas

¹ *Augustin.*, de Civitate Dei, I, 19, 24, V, 18.

«noble objeto de su vida. La *República* llegó á ser su dios, y la «religion estaba toda consagrada á su servicio. Roma debía sub-
«yugar el mundo, no para propagar por él ideas puras, morales
«y divinas, sino para establecer su vana dominacion en todo él.
«Por esto, y únicamente bajo este punto de vista, observó con to-
«das las religiones posibles una tolerancia que se ha ponderado
«y apreciado neciamente, tolerancia que no se fundaba mas que
«en la indiferencia religiosa mas absoluta.»

Cuando, dueña del mundo, se hubo saciado Roma de la san-
gre de las naciones, y estuvo infectada de sus vicios, empezó á de-
vorar sus propias entrañas. En tiempo de los Gracos (133 años an-
tes de Jesucristo) y de los partidarios de Mario, de Scilla y Cinna,
se encendieron sangrientas guerras civiles; y el asesinato, el ve-
neno y las mas horribles crueldades; caracterizaron á su historia
hasta el gobierno absoluto de Octavio Augusto, que se hizo due-
ño del imperio (30 años antes de Jesucristo hasta 14 después de
Jesucristo). Reinó por espacio de cuarenta y cuatro años, dice
Juan de Muller, y con su blandura hizo olvidar la república, de
la cual los mismos ancianos no hablaban mas que para recordar
sus desdichas, sus guerras civiles y sus proscripciones. El escep-
ticismo, propagado por la filosofía griega, no solo ahogó todos
los gérmenes de religion entre las clases elevadas, sino que has-
ta llegó á engendrar en el pueblo un desprecio universal por los
dioses. Se sabe ya que en la época de Ciceron no podian encon-
trarse dos augures sin echarse á reir: ¿cómo podian conservar
en el pueblo una creencia de la que ni ellos mismos estaban con-
vencidos? «Ni siquiera las viejas, dice Ciceron, querian creer en
«las fábulas del Tártaro y en los goces del Eliseo.»

Pero cuando el desórden religioso y la perversidad de los ro-
manos llegaron á todo su apogeo, fue en tiempo de los empera-
dores. El pueblo, subyugado y embrutecido, divinizaba á sus mis-
mos tiranos ¹, sobre todo cuando estos, halagando sus crueles
pasiones, como Claudio, le daban en espectáculo no ya solamente

¹ *Leon el Grande* dice con mucha exactitud: «Quum Roma universis do-
«minaretur gentibus, omnium gentium servivit erroribus.» (Sermo I, de SS.
App. Petro et Paulo). — *Wach*, de Romanor. in tolerandis diversis religioni-
bus disciplina publica. (Nov. commentar. Soc. Coett., t. III, 1773).

los ordinarios combates de los gladiadores en los anfiteatros y los circos, sino el terrible aparato de un combate naval ¹ dentro de la misma ciudad de Roma. La apoteosis de aquellos tiranos ² profanaba y destruía completamente toda creencia en los antiguos dioses de la patria, y en todas partes se levantaban impúdicas estatuas á Priapo, á Pan y á Vénus. En el teatro se ponían en escena toda clase de torpezas, para exaltar los sentidos; los desórdenes no conocían límites, y cada día se inventaban medios nuevos y contrarios á la naturaleza para saciar las pasiones mas brutales. El patriotismo se iba perdiendo con todas las virtudes, y solo reinaba el crimen. Tal era el mundo pagano cuando el grande Apóstol de las gentes trazó su horrible pintura ³, y Séneca nos dió de él aquel espantoso comentario ⁴.

Era imposible que la naturaleza humana continuase por mucho tiempo en tan horrorosa situación. La incredulidad y la inmoralidad, su inseparable compañera, producían un malestar indefinible y angustias terribles en los corazones de todos. En donde no hay dioses, dice Novalis, reinan los espectros: siempre la superstición reemplaza á la fe. Para sofocar los clamores de su agitada conciencia, se echaron los romanos á los piés de los dioses extranjeros; y, á pesar de las repetidas prohibiciones de los emperadores, desde el Oriente se derramaron por toda Italia los mas extravagantes cultos. Sacerdotes de todas las naciones, astrólogos, mágicos, adivinos é intérpretes de sueños, vinieron á explotar la superstición general; se llevaban amuletos y talismanes, se hacían infinidad de sortilegios, y se consultaba á las entrañas de

¹ Tacit., Annal. XII, 56. Sueton., Vita Claud., c. 21. Dio Cass., LX, 33.

² Domiciano empezaba sus cartas con estas palabras: « Dominus et Deus noster hoc fieri jubet. » (Sueton., Vita Domit., c. 18).

³ Roman. I, 21-31.

⁴ « Omnia sceleribus ac vitiis plena sunt; plus committitur quam quod possit coercitione sanari. Certatur ingenti quodam nequitiae certamine; major « quotidie peccandi cupiditas, minor verecundia est. Expulso melioris aequo-
« risque respectu, quocumque visum est libido se impingit. Nec furtiva jam
« scelera sunt; praeter oculos eunt; adeoque in publicum missa nequitia est
« et in omnium pectoribus evaluit, ut innocentia non rara, sed nulla sit. Num-
« quid enim singuli aut pauci rupere legem? Undique, velut signo dato, ad fas
« nefasque miscendum coorti sunt. » (Séneca, de Ira, II, 8).

las víctimas; la suerte se mostraba sin embargo cada vez mas sombría, y nunca hubo culto que fuese mas misterioso y mas carnal, mas tenebroso y mas sensual, que el que á la sazón dominaba en el imperio romano. Los mismos judíos, tan odiados por otra parte, lograban hacer muchos prosélitos. ¿Qué texto para las sátiras de Perseo y de Juvenal, sin que los filósofos mas graves pudiesen atenuar su influencia!

Los cínicos eran justamente despreciados, y habia muy pocos peripatéticos; solo los estóicos, representados principalmente por Séneca, Dion y Epicteto, gozaban de alguna estimación; su moral era mas bien admirada que practicada, y esto cuando el contraste entre su vida y su doctrina no prestaba asunto á la mofa y al escarnio¹. Séneca (3-65 años después de Jesucristo) mismo, el mas notable de aquellos filósofos prácticos y del cual se ha dicho muchas veces que no pudo dejar de escribir bajo la influencia cristiana, enseñaba preceptos que se hallaban en contradicción, si no con sus verdaderos sentimientos, al menos con su conducta en la corte de Neron, de la cual jamás supo separarse. Lo que además caracteriza el desorden moral y religioso de aquella época, es el extraordinario favor que obtuvo el pitagorismo fantástico, renovado por *Anaxilao*, y mas tarde por el fanático *Apolonio de Tiana*² (3 años antes y 96 después de Jesucristo); y esto precisamente en los tiempos mas civilizados de Roma, en la edad de oro de las artes y la literatura, en el principado del grande Octavio. De aquí nació en seguida, mezclándose con los elementos peripatéticos y otros, bajo la influencia de los platónicos, el *Neoplatonismo*. Muy lejos de fomentar y desarrollar la necesidad, tan profundamente sentida por Platon, de un auxilio superior, Apolonio, convirtiéndose en juglar, engañaba y pervertia cada vez mas las inteligencias, y enseñaba esta orgullosa y célebre plegaria: «Y Vos, ó Dios

¹ Séneca, ep. 29.

² Véase su vida por Filostrato el antiguo (Philostr. Opp. gr. et lat. ed. G. Olearius, Lips. 1709, in f.). Pretende haberse servido de las Memorias de Damis, compañero de Apolonio. Segun Filostrato no se conocian hasta su tiempo, y él no habria hecho mas que darles una forma agradable y compararlas con los escritos de Máximo de Egea. Pero las memorias de Damis están tan llenas de anacronismos, que el lector se ve obligado á rechazarlas por apócrifas.

«mio, dadme lo que me es debido.» Mas esta tentativa para satisfacer las exigencias de los espíritus, no causó efecto ninguno sobre las masas y las almas mas nobles; al contrario, se hizo mas general y mas profunda la desesperacion en todos. Vemos de esto una patente imágen en el mito de *Psychia*, que data de esta época verdaderamente histórica ¹. *Psychia*, caída, abandonada de Dios, anda errante, inquieta y desolada. Sin embargo, recobra el valor, y busca al Dios que habia perdido, á través de mil obstáculos y peligros, en los templos, y hasta en el reino de la muerte. Por fin Dios se deja ablandar y mira con compasion este ardiente deseo y este amor heroico, y vuelve á *Psychia* y se une á ella en un nuevo y santo himeneo (*hieròs gamos*). ¿No es esta historia la de la humanidad caída y regenerada? En medio de esta desolacion universal, los espíritus se vuelven hácia los antiguos oráculos, conservados en el fondo misterioso de los santuarios, y que anuncian un nuevo y santo orden de cosas para la humanidad, un retorno á la edad primitiva de la inocencia y de la dicha. Los platónicos y los estoicos lo esperan con el principio del *grande año secular* ²; Virgilio anuncia el reinado de la Virgen, predicho por la sibila de Cumas ³; y estos rayos de esperanza empiezan á reanimar y fortificar los corazones, que Suetonio ⁴ y Tácito ⁵ nos pintan asién-

¹ *Apulei*, *Metamorph.* IV, 83. *Fulgentius*, *Mythologicor.*, III, 6.

² *Heyne*, *Annot. in Virg.*, t. I, p. 96.

³ *Virgil.*, *Ecloga* IV, 4-10.

Ultima Cumaei venit jam carminis aetas,
Magnus ab integro saeculorum nascitur ordo;
Jam redit et virgo, redeunt Saturnia regna,
Jam nova progenies coelo demittitur alto.
Tu modo nascenti puero, quo ferrea primum
Desinet, ac toto surget gens aurea mundo,
Casta fave Lucina, tuus jam regnat Apollo.

Cf. *August.*, de *Civitat. Dei*, X, 27, ep. 155. *Euseb.*, *Vita Constant.*, V, id est, *Contant. orat.*, c. 19-20. *Dante*, *Purgator.* XXII, 70 sq. Véase *Lasaulx*, l. c. p. 63.

⁴ *Percrebuerat Oriente toto vetus et constans opinio, esse in fatiis ut eo tempore Judaea profecti rerum potirentur. Sueton.*, *Vita Vespas.*, c. 4.

⁵ *Pluribus persuasio inerat antiquis sacerdotum litteris contineri eo ipso tempore fore ut valesceret Oriens, profectique Judaea rerum potirentur. Tacit., Histor.*, V, 13, donde se encuentran además estas notables palabras: «*Audita major humana vox: Excedere deos, simul ingens motus excedentium.*»

dose, en su inquieto júbilo, á los oráculos abiertamente proclamados por los judíos que anuncian al mundo: *Que de la Judea saldría el Libertador deseado.*

Observacion. — Advierte Staudenmaier, y el hecho es digno de atencion, que la diabólica ilusion que seducia á los primeros humanos: «Seréis como dioses¹,» subsistió en las religiones griegas y romanas, y se produjo sobre todo en la *apoteosis del hombre* y la opinion pagana de los *celos de los dioses*. La poesía nos presenta esta opinion en el mito de Prometeo, la filosofía en la doctrina del Pórtico, y la historia en la figura de Nemesis. La apoteosis empezó principalmente con Alejandro el Grande, se continuó bajo sus sucesores, y llegó á su mas alto grado en tiempo de los emperadores romanos² que se hicieron adorar en vida.

¹ Gén., iii, 5.

² Cf. J. D. Schaefflini, Comment. de apotheosi s. consecratione imperator. Romanor. (ejusd. Commentat. Hist. et Crit. Basil., 1741, in 4, p. 1 sq.).

§ XXIX.

Estado político, religioso y moral del pueblo israelita.

La Ley nos ha servido de conductor para
llegar hasta Jesucristo.

Gálat. iii, 24.

Recibió bajo su proteccion á Israel, su
servidor.

Luc. i, 54.

FUENTES.— Antiguo y Nuevo Testamento.— *Herbst*, Introd. hist. y crit. al estudio del Ant. Test. publicada y adicionada por *Wette*. Carlsr. y Friburgo, 1840-41. *Jos. Flavii* (nacido en el año 37 y muerto en el 93 de Jesucristo), opp. ed. *Havercamp*. Ams. 1726, 2 t. en f.— *Richter*. Lips. 1826 sq., 5 t.— Son muy importantes las Antigüedades judáicas (lib. XX).— *Jahn*, Bibliot. arqueol. Viena, 1817, part. 4.^a— *Scholz*, Bibliot. arqueol. Bonn., 1824.— *Kalthof*, Manual de antig. judaic., Munster, 1840.— *Molitor*, Filosofía de la Historia ó de la tradicion. Francf. y Munst. 1827-38, 3 t.— *Winer*, Diccionario bíblico, 2.^a ed. Leipz. 1833-36, 2 t.— *Jost*, Histor. gen. de los israel. desde su origen hasta el siglo XIX, Berlin, 1832.— *Bossuet*, Discurs. sob. la hist. univ.— *Stolberg*, Hist. de la relig. de Jesucristo, p. I-IV.— *Leo*, Hist. univ. t. I.

En medio de la ignorancia religiosa y de los errores filosóficos de los pueblos de la antigüedad, es maravilloso ver al *pueblo de Israel* conocer y servir al verdadero Dios. La Providencia, por medios especiales y revelaciones sucesivas, conserva siempre en el seno de este pueblo privilegiado el sacrosanto nombre de Dios y las tradiciones primitivas; promulga la ley é instituye un sacerdocio que sea su depositario, que de continuo la recuerde al pueblo, que conserve siempre en él, aun en medio de sus extravíos, el respeto debido al Dios único, y que lo vaya preparando para su redencion y libertad. Nada era mas digno de Dios, dice Bossuet, que el escoger un pueblo que fuese ejemplo vivo de su Providencia¹; un pueblo cuya prosperidad é infortunio dependiesen de su

¹ *Leo* expresa muy bien este pensamiento: « Todo el misterio de la historia « de los israelitas, dice, toda su mision estriba en el hecho de que Dios había « escogido á este pueblo para ser un medio entre el pecado original y la Re-

piedad, y cuyo estado fuese un testimonio visible de la sabiduría y de la justicia de su Señor. Y cuando Dios hubo demostrado, por la conducta de la nacion judía, la irrecusable verdad de que Él es el que, segun su voluntad, dirige los acontecimientos de la vida presente, llegó el tiempo en que debia el hombre elevarse á mas altos pensamientos con la venida de Jesucristo, que tenia la sublime mision de descorrer los misterios de la vida futura á un pueblo nuevo, formado de todos los pueblos de la tierra. Así, mientras que los mas antiguos monumentos de la historia, de la etnografia y de la geografia; mientras que los historiadores mas antiguos no nos cuentan mas que fábulas ó hechos oscuros é inciertos; las Escrituras sagradas de los israelitas, precisas, circunscritas y siempre enlazadas entre sí, exponen claramente la historia de la humanidad, señalándole su verdadero origen, y haciéndola descender de él, es decir, de la voluntad del Dios uno, santo, justo, criador omnipotente, y resolviendo al mismo tiempo con la mas admirable sencillez los grandes problemas de la filosofia. Siempre persuasivas y sublimes á la par, nos enseñan estas Escrituras la creacion del universo, el hombre, la dicha de su primer estado, su union santa con Dios y la naturaleza, la causa de su caida y de sus miserias, la propagacion de la raza humana, el origen de las naciones, la reparticion de la tierra y el nacimiento de las artes ¹; al mismo tiempo hablan de un reparador, de un libertador prometido al hombre primero ², y demuestran

«dencion, para ser el último é inexpugnable baluarte de la fe en un solo Dios
«en medio de todas las naciones paganas, para ser, en fin, el terreno en que
«debía germinar la salud prometida á todos los pueblos de la tierra... En nin-
«guna parte se encuentra la accion de la divina justicia expresada de un modo
«tan claro como en la manera con que el pecado y las pasiones preparan la
«ruina del pueblo judío, siendo así que la fidelidad á los divinos mandatos
«trae siempre consigo la recompensa.» Compendio de Hist. univ., t. I, p. 564.

¹ *Marcel de Serres*, La Cosmografia de Moisés comparada con la geología. Véase tambien á *Fichte* que, en su Derecho de la Naturaleza, 1.^a parte, p. 32, dice: «Un espíritu se interesó en la suerte del hombre precisamente de la manera que lo dice una antigua y venerable tradicion (el Génesis). Esta tradicion contiene, después de todo, la sabiduría mas profunda y admirable; pues ofrece resultados á los cuales la filosofia se ve obligada á suscribir y reconocer después de todas sus investigaciones.

² Gen. iv, 15.

que jamás, en la sucesion de las edades, dejó el Dios vivo de manifestarse á los hombres, y de irlos preparando y conduciendo á su definitiva reconciliacion con él. Refieren que abandonándose los hombres á sus perversas inclinaciones¹, y no apoyándose mas que en sí mismos, se corrompieron y cubrieron hasta tal punto la tierra de sus crímenes, que Dios se vió obligado á decretar contra ellos una venganza cuya memoria jamás se borrará de entre ellos, á fin de prevenirlos eternamente contra el pensamiento erróneo de que el mundo existe por sí mismo, y que lo que existe una vez no puede dejar de ser nunca. Después de la terrible catástrofe del *diluvio universal*, cuya memoria se conservó en todos los pueblos, Dios permitió que el mundo se renovase y renaciese del seno de las aguas. *Noé*, el único justo salvado por la Providencia, fue el segundo padre de la raza humana², y en él vuelve la historia á tomar su curso con la humanidad rejuvenecida bajo la direccion del Señor. La humanidad, aunque colmada de favores, no está curada; vuelve á caer en la incredulidad, la idolatría y la corrupcion moral que le son consiguientes, y Dios segrega y llama á Abrahan. Trescientos cincuenta años después del diluvio tuvo lugar la *vocacion de Abrahan*, príncipe nómada de la Caldea, padre del pueblo israelita, que el mismo Dios condujo á la lejana y desconocida tierra de Canaan, prometiéndole que de él descenderia una nacion grande y poderosa, numerosa como las estrellas del cielo³, en quien debian ser benditos todos los pueblos de la tierra⁴, con tal que Abrahan, sus hijos y todo su linaje guardasen los preceptos de Jehová, y marchasen por los senderos de la verdad y de la justicia⁵. Una alianza positiva entre Jehová y Abrahan selló luego los deberes y derechos de este último: la *circuncision* debia ser el sello conmemorativo de semejante alianza⁶. Después vivió Abrahan lleno de fe en Dios y en sus promesas, y anduvo siempre por sus caminos, guardando fielmente sus mandatos, y poniendo en Dios su gozo, sus esperanzas y toda

¹ Génes., vi-viii.

² Génes., xii, 2; xiii, 16; xv, 5; xvii, 4, 6, 8; xxii, 16 y 17.

³ Génes., xii, 3; xvii, 18; xxii, 18.

⁴ Génes., xviii, 19.

⁵ Génes., xv, 18; xvii, 4.

su felicidad ¹. *Jacob*, nieto de la promesa, fue conducido á Egipto ², en donde empezaron á cumplirse las promesas y las amenazas hechas á *Abrahan*. Su descendencia se multiplicó allí prodigiosamente ³, pero perdió el sentido y el espíritu del padre de la fe. Para llamar hácia sí las miradas y la esperanza de este pueblo ingrato, Dios, fiel á su palabra, le hizo sentir el duro y pesado yugo de los egipcios ⁴; pero al fin suscitó á *Moisés* para librarlo. El enviado del Dios de *Abrahan*, de *Isaac* y de *Jacob*, acreditado por medio de muchos milagros, es prontamente reconocido; llega á ser el consolador de sus hermanos, los saca de la esclavitud ⁵, y funda, al fin, una verdadera nacionalidad. Durante su larga permanencia en los desiertos de la Arabia, *Moisés* enseña á los israelitas á reconocer al Dios de sus padres, é ilustra su conciencia adormecida hacia mucho tiempo. Reune y escribe la historia de los siglos pasados, la historia de *Adán*, de *Noé*, de *Abrahan*, de *Isaac*, de *Jacob* y de *José*, ó mas bien la historia del mismo Dios, recogida en los recuerdos vivientes de la familia de *Abrahan*, que habia vivido en los tiempos de *Sem*, el primogénito de los hijos de *Noé*. Refiere y fija para siempre en la memoria de la posteridad las maravillosas comunicaciones de *Jehová* con su pueblo y los milagros de su ley. En medio de un terrible y majestuoso aparato transmite *Jehová* á *Moisés* los principios de la religion, escritos en tablas de piedra ⁶, los cuales son promulgados al pueblo lleno de terror y espanto ⁷. *Moisés* escribe además en tablas de piedra (*), como expresion de la voluntad divina, todas las órdenes, todas las prohibiciones y promesas que habian salido hasta entonces de la boca de Dios; y hace depender todas las bendiciones y maldiciones para su pueblo de su fidelidad ó de sus in-

¹ Génes., xii, 4; xv, 6; xxii, 2.

² Génes., xlvii-lxviii.

³ Exod., ii, 1.

⁴ Exod., i, 14, 22.

⁵ Exod., ii-xi.

⁶ Exod., xx, 1-20.

⁷ Exod., xx, 18.

(*) Lo único que parece escribió *Moisés*, ó mejor Dios mismo; en tablas de piedra fueron los diez preceptos del Decálogo.

(Nota de los Editores).

fracciones á la ley ¹. Estas leyes sirven para constituir el reino de Dios sobre la tierra y fundar el estado teocrático de los israelitas, en el cual todo depende de la idea de Dios, todo se dirige á su reino, y todo se rige por su santa ley. El solo, Jehová, es el Dios vivo, todopoderoso, sapientísimo, presente en todos los lugares, lleno de misericordia, y padre del pueblo de Israel, que ha escogido entre todas las naciones; pero al mismo tiempo es el Dios santo y justo, celoso de su ley, y que se venga de los prevaricadores hasta la séptima generacion.

Y todas estas cosas no están solamente escritas en la piedra, sino que se realizan y convierten en hechos á los ojos del pueblo visiblemente conducido por el Señor en la columna que se cierne sobre el tabernáculo, rodeado incesantemente de las pruebas del poder de Dios. El Señor mismo es quien le concede la luz ó las tinieblas, la vida y la muerte, las tempestades y la serenidad del cielo, el rocío de la mañana, la lluvia de las estaciones, el maná del cielo y el agua de la roca. Dirigido y educado de esta manera, Israel debia ser el pueblo de Jehová, pueblo temeroso de su Dios, no adorando mas que á él, amándolo con toda su alma, guardando sus mandamientos, cifrando en él sus goces, su grandeza y su gloria, rechazando con horror todo lo que es abominable en la presencia del Señor, la idolatría, la magia y las adivinaciones, y procurando apartarse del pecado y volver á Dios, siempre dispuesto á perdonar con tal que se le den pruebas dignas de arrepentimiento. Para grabar en los espíritus de una manera indeleble la unidad de Dios, Moisés dice y repite en cien pasajes que este Dios único escogeria para sí en la tierra prometida un lugar único en el que se celebrarían las fiestas, los sacrificios y todas las ceremonias del culto divino. Figura de la promesa, imagen del templo verdadero, el tabernáculo, templo portátil del desierto, llamaba ya en torno suyo á los hijos de Israel, con sus plegarias, sus votos y sus ofrendas. La memoria permanente de estos grandes hechos históricos debia ser como una perpetua predicacion

¹ Hablando de la relacion y de los caractéres del Antiguo y del Nuevo Testamento, dice san Agustin: « Multum et solidum significatur ad Vetus Testamentum *timorem* potius pertinere, sicut ad novum *dilectionem*, quamquam « et in vetere novum lateat, et in novo vetus pateat. » In Exod.—*Stolberg*, t. II.

del nombre, del poder y de la bondad del Criador del cielo y de la tierra, del Dios de Israel siempre fiel á su alianza y á sus promesas. La celebracion del *Sábado* debia renovar la memoria de la creacion ¹, y la *Pascua* debia recordar la maravillosa salida de la esclavitud del Egipto y la salvacion de los primogénitos ². La fiesta de los *Tabernáculos* representaba de un modo expresivo las costumbres, el sistema de vida en el desierto y los beneficios del cielo durante los cuarenta años de peregrinacion ³. Todas estas instituciones, así como la fiesta anual de las primicias y de la siega (Pentecostes), los diversos sacrificios, y particularmente el de cada dia ⁴, debian recordar incesantemente á Israel su dependencia de Jehová y las obligaciones que con él tenia contraidas.

En el conjunto de la ley presentaba Dios á los israelitas un espejo donde se reflejaba fielmente su imagen, y donde podian aprender á conocerse y á ser siempre agradecidos. Los doscientos ochenta y cuatro preceptos y las trescientas sesenta y cinco prohibiciones de la ley les ponian á la vista el número y la calidad de sus delitos, y el castigo que deberia seguirseles. Así adquirian el *conocimiento del pecado* ⁵ por el estudio de esta ley que debian meditar noche y dia, y que, en tantas circunstancias les era anunciada y promulgada de nuevo. Mas al dar esta ley el conocimiento del pecado y la conciencia de la falta, no daba ni la fuerza necesaria para evitar el uno y purificarse de la otra. La ley era imperativa y severa; pero le faltaba lo que constituye la esencia del cristianismo, la gracia ⁶. Sin embargo, anunciaba para un porvenir todavía lejano un Profeta semejante á Moisés, que Dios suscitaria de en medio de su pueblo y al cual seria preciso escuchar ⁷, así como el conjunto de sus instituciones y de los hechos de su historia iba preparando insensiblemente á Israel para la promulgacion de una ley mas sublime, menos ceremonial y mas fecunda en virtudes.

¹ Exod. xx, 8-11.

² Lev. xxiii, 5; Exod. xxiii, 16.

³ Lev. xxiii, 34; Deut. viii, 13.

⁴ Exod. xix; Núm. xviii-xix.

⁵ Rom. ii, 20; vii.

⁶ Juan, i, 17; Gál. iii, 13.

⁷ Deuter. xv, 18.

El sentimiento del pecado despierta en la conciencia la necesidad de la justicia reparadora, produce el ardiente deseo de la reconciliacion por medio de la remision del pecado, y trae asi naturalmente, dice Staudenmaier, la institucion del *soberano pontificado*, como parte esencial de la constitucion religiosa. El sumo sacerdote entraba una vez cada año en el Santo de los Santos para expiar los pecados del pueblo con un sacrificio, para presentar á Dios las plegarias y los votos de los fieles, y llevar, en nombre del Señor, el perdon, la reconciliacion y la bendicion del cielo al pueblo reunido. De esta manera se completa manifestamente el culto por medio del sacerdocio, que tiene con él las mas íntimas y esenciales relaciones. Instituido por el mismo Dios, se desprende, además, del hecho mismo de la ley, de la naturaleza de las cosas, de la vida espiritual y de las profundas necesidades del hombre, de las cuales es expresion, instrumento y símbolo.

A pesar de esto la ley y el sacerdocio, que le era consiguiente, no podian obrar la deseada reconciliacion del hombre con Dios. Esta ley imperativa no estaba ni viva en el espíritu, ni vivificada por el espíritu; no era mas que una barrera; no podia obrar la justificacion ¹: mas aun, con la multitud de sus prescripciones hacia abundar el pecado ². Menos todavía que la ley, los sacrificios sangrientos no podian destruir el pecado y hacer al hombre justo, santo y perfecto. Solo Aquel en quien no hay pecado, que cumplió toda la ley, que es mas grande que el hombre y mas sublime que los cielos, podia verdaderamente librar á la humanidad del pecado y de todos sus efectos. Moisés, el hombre de Dios, excluido de la tierra prometida, era una prueba evidente de la insuficiencia de su ley, que nada perfecciona, que no muestra mas que á lo lejos el cumplimiento de las divinas promesas, y no conduce á la humanidad entera, como el mismo Moisés, mas que hasta las puertas de la herencia celestial ³. Toda la ley no era mas que una gran profecía anunciando la venida de Aquel cuyo nombre y mision á la vez prefiguraba *Josué* (Jesús); y hé aquí porque

¹ Lev., xvi; Hebr., ix, 7, 25.

² Rom., iv, 16.

³ Rom., vii, 7.

⁴ Hebr., viii, 19; xi, 13.

la segunda institucion esencial y necesaria de la teocracia de los judios fue la *escuela de los Profetas*. El profeta era al mismo tiempo la voz viva de la ley y el instrumento de su cumplimiento; su principal mision consistia en prefigurar y anunciar al *Mesías*, término de todas las profecías, así como la ley debía, por medio de todos sus preceptos é instituciones, irle preparando siempre el camino. Sin embargo, faltábale todavía á la constitucion mosáica, y el Deuteronomio alude á ello ¹, la cabeza, el jefe del cuerpo, el conductor del pueblo, el representante de Dios instituido por Dios mismo, para unir á la nacion en un cuerpo único y viviente, para vivificar incesantemente su organismo, para conservarlo ordenado bajo el yugo de la ley, y para garantizarlo y librarlo de los peligros exteriores; faltábale el *Rey*. Dios accedió á los deseos del pueblo y le concedió en la persona de *Saul* (1095 antes de Jesucristo) un representante de la majestad eterna, invisible y siempre activa y presente, de Jehová. Sucedió esto después de la conquista de la Tierra Santa por Josué, después de la edad heroica de los *Jueces* (desde Otoniel hasta Elías y Samuel), cuyo ministerio iba preparando, por medio de una transicion natural, la dignidad real. El soberano pontífice, el profeta y el rey, términos distintos y esenciales de la unidad teocrática, eran los tipos proféticos de la triple dignidad del Salvador del mundo. Así como Heli juntó al cargo de soberano Pontífice el mayor poder civil, y Samuel juntó á este último la mision de profeta, así *David*, el hombre segun el corazon de Dios, juntó á los dones de profeta la dignidad de rey (1050 antes de Jesucristo). Con la construccion de la ciudadela de Sion, hizo de Jerusalem una ciudad fuerte, centro del reino, como debía serlo del culto, y mandó llevar á ella el arca de la alianza. Después de haber vencido á todos sus enemigos, extendido las conquistas de su pueblo hasta el Eufrates, y pacificado todo su reino, consagró su corazon y su inteligencia al establecimiento del culto divino, y quiso preparar á Jehová una mansion digna de él, conforme á la orden que habia recibido del cielo ². Mas esta piadosa empresa no debía realizarse hasta el pacifico reinado de Salomon (1000 antes de Jesucristo), que cons-

¹ Deut., xvii, 28.

² 2 Samuel, VI-VII.

truyó, segun el modelo del tabernáculo ¹, el mas magnífico templo de la tierra. Allí, en el Santo de los Santos, fue depositada el arca de la alianza construida por Moisés, imagen terrible de la majestad divina, á la que nadie osaba acercarse, fiel imagen del cielo, cerrado para el hombre hasta que Jesucristo abrió sus puertas con su propia sangre. La felicidad de Salomon y la paz de su reino duraron tanto como su sabiduría, y su caída acarrió la del imperio. En el año 975 aquel poderoso y floreciente Estado se dividió en dos reinos hostiles, el de *Judá* y el de *Israel* ², lo cual dividió singularmente á la nacion entera en las luchas que tuvo que sostener por su independencia contra los sirios, los egipcios y los caldeos. Pero al mismo tiempo en que la dignidad real se hallaba tan abatida, y en que iban decayendo á la vez la religion, las costumbres y el poder político, se dejó oír la gran voz de las profecías: Moisés apareció de nuevo en el profeta *Elías* (en tiempo de Achab y Jehú, 918-896 años antes de Jesucristo); Elías que, encendido en celo, intrépido en palabras, y fuerte y poderoso en obras y en milagros, reprende á los israelitas su infidelidad ³, y les exhorta á restablecer el culto de David y de Salomon. El resultado no corresponde, empero, á sus esfuerzos. El espíritu de profecía subsiste, lleno de amenazas y de furor, y, segun los admirables decretos de Jehová, aparecen entonces una multitud de profetas poderosos: los cuatro *mayores* (*Isaías, Jeremías, Ezequiel y Daniel*), llamados así, no solo porque son mas extensas sus predicciones, sino tambien porque con frecuencia tienen relacion con otras naciones, y los doce *menores*, conocidos con este nombre, porque casi siempre no se dirigen mas que al mismo pueblo de Dios. Se presentaron unos inmediatamente después de los otros, pero algunas veces juntos, como *Jonás, Joel, Oseas, Amós, Isaías, Miqueas y Nahum*.

Obstinado Israel en su infidelidad, expia su crimen en el año 722, y Salmanasar, rey de Asiria, ministro de las divinas venganzas, echa al destierro á la mayoría de los habitantes de la Judea, en la cual establece colonias de asirios. Mezclados estos con

¹ 2 Chron. III-VII.

² I Rey. XII.

³ I Rey. XVI; II Rey. II.

los israelitas que habian quedado en Palestina, formaron mas adelante el *pueblo samaritano*, odiado y reputado impuro por los judíos. Pero no por esto se aprovecha Judá de tan terrible lección: olvida de nuevo la alianza que el rey Josías contrae con el Señor, en presencia de los ancianos de la nacion y de todo el pueblo, después de haber encontrado la ley de Moisés en el templo ¹; permanece sordo á la voz de los profetas *Habacuc*, *Jeremías* y *Sofonías*, y en 558 cae bajo el yugo de Nabucodonosor, rey de Babilonia. Jerusalem y su templo son entonces arruinados, y llevado cautivo casi todo el pueblo. Jeremías consuela á los que han quedado en Judea, y *Ezequiel* á los desterrados. Esta fue la última y espantosa prueba de la fe de aquel pueblo: la cautividad en Babilonia fue por mucho tiempo como la viva expresion del castigo mas terrible y de la mas espantosa miseria. Traspasados de dolor, seguros de tener en el mundo otro destino que el de perecer miserablemente en medio de un pueblo abominable por sus creencias y sus costumbres, y convencidos de que con su infidelidad y sus divisiones intestinas se habian privado ellos mismos de cumplir este destino superior, los cautivos se sentaban en las márgenes del rio de Babilonia, y lloraban amargamente, acordándose de Sion: suspendian sus liras en los sauces de la ribera, y su voz permanecia muda en la tierra extranjera ². Entonces volvieron á despertarse mas vivos y se aumentaron mas ardientes el deseo de expiar sus faltas cometidas contra el Señor y la esperanza del Salvador prometido. Los profetas de esta época son los que principalmente hacen oir todos los tonos del dolor y la esperanza, del arrepentimiento y la confianza en el Dios bueno, justo y poderoso, con un lenguaje tan profundo, tan sencillo y majestuoso, que jamás han podido igualarlo ningun pueblo del mundo ni ninguna literatura humana. El objeto de estas sublimes poesías es siempre Dios y sus beneficios. Su forma armoniosa y proporcionada aumenta su vigor, y al mismo tiempo que encantan los oidos, inflaman la imaginacion, llegan hasta el corazon, y se imprimen profundamente en la memoria. Queridas en todo tiempo de las almas nobles y piadosas por su inmortal belleza, les son sobre todo preciosas en

¹ IV Reyes, xxii, 8; xxiii, 1.

² Salmo cxxxvii.



el infortunio y en el seno de las mas acerbas adversidades. El mismo Dios fue quien inspiró estos cánticos sagrados, y su pueblo escogido el único cuya poesía tuvo origen en una verdadera inspiracion divina, como lo prueban, con irrecusable evidencia, los oráculos sobre el Mesías, los cuales á medida que se va aproximando el tiempo de su venida, van siendo mas claros, mas precisos, mas circunscritos y explicitos acerca del tiempo y el lugar de su nacimiento, su mision, los hechos de su vida y las maravillas de su muerte y de su resurreccion.

Babilonia, la orgullosa reina del Oriente, tantas veces amenazada de ruina por los Profetas ¹, cae á su tiempo vencida por los medos y persas mandados por el enviado de Dios, Ciro, su poderoso caudillo. El azote de la tierra es destruido y hecho añicos, como lo habia predicho *Daniel* al soberbio y criminal Baltazar en el momento mismo de la catástrofe ². Los setenta años del cautiverio que habia profetizado Jeremías tocaban ya á su término ³. Ciro permite que los cautivos de Babilonia vuelvan á su patria ⁴. Únicamente se aprovecharon de esta libertad los judíos mas celosos, y volviéndose en varias columnas, se fijaron principalmente en la tierra de Judá, adorando en su arrepentimiento y alegría los juicios de Dios, cuyo pronóstico leyeron con sorpresa en los mismos libros de Moisés ⁵, y el cumplimiento literal en las palabras de Jeremías.

De allí en adelante sostenidos los israelitas por el recuerdo de sus antepasados, dichosos con vivir segun la ley después de haber estado tanto tiempo separados de ella, llenos de fervor y vivificados en sus esperanzas por las promesas de *Daniel*, que profetizaba que después de setenta semanas de años ⁶, el *Hijo del hombre* ⁷, estableciendo su eterno reino, vendria á destruir el pecado y justificar el género humano, hicieron diversas tentativas para restablecer las instituciones mosáicas, bajo la direccion de *Zoro-*

¹ Isaías, xiii, 14; xxi, 45; xlviii, 48.

² Dan., v.

³ Jerem., xv, 12; xix, 10.

⁴ 536. Cf. Esdr., i, 1, etc.

⁵ Nehem., i, 8, 9.

⁶ Nehem., ix.

⁷ Dan., ii, 44; vii, 13; xvi, 17.

babel, de *Esdra*s y de *Nehemías*, y lograron acabar el segundo templo de Jerusalem (515 antes de Jesucristo ¹). *Aggeo* y *Zacarías* habían reanimado su celo por esta reconstrucción de la casa de Dios, anunciándoles que la gloria del segundo templo excedería á la del de Salomón, supuesto que vería al *Deseado de todas las naciones* ². Entonces fue cuando los judíos, llenos del sentimiento de sí mismos, hicieron de su nombre el de la nación entera, y no concedieron sino con gran trabajo la entrada en el templo á los israelitas del Norte de la Galilea y del Oriente á este lado del Jordán, á causa de su mezcla real ó presunta con los paganos, quedando los Samaritanos enteramente excluidos de dicho templo. Protegidos por la Persia y apoyándose en semejante base de nacionalidad, restablecieron los judíos una forma de gobierno nacional concentrando todo el poder público en el *sumo sacerdote*, que estaba al frente del pueblo, y en el *sanedrín* ³, compuesto de setenta miembros, que se le juntaron en Jerusalem para la decisión de los negocios importantes. Los individuos del sanedrín eran elegidos de entre todas las tribus, pero principalmente se buscaban en la escuela especial de las personas de este consejo.

Todavía eran impuros é imperfectos los sacrificios que ofrecían los judíos en este templo. Irritado *Malaquías* con su espectáculo, los abomina, y ve en el porvenir el sacrificio puro y sin mancha ofrecido á Jehová, no ya solamente en el templo de Jerusalem, sino en toda la tierra, desde el Occidente á la aurora, por judíos y paganos ⁴; ve que el Mesías es Dios mismo, y predice la venida del nuevo Elías, precursor del Salvador del mundo, cuyos caminos preparará en Judea ⁵. En adelante no debía haber ya mas profetas hasta la llegada del Libertador. La ley mosaica debía bastarle al pueblo judío, y por esto Malaquías cierra la admirable serie de las profecías de la antigua alianza con estas maravillosas palabras: «Acordaos de la ley de Moisés mi siervo; y hé aquí que «yo os enviaré el profeta Elías, antes que venga el día grande y

¹ Esdr., i, 1-4; vi, 1, etc.

² Aggeo, ii, 8.

³ Númer., xi, 16.

⁴ Malaq., i, 11.

⁵ Malaq., iii, 1.

«tremendo del Señor, y él reunirá el corazón de los padres con «sus hijos y el de los hijos á sus padres.» Es decir, que mostrará á aquellos lo que estos no han podido hacer mas que esperar. Todo habia sido ya dicho y señalado por Dios en la ley y los profetas para la instruccion de su pueblo. Desde entonces el espíritu de profecía permaneció mudo.

Aun cuando la nueva constitucion política y religiosa de los judíos hubiese sido fundada precisamente por los que mas deseaban vivir conforme á la ley del Señor, poco á poco el espíritu y las formas de la Grecia fueron ganando terreno entre los judíos, y sometieron á su influencia las generaciones, cuyos padres habian tan heroicamente resistido la violenta dominacion de los reinos del Oriente. Al lado de los celadores de la ley aparecian los aficionados á novedades, partidarios de los trajes y costumbres de la Grecia. Desde la conquista de Alejandro (323 antes de Jesucristo), los judíos de la Palestina estuvieron sometidos tan pronto á los Ptolomeos de Egipto, tan pronto á los Seleúcidas de Siria. El último de estos, *Antíoco Epifanes* (174 antes de Jesucristo), cuyo carácter ambicioso, cruel é impío habia pronosticado Daniel ¹, llevó tan lejos la violencia de sus medidas para montar á la griega á los judíos, que pretendió, contra toda forma legal, imponerles un gran sacerdote, trató de rebeldes á cuantos se le oponian ó manifestaban algun celo por la ley, y, dueño de Jerusalem, mandó quemar los Libros santos, profanar el santuario, y hasta quiso obligar á los judíos á adorar los dioses de la Grecia. Parecia que este príncipe, ebrio de furor, habia resuelto el aniquilamiento de la nacion con la profanacion de su templo. Mas este atentado, religioso y nacional á la vez, reanimó el celo de los judíos, y los precipitó en una lucha heroica y una oposicion desesperada, en las que dieron admirables pruebas de un espíritu verdaderamente nacional. *Matatías*, de la estirpe sacerdotal de los *Asmoneos*, empezó la insurreccion, jurando que aun cuando todo el pueblo debiera abandonar la ley de sus padres y someterse á las órdenes de Antíoco, él, sus hijos y sus hermanos permanecerian fieles á la ley de sus mayores ². Sus cinco hijos fueron los caudillos del

¹ Dan. vii, 8.

² I Macab. ii, 19, 20.

pueblo en la prolongada guerra que tuvo que sostener contra los sirios, y el valor de *Judas Macabeo* y de *Jonatás* llegó á hacer revivir la antigua fama del pueblo de Dios, y le granjeó la admiracion de Esparta y de Roma ¹. Las victorias de esta raza de héroes hicieron declarar al pueblo en su entusiasmo: «Que Simon seria «su caudillo y su soberano pontífice para siempre hasta que apareciese entre ellos el Profeta verdadero ².» *Demetrio*, sucesor de Antíoco Epífanes, reconoció á Simon como principe independiente, y estuvo Judá en paz mientras vivió este grande hombre, pudiendo todos cultivar sus campos con alegría y sentarse á la sombra de sus higueras. Simon adornó magníficamente el santuario, aumentó el número de los vasos sagrados, extendió las fronteras de su nacion, y su poder y su gloria fueron gratos á los judíos durante el resto de sus dias ³. El soberano pontificado y mas tarde la dignidad real se hicieron, pues, hereditarios en el linaje de los asmoneos. *Juan Hircano* (135 antes de Jesucristo), sucesor de Simon, aumentó el poder de los judíos y constituyó el reino de los asmoneos, mayor y mas floreciente que ninguno de los anteriores de Israel, Saul, David y Salomon. «De esta manera, dice «Bossuet, el pueblo de Dios permaneció siempre en pié en medio «de todas aquellas pruebas, ya castigado, ya sacado de su miseria, Dios prevenia de tal suerte á este pueblo, que es él la mas «convinciente y magnífica prueba de la Providencia divina que gobierna al mundo.» En efecto, la raza de los asmoneos, tan celosa por la ley de Dios y siempre afortunada en sus empresas, solo fue feliz mientras marchó en el temor del Señor. Hízose empero, crítica la posicion de Hircano cuando, en la lucha suscitada entre los *fariseos* y los *saduceos*, tomó el partido de estos últimos († 107). La lucha de estas dos sectas hizo mas obstinada y desastrosa la larga y sangrienta guerra civil que encendieron, después de la muerte del primogénito de Hircano, *Aristóbulo* (106), las disensiones de su familia. El partido judío-griego nombró por árbitro á *Pompeyo* que se hallaba entonces en Asia, y, como de costumbre, el resultado del arbitraje fue la dominacion romana. Pom-

¹ I Macab. xii.

² I Macab. xiv, 41.

³ I Macab. xiv, 4-15.

peyo se habia declarado contra el jóven Aristóbulo por Hircano, el último de los hijos de Alejandro, hermano y sucesor de Aristóbulo, muerto miserablemente, y le habia ayudado á apoderarse del sumo pontificado. Después de la derrota de Pompeyo y gobernando César, Hircano volvió á pretender esta dignidad; pero no pudo lograr tener influencia alguna política en Judea, hallándose todo el país sometido á la administracion del idumeo *Antipater* y de sus hijos *Herodes* y *Fasael*. El sanedrín penetró los planes de esta familia idumea, y cada vez mas receloso de la amistad de Antipater y los romanos, declaró que su posicion era incompatible con las costumbres nacionales. La aplicacion arbitraria que Herodes hacia de la pena de muerte, sin el concurso del sanedrín, y muchas otras causas, excitaron al fin una insurreccion positiva, cuyo resultado fue que, después de haberse suicidado Fasael, y Antipater envenenado, *Herodes* (el Grande), apoyado por los romanos, fue proclamado rey de Judea (39 años antes hasta 3 después de Jesucristo). Este tirano, que solo profesaba en apariencia la religion judáica, procuró con hipócrita violencia oprimir la nacionalidad judía y los sacerdotes, revistió arbitrariamente del supremo pontificado á un judío llamado *Ananel*, que habia hecho ir allá desde Babilonia, desacreditó al sanedrín, é introdujo, por fin, en Judea las costumbres y los usos de los romanos. Al principio se dejó sentir una sorda agitacion en el pueblo, que acabó por estallar y rebelarse abiertamente. No se veian mas que la intriga y la hipocresía al rededor de Herodes, y se sucedian de una manera horrible los asesinatos y las mas arbitrarias ejecuciones públicas. Gemian los judíos bajo este ominoso yugo; pero divididos en sectas religiosas y mutuamente encarnizados, no eran capaces de trabajar unidos para librarse, como sus antepasados, del yugo extranjero y reconquistar una gloriosa y pacífica existencia. Después de la muerte de Herodes se repartió la Palestina entre sus tres hijos: Arquelao obtuvo, como etnarca, la Judea, la Idumea y la Samaria; Filipo, como tetrarca, la Batanea, la Iturea y la Traconita, y Herodes, por el mismo título, la Galilea y la Perea. Después de otra revolucion fue desterrado Arquelao á las Galias (6 años después de Jesucristo), y su provincia administrada por el procónsul de la Siria y un gobernador. El mas

conocido de estos gobernadores, y el quinto en la sucesion fue *Poncio Pilatos* (desde el 28 hasta el 37 de Jesucristo). El sumo sacerdote y el sanedrin administraban los asuntos religiosos, pero en los negocios públicos no tenían mas que una influencia muy limitada. En el año 39 el favor de Claudio elevó á *Herodes Agripa* á la monarquía de toda la Palestina; pero después de su muerte, (44 de Jesucristo), el reino volvió á ser una provincia romana, administrada por gobernadores tambien romanos.

§ XXX.

Los judíos fuera de la Palestina, morando entre los paganos. — Influencia reciproca de los unos sobre los otros. — Helenistas. — Prosélitos paganos.

FUENTES.— *Remond*, Historia de la propagacion del judaismo desde Ciro hasta la caida del reino de Judá. Leipz., 1789. — *Groot*, De migrationibus Hebr. extr. patriam ante Hieros. à Rom. deletam. Gron., 1817.

Hemos visto que tan solo un reducido número de judíos se habian aprovechado de la autorizacion de Ciro para volver á Palestina. La mayor parte se habian quedado en Babilonia, y desde aquí se habian ido extendiendo cada vez mas hácia el Oriente. Los reyes de los Homéridas, de la Arabia meridional, habian abrazado el judaismo (unos 100 años antes de Jesucristo¹), y Alejandro el Grande habia permitido que se estableciese en Alejandría una colonia judía. Desde aquí, multiplicándose los judíos, se fueron esparciendo por las regiones inmediatas al África, hácia el Asia Menor y la Siria, á donde los llamaban á la vez los recuerdos de la patria y el espíritu mercantil. En tiempo de Augusto se les ve diseminados por todas las partes del imperio romano; y para distinguirlos de los judíos de la Palestina los llamaban *judíos de la dispersion* (*Hoi en te diaspora*); aunque á pesar del alejamiento conservaban relaciones activas con Jerusalem, reconocian sus autoridades eclesiásticas, y pagaban un tributo anual al templo (*di-*

¹ Cf. *Jos. Antiq.* XV, 3, 1; XX, 2; XII, 2, 4; XII, 3, 1. *Idem*, de Bello Jud., II, 36; VII, 3. *Tac. Annal.* II, 83, *Hist.* V, 3.

dragma), al cual con frecuencia enviaban sacrificios é iban en peregrinacion. Así permanecieron, á pesar de las mas desfavorables circunstancias y á través de largos periodos, invariable y maravillosamente adictos á la religion de sus padres y á su antigua nacionalidad; pero poco á poco, entre ellos lo mismo que en la madre patria, se manifestó una tendencia marcada á acomodarse á los usos extranjeros, y de aquí nació el *parsismo* y el *helenismo* de aquellos judíos dispersos. Separados de la madre patria, fueron perdiendo insensiblemente los rasgos mas visibles y originales de su carácter nacional, tan exclusivo y tan hostil á toda influencia extraña. En Persia mezclaron á sus divinas y santas tradiciones algunos elementos de la religion de aquel país. Las costumbres, la ciencia y el idioma de los griegos estuvieron muy de moda entre los mas distinguidos judíos, y ejercieron grandisima influencia en sus opiniones religiosas, sobre todo en Egipto. Aquí hasta habian perdido en gran parte el uso y el conocimiento de la lengua hebrea y caldea, lo que hizo necesaria para ellos una traduccion griega del Antiguo Testamento. Hizose esta traduccion por los cuidados y á costa del rey Ptolomeo Lago (por los años de 320 antes de Jesucristo) en la version llamada de los *Setenta* ¹ por haber trabajado en ella setenta doctores judíos de los mas distinguidos en el conocimiento de las Escrituras, asistidos por el Espiritu divino.

El contacto de los judíos con los pitagórico-platónicos dió origen á una filosofía religiosa muy particular que *Aristóbulo* fue el primero en formular de una manera notable (por los años de 160 antes de Jesucristo), pero que no se sistematizó completamente hasta que lo hizo el judío *Filon* ² (hácia el año 40 de Jesucristo). Este filósofo tiende á armonizar el judaismo y el paganismo, procurando penetrar mas en el conocimiento de la revelacion mosaica y á concebirla mas espiritualmente que los judíos. De aquí

¹ Véase sobre la version de los Setenta á *Herbst*, Introduccion hist. y crít. al estudio de la santa Escritura. Carlsr. y Friburg. 1840, p. 144-155.

² *Philonis*, Opera, Francfort, 1691, y *Staudenmaier*, Filosofía del cristi. ó Metafísica de la Escritura santa. Giessen, 1840, t. I, p. 360-462. En él se halla explicado todo el sistema de Filon. Biblioth. sacra Patr. Lipz. 6 t. *Grössmann*, Quaestiones Philonaeae; Lipz. 1829.

su exégesis alegórico-mística, y la admision de las ideas y de la contemplacion platónicas. Para conservar en toda su espiritualidad la idea de Dios, que parece no poder entrar en contacto con el mundo material, admite seres intermedios, emanados de Dios y manifestándose en formas mas ó menos degradadas (*Logos logoi*). Parece que los hombres prácticos de esta secta filosófica y religiosa se habian propagado mucho en Egipto. La mas célebre de sus reuniones ascéticas es la de los *terapeutas* (hácia el lago de Moeris, no léjos de Alejandria) ¹ que, como mas adelante los anacoretas, vivian de pan y agua, con frecuencia ayunaban, y habitaban en celdas aisladas (*semneois*, *monasteriois*). Filon deriva su nombre de (*Therapeia Theou*); otros lo hacen derivar de (*Therapeia Psyjes*): ambas explicaciones caracterizan completamente la tendencia de los *terapeutas*.

Los judíos que permanecieron en el destierro, así como los que mas tarde, no pudiendo reconquistar su independencia nacional, se dispersaron cada vez mas entre todos los pueblos de la tierra, fueron los instrumentos de la Providencia en el divino plan de la educacion de la humanidad. Íntimamente mezclados y confundidos con las naciones cuyo contacto les estaba en otro tiempo prohibido, á su vez se fueron haciendo accesibles á la civilizacion de las naciones extranjerias, y dejó el mosaismo de estar aislado en el mundo. Sus activas relaciones con los pueblos mas importantes de la antigüedad les pusieron en estado de echar, con el celo que les era peculiar, los gérmenes del verdadero conocimiento de Dios entre los gentiles, inspirarles gran respeto por el judaismo, y propagar por toda la tierra la esperanza del próximo reino de Dios. Hácia la venida del Hijo de Dios, su proselitismo dió mayores resultados, á causa de la desolacion que, como hemos visto, afligia á gran número de paganos que se hallaban convencidos de la insuficiencia del paganismo, y por lo mismo inclinados á admitir, con los judíos, si no toda la ley mosáica, al menos el mono-

¹ Las principales fuentes en *Philo*, de Vita contemplativa. — Cf. *Euseb.*, Hist. eccles. II, 17, que considera á los *terapeutas* como cristianos. — *Bellermann*, Ensayo hist. sobre los esenios y los *terapeutas*, Berl. 1831. — *Dænhe*, Exposicion hist. de la filosofia judaico-religiosa de Alejandria. Halle, 1834, 1.^a parte, p. 439).

teismo ó adoracion de un solo Dios. Estos *prosélitos de la puerta* abandonaban las vanas imaginaciones mitológicas y se abstenerían de ciertas prácticas del paganismo; y eran en bastante número, mientras que los *prosélitos de la justicia*, que admitían toda la ley y la circuncision, eran muy raros ya. Otros, en fin, y no pocos, sin ser prosélitos de la puerta, procuraban, en medio de las ruinas de todas las religiones paganas, acallar momentáneamente su conciencia, practicando las ceremonias de los judíos y tomando parte en las solemnidades de sus fiestas religiosas.

§ XXXI.

*Sectas principales: los fariseos, los saduceos, los esenios,
los samaritanos.*

En medio de las luchas políticas del tiempo de los Macabeos, se habian ido formando algunos partidos religiosos que tuvieron grande influencia sobre la misma marcha de los sucesos políticos. Sus opiniones diversas acerca de las relaciones entre la religion y el Estado (fariseos y saduceos), ó acerca de las cosas puramente morales (esenios), los distinguieron desde luego entre sí. En adelante se dividieron todavía mas bajo el punto de vista político; los unos (los fariseos) oponiéndose con todas sus fuerzas á la supresion de la nacionalidad judía, por la dominacion griega y romana, y los otros sometiéndose á ella con menos trabajo (los saduceos y esenios). Los *fariseos* pueden, pues, ser considerados como el partido de la legitimidad, defendiendo con celo las cosas y tradiciones antiguas, ateniéndose obstinadamente á la letra y á la forma, y perdiendo por esto mismo con facilidad el sentido y la esencia de las cosas. Los *saduceos*, al contrario, entreviendo la necesidad de un progreso, pero sin querer esperarlo, pretendian efectuarlo ellos mismos ú obtenerlo, introduciendo prácticas y costumbres extrañas y prohibidas, y afectando una libertad de opinion enteramente opuesta á la estéril ortodoxia de los fariseos. Entre estos dos partidos estaban los que, cediendo algo en el rigor de las tradiciones paternas, buscaban un asilo y un refugio en el recogimiento interior, y llevaban una vida misti-

ca y contemplativa; y se llamaban *esénios* ¹. ¿Se quiere caracterizar mejor todavía estas tres sectas? Los fariseos, á la par de los documentos auténticos y escritos de la religion, admitian una *tradicion*, comentario viviente, explicacion oral y permanente de todas las dificultades de las Escrituras ¹. Por esto deferian á los doctores de la ley, creian deber deducir su nombre de uno hebreo, que traducido al griego significa *exegetès toú nóμου*, y formaban con la tradicion oral (*kab-balah*) una especie de teología-especulativa que, por medio de una exegesis enteramente alegórica, se convertia en comentario del Antiguo Testamento. Mas tarde se apoyaron en esta tradicion para justificar la extraordinaria multiplicidad de ritos y ceremonias que habian introducido en la práctica de la ley. De esta manera el espíritu del rito se hallaba sofo-

¹ Sobre el cisma causado en el judaismo por estas tres sectas, véase á *Stolberg*, IV, p. 499-524. *Trium script. illustr.* (Drusii, Scaligeri et Senarii) de trib. Judaeor. sectis syntagma, ed. *Trygländius*. Delphis, 1703; 2 t. en 4.º — *Beer*, Hist. de las sectas relig. del judaismo, 1822.

² « Hay dos especies de tradiciones, dice Molitor: la tradicion escrita y la « oral. La Escritura detiene al tiempo en su rápido curso, y recoge y fija en « rasgos indelebles la palabra fugitiva, convirtiéndola en un objeto permanente. « Por esto la Escritura es la mas segura de las tradiciones. Sin embargo, y á « pesar de esta ventaja, solo da una imagen general y debilitada de la realidad. « Carece de la precision que constituye la vida. Por esto vemos que con fre- « cuencia se le mezclan errores, y es preciso que la apoye y sostenga la tradi- « cion oral que es su intérprete vivo y animado. De otra manera la Escritura « seria una letra muerta, no mas que una pura abstraccion. — En el mundo « antiguo, en que el hombre diferia esencialmente de lo que es en el nuestro; « en el mundo antiguo, en que la reflexion no amenazaba matar la vida y en « que eran mas sencillas y naturales las relaciones, la alianza de la palabra ha- « blada y de la palabra escrita, de la teoría y de la práctica, era observada con « mucho mas rigor.—La existencia propia é individual de cada ciencia, el espí- « ritu verdadero, la vida del conjunto, estaba en la palabra viva y la demostra- « cion práctica que cada maestro transmitia á su discípulo, para que este último « legase después este misterioso tesoro á sus herederos. Si al través de toda la « antigüedad, en el dominio del arte lo mismo que en el de la ciencia, la vida « consistia mas bien en una comunicacion oral que en la transmision escrita, « de seguro no debe sorprendernos el ver que lo que hay de mas santo, de mas « íntimo, de mas propio para hacer la felicidad del hombre, la religion, es ex- « plicado por una tradicion viviente que acompaña siempre á las leyes civiles é « interpreta desde un punto de vista muy elevado las oscuras lecciones del sa- « grado texto. » 1.ª parte, p. 6-8.

cado y aniquilado bajo la forma, y la ceremonia, despojada de su vida interior y de su profundo sentido, pasaba por la esencia de la religion. De aquí provenia su oposicion á Jesús y á la adoracion en espíritu y verdad que enseñaba; oposicion tan pronta, tan determinada, tan tenaz, y en fin tan decisiva. Cumplian las obras exteriores con una actividad prodigiosa, y con una escrupulosidad y un celo minuciosísimos que con frecuencia les servian para cubrir la perversidad de sus corazones. Circunspectos por educación, todavía procuraban distinguirse de la multitud, por su apariencia austera y santa. Esta tendencia característica á elevarse sobre el comun de los hombres, es lo que significa su nombre, derivado, según todas las probabilidades, de una palabra hebrea que quiere decir, *separados del pueblo, escogidos, piadosos* ¹. Jesucristo se dirigió principalmente contra este orgullo, contra esta santidad aparente ², contra esta hipocresía ambiciosa ³. Los fariseos eran los verdaderos directores religiosos y políticos del pueblo; pero querian pasar tambien por los patricios de la nacion, y empleaban toda su influencia en asegurar su dominacion. Sin embargo, no podemos envolver en esta acusacion de hipocresía á todos los fariseos que, por otra parte, defendiendo la doctrina de la libertad humana y de la inmortalidad del alma, y por su inviolable adhesion á la divina palabra, eran incomparablemente superiores á los saduceos. Muchos de ellos obraban con rectitud y conforme á sus convicciones: tales fueron *Nicodemo*, *Gamaliel*, y otros ⁴, como nos lo demuestra la historia de Nuestro Señor, y tales fueron tambien las escuelas de Hillel y de Schamai.

Los *saduceos* oponian á la rigurosa ortodoxia y á las piadosas prácticas de los fariseos el espíritu critico y la libertad de pensar. Su nombre se deriva, según la traduccion talmúdica, de un tal *Zadok*. Los saduceos pretendian reproducir el puro mosaismo. Admitian los libros del Antiguo Testamento, porque estaban en armonía con el Pentateuco; pero se negaban á recibir la tradicion, y atribuian poca importancia á las ceremonias. No se crea

¹ *Josefo*, Ant. XVII, 2, 4. *Epiphanius*, Haeres. 16, c. 1, in fine.

² *Mat.* XIII, 5-7; XIII, 28-32.

³ *Marc.* VII, 2; *Mat.* XV, 2, 3; *Juan*, IX, 16.

⁴ *Juan*, III, 1-20; *Act.* V, 37.

por esto que poseyesen grande conocimiento de las cosas santas, ni mucha capacidad para la verdad; pues se observa en todas sus opiniones religiosas un espíritu de indiferentismo, y se ve en todas sus maneras la codicia de los bienes terrestres y el deseo de una vida agradable y cómoda, que en nada se preocupa de las necesidades de la naturaleza superior del hombre ¹. No querían creer ² en la inmortalidad del alma, en las penas y recompensas futuras, ni en la resurrección de los cuerpos. Parece que también habían negado la existencia de los Ángeles y de los espíritus, y nominalmente de Satanás ³. Así la influencia de los saduceos, por otra parte poco numerosos, no podía ser muy considerable en un pueblo tan apegado á sus creencias como el de Judea.

Igualmente descontentos de la dirección que imprimían á las opiniones del pueblo los fariseos y saduceos, muchos judíos, especialmente de los que mas profunda necesidad religiosa sentían, se retiraron á la soledad y formaron la secta de los *esénios* ⁴. Vémoslos en las orillas occidentales del mar Muerto, llevando una vida ascética, viviendo en la mas completa soledad, y esforzándose en realizar la idea principal de su doctrina, que consistía en sustraerse á las influencias de los sentidos y librarse del yugo del cuerpo que aprisiona el alma, por medio de un método invariable y severo, y por la abstinencia y la práctica de algunas buenas obras. Querían formar una sociedad de hombres amigos de la verdad, proscribían el juramento, y solo lo prestaban una vez, al entrar en la comunidad. Ocupábanse en la labranza, en apacentar ganados, en varios oficios, y sobre todo en estudiar y aplicar la medicina, de donde procede sin duda la etimología de su nom-

¹ Hé aquí lo que dicen las tradiciones del Talmud acerca del origen de la secta *Zadok*, que estudió bajo la dirección de Antígono Socho y corrompió la enseñanza de su maestro. Antígono sostenía que se debía practicar la virtud sin respeto á la recompensa. *Zadok* se apoderó de este principio para negar un estado futuro de retribución y negar también una otra vida. — *Grossmann*, *De Philosoph. saduceor.* Lips. 1836. *Winer*, en su *Diccionario bíblico*, presenta á los saduceos bajo un punto de vista mas favorable.

² *Mat.* xii, 23; *Marc.* xii, 18; *Luc.* x, 17; *Joseph*, *Ant.* xviii, 1-4.

³ *Act.* xxiii, 8.

⁴ Filón los llama *Essaioi*, y Josefo *Essènoi*. — *Praesertim Stolberg*, IV, 449-524 et supra § 30.

bre, derivado de una palabra caldea que significa médicos del cuerpo y del alma. Su conocimiento de la medicina y de la naturaleza tenia sobre todo un carácter teosófico, y se gloriaban además de poseer un don particular de profecía. Por su direccion espiritual y sus opiniones religiosas, se parecen mucho á los terapeutas de Egipto. Sin embargo, Josefo Flavio llama á los esenios *Practicoi*, porque observaban una vida á la vez activa y contemplativa, y á los terapeutas los llama *Theoreticoi*, porque su vida era puramente contemplativa. Segun Filon, que idealiza á los esenios y los representa como modelos de sabiduría práctica, abominaban todo sacrificio y pretendian no adorar á Dios mas que en espíritu. Josefo, al contrario, asegura que tenian por santo el sacrificio, con tal que se celebrase á su manera. Observaban rigurosamente la solemnidad del sábado, vivian en comunidad de bienes, y se sometian, contra el primitivo espíritu de su secta, á una multitud de formas y prácticas exteriores que guardaban con inquieta exactitud, como las lustraciones, la abstinencia de las cosas impuras y los cuatro grados de su jerarquía. Así su piedad tenia á la vez un carácter místico y legal, contemplativo y servil. Hé aquí porque fue tan grave el error de querer afiliar directamente los esenios al cristianismo, segun la opinion de Eusebio, supuesto que les faltaba la esencia misma del cristianismo. Todo lo mas que se puede sospechar, es que las asambleas de los terapeutas quizás tendrian cierta influencia en la forma de vida de los monasterios cristianos.

Ninguna de estas sectas podia, pues, en definitiva ejercer una influencia preponderante sobre el espíritu religioso del pueblo. Los fariseos, devotos en la apariencia, ahogaban el sentido interior entre sus formas exageradas y su piedad siempre mezquina. ¿Qué virtud ni qué fe podian inspirar al pueblo la indiferencia y la duda de los saduceos? ¿Qué accion ni qué influencia podian ejercer sobre las masas los esenios solitarios?

El recuerdo de las luchas y del odio recíproco entre judíos y samaritanos¹ completa el cuadro de las divisiones religiosas de los judíos. Llamábanse samaritanos, de Samaria, antigua capi-

¹ *Silv. de Sacy*, Memorias sobre el estado actual de los samaritanos. Paris, 1812. — *Gesenius*, de Pentateuchi Samar. origine, indole et auctor. Hal. 1815.

tal del reino de Israel. El origen de su separacion religiosa se remonta hasta el tiempo de Salmanasar, cuando este vencedor en el lugar de los cautivos llevados á Babilonia envió babilonios y cutenos, que se marcharon al fin con los judíos que quedaron en Samaria ¹. Semejante mezcla los hizo objeto del odio universal; pero ellos, aunque paganos de hecho, pretendieron entonces y siempre ser israelitas de origen. Tristes y deplorables desengaños les hicieron desear el volver al monoteismo, y tomar parte en la construccion del nuevo templo, pero fueron excluidos como idólatras ². La reforma religiosa que deseaban no se efectuó, pues, hasta los tiempos de Alejandro el Grande, por el judío desterrado *Manasés*, quien introdujo de nuevo el Pentateuco entre los samaritanos, edificó, con la autorizacion de Alejandro y segun un texto del Deuteronomio (xxvii, 4), un templo en el monte Garizim y ordenó sacerdotes de la tribu de Leví. No obstante, su liturgia fue tan distinta de la del templo de Jerusalem ³, como los samaritanos de los judíos, no admitiendo mas libros del Antiguo Testamento que el Pentateuco, y creyendo que el templo en que Dios debia ser adorado no podia estar mas que en el monte Garizim ⁴. Seguian la doctrina nacional de un Dios, de la Providencia y el Mesías futuro (*conversor*), pero la comprendian de un modo mucho mas lato que los judíos. Ambas naciones se dirigian mutuamente nombres injuriosos ⁵, se acusaban de idolatría, se rehusaban la hospitalidad ⁶, y hasta procuraban, al ir de viaje, no tocar nunca á sus respectivas fronteras. Muchas veces combatieron una contra otra y se mantuvieron siempre irreconciliables, por cuyo motivo les reprendió amargamente Jesucristo con sus palabras ⁷ y sus acciones ⁸.

EjUSD. Programma de Samar. theologia ex fontibus ineditis. Hal. 1822. *EjUSD.* Carm. Samar. è codd. Lond. et Goth. Lips. 1824. (*Sieffert*), Progr. de temp. schismatis eccl. Judaeos inter et Samar. oborti. Regiom. 1828 en 4.^o

¹ II Reyes, xvii, 24; II Paralip. xxx, 1.

² II Reyes, xvii, 29.

³ Nehem. xiii, 28.

⁴ Juan, iv, 19.

⁵ Eccl. iv, 28; Juan, viii, 48.

⁶ Luc. ix, 53.

⁷ Luc. x, 28, 57.

⁸ Juan, iv, 4; Luc. ix, 52.

§ XXXII.

Plenitud de los tiempos.

La influencia de los fariseos habia hecho reinar entre los judíos, con una apariencia de justicia legal, el fanatismo y la impureza. En general comprendian la religion como una cosa exterior. La influencia menos activa de los saduceos habia dado por resultado la duda y las turbaciones del alma, y en medio de estas agitaciones religiosas, agravadas por el yugo de los romanos, se hacian sentir en todos los corazones el deseo y la esperanza de un mejoramiento exterior é interior. Pero cuanto mas atribulada se veia la fe de los judíos, mas inclinados se sentian estos á interpretar las gloriosas promesas del Mesías, segun sus deseos terrestres y sus opiniones mundanas. Esperaban un guerrero fuerte y poderoso, conquistador y dominador de la tierra. Solo un corto número de entre ellos, representados por los esclarecidos personajes del Nuevo Testamento, *Zacarías*, *Elisabet*, *Simeon*, *Ana*, *Marta*, etc.¹, esperaban en un Mesías, libertador del pecado y del error. Precisamente al fin del período á que hemos llegado, apoyándose los judíos en la última profecía de Daniel, relativa á las setenta semanas de años (490 años)², aguardaban al Mesías prometido con una impaciencia que redoblaba cada dia la tiranía de los sucesores de Hérodes y de los gobernadores romanos, siéndoles sobre todo odioso el yugo de Roma. Tenian tan grande esperanza de verse libres de él, y lo decian tan sin rebozo, que los paganos y principalmente los romanos lo supieron, y lo extrañaron tanto menos cuanto ellos mismos, gimiendo bajo la nueva tiranía de los emperadores, y habiendo perdido toda creencia religiosa, desdeñaban el culto de sus padres, y deseaban ardientemente un libertador que pusiese término á su incertidumbre, curase sus llagas, calmase sus angustias, y les inspirase viva confianza en Dios³.

¹ Luc. I-II.

² Dan. IX, 24.

³ I Petr. II, 25.

De modo que por todas partes se esperaba al *Deseado de las naciones*, como lo habia predicho el profeta, y como nos lo recuerda todos los años la Iglesia, al entonar durante el Adviento el antiguo himno: *Rorate, coeli, desuper, et nubes pluant Justum!* Jamás el Verbo eterno habia dejado de obrar en el mundo y de derramar su luz y su vida sobre la humanidad degenerada; pero el mundo no lo habia comprendido ¹, y los suyos, los judíos y los paganos, no lo habian recibido, ni habian llevado aun frutos de vida.

Entonces fue cuando el Hijo de Dios dejó las mansiones eternas de su Padre, y se hizo hombre, para vivificar, reconciliar, libertar, ilustrar y santificar á los hombres, y conducirlo todo á su fin eterno por medio de su gracia y su verdad ². «Jesucristo, dice «san Agustin, apareció á los hombres en medio de un mundo viejo y agonizante, para vivificar y rejuvenecer todo lo que en torno de ellos se hallaba mustio y caído.» «Sobre todas las estrellas, exclama en un piadoso y profundo entusiasmo san Ignacio «de Antioquia, saludando la venida del Hombre-Dios, sobre todas las estrellas del cielo brillaba una estrella de inefable luz «y de maravillosa pureza, y en torno suyo formaban esplendente «coro todos los astros del firmamento, y el sol y la luna, recibiendo todos de esta estrella única y misteriosa la claridad y la luz. «Y cuando apareció el Señor bajo forma humana para dar vida á «todo lo que sin ella perecia, fue abolida toda magia, rotas las «cadenas del pecado, la ignorancia disipada, y arruinado el imperio del mal ³.» «Habia llegado *la plenitud de los tiempos* ⁴, y Dios «enviaba su Hijo para rescatar á los que se hallaban bajo la ley «y hacerlos sus hijos de adopcion.» Aquel era el momento mas favorable para fundar y establecer la influencia universal del cristianismo. Jamás se habia deseado tanto una religion en espíritu y verdad, ni nunca el mundo se habia encontrado mejor preparado para ella; iba desapareciendo y borrándose la encarnizada oposicion entre judíos y paganos, y se iba refundiendo en el uni-

¹ Juan, 1, 5, 9, 10, 11.

² Juan, 1, 12-14.

³ Ep. ad Ephes. xix.

⁴ Gal. iv, 4; Rom. v, 6; Ephes. 1, 10; Tit. 1, 3. — Cf. Hug. Introduc. al Nuevo Testamento, 3.^a edicion, 2.^a parte, p. 30.

versal sentimiento de la desolacion interior y de la opresion externa. El estado político de la mayor parte de los pueblos civilizados los habia maravillosamente preparado para la saludable accion del cristianismo. Roma extendia á la sazón su imperio sobre casi todo el mundo antiguo conocido: en el Occidente de este inmenso imperio predominaban la lengua y las costumbres de Roma, y en el Oriente las conquistas de Alejandro habian hecho triunfar la civilizacion griega que, en la época de los emperadores, habia extendido su influencia hasta la misma Roma. ¡Cuánto no habia de contribuir á facilitar la predicacion del Evangelio, el conjunto de tantos pueblos sujetos á una misma dominacion! Pablo escribe en griego á los habitantes de Corinto y de Filipis, á la oriental Éfeso lo mismo que á la occidental Roma, á los asiáticos como á los europeos. El amor á las conquistas habia producido entre los romanos, en el lugar de su severidad primitiva, una grande tolerancia con todos los cultos extranjeros. Generalmente se admitia la doctrina de que los mismos dioses habian ordenado y prescrito diversos cultos, y que por consiguiente estos debian tolerarse recíprocamente, mientras se circunscribiesen al país ó pueblo á que pertenecian. De aquí habian resultado grandísimas ventajas para el sincretismo religioso. La invasion de los cultos extranjeros habia no obstante sido tal en Roma, á pesar de la ley vigente que exigia la autorizacion del Estado, que se renovaron las leyes *circa sacra peregrina*¹, hasta que al fin el cristianismo, vencedor del mundo, se manifestó á los romanos en la plenitud de su fuerza y su verdad. ¿Es posible no reconocer la mano de la Providencia en todos esos preparativos, tan favorables al anuncio y propagacion del cristianismo? ¡Con qué jubilo exclamamos con el grande Apóstol: «Dios encerró todas las cosas en incredulidad, para usar con todos de misericordia! ¡Ó profundidad de los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios! cuán imprevisibles son sus juicios é impenetrables sus caminos! »²

¹ 327, a. U. c.

² Rom. xi, 32, 33.

PRIMER PERÍODO.

PRIMERA ÉPOCA.

DEL NACIMIENTO DE JESUCRISTO HASTA CONSTANTINO MAGNO.

(1-313).

DIVIDIDO EN DOS PARTES.

§ XXXII.

Fuentes. — Trabajos sobre la historia eclesiástica de este período.

I. FUENTES. — Las santas Escrituras, el Nuevo Testamento, todos los Padres de la Iglesia y todos los escritores eclesiásticos de este período: además, *Lumper* (véase mas abajo) en la Bibl. Max. vet. Patr. Lugd. t. II y III: en *Galland*, Bibl. vet. Patr. t. I, II, III y IV. — *J. Ern. Grabe*, Spicileg. SS. Patr. ut et haeretic. saeculi p. Chr. n. I, II y III. Oxon. 1700; nueva edit. Oxon. 1714, 3 t. (Citamos el tomo II segun la ed. de 1699; el tomo I de la nueva ed. II de 1700). *Rhouth*, Reliq. sacrae s. auctor. fere jam perdit. secundi tertiiq. saeculi fragmenta quae supersunt. Los historiadores eclesiásticos *Hegesipo*, *Eusebio*, Cf. § 14. *Ruinart*, Acta prim. martyr. sincera et selecta ed. II, Amst. 1713 ed. *Galura*. Aug. Vind. 1802, 3 tom. in 8. Pasajes aislados de los escritores judíos y paganos, particularmente de *Flav. Josefo*,

Suetonio, Tácito y Plinio el joven. Scriptores hist. Augustae, Dio Cass., etc., reunidos y explicados en Lardner, ed. Londres, 4 t. in 4.

II. TRABAJOS. — *Lumper*, Hist. theolog.-critica de vita, scriptis et doctrina SS. Patr. aliorumque scriptor. ecclesiast. Aug. Vind. 1783 sq., 13 t. in 8. (los tres primeros siglos). *Baronii*, Annales, t. I y II: véase mas arriba § 18. *Natal. Alex.*, Hist. eccl. I, II y III siglo. Véase mas arriba § 19. *Tillemont*, t. I-V. Cf. mas arriba § 19. † *Zola*, Comment. de reb. christian. ante Constant. M.; Cf. § 20. *Clericus*, Hist. eccl. duor. prim. saecul. Amst. 1710, in 4. *Moshemii*, De reb. christianor. ante Constant. M. Helmst. 1753, in 4. *Stolberg*, t. V-IX. *Katerkam*, t. I. — *Rauscher*, t. I y II. Cf. mas arriba § 21. — Historia del Establecimiento del cristianismo, segun las tradiciones judías y paganas, por *Bullet*.

PRIMERA PARTE.

JESUCRISTO Y EL SIGLO APOSTÓLICO.

CAPÍTULO I.

VIDA Y TRABAJOS DE JESÚS POR TODO EL GÉNERO HUMANO ¹.

Bienaventurados los que ven lo que vosotros veís.

Luc. x, 23.

FUENTES. — *Tillemont*, t. I, part. 1.^a (Vida de Jesucristo, de la Virgen María, de san José, de José de Arimatea y de Juan Bautista). Notas é ilustraciones, etc. *Hess*, Histor. de la vida de Jesús. *Reinhard*, Ensayo sobre el plan del Fundador de la Religión cristiana. Wittenb. 1781. *Neander*, la Vida de Jesucristo en su conjunto, y su desarrollo histórico. *Stolberg*, vol. 5. *Kuhn*, Vida de Jesús bajo el punto de vista científico. *Hirscher*, Hist. de Jesucristo, Hijo de Dios y Salvador del mundo. *Sepp*, la Vida de Jesucristo con un prefacio de J. de Gærres.

§ XXXIII.

Investigaciones cronológicas sobre el año del nacimiento y sobre la vida de Jesucristo.

FUENTES. — *Tillemont*, nota 4 de la Vida de Jesús. — *Natal. Alex.*; Hist. eccl. I saect. diss. II. — *Sepp*, ut supra, t. I. *Wieseler*, Concord. cronol. de los cuatro Evangelios. Hamb. 1843.

Desde los mas remotos tiempos hubo, respecto de esto, opiniones muy encontradas. Ireneo y Tertuliano designaron el año 41 de Augusto (es decir, el 751 después de la fundacion de Roma) co-

¹ Se puede consultar sobre el ensayo que ha hecho *Strauss* en su *Vida de Jesucristo* para reducir á un mito la historia evangélica, las obras siguientes: † *Mack*, Crítica de los trabajos de *Strauss* sobre la Vida de Jesús, en la Revist. trim. de Tübing. 1837, p. 35, 259, 426 y 633. † *Hug*, Apreciacion de la Vida de Jesús, por *Strauss*. Friburg. Diario de Teolog. 1839. † *Kuhn*, Vida de Jesús. *Ullmann*, ¿Historia ó Mito? Hamb. 1838. *Tholuck*, Veracidad de la Historia evangélica. Hamb. 1838.

mo el del nacimiento de Cristo. Clemente de Alejandría, Eusebio, Epifanio y Orosio adoptaron el año 42 de Augusto. Dionisio Exiguo (530) fijó por medio de un esmerado y sólido cálculo el año del nacimiento de Jesucristo en el 754 de Roma ¹; pero las mas recientes investigaciones han hecho admitir generalmente el 747 ². Desentendiéndose de este modo de los cálculos de Dionisio (esto tuvo lugar desde Beda, y especialmente desde el siglo VIII), se ha fundado este cómputo en el dato cierto de la muerte de Herodes, fijada por Josefo en la primavera de 750 al 751: y como segun san Mateo II, 22, la muerte de Herodes no ha debido suceder hasta dos años después del nacimiento de Cristo, por consiguiente el cálculo de Dionisio comienza cuatro años mas tarde por lo menos. La única base cierta que nos suministran respecto de esto los Evangelios es el pasaje de san Lucas III, 1, el cual designa el principio de la vida pública de Juan Bautista en el año quindicimo del reinado de Tiberio, y el lugar donde el mismo Evangelista, II, 1, 2, habla del censo ordenado en Palestina por el emperador, en tiempos en que Quirino era gobernador de la Siria. Segun estos datos, seria fácil calcular el año que se investiga, si fuese cierto, lo cual no es inverosímil, que la fecha de san Lucas comprende los dos años del reinado comun de Tiberio y Augusto, que murió el 767 después de la fundacion de Roma (de consiguiente $765 + 15 = 780$). Si Jesucristo comenzó su vida pública poco después de Juan Bautista, á la edad de 30 años, segun san Lucas, III, 23 (resultaria $780 - 30 = 750$), y tal seria el año mas probable de su nacimiento. Para fortalecer esta opinion se han recordado los cálculos astronómicos, segun los cuales, mucho antes y mucho después de Jesucristo, no ha podido caer en jueves la Pascua mas que en el 784. Y como Jesucristo celebró su última cena á los treinta y cuatro años, segun la opi-

¹ Deben verse las principales opiniones en *Fabricio*, Bibliograph. antiquar. ed. II. Hamb. 1716; y en *Münter*, la Estrella de los Magos, Investigaciones sobre el año del nacimiento de Cristo. Copenh. 1827.

² *Kleper*, de Nova stella in pede Serpentarii, etc. (Pragae, 606); de Jesu Christi Servatoris nostri vero anno natalitio (Francf. 1606, in 4): de vero anno quo aeternus Dei Filius humanam naturam in utero benedictae Virginis Mariae assumpsit (Francf., 1614, in 4). — *Sanelementii*, de Vulgar. aerae emendat. libb. IV, Rom. 1793, in f. — *Ideler*, Cronolog. t. II, p. 394.

nion comun (pues solo Ireneo pretende que haya vivido cuarenta ¹), y como la celebró precisamente en jueves, resulta de aquí la exactitud del cálculo en el 750 ². Pero ¿quién puede desconocer que existe todavía mucha incertidumbre en los diversos datos de este último cálculo? Asimismo, ¿cuánto no se aumenta la incertidumbre, cuántas dificultades surgen insolubles, si se quiere fijar el mes y el día del nacimiento de Jesucristo ³? Ahora, en cuanto á la vida pública de Nuestro Señor, se puede decidir con bastante seguridad, fundándose en los santos Evangelios, que duró tres años.

§ XXXIV.

Nacimiento de Cristo.

Los Profetas habian anunciado desde un principio al través de todos los siglos y de una manera cada vez mas positiva, que el Mesías, que habia de redimir y de regenerar al género humano, naceria entre los judíos, no como todos los hombres segun las leyes ordinarias de la naturaleza, sino como el primer hombre, por medio de una creacion inmediata de Dios ⁴. Una virgen pura ⁵ de la raza de David, debia concebir á Cristo en su casto seno y darlo á luz en Belen de Judá ⁶.

Cuando ya estaban próximos los tiempos señalados por Dios ⁷ vino á Nazareth un Angel á anunciar á una virgen, llamada María, de la raza de David, que habia sido escogida para concebir por obra del Espíritu Santo y engendrar al Hijo único de Dios ⁸.

¹ *Iren. Cf. haeres. II. 22, Ed. — Massuet. Paris, 1710, in f. p. 148, 4.*

² Tal es el resultado de las investigaciones de *Wieseler*, l. c. p. 131-138.

³ Al paso que san Gerónimo decia (*Sermo de nativitate*): Sive hodie Christus natus est, sive baptizatus est, diversa quidem fertur opinio in mundo, et pro traditionum varietate sententia est diversa. Sepp ha tratado de probar por medio de cálculos que sorprenden que el día de la Natividad de Nuestro Señor debe ser el 25 de diciembre del 747 de Roma.

⁴ Véase § 28.

⁵ *Isaías*, vii, 14.

⁶ *Miqueas*, v, 2.

⁷ *Daniel*, ix, 24.

⁸ *Luc. i, 23; Juan, i, 18.*

El paganismo y las potencias del siglo debian sin saberlo, servir al cumplimiento de los designios eternos. En el mismo tiempo señalado para el nacimiento del Mesías, ordenó Tiberio un censo de la poblacion del imperio. María se dirigió á Belén, acompañándola su esposo san José, pobre carpintero, aunque vástago de la raza real de David ¹; y da á luz en un establo al Niño maravilloso, que desde mucho tiempo antes habian saludado los Profetas con el nombre de Dios, Fuerte, Padre del siglo futuro, Príncipe de la paz ².

Y después la Virgen pura no volvió á concebir en su sagrado seno ³.

No paran aquí los prodigios que han preparado este milagroso nacimiento. Bajan los Ángeles del cielo; publican la alegría que les causa la salvacion llegada para el género humano degenerado, y manifiestan su reconocimiento en nombre de la humanidad, que no sospecha todavía que la hora de su Redencion esté tan cercana ⁴: ellos anuncian la paz al mundo corrompido, y la nueva alianza del cielo y la tierra. Estos alegres acentos, bajados de lo alto, despiertan á algunos pastores judíos, que corren presurosos en busca del Salyador recién nacido ⁵. Poco después el poder del Padre atrae desde las mismas profundidades del Oriente sabios que adoren al Hijo ⁶, de manera que toda la humanidad entera se halla representada en torno de su cuna. Y como era necesario que fuese en todo semejante á sus hermanos ⁷, el Hijo de

¹ Luc. III, 1-3.

² Isaías, IX, 6.

³ Los hermanos de Jesús que se mencionan en los cuatro Evangelios y en las Actas de los Apóstoles, son segun la analogía de la palabra hebrea, los parientes. Hay otra prueba: Cristo al morir, recomienda á María á su muy amado discípulo, Juan, llamándole su madre (Juan, XIX, 25-27): mas el término usado por Cristo no es de ninguna manera contrario á esta explicacion y se demuestra por medio de la locucion hebrea. Cf. *Kunk*, los hermanos de Jesús y de Jacob, hijos de Alfeo (Annuar. de teolog. y de filosof. crist. Giess. t. III, p. 5-119). *Schleyer*, Nuevas investigaciones sobre la Ep. de Santiago y sobre los hermanos de Jesús. (Friburg. Diar. de teol., t. IV, p. 1-116).

⁴ Luc. II, 9-12.

⁵ Luc. II, 18.

⁶ Mat. II, 10-11.

⁷ Hebr. II, 17-18.

Dios fue circuncidado, segun las prescripciones de la ley, el octavo dia de su nacimiento, y recibió el nombre de Jesús (elipse de otra palabra hebrea, que quiere decir *Socorro, de Dios*).

Illuminado el justo y piadoso Simeon por el Espíritu Santo, saluda al *Redentor de Israel, á la luz de las naciones*, al Niño divino, venido para la ruina y la resurreccion de muchos. Ana, atraída por el espíritu al templo, se une á los cánticos de Simeon, y va profetizando al Verbo á todos aquellos que aguardan la redencion de Israel ¹.

Hacia cuatrocientos años que no se oia ya en Israel el espíritu de profecía, que enmudeció con Malaquías ². ¡Mas qué primavera tan radiante sucede repentinamente á tan largo invierno! Por todas partes resuenan los cánticos de gloria: aquel, cuyo nombre es *¡Maravilla!* ha aparecido. El Arcángel y la Virgen, Zacarías é Isabel, los Ángeles en las verdientes praderas, Ana y Simeon en el templo y en el santuario, todos predicen una dicha inmensa para lo futuro, y se regocijan con el rayo de sol que el Señor envia al mundo: el mismo cielo baja hácia la tierra, y los hijos del lodo se levantan agitados de un sentimiento de alegría completamente divina.

§ XXXV.

De lo que se llama el desarrollo de Jesús.

Segun las mas antiguas tradiciones judáicas, Maria y José huieron por algun tiempo á Egipto ³ á fin de sustraerse á los designios homicidas del artificioso Herodes; pero atraídos bien pronto por el espíritu que habia decidido su partida, volvieron á Nazareth, cumpliendo de este modo el profundo sentido de la profecía de Oseas, II, 1: «Llamé de Egipto á mi Hijo.» A los doce años dejó ver el divino Niño algunos rayos de su celestial sabiduria ante los doctores asombrados del templo de Jerusalem ⁴. Santifi-

¹ Luc. II, 25-38.

² Stolberg, t. IV.

³ Mat. II, 19, 20.

⁴ Luc. II, 46, 47.

cando todas las relaciones del hombre y todos los grados de su desarrollo, el Hijo de Dios permaneció filialmente sometido y obediente á sus padres ¹; y aun ayudó, segun tradicion antigua, á su padre adoptivo en los trabajos de su penoso oficio ². La historia guarda silencio sobre el resto de sus acciones hasta su entrada en la vida pública. Algunos han pretendido explicar la sabiduría, la sublimidad y la santidad que demostró Jesús mas adelante, atribuyendo estas calidades á la piedad de su madre, á la ciencia de los fariseos, de los saduceos ³ y los esenios, y á la civilizacion alejandro-judáica. Ahora bien, ¿no era esto desconocer enteramente así al Cristo histórico como al Hijo de Dios? Léjos de explicar el milagro divino, ¿no era esto hacer mas oscura y mas difícil su explicacion? Pues ¿en qué tiempo el alma de un judío ó de un pagano dió jamás tales muestras de una sabiduría, de una pureza, de una majestad parecidas á las que brillaron en la vida del Salvador? ¡Cuánto mas cerca están de la verdad los pintores cristianos, cuando representan al Niño Jesús rodeado de una auréola de gloria en todos los momentos y circunstancias de su vida! Y no es en el sentido vulgar como los Padres de la Iglesia han explicado las palabras que nos muestran á Jesús, creciendo en edad, en gracia y en sabiduría ⁴; sino por el contrario, destellando cada vez mas en el exterior la virtud divina que residia en él, á medida que crecia su cuerpo y que se iba desarrollando su humanidad.

§ XXXVI.

Juan Bautista ⁵.

Hallándose ya próximo el tiempo de la venida del Mesías, anunció un Ángel al santo sacerdote Zacarías que Dios suscitaría del seno de su mujer Isabel, ya avanzada en años, y parienta de Ma-

¹ Luc. II, 51.

² Marc. VI, 3.

³ Juan, VII, 15.

⁴ Luc. II, 40, 52.

⁵ Cf. *Kuhn*, Vida de Jesús, t. I, p. 161-300, y *Mack*, Historia de san Juan Bautista. (Tub. 1838, p. 256).

ria, un hijo que seria grande ante el Señor. Juan, es decir, el bendito de Dios, será su nombre, dijo el Ángel: será lleno del Espíritu Santo desde el seno de su madre; convertirá al Señor, su Dios, á muchos hijos de Israel, y marchará delante del *Salvador del mundo* con el espíritu y el valor de Elías para prepararle el camino ¹. Isabel á su vez, elevándose en alas de una inspiración divina, saludó á María como Madre del Salvador, y María respondió con un profético entusiasmo: «De aquí en adelante me llamarán bienaventurada todas las generaciones ².»

Cási todo el pueblo judío creia, segun una antigua profecía ³, que la vuelta del profeta Elías habia de preceder á la venida del Mesias, preparando su camino. Esta esperanza no fue completamente realizada: el mismo Elías no reapareció, pero reapareció en espíritu en la persona de Juan, precursor del Mesias.

En el quindécimo año del reinado de Tiberio y bajo el gobierno de Poncio Pilatos, presidente de Judea, fue cuando Juan, á la sazón de treinta años, apareció en Israel como doctor y maestro, siguiendo la antigua costumbre de los judíos. Vino, como habia sido anunciado, á predicar en un lugar desierto, cerca del Jordan. Su vida era austera y penitente; grave y profunda su palabra: iba exclamando por todas partes: «Haced penitencia, que ya se acerca el reino del cielo ⁴; no conoceis al que está en medio de vosotros: él viene detrás de mí, pero es primero y mayor que yo: ya está la guadaña en la raíz del árbol: todo árbol que no dé fruto será cortado y arrojado al fuego.» Y Juan para iniciar al pueblo en los misterios del Señor, lo bautizaba con agua, sirviéndose de un rito sensible, de una ablucion material y simbólica, que administrada á los judíos ⁵, era el anuncio de

¹ Luc. 1, 17.

² Luc. 1, 39-36.

³ Mat. iv, 5, 6.

⁴ Mat. iii, 2.

⁵ *Buxtorf*, *Lex. Talm.*, p. 408. *Lighfoot*, *Schwettgen*, *Welstein*, y otros, han pretendido que este bautismo de san Juan era una imitación del de los prosélitos judíos. Mas recientemente se han suscitado dudas acerca de la antigüedad del bautismo de los prosélitos. Véase á *Reiche*, de *Baptismatis orig.*, etc. Gœtt. 1816, y *Schneckenburger*, de la Antigüedad del bautismo de los prosélitos entre los judíos, 1828.

aquella purificacion interior y espiritual de que tenia necesidad la nacion entera, para entrar dignamente en el reino del Mesías, (*baptismos metanoias*).

Juan anunciaba el reino del Mesías, no como un reino temporal, segun era la creencia de la masa del pueblo, sino como una institucion moral y religiosa. Sin tener en cuenta la filiacion carnal de los hijos de Abrahan, solo á los que cambiasen de costumbres prometia la participación en el reino del cielo. No digais, exclamaba, Abrahan es nuestro padre, pues yo os declaro que hasta de estas piedras puede Dios hacer que nazcan hijos de Abrahan ¹. Por extraño que pareciese entonces esto á los judíos, la mision divina de que estaba encargado el Precursor, probada además con la virtud y la verdad de su palabra, le dió una influencia maravillosa que se extendió por regiones lejanas, sin que por esto dejase de ser su humildad mas grande: ella le hacia rechazar toda alabanza y toda estimacion de su mérito. Cada vez era mas ardoroso en designar al pueblo al que debia bautizar después de él en el fuego y en el Espíritu Santo ², declarándose indigno de desatar sus sandalias ³.

Mas habiendo llegado Jesús al Jordan para ser bautizado, iluminado Juan por un súbito milagro, le reconoció y proclamó como el Mesías; pues una voz del cielo bajó en nombre del Padre á reconocer á su muy amado Hijo, y cerniéndose sobre él, bajo la graciosa imagen de una paloma, el Espíritu Santo, la Trinidad entera se manifestó en el Jordan ⁴. «De aqui en adelante, dijo «Juan, es necesario que Jesús crezca y que yo disminuya:» De esta manera se eclipsa la estrella de la mañana ante el Sol naciente ⁵. Juan, como representante de la Justicia divina, no guardaba consideracion con las personas: «¡Raza de víboras! dijo á «los saduceos y á los doctos é hipócritas fariseos, ¿quién os ha «enseñado á temer la ira que os amenaza?»» Tambien dijo al

¹ Mat. III, 8-10.

² Mat. III, 11; Luc. III, 16.

³ Juan, I, 27.

⁴ Mat. III, 13-17; Juan, I, 33.

⁵ Juan, III, 30.

⁶ Mat. III, 7.

tetrarca Herodes: «No te es lícito tener contigo á Herodías, mu-
«jer de tu hermano ¹.» Juan fue una lámpara ardiente que brilla-
ba en las tinieblas de este mundo: muchos se regocijaron con la
claridad de esta lámpara, pero no por eso cambiaron de espíritu
ni de costumbres ²: Juan no es una caña que agita el viento, ni
tiene nada de comun con los caprichos de un pueblo voltario y
de sus inconsecuentes representantes: Juan es el mayor entre
todos los que han nacido de mujer; así lo declara el mismo Cris-
to ³. Es profeta, y mas aun que profeta ⁴; pues no promete á los
hombres una suerte mejor en una época incierta; él anuncia el
reino de Dios, que está cercano, que llega ⁵; y aun cuando es
el mas pequeño en el reino de los cielos, es mayor que el mas
grande de los Profetas ⁶.

Mas va á cesar su ministerio público, pues Herodes le envia
cautivo á las prisiones de Macoero ⁷, donde le hace morir por
satisfacer la pasión y la venganza de Herodías irritada, al tenor
de los Evangelios y segun el historiador Josefo ⁸, temiendo el
respeto que habia adquirido Juan entre el pueblo. La última mi-
rada de Juan á la tierra fue evidentemente su primera mirada
hacia el cielo, porque tenia los ojos de la fe, y no habia cesado
de dirigirlos hacia Aquel que venia detrás de él. Enterráronle sus
discípulos, los cuales, fieles á su maestro, anunciaron su muer-
te á Jesús; pero aun cuando Juan hubo tantas veces y con tanta
claridad designado á Aquel que es la misma verdad, el Cordero
de Dios ⁹, muchos de ellos desconocieron la verdad y se separa-

¹ Mat. xiv, 4.

² Juan, v, 35.

³ Mat. xi, 11.

⁴ Mat. xi, 9.

⁵ La Iglesia expresa esto mismo en la siguiente estrofa del himno de san Juan Bautista:

Caeteri (sc. prophetae) tantum cecinere vatum
Corde praesago jubar affuturum:
Tu quidem mundi scelus auferentem
Indice prodís.

⁶ Mat. xi, 11.

⁷ Flav. Joseph. Antiqq. XVIII, 5, 2.

⁸ Marc. xi, 23; Mat. xxi, 23, 27. Cf. Marc. xi, 27-33; Luc., xx, 1-7.

⁹ Juan, i, 29, 36.

ron del Salvador ¹, continuando como meros *discipulos de Juan*. De ésta suerte, subsisten en la naturaleza los grados que ha atravesado una existencia, aun cuando ella haya llegado al apogeo de su desarrollo.

§ XXXVII.

Vida pública de Jesucristo. — Su objeto.

Después del bautismo de Juan, que habia inaugurado, por decirlo así, la mision del Mesías, se retiró Jesús al desierto. Allí, como en otro tiempo Moisés sobre el monté Sinai, permaneció cuarenta dias luchando victoriosamente contra el principio del mal que le tentó como á todos los hombres ², porque Cristo debia ser en todo semejante á sus hermanos ³. Entonces fue cuando se consagró á enseñar públicamente al pueblo, á la manera de cualquier rabino de la Sinagoga, pasando á los ojos de la multitud por hijo de José ⁴. Sus primeras palabras fueron iguales á las de Juan: «Haced penitencia ⁵.» Pero bien pronto, descubriendo mas extensamente á los judíos el misterio de su mision divina, «Yo he venido, les dijo, á cumplir la ley, á purificarla, á esclarecerla y á desarrollarla ⁶;» y á la manera de Juan permitió á sus discípulos que administrasen al pueblo el bautismo de la penitencia ⁷; pero por su parte el pueblo debia santificarse por medio de la pureza del corazon y de la intencion: la vista de Dios debia ser su recompensa, formando esta recompensa tan espiritual un raro contraste con las soberbias y mundanas esperanzas que habian concebido respecto del Mesías. Habia en las palabras y en las acciones de Cristo una maravillosa actividad, cuyo objeto sublime estaba siempre presente en su alma: y este objeto, es decir, el establecimiento de un reino celestial y puramente

¹ Juan, III, 26; Luc. V, 33; Mat. IX, 14; XI, 22; Act. XVIII, 25; XIX, 2-7.

² Mat. IV, 1.

³ Hebr. II, 18.

⁴ Luc. III, 23.

⁵ Mat. IV, 17.

⁶ Mat. V, 17.

⁷ Juan, III, 26.

espiritual, fue indicado de una manera tan clara y desde un principio en sus palabras, que en ninguno de los Evangelios puede encontrarse la menor señal de que quisiese en ninguna circunstancia sustituir este reinado espiritual con un reinado terrestre. Jamás Jesús participó de la opinion de sus contemporáneos sobre el poder temporal del esperado Mesías, consistiendo principalmente su grandeza en que se elevó desde luego por encima de miserables imaginaciones de los siglos pasados y futuros. El grande y único pensamiento de toda su vida fue reunir toda la humanidad en una sociedad religiosa y moral, en la que cada uno pudiese, con la ayuda de Dios y bajo la direccion de su providencia, ser redimido por Jesús del pecado, reconciliado con Dios, santificado cada vez mas, y participar por lo mismo de una felicidad siempre creciente. Jamás las expresiones sencillas y populares de que se valió para representar su reino, podrán desmentir esta tendencia de toda su vida al establecimiento de un reino espiritual ¹. Al mismo tiempo siempre habló en este sentido de la manera mas clara y explicita ². Tal es tambien el carácter y el principio completamente espiritual de su religion; tal es el sentido de todas las profecias que se refieren al Mesías y que comprenden á la humanidad entera, verdadero pueblo de Cristo, cuyo reino debia principiar entre los judíos para extenderse desde allí por todas las naciones paganas ³.

§ XXXVIII.

Doctrina divina de Jesús.

La doctrina de Jesús era perfectamente conforme al plan que acabamos de indicar. Él anunciaba con particular insistencia la unidad de Dios, *Padre de todos los hombres*: las prácticas poco numerosas que instituyó, tan íntimamente ligadas con la esencia de su religion, no encierran nada que sea puramente local, temporal ó nacional: estas mismas prácticas podian ser observadas en

¹ Mat. x, 8; xviii, 31; xix, 28; Marc. vii, 26.

² Juan, x, 16; Mat. xxviii, 19.

³ Mat. xv, 24. Cf. xxviii, 19.

todas partes, y debían reemplazar poco á poco la ley mosaica, á la cual trataba de extender, purificar y transformar en una adoracion en espíritu y en verdad ¹, sin combatirla abiertamente. Los principios de su doctrina, tan antiguos como el espíritu humano, tomaban naturalmente, en su expresion parabólica, una forma eminentemente popular, acomodándose así á todos los grados de inteligencia: de este modo hicieron desde un principio grande impresion en el pueblo, que en medio de los transportes de su admiracion y su alegría exclamaba: «Este enseña como quien tiene autoridad, y no como los escribas y fariseos ².» Semejante impresion se hacia cada vez mas poderosa á medida que Jesús hablaba y obraba entre el pueblo; pues para conseguir el objeto definitivo de su mision, cual era la conversion hácia Dios de la humanidad degenerada, mostraba siempre á este mismo Dios ofendido, como un amoroso Padre que previene al pecador y perdona al arrepentido, rebajándose hasta él en la persona de su Hijo único ³, viviente y sensible realizacion de la palabra y del hecho, de la idea y de la actualidad. Jesús habia dicho: «Se me ha dado toda «potestad en el cielo y en la tierra ⁴;» y probaba la verdad de estas palabras dominando las fuerzas de la naturaleza, resucitando á los muertos, curando repentinamente á los ciegos, sordos, paralíticos y toda clase de enfermos ⁵, y perdonando á los pecadores. Como Jesús habia predicado la Resurreccion y la vida eterna, debia confirmar esta doctrina por medio de su propia Resurreccion. Así es (y tal era el carácter especial de su enseñanza) que Jesús hacia cuanto decia, y realizaba sus pensamientos con sus acciones, tal como en el principio de las cosas el Verbo todopoderoso y creador habia dicho: «Hágase la luz, y la luz fue hecha.» De esta suerte, confirmada siempre su doctrina por el hecho, estaba al alcance de todos los entendimientos que no abrigaban prevenciones; y á los que rehusaban la verdad de su palabra, les argüía con sus acciones ⁶ y la imposibilidad de convencerle de

¹ Mat. v, 17; Juan, iv, 21 sig.

² Mat. vii, 28, 29.

³ Juan, iii, 16.

⁴ Mat. xxviii, 18.

⁵ Mat. iv, 23.

⁶ Juan, x, 38.

ningun pecado ¹. Por último se dió á conocer en muchas circunstancias, declarando abiertamente que habia nacido del Padre, y era uno con el Padre ². « Quien me ve, ve á mi Padre ³; solo yo « conozco al Padre ⁴; yo hago conocer su voluntad y su palabra, « y no busco mas gloria que la de Aquel que me ha enviado ⁵: so- « lo el que es de Dios escucha las palabras de Dios, comprende la « verdad y es salvado por ella ⁶. »

San Justino mártir ⁷ caracteriza perfectamente la doctrina de Je- sús de esta manera: « Sus discursos, dice, eran cortos y termi- « nantes; su palabra no era la de un sofista, sino la virtud del mis- « mo Dios. » Como hijo único del Padre ⁸, lleno de gracia y de verdad ⁹, puesto que en él habitaba corporalmente la plenitud de la divinidad ¹⁰, él era la vida y el que solo podia comunicarla á los otros ¹¹; él solo podia convertir en hijos de Dios ¹² á los que cre- yesen en su nombre y en su mision, y probasen la sinceridad de su penitencia por medio de su fe y de sus obras.

¹ Juan, viii, 45.

² Juan, xii, 29; viii, 55; cf. v, 17.

³ Juan, x, 32; xii, 43.

⁴ Juan, i, 18; vii, 29.

⁵ Juan, vii, 17, 18.

⁶ Juan, viii, 32, 46, 47.

⁷ *Justin. mart. apol.* I, c. 14 ad fin.

⁸ Juan, iii, 16.

⁹ Juan, i, 14.

¹⁰ Col. ii, 9.

¹¹ Juan, i, 4, 5, 26; x, 9; xiv, 6.

¹² Juan, i, 12.

§ XXXIX.

Jesús funda una sociedad religiosa.

FUENTES. — *Prand*, ¿Cristo, ha fundado la Iglesia? ¿Qué carácter tiene ella? Munich, 1832. Sobre las relaciones necesarias entre el cristianismo y la Iglesia, véase *Dieringer*, Sistema de los hechos divinos del cristianismo. Mag. 1841, t. I y II.

Habiendo Jesús enseñado su doctrina como la religion absoluta y universal; habiéndose además declarado por Salvador del mundo que debia librar á la criatura de la maldicion del pecado, y restablecer la comunicacion viva de la humanidad con Dios, de la universalidad misma de una obra que debia abrazar á todos los siglos y todas las naciones, se deducia forzosamente la necesidad de reunir en una sociedad religiosa á los hombres de todos los tiempos y de todos los países. Y ciertamente Cristo no es en realidad el Salvador del mundo, sino en cuanto que presta á todos los hombres, siempre y en todo lugar, así como los prestó á sus contemporáneos durante los dias de su vida terrestre, los medios de participar de la vida divina, uniéndose á Aquel que es su fuente y origen. Es necesario que exista siempre en el mundo una *palabra*, que como la del mismo Jesucristo, sea verdadera, divina é infalible; es necesario que haya perpetuamente en el mundo una *virtud*, que como la de Jesucristo, opere la remision de los pecados y la santificacion de las almas; es necesario que haya constantemente en el mundo una *autoridad*, que obligue á la obediencia y á la sumision, y conduzca á la salvacion de un modo tan infalible, como la autoridad del Salvador; es necesario, por último, que haya incesantemente en el mundo una *sociedad* religiosa que, nacida de Dios y ligada con Dios, funde la beatitud en Dios tan verdaderamente, como la sociedad de Jesús cuando vivió en la tierra en medio de sus discípulos. Esta palabra y esta virtud, esta autoridad como esta sociedad, solo pueden fundarse en Dios; de manera que la presencia continua y la accion perpetua de Dios entre los hombres, es la condicion absoluta del establecimiento, desarrollo y duracion del cristianismo en la tierra.

Tambien era necesario, para que la obra llevada á cabo por Cristo (una vez vuelto este á su gloria) se perpetuase en el mundo, y fuese el patrimonio de todas las generaciones futuras, que Cristo tuviese siempre entre los hombres un representante igual á él en todo: tal fue el sentido, tal el efecto de la promesa hecha por Cristo, de que enviaria al Espiritu Santo. Dios se hizo hombre para salvar al mundo: el Espiritu Santo, presente siempre en la Iglesia, representa la naturaleza divina de Cristo; y por lo mismo era preciso que el Espiritu tuviese una accion humana y se comunicase por medio de órganos humanos, para que tambien estuviese representada su humana naturaleza: tal fue asimismo el sentido y tal el efecto de la otra promesa, en virtud de la cual, los Apóstoles debian ser los representantes de Cristo, para desarrollar y completar su obra. Así fue fundada la Iglesia, cuya institucion es la condicion necesaria y absoluta del cristianismo. No hay cristianismo sin Iglesia; no hay Iglesia sin cristianismo.

Cristo ha querido, pues, fundar y ha fundado de hecho una Iglesia, llamándola ya el reino de Dios, ya el reino del cielo, ya el reino de Cristo: asimismo, previniendo desde luego los espíritus contra toda falsa interpretacion, enseñó á los hombres que su reino no era de este mundo ¹; que nada tenía que ver su reino con el imperio de los grandes de la tierra ²; que su reino estaba próximo, pero no llegado todavía ³; que su culto no se limitaba á un lugar determinado de la tierra, á tal templo, á tal montaña ⁴; sino que debia extenderse sobre toda la tierra, é introducirse en todas las naciones, salvando todos los límites y todas las barreras, operándose la iniciacion no ya por la circuncision, sino por medio del bautismo, en nombre de la santísima Trinidad ⁵. Otras veces llama á este reino de Dios, *Iglesia de Dios* ⁶. Así la ha prometido y la ha fundado realmente. Al efecto escogió ⁷ doce hombres groseros en su mayor parte, pobres pescadores de Galilea, con-

¹ Juan, xviii, 36.

² Mat. xx, 25.

³ Mat. iii, 2; v, 17; xiii; Marc. i, 15; Luc. viii, 11.

⁴ Juan, iv, 21 sig.

⁵ Mat. xxviii, 19; Marc. xvi, 15, 16.

⁶ Mat. xvi, 18; xviii, 17.

⁷ Sus nombres son: *Simon* (Cephas, Pedro), *Andrés* (hijo de Juan), *San-*

virtiéndoles en pescadores de hombres ¹ y llamándoles Apóstoles, es decir, enviados, elegidos, revestidos de poder ².

El carácter particular de cada uno de los Apóstoles representa en cierto modo las diversas disposiciones espirituales y religiosas del alma humana, fundándose su diversidad en una unidad llena de belleza y de armonía. Columnas de la Iglesia, continuadores de la obra de Jesucristo subido á los cielos, los Apóstoles van anunciando á todos los pueblos lo que han oído al Salvador, lo que han visto, lo que él ha padecido por la humanidad. Ellos fueron educados para esta grande misión por el Salvador mismo que los enseñó de todos modos, los probó y llamó, los castigó, perdonó y consoló; que obró maravillas expresamente para ellos ³, y les comunicó el poder de hacer milagros, á fin de convencerlos del objeto de su misión, y de confirmarlos en su fe por el Hijo de Dios ⁴.

Jesús los envía á anunciar el reino de Dios; les revela también cuál es su misión futura; y les inspira amor, contento y confianza, sin ocultarles por esto lo azaroso de su porvenir; pues en efecto, era un porvenir de lucha y de divisiones, de mortales odios, de persecución sangrienta; porvenir de abnegación sin límites, de completo sacrificio por Jesucristo ⁵; debían ellos separarse los unos de los otros, y dispersarse por toda la extensión de la tierra, sin dejar por esto de estar unidos y de formar una sociedad religiosa, santa, fuerte é indisoluble. Lo ideal de esta unión es la unión misma del Padre con su Hijo único; y la unión de esta sociedad es el solo medio que puede hacer que el mundo crea en Jesucristo ⁶.

Y para que un lazo exterior venga á fortificar exteriormente la unidad de esta Iglesia, escoge Jesucristo un jefe entre los doce,

tiago y Juan (hijos del Zebedeo; hijos del trueno, Marc. III, 27), *Tomás, Felipe, Bartolomé* (Nathanael, Juan, I, 46), *Mateo* (Levi. Mat. XI, 9), *Santiago el Mayor, Tadeo, Simón y Judas Iscariote*.

¹ Luc. V, 1-11.

² Luc. VI, 13.

³ Cf. Luc. IV, 38 sig.; V, 1-10; Mat. VIII, 23, 27; XIV, 22.

⁴ Mat. X, 1; Luc. IX, 1.

⁵ Cf. Mat. X, 17, 18, 34-38; XVI, 24; Luc. XII, 49, 50.

⁶ Juan, XVII, 21.

Simon á quien llama proféticamente Pedro, porque es la roca sobre la cual quiere edificar su Iglesia ¹. Él es el Pastor visible de todo el rebaño ², así como Jesús lo es el invisible ³: él es el que debe ligar á todos sus hermanos ⁴.

Así como el sarmiento está adherido al tronco ⁵, del mismo modo esta sociedad naciente, que habia de crecer cada vez mas ⁶, debía permanecer unida á Jesús, su fundador: por eso concede á los Apóstoles el poder de anunciar la palabra y de administrar los Sacramentos, canales visibles de las virtudes divinas, cuya fuente invisible es él ⁷: por lo mismo, todo el que busque su salvacion uniéndose á Cristo, debe unirse á sus representantes, á los Apóstoles y sus sucesores ⁸, enviados por él, así como él fue enviado por su Padre ⁹. Él los sostendrá y los defenderá eternamente de todo error en el asunto importante de la salvacion, enviándoles el Espíritu Santo para que les descubra la verdad entera ¹⁰.

§ XL.

Jesucristo en presencia de los judios.

Una doctrina que producía una impresion tan victoriosa sobre los espíritus, confirmada además por pruebas tan numerosas y resplandecientes de la omnipotencia divina, conquistaba instantáneamente para Jesucristo las masas enteras del pueblo. Así es que le querian elegir rey ¹¹ y confesaban que aun cuando viniese el mismo Mesías, no podría hacer ni mayores ni mas numerosos milagros ¹². Pocos dias antes de su muerte, el pueblo le prepara

¹ Mat. xvi, 18.

² Juan, xxi, 15-17.

³ Juan, x, 1 sig.

⁴ Luc. xxii, 32, Cf. *Natal. Alex. Hist. eccl. t. IV, de S. Petri et Romanorum pontificum primatu. F. Weninger, Poder de los Papas en materias de fe. Inspr. 1841.*

⁵ Juan, xv, 1-6.

⁶ Mat. xiii, 31 sig.

⁷ Mat. xviii, 18; Juan, xx, 21-23.

⁸ Luc. x, 16.

⁹ Juan, xx, 21.

¹⁰ Juan, xiv y xvi; Mat. xxviii, 20.

¹¹ Juan, vi, 15.

¹² Juan, vii, 31.

una entrada triunfante en Jerusalem ¹. Pero la adhesion de este pueblo es sobrado movediza; y á la primera ocasion se volverá contra Cristo.

Semejante inconstancia y esta infidelidad del pueblo, pasan verdaderamente si se considera cuán preparado debia de estar el judío para la mision del Salvador; pero la admiracion disminuye si se atiende á los hechos siguientes ²: 1.º la masa del pueblo comprendia de una manera sensible y carnal la eleccion y el destino de Israel: ella no comprendia la accion misteriosa de Dios sobre las almas para su verdadera santificacion, ni comprendia tampoco la participacion del hombre en esta obra restauradora: los sacrificios pomposos que ofrecia al Señor eran vanos, porque carecian del espíritu de amor y de obediencia, siendo por lo regular tan presuntuosos: los judíos, que creian que solo para ellos tenia Dios misericordia; 2.º el Mesías aguardado por los judíos, era un héroe, un conquistador que apareciendo rodeado de gloria y de magnificencia, habia de elevar al judaico sobre todos los pueblos de la tierra; y apenas se mencionaban las profecias que representaban al Mesías padeciendo y muriendo por los pecados del mundo ³, las cuales estaban enteramente olvidadas. Además el mismo Jesús no tuvo el dolor de conocer este olvido en el estrecho círculo de sus doce Apóstoles y sus setenta y dos discipulos ⁴? 3.º dirigiéndose la reprobacion amenazadora del Salvador principalmente contra los fariseos hipócritas, ocupados solo en obras exteriores y celosos de la dominacion del pueblo, estaban tanto mas irritados, cuanto que les acosaba la duda de si Jesús se declararia como el Mesías en su sentido carnal ⁵. Así es que procuraban alejar al pueblo de la fe en Jesucristo como verdade-

¹ Mat. xxi, 8 sig.

² Cf. *Hirscher*, Vida de Jesús.

³ Cf. † *Reinke*, Exegesis crit. in Jesu-Christ. *Mack*. La esperanza del Mesías, y opiniones de los contemporáneos de Jesús.

⁴ Este número guarda relacion con el de los miembros del Gran Consejo de Jerusalem, así como el de los doce apóstoles con el de las doce tribus de Israel. *Eusebio*, Hist. eccl., I, 12, dice que ya en su tiempo no existia ningun testimonio de estos setenta ó setenta y dos discipulos: lo que se ha añadido al lib. III, es posterior y poco auténtico.

⁵ Juan, x, 24.

ro Mesías, lográndolo fácilmente, pues bajo todos sus aspectos el espíritu y la doctrina de Jesús eran opuestos al espíritu y á las máximas del mundo, y se prestaban poco á las inclinaciones, deseos y esperanzas terrenales de los hombres en general y en particular de los judíos.

De esta suerte, pues, desconocido por todas partes y al cabo de tres años de trabajos, vió aproximarse Jesús el término de los designios de Dios. Sin temer como sin buscar la muerte, se dirigió á Jerusalem con sus Apóstoles para cumplir la ley en las fiestas de la Pascua ¹, y allí declaró abiertamente que su muerte estaba cercana, y que á los tres días saldría triunfante del sepulcro, llorando al mismo tiempo al révelar proféticamente á sus discípulos las desgracias que aguardaban á Jerusalem ².

§ XLI.

Muerte de Jesús.

Estando seguro de su próxima muerte y de la duración de su obra, y después de haber dado las mas tiernas pruebas de su amor y de su humildad, instituyó Jesús durante esta última Pascua; tan ardorosamente deseada por él ³, un banquete de alianza y de perpetua conmemoración. En él debían reunirse de allí en adelante todos sus verdaderos discípulos: en él se daría Jesús á ellos espiritual y corporalmente hasta el fin de los tiempos. De este modo debia realizarse la palabra profética que habia dirigido al pueblo: «Mi carne es un verdadero alimento, y mi sangre una verdadera bebida ⁴.» Después de esto, y llegado al término de su vida terrestre, tuvo que sostener como al principio de su carrera pública una lucha terrible contra las flaquezas de la naturaleza humana ⁵.

Durante esta dolorosa agonía, concertando su muerte los fariseos y el consejo de los sacerdotes y el pueblo; se decían los unos

¹ Luc. xviii, 31. Cf. Juan, x, 18.

² Luc. xix, 41 sig.

³ Luc. xxii, 24 sig. Cf. Juan, xiii, 1 sig.

⁴ Juan, vi, 36.

⁵ Mat. xxvi, 37 sig.

á los otros: «Ese hombre es un blasfemador;» y al mismo tiempo le acusaban de alta traicion ante el gobernador Poncio Pilatos ¹. Llevado á presencia de ellos y preguntándole si era el Cristo y si era rey, «Lo soy» respondió Jesús; pues desde entonces habló ya explícitamente y sin parábolas ².

Se le abofetea, se le escupe; padece los tormentos mas crueles, y muere en la cruz rogando por sus enemigos, y derramando su sangre por la remision de los pecados y la reconciliacion de la humanidad con Dios ³. Herida la naturaleza de terror, se estremece; ábrense las rocas, y la vencida muerte aborta sus víctimas: rómpese el velo del Santuario, y el paganismo reconoce al Dios verdadero: «Á la verdad este hombre era un justo, era «el Hijo de Dios ⁴.» Una voz misteriosa se extiende á lo léjos, y atraviesa los mares: «El gran Pan ha muerto;» y se oyen suspiros mezclados con gritos de admiracion ⁵. José de Arimatea, no temiendo ya á los hombres, pide á Pilatos el cuerpo de Jesús. Las profecías se cumplen del todo: «Dará á los impíos por precio de «su sepultura y los ricos por recompensa de su muerte ⁶.»

La muerte de Jesús es el primer eslabon de donde parten de aquí en adelante todas las predicaciones apostólicas; pues todo está comprendido en la muerte de Jesucristo: el pecado del hombre causante de ella; la mediacion de Jesucristo que es su remedio; la reconciliacion con Dios que es su precio. En Cristo, en el Dios-hombre se ha realizado la idea eterna de la humanidad (*Yios toú anthropou os*) el hombre por excelencia (*cal' exojén*); pero este tipo ideal, este modelo inmaculado ha padecido la muerte: muy grande ha debido de ser el pecado de la humanidad para

¹ Juan, xix, 12.

² Mat. xxvi, 63, 64; Juan, xviii, 37.

³ Mat. xxvi, 28 sig.; II Cor. v, 18.

⁴ Mat. xxvii, 51 sig.; Cf. Luc. xxiii, 47 sig.

⁵ Según la narracion de *Plutarco*, de *Oraculorum defectum*, t. VII, p. 631, *Plutarco* refiere mas adelante que este acontecimiento fue conocido inmediatamente en Roma, y que el emperador Tiberio mandó hacer sobre él una investigacion exacta. *Tacit. Anal.* XV, 44. «*Auctor nominis ejus* (sectae christianorum) *Christus, qui Tiberio imperante per procuratorem Pontium Pilatum supplicio adfectus erat.*»

⁶ Is. LIII, 9.

exigir semejante expiacion. El hombre, contemplando á Jesucristo, aprende á conocerse, y encuentra en este conocimiento el fundamento de la humildad, la obediencia y el amor mas filial

§ XLII.

Resurreccion de Jesucristo: su Ascension.

El hecho de la resurreccion de Jesucristo está perfectamente establecido en los cuatro Evangelios. Algunas diferencias poco importantes, y aparentes contradicciones en las circunstancias accesorias, confirman la sinceridad de la narracion y prueban claramente que el relato de los cuatro Evangelistas no ha sido concertado. Tomás, uno de los doce, niega con obstinacion, dice Leon Magno, á fin de que el mundo crea con mayor seguridad. Habiendo resucitado Jesucristo para nuestra justificacion, después de muerto por nuestros pecados, segun las palabras del Apóstol de las gentes ¹, la resurreccion ha perfeccionado la obra de la redencion, la cual llegó á su apogeo; y el mismo Apóstol nos lo dice atrevidamente: «Si Jesucristo no ha resucitado es vana «nuestra predicacion, é inútil nuestra fe ².» Asimismo, este hecho prestó á los Apóstoles un invencible valor para anunciar el Evangelio. Jesús, glorificado, permaneció cuarenta dias en medio de sus Apóstoles, haciendo muchos milagros en presencia de ellos ³ y dándoles sus últimas instrucciones para el desarrollo de su obra ⁴. Después los condujo á Betania, donde les dirigió sus postreras palabras para fortificarles en la fe: «Todo poder me ha «sido otorgado en el cielo y en la tierra: id, les dijo, por segunda «vez, y anunciad el Evangelio á todas las criaturas, bautizándo- «las en nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo ⁵.» Extendió las manos sobre ellos para bendecirlos, y en el mismo instante se elevó misteriosamente al cielo, tal como había descendido

¹ Rom. iv, 25.

² I Cor. xv, 14.

³ Juan, xx, 50.

⁴ Act. i, 3.

⁵ Mat. xxviii, 19; Marc. xvi, 15.

misteriosamente sobre la tierra ¹; y los discípulos maravillados volvieron orando á Jerusalem á esperar allí la realizacion de la promesa de su Maestro: «Y permaneceréis en Jerusalem hasta que os halleis revestidos con el poder que os vendrá de lo alto ².»

¹ Luc. xxiv, 51; Act. 1, 9.

² Luc. xxiv, 49. — Además de los cuatro Evangelios, fuentes de esta exposicion de la vida de Jesús, se puede tambien hacer mencion de otras fuentes mas ó menos apócrifas. Entre las últimas se encuentra : 1.º una pretendida *Correspondencia de Jesucristo con Abgar*, rey de Edesa, que *Eusebio* dice haber encontrado en los archivos de la iglesia de Edesa, y haber traducido del siríaco. Cf. su Hist. eccl. I, 3. *Assemani* Bibl. orient. t. I, p. 554; t. III, P. 2, p. 8. *Natal. Alex.* Hist. eccl. I, saec. diss. III, t. IV, p. 175 sq. Cf. Justificacion de la autenticidad de esta correspondencia, por *Wette*. Tub. O. Schr. 1842, páginas 335-65. Las fuentes menos auténticas son :

2.º Las narraciones apócrifas del nacimiento, de la juventud y de la vida de Jesús en *Fabritii*, Cod. apócr. Nov. Test. ed. II. Hamb. 1719 sq. t. III, y en *Thilo*, Cod. apócr. Nov. Test. Leipz. 1832, tom. I. Ejusd. Acta Thomae apost. Leipz. 1823.

3.º *Acta Pilati*, de los que ya hizo mencion *Justino*. Apol. I, c. 35-48, y *Tertul.* Apologet. c. 5 y 21, Opp. ed. II, *N. Rigaltii*, Paris, 1641, p. 6 y 22, habla tambien de ellos. Los paganos, en *Eusebio*, Hist. eccl. IX, 5, y los cristianos, en *Epifanio*, Haeres. I, c. 1, ed. Petav. t. I, p. 420, las citan igualmente. El trabajo posterior sobre estas *Actas* fue *Evangelium Nicodemi*. Cf. *Thilo*, Acta Thom. p. 30, sq. Cf. *Braun*, de Tiberii Christum in deorum numerum referendi consilio comment. Bonn, 1834. Estas *Actas* deben reposar ciertamente sobre un hecho histórico.

Tenemos por auténtico, y sin interpolacion, 4.º el testimonio del judío *Joseph. Flav.* Antiq. XVIII, 3, 3, sobre Jesucristo, especialmente porque no obstante las consideraciones exteriores é interiores, está en conformidad con el eclecticismo religioso de *Josefo*. El pasaje está concebido de esta manera : Eodem tempore fuit Jesus, vir sapiens, si tamen virum eum fas est dicere : erat enim mirabilium operum patrator, et doctor eorum, qui libenter vera suscipiunt; plurimosque tam ex judaeis quam ex gentibus sectatores habuit. Christus hic erat, quem accusatum à nostrae gentis principibus Pilatus cum addixisset cruci, nihilominus non destiterunt eum diligere, qui ab initio coeperant. Apparuit enim eis tertia die vivus, ita ut divinitus vates hoc, et alia multa miranda de eo praedixerunt, et usque in hodiernum Christianorum genus ab hoc denominatum non defecit. *Eusebio*, Hist. eccl. es el primer escritor cristiano que se ha servido de él. No podemos considerar interpolados los pasajes que se encuentran en el anterior pasaje, indicados como tales por *Gieseler*, no tampoco el cambio de una leccion en otra. Cf. *Oberthur*, en el prefacio de la 2.ª parte de la traduccion de *Josefo*, por *Friese*. Altona, 1805. *Behmert*, Testim. de *Flav. Jos.* sobre Jesucristo. Contra la autenticidad, en los tiempos modernos, *Eichstedt*, Flaviani de Jesucristo. Testimonii, etc. Cuest. IV. Cf. *Ruttenstock*, Inst. hist. eccl. t. I, p. 146-154.

CAPÍTULO II.

HISTORIA DE LOS APÓSTOLES: SUS TRABAJOS POR LA PROPAGACION DEL CRISTIANISMO Y LA FUNDACION DE LA IGLESIA ENTRE LOS JUDÍOS Y LOS PAGANOS.

Si yo fuere alzado de la tierra, todo lo atraeré á mi mismo.

Juan, XII, 32.

FUENTES.—Especialmente los Actos de los Apóst. de san Lucas, y los escritos designados en el § 32.—*Tillemont*, t. I, part. II, (Hist. de san Pedro y de san Pablo); part. III, (Hist. de los demás Apóstoles).—*Stolberg*, part. VI y VII.—*Hess*, Hist. y Escrit. de los Apóst. Zurich, 1788, IV, ed. 1820, 3 v.—*Planck*, Hist. de Jesucristo en este período. Götting, 1818, 2 vol.—*Nean-der*, Historia de la fundacion y de la propag. de la Iglesia cristiana por los Apóst. Hamb. 1823 y 33, HI ed. 1841, 2 vol.

§ XLIII.

Pentecostes ¹.

Tal como Jesucristo lo habia ordenado, sus Apóstoles y discípulos permanecieron en Jerusalem, perseverando en la oracion y esperando al Espíritu Santo, que les habia sido prometido y que debia hacerles capaces de cumplir su alta mision ². No hallándose ya completo el número de los Apóstoles, desde el fin lamentable de Judas, y habiendo querido Jesús que fuesen doce en memoria de las doce tribus de Israel, propuso Pedro á sus hermanos que eligiesen un compañero, recayendo la eleccion en Matías,

¹ *Mack*, Pensamientos sobre las circunstancias de la primera fiesta de Pentecostes.—*Dieringer*, id. t. II, p. 390.

² Act. de los Apóst. I, 4.

que quedó desde luego agregado al colegio apostólico ¹. Diez dias después de la Ascension de Nuestro Señor, en el momento mismo en que comenzaba la fiesta solemne de la Pentecostes de los judíos (año 33 después de Jesucristo ²), se conmovió la naturaleza, cumpliéndose la nueva alianza al ruido de un viento terrible, venido del cielo, como en otro tiempo en este mismo dia se promulgó la ley antigua en medio de relámpagos y truenos sobre el monte Sinai. El Espíritu Santo descendió sobre los Apóstoles y todos los discípulos reunidos ³, bajo la forma de lenguas de fuego, simbolo del don de lenguas que les habia sido concedido, y que en sí mismo no es otra cosa mas que un signo del fuego divino que los purificó, los iluminó y los fortificó. Al punto hablan á las diversas gentes, atraídas por las fiestas á Jerusalem, y todos les comprenden milagrosamente ⁴. Tres mil hombres, conmovidos por este milagro y las palabras inspiradas de Pedro se convierten, se consagran á Jesucristo con la fe y la penitencia, y reciben el bautismo en nombre de la santísima Trinidad ⁵.

De esta suerte se ha establecido exteriormente, confirmado y asegurado para siempre la Iglesia de Jesucristo. La fiesta de Pentecostes es, dice san Crisóstomo, el dia de la ley nueva, de la ley perfecta, de la ley de gracia en el Espíritu Santo. La promesa hecha á los Apóstoles de que el Espíritu les descubriría toda verdad, quedó cumplida: ya no tienen los Apóstoles pensamientos terrenos sobre la naturaleza y la mision de Cristo: ellos anuncian que Jesucristo ha venido para librar el mundo del error y del pecado, y para reconciliarle con Dios. Su pusilanimidad se trueca en intrépido valor. Nada les impide ya cumplir su obra entre las

¹ Act. 1, 13-26.

(²) Y 37 de la era vulgar.

³ Act. 11, 4.

⁴ *Hugo Grotius*, segun *san Crisóstomo*, hom. II in Pentecost. et hom. 35 in I Cor. — *Poenā linguarum dispersit homines* (Gen, xi), *donum linguarum dispersos in unum populum redegit* (Annotatt. ad Acta Apostolor. II, 8). — *August.* sermo 268, n. 1, et 2: *Ideo Spiritus Sanctus in omnium linguis gentium se demonstrare dignatus est, ut et ille se intelligat habere Spiritum Sanctum, qui in unitate (Eccl.) continetur, quae linguis omnibus loquitur* (Opp. ed. Bened. Ven. 1729 sq. t. V, P. I, p. 1091).

⁵ Mat. XVIII, 20.

naciones: pues todos los socorros exteriores les han sido dados. El Espíritu Santo habla por sus labios, toca y conmueve los corazones, arranca el velo que ciega á los que los escuchan, y los incorpora en la comunidad de los santos. La fe engendra el amor; y por lo tanto, los nuevos cristianos son hermanos, teniéndolo todo en comun: su vida es la de los hijos de la libertad, regenerados en el Espíritu Santo. Un nuevo orden de cosas nace y se organiza; el reino de Dios se establece y desarrolla; la vida circula, y se armonizan las relaciones de la Iglesia docente por una parte, y de la Iglesia que es enseñada por otra; entre el apostolado, fuerte con su mision divina y la plenitud de su poder, y la fe de los fieles sometidos á la ley del Señor y que reclaman el socorro de su gracia. Jerusalem es el centro de la sociedad nueva que no tarda en contar cinco mil fieles mas, conquistados para Jesucristo por medio de las diversas predicaciones y los numerosos milagros de los Apóstoles ¹. Todos perseveran en la doctrina de estos, en la comunion de la fraccion del pan (la comunion eucarística), y en la oracion ². Y aun cuando se reunen habitualmente en casas particulares, con todo, siguen todavia en comunion exterior con los judíos, frecuentando el templo, hasta el dia fatal en que las tristes predicciones de Jesucristo debian cumplirse con la ruina de aquel, la destruccion de la ciudad, la emancipacion de la Iglesia de todas las prácticas judaicas, y su constitucion definitiva en una sociedad positiva visible.

§ XLIV.

Persecucion de los discipulos de Cristo: propagacion del cristianismo á consecuencia de ella.

El valor y actividad de los Apóstoles no tardaron en provocar contra ellos á los fariseos y saduceos. Estos últimos se querellaban especialmente de la doctrina sobre la resurreccion de los muertos, proclamada tan explícitamente por los Apóstoles ³. Pedro y Juan

¹ Act. II, 13; III, 7-9; V, 15.

² Act. II, 47; IV, 4.

³ Act. IV, 2; V, 17; XXIII, 6.

fueron llevados ante el Consejo ¹, prohibiéndoles hablar al pueblo; pero respondieron con un valor verdaderamente cristiano: «Se debe obedecer á Dios primero que á los hombres: nosotros «no podemos dejar de hablar de las cosas que hemos visto y oído ².» Y aun cuando se redoblaron las amenazas, se les puso en libertad por temor al pueblo. Desde entonces, no habiendo nada que pudiese contener el santo valor de los Apóstoles ³, se vió obligado el Consejo á seguir el dictámen del generoso, siquiera indeciso Gamaliel ⁴, á saber: «Dejadles obrar: si su causa proviene de los hombres, no tardará en destruirse por sí misma; «mas si procede de Dios, no podréis aniquilarla ⁵.» Mientras que de esta suerte el fanatismo de los saduceos se veia obligado á respetar las personas, la doctrina era objeto de controversias, tanto mas vivas, cuanto mas terreno ganaba de dia en dia el cristianismo, y á causa de que, habiendo abrazado la ley nueva algunos antiguos doctores de la Sinagoga, se mostraban á la sazón sus mas celosos defensores y propagadores. En esta lucha de la verdad contra el error pagó el diácono Esteban la victoria con su muerte, siendo apedreado (año 36 de Jesucristo), después de pronunciar un discurso en el que campeaban á la vez una elevadísima inspiracion, un celo completamente apostólico y una lógica rica en hechos ⁶. En él tuvo su primer mártir la Iglesia apostólica. Entonces, saduceos y fariseos unieron sus esfuerzos, resultando de aquí una persecucion general que contribuyó á extender el cristianismo por la Judea y la Samaria, preparadas hacia tiempo con las predicaciones y milagros del Salvador, así como entre los judíos de la Siria, la Fenicia y la isla de Chipre ⁷. Las perturbaciones de Jerusalem no fueron parte á alejar de allí á los Apóstoles. Solo Pedro y Juan partieron á Samaria, para imponer las manos sobre los que habia convertido el diácono san Felipe ⁸. En esta

¹ Act. iv, 3.

² Act. iv, 9-20.

³ Act. iv, 31.

⁴ Véase Crisóstomo, Hom. 14 in Acta Apost.

⁵ Act. v, 38, 39.

⁶ Act. viii, 58.

⁷ Juan iv; Act. xi, 19.

⁸ Act. viii, 14,

region encontraron ardientes enemigos en numerosos sectarios, cada uno de los cuales pretendia ser fundador de una religion nueva. Tales eran *Dositeo* y *Simon Mago*, quienes solo estaban de acuerdo en llamarse los dos *Mesías*: ya trataremos de su doctrina en el § LIX.

§ XLV.

Saulo perseguidor. — Pablo apóstol.

FUENTES. — † *Hug*, Introd. al Nuevo Test. p. 2. — *Tholuck*, Vida, carácter y lengua de Paulo. (Est. y crit. 1833, part. II, p. 364.) — Sobre la vocacion, los padecimientos y las persecuciones del apóstol san Pablo (escritos del tiempo de Bonner, nuev. cont. año IV, part. 1-3).

Habíase notado durante la primera persecucion y el martirio de san Esteban el celo cruel de un jóven fariseo: este era Saulo, ciudadano romano, de Tarso en Cilicia, y de la tribu de Benjamin. Después de haber sido instruido en las letras y en las ciencias griegas, que se cultivaban mucho á la sazón en la ciudad de Tarso por los helenistas, se habia hecho fariseo en Jerusalem, siendo iniciado por Gamaliel en las elevadas especulaciones de la teología judáica. Era artesano, sin que sus trabajos manuales hubiesen resfriado en nada su amor por el estudio ni su entusiasmo por la ciencia. Su ardor natural y el celo de su secta, le impelieron á perseguir á los cristianos (año 37 después de Jesucristo) ¹. Con semejante intención se dirigia á Damasco cuando se le apareció Cristo, á quien habia conocido personalmente durante su vida mortal ².

El perseguidor de la Iglesia se convirtió en uno de los mas poderosos propagadores de su doctrina ³, y en *Apóstol de las gentes*.

Sin duda debió parecer extraño que Dios escogiese por Apóstol de los soberbios romanos, de los griegos civilizados, de los afeminados sirios, y de todas las naciones corrompidas de la tier-

¹ Act. viii, 3.

² 1 Cor. ix, 1; 2 Cor. v, 16.

³ Act. ix.

ra; á un judío tan celoso por la gloria de su pueblo y las tradiciones de sus padres; á un fariseo, tan duro comó violento. Y sin embargo esta eleccion fue una prueba manifiesta de la sabiduría suprema; pues hizo brillar en toda su plenitud la virtud del cristianismo y los misteriosos decretos de la Providencia. Convenia que el predicador del Evangelio entre los paganos fuese un judío, á fin de poder por una parte tener un punto de apoyo y contacto con la Sinagoga, desde donde se extendia el cristianismo á las ciudades, y fundar por otra la alianza nueva sobre las bases de la antigua alianza: convenia tambien valerse entre los gentiles de una cultura clásica, capaz de ganar su estimacion y su confianza, tal como la que Pablo habia adquirido en las escuelas de Tarso, á la sazón de las mas florecientes. ¹

Por último, convenia asimismo, para que la mision del Apóstol de los gentiles influyese en los judíos, que el enviado de Dios fuese un judío por excelencia, á fin de que pudiese, por medio de un profundo conocimiento de las Escrituras, y con el ejemplo de la conversion de los gentiles operada por el mas celoso de los judíos, destruir y aniquilar el dogma fundamental de la nacionalidad judaica, á saber, que el pueblo de Israel era el solo elegido y el pueblo querido de Dios.

De este modo, Paulo era entre todos los otros Apóstoles el que se hallaba mas preparado para su alta mision por la cultura de su entendimiento, sus talentos, la energia de su voluntad, el vigor de su carácter, y especialmente su íntima y profunda union con Cristo ². Él fue el que mas contribuyó á extender y propagar en lejanas regiones la Iglesia de Jesucristo haciendo conocer toda la profundidad y riqueza de la doctrina evangélica, exponiéndola con una claridad maravillosa, en oposicion á las preocupaciones del judaismo y á los sofismas del paganismo.

Unas veces lanza Paulo sus miradas sobre lo pasado de la humanidad, y derivando el origen del cristianismo de los eternos decretos de Dios ³ que debian cumplirse en la *plenitud de los tiempos* ⁴ por Jesucristo, principio y término de la historia del género

¹ Gál. II, 20; Fil. II, 13.

² Ef. I, 4-12; III, 8-12; Rom. XVI, 25, 26.

³ Gál. IV, 4; Efes. I, 10.

humano ¹, demuestra el verdadero destino del paganismo y del judaismo ².

Otras veces contempla el porvenir, descorre el velo que cubre los destinos futuros de toda la humanidad ³, y les da su solucion definitiva en estas profundas y enérgicas palabras: « Todas las cosas son de él, en él y por él ⁴; Dios será todo en todas las cosas ⁵. »

De esta suerte el Apóstol de las gentes echó los cimientos de la verdadera filosofía de la historia, al mismo tiempo que demostró con su actividad apostólica y su vida evangélica que todo el destino del hombre se reduce á renacer en Jesúcristo ⁶.

Como el Apóstol habia cambiado de sentimientos y de opiniones, cambió tambien de nombre, segun el uso de los rabinos: Pedro habia ya dado el ejemplo. La conversion del procónsul Sergio Paulo fue tal vez lo que le impulsó á tomar este último nombre ⁷.

§ XLVI.

Predicacion del Evangelio entre los gentiles.

Una vision aparecida á Pedro, que habia partido de Samaria y visitaba las ciudades marítimas de la Palestina, le habia convencido de que ya era llegada la hora en que los gentiles debian ser admitidos en el seno del cristianismo ⁸. Así fue que bautizó al

¹ Ef. i, 4; Tit. i, 3; I Tim. ii, 6.

² I Rom. i, y vii; Gál. iii, 24; Act. xvii, 26, 27.

³ Rom. xi.

⁴ Rom. xi, 36.

⁵ I Cor. xv, 28.

⁶ II Cor. v, 17.

⁷ Act. xiii, 9.

⁸ La admission de los paganos en el cristianismo, atendiendo á las preocupaciones judaicas, debió de provocar frecuentemente dudas, y aun escándalo, entre los cristianos nacidos judíos. En el triunfo conseguido sobre estas dudas, hay que notar los momentos siguientes: 1.º La vision de Pedro, y el anunciar él que los paganos habian recibido realmente al Espíritu Santo (Act. x, 9-16; xi, 15), y su justificacion sin mérito propio. 2.º La asamblea de los Apóstoles (Act. xv); Pedro demuestra que el hombre es santificado por la gracia de Jesúcristo y la fe en él. 3.º Pablo prueba que la ley mosaica es una ley temporal, cuyo objeto habia sido educar á la humanidad como un pedagogo, y que era superflua para los cristianos. (Gál. iv, 11; v, 6.)

centurion Cornelio, el cual probablemente era un prosélito de las puertas ¹. Este hecho excitó desde luego un gran descontento entre los cristianos anteriormente judíos y establecidos en Jerusalem ². No obstante las enseñanzas de Pedro, pretendian que los gentiles admitidos al bautismo sin circuncidar, debian quedar sometidos, como los prosélitos de las Puertas, á la observacion de la ley mosaica. Solo bajo esta condicion fue admitido entre los fieles gran número de gentiles de Antioquia ³; y á poco de esto algunos sacerdotes judíos, fariseos y sus partidarios convertidos á la fe, exigieron de aquellos gentiles, ya nuevos cristianos ⁴, el cumplimiento de los mas severos reglamentos impuestos á los prosélitos de justicia.

Esta comunidad floreciente de Antioquia, compuesta de cristianos anteriormente judíos ó paganos, llegó á ser la *segunda Iglesia madre*, siendo sus miembros los primeros que en lugar de galileos ó nazarenos se apellidaron cristianos ⁵. Por lo demás, el amor, fundamento del sacrificio y de la union verdadera, la tenia estrechamente ligada á la Iglesia madre de Jerusalem ⁶. Esta se hallaba á la sazón perseguida por Herodes Agripa, quien queriendo lisonjear al pueblo judío, habia hecho degollar á Santiago el Mayor, hermano de Juan (año 41-44 después de Jesucristo). Pedro se escapó de su prision conducido por un Ángel ⁷, volviendo á Jerusalem después de la muerte de Agripa, merced á la dominacion algo mas tolerante de los romanos ⁸. Entonces fue cuando él, Santiago el Menor, y Juan fueron llamados columnas de la Iglesia ⁹.

¹ Act. x.

² Act. xi, 1-18.

³ Act. xi, 30.

⁴ Act. vi, 7; xv, 5.

⁵ Cf. *Ignatii* ep. ad Polycarp. c. 7. (Opp. Patr. Apóst. ed. Hefele. Tub., 1839, p. 116).

⁶ Act. xi, 27, 30; xii, 25.

⁷ Act. xii, 1-19.

⁸ Act. xii, 23.

⁹ Gál. ii, 9.—Segun una tradicion antigua (*Eusebio*, Hist. eccl. ii, 1), Jesucristo concedió después de su resurreccion el *don de ciencia* á Pedro, Juan y Santiago.

§ XLVII.

Viajes apostólicos de san Pablo. — Sus epístolas.

Después de su milagrosa conversion se dirigió Pablo á la Arabia, donde debió ejercer su actividad propagando el cristianismo entre los numerosos judíos de aquella comarca. De allí volvió á Damasco. Tres años después de su conversion, se dirigió á Jerusalem, llevado principalmente para ver á Pedro, y ser reconocido como Apóstol del Evangelio ¹; después recorrió la Siria y la Cilia, seguido de Bernabé y de Juan, sabio levita de la isla de Chipre, presentado por él mismo á Pedro y á Santiago. Al paso que trabajaba activamente Pablo en fundar el cristianismo en Antioquía, extendia su solicitud hasta la Iglesia de Jerusalem, perseguida por Herodes Agripa ². Entonces fue cuando emprendió en union con Bernabé *la primera gran mision* en la isla de Chipre, la Panfilia, la Pisidia y la Licaonia, la que terminó visitando de nuevo la Iglesia de Antioquía. La discusion que habia surgido en este último punto sobre si los gentiles convertidos al cristianismo debian estar atenedos á todos los reglamentos legales de Moisés, obligó á Pablo y á Bernabé á dirigirse á Jerusalem. Allí (y esta decision fue de la mas alta importancia para todas las controversias futuras, en cuanto al modo con que fue tomada), se decidió de COMUN ACUERDO Y EN NOMBRE DEL ESPÍRITU SANTO, que los gentiles no estaban obligados á cumplir la ley mosaica, y que solo tenian que observar los mandamientos llamados de Noé, concernientes á los sacrificios y culto de los ídolos ³. Poco después comenzó Pablo su *segunda mision* en union de Silas (año 53 después de Jesucristo), dirigiéndose al Asia Menor. Bernabé se habia separado de él para acompañar en Chipre á Juan Marcos, pariente suyo. En Lистра se juntó Timoteo con Pablo y Silas, y los tres reunidos recorrieron la Frigia, el país de los Gálatas y la Misia. En la Troada se unieron á un médico, que fue mas adelante el evangelista san

¹ Gál. I, 17-19; Act. xix, 27.

² Act. xi, 22, 30; xii, 25.

³ Act. xv.

Lucas, y al dirigirse á Macedonia, fundaron iglesias sucesivamente en Filipos, Tesalónica y Berea, donde Pablo se embarcó para Atenas, dejando á Timoteo y á Silas. Llegado á esta ciudad, capital de la idolatría griega, anunció Pablo el Dios desconocido ¹ á los asombrados atenienses. En la rica y sensual Corinto fue recibido por un judío fiel, llamado Aquila, y en esta ciudad fue donde escribió su primera epístola á los tesalónicos. Año y medio de continuos trabajos dieron por resultado la fundacion de una de las mas florecientes comunidades cristianas. De Corinto volvió á Antioquía pasando por Éfeso, Cesarea y Jerusalem ², impulsándole su celo apostólico á *emprender la tercera gran mision* en el Asia Menor. En Éfeso se detuvo tres años trabajando sin descanso en el reino de Dios, no solamente en esta ciudad y sus cercanías, sino tambien extendiendo su accion y su palabra á las mas apartadas regiones. Desde allí escribió á las iglesias de Corinto y de Galacia. Mas no tardó en estallar una sedicion, amotinándose el pueblo de Éfeso por temor de ver caer en desprecio el culto de Diana (año 59 después de Jesucristo) ³: en su consecuencia se vió Pablo obligado á huir, partiendo para Macedonia, cuyas iglesias visitó: escribió una segunda carta á los corintios, y poco después volvió á Corinto para ahogar las divisiones que allí habian surgido. Pero aguijado cada vez mas por el fuego de su celo, el Apóstol de las gentes, que se debia completamente á todos, escribió á los romanos ⁴. Tres meses después, volvió á Jerusalem, pasando por Mileto: allí encontró reunidos á los obispos y sacerdotes de las regiones vecinas; y les pronunció un discurso de despedida tan grave como tierno (año 60 después de Jesucristo) ⁵. No bien hubo llegado á Jerusalem, comenzó á ser espiado en el templo, acusándole sus enemigos, y particularmente los judíos del Asia Menor, de que violaba la ley. En su consecuencia se le puso preso; pero su calidad de ciudadano romano le sustrajo á la jurisdiccion del sanedrin, y fue conducido á Cesarea ante el pro-

¹ Act. xvii, 22.

² Act. xv, 36; xviii, 22.

³ Act. xx, 1.

⁴ Act. xviii, 23; xxi, 17.

⁵ Act. xx, 17-38.

cónsul Felix. Pablo se justificó sucesivamente ante este magistrado, Festo, su sucesor y el rey Agripa. Por último, después de dos años de cautiverio, apeló al César, y fue enviado á Roma en union de Lucas y Aristarco (año 63 después de Jesucristo) ¹. Amenazado con frecuencia, durante la travesía, con que encontraría la muerte sepultado entre las olas de la mar alborotada, conservó Pablo una incontrastable firmeza, y tranquilizó á sus compañeros, prediciéndoles su suerte, la cual le habia sido revelada en una vision nocturna ². Una vez en Roma, fue vigilado durante dos años ³: continuó en union con sus compañeros los trabajos de su apostolado, propagó el reino de Jesucristo, y conquistó para la fe hasta á los miembros de la corte imperial ⁴. Escribió á los efesios, á los filipenses, á los colosianos y á Filemon, hablándoles de la gloria de Cristo, de la emancipacion de la humanidad degenerada, y de la vocacion de los gentiles. Probablemente data de este mismo tiempo su carta á los hebreos ⁵. En este punto se detienen por desgracia los Actos de los Apóstoles; el historiador sagrado guarda silencio sobre el resto de la vida del Apóstol de los gentiles, que recobró nuevamente su libertad, segun antiguos testimonios, y se dirigió á impulso de su celo á España para anunciar el Evangelio ⁶. Lo que es indudable, es que llegó á Creta, dejando allí á su discípulo Tito, á quien mas adelante escribió desde Nicópolis, en Epiro, una epístola llena de uncion y de solicitud pastoral: al mismo tiempo dirigió su primera epístola á Timoteo ⁷. Habiendo partido de Nicópolis, visitó de nuevo las iglesias de Corinto, de la Troada y de Mileto, y volvió apresuradamente á Roma, donde sus hermanos se hallaban gravemente amenazados por Nerón: allí fue preso por segunda vez, escribió de nuevo á su fiel

¹ Cf. Act. xxi, 18; xxvi, 32.

² Act. xxvii, 1; xxviii, 15.

³ Act. xxviii, 16.

⁴ Filip. i, 13; iv, 22.

⁵ Hebr. xiii, 24.

⁶ Rom. xv, 24-28. San Clemente en su ep. I. ad Cor. c. v, dice con este motivo: *Epi to terma tés diseós elthon*, lo cual indica la España, y no la Italia, en una carta escrita de la Italia; esto es aun mas claro en un fragmento sobre los cánones de la última parte del siglo II, de *Reliquiae sacrae de Routh*, t. IV, p. 4.

⁷ S. Feilmoser, Introd. á los lib. del Nuevo Test. t. II. Augsb., 1452-57.

Timoteo, á Éfeso, y murió durante la cruel persecucion que estalló por entonces (año 67 ó 68 después de Jesucristo). Fue decapitado por el hacha del lictor, atendida su calidad de ciudadano romano, dichoso con haber obtenido, al fin, esta corona de justicia, que sabia que le estaba reservada, pero inquieto por las desgracias que por todas partes amenazaban á la Iglesia ¹.

§ XLVIII.

Trabajos apostólicos de san Pedro.

San Pedro habia contribuido mas que los otros Apostoles á la fundacion de la primera iglesia cristiana en Jerusalen. Habia recorrido en varias ocasiones la Palestina para arreglar allí todo lo concerniente á las numerosas comunidades nuevas. Probablemente dirigió tambien durante algun tiempo la iglesia de Antioquía, en calidad de obispo ². Anunció el Evangelio sucesivamente en el Ponto, la Capadocia, la Galacia, el Asia y la Bitinia, y se encaminó á Roma, segun algunas tradiciones, por los años 42 después de Jesucristo. Volvió después á Jerusalen, y allí logró escaparse milagrosamente de la persecucion de Herodes. Después de la muerte de este príncipe, encontramos de nuevo á Pedro en Jerusalen por el año 52 ³, mas adelante en Antioquía, y últimamente en Corinto, donde al parecer se unió con Pablo, consolidando allí los dos la comunidad cristiana. Sus cartas bellísimas á los fieles del Ponto y de la Galacia, prueban que al escribirlas se hallaba en Roma, á la cual daba el nombre de Babilonia.

Por imperfectos que parezcan los documentos históricos sobre san Pedro, bastan, sin embargo, para establecer legítimamente la primacía de san Pedro sobre todos los demás Apóstoles, como pastor y jefe supremo de todo el rebaño.

¹ II Tim. IV, 8.

² *Hieronym.* de Script. Eccl. c. 1. *Eusebio*, Hist. eccl. III, 22, parece de contrario parecer cuando llama á *Evodio* primer obispo de Antioquía, y á *Ignacio* segundo. Sin embargo, en el lib. III, 36, llama á *Ignacio* segundo sucesor de *Pedro*.

³ Act. xv.

Desde el momento en que el Hombre-Dios subió al cielo, vemos siempre á Pedro á la cabeza de todos los negocios importantes. Preside la eleccion del apóstol san Matías ¹; habla el primero al pueblo después de la venida del Espíritu Santo ²; dirige la palabra en nombre de todos los Apóstoles al sanedrin de Jerusalem ³; obra el primer milagro, y pronuncia primero que ninguno una terrible sentencia contra Ananías ⁴. Es el primero que abre las puertas de la Iglesia cristiana á los gentiles ⁵. Pedro fue quien buscó á Pablo en Jerusalem después de su conversion, para ponerse de acuerdo con él ⁶; Pedro fue quien presidió el primer concilio en Jerusalem ⁷, y siempre es Pedro á quien primero nombran los Evangelistas, siquiera no fuese el primero que siguió á Jesús, lo cual prueba evidentemente el reconocimiento de su primacía por todos los Apóstoles ⁸.

Murió en Roma al mismo tiempo que san Pablo, durante la persecucion de Neron (año 67 ó 68 después de Jesucristo). Fue crucificado en el barrio de los judíos, en el monte Vaticano, habiendo pedido el humilde Apóstol que le crucificasen cabeza abajo por creerse indigno de morir como su Dios y Señor ⁹.

Admitiendo, segun ya lo hemos indicado, que san Pedro hubiese residido en Roma por dos veces, es como mejor puede explicarse la antigua y universal tradicion de su episcopado de veinte y cinco años en la ciudad eterna ¹⁰. *Stenglein* ha probado que es

¹ Act. I, 15.

² Act. II, 14.

³ Act. IV, 8.

⁴ Act. III, 4; V, 1.

⁵ Act. X.

⁶ Gál. I, 18.

⁷ Act. XV.

⁸ El mismo *Tholuck* se expresa de este modo con igual motivo: «De todos los Apóstoles era al parecer san Juan el que tenia menos fuerza de accion; mas la preeminencia de Pedro se pone de relieve siempre que es necesario obrar, hablar ó tomar alguna decision.»

⁹ *Orígenes*, en *Eusebio*, Hist. eccl. III, 1, *Tertul.* de Prescript. haer. c. 36.

¹⁰ Véase sobre la residencia de Pedro en Roma, al Padre apostólico san *Ignacio*, ep. ad. Roman. c. 4; *Dionisio de Corinto* en *Eusebio*, Hist. eccl. II, 25; *Iren.* III, 1, 3; *Tertul.* contr. Marcion. IV, 5. Solo una crítica exagerada podia poner en duda un hecho de la antigüedad cristiana tan unánimemente ase-

fácil refutar la principal objecion contra esta tradicion, sacada del pasaje de los Actos xxviii, 22, segun el cual los jefes de la sinagoga de Roma dijeron á Pablo que todo cuanto sabian acerca de la doctrina cristiana, era que se veia combatida en todas partes esta secta nueva ¹.

§ XLIX.

Trabajos de los demás Apóstoles.

FUENTES. — *Natal. Alexander*, Hist. eccl. I saec. t. IV, c. 8, p. 54-60.

Limitándose los Actos de los Apóstoles á la historia de Pedro y Pablo, no hacen mencion del resto de los doce. Esto no carece de motivo, pues no hubieran hecho mas que repetir los mismos milagros, los mismos padecimientos y las mismas virtudes. Tan poco se inquietaban los Apóstoles por transmitir á la posteridad la memoria de sus trabajos, cuanto mayor era su celo por propagar la buena nueva hasta los confines de la tierra: de aquí la oscuridad de las tradiciones y la incertidumbre de los documentos. El hecho mas notable que podemos poner en claro, es que doce años después de la Ascension de su divino Maestro, y antes de separarse y de abandonar á Jerusalem, se dividieron los Após-

gurado, como lo han hecho *Spanhemii dissert. de ficta profectione Petri in urbem Romam* (Opp. t. II, p. 331, etc.); *Baur*, en la Gaceta de Teología prot. de Tub. p. 4, 1831. Las objeciones hechas hasta mitad del siglo XVIII, están refutadas en *Foggini, de Romano divi Petri itinere et episcopatu ejusque antiquissimis imaginibus exercitationes historico-criticae*. Florent. 1741. (Dedicado á Ben. XIV). En cuanto á los tiempos modernos véanse las obras siguientes, llenas de una erudicion grave y concienzuda: *Herbst*, sobre la residencia de Pedro en Roma. (Tub. 1820, p. 367.) *Dallinger*, Man. de la Hist. eccl. p. 68. *Windischmann, Vindiciae Petrinae*. Ratisb. 1836. *Ginzcl*, del Episcopado de Pedro en Roma. (*Pletz*, Gaceta teológ. año XI, p. 1-4, especialmente contra *Mayerhof*, Intr. á los escritos concernientes á Pedro. Hamb. 1835.) Cf. *Olshausen*, Est. y crít. año 1838, p. 4; en fin, á *Stenglein*, Episcopado de veinte y cinco años de san Pedro, en Roma. (Tub. O. Schr. 1840, p. 2 y 3.) Véanse tambien *Origen. eccl. Rom.* de los Benedictinos de Solesmes, año de 1837.

¹ Act. xxviii, 22.

toles el mundo, redactando en comun el símbolo de la fe. Santiago, hijo de Alfeo (sin duda el mismo que tambien lleva el nombre de Santiago el Menor, el Justo, el hermano del Señor ¹), fue el primer obispo de Jerusalem. Estimado hasta de los judios por su justicia y su dulzura, consolidó su Iglesia, merced á su firmeza ², y recordó en su epístola católica á los cristianos nacidos judios, que habitaban regiones apartadas, la necesidad de la fe, probada por medio de obras. Segun el testimonio, digno de algun crédito, de Josefo Flavio, acusado Santiago por el sumo pontífice Anás como violador de la ley, antes de la llegada del nuevo gobernador, fue apedreado (año 63 después de Jesucristo), habiendo rechazado la participacion en este crimen hasta los judios mas celosos, y siendo en su consecuencia depuesto el sumo pontífice, á peticion que los mismos dirigieron al rey Agripa. *Hegesipo*, posterior á Josefo, cuenta, segun Eusebio, que habiendo rehusado Santiago declararse contra Jesús, fue precipitado por los escribas y fariseos desde lo alto del templo y muerto á manos de un batanero, armado con su instrumento ³. Mateo ⁴, apóstol y evangelista, anunció la palabra de Jesucristo en la Arabia Feliz (acaso tambien en la India y la Etiopia). Felipe ⁵, quien, segun se cuenta, vivió como Juan hasta el fin del siglo I, consumió los últimos dias de su largo apostolado en Hierápolis de Frigia. Segun antiguas tradiciones, Tomás anunció el Evangelio á los partos; Andrés á los escitas ⁶; Bartolomé ⁷ á los de la India, y Tadeo ⁸ á Abgaro, príncipe de Edesa. Sabemos con mas certeza que el evangelista Marcos ⁹, el mismo que acompañó á Roma, pri-

¹ *Hug.* Intr. al Nuevo Test. II, 8, p. 517. *Schleyer*, Gaceta teológ. de Friburgo, t. IV. Cf. *Guerike*, Intr. al Nuevo Test. p. 483.

² Act. xv, 13.

³ Cf. *Flav. Jos. Antiq. XX*, 9, 1. Véase *Credner*, Introd. al Nuevo Test. página 481. *Hegesipo* en *Eusebio*, Hist. eccl. II, 1, 23. *Stolberg*, p. VI, p. 360-63.

⁴ *Rufino*, Hist. eccl. I, 9; *Eusebio*, Hist. eccl. III, 24, 39.

⁵ *Eusebio*, III, 3; V, 24.

⁶ *Eusebio*, III, 1.

⁷ *Eusebio*, V, 10.

⁸ *Eusebio*, I, 12.

⁹ *Eusebio*, II, 16, 24. *Chronic. Paschal.* (Alexandrin.), p. 230, ed. del *Fresne*, Paris, 1688.

mero á Pablo y á Bernabé, y después á Pedro, si no el fundador, fue al menos el primer obispo de la iglesia de Alejandría. En cuanto á la santísima Virgen María, á la que no se puede olvidar tratándose de esta sociedad de elegidos, solo podemos recordar dos tradiciones, una de las cuales cuenta que murió en Jerusalem el 45 ó 47, refiriendo la otra que mucho mas adelante acompañó al apóstol Juan á Éfeso.

Observaciones. — *Tillemont*, t. I y II, ha reunido cuidadosamente todo cuanto se sabe, segun tradiciones inciertas, acerca de los compañeros de los Apóstoles, citados en el Nuevo Testamento, tales como *Lucas*, *Timoteo*, *Tito*, *Lino*, *Crescencio* y el retórico filósofo *Apolonio* de Alejandría, convertido del judaismo al Evangelio. (Act. XVIII, 24; XIX, 1; I Cor. I, 12, etc.).

§ L.

Rápida propagacion del cristianismo, en medio de las persecuciones.

FUENTES.— Compendio de la Historia de las misiones cristianas en el imperio romano hasta la caída de este imperio en el siglo V. Strasb. 1843.

Si se considera la rapidez con que se propagó el cristianismo en el Asia, por la Palestina, la Siria, el Asia Menor, Damasco y Antioquía, Mesopotamia y Edesa; en *Europa*, especialmente por Grecia, varias islas, por Italia y España; en *África*, con particularidad por el Egipto; si se enumeran las numerosas iglesias establecidas en todas partes; si se tienen en cuenta todas las medidas que fueron necesarias para fundar y organizar todas estas iglesias nacientes; se concebirá una idea consoladora del favor con que desde su origen fue acogido universalmente el cristianismo. Y no se crea que eran pobres gentes y groseras todas las que componian las comunidades primitivas. Ténganse presentes las numerosas remesas de dinero, de que hacen mencion las epístolas de los Apóstoles ¹, la conversion del procónsul Sergio Paulo

¹ Act. XIII; Filip. III, 24.

en Chipre ¹, y las del eunuco de Etiopía, del centurion Cornelio ² y de Dionisio el Areopagita ³: recuérdense asimismo las relaciones de Pablo con los moradores del palacio de los Césares ⁴. ¿Flavio Clemente, tío de Vespasiano, Domitila, su mujer, y otros romanos distinguidos, no pertenecían ya al cristianismo en los últimos tiempos de la vida de san Juan? Además ¿las frecuentes advertencias de los Apóstoles contra los que introdujesen en el cristianismo errores sacados de los sistemas de filosofía y teología paganas ⁵, no prueban que los sabios del mundo habían entrado en la Iglesia, y amenazaban con introducir en ella las peligrosas especulaciones en que estaban imbuidos?

Los mismos obstáculos que encontró el cristianismo hicieron mas maravillosa aun su rápida propagacion. ¡Qué obstinacion tan violenta la de los judíos incrédulos! ¡qué oposicion tan ardiente la de los paganos contra Pablo en Atenas y en Éfeso! En fin, ¡qué persecuciones tan sangrientas las de los emperadores romanos! Claudio destierra de Roma á los cristianos, confundidos con los judíos (año 53 después de Jesucristo) ⁶. Después del incendio de Roma en tiempo de Neron se hace la persecucion muy cruel y muy dura por espacio de algunos años: durante ella son despedazados los cristianos en los circos por las bestias feroces, precipitados al Tíber, y untados de pez y encendidos como antorchas para iluminar los barrios de la ciudad ⁷. Sin embargo, surgen dudas fundadas sobre la existencia de una persecucion general en esta época, tal como la admite Orosio en el siglo IV. Vespasiano no persigue directamente á los cristianos (año 69-79 después de Jesucristo), pero les exige rigorosamente el impuesto personal considerándolos como judíos. Domiciano obró de la misma manera (año 81-96 después de Jesucristo), condenando ade-

¹ Act. xiii.

² Act. viii, ix.

³ Act. xvii, 34.

⁴ Filip. iv, 22.

⁵ Col. ii, 8; I Tim. i, 20.

⁶ Sueton. Vit. Claud. c. 25.

⁷ Tacit. Ann. XV, 44. Suet. Vita Neron. c. 16. Tertull. Apol. c. 5, habla ya de las leyes fulminadas por Neron y Domiciano contra los cristianos, aunque en parte derogadas por Trajano (*quas Trajanus ex parte frustratus est*).

más á muerte á Clemente Flavio, acusado de impiedad y de tendencia al judaismo, es decir, al cristianismo ¹: desterró á Domitila á la isla Pandataria, y á la Póntida á otro de sus parientes, relegando también á Patmos ² al apóstol Juan, llevado, segun se dice, de la idea de confiscar los bienes á todos estos proscritos. Hace citar á Roma á alguno de los parientes de Jesús, temiendo su rivalidad; mas los despide al punto viendo sus manos encallecidas por efecto de penosos trabajos ³. Bajo el reinado demasiado corto por desgracia de Nerva (año 96-98 después de Jesucristo), es rechazada como desnuda de fundamento la acusacion de impiedad y de judaismo ⁴.

§ LI.

La Iglesia se separa de la Sinagoga. — Guerra de los judios. — Ruina de Jerusalem.

FUENTES. — *Flav. Josef.* de Bello jud. lib. VII, var. lect. instrux. et not. illust. Ed. Cardwell. Oxon. 1837, 2 vol. (lo cuenta en gran parte como testigo ocular). *Tac. Hist.* V, 1-13. *Stolberg*, t. VII, p. 1-163.

Desde que hubo nacido el cristianismo, el judaismo, que lo habia preparado, debia desaparecer, cumplida ya su mision en la historia y en el mundo. Jerusalem y su templo, centro del culto judaico, no tenian ya desde entonces su valor primitivo, y no podian subsistir por mas tiempo sin dañar al cristianismo, al que amenazaban con un doble peligro, á saber, la confusion de las doctrinas y la persecucion de las personas. Los cristianos nacidos judios debian ser las víctimas principales de esto; pero al mismo tiempo siguiendo apoyándose en el culto antiguo, mezclado con el nuevo, fomentaban en la Iglesia contra los paganos recibidos en su seno un espíritu de division completamente con-

¹ *Dio Cassius* y la epist. de *Xiphilino*, LXVII, 14. *Euseb. Chron.* lib. II. *Hieronym.* ep. 86.

² *Tertull.* Praescr. haer. c. 36; *Euseb. Hist. eccl.* III, 20.

³ *Euseb.* Ibid.

⁴ *Dio Cass.* LXVIII, 1.

trario al cristianismo, y tendian á producir una amalgama de las dos religiones todavía mas deplorable.

La ruina de Jerusalem y de su templo fue, pues, de una alta importancia para la propagacion y triunfo de la Iglesia cristiana ¹, tal como lo habia predicho el Salvador de una manera positiva, cuando el templo estaba aun en todo el esplendor de su gloria y de su magnificencia. Los judíos, en otro tiempo instrumentos escogidos por la Providencia para la realizacion de los designios de Dios, querian prevalecerse á los ojos de las naciones de las prerrogativas de que estaban completamente desposeidos. Las mas tiernas pruebas de la misericordia divina, así como los castigos mas terribles, no habian podido atraer á este pueblo de dura cerviz á aceptar libremente su verdadera mision sobre la tierra, y á conformarse espontáneamente con los designios de Dios. Habia interpretado las mas sublimes profecías sobre el Salvador en un sentido político y estrecho; negaba con tanta mayor fuerza la realizacion de estos oráculos divinos, cuanto mas vana iba quedando su esperanza y siendo su decepcion mas notoria, por efecto de la fundacion de la Iglesia de Jesús, despreciada y reprobada por ellos, y la duracion del imperio romano. Oprimido por los próconsules romanos en Cesarea el pueblo querido de Jehová, creyó llegado el momento de la venganza, y se rebeló abiertamente bajo el proconsulado de Casio Floro (64 después de Jesucristo), y atacó con las armas en la mano el poder de Roma (66 después de Jesucristo), envalentonándose con la derrota de Cestio Galo. Mas no estaba lejos el dia en que las espantosas desgracias lloradas por el Salvador debian agobiar á Jerusalem, donde la sangre del Hombre-Dios iba á recaer gota á gota sobre los hijos réprobos de Israel. Encargado Vespasiano por Neron del mando, invadió la Galilea, á la cabeza de un poderoso ejército (67 después de Jesucristo); y se apoderó de Jotapata, su mas fuerte ciudadela, después de una defensa obstinada de cuarenta dias, degolló á cuarenta mil judíos y sometió toda la provincia. Llenos de impaciencia los soldados romanos victoriosos, ardian en deseos de terminar la guerra con la toma y ruina de Jerusalem; pero el prudente

¹ Cf. *Dieringer*, Sistema de los hechos divinos, t. I.

Vespasiano espíó el momento favorable que debían proporcionar-le necesariamente las divisiones intestinas de los judíos. En efecto, los ancianos experimentados querían la paz, mientras que la juventud temeraria, irreflexiva y belicosa, se precipitó en Jerusalem donde fue acogida por Juan de Giscala. Entonces Vespasiano sometió toda la Judea, y cada vez mas imponente, acampó delante de Jerusalem, aguardando las órdenes del emperador que debía haber sucedido á Neron. Mas el ejército romano sublevado no tardó en proclamarle Augusto; y su hijo mayor, Tito, llegó con nuevos refuerzos ante los muros de la desgraciada ciudad, cuyos defensores se degollaban los unos á los otros después de haber combatido al comun enemigo. Acordándose entonces los cristianos de las palabras del Señor: « Cuando veais rodear un ejército á Jerusalem, sabed que está cercana su ruina ¹, » huyeron hácia Pela de Galilea: tambien entonces vieron los judíos realizarse á la letra las desgracias predichas por Jesucristo; pero nada fue bastante á triunfar de su invencible obstinacion, ni los horrores de la civil discordia, ni las angustias de la hambre que se ostentó asquerosa, insensata, y horrorosa en la hija desesperada de Eleazar. La horda de Simon habia robado á las mujeres ricas y distinguidas todo cuanto poseian. Maria se moria de hambre, y de inanicion el hijo que amamantaba sobre su seco seno: le mata, asa al fuego al hijo de su amor y sus dolores, come una parte de él, y entrega el resto á la ávida tropa que invade de nuevo su casa, exclamando con rabiosos y desesperados acentos: « ¡ Este es « mi hijo! ¡ yo soy quien lo ha matado! ¡ comed! ¡ yo tambien he « comido de él! ¡ seréis mas delicados y compasivos que una mu- « jer y una madre! »

La noticia de este inaudito crimen se esparció instantáneamente por la ciudad llegando hasta el campo romano. Si los judíos, cada vez mas obstinados, hicieron el mismo caso de estas terribles experiencias que habian hecho de las palabras del Salvador: « Bienaventuradas entonces las estériles y las que no tengan hijos y aquellas cuyos pechos no hayan amamantado, » los romanos hartos ya de horrores, resolvieron terminar victoriosamente

¹ Mat. xxiv; Luc. xxi, 6.

la lucha sepultando estos crímenes bajo las ruinas de Jerusalen. Cayó en efecto espantosamente, incendiándose el templo en medio del horror mas pavoroso (año 70 después de Jesucristo), y á pesar de los esfuerzos que para salvarle hizo Tito.

La pérdida de su nacionalidad, y su dispersion por toda la extension de la tierra fue lo que tocó á los judíos, al paso que la Iglesia de Jesucristo comenzó á extenderse generalmente por el mundo.

CAPÍTULO III.

ORGANIZACION Y CONSTITUCION DE LA IGLESIA APOSTÓLICA.

Yo os envío, así como mi Padre me ha enviado á mi.

Juan, xx, 21.

FUENTES. — *Petavius*, de Hierarch. eccles. lib. V, en su Teol. dogm. ed. Venet. 1757, t. VI, p. 52-209. — *Schollinger*, de Hier. eccles. diss. Ratisb. 1757, in 4. — *Möhler*, la Unidad en la Iglesia ó Principio del catolicismo, Tub. 1825. — Dr. *Sylvius*, Evang. é Igl. Ratisb. 1843, p. 1-114: «Naturaleza y «esencia de la Iglesia.» — *Rothe*, Principio de la Iglesia crist. Wittemb. 1837, t. I.

§ LII.

Clérigos y legos.

Al habitar Jesucristo entre los hombres, formaba con sus Apóstoles y discípulos escogidos (§ 39) una sociedad religiosa de que él era el jefe, así como los discípulos eran los servidores ¹. Allí estaba ya el gérmen de la organizacion de la Iglesia, cuyos miembros enseñan ó son enseñados, mandan ú obedecen, son sacerdotes ó legos. Ahora bien, si después de la Ascension de Jesucristo debia continuar y cumplirse su mision, era necesario que la sociedad religiosa que habia fundado para satisfacer las necesidades de la humanidad, tuviese constantemente asegurada su existencia por medio de la intervencion y sancion divinas. Encontrando Cristo el modelo de la organizacion de su Iglesia en el Antiguo Testamento, que habia venido á cumplir y no á des-

¹ Juan, xiv, 14, 16; xv, 15.

truir ¹, apropió las jerarquías y las formas de este, á la constitucion libre y espirital de la sociedad nueva. Y como hasta su muerte expiatoria, habia unido á su persona todos los poderes del antiguo pontificado, relativos á la doctrina, á la liturgia y al gobierno, transmitió al fin de su carrera terrestre este triple poder á sus Apóstoles ², instituyéndoles ministros de su sacerdocio, dándoles el poder de remitir y retener los pecados ³, y encargándoles de enseñar á todas las naciones: «Yo os envío, así como mi Padre me ha enviado á mí: el que os desprecie me desprecia á mí ⁴;» palabras solemnes que recuerda san Pablo cuando dice: «Cada uno debe considerarnos como los ministros de «Jesucristo y los dispensadores de los misterios de Dios ⁵.» Esta sancion divina se manifestó plenamente cuando el Espíritu Santo bajó visiblemente sobre los Apóstoles en lenguas de fuego, así como ya habia aparecido en el bautismo de Cristo bajo la forma de una paloma. De esta manera fue divina y positivamente establecida y para siempre confirmada la distincion entre los maestros y los discípulos, los pastores y los fieles. El pasaje de san Pablo en su epístola á los romanos (cap. 1, 1) y el de los Actos (cap. xiii, 2) que hablan de la separacion de Pablo y Bernabé, señalan con mas claridad esta distincion de clérigos ⁶ y de legos, la cual pasó del Antiguo Testamento á la Iglesia cristiana. San Clemente de Roma distingue tambien muy positivamente las diversas funciones de los sacerdotes y los legos. Segun él, el Pontífice tiene cargos particulares; el sacerdote sus funciones especiales; el levita su ministerio propio, y el lego solo está obligado á los pre-

¹ Mat. v, 17.

² Luc. xxii, 19.

³ Juan, xx, 22, 23.

⁴ Luc. x, 16.

⁵ I Cor. iv, 1.

⁶ En la reparticion de la tierra de Canaan no habia tenido parte la tribu de Leví, «Propterea vocantur clerici (dice san Gerónimo), vel quia *de sorte sunt Domini*, vel quia *ipse Dominus sors*, id est pars clericorum est; qui autem «vel ipse pars Domini est, vel Dominum partem habet, talem se exhibere debet ut et ipse possideat Dominum et possideatur à Domino; quod si quid-
«piam aliud habuerit praeter Dominum, pars ejus non erit Dominus.» (Ep. ad Nepotian.).

ceptos que conciernen á los de su clase ¹. Esta distincion no está de ningun modo invalidada por los textos que hablan de un sacerdocio interior, al cual son llamados todos los cristianos ²: estos pasajes señalan, como en el Antiguo Testamento ³ la obligacion general de honrar á Dios por medio del sacrificio de la oracion y del amor de sí mismo ⁴, obligacion del todo diferente de la del sacerdocio propiamente dicho, que lleva consigo la mision de enseñar, de consagrar y de administrar las cosas santas. «Esta distincion entre clérigos y legos, dice Mœhler, no es otra cosa mas que la distincion permanente, establecida por el mismo «Espíritu Santo, de sus dones en la Iglesia.»

§ LIII.

Jerarquía instituida por Jesucristo. — El episcopado. — El sacerdocio. — El diaconado.

Cuando Jesucristo hubo transmitido á los Apóstoles la plenitud de su sacerdocio, el carácter sublime y la eminente dignidad de que fueron revestidos les hicieron mas que nunca los representantes del Salvador en medio de la humanidad; y así es que en nombre y en lugar de Cristo es como les vemos hablar y obrar en todas circunstancias.

Ahora bien, como el ministerio apostólico debia durar hasta la consumacion de los siglos ⁵, y como la muerte debia poner fin á la mision de los doce primeros Apóstoles, transmitieron esta mision y sus funciones á los obispos, de manera que el episcopado llegó á ser la continuacion del apostolado; con la sola excepcion de que los obispos no debian presidir mas que una iglesia

¹ Ep. I ad Cor. XL. Ignat. ep. ad Ephes. c. 6; ad Smyrn. c. 8. Polycarp. ep. ad Philipp. c. 5.

² I Pedro, 5, 9; Apoc. I, 6.

³ Exod. XIX, 6.

⁴ Orig. hom. IX, in Lev. n. 9. Cf. Tert. de Orat. c. 28, et Constitut. apost. l. III, c. 15. (Galland, t. III, p. 99-100).

⁵ Mat. XXVIII, 20; Hebr. VII, 23.

especial, ni obrar mas que en un círculo determinado, al paso que los Apóstoles gozaban de una autoridad universal é ilimitada. Diversos pasajes del Nuevo Testamento y las conclusiones que de ellos se deducen prueban que la voluntad de Jesucristo fue evidentemente que las iglesias particulares fuesen presididas por un jefe único y supremo (*episcopos*), y no por varios sacerdotes iguales en derecho y dignidad (*presbyteroi*). Tal fue en efecto el uso establecido desde el siglo apostólico. Las exhortaciones que san Pablo dirige á Tito ¹ y á Timoteo ², á quienes dejó en Asia como obispos, prueban que aquel, á quien señala con este nombre, ejerce positivamente una autoridad suprema sobre los sacerdotes. Así es que las reprensiones de san Juan en el Apocalipsis ³, van especialmente dirigidas á los siete Angeles (jefes prepositos) de las iglesias de Éfeso, Esmirna, etc., como á los verdaderos representantes de aquellas iglesias, siquiera se halle históricamente demostrado que algunas de ellas tenian varios sacerdotes. Pero donde mas se pone de relieve la preeminencia de los obispos sobre los sacerdotes es en las cartas de san Ignacio ⁴, Padre de los tiempos apostólicos: «Obedeced todos, dice, á vuestro obispo como Jesús á su Padre, y á los sacerdotes como á los Apóstoles. Honrad á los diáconos como á la ley de Dios: terminese todo en la paz del Señor. Y supuesto que el obispo ocupa el lugar de Dios, y el sacerdote el del apóstol, estad sometidos al obispo como á Jesucristo, al sacerdote como á los Apóstoles: así es como lo han ordenado los Apóstoles mismos ⁵.» Si no hubiese existido esta preeminencia, ¿cómo hubieran podido los Doctores de la Iglesia en sus controversias con los herejes durante el siglo II y III, dar la lista de los obispos de las iglesias mas célebres desde el tiempo de los Apóstoles ⁶? La historia demuestra que durante los dos primeros siglos en todas partes estaba real-

¹ Tito, i, 5.

² I Tim. v, 17.

³ Apoc. ii y iii.

⁴ † 116.

⁵ Ep. ad Smyrn. c. 8; ad Magn. c. 6; ad Trallian. c. 2, y otros pasajes. Cf. ad Philad. c. 3; ad Polycarp. c. 6 (Patr. Apost. ed. *Hefele*.)

⁶ *Iren. Contr. haer.* III, 3, n. 3 y 4, p. 176; *Tertul. de Praescript. haer.* c. 32 y 36, p. 243 y 43.

mente el obispo á la cabeza de su iglesia, teniendo sacerdotes bajo sus órdenes. Esta organizacion uniforme de todas las iglesias donde quiera que habia penetrado el cristianismo, ¿no prueba que el episcopado es de institucion divina? Basta para convencerse de esto comparar la diversidad de formas políticas de las diferentes naciones de la tierra. No se concibe el que pueda explicarse esta unidad por medio de la usurpacion: ¿quién se ha de imaginar, en efecto, que se manifestase semejante admision en todas partes, de la misma manera, y esto precisamente en los tiempos reconocidos como los mejores de la Iglesia? ¿Tenian acaso las funciones episcopales bastante atractivo para seducir los corazones ambiciosos, en aquellas épocas de persecucion, en que la rabia de los enemigos de la Iglesia se ejercia principalmente contra los obispos? De que se haya de convenir que una misma persona se encuentra alternativamente designada con los nombres

San Gerónimo parece demostrar de la misma manera la preeminencia de los obispos sobre los sacerdotes cuando comenta á Tito, c. 1: «*Idem est presbyter, qui et episcopus, et antequam diaboli instictu studia in religione fierent, et diceretur in populis: Ego sum Pauli, etc. (I Cor. I, 12), communi presbyterorum consilio Ecclesiae gubernabantur. Postquam vero unusquisque eos, quos baptizaverat, suos putabat esse, non Christi, in toto orbe decretum est ut unus de presbyteris electus superponeretur caeteris, ad quem omnis Ecclesiae cura pertineret, ut schismatum semina tollerentur?*» Encuentra asimismo sus pruebas en la carta ad Phil. I, 1. (Cf. Phil. IV, 45, II Cor. XI, 8, 9); Act. XX, 17, 28; I Petr. V, 1. Tambien dice san Gerónimo, ep. 82 ad Oceanum: «*Apud veteres idem episcopi et presbyteri fuerunt, quia illud nomen dignitatis, hoc aetatis.*» Asimismo *Ambrosiaster* (hácia el 380), Commentar. ad Ephes. IV, 11. Este punto debe esclarecerse mas bien por la historia que por la interpretacion sutil de las Santas Escrituras. San Gerónimo para combatir ciertos errores y ciertos abusos, se deja arrastrar fácilmente á opiniones extremas, como cuando exagera las prerogativas de la virginidad contra Joviniano; y así es como aquí compara á los sacerdotes con los obispos, á fin de combatir la ambicion de ciertos diáconos. Otra expresion, con la cual cree san Gerónimo debilitar la dignidad de los obispos, sirve precisamente para hacerla resaltar en aquello que tiene de mas importante, la ordenacion. *Quid facit, excepta ordinatione, episcopus, quod presbyter non faciat?* (Ep. 101, alias 85 ad Evangelium.) Véase *Döllinger*, Man. de la Hist. ecl. 327 sig. nota 16. Cf. *Petav.* Theol. dogm. t. VI; *Dissert. ecclesiast.* t. I, de Episcopis et eor. jurisdict. ac dignit. c. 1-3, p. 21-25. *Le Quien*, Oriens christian. t. II, p. 343. *Renaudot*, Liturg. orient. collect. II, 373. *Abrah. Echelenensis*, Eutychius vindicatus, p. 50 sq. Rom., 1661. *Mamachii*, Orig. etc. t. IV, p. 503 sq. *Lang.* (Tub. O. Schr. año 1833, p. 85, 329, etc.)

de *episcopos* y de *presbyteroi*¹, no se puede deducir que estos nombres indiquen el mismo rango; pues una misma denominacion pertenece frecuentemente á cosas diversas. Los apóstoles Pedro y Juan se llamaban á sí mismos *presbyteroi*²; y los obispos del siglo II y III hacian otro tanto cuando su preeminencia era generalmente reconocida. Así como nos demuestra la historia evidentemente que los obispos son los herederos legítimos del poder de los Apóstoles y sus verdaderos sucesores, al mismo tiempo nos suministra abundantes pruebas que datan desde los tiempos apostólicos, y segun las cuales el episcopado privilegiado que se confió á Pedro para la conservacion de la unidad de la fe y de la caridad, fue transmitido á sus sucesores. Clemente³, Padre de los tiempos apostólicos, y probablemente el tercer sucesor de Pedro en Roma (año 92-102 después de Jesucristo) dirigió duras advertencias á la iglesia de Corinto con motivo de las divisiones que en ella habian estallado, aunque esta iglesia no estaba comprendida en su jurisdiccion episcopal.

Desde que el número de los fieles se aumentó en las iglesias particulares, elevaban los obispos á los sacerdotes á la dignidad de coadjutores⁴ y administradores de los Sacramentos. Mas este poder, una vez transmitido, no era temporal, ni podia ser recogido sin motivos muy graves: los sacerdotes solo se diferenciaban de los obispos en que dependian de estos en cuanto al ejercicio de sus funciones, y no podian transmitir el sacerdocio por medio de la ordenacion⁵.

Constituyendo los diáconos⁶ el tercer grado de la jerarquía eclesiástica establecida por Jesucristo, son los sucesores de los siete fieles elegidos por los Apóstoles para hacer limosnas y cuidar á los pobres⁶; sin embargo, todavia eran sus atribuciones de un orden incomparablemente mas elevado, atento que debian estar

¹ Act. x, 17, 28; Tito i, 5, 7.

² I Petr. v, 1, 2; Juan i, 1.

³ Cf. Tillemont, t. III, p. 149-166: «Clement.» art. I-VII, etc. not. 1-13. Grabe, Spicilegium, etc. t. I, p. 284-305.

⁴ Act. xv, 23.

⁵ Ignat. Ep. ad Smyrn. c. 8.

⁶ Act. vi, 1.

«llenos del Espíritu y de la Verdad ¹,» y que positivamente predicaban y bautizaban ².

La ordenacion para cada uno de los grados de la santa jerarquía, se practicaba por medio de la *oracion* y la *imposicion de las manos* ³.

§ LIV.

Doctrina de san Pablo sobre la organizacion de la Iglesia y la necesidad de una autoridad doctrinal y gubernativa.

Ya en los tiempos apostólicos amenazaron á la Iglesia falsos doctores. Las epístolas del Apóstol de las gentes contienen frecuentes exhortaciones á la vigilancia contra una falsa doctrina *pseudónymos gnósis* ⁴. «Huid, dice, las cuestiones impertinentes, «las genealogías y las fábulas vanas é inútiles ⁵.»

Lo que principalmente se propuso, fue precaver á los cristianos contra la vuelta al judaismo, y evitar la fusion de este con el cristianismo ⁶. Pablo reprende á los corintios divididos por el espíritu de partido y por cuestiones personales, cuando todos debían pertenecer á Jesucristo ⁷, y los confirma en la fe de la resurreccion de los muertos atacada por hombres que se separan de la verdad, tales como Himeneo y Fileto ⁸.

Tendiendo estos esfuerzos del error á dividir los fieles y desgarrar la Iglesia, movieron á san Pablo á desarrollar con la profundidad que le es propia los caracteres esenciales del cristianismo y sus instituciones doctrinales y gubernativas.

¹ Act. vii, viii; xii, 38, 40; Cf. I Tim. iii, 8.

² También se trata en el Nuevo Test. de las *diaconisas* y *sacerdotisas*, á las cuales estaba confiado el cuidado de los enfermos, la vigilancia y la instruccion. (Rom. xvi, 1, *hē presbyteris*, y lo mismo Tit. ii, 3.) Estas se escogian por lo regular entre las viudas, y rara vez entre las vírgenes. I Tim. v, 9.

³ Act. vi, 6; xiii, 3; I Tim. iv, 14; 2 Tim. i, 6.

⁴ I Tim. vi, 20.

⁵ I Tim. iii, 4; Tito, iii, 9.

⁶ *Rheinwald*, de Pseudo-Doctorib. Coloss. Veron. Rhen. 1834, in 4. Gál. Phil. iii, 2; Col. ii, 8.

⁷ I Cor. i, 12; iii, 3.

⁸ II Tim. ii, 17, 18; I Cor. xv.

La union de los cristianos en una vida comun , descansa sobre la necesidad original y radical que los miembros de la humanidad tienen los unos de los otros : este posee lo que falta á aquel ; el uno suple con su abundancia la carencia del otro. La sociedad y el individuo no pueden desarrollarse completamente sin el apoyo mutuo ; pues las fuerzas necesarias para este desarrollo solo se encuentran en el conjunto y en la alianza de todos. El individuo no debe , pues , considerarse jamás separado de la sociedad : forma con ella una unidad orgánica. San Pablo demuestra esta idea por medio de la analogía del cuerpo humano , cuyos diversos miembros están regidos por un solo espíritu ¹. Así , segun él , no hay mas que un espíritu entre todos los fieles , el cual se manifiesta de diversas maneras , atento que son diferentes los dones concedidos á los fieles ² : de aquí la diversidad de ministerios en la Iglesia , siendo así que Jesucristo destinó á unos para apóstoles , para evangelistas á otros , á estos para pastores , para doctores á aquellos , á fin de que todos trabajasen en la perfeccion de los santos y en la edificacion del cuerpo de Jesucristo ³. Teniendo presente san Pablo muy en particular el ministerio de los pastores y doctores (obispos y sacerdotes) , exhorta á los de Éfeso á que se adhieran á ellos , por no parecerse á niños que , arrastrados por el viento de las opiniones humanas , y agitados como las olas de la mar , caen incesantemente en el error ⁴. Al mismo tiempo exhorta Pablo con una profunda ternura á los que son llamados á gobernar y á enseñar á los otros , para que estén precavidos y velen por el rebaño del cual el Espíritu Santo los ha hecho obispos , á fin de que gobiernen la Iglesia de Dios ⁵ : pues no solamente los ha llamado el Espíritu Santo , sino que tambien los asiste constantemente , como lo declararon los Apóstoles reunidos en Jerusalem cuando escribieron á la iglesia de Antioquia de una manera tan solemne y que debia servir de modelo á todas las decisiones de los concilios futuros : *Ha placido al Espíritu Santo y á nos*

¹ I Cor. xii.

² *Staudenmayer*, de los Dones del Espíritu Santo. Tübingen , 1833.

³ Ef. iv , 11 , 32.

⁴ Ef. iv , 14.

⁵ Act. xx , 28.

Pablo llama á la Iglesia encargada de este santo ministerio, asistida siempre del Espíritu Santo, é infalible en sus decretos, la columna y la base de la verdad ¹.

¹ I Tim. III, 15.

CAPÍTULO IV.

VIDA CRISTIANA. — CULTO. — DISCIPLINA ECLESIASTICA.

Se conocerá que sois mis discípulos en que os améis los unos á los otros.

Juan, xiii, 35.

Arnold, Caridad primitiva, ó cuadro de la cristiandad primitiva.

Francf. 1696.

§ LV.

La vida cristiana.

La iniciación en la vida cristiana se practicaba por medio del bautismo que se operaba con la inmersión del catecúmeno¹, imponiéndole después las manos los Apóstoles, lo cual era el signo y el sello de los dones del Espíritu Santo. Una vez elevados de este modo², á la dignidad de cristianos, es decir, de adoradores é imitadores de Jesucristo, los nuevos miembros de la Iglesia debían separarse completamente de la vida criminal de los paganos; y mostrarse en todo, así por los sentimientos como por las acciones, *hombres nuevos, santos, (hagioi)*. Conformándose la Iglesia cristiana al tipo ideal propuesto por su Fundador, no debía recibir ni guardar en su seno ninguna alma impura; todos sus miembros debían ser vasos dignos del Espíritu Santo³; todos ellos, siguiendo la doctrina del Maestro, debían unirse entre sí por el vínculo íntimo y duradero de la caridad fraterna. La Igle-

¹ Rom. vi, 4.

² Act. viii, 14.

³ I Cor. v, 9; cf. II Tes. ii, 6.

sia primitiva de Jerusalem llevó esta caridad á su perfeccion , realizando el atrevido pensamiento de la comunidad de bienes ¹. Sin embargo, esta imitacion santa de la union perfecta de Jesucristo con sus Apóstoles, fué solo temporal y local, quedando como un monumento eterno del poder del cristianismo sobre los espíritus ². Otras iglesias probaron su caridad para con los hermanos ausentes , sosteniéndolos por medio de limosnas de que hacen mencion frecuentemente las epístolas de los Apóstoles: otras practicaron tambien una hospitalidad cordial y afectuosa: otras, en fin, fueron las antorchas de su época y la luz de los siglos futuros por la paciencia inalterable con que soportaron el desprecio y las persecuciones; por la fe viva , la confianza filial y el profundo entusiasmo con que dirigieron sus miradas y sus esperanzas hácia las cosas eternas ³. El matrimonio , comprendido tan mal por los paganos , era para los cristianos el simbolo de la union de Cristo con su Iglesia ⁴ : por lo mismo le consideraban indisoluble , sin que esto impidiese que se tributasen á la virginidad los honores debidos ⁵.

La Iglesia, sin embargo, nos ofrece desde los tiempos apostólicos miembros gangrenados, hombres indignos del nombre de cristianos: estos son aquellos á quienes aluden los Apóstoles en las diversas advertencias que contienen sus epístolas. Mientras que la Iglesia de Jerusalem no tenia mas que un corazon y un alma, se encontraba desgarrada la de Corinto por deplorables desórdenes ⁶. Lo que detenía especialmente el progreso de la moralidad,

¹ Act. II, 44; IV, 33.

² *Moshemii* Commentat. de vera natura communionis bonor. in Ecclesia Hierosolym. (Ejusd. Dissertat. ad Hist. eccl. pertin. v, II, p. 23. Alton. 1743.)

³ Los Apóstoles consideran frecuentemente como uno de los mas grandes beneficios del Evangelio; la doctrina de la inmortalidad del alma, enseñada por Jesucristo (II Tim. I, 10; cf. Juan II, 23, 26), lo cual justifican perfectamente las opiniones anteriores al cristianismo. ¡Cuán pocos de entre los filósofos de la Grecia creyeron en esta inmortalidad! Con todo, el germen de una esperanza inmortal floreció en la doctrina noble y pura de Sócrates. Nada, decia este sabio, debe ser caro para conquistar la inmortalidad; pues es bello combatir, y dulce esperar. *Stolberg*, t. VI.

⁴ I Ef. v, 32; I Cor. VII, 11.

⁵ I Cor. VII.

⁶ Act. IV, 32.

era por un lado la falsa opinion de los cristianos nacidos judíos, de que era necesario seguir observando la ley de Moisés, y por otro la falsa interpretacion de la doctrina de san Pablo sobre la justificacion por medio de la fe sin necesidad de las obras, á fin de justificar la inmoralidad y la licencia ¹. Tambien se interpretaba torcidamente el anuncio de la venida espiritual de Cristo y de su manifestacion gloriosa ², la cual era representada como un suceso muy cercano, resultando de aquí consecuencias lamentables para la vida religiosa de los cristianos ³.

§ LVI.

Asambleas religiosas. — Culto.

Mientras que los cristianos nacidos judíos continuaban frecuentando el templo de Jérusalen, se habian formado asambleas religiosas, que eran respecto de la Iglesia lo que las sinagogas respecto del templo ⁴. Los cristianos se edificaban mutuamente por medio de la *oracion*, en la cual se hacia siempre memoria de los hermanos ausentes y difuntos; por medio de la *lectura* de los pasajes del Antiguo Testamento y mas adelante por la de las epístolas apóstolicas ⁵ y por medio del canto de los Salmos ⁶, y tal vez de himnos cristianos compuestos ya en aquella época ⁷. Tambien se daban *instrucciones* sobre el texto leído, no siendo solamente los obispos y los sacerdotes los que hablaban, pues muchos de ellos eran incapaces de enseñar ⁸; sino tambien simples fieles inspirados por el Espíritu Santo y autorizados por el consentimiento de los

¹ Ep. de Santiago.

² Mat. x, 23; xxiv; xxviii, 20; Juan xiv, 18, 21, 23.

³ Tes. iii, 11.

⁴ Rom. xvi, 4; I Cor. xvi, 19; Col. iv, 15.

⁵ Col. iv, 16; I Tes. v, 27.

⁶ Col. iii, 16; Ef. v, 19.

⁷ Ef. v, 14; I Tim. iii, 16. Plinio habla tambien de esto mismo con admiracion. Epp. l. X, ep. 97: «*Carmenque Christo tanquam Deo, dicere secum invicem, seque sacramento non in scelus aliquod obstringere, sed ne furta, ne latrocinia, ne adulteria committerent, ne fidem fallerent, ne depositum appellati abnegarent, etc.*»

⁸ Cf. I Tim. v, 17.

superiores. Entonces se manifestaban los diversos dones del Espíritu Santo, los dones de sabiduría, ciencia, profecía, discernimiento de los espíritus, lenguas¹, interpretación de lenguas² y el mismo don de milagros, que no estaba limitado á solo los Apóstoles. Pero á lo que mas particularmente debían tender los esfuerzos de los cristianos, era á obtener el don de la caridad³. El objeto principal de aquellas reuniones diarias, y lo que constituía su fundamento y su vida, era la solemnidad de la cena y de la fracción del pan en memoria de la muerte de Jesucristo, la que se celebraba desde un principio como el mismo Jesucristo lo hizo en la última cena, añadiendo una *ágapa* que era una comida de caridad⁴. Desgraciadamente se cometieron desde los primeros tiempos culpables excesos durante estas piadosas solemnidades⁵.

Los enfermos que no podían tomar parte en estas reuniones religiosas debían llamar á los sacerdotes para que les suministrasen la unción santa, y si se sentían cargados de pecados, debían confesarlos para recibir el perdón de ellos⁶.

Uno de los rasgos mas característicos de semejantes reuniones religiosas, de las que san Justino mártir⁷ ha sido el primero que nos ha dado una sucinta descripción, era el *beso de paz*⁸ que se daban los cristianos saludándose fraternalmente después de la oración.

¹ A pesar de los esfuerzos que se han hecho en estos últimos tiempos para explicar este don de lenguas de una manera diferente de la de los antiguos, que comprendían por esto «hablar lenguas extranjeras» (*Bleek*, en sus Estudios y Crít. 1839, I; *Billroth*, Coment. sobre las Ep. á los Corint. p. 166. Leips. 1833; *Neander*, «La Lengua nueva de la inspiración cristiana,» en su Historia del Est. etc. t. I, p. 10; *Olshäusen*, Coment. sobre las Ep. á los Cor. p. 657), no podemos separarnos de la opinión antigua que reposa sobre las explicaciones positivas de san Pablo, y sobre las circunstancias que acompañaron al establecimiento de las primeras iglesias cristianas. Véase á *san Juan Crisóst.* Hom. 39 y 34 sobre I Cor. y especialmente *Dieringer*, loco citato, t. II, p. 394-422.

² I Cor. xii.

³ I Cor. xiii.

⁴ Cor. xi, 20; Act. ii, 46.

⁵ I Cor. xi, 20-34.

⁶ Santiago, v, 14-16.

⁷ Just. martyr. Apol. loc. cit. 65-67.

⁸ Rom. xvi, 16; I Cor. xvi, 20.

También *ayunaban* los fieles, especialmente cuando trataban de emprender algún negocio importante ¹.

Por lo que toca al *tiempo* propio para estas asambleas, habia enseñado el Apóstol á los cristianos que todos los dias debian ser igualmente santos para ellos; lo cual no excluia la celebracion solemne de ciertos dias mas importantes en la obra de la redencion ². En la Iglesia madre de Jerusalem se celebraba tambien el dia del sábado. En Antioquia, los cristianos nacidos paganos celebraban con especialidad el domingo en memoria de la resurreccion de Jesucristo ³. Siendo la resurreccion y la pasion de Nuestro Señor los puntos fundamentales de la fe cristiana, los cristianos nacidos judíos agregaban á la santificacion del sábado la del domingo, no tardando en sustituir la una con la otra. No deja de ser verosímil que se celebrase la Pascua en los tiempos apostólicos, siquiera no se halle demostrado en el pasaje de san Pablo, I Cor. v, 7

§ LVII.

La disciplina.

Wette, Concordancia entre la doctrina y la disciplina de la Iglesia católica.
(Tub. O. Schr. aun. 1836, p. 371 y 386).

La infidelidad de los cristianos, de los cuales no todos correspondian á su sublime vocacion imitando á Jesucristo, exigió desde muy temprano ciertos reglamentos particulares. La autoridad instituida por Jesucristo para enseñar y gobernar su Iglesia, no solamente debia arreglar el culto en las asambleas religiosas, sino tambien vigilar á cada cristiano en su direccion moral, excluyendo de la comunidad al que pecaba muy gravemente, el cual no podia ser reintegrado sino después de pruebas evidentes de arrepentimiento y de enmienda ⁴. Esta excomunion se encontra-

¹ I Cor. vii, 5; cf. Mat. xvii, 20.

² Gál. iv, 9; Col. ii, 16; cf. Rom. xiv, 5.

³ Act. xx, 7; I Cor. xvi, 2; Apocalip. i, 10; *Ignat. Ep. ad Mágnes.* ix.

⁴ Cf. I Cor. v, 4, y II Cor. ii, 6, 11; Mat. xviii, 17.

ba-yá en el judaismo ¹. También se usaba de la misma severidad contra los que negaban ó alteraban alguna parte de la doctrina cristiana ². Transmitida por los Apóstoles, asistidos del Espíritu Santo, y por lo mismo infalibles, esta doctrina era considerada como la *pura doctrina de Jesucristo*, y de consiguiente la sola verdadera, sagrada y santificante como la *palabra de Dios*, la sola santa, eterna é inmutable. Es un singular desprecio y un deplorable error juzgar los tiempos apostólicos según el espíritu de los tiempos modernos, y pretender que los partidarios de la doctrina de Cristo apropiaron desde un principio á sus miras propias é individuales la palabra que recibieron de su Maestro, desarrollándola ó restringiéndola según su capricho.

Los Apóstoles reclamaban enérgicamente la mas completa sumisión en materias de fe, y en mutuo acuerdo de todos los miembros de la Iglesia en la *doctrina única* de la verdad ³. Si alguno, aunque fuese un ángel del cielo, enseña otra doctrina, sea anatematizado ⁴. Huid del que sea hereje, después de amonestarle dos ó tres veces. Con estas graves palabras, animados de este profundo espíritu, combatian los Apóstoles así por la autoridad de la palabra de Dios, como por la estabilidad de la Iglesia y por la realizacion de su sublime objeto. Toda sociedad religiosa se ve necesariamente perturbada, desde que se dividen las opiniones de sus miembros: así es que teniendo la Iglesia su verdadero fundamento en la union por medio de la fe, vacila y se conmueve en cuanto que esta union se halla amenazada. Sin embargo, supuesto que ha sido prometida á la Iglesia de Jesucristo una especial asistencia contra el poder del cual no pueden nacer herejías en su seno sin un especial decreto de la Providencia, y por lo mismo deben redundar en su provecho; pues al paso que ex-

¹ *Vitringa*, de Synagoga vetere. Francfort, 1696. *Winer*, Vocabul. de los nombres y de las cosas bíblicas, t. I, p. 156. *Jahn*, Archæol. bíbl. p. II, t. II, p. 349, sobre la triple excomunion.

² I Tim. I, 20.

³ Es necesario atender aquí á los pasajes siguientes: I Tim. VI, 3; II Tim. I, 12-14; IV, 3; I Cor. I, 10; Gál. I, 6-9; Efes. II, 21; IV, 11-16; Tit. III, 10; I Cor. XI, 18, 19; II Tes. II, 14, 15; II Pedro II, 1, en los cuales la oposicion está muy marcada.

⁴ Gál. I, 8, 9.

perimentan y ponen de manifiesto la fidelidad de los unos, demuestran que los otros no pertenecen verdaderamente á la Iglesia ¹.

¹ I Juan II, 19; cf. Luc. II, 34, 35.

CAPÍTULO V.

HEREJÍAS DE LA ÉPOCA. — TRABAJOS DE SAN JUAN. — FIN DEL SIGLO
APOSTÓLICO.

§ LVIII.

*Herejías de los ebionitas, de los nazarenos y de Cerinto, nacidas de la
mezcla del judaísmo y del cristianismo.*

FUENTES. — *Tillemont*, t. II, p. 1. *Hilgerz*, Exposit. crít. de las herej. t. I, part. 1, p. 97-123. *Gieseler*, sobre los nazarenos y ebionitas. (Archivos de Staudlin y de Tzschirner para la Historia eccles. antig. y mod. t. IV, p. 2.) *Neander*, Hist. ecc. t. I, p. 398.

Al combatir Pablo á los cristianos nacidos judíos, con los cuales muy graves consideraciones le habian obligado á tener cierta condescendencia, les habia dicho desde un principio ¹: «Temo «que inutiliceis todo cuanto habeis hecho por la fe cristiana.» Desgraciadamente se realizó su prediccion en demasía. En efecto, estos cristianos que antes habian sido judíos, manifestaban de hecho dudas sobre la omnipotencia creadora y la divinidad de Jesucristo ² por efecto de admitir á Jesucristo y la ley de Moisés como fuentes de la vida espiritual. Así fue que al verse mas adelante vencidos por el número siempre creciente, y mucho mas considerable, de los cristianos nacidos gentiles, y por el desarrollo del espíritu de libertad del Evangelio, se retiraron de la Iglesia y formaron una secta. Esta separacion definitiva puede fijarse en la época de la ruina de Jerusalem: por el mismo tiempo se dividie-

¹ Act. XXI, 20-26.

² Gál. v, 1.

ron tambien en dos sectas, la de los *rigoristas* y la de los *moderados*, los cristianos nacidos judíos que se habian mostrado hostiles en varias ocasiones á los cristianos. Esta division estableció desde-luego una diferencia mas general entre los *ebionitas* y *nazarenos*, cuyas doctrinas particulares nos dieron á conocer los primeros en el siglo IV san Gerónimo y san Epifanio.

Los *ebionitas*¹, cuyo jefe pudo muy bien ser el que Hegesipo llama *Thebutis* formaban el partido de los rigoristas. Evidentemente predominaba el judaismo en su doctrina, sin que tuviesen otro punto de contacto con los cristianos mas que el reconocer la dignidad de la mision del Mesías; pero en un sentido restricto, puesto que creian que Cristo no era mas que un hombre, engendrado segun las leyes naturales por José y Maria. Ellos se atenian rigurosamente á la ley mosaica, que creian obligatoria para todos los cristianos; siendo por esto por lo que odiaban mortalmente al apóstol san Pablo, al cual consideraban como apóstata².

Segun el testimonio, tal vez recusable, de san Ireneo y san Epifanio, solo admitian el Evangelio hebreo de san Mateo, como fuente de sus dogmas religiosos³. Por lo que toca á su nombre, es muy difícil averiguar si era una denominacion simbólica con que designaban su privacion de todos los bienes terrenos y su pobreza de espíritu⁴, ó un dictado irrisorio alusivo á la pobre opinion que tenian de Jesucristo⁵, ó una designacion histórica, relativa á un personaje llamado Ebion⁶. No es inverosímil, y hay pruebas históricas para confirmar esta hipótesis, que salidos de Jerusalem los ebionitas, entraron en su nueva residencia en re-

¹ Euseb. Hist. eccl. IV, 22; Just. Dial. cum Tryph. c. 38.

² Iren. Cont. haer. V, 1, p. 292. Epif. Haeres. XXX, 29, t. I, p. 154. Cuando Orig. Cont. Cels. V, 6, y después Eusebio, Historia eccl. III, 27, y Theodoret, Haereticar. fab. II, 1, dicen: «Algunos ebionitas creyeron en el origen sobrenatural de Jesucristo, y designan á los nazarenos, que Orígenes no distingue todavía de los ebionitas. Cf. el com. del lib. II, Cont. Cels. — Hieronym, Com. in Jes. I, 26. (Opp. ed. Martianay, t. III.) Tertul. de Praescr. c. 33, p. 243. Iren. Cont. haer. I, 26. Epif. Haer. XXX, 16, t. I, p. 140.

³ Iren. Cont. haer. I, 26. Epif. Haer. XXX, 3.

⁴ De la palabra hebrea *pobre*. Clementin. Hom. XV, c. 7-9.

⁵ Eusebio, Hist. eccl. III, 27.

⁶ Tertul. de Praescr. c. 48. — Epifan. Haer. XXX, 1.

laciones con los esenios, y particularmente con la clase mas elevada de esta secta, á saber, los elchesenios ¹, ó con uno de sus sectarios llamado Elchai. De aquí el carácter misterioso, ascético y teosófico que el ebionismo tomó del esenianismo y de algunas otras doctrinas ocultas del mismo género ². *Las Clementinas* ³ son obra de la secta de los elchesenios: se las llamaba así porque se atribuían á san Clemente Papa; pero ellas no han sido ciertamente escritas antes del final del siglo III, siendo su doctrina esencialmente judáica.

Los nazarenos (nombre primitivo de todos los cristianos entre los judíos) segun lo hemos dicho ya mas arriba, dehen el distinguirse de otras sectas, y el que sus doctrinas sean claramente conocidas, á san Gerónimo y san Epifanio. Segun el primero, no pretendian extender la obligacion de observar la ley mosaica mas que á los cristianos nacidos judíos; ni creían tampoco que la salvacion eterna dependiese de la conservacion y observancia de dicha ley, y por esto reconocian á san Pablo por Apóstol de las gentes ⁴. Creían que Cristo era Hijo de Dios, y engendrado sobrenaturalmente por María ⁵. Así es que san Gerónimo dice: *credunt in Christum Dei Filium, in quem et nos credimus*. Sin embargo, es dudoso que fuese ortodoxa su doctrina sobre Cristo, á juzgar por su manera de estar respecto de la Iglesia. El fundamento de su doctrina era al parecer un evangelio siríaco-caldeo ⁶ que, segun los fragmentos subsistentes aun, difiere esencialmente de nuestro Evangelio de san Mateo: este era probablemente el evangelio (*secundum hebraeos*,) ó de san Pedro, ó de los doce Apóstoles.

La doctrina de Cerinto se relacionaba en el fondo y en la forma con la de los ebionitas, no obstante que tenia formada de Cristo una idea mas elevada que la de estos últimos. San Ireneo ⁷ dice

¹ Segun san Epifanio, la secta de los esenios se dividía en cuatro clases, tres de las cuales se designan con los nombres de *esenos*, *sampsenenos* y *elchesenos*, que significa los hijos de la virtud oculta.

² Credner, sobre los esenios y los ebionitas; Winer, Gaceta teol. p. 2 y 3.

³ Act. xxiv, 5.

⁴ Hieronym. Comment. in Jes. 9, 1 sq.

⁵ Hieronym. Ep. 89 ad August. — August. de Haeresib. c. 9.

⁶ Credner, Suplem. I, p. 395 sq.

⁷ Iren. Contr. haer. III, 3 n. 4, p. 177.

positivamente que Cerinto era contemporáneo del evangelista san Juan; pero al decir de Tertuliano y de san Epifanio ¹, debió vivir por los tiempos de Adriano. Su patria es tan incierta como la época de su vida; y en lo que están todos de acuerdo es, en considerarlo como uno de los judaizantes mas rigoristas ². Su doctrina es una mezcla de judaismo y cristianismo, la cual se liga á la idea de los alejandrinos sobre un Dios supremo, ser misterioso, sin relacion alguna con el mundo visible: admitia tambien *la emanacion*; y consideraba el mundo creado por un ser subordinado al gran Ser, por un Ángel ³, siendo un Ángel, segun ellos, el que habia dado la ley á Moisés, y un Ángel el que adoraban los judíos bajo el nombre de Jehová. Para ellos Jesús, así como para los ebionitas, solo era un hombre notable por su sabiduria y su piedad, habiendo bajado en su bautismo sobre él el Logos supremo, el Cristo, el Espíritu de Dios y Espíritu Santo bajo la forma de una paloma llenando su alma. Él ha sido quien ha revelado al Padre desconocido hasta entonces, y el que ha obrado milagros, lo cual constituye la obra de la redención. Pero éste Logos abandonó de nuevo á Jesús, de manera que solo el hombre ha padecido y resucitado, quedando el Logos, por ser enteramente espiritual, del todo impasible ⁴.

Maravilla verdaderamente (pues es una verdadera inconsecuencia) que Cerinto, á pesar de sus falsas ideas sobre el Creador del mundo y el Autor de la ley mosaica, haya insistido tanto apoyándose en el ejemplo de Jesucristo, sobre el cumplimiento de ciertas partes de esta ley ⁵. Cerinto y sus partidarios solo admitian de los libros del Nuevo Testamento el evangelio de san Mateo, y odiaban especialmente los escritos de san Juan y de san Pablo.

¹ *Tertul.* de Praescr. c. 48, p. 352. *Epif. Haer.* XXVIII, 1 (t. I, p. 110). Cf. *Paulus*, Hist. Cerinthi (Introd. in N.-T.: c. selectioria. Jena, 1799).

² *Epif. Haer.* XXVIII, 2. *Philastrius* (Obispo de Brescia † por los años de 387), de Haeres. c. 36. (*Galland. Bibl. t. VII*, ed. *J. O. Fabricius*. Hamb. 1724, y otras frecuentes ed.).

³ *Iren*, Cont. haer. I, 26, n. 1. A virtute quadam valde separata et distante à principalitate, quae est super universa, etc. III, 11. *Epif. Haer.* XXVIII, 1. Cf. *Theodoret.* Haeret. fab. II, 1-3.

⁴ *Iren y Epif.* I, 1.

⁵ Ya vitupera san Epifanio esta inconsecuencia, *Haer.* XXVIII, 2.

También opuso al primero un libro que suponía inspirado, como el resto de sus doctrinas erróneas, y que intituló su Apocalipsis ¹: creía como los judíos que el Mesías había de establecer sobre la tierra un reino lleno de gloria; y fundándose en tradiciones contradictorias, opuestas al mismo tiempo á sus otras doctrinas idealistas y gnósticas ², aguardaba un segundo advenimiento de Jesucristo, un *reinado de mil años*. Esta opinión (llamada el *Quiliasmo*.³) fue adoptada mas adelante por nuestros cristianos á causa de una falsa interpretacion del c. xx, 3, del Apocalipsis, pero probablemente en un sentido mas puro, como se ve; por ejemplo, en san Ireneo, quien entendía por este reinado una preparacion á la verdadera beatitud ⁴.

§ LIX.

Herejías nacidas del paganismo. — Docetas. — Nicolaitas ⁵.

La Iglesia se vió amenazada desde su origen por los orgullosos sistemas de la filosofía, así como lo había sido por las pretensiones del judaismo ⁶. Los razonamientos vanos y engañosos de la filosofía griega y oriental, confundidos con las verdades de la fe cristiana, tendían á arrebatarles su carácter de revelación divina. Mientras que la doctrina de los ebionitas admitía particularmente la aparición corporal de la naturaleza humana de Jesús, adquirió crédito una doctrina enteramente contraria, siquiera conforme á la que sobre el mismo punto sostenían los alejandrinos: consistía esta doctrina en no considerar más que como una *apariencia* todo cuanto había de corporal en Jesucristo; fundándose semejante error en otro, á saber, que la ausencia de pecado en Jesús no podía conciliarse con la existencia de un cuerpo real. Ya los Apóstoles

¹ Eusebio. Hist. eccl. III, 28.

² Según lo que cuenta el sacerdote rom. Cayo en Eusebio, Hist. eccl. III, 28, y Dionis. de Alejand. id. VII, 25.

³ Klee, Tentamen theol. de Chiliasmo. Mogunt. 1825.

⁴ Iren. Cont. haer. V, 33, 34, p. 332 sq.

⁵ Cf. §§ 44 y 54.

⁶ Col. II, 8; I Tim. VI, 20, etc.

se habian pronunciado énérgicamente y con indignacion contra una doctrina que amenazaba reducir toda la vida de Jesús á una historia fantástica. La refutacion del *docetismo* fue tambien uno de los puntos principales de las Cartas apostólicas de san Ignacio ¹.

Segun san Ireneo, los nicolaitas ² convienen en parte con Cerinto y en parte con los gnósticos, aparecidos mas tarde, y en cuanto á su origen pretendian ellos partir de Nicolás, uno de los siete diáconos; tambien habla de ellos el Apocalipsis, c. II, 6, 14, 15. Se les confunde con los bileamitas, cuyo nombre parece una traduccion del suyo. Se les acusaba de comer viandas ofrecidas á los ídolos, y de tener principios morales muy relajados y disolutos. Clemente de Alejandria habla de una secta ³, que tambien se decia originaria de Nicolás, el cual reprendido por los Apóstoles á causa de los celos que le inspiraba la belleza de su mujer, lá habia llevado á presencia de ellos y separádose de ella. Interpretando falsamente las palabras del diácono que habia dicho; «Es necesario *abusar* de la *carne* (enfrenarla), » habian sacado de esto consecuencias inmorales á las que atribuye Clemente el origen y los progresos de esta secta. Es muy probable que los hombres indiferentes y sensuales, reprendidos por los Apóstoles ⁴ en el Nuevo Testamento, sean los *nicolaitas*: esta doctrina de indiferencia sensual se extendió muy particularmente en el Asia Menor después de la partida y la muerte de san Pablo, y obligó á dirigirse á Éfeso al apóstol san Juan (por los años 67), á fin de oponerse vigorosamente á su propagacion.

¹ I Juan, I, 1-3; IV, 2; II Juan, 7. *Ignat. ep. ad Efes.* c. 7-18; ad Smyrn. c. 1-8; ad Trallian. c. 9, etc. *Niemeyer*, de Docetis. Hal. 1823.

² *Iren. Cont. hæres.* I, 26; III, 11; *Clem. Alexandr. Strom.* II, 20; III, 4, ed. Potter. Venet. 1737, t. I, p. 490 sq. y 522 sq. *Lange*, los Judíos cristianos, los ebionitas y los nicolaitas de los tiempos apostólicos. Leipz. 1848.

³ *Clem. Alex. A. c. Buseb. Hist. eccl.* III, 29; *Coteler. Const. apostol.* VI, 6; mas adelante, *Cassian. Coll.* 25, 16; *Epifan. Hæres.* XXV, t. I; *Philastr. c.* 33; *August. de Hæres.* c. 8 (ed. Bened. t. VIII).

⁴ *Petr.* II, 13; *Jud.* 2, 4, 19, 11.

§ LX.

El apóstol san Juan. — Su lucha contra los herejes.

FUENTES.—*Tillemont*, t. I, p. 111. San Juan, apóstol y evangel. art. 1-12; notas 1-19. *Hug.* Introd. al Nuevo Test. t. II. *Lücke*, Comm. sobre los escritos del Evangel. San Juan, Bonn, 1833.

El discípulo bien amado que había reposado sobre el seno del Salvador había sido testigo de la última catástrofe de Jerusalén y de todos los acontecimientos contados hasta aquí, participando así de los dolores como de las alegrías de la Iglesia. Los *Actos de los Apóstoles* después de haber contado la parte que tomó en los trabajos de los Apóstoles en Jerusalén, en sus cercanías y en la Samaria no hablan nada mas de él. Según todas las tradiciones, abandonó muy tarde á Jerusalén y se dirigió á Éfeso, á continuar la obra comenzada por san Pablo ¹, y á consolidar su iglesia y extender su radio. Nada mejor probado que el destierro de san Juan en la isla de Patmos, cualquiera que sea por otra parte, según las diversas tradiciones, la época en que se verificó, ya bajo Domiciano, Claudio ó Neron ². En sus admirables decretos destinó Dios precisamente á las regiones donde se propagaban las sectas de los ebionitas, docetas y Cerinto, al Apóstol que había demostrado un alma mas pura, y una inteligencia la mas profunda en la revelacion de los misterios divinos. Y fue verdaderamente una dicha inapreciable para la Iglesia primitiva que san Juan pudiese defender la verdadera naturaleza de Jesucristo con su autoridad apostólica, su ardiente y puro celo, y su ingenio original y sublime. Sus trabajos fueron benditos y duraderos, pues se continuaron por los numerosos discípulos que había reunido en torno suyo ³. Tales fueron Papias, Policarpo de Esmirna é Ig-

¹ *Clem. Alex.* en *Euseb. Hist. eccl.* III, 23; *Iren. C. haer.* III, 1; *Orig.* en *Euseb. Hist. eccl.* III, 1.

² *Eusebio*, *Hist. eccl.* III, 18, 20; *Tertul. de Praescr.* c. 36; *Epiph. Haer.* LI, 33.

³ *Iren. Cont. haer.* II, 22; *Euseb. Hist. eccl.* V, 20.

nacio de Antioquía: estos obispos mártires, tan estrechamente unidos por la caridad de Jesucristo, fueron los guardianes y defensores de la pura doctrina de Jesucristo contra peligrosos novadores.

San Juan no combatía solamente de viva voz, como lo cuentan las antiguas tradiciones, á los ebionitas, á Cerinto y á los nicolaítas ¹, haciéndolo también por escrito y redactando su Evangelio lleno de inteligencia, el cual es el mas sublime modelo de la verdadera contemplacion mística, y su primera epístola que viene á ser su prefacio. Con todo, no hay que buscar en esta polémica de san Juan una lucha abierta contra los herejes. El Apóstol dogmatiza y refuta el error por medio de la exposicion de la verdad y de una doctrina positiva ², siendo bajo este punto de vista histórico, bajo el cual se hallan victoriosamente refutados los errores de que acabamos de hablar, y otros varios, especialmente en el sublime prólogo de su Evangelio. El Logos ³ que todo lo ha creado y sin el que nada ha sido criado, no es un ser puramente humano (*ebionitas*) ni un Dios inferior al Dios supremo, sino un Dios coeterno y consustancial á Dios Padre ⁴. Este Logos eterno no ha descendido solamente sobre Jesús en el momento de su bautismo, sino que se ha hecho carne; se ha hecho hombre (*Cerinto, Docetas*). Juan, que no era mas que un hombre, no era la luz deseada por las naciones, sino el enviado para dar testimonio de la verdadera luz, que se habia hecho visible encarnándose en Jesucristo (*discípulos de san Juan* ⁵). No es por la ley mosaica por la que somos admitidos en la sociedad del Verbo, y por la que se obtiene el poder de hacerse Hijo de Dios (*cristianos judaizantes*), sino por la fe en la mision divina de Jesucristo ⁶. Con la misma mirada de águila des-

¹ *Iren. Cont. haer.* III, 11, n. 1.

² *Neander, Hist. del establec. y propag. de la Igl. Crist. por los Apóstoles*, p. II. Tal es también el carácter de la polémica de su discípulo san Ignacio; cf. ep. ad Smyr, c. 5.

³ Véase sobre la palabra Logos en el sentido de san Juan, y su diferencia con el de Filon, *Gaceta filos. y teológ. de Bonn.* p. 28, p. 90-117. *Staudenmayer, Filosofía de Jesucristo*, t. I, p. 440-463.

⁴ Juan, I, 1, 3.

⁵ Juan, I, 6-8.

⁶ Juan I, 12; XVII, 3.

cubre el que ve en su Apocalipsis ¹ los destinos de la Iglesia victoriosa de todas las revoluciones, que deben agitarla hasta el día en que ha de ser renovado todo, y en que la Jerusalén terrestre será transformada en una ciudad divina. Este celo, este ardor apostólico tan vivo en su Evangelio y en sus epístolas, no se amortiguaron con los años en el Apóstol centenario. Así es que sin temer al peligro iba á buscar hasta en las guaridas de los ladrones á uno de ellos que cuando joven había tiernamente amado ²; así es que condenado por la flaqueza de la edad á no poder obrar ya activamente fuera de su fiel rebaño, no cesaba de repetirle la palabra mas profunda de la vida interior: «Hijos míos, amaos los unos á los otros ³.» Su edad avanzada parecía confirmar á los ojos de muchos la tradicion de que no moriria ⁴, cuando bajo el reinado de Trajano espiró en medio de los que había amado hasta el fin, sereno, apacible ⁵, y dichoso por haber visto á la Iglesia de Jesucristo extendida por toda la superficie del mundo conocido.

§ LXI.

Conclusion.

Con san Juan ⁶ nos separamos de los Apóstoles y de los tiempos apostólicos.

El Señor es sin duda constantemente misericordioso, y su gracia y su poder se manifiestan siempre en sus elegidos; pero de aquí en adelante no veremos ya extenderse su gracia sobre la tierra por medio de la plenitud de los milagros, como en los tiempos en que anunciaron el Evangelio los mismos que habían vivido con

¹ *Hugo*, Introd. al Nuevo Test. p. II. *Scholz*, Gac. de Bonn, p. 18, p. 72-81; el mismo, Explic. del Apocalip. t. IV. Véase tambien á *Bossuet*. Cf. *Boost*, Explicacion del Apoc. Darmst. 1835. El Espíritu del Apoc. por Mons. Fr. de *Bovet*, arzobispo de Tolosa, — por el señor marqués del *Bouchet*. Paris, 1841.

² *Clem. Alex.*

³ *Hieronym.* Comment. ad Galat.

⁴ Juan, XXI, 22.

⁵ *Euseb.* Hist. eccl. III, 1, 34; *Hieronym.* de Viris illustr. c. 9.

⁶ *Rauscher*, Hist. de la Iglesia, t. I.

Jesucristo, Hijo de Dios vivo; de aquí en adelante se engañará la prudencia humana en todos sus cálculos, y no será mas que una irrisión la sabiduría del mundo. Una doctrina que humilla el orgullo con sus misterios, que mortifica los sentidos, que reprueba el deseo de los bienes terrestres, que condena toda esperanza mundana, que exige sacrificios, que predice la persecucion y solo promete alegrías invisibles; una doctrina anunciada por hombres desprovistos de letras y de ciencia, por los galileos despreciados; esta doctrina nueva y extraña es escuchada, y el judío se despoja del orgullo de los hijos de Abraham y de Moisés, renunciando al reino terrestre del Mesías; y el helenista abandona las columnas del pórtico y las umbrías de la Academia, haciéndose discípulo del Galileo, y el romano olvida el Capitolio y se humilla contento; y el pagano abandona sus complacientes ídolos para someterse á la estrecha ley de la abnegacion y de la penitencia. Ya no hay mas que un solo pueblo desde el Oriente al Occidente, desde Ctesifonte á Roma ¹. ¿Quién puede descono-

¹ Hubo desde los tiempos mas antiguos, muchos escritos atribuidos á los Apóstoles, los que no están comprendidos en el Cánón del Nuevo Testamento. Estos escritos debieron su origen en parte á las tradiciones, ó ya á un fraude piadoso, *fraus pia*, de que se echaba mano para darles mas autoridad é influencia. Cf. *Fabric. Cod. apocriph. etc.* Véase mas arriba en el § 42, la nota, y á *Ruttenstock*, *Inst. hist. eccl. t. I*, p. 161-169. Los libros llamados *Cánones* (85), *Constitutiones* (lib. VIII) y el *Symbolum Apost.* gozan de una autoridad muy grande. Las dos primeras obras son evidentemente antiguas. Cf. *Tillemont*, t. II, p. 1. *Natal. Alex. Hist. eccl. saec. I*, diss. 18, t. IV, p. 409 sq. Cf. la excelente crítica de *Drey*, ep sus *Nuevas Investig. sobre las Const.* y los *Cánones de los Apóst.* *Suplem. crit. é hist. á la literat. de la hist. eccl. Tub. 1832*; obra preparada por numerosos trabajos, especialmente de *Beveridge*, en sus notas sobre los *Cánones apostól.* y en su *Can. Ecclesiae primitivae vindicatus et illustratus*. Lond. 1678, in 4.

El antiguo valor del *Símbolo apostólico* reposa sobre la tradicion, segun la cual los Apóstoles antes de abandonar á Jerusalem para dirigirse á las diferentes partes del mundo que les habian tocado en suerte, redactaron una corta fórmula de fe que debía servir de norma para su enseñanza, y de regla de fe para los cristianos. Véase á *Rufino* en la *Expos. Sym. apost.* y en la *Homil. de Sym.* atribuida á San Agustin. Cf. *Fabric. V*, III, p. 339 sq. *Nat. Alex. Hist. eccl. saec. I*, diss. 12 (t. IV, p. 299-311), justifica esta tradicion, así como *Bolland. Act. Sanct. ad diem 15 Jul.* Por el contrario *Tillemont, du Pin*, y otros, la rechazan. Aun cuando este símbolo no haya sido redactado por los Apóstoles, es

cer en esto la intervencion inmediata del Señor, maestro de la Iglesia?

(Véanse al fin del tomo los DOCUMENTOS JUSTIFICATIVOS, núm. II).

seguro que ellos permanecieron siempre unánimes en su enseñanza, merced á esta regla de fe corta y precisa; transmitida primero esta fórmula de viva voz, se escribió mas adelante, antes del final del siglo I, aumentándose desde que principiaron á germinar las primeras herejías.

SEGUNDA PARTE.

DESARROLLO EXTERIOR DE LA IGLESIA CATÓLICA.

CAPÍTULO I.

I. PROPAGACION DEL CRISTIANISMO.—II. PERSECUCIONES DE LA IGLESIA CRISTIANA.

FUENTES.—*Fabricii Salutaris lux*, etc. *Blumhardt*, Ensayo de una historia universal de las misiones. *Le Quien*, *Oriens christianus*. Paris, 1740, 3 v. *Ostander*, Prop. de Christ. (Arch. de Staulin et de Tzschirner, t. IV, p. 2.)

§ LXII.

Propagacion de la Iglesia cristiana en Asia.

Desde los tiempos apostólicos se extendió la Iglesia en un vasto territorio, siendo muy numerosas desde un principio las iglesias particulares. Desde entonces se trató ya de engrandecer las iglesias fundadas y de crear otras nuevas en nuevas regiones, lo cual se realizó muy pronto, no solamente en los límites del imperio romano, sino también en los países limítrofes. La Providencia se sirvió precisamente de los desórdenes de una guerra incesante, para propagar la religión de la paz. Los ejércitos que invadían los territorios del imperio, dejaban en él muchos guerreros cautivos: estos prisioneros oían hablar del cristianismo durante su cautividad, y aprendían á conocer su virtud civilizadora así por ellos mismos, como por los numerosos ejemplos de que estaban rodeados. Conseguida su libertad, llegaban á ser entre

sus bárbaros compatriotas, los predicadores de la religion de sus enemigos.

La ruina de Jerusalem habia debilitado sin duda, pero no enteramente extinguido la adhesión de los judíos del Asia á la ley mosaica. Cuando esta ciudad se levantó de entre sus ruinas, los cristianos emigrados antes de ser destruida, volvieron á ella con Simeon su obispo. Los trece obispos que sucedieron á este hasta el reinado de Adriano, fueron, como Simeon, de origen judío, continuando por lo mismo la comunidad en la observancia de la ley judaica. Pero cuando el famoso falso Mesías Bar-Cochba, es decir, el hijo de la estrella ¹, hubo determinado la devastación de toda la Palestina por medio del levantamiento de los judíos, fue disuelta la comunidad judaico-cristiana de Jerusalem. Los desterrados se unieron á los cristianos, anteriormente paganos de *Elia Capitolina*, nuevamente construida en sus cercanías, y cuyo primer obispo Marcos, era de origen pagano como lo fueron sus sucesores. *Cesarea* era en Palestina una iglesia mas importante que *Elia*. *Antioquia*, de la cual habia sido obispo san Pedro, y la que segun Evodio sucesor de este, habia sido glorificada con el martirio de san Ignacio, continuó siendo la primera y la mas floreciente de las iglesias del Oriente ². En *Siria* florecian las iglesias de Seleucia, Berea, Apamea, Hierápolis, Ciro y Samosata. En la *Osroëne* se edificó en el año de 228 una iglesia cristiana en Ede-sa, capital de la provincia. Se citan en *Mesopotamia* desde un principio las comunidades de Amida, de Nisibe y de Cascar. Los cristianos de Armenia recibieron una carta de Dionisio de Alejandria sobre la penitencia ³. Maris, discípulo del apóstol san Tadeo, fue, segun dicen, obispo de Seleucia, en Caldea, cerca del Tigris. La iglesia de *Seleucia* importante desde su origen por sus relaciones con *Ctesifon*, llegó á ser un plantel para el reino de los Partos, llamado mas adelante reino Pérsico. Panteno, jefe de la escuela de los catecúmenos de Alejandria, propagó activamente el cristianismo en la India (ó sea la Arabia Feliz ⁴). La semilla arrojada

¹ Num. xxiv, 17.

² Euseb. Hist. eccl. III, 36.

³ Eusebio, Hist. eccl. VI, 46.

⁴ La Arabia Feliz, porque *Philostorg.* Hist. eccl. II, 6, llama á los Home-

por el apóstol san Pablo en la Arabia dió abundante fruto ¹. Mas adelante un jefe de esta region pidió ser instruido por Orígenes en la doctrina evangélica; y á pesar de las fatigas de tan largo viaje, el piadoso teólogo de Alejandria cumplió este encargo, digno de un verdadero servidor de Dios. Tambien fue este ilustre Doctor el que atrajo á la verdadera fe de Jesucristo al obispo Berilo, de Bostra, en la Arabia Petrea ². Por último, el cristianismo tuvo tambien numerosos adictos en Persia, por los siglos II y III ³.

§ LXIII.

Iglesias cristianas en África.

FUENTES. — *Wetzer*, *Makrizii historia Coptor. christianorum in Aegypto*. Solisb. 1828.

El Egipto habia visto desde muy temprano al evangelista san Marcos gobernar como primer obispo la iglesia de Alejandria. Pero desde entonces y hasta el principio del siglo III, contuvieron la fundacion de iglesias nuevas, y especialmente la institucion de gran número de obispos, la gran influencia de los judíos en el bajo Egipto, la Libia y la Pentápolis, la devastacion y despoblacion de aquellas provincias, ocasionada por el levantamiento de los judíos en tiempo de Adriano, y en fin el número considerable de gnósticos ⁴.

Los ánimos estaban tanto mas dispuestos á recibir entonces el cristianismo, cuanto mas se iban separando del sombrío culto del Egipto; y reconociendo, merced á las lecciones de los grandes teólogos de Alejandria, que solo la doctrina cristiana satisface las necesidades de la humana naturaleza.

ritas y Sabeos, Indios, y porque *san Gerónimo*, de Vir. ilustr. c. 36, cuenta que Panteno halló entre ellos el Evangelio de San Mateo, el que debian de haber recibido de san Bartolomé, cuyos trabajos apostólicos en la Arabia Feliz están confirmados. Cf. *Tillemont*, t. I, part. 3. *Moshém*, Comment. de reb. Christ. ante Constant. M. p. 306. *Euseb.* Hist. eccl. V, 10; VI, 19.

¹ Gál. I, 17.

² *Eusebio*, Hist. eccl. VI, 30, 33.

³ *Arnob.* (Hacia el año de 297) ad gentes, II, 7. (*Galland. Bibliot.* t. IV).

⁴ *Eusebio*, Hist. eccl. II, 16; VI, 2.

Los orígenes de la Iglesia cristiana ¹ en el África Occidental, son muy oscuros. Es verosímil que Roma enviase allí desde muy temprano obreros evangélicos. Cartago llegó á ser la metrópoli de las iglesias de África; resultando de aquí que se extendiese en Numidia y Mauritania la doctrina cristiana con tanto éxito, que *Tertuliano*, el ilustre sacerdote de Cartago († hacia el año de 240) ², dice, que el número de los cristianos sobrepujaba al de los paganos en las ciudades del África. Á fines del siglo II reunia ya *Agripino*, obispo de Cartago, un sínodo de setenta obispos de África y de Numidia, y el ilustre san Cipriano, los de las tres provincias en número de ochenta y siete ³.

§ LXIV.

Extension del cristianismo en Europa ⁴.

FUENTES.—*Holzhausen*, Fund. de la Igl. crist. en las prov. somet. al obisp. de Roma. (*Igen. Gaceta hist.* t. VIII).

El apóstol san Pablo y sus compañeros habian sembrado el cristianismo en la Grecia y las regiones vecinas. La mas floreciente de las iglesias de Italia era sin contradicción la de Roma, ciudad dichosa, vivificada por la palabra, regada con la sangre y glorificada con la muerte de los príncipes de los Apóstoles. Una multitud de cristianos (*ingens multitudo*), segun el mismo Tácito, fueron cruelmente martirizados y muertos durante la persecución de Neron ⁵. Á mediados del siglo III, la iglesia de Roma tenia setenta y seis sacerdotes, siete diáconos, siete subdiáco-

¹ *Münter* Primordia Eccl. Afric. Hafn. 1839.

² Ad Scapul. c. 2: Tanta hominum multitudo pars poene major civitatis cujusque; et c. 5: Quantis ignibus, quantis gladiis opus erit? Quid ipsa Carthago passura est decimanda à te? p. 86 et 88. Apologet. c. 37. Hesterni sumus et vestra omnia implevimus, urbes, insulas, castella, municipia, conciliabula, castra ipsa, etc. p. 33.

³ *Cypr.* ep. 71 y 73. *August.* de Baptismo, II, 13; *Mansi*, t. I, p. 967-92. *Harduin*, t. I, p. 159-180.

⁴ Cf. § 50.

⁵ *Tertul.* de Praescr. c. 36; *Tacit.* Annal. XV, 44.

nes, cincuenta lectores y un gran número de clérigos inferiores. Varias iglesias de la Italia fueron fundadas por los discípulos inmediatos y contemporáneos de los Apóstoles *. Así encontramos á san Rómulo en Fiesola, á san Apolinar en Ravena, á san Anatalio en Milan, á san Marcos en Aquileya, á san Zamas en Bolo-
nia. Bari en la Apulia, se gloria de haber recibido de san Pedro á su primer obispo san Marcos, que fue martirizado en tiempo de Domiciano; teniendo la gloria de conservar tradiciones semejan-
tes las iglesias de Benevento, Capua, Nápoles, Palermo y Siracusa, en Sicilia: tambien se encuentran en Verona, Pisa, Flo-
rencia y Sena *. No se puede afirmar positivamente que el apóstol san Pablo haya anunciado el Evangelio en España (*), como tampoco se puede afirmar lo mismo del apóstol Santiago, hijo del Zebedeo *, cuyo pretendido sepulcro en Compostela, fue visitado por la piedad de los españoles (**), desde la mas remota antigüedad. Lo que está plenamente probado por una inscripcion descubierta allí, es que el Evangelio fue anunciado en aquel país desde el siglo I *. En el siglo III hace mención la historia de las iglesias de Leon, Astorga, Zaragoza (Cesar-Augusta), Tarragona, etc. Diez y nueve obispos españoles asistieron al sínodo celebrado el año de 306 en Elvira * (*Iliberis*). El obispo san Fructuoso y sus diáconos san Augurio y san Eulogio *, ilustraron con su

* *Selvaggio*, Antiq. Crist. lib. I, c. 5-7, p. 1. Mogunt. 1787.

* Cf. *Joann. Lami*. Deliciae erudit. t. VIII; t. IX, praef.

(*) Todos los puntos que toca aquí el autor relativamente á las cosas de nuestra Península, serán luminosamente discutidos en la *Historia eclesiástica de España*, que publicará la *Librería religiosa*, y de la que se ha hablado ya en el prólogo de la presente. Entre tanto, los que quieran examinar por sí las opiniones que hay sobre la venida á nuestro suelo de los apóstoles san Pablo y Santiago, pueden ver lo que dice el P. Flores en su *España sagrada*, tomos I y II.

(Nota del traductor).

* *Natal. Alex.* Hist. eccl. saec. I, diss. 15, sobre San Pablo y Santiago (t. IV).

(**) Y extranjeros, pues toda la historia lo dice á una voz.

(Nota de los editores.)

* *Gruterii* Thesaur. inscription. n. 9. La autenticidad de esta inscripcion se halla defendida por *Walch*, *Persecutio christianor.* Neron.; y está puesta en duda por *Scaliger*, y varios otros. Cf. *Iren.* Contr. haeres. I, 10, p. 49. Annot. p. 43. *Tertul.* Adv. Jud. c. 7, p. 212.

* *Mansi*, t. II.

* Act. de los márt. *Ruinart*, p. 210.

glorioso martirio la Iglesia de España, durante la persecucion de Valeriano.

Mucho antes de la introduccion del cristianismo, el pueblo de las Galias habia estado sometido á la influencia y á la direccion religiosa y política de la fuerte y poderosa jerarquia de los druidas¹; después de las victorias de los Césares, las leyes romanas restringieron el imperio de la religion nacional, é infiltrándose poco á poco en las creencias populares la mitología romana, debilitó por lo mismo la fe primitiva. Entonces fue cuando el Asia Menor envió apóstoles del Evangelio á los galos perturbados y descontentos²; y desde el siglo II, la historia cita con orgullo las iglesias florecientes de Lyon y de Viena. Tambien cita al obispo Fotino, discípulo de san Policarpo, martirizado en el año de 177, á otro mártir formado igualmente en la escuela de Policarpo, san Ireneo, el vigoroso é inteligente adversario de los gnósticos († 202) y á Postumio, á quien su piedad y su amor á Jesucristo habian llevado del Asia á las Galias después de san Ireneo, para trabajar allí con celo en el establecimiento del cristianismo.

Gracias al obispo de Roma san Fabiano³, se fundaron á mitades del siglo III, segun se cuenta, las iglesias de Tolesa, Narbona, Arlés, Clermont, Limoges y Paris, (Dionisio, obispo de Paris, ha sido confundido en la edad media con Dionisio el Areopagita). No tardaron las iglesias de las Galias en adquirir activas relaciones con las de Italia y África. Cipriano rogó al obispo de Roma san Cornelio, que exigiese de los obispos galos la deposicion de Marciano, obispo novaciano de Arlés. Poco después se elevaron rápidamente las iglesias de Marsella y de Nantes. Los obispos de Reims, Ruan, Vaison y Burdeos y los enviados de otras

¹ *Caesar*. de Bell. Gall. I, 31; VI, 1-216. *Mone*, Hist. del Pagan. en la Europa sept. t. II; Leips. y Darmst. 1822, t. II, p. 35-8. Opinion sobre los druidas, por Mr. el conde de J. (Univ. cathol. 1843, p. 389-95).

² La fundacion de la iglesia de Paris por *Dionisio el Areopag.* (Act. xvii, 34), se ve negada por *Sirmond*, *Lainoy*, *Petau*, y otros. Cf. *Petr. de Marca*, ep. de Evang. in Gallia initiis (*Valesii* ed. Hist. eccl. *Eusebio*); y está defendida por *Natal. Alex.* Hist. eccl. I, saec. diss. 16, t. IV, p. 343 sq. Cf. *Eusebio*, Hist. eccl. V, 1.

³ Esto reposa solamente en el único testimonio de *san Gregorio de Tours*. Hist. Francor. I, 28; X, 31.

iglesias, celebraron en Arlés un concilio contra los donatistas ¹. San Ireneo nos enseña ya que el cristianismo se habia esparcido en las dos Germanias, es decir, en el país que costea la orilla izquierda del Rhin hasta Bélgica ². Es cierto que la iglesia de Tréveris, á la sazón capital de la Galia-Bélgica, y las de Metz y de Colonia existían ya al fin del siglo tercero, y que sus primeros obispos fueron Eucario, Clemente y Materno. Materno, obispo de Colonia ³, después de haber tomado parte en las decisiones llevadas á Roma, contra los donatistas (313), se encontró inmediatamente á esto y en union de su diácono Macrino, en el concilio de Arlés (314), al cual asistían además el obispo Agrosio y el exorcista Felix, de Tréveris ⁴. Lo que no está muy averiguado es el origen de otras tres iglesias que datan de la misma época, á saber, Tongres, Espira y Maguncia, cuyo primer obispo debe de haber sido san Crescencio. Con mas certeza se sabe como fueron fundadas las iglesias de las regiones del Danubio, de la Nórica, de la Rectia y de la Vindelicia, en las cuales esparcieron las primeras semillas del cristianismo los soldados cristianos residentes en los campamentos y colonias romanas de aquel territorio. La mas antigua de aquellas iglesias es la de Lorch (Lauracum), cuyo obispo Maximiliano recibió la corona del martirio en Celeda (Cilly en la Carniola), su ciudad natal (285). Igual gloriosa muerte arrebató al obispo Victorino (303), á la iglesia de Petavia (Pettau en Estiria), y á san Afre á la de Augsburgo ⁵.

De la misma manera habia sido extendido el cristianismo desde el final del siglo II, especialmente por medio de los prisioneros, entre los godos, gentes belicosas y bárbaras que habitaban

¹ Cf. Harduin, t. I, p. 267; Mansi, t. II, p. 476.

² Iren. Contr. haeres., I, 40, p. 45.

³ Opt. Milevit. de Schism. Donatist. I, 23.

⁴ Hug. Calmet, Hist. de Lorena, t. I, p. 7. Nic. ab Hontheim. diss. diplom. Trevirensis in prodrómo, t. I, p. 64 (diss. de aera fundati episcopatus Trevir.). Tillémont, t. IV, p. 1082. Bolland. Acta Sanctor. Jan. t. II, p. 922. Los tres tratan de probar que Eucario vino á Tréveris, y que Materno no apareció en aquellas regiones hasta principios del siglo IV.

⁵ Chronicon Laureacens. et Petaviens. Archiep. et Episc. (Pezzi, t. I, Script. rer. Austr.); sobre san Afre cf. Ruinart.

la Mesia y la Tracia, turbando las regiones vecinas, con repetidas invasiones ¹.

En la Bretaña, mas allá del canal de la Mancha, así como en las Galias, habían disminuido notablemente la influencia druidica, la dominación, la mitología y la civilización romanas, dando el cristianismo en estas regiones insignes pruebas de su virtud civilizadora. Cuando la Iglesia de Inglaterra, apoyándose en testimonios posteriores, como los de Eusebio y de Teodoreto ², pretende, para colocar á un Apóstol á la cabeza de su episcopado, que san Pablo fue á anunciar el cristianismo á la Gran-Bretaña, no puede presentar pruebas que justifiquen sus piadosos esfuerzos; pero lo que está plenamente confirmado, es que desde muy temprano se fundaron allí, merced á los soldados y á los colonos romanos ³, comunidades cristianas, de las cuales hablan Tertuliano y Orígenes á principios del siglo III. El venerable Beda afirma que un jefe breton, llamado Lucio, pidió y obtuvo maestros cristianos á Eleuterio, obispo de Roma, en tiempo de Marco-Antonino. El edicto de proscripción de Diocleciano ⁴ hirió rudamente y de varios modos á la Iglesia de Bretaña (303), habiendo sido su primer mártir san Albano. En el sínodo de Arlés, tan frecuentemente citado, aparecieron ya tres obispos bretones de *Eboracum* (York), de Londres y de Lincoln.

De esta suerte se propagó por todas partes el cristianismo. Esquemos por un momento á los santos Padres, cuyo lenguaje acaso parezca algo enfático en esta circunstancia ⁵. No hay pueblo, dice san Justino, griego ó bárbaro, en el que no se dirijan oraciones y acciones de gracias al Padre y al Criador del mundo en nombre de Cristo crucificado. San Ireneo no habla solamente en

¹ Sozomen. Hist. eccl. II, 6; Philostorg. Hist. eccl. II, 5.

² Euseb. Demonstr. evangel. 3 y 7. Theodor. Comment. in II Timoth. IV, 17 et in Ps. 116. (Opp. ed. Schulze, t. IV, p. 829 sq.)

³ Tertull. ad. Jud. c. 7. Origen. in Math. tract. 28. Cf. Usseri Britannicar. Eccles. antiquit. Lond. 1687. Bingham, Orig. eccl. t. III, p. 587 sq. Bonn, Gaceta de Fil. y Teol. catól. 15.^a entrega, p. 88-103. Thieles, Comment. de Eccl. Britannicæ primordiis, P. 1. Dal. 1839.

⁴ Gildas, Querulus de exidio Britann. Galland, Bibl. t. XII.

⁵ Justin. M. Dial. c. Tryph. 117. Iren. Contr. haer. I, 10. Tertul. adv. Jud. c. 7, Apóloget. c. 37.

general de las iglesias cristianas extendidas en el mundo hasta los confines de la tierra, sino tambien cita particularmente las de la Libia, el Egipto, los celtas, los iberos, y aun los germanos: «Entre los partos, los medos, los elamitas, exclama lleno de entusiasmo Tertuliano, entre los habitantes de la Mesopotamia, de la Armenia, de la Frigia y de la Capadocia; en el Ponto, el Asia Menor, en Egipto y la Cirene; en medio de las diversas razas de los gétulos y los moros, y las poblaciones de España, de la Galia, de la Bretaña y de la Germania, donde quiera y en todas partes encontramos fieles. Los cristianos, dice además el mismo, son demasiado numerosos para levantar ejércitos no inferiores á los de los partos y los marcomanos.»

En medio de estas triunfantes enumeraciones, no debe olvidarse sin embargo que en todas partes, y frente á frente de los cristianos, se encontraba una poblacion todavía mas numerosa de paganos, como lo prueban, ya la necesidad en que se encontraron Constantino Magno y sus sucesores de combatir el paganismo por todo el imperio, por medio de severos reglamentos; ya la posibilidad en que estuvo Juliano, cincuenta años después del reconocimiento público del cristianismo, de ensayar restaurar el paganismo, restableciéndolo como religion del Estado.

§ LXV.

Causas de la rápida propagacion del cristianismo.

Estas causas se encuentran en parte en las circunstancias exteriores; pero mas todavía en el mismo espíritu del cristianismo. Bajo el primer respecto, hay que tener presente que en casi todos los pueblos de la tierra, existian profecías que anunciaban la venida del Mesias ¹ las cuales se habian esparcido mucho entre los romanos. En segundo lugar, la universal tradicion de un comercio inmediato de la Divinidad con el género humano, y los sa-

¹ Entre los chinos, véase *Windischmann*, *Hist. de la Filos.* t. I, p. 364 y 434. Entre los persas, cf. *Plutarch.* de Isíd. et Osirid. c. 17 y el *Zend-Avesta* trad. por *Kleuker*, II, p. 173; III. n. 114. Adic. al *Zend-Avesta*, por *Kleuker*, t. I, p. 127-441.

crificios expiatorios usados en todas partes, eran una excelente preparacion para la doctrina fundamental del cristianismo; á saber, el sacrificio del Hijo de Dios. Además, lo que debia facilitar mas y apresurar el progreso de esta doctrina, era el conocimiento de la lengua griega extendido generalmente, y la union política de tantos pueblos diversos sometidos á un mismo imperio. Los romanos, libres en otro tiempo, rugian de indignacion al verse sometidos como esclavos al yugo imperial; al paso que las otras naciones sojuzgadas deploraban la pérdida de su independencia y de su nacionalidad. En medio de tal decadencia religiosa y semejante opresion política, los espíritus mas ilustrados reclamaban instintivamente la intervencion de una fuerza moral, que les emancipase y les hiciese gozar de una vida mejor. El cristianismo vino á satisfacer esta necesidad religiosa, á la cual no habian ni los esfuerzos de la filosofia del siglo, ni las prácticas supersticiosas de las religiones del Oriente. Así es que calmando las angustias de aquellos espíritus conturbados y descontentos corazones, y disipando las incertidumbres de la duda, vino á consolar al pecador, á perdonar al culpable, á ofrecer al pobre de este mundo la esperanza de las celestiales alegrías, á los esclavos, el sentimiento de la verdadera libertad y de la dignidad humana, y á los dueños, el respeto de los derechos del hombre. Por otra parte, ¡cuánta no seria la influencia y cuánto el poder que ejercian los misioneros cristianos hablando con tal confianza y demostrando el cumplimiento de las profecías paganas y sibilíticas en la persona de Jesucristo ¹, y mucho mas aun, con el ejemplo

¹ Sibyllinor. oraculor. lib. VII, ed. Jo. Obsopaeus. Paris, 1589, ed. III, 1607, in 8. *Serv. Gallaeus*. Amst. 1689, y *Galland. Bibl.* PP. t. I, p. 333 sq. Cf. *Prolegom.* p. LXXVI sq. á los cuales se agregaron nuevamente lib. XI-XIV in *Angeli Maji* scriptor. veter. nova collec. t. III, p. III, Romae, 1828, in 4, les echó en cara haber sido falsificados por el partido cristiano. Cf. V, 8, n. 3, ad fin. *Aug. de Civ. Dei*, XVIII, 47, es del mismo parecer. Es cierto que la profecía sibilítica, tal como la poseemos, no es auténtica; la que la Sibila vendió á Tarquino fue quemada, y la que se recogió mas adelante tuvo semejante suerte. No obstante su falta de autenticidad, los libros sibilíticos tienen un gran valor histórico. Jamás se hubiera pensado en inventar semejantes profecías, si no hubiera habido ya en el pueblo una disposicion á admitirlas, y si no hubiesen podido ligarse á otros oráculos análogos ya existentes. Dichos oráculos se ex-

de la conducta, santa vida y abnegacion de los primeros cristianos! Su desprecio por las cosas del mundo, la pureza de sus costumbres, su caridad cordial, su constante beneficencia, su dulzura, el perdón de las injurias y sobre todo el heroico valor que ostentaban en medio de las persecuciones, excitaban la admiracion de todos, no pudiendo los mismos paganos rehusarles la suya. «Los cristianos, dice el pagano Cecilio, en Minucio Felix, «se aman antes de conocerse,» y Tertuliano repite el grito de admiracion de los adversarios del Evangelio: «Ved como se aman «entre sí, y como están prestos á morir los unos por los otros¹.» Debía ser ciertamente una causa divina aquella, por la cual morían alegres tantos hombres: así es, que la sangre de los mártires se convertía en semilla de cristianos.

De este modo, el entusiasmo de unos por abrazar el cristianismo inflamaba el celo de otros para propagarlo. Para los filósofos convertidos era un deber consolador convertir á otros filósofos: Justino, Clemente y Tertuliano así lo confirman con su ejemplo. Todos servían á la santa causa, y ganaban almas para Jesucristo: el negociante, por medio de sus viajes y numerosas relaciones; el soldado, valiéndose de la franqueza y libertad de los campamentos, y el esclavo por su posicion en la familia: cada cual era un misionero segun el lugar que ocupaba; poseyendo la mayor influencia los esclavos, á quienes estaba confiada la educacion de los niños y las mujeres, siempre mas generosas y mas entusiastas por las cosas divinas. Así se explica la falta de pormenores sobre los misioneros propiamente dichos. Cada cristiano era un verdadero misionero entre sus compatriotas, y el cristianismo iba infiltrándose por mil canales en todas las relaciones de la vida². Y si todas estas causas no nos explican todavía suficien-

tendieron antes de la era cristiana por los judíos, nutridos en la idea de esperar al Mesías, y por los paganos que se habían aproximado al judaismo: Esto está probado evidentemente con las citaciones hechas por *Alexand. Polyhistor*, *Strabon* y *José*. Lo demás ha sido propagado por los cristianos en el siglo I y II. Cf. *Natal. Alexand. Hist. eccl. Bleek*, de la apar. de la Col. de los orác. sib. Cf. *Mæhler*, *Patrologia*, t. I.

¹ *Tertul. Apolog.* c. 39, ed. *Haverc.* p. 325. *Minut. Felix*, c. 9. (*Galland*. t. II, p. 385.)

² *Euseb. Hist. eccl.* III, 37; *Justin. Dial.* con Tryph. c. 8.

temente el triunfo del Evangelio sobre el paganismo, podemos añadir que la virtud misteriosa del Salvador obraba incesantemente en los corazones ¹, y que el don de los milagros, que tan poderosa influencia ejerce sobre los espíritus, fue concedido á la Iglesia en toda su plenitud hasta el siglo III ². Los apologistas apelan principalmente á las curaciones milagrosas, y curacion de los endemoniadós, como hechos que pasaban diariamente ante la vista de los paganos. Sin este don de milagros, sin esta tan especial asistencia divina, jamás hubiera triunfado la Iglesia de la oposicion del paganismo, por lo regular tan desesperada, como vamos á demostrarlo de seguida. Esto es lo que san Agustín hace notar principalmente con su ordinaria elocuencia ³.

§ LXVI.

Obstáculos que se opusieron á la propagacion del cristianismo.

FUENTES. — *Kortholz* *Paganis obtrectator*, s. de calumniis Gentilium in christianos, lib. III. *Hulderici* *Gentilis obtrectator*. *Teschirner*, caída del paganismo, publicado por *Niedner*. Leips. 1829, t. I.

Al lado de las numerosas circunstancias que acabamos de enumerar favorables al cristianismo, se encuentran obstáculos no menos numerosos que detuvieron su marcha, suscitados de una

¹ Juan, vi, 41, 46; vii, 38 sig.; xii, 32. *Justin*. Dial. c. Tryph. c. 7. « En cuanto á tí, pide ante todo al Señor que te abra las puertas de la luz; pues nadie quiere reconocer ó vislumbra estas cosas si el Señor mismo y su hijo Jesucristo no se las manifiestan. »

² *Just*. Apol. II, c. 8; Dial. c. Tryph. c. 83. *Tertul*. Apolog. c. 23; de Spectaculis, c. 29. *Iren*. C. Haeres. II, 31, 32. *Orig*. Cont. Cels. I, 1, n. 3-10, n. 7; II, 1, n. 1. *Eusebio*, Hist. eccl. V, 7. Véase sobre la mayor manifestacion de los milagros, *Mamachi*, Origin. et antiquitat. Christ. t. I.

³ *August*. de Civit. Dei, XXII, 5 : « Et ipse modus, quo mundus credit; si consideretur, incredibilior invenitur. Ineruditos liberalibus disciplinis, et omni, quantum ad istorum doctrinas attinet, impolitos, non peritos grammatica, non armatos dialectica, non rhetorica inflatos, piscatores Christus cum retibus fidei ad mare hujus saeculi paucissimos misit, atque ita ex omni genere tam multos pisces et tanto mirabiliores quanto rariores etiam ipsos philosophos coepit, etc. »

parte por los judíos poderosos aun, y de otra por los paganos todavía mas temibles. Era necesario para convertir á estos últimos, vencer las opiniones y las pasiones que habian dominado al antiguo mundo, arraigadas por los siglos, y ligadas con todos los intereses; era necesario revestir al hombre antiguo de un nuevo ser, cambiando, reformando y transformando completamente sus pensamientos, sus sentimientos y sus acciones. El culto de los ídolos ejercia aun sobre las masas el mágico poder que le prestaban la pompa de sus fiestas, su incontestable antigüedad, su perfecta analogia con la educacion recibida, y sobre todo su complacencia con todas las pasiones sensuales.

La multitud idólatra era mantenida en sus errores por los sacerdotes paganos, cuya consideracion desvirtuaba el cristianismo, y por los mercaderes, que encontraban una abundante mina de lucro en el culto de los ídolos ¹. Los mismos sabios se veian atacados en el objeto de su amor y de su gloria, por los tiros dirigidos contra las divinidades y la literatura paganas; se oyeron obligados á entrar en la palestra. ¿Y quiénes eran los enemigos del paganismo, los propagadores del Evangelio? Ignorantes, salidos de las filas de los judíos, blanco desde mucho tiempo del odio público, y que, lejos de halagar las pasiones sensuales, imponian á sus adictos un perpetuo combate contra la sensualidad: eran tenidos por enemigos del Estado, pues se oponian á un culto tan antiguo como el Estado mismo; enemigos de una religion nacida, desarrollada é identificada con la república, pues procuraban propagar una religion nueva, y rigurosamente prohibida por las leyes del imperio ².

Agregábanse á estos motivos naturales de oposicion, las opiniones mas falsas, y las mas odiosas calumnias contra los cristianos y su doctrina. Se les acusaba de ateismo porque adoraban en espíritu y en verdad á un Dios espíritu, dando motivo y pretexto á infames rumores de conspiracion, de incesto y de crímenes contra la naturaleza, sus asambleas nocturnas, exigidas por las persecuciones, procurando hacer mas verosímil esta última acusa-

¹ Apol. cap. 19, 23. Plin. Ep. X, 27. Prope jam desolata templa, sacra solemnibus diu intermissa, rarissimus victimarum emptor.

² Cic. de Leg. II, 8.

cion por el amor fraternal, de que los cristianos daban pruebas tan manifiestas. En fuerza de vagas é inciertas narraciones sobre la Cena, se consideraba este banquete místico como el abominable festin de Tyestes, creyéndose suficientemente probado el adulterio de las mujeres cristianas, por la sola razon de que bebían el vino. Si algunas veces los esclavos defendían el cristianismo, era esto una subversion del orden legal, y la tortura les arrancaba frecuentemente la confesion de crímenes achacados á los cristianos. El populacho atribuía á esta secta *impía* todas las catástrofes políticas, la guerra, el hambre, los temblores de tierra, todas las señales de la cólera de los dioses abandonados (*Non pluit Deus, duc ad christianos*¹). Las gentes letradas y cultas aprobaban con un fin político los errores del vulgo, y despreciaban á los cristianos como un pueblo supersticioso y fanático. Entonces fue cuando el Estado creyó deber usár de su fuerza para oprimir á una secta tan perniciosa para la causa pública, tan enemiga de la humanidad², y tan *impía* para con los Césares (*Irreligiosi in Caesares*). En efecto, los cristianos consideraban por lo regular como incompatible con su vocacion la necesidad de prestar el juramento militar ó desempeñar funciones públicas, y jamás prestaban á las imágenes del emperador los homenajes idolátricos de la multitud. Ahora bien, ¿quién después de todo esto no se ha de admirar de ver á un hombre como Gibbon, atribuir la propagacion del cristianismo á causas puramente naturales³?

¹ Cf. *Tertul. Apol. c. 40*. Si Tiberis ascendit in moenia, si Nilus non ascendit in arva, si coelum stetit, si terra movit, si fames, si lues, statim: Christianos ad leonem, y el *Coment. de Havercamp Arnob. adv. Gentes*: « Si Almannos, Persas, Scythas, idcirco voluerunt (dii gentilium) devinci, quod habitarent et degerent in eorum gentibus Christiani, quemadmodum Romanis tribuere victoriam, cum habitarent et degerent in eorum quoque gentibus christiani? I, 6. (*Galland. Bibl. t. iv, p. 136.*) Cf. *Just. Apol. I, c. 12* en el Com.

² *Tacit. Ann. XV, 44*. Superstitio exitiabilis, odium generis humani. *Sueton. Vita Neron. c. 6*. Genus hominum superstitionis novae ac maleficae. *Minut. Félix, c. 12*. *Tertul. Apol. c. 13*.

³ *Gibbon, Historia de la decadencia y ruina del imp. rom. Lónd. 1776.*

§ LXVII.

Situación de los cristianos bajo los emperadores, en los siglos II y III.

FUENTES. — Los apologistas; *Lactantius*, de Mortib. persecutor. *Ruinart*, Acta sincera et selecta marty. r.; *Martirologium Romanum*. *Tillemont*, Hist. de los emper. etc. *Kortholt*, de Persecution. eccl. primaev. Kilon. 1689. *Martini*, Persecut. christian. sub imp. Rom. causae earum et effectus. Rost. 1802. *Schumann de Mansegg*, Persec. de la Igl. primitiva. Viena, 1831. *Köpke*, de Statu et cond. christianor. sub. impp. Rom. alterius p. chr. saec. Berol. 1838.

La dominación de Trajano (98-117) debió de ser tan funesta para los cristianos, como dulce había sido la de Nerva. La ley que lanzó sobre las asociaciones particulares; así como las antiguas leyes en favor del mantenimiento de la religión del Estado, podían ser invocadas contra los cristianos. En este sentido fue en el que respondió á la consulta de Plinio el Joven, gobernador de Bitinia (110), que no debía buscar á los cristianos; pero que era preciso no perdonar á los que fuesen acusados mientras no renegasen de Cristo, y castigar severamente á todo aquel que se obstinase en sus creencias¹. Estas órdenes contradictorias no ofrecían ninguna garantía á los cristianos contra el populacho pagano y judío. Así es que á instigación de estos últimos fue crucificado (108), á la edad de ciento veinte años Simeon, obispo de Jerusalén, al paso que se dió en espectáculo al pueblo degenerado de Roma el martirio del heróico Obispo de Antioquía: Cargado de cadenas por orden del emperador, y llevado de Antioquía á Roma, san Ignacio fue destrozado en este último punto por los leones del circo. Se sabe que durante su viaje alentaba por todas partes á los cristianos verbalmente y por escrito, á fin de que se mantuvie-

¹ *Plin. Epp. I, X, 97, 98.* Trajano escribe á Plinio: « Conquirendi non sunt; si deferantur et arguantur, puniendi sunt, ita tamen ut qui negaverit se christianum esse veniam ex poenitentia impetret. Cf. *Haversaat*. Defensa de las cartas de Plinio sobre los cristianos. Goet. 1788. *Tertul. Apolog. c. 2.* *Euseb. Hist. eccl. III, 33.* Sobre la expresión de Plinio, de que tanto se ha abusado: *Cibus promiscuus tamen et innoxius*, cf. *Bonner, Diar. nueva serie*, año III, tercera entrega, p. 191-200, y sobre los *balnea promiscua* (baños comunes á los dos sexos), id. p. 4, p. 171-178.

sen firmes en la fe, permaneciendo íntima y respetuosamente unidos á los obispos, sacerdotes y diáconos de la Iglesia ¹. Durante el imperio de Adriano (117-138) no se expidió decreto de proscripción; sin embargo, el populacho desenfrenado se entregó á tales excesos de violencia contra los cristianos, que Serenio Graniano, procónsul de Asia, indignado de ellos pidió que una ley arreglase la conducta legal que debía observarse á este respecto, accediendo el emperador á su demanda ². Las disposiciones de Antonino Pio (138-161) fueron aun mas favorables, como lo prueba su conducta para con algunas ciudades griegas ³, y mucho mas todavía el famoso *edictum ad commune Asiae*, promulgado con motivo de una persecucion dirigida contra los cristianos por el pueblo asiático, el cual atribuía á la cólera de los dioses contra esta *secta* nueva un terrible terremoto. En este edicto se disponia, «que «si alguno inquietase de allí en adelante á un cristiano solo por su creencia, este debía ser absuelto aun cuando se declarase abiertamente cristiano, debiendo ser castigado el acusador ⁴.»

Marco Aurelio (161-180) decia frecuentemente de los cristianos que la ferocidad con que morian debía provenir, no ya de mera obstinacion, sino de una creencia sólida y decidida. Con todo, no por esto reprimió las violencias de los pueblos, cuyo furor exaltado por las continuas desgracias del imperio, estalló en el Asia Menor y en la Galia meridional (Lyon, Viena), confirmando con su silencio las antiguas acusaciones de ateismo, de incesto y de ensangrentados festines. Antes de hacer morir á los cristianos, se les imponian las mas crueles torturas á fin de arrancarles su apostasia. El

¹ Eusebio, Hist. eccl. III, 32, 36. Act. del mart. de San Ignacio, en Galland, Bibl. t. I, p. 290 sq. Cf. Ruinart.

² Justin. Apol. I, c. 69. Rufin, Hist. eccl. IV, 9. Eusebio, IV, 8, 9 y 26. Sulpit. Sever. II, 31. Paulo Orosio, VII, 13. Adriano ordenó lo siguiente: «Si quis iuxta accusat et probat adversus leges quidquam agere memoratos homines (christianos), pro merito peccatorum etiam supplicia statuet.

³ Eusebio, Hist. eccl. IV, 26, á las ciudades de Larisa, Tesalónica, Atenas y á todos los griegos.

⁴ Eusebio, IV, 13. La autenticidad de este *edictum ad commune Asiae*, suscita graves dudas por ser su lenguaje enteramente cristiano. Tambien ha sido combatida por Haffner, de Edicto Antoniano pro Christ. Argent. 1781. Cf. Mosheim, de Reb. christ. ante Const. M. p. 240.

emperador concluyó por lanzar mas severas leyes contra ellos que contra los enemigos bárbaros, impelido por el cínico Crescencio, y en particular por el infame peregrino Proteo, quien después de haber halagado á los cristianos, los engañó, terminando su carrera con el suicidio. El último de los hombres apostólicos, el invencible Policarpo, obispo de Esmirna, se negó á maldecir al Maestro á quien habia servido durante ochenta y dos años, y murió heroicamente en una hoguera ¹. En las Galias fue martirizado el nonagenario Fotino, siéndolo asimismo un gran número de fieles (177); y en Roma, Tolomeo, Lucio, Justino y varios otros (167-168). En otra parte una legion compuesta en su casi totalidad de cristianos (*legio fulminatrix*, *fulminea*) salvó por medio de sus oraciones ² al ejército y al emperador, que se morian de sed en el acto de combatir los marcomanos y los cuados (174), sin que este milagro lograrse cambiar las disposiciones hostiles del emperador, quien por su parte atribuyó la milagrosa victoria á Júpiter Pluvio. Su hijo Cómodo fue, segun se dice, mas favorable al cristianismo, merced á su concubina Marcia, lo cual no impidió, sin embargo, que fuese ejecutado como cristiano Apolonio y uno de sus esclavos, que habia sido su acusador ³. Septimio Severo (192-211), curado por el cristiano Próculo, favoreció en un principio á los cristianos, y concluyó promulgando un edicto (202-205) prohibiendo con igual severidad abrazar el cristianismo como el judaismo. Entre tanto estalló á la vez una violenta persecucion en Egipto, en las Galias, en la Italia y en África: en esta última provincia, y especialmente en Alejandria fue tan violenta, que llegó á creerse en la venida del Antecristo ⁴. Allí fueron muertos cruelmente Leónidas, padre de Orígenes, la virgen Potamiana, el valeroso Basilidas y varios otros, notándose principalmente la heroica firmeza de la jóven santa Perpetua, de santa Felicitas y otras

¹ Meliton. Apol. en Eusebio, Hist. eccl. IV, 26; IV, 15; V, 1-3.

² Tertul. Apolog. c. 5. ad Scap. c. 4; Eusebio, V, 5; Greg. Nyss. Or. 11 in martyr.; Oros. VII, 15; Dio-Cass. epit. Xiphil. lib. 71, c. 8; Jul. Capitol. in Marcum Antonin. c. 24. Cf. Stolberg, P. 8, p. 84-90; Rauscher, t. 1, p. 338 sq.

³ Eusebio, V, 21; Hieronym. Catal. c. 12.

⁴ Tertul. ad Scap. c. 4; Spartianus, in Vita Septim. c. 17; Eusebio, VI, 1 y 7.

compañeras de sufrimientos en Cartago (hacia el 203)¹. Se vió á santa Perpetua, de edad de veinte años, llevando en sus brazos al niño que acababa de dar á luz, y resistiéndose á las lágrimas de su anciano padre, que era pagano, y que se arrojaba á sus piés para contenerla, adelantarse firme y serena hácia las fieras del circo, y morir invencible en su fe en medio de los mas atroces dolores. Los mártires escilitanos, llamados así por la ciudad de Escilita en África, ostentaron igual heroismo durante sus dolores y su muerte (200). Poco antes de esta época fue cuando el gran Tertuliano tomó la palabra en favor de los cristianos, y procuró dulcificar sus padecimientos con las elocuentes inspiraciones de su *Apologético* (198).

No fue poca la parte que tuvieron los filósofos paganos de este siglo en las disposiciones de los emperadores y del pueblo respecto de los cristianos, pues lejos de hacer tentativas para calmarlos, las hacian desesperadas para sostener el paganismo. Al efecto, procuraron adaptarlo al carácter del Evangelio, cuyo espiritualismo corresponde tan perfectamente á las necesidades de la inteligencia, espiritualizando á su vez el paganismo, dando un sentido alegórico á sus mitos, sacando deducciones morales de las prácticas de su culto, rechazando su antropomorfismo, y combatiendo á la vez la incredulidad y la grosera supersticion de los paganos. Pero lo que destruian con una mano lo levantaban con la otra: así es, que los neoplatónicos en particular y los neopitagóricos fomentaban, siguiendo el ejemplo de Apolonio de Tiana, el fanatismo mas extravagante y la supersticion mas insensata². Se ven ya rastros de esto mismo en Plutarco de Queronea (50-120), en el retórico Apuleyo de Madaura en África, (hacia el año de 170), en Numenio de Apamea en Siria y en Máximo de Tiro.

¹ Actas de los mártires, c. not. *Holsten.* y *Possinii* (*Galland. Bibl. t. II*, p. 165-197). Cf. *Ruinart*. Estas dos heroínas cristianas no eran montanistas como parece indicarlo el color montanista de las actas, lo cual debe atribuirse á la antigua redaccion de aquellas; tal lo ha probado el cardenal *Orsi*. Véase *Stolberg*, t. VIII, p. 285 sig. Sobre los mártires escilitanos, cf. *Ruinart* y *Stolberg*, t. VIII, p. 206-8, y á *Tillemont*, ed. Venecia, 1732, t. III, p. 131-158.

² *Müller*, de Hierarchia et Studio vitae ascet. in sacris et myster. *Graecor. Romanorumque latentib.* Havn. 1803. *Schlosser*, Hist. de la Antigüedad, t. III, P. 3, p. 188-96. (Francf. 1831.)

El mismo Pórtico tomó una dirección nueva con Epicteto, Marco Cornelio Fronto, Marco Aurelio y Claudio Galeno ¹, (200). No consistía ya para ellos la virtud en la lucha como para el antiguo estoico; sino en la paciencia. Sin embargo, los filósofos del siglo II no combatían al cristianismo mas que como una doctrina generalmente declarada peligrosa por sus tendencias y mucho mas aun como un error popular digno del desprecio de los sabios. Los *escépticos*, sofistas ecléticos, fueron mas peligrosos enemigos; pues si desde un principio no hicieron mas que burlarse del afán de espiritualizar las creencias populares del paganismo, mas adelante dirigieron tambien contra el cristianismo sus ataques: tales fueron Luciano de Samosata (hacia el 200), y Celso (después del 150). Luciano analizó con gran sagacidad la mayor parte de los sistemas filosóficos, y desenmascará los delirios de las fábulas mitológicas, hiriendo á unos y á otros con el látigo de su sangrienta sátira. Partiendo del principio de que nada hay demostrable como los sentidos no puedan alcanzarlo, y de que mas allá de ellos todas son opiniones vanas, se burlaba por una parte de la fe en los dioses del paganismo, á causa, sin duda, de la espiritualización que se habia hecho de ellos, y por otra se reía de Apolonio de Tiana, jefe de la filosofía entusiasta y fanática de su siglo, y al mismo tiempo de Cristo, tipo divino de la *secta* nueva. Sus sarcasmos contra la caridad fraternal y el valor de los mártires cristianos, á quienes consideraba como hombres enajenados, y sus burlas contra las virtudes heroicas, que calificaba de ciega superstición, son un testimonio tanto mas poderoso en su favor, por lo mismo que era involuntario ². Celso (que es probablemente al que Luciano dedicó su *Alejandro*), aun cuando verdaderamente epicúreo, adoptó las opiniones de los platónicos y de los estoicos para combatir mas gravemente al cristianismo. Su *discurso* de la verdad, es una refutación continua de Orígenes ³, en la cual ataca

¹ Cf. *Minut. Fel.* c. 31, c. 9.

² *Luciani* opp. ed. *Lehmann*, Leips. 1822, 9 t. Cf. *Eichstätti Progr.* *Lucianus num scriptis suis adjuvare religionem chr. voluerit?* C.-G. *Jacob*, *Carácter de Luciano*. Ham. 1832. Sobre el diálogo *Philopatris*, falsamente atribuido á Luciano, véase mas abajo, § 103 al principio.

³ *Celso*. (Opp. Orig. ed. Delarue, t. 1). Cf. *Fenger*, de Celso Epicureo.; de

la naturaleza divina, la mision y la doctrina de Cristo, representado por él como un vil impostor, cuyos *pretendidos* milagros no eran en su concepto mas portentosos que los que diariamente obraban los juglares egipcios. Y aun cuando, decia él, fuesen verdaderamente milagros no por eso pueden ni deben los cristianos deducir de aquí que Cristo es Hijo de Dios, así como los paganos no han considerado dioses ni hijos de los dioses á Aristeo de Proconeso, á Abaris el hiperbóreo y varios otros taumaturgos, á pesar de los prodigios obrados por ellos. Los cristianos, prosigue, son pobres gentes, de ánimo estrecho y mezquino, cuya doctrina, incapaz de resistir al menor exámen, consiste en imponer y exigir una creencia ciega y una obediencia absoluta: en vano apelan á la realizacion de las profecías del Antiguo y Nuevo Testamento en la persona y por medio de Cristo: tan divididos se hallan entre sí, que apenas tienen el mismo nombre, y cuando se trata de buscar á un cristiano no se sabe á qué persona dirigirse.

§ LXVIII.

En el siglo III.

El emperador Caracalla (211-217 después de Jesucristo), el cual se libertó de su hermano haciéndole asesinar, no promulgó ninguna ley especial para proteger á los cristianos: así fue que no escasearon durante su reinado persecuciones aisladas, y hubo necesidad de algun tiempo para que la política y los sentimientos manifiestos del nuevo emperador dulcificasen la suerte de aquellos en todas las provincias ¹. Muerto Caracalla por Macrino, capitán de su guardia, subió este al trono, é hizo mas tolerable la suerte de los cristianos durante los diez y nueve meses de su reinado, prohibiendo toda condenacion fundada en el desprecio de los dioses ². Muerto á su vez Macrino por la tropa descontenta,

Celso disputatur et fragmenta libri contr. christ. colliguntur. Regiom. 1836, in 4. *Philippi* de Celsi philosophandi genere. Berol. 1836. *Bonner*, Gaceta de Filos. y de Teolog. catól. entrega 21, p. 135-142.

¹ *Tertul.* ad Scapul. c. 4. *Pom. Ulpiani* lib. X, de Officio Procons. *Lactant.* Inst. div. V, 11.

² *Dio-Cass.* lib. 78, c. 12.

le dió por sucesor al nieto de Caracalla de edad de catorce años. Este era Avito Basiano llamado Heliogábalo, del nombre siríaco de uno de sus ídolos (218-222 después de Jesucristo). En el exceso de sus pueriles extravagancias y monstruosos desórdenes, puede decirse que olvidó á los cristianos, ó mas bien que con-temporizó con ellos á fin de atraerlos al culto que tributaba al sol ¹. Alejandro Severo (232-235) elevado en un principio á la dignidad de César por Heliogábalo, y proclamado único dueño del imperio después de la muerte del nieto de Caracalla, se hallaba predispuesto favorablemente á los cristianos, merced á la solicitud de su madre Mammea, atraída al cristianismo por las lecciones de Orígenes en Antioquía. Alejandro hizo colocar en su oratorio (Lararium) las estatuas de Abrahan y de Cristo al lado de las de Orfeo y Apolonio de Tiana, y tenia constantemente en sus labios el principio fundamental de la moral cristiana, tal como se lee en el cap. v, 12 de san Mateo, con el cual adornaba la entrada de su palacio ²: recomendaba muy especialmente que se pusiese en el nombramiento de empleos y dignidades del Estado el mismo cuidado que los cristianos en la eleccion de sus superiores. Así, pues, este reposo de que gozó la Iglesia durante veinte años permitió que en muchos lugares se edificasen templos cristianos.

Mas empezó una nueva persecucion con Maximino el Tracio, asesino y sucesor de Alejandro (235-238 después de Jesucristo). Temiendo el nuevo emperador que los cristianos vengasen la muerte de Alejandro, los persiguió por lo mismo que este los habia favorecido, señalando la corta duracion de su reinado numerosos confesores. La historia hace mencion del diácono Ambrosio, del sacerdote Protocletes, en Cesarea, y de gran número de mártires, tales como los obispos de Roma Ponciano y Antero ³. En esta época se fija el famoso martirio de santa Úrsula y sus compañeras ⁴. Pupieno y Balbino pasaron rápidamente por el trono

¹ *Lampridius* in Heliogab. c. 3.

² *Eusebio*, VI, 21, 28. *Lamprid.* in Alex. Sever. c. 22, 28, 29, 43 y 44.

³ *Eusebio*, VI, 28 y 29.

⁴ La tradicion vulgar de las once mil vírgenes descansa evidentemente en una falsa manera de leer las expresiones. *Ursula et XI. M. artires Virgines*. Cf. Chron. Hirsang. t. I, p. 450.

(238): Gordiano se mantuvo en él hasta el 244, merced á las victorias alcanzadas en Oriente por su amigo Mesiteo. A la muerte de este último, Felipe el Árabe, separó al ejército del partido de Gordiano, privando á este príncipe á un tiempo del trono y de la vida. Felipe demostró durante su reinado (244-249) tanta benevolencia para con los cristianos, que comparándole con los emperadores que le habian perseguido casi lo juzgaron cristiano. En efecto, poco después de su muerte se extendió el rumor de que habiendo querido tomar parte en los santos misterios durante la solemnidad de la Pascua, fue rechazado por san Babilas, obispo de Antioquia, á causa de sus crímenes anteriores, siendo colocado en la categoría de los penitentes ¹. Á medida que las preocupaciones contra los cristianos se iban extinguiendo, se aumentaba el número de los creyentes durante la larga paz de que gozaron y que no fue interrumpida sino por la persecucion de Maximino; pero entre los nuevos fieles hubo muchos que entraron en la Iglesia sin vocacion verdadera, precisamente porque ya no se exigian los penosos sacrificios impuestos en los tiempos primitivos; resultando de aquí que se aumentase el resfriamiento de la caridad fraternal, lo cual habia producido en varias iglesias la tibieza moral de sus miembros. Era necesario, pues, para reanimar la extinguida caridad un fuego devorante y purificador: esta hoguera fue encendida por Decio (249-251).

Leyes penales fulminadas contra los cristianos señalaron su elevacion al trono imperial. Los procónsules recibieron encargo de intimar á los cristianos que abandonasen su Religion y sacrificasen á los ídolos, obligándoles á ello por medio de lentas torturas. La promulgacion del edicto imperial excitó un terror universal hasta tal punto, que apostataron muchos cristianos, con especialidad de las clases elevadas. Decio puso manos á su obra con una resolucion aterradora; pues queria destruir radicalmente la Iglesia haciendo perecer á los eclesiásticos, no ya impelido por su odio contra Felipe el Árabe, que habia sido favorable á los cristianos, ni ya porque tuviese una particular predileccion hácia la religion pagana; sino porque estaba convencido de que el cristianismo por

¹ Eusebio, Hist. eccl. VI, 34. Hieronym. Chronic. ad. ann. 246.

su esencia misma era incompatible con la constitucion y el espíritu del imperio romano. Por eso insistia en que las iglesias fuesen destruidas, en que se empleasen los mas refinados suplicios, sin consideracion á edad, sexo ni estado, queriendo de este modo quebrantar la firmeza de los cristianos. Y, en efecto, la Iglesia tuvo el dolor de ver vacilar y caer á muchos de sus hijos (*lapsi, thurificati, sacrificati, libellatici*); pero tambien se conservaron fieles á la fe y la sellaron con su sangre gran número de ellos: tales fueron los obispos san Fabian de Roma, san Bábilas de Antioquia, y san Alejandro de Jerusalem. Los cristianos, que huian por salvar su vida, perdian sus bienes y la esperanza de volver á su patria ¹. Decio sucumbió peleando con los godos, y la persecucion se fue apagando bajo Galo (251-253), concediendo las agitaciones políticas algunos momentos de tregua á la Iglesia. Por entonces se contentaron con desterrar á los eclesiásticos, y así lo fueron, aunque mas adelante condenados á muerte, los obispos san Cornelio y Lucio, sucesor de este con algunos otros ². Sin embargo, ni las duras extremidades á que se vieron reducidos los romanos por los godos y otros bárbaros, ni la toma de Antioquia por los persas, ni los horrores de la peste, ni las murmuraciones de un pueblo exasperado que atribuia todas aquellas catástrofes á los cristianos, fueron parte á hacer que el emperador tomase contra la Iglesia medidas tan crueles como las decretadas por Decio. Pero la persecucion comenzó de nuevo y sistemáticamente bajo Valeriano (253-260), siquiera en un principio aparentó querer usar de indulgencia. Impelido por su favorito y confidente Marciano, pagano ardoroso, ordenó desde luego el destierro de los obispos y los sacerdotes (257), prohibiendo las asambleas religiosas, y aprisionando y martirizando á los que perseveraban en la fe. Después, en virtud de un segundo edicto (258) decretó que los obispos, los sacerdotes y los diáconos fuesen decapitados ³:

¹ Eusebio, VI, 39-42; Lactant. de Mortib. persecut. c. 4; Cyprian. de Lapsis y epp. ill. temporis.

² Dionys. Alex. en Eusebio, Hist. eccl. VII, 1. Cyprian. Ep. 57, p. 204; ep. 58, lib. ad Demetrian. p. 431.

³ Eusebio, VII, 10 sig. S. Cyprian. Ep. 82. (Opp. ed posth. Baluz. unus ex monach. congreg. Sancti-Mauri. Ven. 1728, p. 340.)

asi fue que los cristianos vieron, con dolor, morir á Sixto, obispo de Roma, á su diácono Lorenzo, y á Cipriano, el inmortal obispo de Cartago. El procónsul Galerio Máximo ejecutó con la mas fiel crueldad el edicto del emperador, haciendo decapitar de una sola vez en Útica á ciento cincuenta y tres adoradores de Jesucristo (*massa candida*) ¹. Por fortuna su hijo Galieno (260-268) no se le pareció mucho, pues concedió la paz á los cristianos, y á la Iglesia la alegría de verse por la primera vez legalmente reconocida como corporacion religiosa (*religio licita*) ²: al propio tiempo le devolvió los empleos que le habian sido arrebatados. Esta paz, que se prolongó durante los años del reinado de Claudio, fue interrumpida de nuevo por un edicto (275) de persecucion del emperador Aureliano (270-275): pero impidió su ejecucion el asesinato de este César ³.

Los cristianos gozaron entonces y hasta el 303 de las benévolas disposiciones de Diocleciano (284-305), de manera, que durante esta paz de cuarenta años, la Iglesia pudo desarrollarse interiormente y extenderse en el exterior. Con los augustos Diocleciano y Máximo Hercúleo, reinaban los Césares Constancio Cloro y Cayo Galerio, siendo cada uno de ellos independiente en su provincia. Eusebio ⁴, que desde este momento viene á ser un historiador contemporáneo, se regocija de la extension del cristianismo y de la magnificencia de las iglesias edificadas en todas las ciudades, y realza la consideracion de que gozaban en la corte imperial los cristianos, á los cuales se les investia con los cargos mas eminentes. Pero al lado de este brillante cuadro de la prosperidad de la Iglesia, traza otro triste y sombrío: «A medida, dice él, que los cristianos fueron mas libres, fueron cayendo en la negligencia, la pereza y la envidia; se armaron los unos contra los otros, y combatieron con la palabra y el hierro, obispos contra obispos, iglesia contra iglesia, uniéndose la hipocresía á la mas grande

¹ La tradicion de la *Massa candida*, celebrada por Prudencio, Himn. XIII, 67 sig. se apoya en un hecho real. Cf. *August. Sermo. 306. Tillemont, t. IV, p. 175, sig. Rauscher, l. c. t. II, p. 97 sig.*

² *Eusebio, VII, 13.*

³ *Eusebio, VII, 30. Lactant. I, 1, c. 6.*

⁴ *Eusebio, lib. VIII et IX. Lactant, I, 1, c. 7-13.*

«perversidad. Pero entonces intervino la Justicia divina, y estalló el castigo con la persecucion suscitada contra los cristianos alistados en el ejército.» El motor de esta persecucion fue el César Galerio, imbuido por su madre Rómula en el amor de las supersticiones paganas y en el odio hácia los cristianos que se abstenian de los sacrificios idolátricos ¹. Recordándole sus victorias sobre los persas el lustre y poder antiguo de Roma despertó en él el ardiente deseo de restaurar el paganismo en el Estado; no obstante la dificultad de esta empresa, que se estrellaba en el desarrollo cada vez mas creciente del cristianismo. A fin de plantear sólidamente su proyecto, convocó una asamblea de jurisconsultos (Hierocles), de generales y gobernadores á quienes consultó gravemente: asimismo consultó las entrañas de los animales y al Apolo de Mileto. En todas partes se fulminó la sentencia contra los cristianos ²; sabiendo Galerio aprovecharse del momento mas favorable. De pronto una tropa de soldados se precipita en la magnífica iglesia de Nicomedia y la destruye (23 febrero 303): en esto los cristianos pacíficos hasta entonces, se agitan y se alarman. Al dia siguiente ordenó un decreto imperial el incendio de todas las iglesias, quemar todos los libros cristianos, confiscar todos los bienes eclesiásticos, y privar de sus dignidades y derecho de ciudadanía á todos los que no renegasen del cristianismo ³: al propio tiempo quedó cualquiera facultado para hacer valer sus quejas contra los cristianos. Poco después ocasionaron un segundo edicto el incendio que estalló en el palacio imperial, probablemente á instigacion del mismo Galerio, las sediciones en Armenia y en Siria, y la resistencia de los fieles (303): segun este edicto los obispos y eclesiásticos debian ser encarcelados. Por un tercer edicto se dispuso el obligar á los cristianos cautivos; por medio de los mas crueles tormentos, á que sacrificasen á los idolos. Diocleciano esperaba que una vez sojuzgados los obispos y los maestros seguirian su ejemplo los fieles; pero entonces la Iglesia tuvo la dicha de ver precipitarse con un valor increible en la llama de las

¹ *Lactant.* l. I, 11.

² *Lactant.* de Mortib. persecut. c. 10, 11. *Eusebio*, de Vita Const. M. II, 50.

³ *Lactant.* l. I. c. 13. *Eusebio*, VIII. 2. La segunda y la tercera ed. *Eusebio*, Hist. eccl. VIII, 6.

hogueras muriendo por su fe á innumerables tropas de hombres y mujeres; aun cuando tuvo tambien el dolor de ver á otros renegar de su creencia y abandonar los Libros santos á los paganos (*traditores*). Entre tanto el proyecto de Diocleciano no habia llegado aun á su término: así fue que apareció un cuarto edicto (304) decretando la muerte contra todos los que perseverasen en la fe cristiana ¹. Los gobernadores y los tribunales paganos se apresuraron á cumplir las órdenes imperiales. En Frigia mandó incendiar el procónsul una iglesia llena de gente, lo cual se extendió á toda la ciudad, segun pretende Eusebio ². En todas partes fue espantoso el número de las víctimas, siquiera no fueran registradas todas. La Iglesia de Oriente fue la que sufrió mas bajo Diocleciano y Galerio. Sus mujeres Prisca y Valeria, que eran cristianas ó querian serlo, se vieron obligadas á sacrificar á los ídolos: los mayordomos Doroteo y Gorgonio fueron degollados: «Otro servidor del emperador, Pedro, digno de su nombre, dice «Eusebio, fue cruelmente desgarrado á latigazos y quemado lentamente sobre unas parrillas.» En África, en Italia y en una parte de las Galias fue tal la rabia de Maximino Hércúleo, que se le atribuye el exterminio de toda la legion tebana ³. Por el contrario, Constancio Cloro fue favorable á los cristianos, especialmente desde el punto en que los dos Césares se convirtieron en Augustos (305). Su hijo Constantino, proclamado Augusto después de la muerte de su padre (306) los protegió mas abiertamente aun en su gobierno de las Galias, de la España y la Bretaña. En Roma, Maxencio, su nuevo colega en el imperio mostró desde luego disposiciones semejantes; mas al propio tiempo fue creciendo en Oriente la rabia del Augusto Galerio, y de su nuevo César Maximino. Todos los comestibles se regaban con agua y vino de los sacrificios. En Palestina fueron decapitados á la vez treinta y nue-

¹ *Eusebio*, de Martyrib. Palaest. c. 3; Suplem. á *Eusebio*, Hist. eccl. lib. VIII al. fin.

² *Lactant.* Inst. V, 11. *Eusebio*, Hist. eccl. VIII, 11,

³ Nombrada por la primera vez en el siglo VI en la *Vita Romani* (Bolland. Acta SS. febr. t. III, p. 740), y pasada en silencio por *Lactanci*; *Eusebio*, *Sulpicio Severo*, *Orosio* y *Prudencio*, y por lo mismo no debe de ser mas que una piadosa ficcion. Véase *Stolberg*, t. IX, p. 302-306. *Tillemont*, t. IV, p. 421 sig.

ve confesores (310). Por último, solo después de una larga y dolorosa enfermedad, ya en presencia de la muerte y convencido de la inutilidad de la sangre derramada, se decidió Galerio á contener la persecucion (311). Entre tanto, decia el mal informado príncipe, no deben los cristianos emprender nada dañoso al Estado ¹, y están obligados á rogar á Dios por el emperador y el imperio.

Inmediatamente después de su muerte, renovó Maximino la persecucion en Asia; pero cuando en virtud del signo milagroso de la cruz ², hubo alcanzado Constantino sobre Maxencio una victoria hasta entonces dudosa (311), que le hizo único y omnipotente dueño del Occidente, promulgó con Licinio, Augusto de la Europa oriental, un edicto contrario á las opiniones políticas dominantes sobre la supremacia de la religion del Estado, por medio del cual concedió á los cristianos una libertad de religion y de conciencia universal y absoluta (312). No tardó en aparecer en Milan (313) un edicto mas liberal todavía, que hizo completa la alegría de los cristianos ³. Derrotado Maximino por Licinio cerca de Andrinópolis, murió poco después, permitiendo su muerte que se propagasen en Oriente las libertades poco antes concedidas á los cristianos. De esta suerte quedaron los cristianos no solamente autorizados como los demás súbditos del imperio para practicar libremente su Religion, sino tambien les fue permitido á cada cual abrazar el cristianismo. Las iglesias y las tierras arrebatadas á los cristianos debian serles devueltas, siendo indemnizados por las cajas del Estado los que á la sazón las poseian. Entonces pudo gloriarse el cristianismo de haber alcanzado una eterna y definitiva victoria sobre el paganismo en el imperio romano, quedando cumplida la prediccion de Jesucristo: « Vosotros padeceréis en el «mundo; pero tened confianza, porque yo he vencido al mundo ».

¹ *Lactant.*, l. I, c. 34. *Eusebio*, VIII, 17.

² *Eusebio*, Vita Const. I, 27-30. Cf. *Sócrat.* Hist. eccl. I, 2. *Lactant.* de Mort. persecutor. c. 44. *Sozom.* Hist. eccl. I, 3. *Rauscher*, P. II, p. 208-10 y 15. — *Hugo*, Justificac. de Constantino el Grande. (Gaceta ecles. del arzobispado de Frib. 1830, P. 3, p. 53-70).

³ *Lactant.* l. c. 48. *Eusebio*, Hist. eccl. X, 5.

⁴ *Juan*, xvi, 33.

El siglo que acabamos de recorrer vió expresarse y realizarse formalmente la tendencia de la escuela neoplatónica, indicada mas arriba, por medio de los trabajos de Ammonio Saccas de Alejandria (al principio del siglo III) y de su discípulo Plótino, de Licópolis en Egipto ¹, á quien debemos el conocimiento detallado de los puntos mas importantes de la doctrina neoplatónica († 270). Estos se esforzaron principalmente en establecer que bajo sus símbolos múltiples y sus manifestaciones exteriores, las religiones populares no eran mas que la expresion formal de los sistemas filosóficos: insistiendo con especialidad en el sentido alegórico de los mitos para demostrar esta unidad íntima. La oscuridad mitológica que envuelve la figura de Pitágoras, y las maravillas atribuidas á Apolonio de Tiana, contemporáneo de Jesucristo, les servian para dar á estos personajes en el paganismo el rango, la dignidad y la verdadera mision de Jesús en la Iglesia cristiana. Apoyándose en la hipótesis, incontrovertible para ellos, de la unidad fundamental de todas las filosofías y todas las religiones populares, emprendieron los neoplatónicos fundir en una definitiva unidad la única filosofía verdadera, y sobre todo el platonismo, con la sola Religion verdadera, no ya procediendo por medio de un método racional, lógico, estrictamente filosófico, sino prestando á su doctrina el carácter de una revelacion divina, que excluia por lo tanto cualquiera otra investigacion larga y penosa. Los representantes de este sistema eran considerados como inspirados y santos, que emancipados del yugo de los sentidos, habian obtenido el don de la contemplacion de las cosas divinas. Ammonio fue llamado *el sabio de Dios*; y Plótino avergonzado de haber recibido la vida como el resto de los mortales; lo cual repugnaba á la naturaleza sublime y semiúrgica que se atribuía, ocultaba con cuidado sumo cuándo y por quién habia sido engendrado. Atribuíase tambien un gran poder mágico: segun él, dos veces se le

¹ *Plotin.* Los cincuenta y cuatro libros de las profecías, ordenadas místicamente y dispuestas en seis Enneadas por sus discípulos: *Vita Pythagorae: de abstinentia ab esu carnis*, fragm.: la Vida de Plótino por su discípulo Porfirio. (Opp. omnia Porphyrii, vita Plotini, ed. Creuser. Oxon. 1836, 3 t. in 4). Cf. Hist. de la Filos. por Tennemann, t. VI, por Ritter, t. IV. *Staudenmaier*, Filos. del Cristian. t. I, p. 319 sig. *Vogt*, Neoplaton. et Christian. Berl. 1836, t. I.

apareció el Dios que no puede representarse bajo ninguna forma, bajo ninguna imagen espiritual, en medio de sus esfuerzos para elevarse sobre las ensangrentadas olas del mar del mundo. Siendo su objeto establecer la verdad esencial de todas las religiones, no debía de existir, en sentir suyo, ninguna oposicion entre su sistema y el del Evangelio; así fue que se apropió varias proposiciones de este último ¹. Por lo demás, no falta quien sostenga que Ammonio y Porfirio pertenecieron desde un principio al cristianismo. Pero la lucha debía estallar necesariamente, atento que la doctrina de Jesucristo se presentaba como la sola verdadera revelacion divina, y rechazaba toda fusion con la religion pagana ². Esta oposicion absoluta del cristianismo á todas las religiones paganas y populares, era considerada por los neoplatónicos como una interpretacion falsa y judaica de los principios verdaderos de la doctrina cristiana, originada de no hacer distincion alguna entre la Divinidad, una en el todo, y múltiple en su manifestacion. Después de la muerte de Plótino partiendo los neoplatónicos de un punto de vista evidentemente dirigido contra las verdades cristianas, entraron en abierta y directa oposicion con el cristianismo. Fue el primero Filostrato el antiguo en su biografia de Apolonio de Tiana, cuyos pretendidos milagros debian eclipsar todas las maravillas del Evangelio: siguió á este de una manera mas señalada, el siríaco Porfirio, discípulo de Plótino († 304). Porfirio atacó la veracidad de las fuentes del Nuevo Testamento; procuró hacer resaltar en ellas contradicciones, apoyándose con especialidad en la discusion de Pedro y de Pablo; censuró las interpretaciones de los Doctores y el alegorismo de Orígenes, se burló de las profecias del Mesias, y en particular de la de Daniel; adulteró los hechos de la vida de Jesús; preguntó por qué había venido tan tarde para salvar á los hombres y por qué los cristianos rechazan los sacrificios, siendo así que á Dios le placian los del Antiguo Testamento, y declaró, por último, al cristianismo doctrina hostil

¹ *Mosheim*, de Stud. ethnicor. Christianos imitandi. (Diss. ad Hist. eccl. pert. Alton. 1773).

² *Euseb. Hist. eccl. VI, 19. Ejusd. Praepar. evang. XI, 19. Socrat. Historia ecclesiastica, III, 23. Cf. Dieringer, Sistema de los hechos divinos, t. I, p. 79.*

á toda civilización adelantada, y enemiga de todas las leyes del Estado.

No se puede desconocer, sin embargo, que en las obras de Porfirio existen elementos cristianos, y muy particularmente en la carta dirigida á su mujer Marcela ¹, y que se vió obligado á confesar que hay testimonios sólidos en favor de la santidad de Jesucristo. Objeto análogo movió á Hierocles, gobernador de Bitinia y prefecto de Alejandría, en tiempos de Diocleciano, á componer su *Discurso verídico*: para atraer á los cristianos al paganismo, repite en parte las objeciones de Celso y de Porfirio, y compara los milagros de Jesús con los de Apolonio de Tiana ². Decís que Cristo es Dios porque ha vuelto la vista á algunos ciegos y hecho algunas otras obras del mismo género; pero los griegos no consideran Dios al grande Apolonio; á pesar de sus numerosos milagros, solo le tienen por un hombre querido de Dios. Todos estos ataques fueron mas adelante rechazados vigorosamente por Eusebio.

Observacion. — Hay mucha variedad en el número de las persecuciones. Después del siglo IV se han contado ordinariamente diez, tratándose por esto de aludir á las diez plagas de Egipto ó á la bestia de diez cuernos del Apocalipsis ³. También se difiere en la enumeracion de estas diez persecuciones; pero se admiten generalmente las indicaciones de san Agustín ⁴, á saber: I de Nerón; II de Domiciano; III de Trajano; IV de Marco Aurelio; V de Septimio Severo; VI de Maximino; VII de Decio; VIII de Valeriano; IX de Aureliano y X de Diocleciano.

¹ *Porphyrii*, lib. XV, en *Holstenius*, de Vita et Script. Porphyrii, Roma, 1630, et *Fabricius*, Bibl. gr. t. IV, p. 207 sig. *Methodio*, obispo de Olimpia (á principios del siglo IV), escribió contra él. Cf. *Ullmann*, Influencia del crist. sobre Porph. (Estudios y crít. teológ. año 1832, 2.^a entrega).

² *Euseb.* cont. Hierocles. Col. 1688. Cf. *Lactant.* de Mort. persec. c. 16.

³ Éxodo, vii, 10; Apoc. xvii, 22.

⁴ *Agust.* de Civ. Dei, XVIII, 52. *Lactant.* l. c. no habla mas que de seis persecuciones. *Sulp. Severo* cuenta nueve.

§ LXIX.

Apologistas cristianos. — Su tendencia.

FUENTES. — Los apologistas griegos (*Justino, Atenágoras, Teófil. Tat. Hermías*), ed. *Prudentius Maranus*. Paris, 1742, 1 t. in f. Ven. 1747. *Fabricius*, *Delectus argumentor. et Syllabus scriptor. qui verit. rel. chr. asseruerunt*, Hamb. 1723, in 4. Cf. *Mæhler*, *Patrolog.* IV, p. 188-313. *Ritter*, *Hist. de la Filos. crist.* t. I, p. 289-344.

Los cristianos se defendían contra las mas crueles persecuciones soportándolas con paciencia, y contra las mas indignas calumnias refutándolas con calma. Así se defendieron especialmente aquellos de entre los cristianos que habian sido instruidos en las letras humanas ó en la jurisprudencia de Roma: así tambien un discípulo inmediato de los Apóstoles, el autor de la carta á Diognetes, habia refutado á la vez las calumnias y las falsas acusaciones de los paganos, y justificado á los cristianos, describiendo la vida de estos con una simplicidad inimitable. Mas adelante, segun el testimonio de Eusebio, el filósofo Aristides y el obispo Cuadrato de Atenas, dirigieron al emperador Adriano apologías del cristianismo; las que se han perdido, así como las de Meliton, obispo de Sárdica, de Apolinar de Hierápolis, y de Milcíades dirigidas á Marco Aurelio ¹. Por fortuna, la posteridad ha conservado un completo modelo de estas sencillas y elocuentes defensas de los primitivos cristianos en la gran apología dirigida á Antonino Pio y la pequeña apología á Marco Aurelio por san Justino ². Este filósofo, no satisfecho con los sistemas filosóficos que habia estudiado, y movido de entusiasmo con el espectáculo de los mártires cristianos, abrazó ardorosamente el cristianismo, sellando á su vez su fe con su sangre (hacia el 167). Su discípulo Taciano

¹ *Euseb.* IV, 3; *Hieronym.* de Vir. illustr. c. 19, 20; *Euseb.* IV, 26, 27; *Hieronym.* l. I, c. 26; *Euseb.* V, 17; *Hieronym.* l. I, c. 30.

² *Just. Apol.* I y II. ed. *Braun*. Bonn, 1830. Cf. *Arendt*. Investig. crít. sobre los escrit. de Just. en la *Revista Trim. de Tub.* 1831, 2.^a entrega. *Semisch*, *Justino Mártir*, monografía ecles. P. 1. Berl. 1840. *Otto*, de *Justini martyr. scriptis et doctrina*. Jen. 1841. *Id.* ed. *Just. Opp.* Jen. 1842.

atacó y desenmascaró con apasionado lenguaje las ignominias del paganismo (hacia el 170). Atenágoras, filósofo ateniense, rechazó con tanta dulzura como dignidad las acusaciones de ateísmo y de incesto en su apología, dirigida á Marco Aurelio, procurando demostrar en ella filosóficamente el dogma de la resurreccion escarnecido por los paganos, y convencer al emperador con el ejemplo de los cristianos, que no eran indignos de su soberana proteccion. Teófilo, obispo de Antioquía (desde el año de 170-180) escribió poco después tres libros al pagano Antólíco, y en un estilo tan elegante como puro delineó las divisiones intestinas y la insuficiencia patente del paganismo ¹. En los sarcasmos de Hermaş contra los filósofos paganos cuyas contradicciones se propuso demostrar, se nota por lo comun bastante oscuridad y rara vez la gravedad necesaria. Por el contrario Clemente de Alejandría, varon de una ciencia profunda y de una cultura elevada, se esforzó en atraer poco á poco á los paganos á la conviccion de la virtud del cristianismo por medio de una demostracion gradual, enteramente conforme á las necesidades de la humana naturaleza ². Orígenes, el mas ilustre de sus discípulos, guardó en un principio silencio, como el Salvador en presencia de Pilatos, no juzgando demasiado importantes para poder extraviar á los verdaderos creyentes los libelos de Celso y consortes. Pero poco después compuso á instancias de su amigo Ambrosio, y en respuesta á los ataques de Celso, la apología del cristianismo, la mas completa y la mas pura de aquella época y de los siglos posteriores ³.

En Occidente, la defensa mas antigua del cristianismo es el *Octavio* del africano Minucio Felix (á Marco Aurelio ó á Antonino); la cual es un diálogo de buen estilo, del género de las Tusculanas: en él, el pagano Cecilio presenta las objeciones mas comunes de aquella época; el cristiano Octavio las refuta, y Cecilio acaba por exclamar: «Los dos hemos triunfado: tú de mí, yo del error ⁴.» Mas hábil y mas elocuente que todos sus predecesores

¹ Euseb. IV, 20; Hieronym. de Vir. ill. c. 25.

² Clem. Alex. (Opp. omn. ed. Potter. Oxon. 1715, II t. Venet. 1755, 1).

³ Orig. Contr. Cels. lib. VIII, ed. Spencer, Cantabr: 1677. (Orig. ed. Delarue, t. I).

⁴ Ed. Lindner. Longos. 1773.

res, acometió victoriosamente Tertuliano en su *Apologetico* ¹ la justificación política de los cristianos. Cipriano, santo y elocuente obispo de Cartago, pidió á su vez que se perdonase á los cristianos, demostrando la vanidad de los ídolos, que ellos rechazaban ². Por último, el retórico africano Arnobio, de perseguidor convertido en fiel, dió al comenzarse la persecucion de Diocleciano una prueba auténtica del espíritu cristiano que le animaba, escribiendo contra los gentiles siete libros, en los cuales descubre los vicios y absurdidades del paganismo, y defiende brillantemente la doctrina evangélica ³.

Todas estas apologías se reducen á tres puntos principales: 1.º Tienden á refutar las acusaciones de ateismo ⁴, de crímenes contra la naturaleza, de alta traicion, etc.; responden á la objecion de novedad, exponiendo la armonía del Antiguo y del Nuevo Testamento, y demostrando que el cristianismo es mas antiguo que todos los sistemas filosóficos, con los cuales no puede confundirse, como pretendian los Alejandrinos; y últimamente, reclaman contra la ilegalidad de las sentencias pronunciadas contra los cristianos.

2.º Demuestran que el paganismo es el extravío mas monstruoso del espíritu humano, apoyándose en la inmoralidad y locura de tantos cultos diversos, y en la general corrupcion de costumbres de los paganos, destituidos de todo medio vivo y verdadero de moralizacion y depuracion. «El paganismo y el politeismo solo han podido encontrar acceso en corazones oscurecidos y corrompidos por el pecado,» pues el culto de los paganos no es mas que el culto de los demonios ⁵.

3.º Por último, exponen la pureza de la doctrina cristiana, tan conforme á la razon que el alma humana, cristiana naturalmente,

¹ *Tertull. ad Nation. lib. II; ad Scap. Procons. (Opp. omn. ed. Havercamp, c. perpetuo commentario. Lugd. Bat. 1718; ed. Ritter, Bonn. 1824). Hefele, Tertull. como apologeta. (Tub. Rev. trim. 1838, 1.ª entrega, p. 30).*

² *Cypr. ad Demetrian. de idolor. vanitate. (Opp. omn. Venet. 1728).*

³ *Arnob. Disput. adv. gent. lib. VII, ed. Orelli. Leipz. 1816, additam 1817. (Gallandii Bibl. t. IV, p. 131-216. Cf. Meyer, de Ratione et argumento apologetici Arnobiani. Havn. 1815).*

⁴ *Justin. Apol. I, c. 6 et 13.*

⁵ *I Corint. x, 20. Justin. Apol. I, c. 9; II, c. 10.*

la comprende desde luego. Esta doctrina se halla confirmada de hecho por el cumplimiento de las profecías, y trasmíte á los hombres una fuerza enteramente divina, probada á los ojos de todos por la vida noble y pura de los cristianos, tan opuesta á la grosera de los paganos. El cristianismo, léjos de ser el origen de las calamidades públicas que se le atribuyen, es su remedio y consuelo mas seguro: disminuye el número de los pecadores, y aumenta el de los mediadores cerca del Dios único del cielo y de la tierra.

Hay que advertir, sin embargo, que suelen encontrarse en estas apologías algunos errores y exageraciones, siempre que refutan el paganismo; y que se apoyan erradamente en el libro de un antiguo sabio persa, llamado Histaspes, y en los falsos oráculos sibilinos ¹.

§ LXX.

Los mártires de la Iglesia católica.

Os envío como corderos en medio de los lobos.

(Mat. x, 16; Luc. xxiv, 48.)

FUENTES. — *Lactant.* de Mortib. persecutor. *Tertull.* Lib. ad marty. *Orig.* Exhortatio ad martyrium. *Cypr.* ep. 11 ad marty. *Gallonius*, de SS. martyr. cruciatib. Roma, 1594. — *Sagittarius*, de Martyr. cruciatib. Franç. et Leipz. 1696, in 4. — *Prudentius*, hymni XIV. (Opp. ed. Daventriae, 1492, in 4. Recens. et adnot. illustr. Chr. *Cellarius*. Halle, 1733, in 8. Recens. ed. *Faus-tus Arevalus*. Roma, 1798, 99, in 4.). — *Chateaubriand*, los Mártires, 2 vol. *Perrone*, Praelection. theol. Roma, 1835, 5, I, p. 186-206. *Staudenmaier*, Espíritu del cristianismo, 3.^a ed. t. II, p. 966.

La conducta observada con los cristianos por algunos emperadores, tales como Neron, Maximino, Decio, Diocleciano y Gale-rio, y el uso de las espantosas torturas inventadas contra los discípulos de Jesucristo no pueden dejar duda acerca de los nume-

¹ *Justin.* Apol. I, c. 20.

rosos y crueles padecimientos que hubieron de soportar. Lo que tanto habian admirado los romanos en su Mucio Scevola y en su Régulo, fue cosa comun y ordinaria entre los cristianos ¹; y procurar sostener lo contrario con Dodwell ² es hacer alarde de ánimo mezquino y prevenido. Asimismo no existe fundamento para sostener que la vana ostentacion ó un ciego fanatismo fueron los móviles de la conducta de los mártires. ¿Por ventura no es sabido que los mas esclarecidos Doctores de la Iglesia motejaban frecuentemente á los que se ofrecian al martirio, llevados de un inconsiderado celo? Morir por Dios á fin de llegar á la conciencia de su amor para con Dios, probando de hecho la extension de este amor; morir por su fe, mas preciosa para un cristiano que la vida terrestre; morir por Jesucristo á fin de ser reconocido por él en presencia de su Padre celestial, tal era el verdadero y triple fundamento del heroismo de los cristianos cuando marchaban al martirio. Ellos sabian que era necesario para ser reconocidos por el Maestro reconocerle en presencia de los hombres ³. Los que confesaban su fe en Jesucristo, sellándola con su propia sangre, eran *testimonios* de la divinidad de la Religion cristiana; los que confesaban á Jesucristo, corriendo el riesgo de perder su vida, su honor ó su bienestar sin alcanzar la muerte, eran *confesores*. Los cristianos, consagrándose de este modo generosa y alegremente á la muerte, por otra parte tan llena de terror, contribuyeron en gran manera á consolidar y propagar la Iglesia de Jesucristo. La sangre de los mártires, dice Tertuliano, es una semilla de cristianos. El martirio es uno de los caractéres propios de la Iglesia católica.

¹ *Minut. Felicis* Octav. c. 37. *Lactant. Instit. div.* V, 13. Los perseguidores se servian de anillos de hierro, agua hirviendo y plomo derretido: quemaban las heridas, ataban los piés á troncos unidos, que después se desunian repentinamente; pero el martirio mas cruel era el deshonor de que eran víctimas las mujeres y las vírgenes.

² *Dodwell*, de *Paucitate marty.* (Diss. Cyprianica XII), refutado por *Ruinart* en el Prefac. ad *Acta marty.* Cf. *Iren.* Contra haer. IV, 33, y *Euseb.* de *Martyr.* Palaestinae.

³ *Mat.* x, 32; *Luc.* ix, 20. Véanse tambien las palabras de Jesucristo que confortaban á los mártires inspirándoles un santo entusiasmo, en *Juan*, iii, 16; x, 11, 17, 18; *Mat.* x, 24; *Juan*, xv, 20; *Mat.* x, 28, 29; xvi, 25; *Marc.* viii, 35; *Luc.* iv, 24; xiii, 33; *Juan*, xii, 25, 26; *Luc.* vi, 22, 23.

Una con el cuerpo y en el cuerpo de Jesucristo ¹, la Iglesia se une también á él en el martirio de la cruz, y lo comparte. Sólo sus adeptos mueren alegres y á millares por la fe, en tanto que los cismáticos y los herejes, ramas secas del árbol de la cruz, sucumben rara vez en el martirio ². Es inútil, decían éstos, confesar su fe delante de los hombres; basta la confesion interior: el martirio es un suicidio. Estos son los sofismas de la cobardía, respondía la Iglesia católica, al anatematizarlos ³: su máxima invariable era que la comunión interior de los fieles debía realizarse en virtud de la comunión exterior. Cuando la fe existe en el corazón se está pronto á confesarla abiertamente, siempre que sea necesario: renegar de la comunión exterior de la Iglesia, es perder la unión interior con Jesucristo. En vez de separarse de Cristo, que es la vida, decían los cristianos; «la muerte es una ganancia;» y el día del martirio era el verdadero día del nacimiento festejado por ellos ⁴. Pero ¿qué era la muerte después del deshonor con que se procuraba amancillar á las vírgenes cristianas! Al paso que los apóstatas, que no solían escasear á veces, eran arrojados de la Iglesia católica, los que perseveraban en la fe, invisiblemente unidos á los mártires, se complacían en proclamar sus nombres en las asambleas religiosas, y en reunirse sobre sus tumbas para celebrar allí los santos misterios y el glorioso aniversario de su nacimiento celestial, y para erigir en ellos capillas é iglesias, y honrar los cuerpos que habían servido de órganos á la glorificación de aquellas santas almas ⁵.

La iglesia de Esmirna fue la primera que, en la carta que escribió sobre el martirio de su santo obispo Policarpo, salió al encuentro de las calumnias paganas, diciendo en su religioso en-

¹ *Ignat. ep. ad Trallian. c. 11.*

² *Justin. Apolog. I, c. 26. Tertull. Scorpiace, c. 1: «Quum igitur fides aestuat et Ecclesia exurit de figura rubi, tunc Gnostici erumpunt, tunc Valentiniani proserpunt, tunc omnes martyriorum refragatores ebulliunt, calentes et ipsi offendere, figere, occidere.»*

³ *Clem. Alexand. Strom. IV, 4, p. 371. Cf. Strom. IV, 7, p. 382 sq. IV, 10, p. 397.*

⁴ *Kortholt. de Martyr. natalitiis in prim. Eccl. Francf. 1698. Sagittarii, lib. de Martyr. natal. in prim. Eccl.*

⁵ *Euseb. IV, 13. Ya sucedía en la muerte de san Ignacio y san Policarpo.*

tusiasmo ¹: «Reconocemos á Jesucristo por Hijo de Dios, y veneramos á los mártires como dignos discípulos del Señor, admirando su divina caridad y deseando imitar su heroica abnegación.»

¹ *Euseb. IV, 15*, nos ha conservado la carta.

CAPÍTULO II.

COMBATES INTERIORES DE LA IGLESIA CONTRA LAS HEREJÍAS.

§ LXXI.

El gnosticismo, su origen, sus principales caracteres.

La ciencia hincha, la caridad edifica.
I Cor. VIII, 1.

FUENTES. — *Iren.* Contr. haer. lib. V, ed. *Massuet.* Paris, 1710. *Tertull.* Contr. Marcion. lib. V, de Praescript. haereticor. adv. Valentin. (Contr. Gnosticos) Scorpiace. *Epiphan.* adv. Haeres. (ed. *Petav.* Paris, 1622). *Colon.* 1682. *Theodore.* Haeret. Fabb. *Clement. Alex. Orig.* Passim. *Plotinus*, (Ennead. II, lib. IX), ed. *Heigl.* Ratisb. 1832.

TRABAJOS SOBRE LAS FUENTES. — *Massuet.* Diss. praev. en su ed. op. *Iren.* *Lewald*, de Doctr. Gnostica. Heidelb. 1818. *Neander*, Desarrollo de los principales sistemas gnostic. Berlín, 1818. Hist. eccles. t. I, P. 2. *Matter*, Hist. crit. del Gnost. Paris, 1828, 3 vol. *Gieseler*, Hist. eccles. tom. I, y en los Estudios y crít. teológ. sobre *Matter* y *Schmidt.* *Möhler*, Ensayo sobre el Gnosticis. Tub. 1831. *Baur*, Hist. del Gnosticis. Tub. 1835. *Hilgers*, Expos. crít. de las herej. t. I, 1 P. p. 124, *Staudenmaier*, Filosof. del Cristian. t. I. p. 489-93. *Ritter*, Hist. de la Filosof. crist. t. I, p. 111, 285, 345.

Una lucha todavía mas peligrosa que la que sostuvo contra el poder romano, fue la que la Iglesia tuvo que trabar con sus propios miembros, cuando estos, llevando hasta las últimas extremidades las especulaciones teológicas de Simon Mago, ó mas bien de Cerinto, las presentaron bajo la forma del *gnosticismo egipcio* ó *siríaco*.

El Nuevo Testamento opone al *gnosticismo* un conocimiento profundo de las Escrituras ¹, el cual no se satisface con los he-

¹ Cf. mas arriba, I Cor. VIII, 7; XII, 8; Pet. III, 18; Act. XXVI, 3, *gnostēs*.

chos históricos y la simple exposicion de los dogmas, sino que desarrolla las ideas, se remonta hasta los principios, y procura sondear la filosofía religiosa del cristianismo.

Empero, á imitacion de Filon, no tardaron en considerarse como los únicos sabios los partidarios del gnosticismo, y poseedores de la ciencia mas recóndita, oculta bajo la letra, é inaccesible para la multitud. De aquí la necesidad de una vivísima lucha entre los que admitian simplemente el cristianismo histórico y tradicional, y los que, afectando una ciencia mas profunda, mezclaban ideas humanas con la palabra revelada, y querian constituir en el seno de la Iglesia cristiana una especie de doctrina misteriosa ó esotérica, que por otra parte no debia turbar la fe en la autoridad de aquellos á quienes llamaban *psychicos*. Y desde entonces se manifestó el carácter de la herejía, siempre vario y mudable en sus opiniones, al paso que la doctrina transmitida por los Apóstoles, y conservada por el Espíritu Santo en la Iglesia católica, es inmutable en su unidad. El gnosticismo no se ocupa solamente, como se cree de ordinario, del origen del mal, sino tambien de la lucha del bien y del mal en el universo, y del poder extraordinario del principio no divino, combatido y definitivamente domado por el invisible poder del divino. Asimismo presenta en todas partes el paralelismo del mundo superior de los espíritus, y del mundo inferior de los cuerpos, que no es mas que una imagen desfigurada del primero ¹, siendo el objeto que asigna á la creacion y á todas las manifestaciones divinas la destruccion del mal moral por medio de la emancipacion del espíritu de los lazos terrestres y de su vuelta al mundo superior.

El error fundamental del gnosticismo consiste, pues, en ver el origen del mal en la *materia*, y no en el abuso de la libertad, como lo enseña la Iglesia católica. Dios, dice el gnosticismo, espíritu invisible y sobrenatural, no puede manifestarse sino por medio de la emanacion en una larga serie de espíritus divinos (*oeones*); y solo por medio de un espíritu de este género, que obra con potencias espirituales, físicas y materiales, han sido creados el mundo y el hombre. Así, pues, un *oeon* superior es el que debe

¹ Cf. *Iren. Contr. haeres.* II, 7, n. 1: «Quae (*sophia*) emittit similitudines et imagines eorum, quae sursum sunt.

librar al espíritu de sus cadenas terrestres, y separar al espíritu de la materia. Pero los esfuerzos del hombre deben corresponder á esta accion libertadora del *oeon*. Los gnósticos justificaban sus doctrinas, apoyándose, no ya en la fe de la autoridad y de la palabra viviente y divina de la Iglesia, sino en las Escrituras, explicadas por una especie de doctrina secreta, confiada por los Apóstoles á algunos elegidos, únicos que han conservado pura la verdad, alterada en la Iglesia con el transcurso de los tiempos. Asimismo, ya rechazaban libros enteros de las santas Escrituras, ya los pasajes que no se acomodaban á su doctrina, sustituyéndoles Evángelios y actos de los Apóstoles apócrifos ¹. Tan arbitraria era su exegesis alegórica y tan desvergonzada, que san Ireneo ² nota que los gnósticos eran capaces de hacer de la descripcion mas brillante de un rey de la tierra, la imágen de un perro ó de un zorro, sin dejar por eso de sostener que era la verdadera imágen del rey.

Las fuentes del gnosticismo son á la vez sicológicas, históricas y materiales. Bajo el punto de vista sicológico, el gnosticismo ha nacido del orgullo del espíritu humano, que en la investigacion de la verdad no tiene el valor de renunciar á sí mismo, á sus miras propias, á sus ideas y á sus especulaciones particulares, cuando son contrarias á la revelacion divina. Históricamente considerado, el gnosticismo encuentra su germen en la filosofia religiosa del alejandrino Filon, cuyo parentesco con el gnosticismo no es muy arduo señalar ³. Ahora, por lo que toca á los elementos materiales, extraños al cristianismo, y que se han mezclado con él para formar la doctrina gnóstica, han sido suministrados por el platonismo de Filon y por los sistemas de Zoroastro y de Buddha.

¹ *Tertull.* de Praescr. haeret. Ista haeresis non recipit quasdam Scripturas (sacras); et si quas recipit, non recipit integras; adjectionibus et detractationibus ad dispositionem instituti sui intervertit: et si aliquatenus integras praestat, nihilominus diversas expositiones commentata convertit. C. 17, p. 237.

² *Iren.* Contr. haer. I, 8, n. 1.

³ *Staudenmaier* ha demostrado que la doctrina de los herejes de los primeros siglos, de la edad media y de la filosofia moderna sobre el *Logos* divino, no es mas que el desarrollo lógico de la *Contemplacion* de *Filon*, y que aun *Strauss* en su *Vida de Jesús* no ha hecho mas que reproducir palabra por palabra las frases de *Filon*, l. c. p. 483.

Con el conocimiento de estos tres sistemas se completa y explica el gnosticismo.

Su rápida propagacion se debe probablemente, segun la opinion de Mœhler ¹, al trabajo general de los espíritus, y á la fermentacion de las opiniones religiosas excitada con la aparicion del cristianismo. Y como esta fermentacion existia ya de mucho tiempo en la Siria y el Egipto, el gnosticismo se propagó allí, tomando la forma sistemática predominante en dichas regiones, cual era la de la emanacion y del platonismo en Egipto, y la del dualismo y el docetismo en Siria ².

Se encuentran ya gérmenes del docetismo en las ideas de Filon, cuyo dios supremo, así como su dios secundario, espíritus puros, no pueden manifestarse en el mundo sino tomando una apariencia vacía y fantástica, y no una forma real y sustancial. A la primera clase de los gnósticos pertenecen Carpócrates, Basilides, Valentino y los Ofitas; se colocan en la segunda, Saturnino, Bardesano, Taciano y los Encratitas.

¹ Con tanta energía levantó el cristianismo hácia el mundo espiritual al espíritu humano, que por mucho tiempo habia vejetado en la region de los sentidos y de las pasiones terrestres, que muchos cristianos sobrepujaron los límites de lo verdadero y cayeron en un extremo contrario: se disgustaron del mundo visible que llegó á ser para ellos el *mal mismo*. Para resolver las dificultades doctrinales que surgieron en gran número, se dirigieron á los antiguos sistemas de filosofía, de teosofía y de mitología.

² *Saturnino, Basilides, Valentino, Cerdon y Marcion*, enseñaron el *docetismo*, siguiendo á *Simon Mago* y *Menandro*. Los principales puntos del docetismo conformes á los del gnosticismo, son: 1.º El Cristo, el *Oeon* que liberta de la materia ó del mal, no tenia mas que la apariencia de un cuerpo, presentándose á los Apóstoles por medio de una especie de ilusion óptica; 2.º su cuerpo estaba formado de una sustancia etéreo-celeste; 3.º podia servirse de un cuerpo extraño, como un órgano que se apropiaba.

§ LXXII.

Caractères y principales formas del gnosticismo.

**A. Forma judeo-helénica del gnosticismo.
Gnósticos egipcios.**

1. CARPÓCRATES.

FUENTES. — *Iren.* I, 25. *Clem. Alex. Strom.* III, 2. *Euseb. Hist. eccl.* IV, 7. *Epiphan. Haer.* 27 (Opp. t. I, p. 102 sq.); *Haer.* 32, c. 3 (t. I, p. 210). *Theodoret. Haer. Fab.* I, 5. Cf. *Tillemont*, t. II, p. 233.

Cuéntase ordinariamente entre los gnósticos al alejandrino Carpócrates, que vivió por los tiempos de Adriano; mas sin embargo, no era mas que un platónico, y apenas puede considerarse como perteneciente á las sectas cristianas. El Espíritu Santo, segun él, no se ha manifestado mas en Jesucristo, que fuera de Cristo y antes de Cristo: la doctrina de Cristo no es otra cosa mas que el helenismo bien entendido, el pitagorismo y el platonismo, acomodados á un nuevo modo de revelacion: el cristianismo tradicional no es una religion mas verdadera que cualquiera otro sistema filosófico ú otra religion popular que no se apoye en la ciencia: Jesucristo es un filósofo como Pitágoras y Platón. La divinidad (è *Monas*), segun el sistema religioso de Carpócrates, no se manifiesta en el mundo de los sentidos, obra de los espíritus caidos. El espíritu desprendido de toda influencia terrestre es el único que puede elevarse hasta la ciencia de Dios. Evitar todo contacto con las cosas de la tierra, y renunciar á la religion y á la moral vulgares, que solo producen una simple legalidad sin justificar ni purificar, son las condiciones propias para llegar á la union divina, por medio de la libertad y los esfuerzos de una virtud verdaderamente moral. Pocos hombres llegan á este término, como Pitágoras, Platón y Jesucristo, cuyas almas, aun durante su aparicion terrestre, estaban en íntima relacion con

Dios. Una virtud divina habia despertado en ellos la reminiscencia de su vida anterior, y les habia hecho capaces de elevarse por encima del horizonte limitado de la vida comun y de llegar á la adoracion del verdadero Dios. Por lo demás, todos los hombres tienen el mismo destino.

Carpócrates reunió numerosos partidarios en Egipto y en Roma. Su hijo Epifanio propagó su doctrina especialmente en la isla de Cefalonia, enseñando á ejemplo de Platon la comunidad de las mujeres y de los bienes, como el solo medio de honrar la Divinidad.

2.º BASÍLIDES.

FUENTES. — *Iren.* I, 24. *Clem. Alex. Strom.* Euseb. IV, 7. *Epiphan. Haer.* 24. (Opp. t. I, p. 68 sq.) *Theodoret. Haereticar. fab.* I, 2, 4. Cf. *Tillemont*, t. II, p. 219 sig. p. 584.

Habiendo llegado Basilides á Egipto, procedente de la Siria, segun san Epifanio, dogmatizó en aquella region con celo, poderosamente ayudado por su hijo Isidoro, hácia la primera mitad del siglo II. Su sistema se apoya en una *tradición secreta*, originaria de Cam, hijo de Noé, transmitida á los sabios orientales Barkoph y Barchoz, y llegada hasta él y su hijo Isidoro, después de la venida de Jesucristo, por medio de Glaukias, el *hermeneuta* de Pedro, y por medio del apóstol san Matías. Esta doctrina recuerda las de la Persia, y presenta los mas principales caractéres del maniqueismo.

Dios es el ser primordial, incomprendible, inefable: de su seno brotan siete potencias, á saber: *noús*, *logos*, *phrónesis*, *sophía*, *dynamis*, *dikaosynè*, *eirènè*, las cuales forman el primer cielo, ó sea el reino de los espíritus. De este cielo emana un segundo, tercero, etc., hasta el número de trescientos sesenta y cinco, que se designan en su conjunto con el nombre místico de *abraxas*¹, cuyas letras, consideradas como cifras, componen el número de

¹ *Bellermann*. Ensayo sobre la similitud de las gemmas antiguas con el Abraxas. *Gieseler*, Estud. y crit. 1830, P. 2, p. 403.

365¹. El primer ángel de los siete de la última serie es el Dios de los judíos, creador del mundo impuro de los sentidos y de la materia. Para emancipar al hombre de los lazos del mundo impuro, el Ser primordial envió á la tierra al *oeon* primer nacido, quien enseñó á los hombres á conocer al verdadero Dios, y los unió al reino de la luz. Este espíritu se unió al hombre-Jesús en su bautismo, cuya conmemoracion celebraban con toda solemnidad los basílidianos. Durante su pasion, abandonado Jesús por *nots*, sufre solo. Así, pues, reconocer y confesar al *Crucificado*, es continuar en la esclavitud del Criador del mundo; pero reconocer y confesar al Libertador² es elevarse por encima de las potencias y de los Ángeles, pudiendo renegar exteriormente y en la persecucion de la doctrina del Libertador, con tal que sea creida y conservada en el corazon. Esta doctrina, que pocos elegidos comprenden, consiste en el voluntario desposeimiento de todo lo que es fisico y corporal, á fin de que el alma se eleve en la contemplacion inmediata, á la evidencia divina, y que la voluntad libre y emancipada, haga el bien, sin que la obligue la ley exterior. Pero no se llega á esta pureza perfecta en el reino de la luz sino por medio de una serie de metempsicosis. La moral de los basílidianos fue en un principio un ascetismo extremadamente severo, que después se fue relajando. Hasta el siglo IV se habló de estos secretarios.

3.º VALENTINO.

FUENTES. — El principal objeto de la controversia en *Iren.* Contr. haer. y *Tertull.* de Praescr. haeret. adv. Valentinian. *Clem. Alex.* Strom. passim. *Epiph.* Haer. 31. (Opp. t. I, p. 163-207). *Theodoret.* Haeret. fab. I, 7. Cf. *Tillemont*, t. II, p. 257 sig. et p. 603 sig.

El egipcio Valentino, contemporáneo de Basilides, llegó á Roma el año de 140, y murió en Chipré el de 160. Su doctrina, análoga á la de este, siquiera mas acabada y fantástica, fue la que

¹ Probablemente hay que hacer subir á los cálculos astronómicos de los sacerdotes egipcios y á la ciencia de los números pitagóricos, esta aritmética de los espíritus. Cf. *Iren.* II, 14, n. 6, p. 134.

² En *Isaías*, xxviii, 10.

alcanzó mayor número de partidarios. Segun ella, en la cima de los seres está el Ser primordial: la vida oculta en el Ser primordial, se manifiesta por medio de una serie de dualidades, unidas entre sí, siendo el prototipo del matrimonio la union de estos dos principios activo y pasivo. Valentino admite quince, que unidos á treinta *oeones*, se dividen en *ogdoas*, *decas* y *dodecas*. El que es completamente eterno, el Padre, cuyo interior conocimiento aun no se ha revelado, engendró con *ennoeia*, *noús* y *alétheia*; de la union de estos últimos, provino *logos* y *zôè*, y de estos á su vez *anthrôpos* y *Ecclesia* ó sea el hombre ideal, realizado en la idea de la Iglesia. Reunidos, forman á *ogdoas*, raíz del universo. De la misma manera emanan sucesivamente los espíritus de *decas* y *dodecas*, etc., para formar reunidos la *plerôma* (*plenitud*), opuesta al caos vacío. El *oeon oros*, límite de la esfera espiritual, retiene en su respectiva esfera á cada uno de los *oeones* por medio de un vínculo comun. Sin embargo, *Sofia*, último de los *oeones*, inflamado en el ardiente deseo de unirse al Ser primordial, y despreciando á su compañero, salvó los límites de su esfera, surgiendo de su no satisfecho deseo, un ser informe, *Achamoth*, es decir, la sabiduría de abajo, ó la mala sabiduría, la cual gira en torno y fuera del reino de la luz. El miedo y la tristeza, nacidos de la separacion de la sabiduría superior, comunicaron al caos gérmenes de vida, y engendraron el *cuerpo*, al paso que el deseo de la union divina dió nacimiento á las *almas*. De esta suerte, el *demiurgo*, nacido de *Achamoth*, creó el mundo de los cuerpos y de las almas, al cual el *oeon oros* comunicó un *elemento espiritual*, á fin de unirlo á las almas de los hombres. Mas esta asimilacion no se efectuó por completo; y las almas no llegaron á elevarse completamente sobre el elemento material. Entonces, para restablecer la armonia de la divina *plerôma* emana de *noús* un nuevo par de *oeones*, y de todos ellos reunidos proviene Jesús *Sotér* ó Salvador, futuro esposo de *Achamoth*. El *oeon* Jesús se une en el bautismo al *Mesías psychico*, prometido por el *demiurgo*, y libertó á los hombres del poder de la materia, y á los *pneumáticos* del yugo del *demiurgo* y de las prácticas judáicas. La letra de la doctrina de Jesús y sus milagros operan en los hombres *psychicos* la fe en el Mesías *psychico*. Solo los *pneumáticos*, vivificados interiormente

por la verdad, y que reconocen al libertador, vuelven á la *pleróma*. Al fin del mundo se verificará una restauracion suprema de todas las cosas. Despojándose los *pneumáticos* del alma y del cuerpo, entrarán de nuevo en la *pleróma* con Soter y Achamoth. Los *psychicos* permanecerán en una esfera intermedia entre el mundo de los cuerpos y la *pleróma*; los *omáticos* volverán á la nada de la materia.

Los discípulos de Valentino, quienes modificaron este sistema de diversos modos, fueron Heracleón ¹, Tolemao ², Segundo ³, Colorbaso ⁴ y especialmente Marco ⁵.

Observaciones. — Con especialidad es necesario buscar las explicaciones y pormenores sobre este sistema de los valentinianos, que forma una verdadera mitología cristiana en las obras de san Ireneo ⁶ y de Tertuliano ⁷.

4.º LOS OFITAS.

FUENTES. — *Iren.* I, 30. *Epiph.* Haer. 37. (Opp. t. I, p. 267). *Theodor.* Haer. lib. I, 14. *Augustín.* de Haeresib. c. 17. Cf. *Tillemont*, t. II, p. 288 sig.

Los ofitas tienen grandes relaciones con los valentinianos. ¿Quiénes han sido los primeros? Probablemente los segundos, si se tiene en cuenta la mayor simplicidad de su doctrina. De *Bythos*, decían ellos, emanan primeramente el *Primero* y el *Segundo Anthrôpos*, ó *hyios Anthrôpou*: de su mision emana *Pneuma*, madre de toda vida. De la union de esta con los dos primeros nacieron la imperfecta *Sophía Achamoth* y *Ano Christos*, principio de

¹ *Epiph.* Haer. 36. (t. I, p. 262 sq.).

² *Iren.* I, 12; II, 4. *Epiph.* Haer. 33. (t. I, p. 214 sq.).

³ *Epiph.* Haer. 32. *Tertull.* adv. Valent. c. 4 et 35. *Theodore.* I, l. 8.

⁴ *Iren.* I, 12. *Epiph.* Haer. 35 (t. I, p. 258 sq.), *Theodore.* lib. I.

⁵ *Iren.* I, 13. *Epiph.* Haer. 34, t. I.

⁶ *Iren.* I, 12, n. 3.

⁷ *Tertull.* adv. Valent. c. 4. Nominibus et numeris oeonum distinctis in personales substantias, sed extra Deum determinatas, quas Valentinus in ipsa summa Divinitatis, ut sensus et affectus et motus incluserat. Cf. de anima, c. 14.

la creación y de la emancipación. Impotente en sus esfuerzos hacia Dios, partió *Softa* su virtud divina con la materia, y dió existencia al espíritu *Jaldabaoth*, hijo del Caos. Este produjo espíritus, y unido á ellos, fue el creador de los planetas, del mundo, del cuerpo y del hombre, siendo al mismo tiempo *Dios de los judíos*. Pero mientras mas se fué manifestando y exteriorizando, al comunicar al mundo de los espíritus y de los cuerpos su ya debilitada virtud, mas se fué perdiendo en la materia. En esto, encolerizado á causa de su impotencia, lanzó una furiosa mirada al fondo de los mares, y creó un *espíritu-serpiente*, absolutamente malo, *Ochiomórchos*, enemigo de todo lo que le es superior, y aun de *Jaldabaoth*, y de los hombres creados por este último, á los cuales esta serpiente trata de separar de él. Pero apareció *Achamoth* y acometió la empresa de libertar á los hombres, logrando ganar á la serpiente y hacer que separase á los hombres de la ley de *Jaldabaoth*, quien les habia prohibido arbitrariamente comer del árbol de la ciencia, siendo esta prohibición para ellos una traba para su desarrollo y su tendencia primitiva hacia las cosas superiores.

Sin embargo *Achamoth* no consiguió desarrollar sino en un reducido número de hombres esta conciencia superior, fruto de la infracción de la ley. Los demás, ó continuaron ó bien cayeron de nuevo bajo la dominación del creador de este mundo irritado y de la engañada serpiente. Por último, el *Cristo celeste* se unió á Jesús, Mesías de *Jaldabaoth*, y crucificado por el odio del Dios de los judíos, libertó á los hombres de este Dios y de la serpiente (del judaismo y del paganismo).

La consumación de todas las cosas se verificará por medio de la vuelta á la *Pleroma* de la *Softa* y de los hombres espirituales, separados de la materia, y por la caída de *Jaldabaoth*, quien despojado de todo su poder, será precipitado en el Caos.

Algunos de estos sectarios veneraban á la serpiente, de donde les viene su nombre de *Oftas* ¹. Otros vivían en la austeridad y en el celibato, y aun no faltaron quienes, por espíritu de oposición á las leyes del Dios de los judíos, se entregaron á los mas

¹ *Mosheim*. Hist. de los *Oftas*. (Ensayo de una hist. imparc. de las herej. Helmst. 1748). *Fuldner*, de *Ophitis*. Rint. 1834.

desordenados excesos. Otros, por último, especialmente en Egipto, según Orígenes, obligaban á los iniciados á que maldijeran á Jesucristo. Los *sethianitas* ¹ pertenecían á las sectas gnósticas, y veneraban á Seth como jefe de los pneumáticos, aparecido en Jesús, según el deseo de *Sofía*. Los *cainitas* tomaban por modelos á Cain, á Cam, á los sodomitas, á todos los personajes infamados en las Escrituras, incluso el mismo Judas Iscariotes, quien en sentir de ellos vendió á Jesús porque sabía que con su muerte debía de ser destruido el reinado del Dios de los judíos. Sus costumbres eran diametralmente opuestas á la ley (antinomistas).

B. Forma judaico-persa del gnosticismo. Gnósticos siríacos.

5.º SATURNINO.

FUENTES. — *Iren.* I, 24. *Epiph. Haer.* 23 (t. I, p. 63 sq.). *Theodoret.* I, I, 3.

Saturnino ó Saturlino, contemporáneo de Basílides, dogmatizó en Antioquía, en tiempos del emperador Adriano. Hé aquí los puntos principales de su doctrina, que trató de concordar con el sistema de Simon Mago y de su discípulo Menandro ¹.

El Ser primordial creó jerarquías de ángeles y de arcángeles: los ángeles cayeron de tan alto poder, encontrándose en el último grado de su caída los espíritus de los siete planetas. Estos crearon el mundo y el hombre, á la manera de una forma espiritual que se les apareció un momento, para desvanecerse al punto, y cuya imagen se había conservado en su memoria. El hombre creado de este modo carecía de lenguaje, y marchaba inclinado hacia la tierra. El Padre supremo tuvo piedad de él y le animó con una chispa de la vida divina. Entre aquellos ángeles creadores se halló el Dios de los judíos. Para emancipar á los hombres de su dominación é impedir que se extinguiese en ellos

¹ *Epiph. Haer.* 39 (t. I, p. 284 sq.). *S. August.* de *Haeres.* c. 18. *Philastr.* de *Haeres.* c. 2.

² *Iren. Contr. Haeres.* I, 24.

la luz divina, envió el Padre al primero de los *oeones*, el *Cristo notis* increado, incorporeal, con la apariencia de la forma humana. Los aliados de Dios, los hijos de la luz, los saturnianos, son los únicos destinados al rescate, no siendo susceptibles de él las naturalezas humanas ó *hylicas*. Al Dios desconocido está opuesto el mal principio, el cual á su vez opone á la raza de los hombres de la luz una raza tenebrosa, hecha á su imagen y semejanza. A fin de evitar toda especie de relacion con este mal principio, se abstenerian del matrimonio y de las viandas, que consideraban como producto de Satanás.

6.º BARDESANO.

FUENTES. — Fragm. de su lib. en *Euseb. Praepar. evang.* VI, 10. *Epiph. Haer.* 36 (t. I, p. 476 sq.). *Theodoret. Haereticar. fab.* I, 22. Cf. *Tillemont*, t. II, p. 454 sig.

Nacido por los años 154, se hallaba el de 172 en Edesa. Todavía hablaba san Gerónimo de su elocuencia y talento poético, al tenor de conocidas tradiciones. Epifanio, Eusebio y Teodoreto cuentan variamente como abandonó la verdadera fe para abrazar el gnosticismo. Las proposiciones gnósticas que se le imputan se encuentran en su escrito titulado *Dialogus de recta in Deum fide*. Satanás, dice él, no puede proceder de Dios. Nuestro cuerpo, prisión del alma, no puede resucitar: Satanás no ha tenido principio. Siempre han existido dos principios, el malo y el bueno, á los cuales corresponden en el mundo físico y moral la luz y las tinieblas. Cristo tenia un cuerpo celestial, y ganó sus numerosos partidarios por medio del encantamiento de sus himnos ¹.

En el siglo IV san Efren de Siria se vió obligado á componer para el pueblo himnos ortodoxos, llevado del objeto de oponerlos á los de Bardesano.

¹ *Hahn*, Bardesanes gnosticus, Syror. primus hymnologus, comm. Leipz. 1819.

7.º TACIANO.

FUENTES. — *Iren.* I, 26. *Epiph.* Haeret. 46 (t. I, p. 390). *Theodoret.* Haeret. fab. I, 20. Cf. *Tillemont*, t. II, p. 410-18.

Contemporáneo Taciano de Bardesano, y discípulo de san Justino mártir, fue en un principio caloroso defensor del cristianismo, encontrándose ya en su apología huellas de la doctrina platónica sobre la materia y el espíritu de vida ligado á la materia, opuesta á la razon y constitutiva de los espíritus fisicos. Posteriormente, formó un partido gnóstico en Antioquía. Su teoría de los *oeones* se parece mucho á la de Valentino: en ella se detiene particularmente en las supuestas oposiciones entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. La palabra creadora, *fiat lux*, no era, segun él, otra cosa mas que un deseo del demiurgo sumergido en las tinieblas. Asimismo recomendaba con ahinco la necesidad de las mas severas abstinencias: señalaba á Cristo como el tipo ideal de la vida virginal, y condenaba el matrimonio como una impureza, apoyándose sobre un texto de san Pablo ¹. Sus partidarios se nombran *encratitas*, *hydroparastes*, *acuarianos*, *severianos*. Solo usaban del agua, aun en la misa, á la manera de los gnósticos. Al tenor de sus ideas sobre la materia, de las cuales era una consecuencia su docetismo, se abstenerian de la Eucaristía, segun san Ignacio ²: mas adelante la acomodaron á su sistema.

8.º MARCION.

FUENTES. — *Iren.* Contr. haer. I, 27. *Tertull.* Contr. Marc. lib. V, *Clem. Alex. Strom. Dialogos peri tes eis theon orthès Pisteós*, ed. *Wetstenius*. Bas. 1674; que suele ser atribuido falsamente á *Origenes*. (*Orig. Opp.* ed. *De la Rue*, t. I). *Epiph.* Haer. 42. (*Opp.* t. I, p. 302 sq.). Cf. *Tillem.* t. II, p. 266 sq.

Marcion, hijo de un obispo de Sinope, formuló el gnosticismo de una manera muy particular. Rechazado por la iglesia de Sinope, vino á Roma por los años 150: se adhirió al gnóstico siríaco Cerdon, y de acuerdo con él formó su sistema. Segun este siste-

¹ I Cor. vii, 5.

² *Ignat. Epist. ad Smirn.* c. 7. (*Hefele*, PP. Apostol. p. 110).

ma, la revelacion divina, sin antecedente y sin ninguna relacion con lo que precede en la historia del mundo, solo comienza con el cristianismo, manifestándose en él repentinamente de una manera perfecta. Marcion no parte, como otros gnósticos, de las especulaciones de una metafísica natural, ó de una filosofía de la naturaleza, sino de un punto de vista moral, que apoya en ciertos pasajes de san Pablo, mal entendidos, segun él dice; distingue tres principios, á saber: *Archas, Dios fuerte — Creador, demiourgòs, justo — Hyle Materia* con el *maligno y diablo*. Y para justificar su opinion sobre la ausencia de toda preparacion de la revelacion del buen principio señala la gran distancia que separa al Dios del cristianismo del Dios de los judíos, creador del mundo; misericordioso el uno y fundador de la verdadera moralidad que proviene de una voluntad libre; riguroso el otro y autor de la justicia estricta y legal ¹.

Para libertar á la humanidad de este degradante estado y de la arbitraria y cruel dominacion del Dios de los judíos, el *Dios fuerte*, el buen Dios, aunque desconocido, se manifestó por medio de Cristo, descendido á Cafarnaum en un cuerpo aparente. En un principio, se limitó prudentemente á pasar por el Mesías del demiurgo (el Dios creador); pero, habiendo querido dar á conocer el Dios oculto á los hombres, fue crucificado por los judíos, á instigacion de su Dios. Todo aquel que cree en Cristo y practica la verdad, tiene participacion en el reino de Dios, permaneciendo el infiel bajo el yugo del Dios de los judíos. Marcion imponia á los creyentes, á los cuales no admitia sino después de tenerlos largo tiempo entre los catecúmenos, una conducta moral muy severa, la abstinencia del matrimonio y de todo placer, diversion y alimento que no fuese indispensable, apoyándose en un Evangelio adulterado de san Lucas y en algunas falsas epístolas de san Pablo. La Iglesia, segun él, habia caido ya en el judaismo ². Con todo, es fama que en el momento supremo, ma-

¹ En una obra especial «*Antithèses.*» Cf. *Hahn. Antitheses. Marcion. gnost. liber deperditus, nunc quoad ejus fieri potuit restitutus. Regiom. 1823.*

² *Hahn. El Evang. de Marcion y su forma primitiva. Leipz. 1824. Thilo, Codex apocryphus (Nov. Test. Leipz. 1832, t. I, p. 403-86); id. de Canone Marcion. Ibid. 1824; id. de Gnos. Marcion antinomi. Regiom. 1820.*

nifestó deseos de volver á su seno, lo cual no pudo conseguir. Los discípulos mas importantes de Marcion fueron Marco y Apeles, quienes llenaron las lagunas de su sistema con varias proposiciones sacadas de otros gnósticos. De aquí las formas múltiples de esta doctrina, muchas de las cuales, habiéndose organizado de una manera eclesiástica, duraron hasta el siglo XVI.

Tambien Hermógenes, combatido por Tertuliano en su libro *adoersus Hermogenem*, se cuenta entre los gnósticos. Tomando su punto de partida de la doctrina platónica sobre la materia, decia Hermógenes: *Ab initio* habia dos principios; Dios, principio creador y activo, y la materia, principioceptor y pasivo. Dios dió una forma á la materia, á lo cual la materia resistió: esta resistencia es la fuente y origen del mal. Hermógenes asimismo combatió á un tiempo la doctrina católica de la creacion de la nada, y el emanantismo de los gnósticos, por cuanto, en sentir suyo, ambos sistemas contenian ideas indignas de Dios. (Conf. *Böhmer*, *Hermogenes africanus*. Sundiæ, 1832).

§ LXXIII.

El maniqueismo.

FUENTES. — *Archelai* (Episcop. Cascharor. por los años 278) Acta disputat. c. Manete (*Galland. Bibl. PP. t. III, p. 569-610*), y en *Manst.*, t. I, p. 1120 sig. — *Tit. Bostrens.* (por el 360), lib. IV, (*Canis. Lect. ant. ed. Basnage*, t. I). — *Alexander*, Lycopolit. adversus Manich. placita. (*Galland. Bibl. PP. t. IV, p. 73-88*). — *Epiph.* Haer. 66. (Opp. t. I, p. 637 sq.). — *August.* Contr. epist. Manich fundam. Fortunat. Adimant. Faust. de actis c. Felic. manich. etc. (t. VIII, ed. *Bened.*). — *August.* de Mor. Eccles. cathol. et mor. manich. (t. I). Fragment. en *Fabric. Bibl. gr. t. V, p. 284 sq. Cf. Tillemont*, t. IV, p. 367 sq.).

TRABAJOS SOBRE LAS FUENTES. — *Beausobre*, Hist. crit. de Manés y del maniqueismo. Amst. 1734 sq. 2 t. in 4. — *Allicotti*, S. J. Diss. hist. crit. de antiq. novisque manichaeis. Rom. 1763. — *Baur*, Sistema relig. de los maniq. Tub. 1831. *Colditz*, Sistema relig. de los maniq. Leipz. 1838. *Staudenmaier*, Filosof. del Cristian. p. 504. Cf. *Wegnern* y *Neander*, Hist. eccl. sobre el maniqueismo. (Estud. y Crit. 1828, t. III). *Baur* demuestra el parentesco del budhismo y el maniqueismo, lo que antes habia hecho ya *Aug. aut. Georgi*, Alphabetum Tibetanum. Romae, 1762, p. 398 sq. *V. Dellinger*, Man. de la Hist. eccl. t. I, P. I, p. 244.

Uno de los sistemas mas parecidos al gnosticismo fue el *maniqueismo*, el cual, después de la caída del primero, trató de heredar su autoridad sobre los espíritus. Algunos hacen subir esta doctrina hasta el persa Mani, (Manés, Manichaeus). Este Manés era, segun la tradicion griega, un esclavo, á quien la viuda de un cierto Terebinto, llamado tambien Buddha, proporcionó los libros del mercader sarraçeno Escitiano, el cual habia adquirido durante sus largos viajes las obras de la filosofia griega y oriental. De estas obras debe de haber sacado su sistema hácia la mitad del siglo III. Habiéndose emancipado en esta época el imperio de los persas por medio de los Sasanidas de la dominacion de los partos, resolvió la nueva dinastía asentar su poder sobre una base sólida, consagrándose al mejoramiento religioso del pueblo. Al efecto, se esforzó por restaurar la religion de Zoroastro, la cual, bajo los Arsácidas, se habia convertido en un grosero dua-

lismo, en un culto enteramente exterior, destituido de elevacion y de espíritu: asimismo fueron dispersados los magusianos, partidarios de esta forma degradada. Manés al parecer se adhirió á este movimiento religioso; sin embargo, prosiguiendo su propio camino, creyó encontrar la afinidad entre la religion persa y el cristianismo gnóstico de Basilides, el budhismo y el culto de Mithra, y concibió el atrevido pensamiento de convertir en religion universal el culto popular. Una tal ambicion le suscitó odios y persecuciones de parte de los magos, de los reyes de Persia y de los cristianos, ante los cuales pretendia pasar por el Paráclito prometido. Al fin acabó por morir en fuerza de torturas, bajo el reinado de Baharam, condenado como corruptor de la religion (por los años de 277).

Manés admite dos seres eternos, *la luz y las tinieblas*, estableciendo así de una manera positiva y enteramente diversa de los gnósticos el dualismo pérsico.

Los dos principios se manifiestan por medio de generaciones sucesivas en las diversas esferas de que cada uno es dueño. El buen principio (el que corresponde al Ormuzdo persa) llenó todas las cosas con su luz, así como el sol en el sistema planetario. El mal principio (el Arihmanio persa) no es mas que materia, tinieblas y perversidad. Y como existen *ab eterno* los dos reinos de la luz y de las tinieblas, están en perpetua guerra. A fin de combatir las potencias tenebrosas, formó el buen principio de su propio ser, al *hombre primitivo*, el cual como el *Logos* de Filon es á la vez el alma del mundo y la fuente de toda vida.

En la lucha que, ayudado de los cinco elementos mas puros (luz, fuego, viento, agua, tierra), tuvo que sostener el hombre primitivo contra las tinieblas, le arrebataron las potencias demoníacas una parte de la luz, y aun le hubieran completamente subyugado, si el buen principio, invocado durante el combate, no le hubiese enviado una nueva emanacion de su poder, el *espíritu vivo* (*spiritus potens*). Este espíritu, comunicando á la materia el rayo luminoso robado al hombre, formó el mundo visible, en el cual cada existencia tiene una categoría proporcionada á los elementos que predominan en ella: colocó en lo alto del cielo las partes mas nobles del hombre primitivo, tales como el sol y la

luna : fijó como estrellas en el firmamento el cuerpo de los demonios , arrancados á las partes luminosas , y formó las criaturas de la naturaleza terrestre de las partes luminosas mas cautivas de la materia. De esta suerte se esparce y extiende en toda la naturaleza hasta las plantas y las piedras la materia luminosa y vivificante (*Jesus patibilis*). El hombre , como todas las criaturas , es un compuesto de materia y de espíritu , que toma su origen del reino de la luz. Hé aquí el modo de su nacimiento : á fin de impedir que el sol absorbiese la semilla luminosa , todavía diseminada en la materia , el *Archon* de las tinieblas obligó á los otros demonios á que le abandonasen las partes luminosas que poseian , para formar una imagen de ellas sobre el modelo del hombre primitivo y procurarse de este modo duracion para su imperio. Entonces , ayudado de su mujer (*Nebrod*) engendró al primer hombre (*Adan*) , tipo del Dios solar (*Cristo*) en cuanto á su alma , y del principio de las tinieblas en cuanto á su cuerpo. Pero , para impedir que el hombre , una vez adquirida la conciencia de su origen celeste , intentase levantarse hácia su patria verdadera , el espíritu de las tinieblas le asoció una compañera , y el hombre , ya sometido al instinto animal , quedó cada vez mas esclavo del deleite , cuyo deseo originó *Eva* en su corazon : naciendo de aquí hijos cada vez mas esclavos de los vínculos de la materia. Mas , sin embargo , era necesario que la raza humana fuese emancipada , que la luz fuese separada de las tinieblas , que el espíritu saliese del yugo de la materia , puesto que el mundo , tal como era , venia á ser un resultado de la lucha de los dos principios y de un primer triunfo del bien. De aquí la *libertacion* física y moral , segundo dato capital del sistema maniqueo. Para obrar esta *libertacion* , el *Cristo* , Dios solar , transforma las mas nobles potencias del sol y de la luna en doncellas resplandecientes por su belleza , y mancebos no menos deslumbradores : hace que aparezcan á los demonios de los dos sexos y enciendan en ellos deseos y ardientes pasiones : pero de pronto se desvanecen los genios ; los demonios entran en una agitacion terrible ; en medio de su impotente furor , los vapores ligeros que emanan de su seno envuelven las semillas luminosas esparcidas en el mundo , y las obligan á emprender un rápido vuelo hácia el éter , á donde las atrae el sol ,

cuyo deseo se satisface con el buen éxito de su astucia. Con todo, solo son libertados y rescatados por *Cristo* (hijo del hombre primitivo), el cual, durante el reinado de Tiberio, se manifestó en Judea bajo la forma de un cuerpo aparente. Cristo padeció, pero su pasión no fue mas que aparente. El verdadero objeto de su misión fue instruir á los hombres, á quienes enseñó á triunfar de los deseos del cuerpo, y á purificarse cada vez mas para llegar á la verdadera justificación, que no se opera sino en la muerte con la separación del espíritu y del cuerpo. Solo por medio de una serie de metempsícosis la mayor parte de las almas llegan á su término, al mas puro éter. Los mismos Apóstoles comprendieron ya mal é interpretaron de una manera judaica la doctrina de Cristo, por cuya razón era necesario el Paráclito, á fin de dar á los hombres la inteligencia de la verdad: este Paráclito apareció en la persona de Manés. Segun Manés, los libros del Antiguo Testamento son la obra de los demonios; y deben rechazarse así como la mayor parte de los del Nuevo, no existiendo en ellos nada, aun en las epístolas de san Pablo, dignas de estima por otra parte, que no esté manchado de judaismo ¹. La *triade* divina, que admite el maniqueísmo, se liga al parecer al cristianismo. Pero cuando se examina de cerca, se ve que no es otra cosa mas que fórmulas abstractas de una vaga filosofía de la naturaleza. El Cristo y el Espíritu Santo no son mas que emanaciones divinas, destinadas á combatir el mal en el mundo. Mas adelante formuló Fausto el sabelianismo, diciendo: «Es preciso honrar á Dios bajo tres nombres: como Padre en la luz suprema; como Cristo en la luz visible (fuerza en el sol, sabiduría en la luna); como «Espíritu en el éter puro.» De esta suerte debia operarse la emancipación definitiva de la luz, cuyo triunfo acabaria por comunicar á las potencias tenebrosas el sentimiento de su debilidad, abandonándolas á sus luchas intestinas.

Manés, igualmente que muchos gnósticos, distingue á los iniciados ó perfectos (*perfecti*) de los catecúmenos (*auditores*); preparados durante mucho tiempo con una enseñanza religiosa y filosófica, mística y alegórica. Los maniqueos tenían tambien una

¹ Trechsel, Canon, crit. exeges. de los Maniq. Berna, 1832.

jerarquía señalada y completa, á saber: doce maestros con un jefe, setenta y dos obispos, sacerdotes y diáconos. El culto exotérico era completamente espiritual, y debia contrastar singularmente con el de los católicos (semicristianos). Ayunaban el domingo y celebraban el aniversario de la muerte de Manés como una gran fiesta eclesiástica. Asimismo era enteramente secreto y misterioso el culto esotérico. Hubo que echar mano de investigaciones judiciales muy rigurosas para descubrir que los del partido de los *Cátarros* practicaban una Eucaristía criminal. La moral de los perfectos (*perfecti*), consistia en evitar toda especie de injuria, en abstenerse de ciertas viandas, de bebidas embriagantes, del matrimonio, ó á lo menos de la procreacion de los hijos, y en respetar en todo la vida, aun la animal y vegetal hasta el punto de no romper ni un átomo de yerba. Todas estas reglas se hallaban comprendidas en el *signaculum sinus, manuum et oris*. Los catecúmenos cuidaban de la manutencion de los perfectos, que vivian por lo regular de aceitunas y otros vegetales. Los catecúmenos no estaban obligados á todas estas privaciones, pudiendo cultivar la tierra y profesar oficios mecánicos. Estos obtenian fácilmente el perdon de los pecados y faltas cometidas en tales ocupaciones, faltas que no podian dañar al alma, susceptible de vergüenza y de remordimiento, pero incapaz del mal. Por esto, segun deplora san Efren de Siria, ni aun querian que se pensase en el arrepentimiento, ni en hacer penitencia, con lo cual, decian ellos que no se conseguia otra cosa más que entretener el mal ¹.

Aterrados con la desastrosa suerte de su jefe, se esparcieron los maniqueos por Judea, la China, el Asia Menor, el Egipto, el Norte de África y otras regiones del imperio romano. Diocleciano los condenó al fuego, á la decapitacion y al destierro como sectarios peligrosos (296). Las brillantes promesas que hacian

¹ *Wegnern. Manich. indulgentiae, c. brev. manichaeismi adumbrat. Leipz. 1827.* Véase á *Zingerle* en cuanto á la completa ignorancia ú otros motivos que han impelido á este autor á confundir la doctrina católica de las indulgencias y la remision de los pecados con las doctrinas de los maniqueos. — Indulgencias de los maniqueos y su comparacion con la Iglesia católica. (Revista teolog. de Tub. 1841, p. 374-603).

estos de resolver todos los misterios de la naturaleza y sus prácticas ascéticas atrajeron á su doctrina á grandes talentos , tales como el insigne Agustino , alucinándolos por algun tiempo. Otros pensadores menos profundos que el hijo de santa Mónica permanecieron por largo tiempo cautivos del error.

De esta rápida ojeada resulta que el maniqueismo solo tenia de comun con el cristianismo algunos nombres , y que en una palabra no era mas que una extraña mezcla de las doctrinas de Zoroastro de Budda y de Basílides , y que se tocaba mucho con el mahometismo. San Agustín combatió con sumo vigor , refutó victoriosamente la sicología maniquea , la distincion de las dos almas , una buena y otra mala , y obligó á Segundo á confesar que el alma peca por su voluntad , consintiendo en el mal.

Observacion. — Esta secta que bajo muchos aspectos amenazaba á la sociedad fue severamente proscrita por los emperadores romanos. Valentiniano I prohibió las reuniones de los maniqueos. Teodosio I los persiguió hasta el extremo de despojarles del derecho civil. A principios del siglo V , les combatió san Agustín con tanta mayor eficacia , cuanto que les habia conocido por experiencia. Valentiniano III fulminó contra ellos leyes todavía mas severas , y lo hizo tambien san Leon el Grande en nombre de la Iglesia , de manera que la mayor parte de los maniqueos acabaron por entrar en el catolicismo. Con todo , siguió sobreviviendo un núcleo misterioso que volvió á aparecer en Occidente por la edad media.

§ LXXIV.

Secta iluminada, fantástica y ascética de los montanistas. — Los alogos, adversarios de estos.

FUENTES. — *Tertull.* de Pudicit. de Fuga in persecut. de Jejun. de Monogam. de Culto femin. de Virginib. veland. de Exhort. castitat. — *Euseb.* Hist. eccl. V, 3, 14-19. *Epiph.* Haer. 48. — Sobre los Alogos, véase á *Iren.* III, 11. *Epiph.* Haer. 51. Cf. *Tillemont*, t. III, p. 212, 213. *Kirchner*, de Montanistis specimen. I, Jen. 1832. *Schwegler*, el Montanismo y la Iglesia cristiana del siglo IX. Tub. 1841.

Entre tanto se formulaba en el *montanismo* una doctrina diametralmente opuesta al gnosticismo y tan exagerada como él; y así como el uno habia desarrollado de una manera fantástica la parte teórica del cristianismo, el otro desarrolló á su modo su parte práctica. El gnosticismo pretendia convertir el cristianismo en una teosofia mística; y el montanismo hacer de él un monaquismo exagerado. Su fundador Montano, nacido en Pepuza de Frigia (por los años 170), y que probablemente habia sido sacerdote de Cibeles en un principio, no bien hubo sido admitido en el seno de la religion cristiana, cuando ya quiso pasar por un hombre inspirado del Espíritu Santo, y como el órgano mas poderoso del Paráclito, conminando con los mas severos é inminentes juicios, á los que se levantasen en su contra ó intentasen perseguirle. La inspiracion de que afectaba estar dotado, solo era momentánea; pasajeros arrobamientos que le privaban de toda reflexion y conciencia de sí mismo. Montano decia: «Hé aquí á Dios, hé aquí al Espíritu Santo que habla.» Pero la conducta del pretendido profeta estaba muy léjos de parecerse á la vida pura y celestial de aquellos que en los tiempos apostólicos recibian los dones de vision y profecía. El objeto de sus revelaciones consistia principalmente en preceptos morales muy rigurosos, cuya realizacion debia conducir á la Iglesia á su madurez, á la edad viril. «Era necesario renunciar á toda actividad científica, huir las alegrías terrestres y buscar el martirio. La impureza, el asenato y las segundas nupcias excluian para siempre de la Igle-

«sia. El espíritu de profecía debía ser permanente en la verdadera Iglesia del Nuevo Testamento, como lo había sido en el Antiguo, siendo los discípulos de Montano sus depositarios y sus órganos. Este don había pasado de los Apóstoles á Agabo, Silas, Judas, las hijas del apóstol Filipo de Hierápolis, Ananías de Filadelfia, Cuadrato, Montano y dos santas mujeres llamadas Priscila y Maximila.» Y por mas que Montano pretendiese conservar la doctrina de la Iglesia católica ¹, sostenia lo siguiente: «La moral debe perfeccionarse y crecer en rigor: el mismo Dios ha probado y demostrado de antemano esta gradacion, pasando del Antiguo al Nuevo Testamento, al través de las instituciones y de los medios de salvacion progresivos de una y otra ley.» Los obispos católicos, reunidos en varios sínodos, combatieron este espíritu de ilusion y de mentira, este rigorismo moral. Entonces Montano y sus adeptos se separaron de la Iglesia católica, y los *montanistas*, *pepusianos* ó *catafrigianos*, establecieron en Asia una iglesia propia, extendiéndose desde la Frigia, su principal asiento, por el Occidente. Vióse en África al grande y severo Tertuliano (hacia el año de 205), dejarse seducir por la austeridad de aquellos preceptos morales, exponer con mas claridad lo que Montano entrevia en su imaginacion fantástica, y hacer conocer positivamente el error dogmático del montanismo, el cual desconocia la cooperacion del *Espíritu Santo* en la obra de Jesucristo ². Al consolar Jesucristo á los Apóstoles con la promesa de la venida del *Espíritu Santo*, no queria ciertamente dar á entender que la revelacion no había sido completa en él y por él, siendo así que dijo terminantemente: «Él recibirá lo que hay en mí, «y os lo anunciará ³: dará testimonio de mí y hará que *recordeis* «todo lo que yo os he dicho:» es decir, que el *Espíritu Santo* debía explicar, desarrollar, apropiar al mundo, todo lo que Jesucristo había ya enseñado. Pero, desconociendo este pasaje Ter-

¹ *Tertull.* de Virginib. veland. v. 2: una nobis et illis fides, unus dominus, idem Christus, eadem spes, eadem lavacri sacramenta. Semel dixerim, una Ecclesia sumus. Ita nostrum est quodcumque nostrorum est: caeterum dividis corpus.

² Cf. *Döringer*, Sist. de la act. div. en el cristian. t. II. *Tillemont*, t. III.

³ Juan, xvi, 13, 14; xv, 26; xiv, 26; xv, 21.

tuliano, é interpretando mal aquellas palabras de Jesucristo: «Tengo que deciros todavía muchas cosas; pero aun no las podeis comprender¹;» pretendia que ya habia pasado aquel tiempo en que Jesucristo tenia en cuenta la flaqueza humana; que el Espíritu Santo se habia comunicado plenamente por medio de Montano y las dos profetisas; que este habia *completado* la revelacion, para elevar á su perfeccion la vida cristiana, y que por lo mismo tenian todos los fieles el imperioso deber de observar estrictamente los nuevos mandamientos del Espíritu Santo². Los católicos por su parte se mostraban poco dispuestos á abrazar este error. Así fue que los montanistas les apellidaban *los carnales* (*psychicos*), al paso que se daban á sí propios el sobrenombre de *espirituales*, exagerando su polémica hasta el punto de aparecer frecuentemente como enemigos de toda la doctrina de la Iglesia católica³.

El gnóstico egipcio Hieracas⁴ desarrolló ciertos principios de una severidad y rigorismo, aun mas exagerados que los de los montanistas, con los cuales, sea dicho de paso, tenia notable afinidad.

De la apasionada polémica que habian excitado los montanistas, surgió una secta enteramente contraria al iluminismo de estos. Dicha secta nueva, si bien numerosa, no solamente negaba

¹ Juan, xvi, 12.

² Hé aquí el principio montanista en *Tertull.* de Virginib. veland. c. 1: Regula quidem fidei una omnino est, sola immobilis et irreformabilis. Hac lege fidei manente, caetera jam *disciplinae* et *conversationis* admittunt novitatem correctionis, operante sc. et proficiente usque in finem gratia Dei. Propterea Paracletum misit Dominus, ut, quoniam humana mediocritas omnia semel capere non poterat (Joann. xvi, 12-13), paulatim dirigeretur et ordinaretur et ad perfectam perduceretur *disciplina* ab illo vicario Domini Spiritu Sancto. Quae est ergo Paracleti administratio nisi haec, quod *disciplina* dirigitur, quod Scripturae revelantur, quod intellectus reformatur, quod ad meliora proficitur? Justitia primo fuit in rudimentis; nunc per Paracletum componitur in maturitatem.

³ *Tertull.* de Pudicitia, c. 21: Et ideo Ecclesia quidem delicta donabit, sed Ecclesia spiritus per spiritualem hominem (Montanistarum), non Ecclesia numerus episcoporum (catholic.). Domini enim non famuli est jus et arbitrium; Dei ipsius, non sacerdotis, p. 744.

⁴ *Epiph.* Haer. 67. (Opp. t. I, p. 709 sq.).

el don de profecía de los montanistas, sino tambien en general *todo don del espíritu*. Tan superficial en su doctrina, como exagerada en la reaccion, rechazó el Evangelio y el Apocalipsis de san Juan, solo porque los montanistas se servian de ellos para fundar su doctrina del Espíritu Santo. Por último, llegó hasta á combatir la doctrina del *Logos*, lo cual hizo que san Epifanio les diese el sobrenombre irónico de *Alogos*.

§ LXXV.

Herejes racionalistas: antitrinitarios ó monarquianos.

FUENTES. — Tillemont, t. II y III. Malher, Atanasio el Grande y la iglesia de su época, 1.^a parte, p. 69. Staudenmaier, Filos. del Cristian. t. I, p. 469.

La doctrina fundamental de la santísima Trinidad fue de varios modos atacada. Por una parte la combatieron cristianos de una razon estrecha y superficial, que trataron de explicar de una manera racional las expresiones de las sagradas Escrituras, concernientes á la *persona de Jesucristo*, designado como *Hijo de Dios*, *Logos*, y la Trinidad de la Divinidad, designada con los nombres de Padre, Hijo y Espíritu Santo: por otro lado, la atacaron aquellos que, partiendo del punto de vista judaico, insistian en la unidad abstracta de Dios (monarquía), y nombraban con Filon á la Divinidad una pura *Mónade*.

1.º Los unos negaban toda especie de relacion entre Jesús y la Divinidad, considerándole como un *puro hombre*.

2.º Los otros, aun cuando sostenian la divinidad de Jesucristo, no distinguian las tres personas de la Trinidad, y pretendian que Dios se habia manifestado absolutamente en Jesucristo, se habia hecho hombre y habia padecido (*patripasionistas*).

3.º Otros, por último, negaban la divinidad de Jesucristo, pero admitian, sin embargo, ciertas relaciones entre la Divinidad y Jesús, considerando al Hijo y al Espíritu Santo como potencias divinas.

Pertenecen á la primera clase entre los ebionitas ya citados y los alogos, Teodoto, curtidor de Bizancio (por los años de 192). Dicese que habia renegado de Jesucristo en una persecucion, y

que para justificarse habia respondido lo siguiente: «No es de un «Dios, sino de un hombre de quien he renegado. — Qué hombre? «le preguntaban: — El Cristo, respondia Teodoto.» Con todo, reconocia en Cristo al Mesías anunciado por el Antiguo Testamento y su nacimiento milagroso de la Virgen María. Excomulgado por el pontífice romano san Víctor, se hizo jefe de un partido herético, que especialmente se ocupaba de matemáticas y de dialéctica peripatética, y que considerando á las santas Escrituras como cualquiera otra obra profana, las falsificaba en muchos lugares. También hubo, siquiera por poco tiempo, un obispo en este partido: tal fue Natalio, confesor seducido. Hecho á su vez Artemon jefe de la secta, consideraba la fe del Cristo-Dios como una vuelta al paganismo por medio del politeísmo, y suponía, contra las mas positivas tradiciones de los primitivos Doctores de la Iglesia y contra el testimonio de las santas Escrituras, que esta fe en la divinidad de Jesucristo solo databa del tiempo de Cefirino, obispo de Roma. Finalmente, esta secta contó también entre sus partidarios á Teodosio el Joven, quien pasó de cambista á ser fundador de los *Melquisedecianos* ¹. Estos sectarios adoraban en Melquisedec una teofanía nueva, una manifestación divina, incomparablemente superior á la de Cristo.

La segunda clase comenzó con Praxeas ², el cual después de haber sido confesor, bajo Marco Aurelio, se habia dirigido á Roma (hacia fines del siglo II), á fin de deshacer las intrigas de los montanistas. Pero en Roma, así como mas adelante en África, enseñó que en la esencia divina solo existia una *hipóstasis*, la cual, originada de sí misma y llamándose Hijo, descendió en esta forma á la Virgen María, fue engendrada por ella y padeció entre los hombres. No obstante, renunció á su error, y aun dió caución de su fe conforme á la de la Iglesia, segun lo sabemos por su ardiente antagonista Tertuliano. Entre tanto, Noeto ³, apo-

¹ Euseb. Hist. eccl. V, 28. Tertull. de Praescr. append. c. 53. Theodoret. Haeret. fab. II, 4 sq. Epiph. Haer. 54 et 55. (t. I, p. 462 sq.).

² Tertull. adv. Prax. (p. 634-63). Cf. Mæther, l. c. 74-84.

³ Hippol. Contr. haer. Noët. (Opp. éd. Fabric. Hamb. 1716, t. II, p. 5 sq. Galland. Bibl. t. II, p. 454-93). Epiph. Haer. 57. Theodoret. l. c. III, 3. Cf. Natal. Alex. Hist. eccl. saec. III, diss. 25 (t. VI, p. 375 sq.)

yándose en los textos de san Juan, cap. x, 30, xiv, 8, sostenia en Esmirna los mismos errores, siendo vivamente combatido por san Hipólito, y arrojado al cabo de la Iglesia. Berilo, obispo de Bosttra ¹, sostuvo á su vez que el Logos no habia existido antes de su encarnacion como persona divina (*hipóstasis*), y que solo habia existido en Dios á la manera de pensamiento y prevision de su futuro destino. En vano varios Concilios intentaron convencerle de su error: Berilo ni lo reconoció ni rechazó hasta tanto que fue vencido por las concluyentes enseñanzas de Orígenes (244), al cual tributó los mas expresivos testimonios de su reconocimiento.

La doctrina de la tercera clase se apoyaba con especialidad en la de los judíos alejandrinos, quienes sostenian que el Dios oculto no se manifiesta sino por medio de potencias semejantes á los rayos luminosos emanados del sol; á saber: 1.º por una *inteligencia llena de luz*, que desde un principio reside en Dios, y se manifiesta exteriormente, á la manera que se manifiesta el hombre por medio de la palabra; 2.º por un poder *lleno de calor*, que es el Espíritu Santo. Así fue que en el Asia Menor muy particularmente decian estos sectarios: La union del Verbo con Jesús no es mas que un grado superior á su union con los profetas. Distinguíase entre aquellos Pablo de Samosata ², obispo de Antioquía (después del año 260), hombre de gran talento, pero talento mundano, y muy ganoso del renombre y la magnificencia de una vida disoluta. Pablo preferia el lustre de su título profano de *docenario*, á la sagrada carga de sus funciones episcopales. Cristo, decia, no es mas que un hombre, siendo su origen igual al de cualquiera otro ser humano: no ha preexistido antes de su aparicion en el mundo; mas sin embargo, Dios le revistió de gracias particulares, y habitó en él el Logos divino desde el momento de su concepcion. Pero este Verbo divino no era para Pablo de Samosata otra cosa mas que la razon humana en toda su pureza.

¹ Euseb. Hist. eccl. VI, 33. Cf. c. 30. Hieron. de Vir. illustr. c. 60. Ullmann, de Beryllo Bostren. ejusque doctr. Hamb. 1835, in 4.

² Euseb. Hist. eccl. VII, 27-30. Theodoret. Haeret. fab. II, 8. August. de Haeres. c. 44. Epiph. Haer. 65. Mansi, t. I, p. 1033 sq. Harduin, t. I, p. 195 sq. Ehrlich, de Errorib. Pauli Samos. Leipz. 1745. Feuerlin, de Haeresi Pauli Samos. Gœtt. 1741, in 4.

Esta pureza, unida á las particulares y eminentes virtudes de Cristo le elevaron hasta á la divinidad: en este sentido es en el que Pablo le nombra Cristo-Dios. Sus partidarios no se servian de la fórmula del bautismo empleada por la Iglesia. Tres concilios de Antioquía (después del 264) condenaron su doctrina. Completamente refutado y convencido por Malquion, sacerdote de esta ciudad, en el último de dichos sínodos, fue depuesto Pablo, dándose conocimiento á la Iglesia católica del decreto del concilio. A pesar de esto, procuró todavía mantenerse, apoyándose en el poder secular y en el favor de Zenobia, reina de Palmira. Pero cuando esta hubo sucumbido bajo Aureliano, decidió el emperador que fuese obispo de Antioquía *aquel á quien nombrasen los obispos de Italia, y principalmente el de Roma*. Pablo tuvo que ceder, mas no por eso dejó de conservar su partido, que tomó el nombre de *paulianos* ó *samosatenos*.

Tambien puede contarse entre los herejes de esta clase á Sabelio¹, sacerdote de Tolemaida en Pentápolis (250-60), si se atiende al punto fundamental de su doctrina panteística. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no son, segun él, personas distintas y coeternalmente existentes en una misma sustancia divina, sin estar en relacion necesaria con el mundo. Dichos nombres no son mas que denominaciones exteriores y temporales de la manifestacion de la mónade divina en su accion sobre el mundo. Estas manifestaciones diversas de la mónade, tales como Padre, Hijo, Espíritu, no tienen otro objeto que su propio desarrollo; se extienden, se *dilatan*, segun las expresiones estoicas, ó se estrechan y se *concentran*. La mónade se esparce en el mundo y se convierte en *Padre*: se une á Cristo por medio de la Redencion, y se llama *Hijo*: se identifica con la humanidad, obra en el conjunto de los fieles, iluminando á la Iglesia, regenerando al género humano y completando la Redencion, y toma el nombre de *Espíritu Santo*. Por último, después de haber desarrollado la vida divina en los tres reinos del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, la Divinidad se retira, se recoge y se encierra en sí misma.

¹ Euseb. Hist. eccl. VII, 6. Basil. M. ep. 210. Theodoret. Haeret. fab. II, 9. Epiph. Haer. 62. Cf. Wormii, Hist. Sabelliana. Francf. 1696.

El lenguaje del sabio Dionisio de Alejandría ¹, que era el metropolitano de Sabelio, en su carta contra este último, no fue lo bastante claro y preciso cuando trató de explicar, apoyándose en las santas Escrituras, la *distincion eterna* de las *tres personas* de la santísima Trinidad: así fue que se le acusó de admitir una *diferencia sustancial* entre el Padre y el Hijo, y de colocar al último en la categoría de las criaturas. Habiendo obligado Dionisio, obispo de Roma, al de Alejandría á que se defendiese de las varias acusaciones que sobre él pesaban, el obispo egipcio refutó victoriosamente todas estas acusaciones en la siguiente forma: «El Hijo es «de la misma sustancia que el Padre; como esplendor de la luz eterna es eterno al igual del Padre; por él, la indivisible unidad de Dios «se manifiesta en una Trinidad una, y la Trinidad santa se reconstituye en una unidad perfecta.»

¹ Fragm. de la Apología de *Denys*, en *Galland. Bibl. t. III*, p. 494 sq. t. XIV, append. 118 sq. *Athanas. ep. de Sentent. Dionysii.* (Opp. ed. *Montfaucon. Paris*, 1698, t. I, p. 253 sq.). Cf. *Dionys. Roman. ed.* (Pontif. Rom. epp. collect. à *Constantio* ed. *Schæneemann. Gœtt.* 1796, p. 194).

CAPÍTULO III.

DOCTRINA UNIVERSAL DE LA IGLESIA CATÓLICA OPUESTA Á LAS CONCEPCIONES PARCIALES DE LOS HEREJES.

§ LXXVI.

La tradicion, ó el principio de la transmision del cristianismo en la Iglesia católica.

FUENTES. — *Iren.* Contr. haer. *Tertull.* de Praescr. pass. en *Lumper.* Hist. teológico-crítica de vita, scriptis, etc. P. III. (*Iren.*). P. IV. (*Tertull.*). *Permaneder*, Biblioth. patristica (s. patrología general). Landish. 1841, t. I. Cf. E. *Klupfel*, in editione commonitorii Vincent. Lerinens. *Grabe*, Spicileg. SS. Patr. t. I, praef.

Hablando Mœhler ¹, segun el espíritu de los primeros Padres de la Iglesia, y conforme á su manera de ver profunda y práctica, llama á las herejías que acabamos de describir el pecado original del hombre rescatado por Jesucristo. La herejía, así como la primera falta del jefe de la raza humana, rompe la unidad y la armonía de las potencias intelectuales del hombre. Ella divide la gran comunidad de los cristianos, la Iglesia *única* en numerosas sectas, cada una de las cuales explica una de las potencias intelectuales del hombre, que segun ella concibe y juzga particularmente el cristianismo. La Imaginacion predomina en las concepciones de los gnósticos; la Razon en las doctrinas de los ebionitas y de los principales antitrinitarios. Estas concepciones parciales, tan contrarias al espíritu cristiano, que, regenerando al hombre, renueva y armoniza todas sus potencias; un egoismo sin freno y un orgullo sin límites, tales fueron las causas que sepa-

¹ Cf. *Ignat.* ep. ad Trallian. c. 11. (Patr. apostol. ed. *Hefele*). Cf. Génes. III, 4. *Euseb.* Hist. eccl. IV, 7.

raron los miembros del cuerpo de la Iglesia, cuya base, cuya vida, fuerza y duracion consisten en la unidad de la fe. Atacada de este modo la Iglesia, tuvo en diversas circunstancias la ocasion de exponer, cada vez con mas claridad y precision, segun los tiempos y los lugares, su carácter esencial, la unidad de su principio. Así fue que las herejías redundaron en provecho de la Iglesia ¹, la única y sola que era y se llamaba *Iglesia católica* ². Este *catolicismo de la fe* bajo la relacion del tiempo y del espacio,

¹ I Cor. xi, 19. — *Tertull.* realza de este modo las ventajas de las herejías: *Ad hoc enim sunt (haereses), ut fides habendo tentationem haberet etiam probationem. Vanè ergo et inconsiderate plerique hoc ipso scandalizantur, quod tantum haereses valeant, quantum si non fuissent. De praescr. c. 1, p. 230. Orig.* Nam si doctrina ecclesiastica simplex esset, et nullis intrinsecus haereticorum dogmatum assertionibus cingeretur, non poterat tam clara et tam examinata videri fides nostra. Sed idcirco doctrinam catholicam contradicentium obsidet oppugnatio, ut fides nostra non otio torpescat, sed exercitiis elimeatur, Homil. IX in Num. (opp. tom. II, p. 296). Cf. *Augustin.* de Civitat. Dei, XVIII, 51.

² Esta expresion se encuentra ya en san *Ignacio*, de Antioch. ep. ad Smirn. c. 8; en *Euseb.* Hist. eccl. IV, 15: en la ep. ecclesiae Smyr. de mart. Policarp. y ep. *Dionis. Rom.* ad Hermammonem, y en *Euseb.* Hist. eccl. VII, 10. Este término comprende no solamente la universalidad en cuanto al tiempo y al espacio, sino tambien en cuanto á la unidad orgánica y doctrinal, en oposicion á la diversidad de las herejías. *Cyril. de Alex.* habla de este modo de la universalidad en cuanto al espacio: *Katholikè men oân calettai dia tò cata pásea etnai oícouménès apo peratón ges dia peratón.* San *Agustin* se expresa así sobre la universalidad en cuanto al tiempo: *Ecclesia ubique una est, quam majores catholicam nominarunt, ut ex ipso nomine ostenderent quia per totum est. Secundum totum enim cath hólou graece dicitur. Haec autem Ecclesia corpus Christi est, sicut Apostolus dicit: pro corpore, quae est Ecclesia.— membra vero Christi per unitatis caritatem sibi copulantur et per eandem capituli suo cohaerent, quod est Christus Jesus.* Ep. contr. Donatistas, c. 2. Cf. *Mähler*, unidad en la Iglesia. — Por contraposicion á esta *unidad en la universalidad* se denominaba *haeresis*, secta, escuela, á aquellos cristianos y á sus adherentes, que sin tener ninguna consideracion por la unidad, la universalidad y la inmutabilidad de la doctrina que se recibiera por la revelacion divina, y que se mantenía por el Espíritu Santo, cambiaban por seguir su propio parecer y los desvarios de su razon, la doctrina cristiana, como si tratando de ella hubieran tratado de los sistemas de las escuelas, y la presentaban en un sentido contrario á la verdad y á la fe comun. En todos tiempos ha sido una cosa sorprendente este contraste de uniformidad de doctrina en la Iglesia católica y de diversidad de sentencias en las sectas separadas.

ó el principio de la *tradicion*, como regla de la fe universal é infalible, es la que los Padres de la Iglesia ponen desde luego por delante en sus luchas contra el espíritu de separacion, la tendencia al aislamiento y las concepciones parciales de las herejías. Hé aquí como san Ireneo y Tertuliano han reasumido la doctrina de la Iglesia bajo este aspecto:

1.º Todo debe considerarse en su origen. Así pues la verdadera doctrina de Cristo debe ser examinada segun sus fuentes, á saber: la enseñanza de los Apóstoles, órganos escogidos por el mismo Cristo. Ellos solos han conocido por completo la verdad, y han confiado su rico depósito á la Iglesia fundada por ellos ¹.

2.º Los Apóstoles murieron; pero continúan viviendo y enseñando por medio de sus sucesores los obispos, quienes conservan, como el mas precioso de los depósitos, la tradicion apostólica y las santas Escrituras. Hasta los tiempos actuales ², puede seguirse en las iglesias apostólicas la serie no interrumpida de los sucesores de los Apóstoles.

3.º Todas las iglesias fundadas por los Apóstoles en el Asia Menor, la Grecia y la Italia, se hallan tan perfectamente acordes en su doctrina como si hubiesen residido en *una misma casa*, y no hubiesen tenido mas que *un corazon y un alma*; lo cual es una prueba irrecusable de su fidelidad en conservar la verdad apostólica. Y sino, ¿cómo hubiera sido posible esta unidad entre pueblos tan diversos y en tan diferentes lugares, á haberse extraviado alguna de las iglesias en los caminos del error? La paz, la fraternal comunión que reinan entre todas las iglesias apostólicas, son una prueba manifiesta de esta unidad de doctrina ³.

4.º Si surge alguna duda sobre cualquier punto de doctrina, hay que remontarse á las iglesias-madres, á las iglesias apostólicas, y especialmente á la gloriosa Iglesia de Roma, con la cual todas deben estar conformes ⁴. Todas las otras iglesias, aun las

¹ Cf. II Tes. II, 14, 15. *Polycarpi*, ep. ad Phil. c. 7. (Patr. apost. ed. *Hefele*).

² *Tertull.* de Praescr. c. 20 y 27. *Iren.* Contr. haer. III, 4, n. 1.

³ *Iren.* Contr. haer. III, 3, n. 2 y 3. *Tertull.* l. I, c. 32.

⁴ *Iren.* Contr. haer. I, 10, n. 2. *Tertull.* l. I, c. 20, 28.

⁵ *Iren.* Contr. haer. III, 4, n. 1, et III, 3, n. 2. Ad hanc enim Ecclesiam propter potio-rem (potentio-rem) principalitatem necesse est omnem convenire Ecclesiam, hoc est; eos qui sunt undique fideles, etc.

posteriores á los Apóstoles ó que no tienen un origen apostólico, deben considerarse como *apostólicas* desde el momento en que se ponen de acuerdo entre sí y con Roma respecto de una misma fe apostólica ¹.

5.º Hay mas todavía: unida la Iglesia entera á la de Roma, tiene una mas segura y elevada garantía de la pureza de la tradicion apostólica, atento que, segun la promesa del Salvador, la Iglesia de Roma está asistida perpetuamente por el Espíritu Santo, por el Espíritu de la Verdad. Ella es una creacion siempre nueva, que no envejece ni desfallece jamás. Columna y base de la verdad, segun el lenguaje del Apóstol, la Iglesia es la sola regla infalible de la vida religiosa, el único preservativo contra las concepciones arbitrarias, y desordenadas imaginaciones del espíritu humano. La union con la Iglesia es la condicion indispensable para la salvacion prometida por el cristianismo ². «El que no tiene á la Iglesia por madre, dice san Cipriano, no tiene á Dios «por padre ³.»

Mientras que por una parte se explicaba de este modo el origen celeste de la doctrina católica, haciéndola partir de Jesucristo, invariable hasta entonces, y unánime en todas partes, al paso que se hacia depender esta indefectibilidad de una causa completamente divina; por otra parte, se notaba:

6.º Que siempre se puede señalar su origen posterior á las doctrinas heréticas, las cuales por lo mismo son invenciones humanas, opuestas desde su aparicion á la doctrina única de la Iglesia ⁴.

7.º Que no se puede admitir la apelacion que hacen los herejes á las santas Escrituras al rechazar la tradicion y la autoridad de la Iglesia ⁵, porque:

A. La palabra viva; la tradicion es mas antigua, y mas gene-

¹ *Tertull.* l. I, c. 32. Ut multo posteriores (Ecclesiae), quae quotidie instituuntur, tamen in eadem fide conspirantes, non minus apostolicae deputantur pro consanguinitate doctrinae. P. 243.

² *Iren.* Contr. haer. III, 24, n. 1. *Tertull.* l. I, c. 19.

³ *Cypr.* de Unit. Eccl. Habere jam non potest Deum patrem, qui Ecclesiam non habet matrem. (Opp. p. 397). Cf. *Ignat.* ep. ad Policarp. c. 6.

⁴ *Iren.* Contr. haer. III, 4, n. 3. *Tertull.* l. I, c. 29 y 30. *Idem.* adv. Prax. c. 2.

⁵ *Tertull.* l. I, c. 17, 19, 38. Cf. *Iren.* l. I. IV, 23, n. 8. •

ral que las Escrituras, compuestas en circunstancias especiales;

B. Las Escrituras no pertenecen á los herejes;

C. No pueden ser comprendidas sin la tradicion que es la que las explica, y la única que presenta completa la doctrina de Cristo. La letra muerta no puede pasar sin la palabra viva que la explica: por lo demás, solo la Iglesia conserva intacta la sagrada Escritura, porque la considera, al igual de la doctrina oralmente revelada, como la expresion del Espíritu Santo que ha inspirado la una y la otra, y la única que puede explicar su inteligencia verdadera ¹, al paso que los herejes mutilan ciertos pasajes, rechazan otros, y no explican el conjunto sino de una manera subjetiva y arbitraria.

Con todo, esta tradicion no permaneció simplemente oral, pues fue fijada de diversas maneras por la Escritura, y especialmente por los *símbolos de la fe*. Además, el antiguo *símbolo de los Apóstoles*, los de *Roma* ², *Aquileya* ³, *Oriente* ⁴, *Antioquía* ⁵, y muchos otros símbolos particulares que se encuentran en Ireneo ⁶, Tertuliano ⁷, Orígenes ⁸ y Gregorio Taumaturgo ⁹, tuvieron todos su significacion, su objeto y su forma especial, segun los errores particulares de los herejes á los cuales iban opuestos.

¹ *Clem. Alex. Strom.* VII, 16, p. 894. — *Orig. Prolog. in Cant. Cant.* (t. III, p. 36). *Ignat. ep. ad Philad.* c. 5. — *Tertull. adv. Prax.* c. 15. — *Iren. Contr. haer.* I, 3, n. 6. — *Clem. Alex. Strom.* V, 5, p. 664.

² *Rufin. Expos. in Symb. App.* (Opp. *Cypr. supp.* p. CLXXXV).

³ *Maria de Rubens, Monum. Eccl. Aquil.* p. 67.

⁴ *Rufin* compara el *Simb.* de Aquil. con el de Roma y el de Oriente. (Opp. *Cypr. suppl.* CLXXXIV).

⁵ *Ludov. Ruelius, Concilior. illustrat.* t. I, p. 904.

⁶ *Iren. Contr. haer.* I, 10, n. 1, p. 48.

⁷ *Tertull. de Virginib. veland.* c. 1; *Adv. Prax.* c. 2; de *Praescr.* c. 13.

⁸ *Orig. de Princip. praefat.* n. 4 sq. (Opp. t. I, p. 47 sq.).

⁹ *Gregor. Thaumaturg. Exposit. fid.* (Opp. *Par. 1622, Galland. Bibl.* t. III, p. 385 sq.).

§ LXXVII.

Doctrina de la Iglesia católica sobre Dios.

La Iglesia católica fue impelida á exponer de una manera mas precisa su doctrina sobre Dios, primero para combatir el politeismo y fatalismo de los paganos, la teoría de la emanacion y el dualismo de los gnósticos y maniqueos; y después, para responder á la acusacion de ateismo dirigida contra los cristianos. La Iglesia, pues, estableció claramente *la unidad de Dios* ¹ contra los paganos, combatiendo rudamente *el dualismo* de los gnósticos ², y rechazando el *Demiurgo* ó el *Archon*, creadores del mundo. Asimismo, expuso de una manera precisa el dogma del Dios uno y de la creacion del mundo, sacado, no de una materia preexistente y por medio de emanaciones sucesivas, sino de la *nada*, y creado tal como debia ser ³. Tambien enseñó que el mal no tiene su raiz en la materia, sino que es una consecuencia del abuso de la libertad humana ⁴. De esta suerte fue al mismo tiempo rechazada la distincion gnóstica de los hombres pneumáticos, psychicos y fisicos, quedando claramente demostrado que los diversos grados del desarrollo moral é intelectual del hombre dependen del uso que se hace de la libertad ⁵.

¹ *Athenag.* Legat. pro Christ. c. 8. *Cypr.* de Idolor. van. (Opp. p. 450 sq.).

² *Tertull.* adv. Marcion. I, 3, 4, 5, 11. Cf. el símbolo en *Iren.* y *Tertull.*

³ *Tertull.* adv. Hermogenem, c. 5. — *Hermas*, Past. (citado frecuentemente como la Escrit.) en *Iren.* Contr. haer. IV, 20, n. 2, p. 253 sq. — *Theophil.* adv. Autolyc. I, 3, 5. (En *Galland.* Bibl. t. II).

⁴ *Iren.* Contr. haer. III, 22; V, 20. — *Tertull.* de Anima, c. 40.

⁵ *Iren.* Contr. haer. IV, 37; V, 6. — *Justin.* Apol. 2, c. 7.

§ LXXVIII.

Doctrina de la Iglesia católica sobre Jesucristo como Redentor. — Su divinidad. — Su humanidad.

FUENTES. — † *Klee*, Histor. de los dogmas, t. I, p. 184. *Möhler*, Atanasio el Grande y la Iglesia de su época. Maguncia, 1827, P. I, p. 1-116. *Staudenmayer*, Filosof. del Cristianis. t. I, p. 342-53, 462-83.

Ya la Iglesia católica nos ha dado á conocer su fe en cuanto á Jesucristo, rechazando las doctrinas de Simon Mago, los ebionitas, artemonitas, teodosianos y paulinianos, y respondiendo á los cargos de inconsecuencia y politeismo que los paganos dirigian á los cristianos, adoradores de Cristo. Ella nos enseña de una manera todavía mas positiva esta misma fe cuando nos declara, que Cristo es la víctima que ha reconciliado á los hombres con Dios; que el fiel obtiene la remision de sus pecados por los solos méritos de Jesucristo ¹; que Cristo es el principio de toda virtud y de toda vida divina, y que solo en él está el hombre unido á Dios.

Estas proposiciones dogmáticas suponen necesariamente la fe en Jesucristo como *verdadero Dios; divinidad* que se encuentra expresamente enseñada y claramente expuesta en varias y diversas circunstancias ².

Pero surgieron dificultades, y la lucha se trabó con vigor sumo entre el error y la verdad, cuando, por efecto de las exigencias inevitables del espíritu humano, hubo necesidad de establecer claramente la relacion de la divinidad del Hijo y del Padre. Los antitrinitarios la probaron suficientemente.

La idea tomada á los alejandrinos por Teófilo de Antioquía ³

¹ *Clem. Rom.* ep. I ad Corinth. c. 12. — *Justin. M.* Dial. c. Tryph. c. 93. — *Iren.* Contr. haer. V, 1 : V, 17, n. 1-3. — *Tertull.* de Fuga, c. 12. *Idem* adv. Jud. c. 10 y 13 : ya se encuentra en él la palabra *satisfactio*. — *Orig.* in Numer. homil. XXIV, n. 1. (Opp. t. II, p. 362). In *Levit.* homil. III, 8. (t. II, p. 198).

² *Clem. Alex.* habla de él como del *Divino Logos*. Las expresiones de san Ireneo son muy significativas : Contr. haer. III, 19. *Ipse propriè, præter omnes qui fuerunt tunc homines, Deus et Dominus et Rex æternus et Unigenitus et Verbum incarnatum prædicatur, etc.*

³ *Theophil.* adv. Autolyc. II, 10, 22. (*Galland. Bibl.* t. II, p. 93, 105).

de (*Logos interior y enunciativo*), no fue desde luego conveniente. Además, no era propia para expresar completamente la doctrina de la Iglesia, que enseña que Cristo es el verdadero Dios, uno con el Padre, pero una persona distinta del Padre, cuya manifestación sustancial es, siendo al mismo tiempo el Criador del mundo. Así pues, se censuró con muy justo motivo la adopción de la fórmula alejandrina ¹. El Verbo, se decía al refutarla, no es ni una palabra que se revela y se desvanece, ni un simple pensamiento existente como modo y no como sustancia. Su producción del Padre no es ni una separación, ni una disminución del Padre. Sin embargo, los teólogos, de acuerdo con la doctrina de la Iglesia, al sostener que el Hijo de Dios es una persona eternamente semejante á sí misma, entendían por las palabras (*Logos interior*) que tiene su principio en Dios, y por (*Logos enunciativo*), que no solamente está sustancialmente oculto en Dios, sino también que se manifiesta en el exterior con Dios. De consiguiente se atuvieron estrictamente á la expresión (*Logos*) y á los otros términos empleados por san Juan para expresar la relación entre el Padre y el Hijo, llamando á este la revelación del Padre. El Padre, decían, se contempla á sí mismo en el Hijo ². El Hijo, escribía Atenágoras, valiéndose de una expresión no muy feliz, es el (*Logos del Padre en idea, kai energeia*), es decir, que el Hijo había salido del Padre para manifestar la idea de todas las cosas y para que existiese la creación ³. La expresión de Tertuliano fue más verdadera y más significativa: «El Padre y el Hijo constituyen el Ser divino único, la sustancia divina única (*substantia*), «distinta en dos personas» ⁴.»

La herejía de Berilo, concerniente á las relaciones íntimas del Padre y del Hijo, ocasionó en la Iglesia griega largas y frecuentes disputas sobre las palabras (*usia è hypostasis*) que, significando á la vez la sustancia y la persona, prestaban el mismo sentido á las siguientes fórmulas: El Padre y el Hijo son de una misma

¹ *Iren. Contr. haer.* II, 38. V. Klee, *Hist. de los dogm.* P. I, p. 186.

² *Iren. Contr. haer.* IV, 6, n. 6.

³ *Athenag. Legat. pro Christian.* c. 10. (public. por Prudent. Maranus. Galland. Bibl. t. II. Cf. Staudenmaier, *Filosof. del Cristian.* p. 344-48).

⁴ *Tertull. adv. Prax.* c. 3, 4, 8, 16.

sustancia; constituyen una misma persona ¹. En este caso se propuso poner en su lugar (*alterius naturae et alterius subjecti*), fórmula que al parecer habia rechazado el concilio de Antioquía de 269, por cuanto la interpretaron falsamente Sabelio y Pablo de Samosata, quienes se sirvieron de la expresion *homooúsios* para confirmar su error ². Sin embargo, este término tan frecuentemente empleado de *homooúsios* fue sancionado como expresion de la fe de la Iglesia, segun las explicaciones de Dionisio de Alejandria, y de Dionisio de Roma, las cuales demuestran el sentido que se debe dar á la palabra que expresa una sustancia semejante con una distincion de personas.

Á esta fe tan explicita en la *divinidad* de Cristo añaía la Iglesia la fe en la *humanidad*. Cristo, decia la Iglesia, contra los partidarios del docetismo y de todas sus formas, ha tenido un cuerpo humano, un alma racional, y una naturaleza completamente humana, sin la cual no hubiera podido ser de ninguna manera el modelo de los hombres ³.

Otros varios ataques contra la divinidad de Jesucristo ocasionaron diversas explicaciones mas extensas sobre su naturaleza humana. Así fue que, al insistir sobre las afecciones humanas atribuidas á Cristo, se le respondió á Celso: «No solamente Cristo es «Dios, sino tambien hombre, con un alma humana capaz de afecciones humanas.» Con todo, se tuvo siempre sumo cuidado de añadir que las dos naturalezas no podian estar separadas en Cristo, y que estaban en él hipostáticamente unidas ⁴.

¹ Cf. *Petavius*, de Trinit. IV, 5. (Theol. dogm. t. II, p. 179).

² En una carta de los semiarrianos, por el año de 338, fue donde por la primera vez se refirió que el concilio de Antioquía de 269 rechazó la expresion *homooúsios*, en lo cual concuerdan *Hilario*, de Synod. c. 86, y *Athanas.* de Synod. Armin. et Seleuc. c. 43, por cuanto no estaban mejor informados. Cf. *Basil.* ep. 52. Pero el silencio de otros contemporáneos, incluso el mismo *Eusebio*, opuestos á dicha fórmula, es muy extraño. Cf. *Prudentius Maranus*, Diss. sobre los semiarrianos (*Voigtii*, Bibl. hist. haeresiologicae, t. II, p. 159). *Feuerlini*, diss. Dei filium esse *homooúsiou*, antiqui Eccl. doctores in Concil. Antioch. utrum negarint. Gœtt. 1755 in 4. *Petavius*, de Trinit. lib. IV, c. 5. (Theolog. dogmat. t. II). — *Döllinger*, Man. de la hist. ecl. p. 269 sig.

³ *Ignat.* ep. ad Smyrn. c. 1, 2. — *Iren.* Contr. haer. III, 19, n. 3. *Orig.* in Joann. t. I, n. 30. (Opp. t. IV, p. 32). *Orig.* Contr. Cels. l. III, n. 28. (t. I).

⁴ *Orig.* Contr. Cels. III, n. 41; VI, n. 47.

§ LXXIX.

*Doctrina de la Iglesia católica sobre el Espíritu Santo y la
Trinidad divina.*

FUENTES. — *Petavius*, de Trinit. lib. I, c. 1-6. (Dogmat. theol. t. II, p. 1-35).
— *Klee*, Histor. de los dogm. t. I, p. 157-167 y 207. — *Permaneder*, t. I,
p. 169-79.

La precision y exactitud con que los Padres y los escritores eclesiásticos de este periodo proclamaron la *unidad de Dios*, fue usada igualmente por ellos cuando trataron de establecer la *triple personalidad* del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Y aunque la doctrina concerniente al Espíritu Santo no fue á la verdad agitada en un principio entre los herejes y la Iglesia; sin embargo, desde muy temprano se encuentran numerosos pasajes que atribuyen honores y calidades divinos al Espíritu Santo, de una manera positiva ¹. La fe en las tres personas divinas se prueba especialmente con la fidelidad observada en la administracion del bautismo en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo ², segun las palabras de Cristo. Ignacio establecia un paralelo entre los diversos grados de la jerarquía sagrada y las diferentes personas de la Divinidad ³. Justino presenta la adoracion de las tres personas divinas como el signo evidente de demarcacion entre cristianos y paganos ⁴. Atenágoras rechaza la acusacion de ateismo dirigida contra los cristianos, recordando que adoran al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, cuya potencia en la union, y cuya distincion en el orden reconocen ellos mismos ⁵. Teófilo de Antioquia ve en los tres primeros dias de la creacion una imagen de la divina (*Trias*), expresion de que se sirvió él mismo primero que ningun otro ⁶; así como fue Tertuliano el primero que

¹ Cf. *Klee*, l. c. t. I, p. 240.

² *Justin. M. Apol. I, c. 79. Tertull. adv. Prax. c. 26.*

³ *Ignat. ep. ad Magn. c. 13.*

⁴ *Justin. Apol. I, c. 6 et 13.*

⁵ *Athenag. Legatio pro Christian. c. 10. Cf. (Galland. Bibl. t. II).*

⁶ *Theophyl. adv. Autolyc. I, 15. (Galland. Bibl. t. II, p. 101).*

entre los latinos empleó la de *Trinitas* ¹. De todos los símbolos, el de los Apóstoles es el mas preciso sobre la divinidad del Espíritu Santo: «Creo en el Espíritu Santo;» así como «Creo en «Dios Padre, y en Jesucristo su Hijo:» esta fórmula demuestra perfectamente que el Espíritu Santo es verdadero Dios como el Padre y el Hijo. Clemente de Alejandria ² exhorta á que se alabe á Dios uno, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Orígenes, por último ³, habla de una Trinidad dominadora y adorable.

§ LXXX.

Principios relativos á la ciencia eclesiástica.

FUENTES. — *Möhler*, Unidad en la Iglesia, p. 129-161. *Kuhn*, Principios y método de la teología especial. (Rev. trim. de Teol. de Tubinga, año 1841).

Cási todas las herejías descritas hasta ahora nacieron de los esfuerzos instintivos y reflexivos del espíritu humano, en su afán de comprender claramente las enseñanzas de la Iglesia. Y la razón de esto es, que la humana inteligencia tiene una necesidad imprescriptible de saber, necesidad que sintieron vivamente los verdaderos miembros de la Iglesia católica. En los primeros tiempos de la Iglesia, habian admitido cási siempre los cristianos la doctrina y la enseñanza con fe sencilla y firme, sin pretender comprenderlas científicamente. Pero al final del siglo II se manifestó una señalada tendencia á establecer de una manera científica la doctrina históricamente transmitida, y á elevarse del conocimiento empírico á la ciencia reflexiva. Muy lamentables experiencias habian demostrado ya en qué clase de errores podia esta tendencia precipitar al espíritu humano. Por esto mismo la Iglesia católica dió una base segura á la ciencia, considerada por ella, contra el parecer de los gnósticos y segun el Apóstol ⁴, como *un don*

¹ *Tertull.* adv. Prax. c. 4. Cf. c. 12.

² *Clem. Alex.* Paedag. III, 12, p. 311. (ed. *Potter*, Venet. 1757).

³ *Trias archikè*, in *Matth. hom.* XV, n. 31, (t. III, p. 698). *Trias proskenè*, in *Ps.* CLXVII, 13 (t. II, p. 845). Cf. in *Jerem. hom.* VIII, n. 1. (t. III).

⁴ I Cor. XII, 8. — *Orig.* de Princip. praef. n. 3. (t. I, p. 47). Cf. sup. § 49, nota 2.

limitado á los menos, pues se afirmaba que entre los mismos Apóstoles solo Pedro, Santiago, Juan y Pablo lo habían obtenido.

Desde luego se comprende que era intento vano y opinion errónea creer que la ciencia había de llenar las lagunas en la doctrina transmitida por Cristo y los Apóstoles. La ciencia, decia la Iglesia, tiene por base inmutable á la doctrina apostólica: el mas sabio y el mas elocuente de los jefes de la Iglesia no puede añadir ni quitar un ápice á la fe, una é igual para todos ¹. La certidumbre adquirida por medio de la ciencia, no es mayor que la que nace inmediatamente de la fe, sin la cual, segun Orígenes, la mayor parte de los hombres que carecen de la capacidad y del tiempo necesarios para hacer investigaciones filosóficas, se verian privados del mayor de los beneficios de Dios. Y no es solo el *fondo* de la ciencia, sino tambien la *forma* lo que distingue al gnóstico cristiano del simple creyente: las verdades de la fe que admite este último como un *hecho*, las comprende el primero en su necesidad y en su conjunto ². Clemente de Alejandría prueba que la verdadera ciencia descansa en la fe comun, notando de paso que no es una peculiaridad exclusiva de la teología el apoyarse en la fe comun, atento que toda ciencia reposa definitivamente en esta basa necesaria ³. Tampoco puede sostenerse que la ciencia sea absolutamente demostrativa, y que en todos sus puntos descansa sobre bases inteligibles, si se tiene en cuenta que existen y deben existir necesariamente principios indemostrables. Por lo mismo, los filósofos griegos, cada uno á su manera, pero todos evidentemente, y Aristóteles con especialidad, reconocieron que la creencia es el fundamento de la ciencia: de esta suerte se justifican como una verdad universal las palabras del Profeta: «*Nisi credideritis, non intelligetis* ⁴.» Fieles á este principio, los sabios teólogos de la Iglesia presentaban la fe única como la fuente y la regla de su doctrina y de sus desarrollos científicos ⁵, y de-

¹ *Iren. Contr. haer.* I, 3, n. 6; I, 10, n. 2.

² *Clem. de Alej. disting. la fe de la ciencia.* Strom. VII, 10. Cf. *Aristótelis Metaphys.* III, 4.

³ Strom. II, 4.

⁴ *Isaías*, VII, 9.

⁵ *Iren. Contr. haer.* I, 10, n. 1. *Orig. de Princ. praef.* n. 4, t. I, p. 47.

mostraban las verdades de la fe, apoyándose en la misma fe. Fe y ciencia eran cosas inseparables á sus ojos ¹: la ciencia supone la fe, y esta conduce á la ciencia.

Fundada y constituida de este modo, la ciencia eclesiástica debía de ejercer necesariamente una saludable influencia en el interior de la Iglesia, respecto de las opiniones erróneas ó heréticas que en ella se desarrollaban; y en el exterior, respecto de la vana y soberbia ciencia de los paganos. Por lo mismo, hanla glorificado los hombres de inteligencia, como el *antemural de la fe*, la forma inmutable de la verdad, que proporciona á los que la poseen una alegría indecible, delicias inefables y consuelos completamente divinos ².

§ LXXXI.

Diversas formas de la ciencia eclesiástica.

La tendencia y el método científicos del Oriente se manifestaron desde luego, permaneciendo constantemente diversas las del Occidente. Al paso que la ciencia teológica del Oriente se inclina siempre hácia la parte teórica y especulativa del cristianismo, procurando asentarlo sobre fundamentos filosóficos, la teología de los occidentales se esfuerza principalmente por desarrollar las consecuencias prácticas del cristianismo tradicional.

La primera tendencia fue seguida especialmente por

La escuela catequística de Alejandría. — Clemente. — Orígenes ³.

La situación de la Iglesia, frente á frente del paganismo sabio, exigía que los teólogos filósofos tomaran una actitud clara y despejada respecto del filosofismo del siglo, y en particular del pla-

¹ *Clem. Alex. Strom.* V, 1, p. 643. *Orig. ep. ad Gregor. Thaum.* (*Orig. op. t. I*, p. 30). *Theophyl. ad Autolyc.* I, 8.

² *Clem. Alex. Strom.* I, 2, p. 327; I, 20, p. 377; II, 2, p. 433.

³ *Euseb. Hist. eccl.* V, 10. — *Guerike*, de Schola, quae Alexandriae floruit, catechetica. Hal. 1824 sq. 2 P. — *Hasselbach*, de Schola, quae Alex. flor. catechet. Stett. 1826, 1 P. — *Mæhler*, Patrología, t. I, p. 399, 400; 430-576. — *Ritter*, Hist. de la filosof. crist. t. I, p. 419-564. (*Hist. de la filosof. t. V*).

tonismo, y que, apropiándose la ciencia griega en interés de la Iglesia, sirviesen de intermediarios entre esta y los paganos instruidos, demostrándoles que el cristianismo satisface de una manera completa las necesidades del espíritu humano. La *escuela catequística* de Alejandría, fundada á mediados del siglo II á la manera de las escuelas filosóficas de la Grecia, y colocada bajo la vigilancia del obispo, fue constantemente favorable á este designio. Atraído Panteno (por los años 180) del estoicismo ¹ á la Iglesia por uno de los discípulos de los Apóstoles, pasa por el primer jefe de esta escuela. En ella dió pruebas de su ciencia, de la extension de su espíritu y de su talento para la enseñanza, con sus lecciones sobre la sagrada Escritura, por medio de las cuales atrajo á la verdad al mas célebre de sus discípulos y sucesor inmediato, Tito Flavio Clemente ², insigne lumbrera de la escuela. Clemente, nacido, segun lo mas probable, en Atenas, de padres paganos, que le educaron en los principios de su creencia, no recibió la luz del cristianismo hasta una edad madura. Sus largos viajes por Grecia, Italia, Palestina y Oriente, le proporcionaron la ocasion de oír á los grandes maestros y de adquirir varios y sólidos conocimientos en todos los ramos de la literatura pagana. Pero su ardiente sed de adquirir una ciencia mas vasta que la que hasta entonces habia apurado en las lecciones de los hombres, no se sació sino con la doctrina cristiana y las sabias enseñanzas de Panteno sobre las santas Escrituras. Nombrado (191-202), sucesor de Panteno por el obispo Demetrio, logró interesar en sus lecciones y atraer á la Iglesia á muchos paganos, arrastrados y encantados por sus profundos conocimientos en las letras paganas, su arrebatadora elocuencia y su espíritu filosófico, cada vez mas firme, mas atrevido y luminoso, merced al influjo del cristianismo. Dotado por otra parte de un raro don de enseñanza, sabia dirigir á cada uno de sus discípulos segun sus

¹ *Hieronym.* de Vir. illustr. c. 36. — *Euseb.* Hist. eccl. V, 19. — *Photius*, Cod. 180. — *Clem. Alex.* Strom. I, 1, p. 322 sq.

² Véase en cuanto á la varia opinion sobre el lugar de su nacimiento (Alejandría ó Atenas), *Epiphani.* Haer. XXXII, 6. Cf. *Euseb.* Praepar. evang. II, 3; VI, 1, 3, 11, 14. — *Hieronym.* de Vir. illustr. c. 38. V. *Tillemont*, t. III, p. 181-196.

particulares exigencias, haciéndoles adelantar á todos en su camino. La persecucion de Alejandro Severo (202) vino á perturbarlo en sus santos trabajos. El ilustrado discípulo de Cristo¹ abandonó entonces á Alejandría y fue verosíblemente á reunirse con su alumno Alejandro, célebre obispo de Flaviadés, en Capadocia, al cual acompañó á Jerusalem, cuando fue nombrado obispo de esta última ciudad.

Siguiendo Clemente una direccion contraria á la de Taciano y de algunos otros cristianos, cuya hostilidad á toda la ciencia griega era provechosa para la propagacion y desarrollo interior del cristianismo, permaneció fiel á la filosofía en general, y particularmente á la platónica. Justino Mártir habia admitido en la naturaleza humana alguna cosa análoga al Verbo divino, á la Razon universal, absoluta y divina, y admitido en su consecuencia la doctrina de que los mejores de entre los filósofos paganos habian tenido un conocimiento parcial de la verdad religiosa y moral². Al igual de su santo é ilustre antecesor el mártir platónico, sostenia Clemente, que la filosofía habia sido dada á los griegos de la misma manera que la fe á los judíos, para conducirlos hácia Cristo; y que así la una como la otra eran respecto del cristianismo fracciones de la verdad una. Además, defendia tambien la filosofía en cuanto á su valor formal, como medio eficaz de aguijar y pulir el entendimiento, y de afirmar la mirada de la inteligencia, haciendo al hombre capaz de discernir lo verdadero de lo falso³. Sin embargo, á fin de no dar rienda suelta á las opiniones filosóficas exageradas, asentaba el principio, segun ya lo hemos indicado arriba, de que la fe de la Iglesia debe ser la base y la regla del gnóstico cristiano en todas sus investigaciones científicas. Solo es verdadero sabio aquel que, habiendo encarnecido en el estudio de las santas Escrituras, guarda fielmente en el dédalo de la ciencia el hilo conductor de la doctrina de los Apóstoles y de la Iglesia, vive conforme á los preceptos del Evangelio, y bebe sus inspiraciones en la palabra del Maestro de la ley y de los Profetas. De esta suerte la ciencia, descansando en la tra-

¹ Mat. x, 28.

² Justin. Apol. II, 8. Cf. Apol. II, 13. — Apol. I, 46.

³ Clem. Alex. Strom. I, 20, p. 375-377, et I, 6, p. 336.

dicion de la Iglesia y desarrollándose bajo su influjo, no es mas que una *fe científica*. Las tres partes de las obras de Clemente, la *Exhortacion á los gentiles*, el *Pedagogo* y las *Stromatas*, constituyen una completa enseñanza moral y científica para la conversion de los paganos, la consolidacion de los nuevos convertidos y de los gnósticos cristianos. En estos escritos dió grandes pruebas de erudicion, mostrándose mas orador que filósofo sistemático. Desgraciadamente, no distinguió la filosofia de la teología, como él mismo lo confiesa en las *Stromatas*, su principal obra. Estos libros, dijo él, contendrán la verdad (cristiana) mezclada con las doctrinas de la filosofia, ó mas bien oculta en ellas, como oculta la cáscara el fruto y la semilla. Así es que en estos escritos abundan mucho las interpretaciones místicas, no siempre felices, pero que deben ser juzgadas teniendo en cuenta el gusto del siglo al cual se ajustaba el escritor.

Orígenes ¹ fue mas notable aun que Clemente, y adquirió todavía mayor influencia. Nació en Alejandría (185), y maduro ya desde su juventud quiso participar del martirio de su padre Leónidas. Mas contenido su celo, escribió á su padre aprisionado á fin de alentar su valor, conjurándole á que «se guardase bien de «cambiar de sentimientos por consideraciones hácia sus deudos.» Habiendo recibido una piadosa educacion, tuvo por maestros en las ciencias teológicas á Panteno y Clemente de Alejandría, y en filosofia á Ammonio Saccas, que por desgracia ejerció una influencia demasiado decisiva en su vida y en su doctrina. Una vez á la cabeza de la escuela catequística de Alejandría desde la edad de diez y ocho años (203), y ayudado con las ventajas de la profunda y pulida cultura de los griegos, y de un espíritu puro santificado por el cristianismo, hizo penetrar á sus discípulos tan profundamente en las santas Escrituras, que «parecia que hablaba «por inspiracion divina, y que el Espíritu de los profetas le habia

¹ Euseb. Hist. eccl. 2, 3, 4, 6, 8, 15, 18, 19. — Hieronym. de Vir. illustr. c. 84. — Photius, Cod. 180. — Orig. opera omnia quae supersunt, ed. Lommatzsch. — Greg. Thaum. in ejusd. opper. — Orig. opp. t. IV, append. Paneg. in Origen. gr. et lat. pub. por Bengel. — Huetius, Origeniaror. lib. III, t. IV. Cf. Tillemont, t. III. — Thaumasius, Orig. puede servir para la Hist. de los dog. del siglo III. — Redepenning, Orígenes, su vida y su doctrina.

«prestado la inteligencia del Sagrado texto.» De tal modo encantaba su palabra que le llamaban «el alma de David unida á la «de Jonatás ¹.» Su libro (*Periarchón*) le valió la gloria de haber sido el primero que redujo á sistema la doctrina cristiana ². Su enseñanza, enriquecida con los trabajos de la ciencia y de las letras profanas, atraía y ganaba á muchos paganos jóvenes, excitando al propio tiempo entre los cristianos el amor al estudio de la filosofía, pues de esta manera estimaba que se podía combatir victoriosamente al siempre movedizo gnosticismo. Convirtió igualmente al cristianismo gran número de hombres distinguidos; y sería difícil enumerar á todos aquellos que fueron iniciados con sus escritos en las profundidades de la doctrina cristiana y animados de la virtud del Evangelio. Logró asimismo atraer de nuevo á la verdad á muchos herejes, triunfo que pocas veces pudieron alcanzar los mismos Concilios. Pero, tratando de ganar el cielo por medio de la violencia, é interpretando torcidamente un pasaje del Evangelio ³, mutiló su cuerpo ⁴. Esta falta, la ilegalidad del sacerdocio que recibió en Cesarea (228), los errores que se descubrieron en su libro ya citado, y acaso también la envidia y los celos del obispo Demetrio, todo esto reunido, le deparó persecuciones y la destitución de su encargo (231). No echó de menos, sin embargo, por mucho tiempo la simpatía que naturalmente debía de excitar un hombre, cuya fama se había extendido por todas partes; ni le faltaron divinos consuelos á aquel espíritu profundo, consagrado sin descanso á los trabajos de la ciencia, ni poderosos estímulos á un maestro que no tardó en verse rodeado de un concurso siempre creciente de discípulos en la escuela que abrió en Cesarea, que por poco vino á eclipsar la celebridad de la de Alejandría. Allí fue donde se formó su discípulo y caloroso panegirista, san Gregorio Taumaturgo, que tan ilustre fa-

¹ Cf. Orat. panegy. ad Originem. *Gregor. Thaumal.*

² Lib. IV (Opp. t. I), ed. *Redepenning. Schnitzler*, Orig. sobre la doctrina fundam. de la ciencia segun la fe. Cf. Rev. de filós. y de teolog. catol. de Bonner, 16.ª entrega, p. 208.

³ Mat. XIX, 12.

⁴ El mismo Orígenes juzgó mas adelante este error, recordando el texto de la epíst. II á los Corint. III, 6: *Littera occidit*, etc. tom. XV in *Math. XIX*, 12. (Opp. t. III, p. 651 sq.).

ma supo conquistarse como obispo de Neo-Cesarea. Durante la persecucion de Maximino alentó é inflamó Orígenes el valor de los cristianos destinados al martirio, aplicándose entonces con mas ardor que nunca al estudio de las santas Escrituras, hasta el punto de llegar á ser, por los gigantescos trabajos que llevó á cabo, el padre de la exegesis filosófica y gramatical ¹, así como ya lo era de la exegesis alegórica, considerada por él la mas principal y necesaria ².

No se limitó su influencia á la esfera de la ciencia, haciéndose sentir con mucha eficacia en los acontecimientos públicos de la Iglesia: y no apagado aun el fuego de su juventud con el hielo de los años, publicó en su última época las mas intachables é importantes de sus obras, tales como la incomparable *Refutacion de Celso* y el *Comentario sobre san Mateo* y los *Profetas menores*. Por último, bajo el emperador Decio, conquistó el dictado de valiente confesor de Jesucristo, título que codició toda su vida, muriendo en Tiro (254) á la edad de sesenta y nueve años, víctima de los crueles tratamientos de que habia sido el blanco. Su siglo le dió no interrumpidas pruebas de amor y de veneracion, no obstante haber chocado particularmente lo atrevido de algunas de sus proposiciones ³, siendo una prueba irrefragable de la estimacion que tributaron sus contemporáneos á la brillantez de su ingenio, la pureza de su alma y su perseverante actividad, los hermosos sobrenombres de *Adamantio* y de *Chalkenteros* ó aerea intestina habens.

Al paso que Clemente se mostró inclinado á cierta especie de eclecticismo, procurando asimilar al Evangelio la filosofía pagana, Orígenes y otros alejandrinos se propusieron identificar la doctrina de Platon con el cristianismo. Este platonismo de los Padres de la Iglesia (motejado por algunos, y aun por el mismo

¹ Sus obras de exegesis: 1.º para servir á la crítica del texto del Nuevo Testamento y de las traducciones, las *Hexaplas*. Cf. *Hexaplorum quae supersunt*, ed. Bern. de Montfaucon. París, 1713, 2 in fol. ed. Bahrdt, Lips. 1769, II t. 2.º *Semeiðseis*, escolios: 3.º *Tomoi*, comentarios: 4.º *Homilias*, exposicion práctica. Cf. J.-A. Ernesti, de Orig. interpret. gramm. auctore.

² Cf. Møhler, Patrol. t. I, p. 522-27.

³ Sobre las virtudes y calidades de Orig. Cf. Moshem. (Comment. de reb. christ. etc. p. 603 sq.).

Petau ¹, como exagerado) tendia principalmente á demostrar la concordancia de ciertos dogmas cristianos con los principios mas puros y mas inteligibles de la filosofia platónica, 'y á servirse de los unos para exponer los otros, proporcionando de este modo á los talentos reflexivos un medio fácil para pasar del paganismo al Evangelio. Pero, léjos de establecer el sistema platónico como la norma de la verdad, y de amoldar á ella la doctrina evangélica, la mayor parte de los sabios teólogos de aquella época consideraron el cristianismo como una doctrina *divinamente revelada*, fuera del alcance de toda filosofia humana ², y la doctrina de la Iglesia como la regla de la fe (*regula fidei*), norma y medida del juicio acerca de lo verdadero y de lo falso en todas las controversias científicas.

Y si Orígenes, por mas que tratase de adherirse á esta única regla de fe, cometió varios errores, señaladamente en su *Periarchón* y en todo lo concerniente á las relaciones de Dios con el mundo, la virtud creadora y la bondad absoluta de Dios, la eternidad de las penas del infierno, la preexistencia de las almas y la resurreccion completamente espiritual contraria al dogma de la Iglesia; no debe perderse de vista que, muy jóven aun, y cuando no podia haber comprendido en toda su profundidad la doctrina de la salvacion, pasó súbitamente al estudio de la filosofia griega, entregándose con ardor á la teologia y á la filosofia, enseñadas por él al mismo tiempo. Aguijado asimismo de un fervoroso celo en favor de la Iglesia, quiso oponer á los gnósticos; gente muy ocasionada á convertir sus fantásticas y arbitrarias teorías en un sistema completo de religion, la rigurosa lógica de la doctrina católica, sistemáticamente demostrada, y realzada además con todo el encanto de la ciencia griega. Mas ¡cuán difícil era su empeño, comparado con el de sus adversarios, y tratándose de una materia dada, llena de las verdades mas rigurosas, y erizada de los mas profundos misterios! ; Qué tiene de extraño el que no haya conse-

¹ *Petau. de Trinit. I, 3. Nunc illud ipsum — expendamus — quemadmodum Platonis in Christianam religionem commentum de Trinitate paulatim ab iis introductum sit, qui ex illius secta, institutioneque transierunt ad Christi professionem, vel utrumque doctrina ipsius afflati excultique sunt, etc. (Theol. dogm. t. II).*

² *Clem. Alex. Stromat. I, 20.*

guido completamente su objeto en una empresa, por otra parte tan laudable!

Al paso que la escuela de Alejandría se esforzaba por exponer filosóficamente el cristianismo, elevando al cristiano á la *ciencia*, perfeccion de la *Pistís*, simple adhesión á las verdades cristianas por medio de la fe, los teólogos de la escuela positiva le hacían frecuentemente una ruda oposición, sosteniendo, á veces con justo título y á veces sin razón alguna, que la ciencia era una obra vana y contraria al cristianismo ¹. Al frente de esta escuela teológica se encontró san Ireneo, obispo de Leon de Francia (177-202), varón de espíritu filosófico, claro y mesurado, que combatió con vigor, y aun con mordaz ironía, los delirios fantásticos del gnosticismo ². Pero el que de una manera todavía mas resuelta y terminante se pronunció contra la unión del cristianismo y la filosofía, fue aquel sacerdote de Cartago tan original y tan piadoso, de tan penetrante ingenio como imaginación, que desde el principio de su carrera separó la literatura de la Iglesia occidental latina de toda literatura profana con esta vigorosa y significativa frase: «¿Qué cosa hay de común entre Atenas y Jeru-
«salen, entre la Academia y la Iglesia?» Quinto Séptimo Tertuliano ³, retórico y abogado ya célebre entre los paganos, fue en la Iglesia de Occidente el mas elocuente apologista del cristianismo, después de haber abrazado esta doctrina, creando en cierto modo la lengua severa y fija de los dogmas cristianos, no obstante la estructura, casi siempre extraña pero vigorosa, de sus frases, imagen y fiel trasunto del vigor y la originalidad de su carácter ⁴. Aunque este profundo escritor, cuyo ingenio, segun

¹ *Iren. Contr. haer.* II, 28, n. 1, 2, n. 6. — *Tertull. de Praescr.* c. 14. Fides, inquit, tua te saluum fecit: non exercitatio Scripturarum. Fides in regula posita est: habens legem et salutem de observatione legis: exercitatio autem in curiositate consistit, habens gloriam solam de scientiae studio. Cedat curiositas fidei. P. 236 et c. 8. Nobis curiositate opus non est post Christum Jesum, nec inquisitione post Evangelium. Quum credimus, nihil desideramus ultra credere, c. 7. Ipsae denique haereses à philosophia subornantur.

² Cf. las Cit. antes del § 71, y *Tillemont*, t. III.

³ Opp. omnia ed. *Rigaltius*. Neander, *Antignosticus*, Espíritu de *Tertull.* é introd. á sus escrit. Cf. *Tillemont*, t. III.

⁴ Fue el primero que se sirvió de las palabras *substantia*, *trinitas*, *satis-*

las palabras del mismo san Gerónimo, debemos admirar, al paso que condenamos sus errores; aunque Tertuliano, decimos, vino á caer en la herejía de los montanistas, pasa por maestro de Cipriano, obispo de Cartago ¹, teólogo de la misma escuela, notabilísimo por lo terso y profundo de su jugosa y apasionada palabra.

La oposicion de estos teólogos, vehemente con frecuencia en los términos, aunque dirigida especialmente contra el abuso de la filosofía y de la falsa ciencia, segun ellos lo apellidaban ², era por lo mismo, mas bien que otra cosa una oposicion exterior. Así vemos á Tertuliano declararse con sumo vigor contra la dialéctica, al paso que en muchas circunstancias se valia de ella todavía con mas fuerza que sus mas calórsos partidarios. Por último, si en general esta oposicion de los teólogos ha sido una rémora para los de Occidente en su tendencia especulativa, ella los ha preservado de los excesos de esa misma tendencia, evitando la confusion de la filosofía y la teología, y conteniéndolos en los límites de una prudente reserva. Y aun cuando los teólogos del Occidente han combatido la tendencia especulativa, han ido tomando lo mejor de ella sin saberlo; de manera que las dos direcciones teológicas se han completado la una con la otra, de cuyo contra-

factio. Véase sobre su talento creador del lenguaje teológico. *Ritter*, Cuadro de los primeros escritores cristianos de África: de *Bonner*, Rev. de filos. y de teolog. catol. 8.^a entr. p. 32.

¹ La relacion entre san Cipriano y Tertuliano resalta evidentemente del tratado que uno y otro escribieron *De Oratione dominica*, y de la *Apología* de Tertuliano, así como del escrito de Cipriano *De Vanitate idolorum*.

² Cf. *Iren.* adv. Haer. II, 14, n. 7: Utrum hi omnes, qui praedicti sunt (Platon y los Estóicos, de quienes tomaban sus dogmas los Valentinianos) cum quibus eadem dicentes arguimini, cognoverunt veritatem aut non cognoverunt? Et siquidem cognoverunt, superflua est Salvatoris in hunc mundum descensio. Ut quid enim descendebat? Numquid ut eam, quae cognoscebatur veritas, in agnitionem adduceret his, qui cognoscunt eam, hominibus? Si autem non cognoverunt, quemadmodum eadem cum his, qui veritatem non cognoscebant, dicentes, solos ipsos eam, quae est super omnia cognitio, habere gloriamini, quam etiam, qui ignorant Deum, habent? Secundum antiphrasin ergo veritatis ignorantiam agnitionem vocant. *Tertull.* dice igualmente, de Anima, c. 1: Cui veritas comperta sine Deo, cui Deus cognitus sine Christo, cui Christus exploratus sine Spiritu Sancto, cui Spiritus Sanctus accommodatus sine fidei sacramento? Sane Socrates facilius diverso spiritu agebatur.

peso depende el equilibrio, así como de su union la verdad del desarrollo del espíritu cristiano.

Observacion. — Los dos sacerdotes de Antioquía, Doroteo (hacia el año de 290) y Luciano ¹, martirizado en 311, fueron durante este período los precursores de la escuela teológica del mismo punto. Ellos se esforzaron por operar una fusion entre los defensores y adversarios de la *ciencia*, oponiendo muchas veces á las alegorías arbitrarias de los Alejandrinos los principios de una exégesis gramático-histórica. Cf. § 114.

¹ *Euseb. Hist. eccl. VIII, 32. Hieronym. de Vir. illustr. c. 77. Lucianus, vir disertissimus, Antiochenae Ecclesiae presbyter, tantum in Scripturarum studio laboravit ut usque nunc quaedam exemplaria Scripturarum Lucianea nuncupentur, etc.*

CAPÍTULO IV.

CONSTITUCION DE LA IGLESIA CATÓLICA.

FUENTES. — Cánones y constituc. App. y muchos de los Cánones de los concil. de este período. V. infr. § 85. — *Petav.* de Hierarch. Eccl. V. infr. § 86. — *Thomassini*; de *Marca*, de Concord. sacerdot. — *Du Pin*, Diss. de antiq. Eccl. discipl. Col. 1691.

§ LXXXII.

Pronunciase la supremacia episcopal.

Desde los tiempos apostólicos estuvo ya muy señalada y determinada la distincion entre los legos y los clérigos ¹, y entre estos, la de obispos, sacerdotes y diáconos, siendo esta distincion la que debe considerarse como el elemento de la constitucion de la Iglesia, elemento divino, fundamental é inmutable en medio de las diversas formas de que la han revestido mas adelante los tiempos, las circunstancias y la actividad de los hombres. De manera que fueron las herejías las que principalmente determinaron las atribuciones del episcopado, fundado por otra parte en *una institucion divina*. A fin de preservar á los creyentes de los ataques de la herejía, se les exhortó á que se mantuviesen unidos á los obispos, sucesores legítimos de los Apóstoles, únicos conservadores íntegros é intérpretes fieles de la doctrina de Jesucristo. Tal era la viva y apremiante recomendacion de san Ignacio de

¹ Véase á *Dallinger*, Man. de la hist. ecl. t. I, sect. 1, acerca del siguiente pasaje de *Tertull.* de Exhortat. cast. c. 7: *Differentiam inter ordinem et plebem constituit Ecclesiae auctoritas et honor per ordinis concessum sanctificatus à Deo. Ubi ecclesiastici ordinis non est concessus, et offers et tingnis, sacerdos es tibi solus*, etc.

Antioquía ¹, el cual opinaba que la union íntima de los fieles y los obispos era mas conveniente que la refutacion dogmática para hacer impotentes las herejías. El cisma de los novacianos vino á poner mas de relieve la posicion de los obispos, quienes, como centros de la vida de la Iglesia, poseian la plenitud de la doctrina y de la autoridad ², segun san Ignacio, Tertuliano y san Ireneo. Es cierto que á ejemplo de los Apóstoles se les designó á veces con el nombre de *sacerdotes* ³; pero al mismo tiempo se les reconocia la preeminencia de atributos especiales ⁴, teniéndose siempre el cuidado de consignar la serie sucesiva de los obispos de cada iglesia. Los escritos y la vida de san Cipriano son la prueba mas evidente que en favor de esto mismo pudiera ser aducida ⁵. Los obispos eran los únicos que ordenaban, predicaban y administraban los Sacramentos en virtud de su plena potestad, no haciéndolo los sacerdotes y diáconos sino en nombre de los obispos. Solo estos presidian los Concilios, decidían en definitiva la admision ó exclusion de los miembros de la comunidad, expedían cartas recomendaticias (*litterae formatae*) y mantenían la union entre las numerosas parroquias que gober-

¹ *Ignat. ep. ad Smyrn.* c. 8. Cf. tambien infr. nota 3, las palabras de Cipriano.

² *Ep. ad Smyrn.* c. 8. *Tertull. de Baptismo*, c. 17. Dandi quidem habet jus summus sacerdos, qui est episcopus, dehinc presbyteri et diaconi, non tamen sine episcopi auctoritate, propter Ecclesiae honorem; quo salvo salva pax est. P. 263.

³ *Iren.* IV, 26, n. 2. Esta confesion se encuentra constantemente en san Cipriano, ep. 55: «Neque enim aliunde haereses obortae sunt aut nata sunt schismata, quam inde, quod sacerdoti Dei non obtemperatur nec unus in ecclesia ad tempus *Sacerdos* et ad tempus iudex vice Christi cogitatur: cui si secundum magisteria obtemperaret fraternitas universa, nemo adversus sacerdotum collegium quicquam moveret, nemo post divinum iudicium, post populi suffragium, post coepiscoporum consensum, iudicem se jam non *episcopi* sed Dei faceret.»

⁴ Praeses presbyteror. summus sacerdos, benedictus papa, etc.

⁵ *Ep. 52, ad Antonian. de Cornelio et Novatiano*: Ac si minus sufficiens *episcoporum* in Africa numerus videbitur, etiam Romam super hac re scripsimus ad Corneliolum, collegam nostrum, etc. p. 150; ep. 55, ad Corneliolum de Fortunato et Felicissimo: Actum est de episcopatus vigore et de Ecclesiae gubernandae sublimi ac divina potestate. P. 175. Cf. ep. 66, ad clerum et plebem Furnis consistentem, de Victore; ep. 69, ad Florentium Pupianum.

naban. En torno de ellos, formaban los sacerdotes una especie de senado ó consejo, sin cuyo dictámen no emprendian los obispos ninguna cosa importante, teniendo presente las flaquezas de la naturaleza humana ¹.

§ LXXXIII.

Aumentase el número de las funciones eclesiásticas.

Como á medida que se aumentaba el número de los fieles, iba creciendo el círculo de los negocios indispensables para su direccion, y muy especialmente aquellos de que no podian encargarse los obispos sin detrimento de sus funciones espirituales, vió la Iglesia acrecentarse el de los diáconos, quienes, á mas de la predicacion, el bautismo y el cuidado de los enfermos, servian en las solemnidades del altar, leian el Evangelio, administraban la Eucaristía, la llevaban á la casa de los enfermos, y recibian las ofrendas del pueblo ². Las denominaciones de *levitas*, *ministros* (*ministri*) los distinguian de los sacerdotes y obispos, á los cuales estaban subordinados, como lo declara terminantemente un concilio de Arlés (314) ³, provocado por la conducta orgullosa de los diáconos respecto de los sacerdotes. Igualmente, todas sus atribuciones nos demuestran que eran los intermediarios entre los obispos y las comunidades cristianas. El *arcediano* ⁴ era el que tenia del obispo el encargo de los asuntos particulares, obteniendo por lo mismo un rango privilegiado. Sin embargo, esto no bastaba para las crecientes necesidades de la Iglesia, y por lo mismo, desde el principio del siglo III, y aun antes, comenzó á aumentarse el clero desde los grados de una jerarquía inferior,

¹ *Ignat. ep. ad Ephes. c. 2, ad Magnes. c. 2. Cypr. ep. 5 ad presbyteros et diaconos*: Ad id — solus rescribere nihil potui, quando à primordio episcopatus mei statuerim nihil sine consilio vestro et sine consensu plebis mea privatum sententia gerere. P. 34.

² *Justin. M. Apol. I, n. 65, al final. — Cypr. Lib. de lapsis.*

³ *Conc. Arelat. can. 15. Cf. can. 18, en Hard. t. I; Mansi, t. II.*

⁴ La institucion de las sacerdotisas y diaconisas persistió en Occidente, no obstante varias prohibiciones, hasta el siglo V; y en Oriente todavía por mas tiempo.

tales como *subdiáconos* (*hypodiaconi*), *lectores*, *acólitos*, *porteros* y *exorcistas*. Una carta del obispo de Roma san Cornelio, dirigida á Fabian, obispo de Antioquía (por los años 250) ¹, menciona ya estos grados inferiores de la jerarquía eclesiástica, como existentes en Occidente; y al propio tiempo sabemos por ella que la Iglesia romana tenia entonces cuarenta y seis sacerdotes, siete diáconos, siete subdiáconos, cuarenta y dos acólitos y cincuenta y dos exorcistas, lectores y porteros. Estas funciones subalternas eran á la par una prueba y una preparacion para los cargos superiores del clero, distinguiéndose mas aun en la forma de las órdenes que se les conferian, pues estas no se verificaban en la asamblea de los sacerdotes y por medio de la imposicion de manos, sino simplemente con la oracion ². Los mismos subdiáconos, de que nos habla san Cipriano y de los cuales se valia durante su destierro para comunicarse con su Iglesia ³, pero que no aparecieron en Oriente hasta el siglo IV, no desempeñaban en un principio ninguna función relativa á la celebracion de los misterios, y solo estaban encargados de la vigilancia de las puertas de la iglesia durante las asambleas religiosas ⁴. Los lectores, sin contradiccion mas antiguos que los otros grados inferiores ⁵, tenian la guarda y cuidado de los libros sagrados, cuyos pasajes leian al pueblo. Los acólitos acompañaban y servian á los obispos y sacerdotes, y solo fueron conocidos en la Iglesia de Occidente. Los exorcistas, que cuidaban de los energúmenos, imponiéndolo-

¹ Euseb. Hist. eccl. VI, 43.

² Esto parece contradicho por la Constituc. apost. VIII, 21, lo cual se ve contradicho de nuevo por el can. 51 de Basilio, y el can. del cuarto conc. de Cartago. Probablemente, segun opina Drey (Nuev. investig. sob. las const. y los can. de los apost.) se debe distinguir *cheirotomia* de *cheirothesia*. Esta última expresion era usada aun en la ordenacion, en la cual no habia formal imposicion de manos, como, por ejemplo, cap. 22, se dice lo siguiente de los lectores, para con los cuales nunca se trató de la imposicion de manos: *Anagnósten procheirisaí epitheis autó tēu chetra, cai epeyzámenos prós tōn theōn, lege ho theōs, ho aiónios, k. t. l.*

³ Cypr. Didicimus à Crementio *subdiacono*. Ep. 2, p. 25; ep. 3, p. 30; ep. 29, 30, p. 93. Litterae tuae, quas per Herennianum *hypodiaconum*, etc. Ep. 79.

⁴ Const. apost. VIII, 11. (Galland. t. III, p. 211; Mansi, t. I, p. 551). Harduin, t. I, p. 254.

⁵ Tertull. de Praescr. c. 41, p. 247.

les las manos para libertarlos de los espíritus malignos, eran escogidos entre los cristianos, de mas firme fe, á fin de que estuviesen á salvo de toda agresion las funciones de la Iglesia. Por último, los porteros vigilaban el servicio de las puertas del templo, para impedir que entrasen en él los que no tenían derecho.

Las comunidades cristianas que se elevaban en los campos próximos á las ciudades, tenían particular cuidado de hacerse comprender en la jurisdiccion del obispo de la ciudad ¹. En cuanto á las que estaban separadas de la ciudad, instituia el obispo un sacerdote especial y un diácono ², los cuales permanecían en aquellas parroquias rurales, ya temporal ó perpetuamente. En la segunda mitad del siglo III hace mencion el concilio de Antioquía (269) de obispos de unos lugares próximos á otros ³, y el concilio de Ancira (314) decretó cánones particulares sobre la jurisdiccion de los corepiscopos (*obispos de la campiña ó foráneos*) ⁴ quienes tenían al mismo tiempo varias parroquias bajo su gobierno, dependiendo, sin embargo, del obispo urbano que les habia instituido. Por lo demás, la condicion que se les imponia de no administrar mas que las órdenes inferiores hace presumir que no serian sino simples sacerdotes.

§ LXXXIV.

Educacion, eleccion y manutencion del clero.

En los primeros tiempos, fue práctica por lo regular la educacion del clero, pues para ejercer las funciones del sagrado ministerio bastaba con saber explicar la historia de la mision del Hijo de Dios, y poder afirmar en los corazones la fe en su venida, confirmando la verdad de la doctrina con la pureza de su conducta. Pablo y Juan fueron los apóstoles que reunieron en torno

¹ *Just. Apol. I, 67.*

² *Cypr. Et credideram quidem presbyteros et diaconos, qui illic praesentes sunt, monere vos et instruere plenissime circa Evangelii legem. Ep. 10, p. 51. Concil. Illiberit (305) can. 77. Si quis diaconus regens plebem sine episcopo vel presbytero aliquos baptizaverit, episcopus eos per benedictionem perficere debebit. (Mansi, t. II, p. 18. Harduin, t. I, p. 258).*

³ *Ep. Synodi Antioch. en Euseb. Hist. eccl. VII, 30, n. 6.*

⁴ *Concil. Ancyran. can. 13. (Mansi, t. II; Harduin, t. I).*

suyo mayor número de discípulos. Los del primero se ven citados en el Nuevo Testamento: Juan formó en Éfeso á Policarpo, Ignacio y Papias, quienes á su turno, formaron otros muchos por medio de una instruccion casi práctica, igual á la que ellos mismos habian recibido. Los primeros escritores cristianos, y con especialidad los apologistas, se encontraban ya instruidos y formados antes de su entrada en el seno de la Iglesia. Á pesar de esto, vemos ya en el mismo período á las escuelas catequísticas educar é instruir la juventud cristiana, preparando de este modo á los maestros y los obreros evangélicos. De estas escuelas salió Orígenes. Los mismos Apóstoles habian ya recomendado que se sometiese á severas pruebas, y se arreglase con suma prudencia la eleccion de obispos, sacerdotes y diáconos. Los elegidos eran por lo comun conocidos con anterioridad del alto clero y de la parroquia, merced á los grados inferiores y preparatorios por los que habian pasado. No solamente la parroquia tomaba parte en la eleccion de los sacerdotes y diáconos, sino tambien en la de los grados inferiores, tales como los lectores ¹. La eleccion del obispo estaba sometida á formalidades y precauciones particulares, tal como convenia á la importancia de esta dignidad elevada, no recayendo por regla general la eleccion sino en varones ancianos, señalados por sus virtudes, y con mas preferencia aun en los valerosos confesores de la fe. Tambien el pueblo, segun lo nota san Cipriano, tomaba su justa parte en estos actos ², derecho que conservó mientras la Iglesia se compuso en su generalidad de aquellos á quienes un verdadero fervor interior y divino habia atraído hácia el cristianismo, y que por lo mismo no tenian otro deseo que el de verla florecer, y no eran impulsados por miras interesadas é impuras. Con todo, no se conoce de una manera clara la forma de esta participacion popular, sin embargo de que se descubre en otros asuntos concernientes á la parroquia. Semejante derecho no envolvía en ningun caso la idea de que la autoridad episcopal fuese dependiente de los fieles ³,

¹ *Cyprian. ep. 34, ad clerum et plebem de Ceferino lectore ordinato.*

² Ya en *Clem. Rom. ep. I ad Corinth. c. 44*, se dice de la eleccion de los obispos, *comprobante universa Ecclesia. Cypr. ep. 68.*

³ El pueblo solamente daba su voto acerca del mérito del elegido: así es

los cuales, siquiera eligiesen al obispo, no tenían facultades para deponerlo. La mision del obispo era considerada como emanada directamente de Jesucristo, y su ordenacion como obra del Espíritu Santo; por cuya razon, la parroquia debia someterse en todos los asuntos eclesiásticos al obispo, como sucesor de los Apóstoles, revestido de su plena autoridad. En el siglo III, los obispos provinciales ó el metropolitano, asistian á la eleccion ¹: si habia desacuerdo, decidia el metropolitano, y acto continuo, se verificaba la ordenacion por dos ó tres obispos ². Después se comunicaba la eleccion á las parroquias mas importantes (*litterae communicatoriae*).

En los primeros tiempos de la Iglesia no existió ninguna regla determinada para la manutencion del clero. Muchos eclesiásticos, á ejemplo del apóstol san Pablo, ejercian un oficio cualquiera, y vivian con el trabajo de sus manos; pero por lo regular los fieles, en cambio de los cuidados espirituales de que eran objeto, proveian al sustento de los eclesiásticos, como lo hacian los del Antiguo Testamento por medio del diezmo ³, y ajustándose á las palabras de Jesucristo y de sus Apóstoles ⁴. Las ofrendas, hechas

que *Cypr.* dice: — *Episcopus eligatur plebe praesente, quae singulorum vitam plenissime novit, et uniuscujusque actum de ejus conversatione perspexit, etc.* Ep. 68: asimismo, *Constit. apost. VIII, 4*: *Ordinandum esse episcopum inculpatum in omnibus, electum à populo ut praestantissimum.* (*Galland. t. III; Mansi, t. I*). Por la misma razon dice *Cipriano*: *Referimus ad vos Celerinum fratrem nostrum, virtutibus pariter et moribus gloriosum, clero vestro, non humana suffragatione, sed divina dignatione conjunctum.* Ep. 34.

¹ *Cyprian.* Propter quod diligenter de traditione divina et apostolica observatione servandum est et tenendum, quod apud nos quoque et fere per provincias universas tenetur, ut ad ordinationes rite celebrandas ad eam plebem, cui praepositus ordinatur, episcopi ejusdem provinciae proximi quique conveniant, et episcopus eligatur plebe praesente, etc. Cf. *Staudenmaier, Hist. de la eleccion de los obispos, p. 1-24.*

² *Canon. apost. can. 1.* (*Mansi, t. I, p. 30; Harduin. t. I, p. 10*). *Concil. Arelat. can. 20.* Infra tres (episcopos) non audeat ordinare (episcopum). *Mansi, t. II; Harduin. t. I.*

³ *Levit. xxvii, 30; Núm. xviii, 23; Deut. xiv, 21; II Paralip. xxxi, 5.*

⁴ *Mat. x, 10; Luc. x, 7; I Corint. ix, 13; I Tim. v, 17.* *Cypr.* Clerici in honore sportulantium fratrum tanquam decimas ex fructibus accipientes, ab altari et sacrificiis non recedant, sed die ac nocte coelestibus rebus et spiritalibus serviant. Ep. 66.

en frutos por el pueblo en un principio, y las contribuciones dominicales y mensuales, servían asimismo para el sustento del clero; de manera que los eclesiásticos no tuvieron en adelante necesidad de consagrarse á trabajos que los hubieran distraído de sus funciones espirituales. Por lo demás, repetidas veces fueron prohibidos estos trabajos manuales ¹.

§ LXXXV.

Celibato de los eclesiásticos.

FUENTES. — *Möhler*, Ensayo sobre los escr. dirigidos á la abolición del celib. de los sacer. católic. Miscelan. t. I, p. 177-267. El celib. con el epígraf de: *Pienso que yo tambien tengo espíritu de Dios*, I Corint. vii, 40, divid. en dos part. Ratisbona, 1841. — *Klitsche*, Hist. del Celit. Augsb. 1830, p. 31-50.

El modo usado en la eleccion y ordenacion de los miembros del alto clero, y aun mas todavía el celibato, una de las instituciones mas atrevidas, mas sublimes y mas santas de la Iglesia católica, prueban el alto concepto en que desde su origen fue tenido el sacerdocio. El celibato del sacerdote ² consiste en consagrarse á Cristo y su Iglesia exclusivamente y durante toda su vida con toda su actividad y sus fuerzas; y el sacerdote realiza este bello ideal, cuando animado de una vivísima fe en la divinidad de Jesucristo, se pone en una relacion tan íntima con él, que su ser se transforma y se renueva completamente en el Espíritu Santo. El Salvador habia hablado de los nacidos eunucos desde

¹ *Canon. apostol. can. 6. Episcopus, vel presbyter, vel diaconus, saeculares curas non suscipiat: alioqui deponatur.* (*Mansi*, t. I; *Hard.* t. I).

² *Creuzer* cuenta en su *Mitología y su Simbólica*, t. I, p. 600, la siguiente leyenda indiana: «El brama, creado por Birmah, se quejaba de estar entre «sus hermanos solo y sin compañera. Birmah le respondió que, como sacerdote, no debía disiparse, sino consagrarse exclusivamente al estudio, á la «oracion y al culto divino.» — *Cicer.* de Legib. II, 8, dice: Ad Divos adeunto castè! *Lampridius*, Vita Alex. Severi, c. 29, refiere lo que sigue: Usus vivendi eidem (Alex. Sev.) hic fuit: *primum ut, si facultas esset, id est, si non cum uxore cubisset, matutinis horis in larario suo, in quo et divos principes, sed optimos et electos, et animas sanctiores, inqueis et Apollonium et quantum scriptor suorum temporum dicit, Christum, Abraham et Orpheum, et hujusmodi caeteros habebat ac majorum effigies, rem divinam faciebat.*

el vientre de su madre, y de los que á sí propios se hacen eunucos por el reino de los cielos ¹: tambien el Apóstol de las gentes, segun el espíritu de su Maestro, dijo á los fieles: «Es ventajoso «al hombre no tocar á mujer alguna; yo quisiera que todos fuéseis «como yo (célibe)...; pero cada cual tiene su don particular, se- «gun lo ha recibido de Dios ².» Después, añadía, como para ex- «citar mas aun el amor á la virginidad: «El que no está casado se «ocupa en las cosas del Señor, y en todo aquello que puede agra- «darle. Pero el que está casado se ocupa en el cuidado de las «cosas del mundo y en todo aquello que puede agradar á su mu- «jer, y por consiguiente se encuentra dividido ³.» Al mismo tiem- po, y como para satisfacer á la necesidad que le apremia y al espíritu que le inspira, añade el Apóstol: «Yo, que creo tener «el espíritu de Dios, os vuelvo á decir: ¡Dichosa la virgen que se «conserva virgen ⁴!» Por lo demás, san Pablo, contestando á Timoteo, dice que el obispo no debe estar casado sino con una sola mujer, y no debe tomarse por diáconos sino á los que hayan tenido una sola mujer ⁵.

Pero ¿se puede señalar acaso al primero que convirtió el celi- bato en ley? ¿No fue el mismo espíritu que animaba á los cris- tianos el que les inspiró la libre adopcion de esta noble ley? Si nos elevamos al origen, encontramos que por primera vez se hizo mencion del celibato en Tertuliano, cuando se convirtió en mon- tana y profetizante ⁶. Pero ¿es esto una prueba de que el ori-

¹ Mat. xix, 12.

² I Cor. vii, 1, 7, 8.

³ I Cor. vii, 32.

⁴ I Cor. vii, 40.

⁵ I Tim. iii, 2, 12. Cf. V, 9. Tit. i. 6.

⁶ *Rigaltius* encontró en un antiguo manuscrito de *Tertul. de Exhort. castit.* c. 10, después de las palabras, *Vita aeterna sit in Chr. Jesu Dom. nostro*, el siguiente oráculo de Priscila (del 130 al 160), que, segun él cree, debe de haber sido arrancado del texto, *ob nimias laudes Priscillas: Item per sanctam prophetidem Priscam ita evangelizatur, quod sanctus minister (el sacerdote no casado) sanctimoniam noverit ministrare. Purificancia enim concordat, ait, et visiones vident, et ponentes faciem deorsum etiam voces audiunt manifestas, tam salutare quam et occultas, etc. Cf. Observation. Rigaltii ad Opp. Tertull. p. 114. El mismo Tertull. dice: Et commendabis illas duas (uxores) per*

gen del celibato sea montanista? De ningún modo: cuando mas probará que, en este punto como en otros varios, estaban los montanistas de acuerdo con la Iglesia católica, para la cual, en esta época, no era cosa nueva el celibato. A haber sido sus inventores los montanistas, se hubiesen vanagloriado de ello en sus ataques rudisimos contra la Iglesia, no contentándose con sacar consecuencias exageradas del celibato, reconocido generalmente como ley eclesiástica. Por lo demás, ya en aquel tiempo se le mo- tejó á Pablo de Samosata y á su clero el haber introducido mu- jeres en sus casas ¹.

Los cánones apostólicos que contienen la disciplina de la Igle- sia de los siglos II y III imponen el celibato como deber al clero superior ². El concilio de Elvira (305) y el de Ancira (314) ex- presaron el deseo de que los que se hubiesen casado antes de su ordenacion, se abstuviesen de todo comercio con sus mujeres ³; y el de Neocesarea (314) pronunció la deposicion de un sacerdote casado ⁴. Por último, al fin de este período, varias leyes muy severas relativas al celibato iban reemplazando la libre admision de esta santa práctica.

sacerdotem de *monogamia* ordinatum aut etiam de *virginitate* sancitum? Ex- hortat. castit. c. 11, p. 671. *Origen*. hom. XVII, in Luc. (t. III). Cf. Aposto- lor. const. VII, 17 ad Princip. (*Galland*. t. III).

¹ *Euseb*. Hist. eccl. VII, 30.

² *Canon. apost.* can. 25. In nuptis autem, qui ad clerum promoti sunt, præ- cipimus, si voluerint uxores ducere, *lectores cantoresque* solos; conforme á este pasaje es como se ha de explicar el cánón 5.º: *Episcopus vel presbyter vel diaconus uxorem suam ne ejiciat religionis prætextu*; sin autem ejecerit, se- gregetur; et si perseveret, depónatur. (*Mansi*, t. I; *Harduin*. t. I).

³ *Concil. Illiberit.* can. 33. Placuit in totum prohiberi episcopis, presbyte- ris, et diaconibus, vel omnibus clericis positis in ministerio, abstinere se à conjugibus suis et non generare filios: quicumque fecerit, ab honore clerica- tus exterminetur. (*Harduin*. t. I; *Mansi*, t. II).

⁴ *Concil. Neocæsar.* can. 1: Presbyter, si uxorem duxerit, ab ordine suo illum deponi debere. (*Harduin*. t. I; *Mansi*, t. II). *Conc. Ancyran.* can. 10: Quicumque diaconi ordinantur, si in ipsa ordinatione protestati sunt et dixe- runt velle se conjugio copulari, quia sic manere non possunt: hi si postmodum uxores duxerint, in ministerio maneant, propterea quod eis episcopus licen- tiam dederit. Quicumque sane tacuerint et susceperint manus impositionem, professi continentiam, et postea nuptiis obligati sunt, à ministerio cessare de- bebunt. (*Harduin*. t. I; *Mansi*, t. II).

§ LXXXVI.

Desarrollo de la organizacion de la Iglesia por medio de la autoridad del metropolitano y la institucion de los concilios provinciales.

Ya los Apóstoles nos enseñan que, según su deseo, las comunidades cristianas aisladas entraron en relacion mutua, sin hallarse á pesar de esto jerárquicamente subordinadas las unas á las otras. Pero bien pronto, obrando el Espíritu Santo en la Iglesia, y estimulando las necesidades de sus miembros, los reunió en un todo espiritual, cuya unidad viviente é interior se expresó por medio de la unidad exterior y formal de un cuerpo, no solo en cada una de las diócesis, sino en todas ellas. Las relaciones de las comunidades mas apartadas fueron siendo cada vez mas íntimas y vivas, considerándose de dia en dia los cristianos como miembros de una misma unidad. San Clemente de Roma, san Ignacio de Antioquía, y san Policarpo de Esmirna insistieron en varias circunstancias por medio de cartas y repetidos viajes sobre la necesidad de la union de los fieles en la Iglesia. Igualmente la defendieron san Ireneo y Tertuliano contra los herejes, como condicion necesaria de la unidad de la doctrina y del carácter esencial de la Iglesia universal; pero solo al gran Cipriano toca principalmente el honor de haberla expuesto por completo en su profundo *Tratado de la unidad de la Iglesia* contra los novacianos.

« Así como los rayos solares emanan todos de un mismo foco, como las ramas de un árbol proceden de la misma raíz; de la misma manera las comunidades cristianas desparramadas por la superficie de la tierra, se unen y ligan en una sola y misma Iglesia. El rayo vive en la luz del sol; la rama no subsiste sino por su union al tronco: del propio modo el verdadero cristiano no puede vivir sino unido á la Iglesia. El que no vive en ella es un extranjero, un profano que no tiene parte en Jesucristo: no tiene á Dios por padre el que no tiene á la Iglesia por madre; y aunque padezca la muerte del martirio, su muerte no tendrá valor ni mérito. » Esta unidad interna y externa de la Iglesia,

reasumida en la palabra *católica*, se realizó en todas partes de la siguiente manera. Tal como los fieles de una ó de varias iglesias se adhieren á su obispo, asimismo las diócesis mas cercanas se adhirieron á un centro comun, formando una especie de diócesis mas extensa, en torno del obispo de la capital de la provincia ó de la *metrópoli civil*¹: esta denominacion se usaba tambien en el siglo IV para designar un centro de accion eclesiástica. La idea de esta union metropolitana se realizó por primera vez en la *iglesia madre* de los judíos-cristianos de Jerusalem, unida con las iglesias de Galacia, Judea y Samaria². Después de los lamentables desastres, la dignidad metropolitana de Jerusalem pasó en tiempo de Adriano á la iglesia de Cesarea. La iglesia de Antioquía, compuesta de judíos y paganos, fue la segunda metrópoli cristiana á la cual se unió la de Alejandria. Roma, en Occidente, fue la cuarta metrópoli, que comprendía las iglesias de la Baja Italia y de la Italia central, con las islas de Cerdeña, Córcega y Sicilia (provincias suburbanas). Las tres grandes metrópolis de Roma, Antioquía y Alejandria, y las iglesias de Cartago y Éfeso, gozaban, sin embargo, cierta independendencia y especial consideracion. Esta union de varias diócesis bajo la autoridad de un metropolitano influia favorablemente en las mas importantes ocasiones, tales como las elecciones episcopales³; siendo las consecuencias naturales de esta union interior, y al propio tiempo los signos de la unidad exterior de la Iglesia, las comunicaciones regulares por medio de las cuales las iglesias se transmitian las noticias eclesiásticas, las elecciones de obispos (*litterae communicatoriae*) y las excomuniones, y la introduccion de las cartas de recomendacion (*litterae formatae*)⁴.

Empero fue todavía mas decisiva la influencia de los *cencilios*

¹ Este uso fue mas adelante erigido en principio por el *Conc. Anthioch.* can. 9. (*Harduin.* t. I).

² Cf. *Euseb.* Hist. eccl. III, 32, segun el cual y al tenor de Hegesipo, los primeros obispos de Jerusalem gozaron manifestamente de un poder metropolitano. Cf. *Petr. de Marca*, *Concor. sacerdotii et imperii*, VI, 1.

³ Véase § 84.

⁴ Cf. *Ferrarius*, de Antiquo epistolar. Ecclesiae genere. Mediol. 1613, in 4. *Kiessling*, de Stabili primit. Eccl. ope litterar. communicatoriar. connubio. Lips. 1744, in 4.

provinciales, originados ¹, no como piensa Gieseler, de una imitación profana de las asambleas griegas de los anfictiones, sino del espíritu de unidad viviente en la Iglesia, y según el ejemplo de la asamblea de los Apóstoles en Jerusalén ². Los primeros concilios se celebraron en Grecia ³; después en Asia contra los montanistas y con motivo de la Pascua ⁴ en la segunda mitad del siglo II ⁵, y últimamente en África (hacia el 200) bajo la presidencia del obispo Agripino, asistido de setenta obispos.

Cuando se hubo consolidado la unión de las diócesis con su metrópoli tomaron los concilios provinciales una forma más determinada y cierta regularidad periódica, especialmente en Grecia á principios del siglo III ⁶, debiendo celebrarse una ó dos veces por año. En ellos se examinaban, bajo la presidencia del metropolitano, todos los asuntos eclesiásticos, y con especialidad se definía contra los herejes la verdadera doctrina de la Iglesia, á fin de instruir y tranquilizar completamente á los fieles.

¹ Esto se prueba más particularmente por el uso de dichos Concilios, de apelar á las mismas fuentes, sirviéndose de las mismas palabras que las *Act. de los Apost.* c. xv. Los Apóstoles habían dicho: «Plació al Espíritu Santo y á nos;» y en un concilio, presidido por san Cipriano (252), repitieron los Padres: «Nos ha placido, según la inspiración del Espíritu Santo y las luces del Señor.» Cf. *Cypr.* ep. 54 (ad Corn. de pacé lapsis danda), p. 171.

² *Act. apost.* c. xv.

³ *Euseb.* Hist. eccl. V, 16.

⁴ *Euseb.* Hist. eccl. V, 23-25.

⁵ Cf. *Vælli et Justelli* Bibl. jur. canon. vel. Par. 1661, 2 t. in fol. (t. II, c. 3, n. 6, p. 1166).

⁶ *Tertull.* de Jejun. c. 13: Aguntur praeterea per Graecias illa certis in locis concilla ex universis Ecclesiis, per quae et altiora quaeque in commune tractantur, et ipsa repraesentatio totius nominis christiani magna veneratione celebratur. P. 711. *Firmiliani* ep. ad *Cyprian.*: Qua ex causa necessario apud nos fit ut per singulos annos seniores et praepositi in unum conveniamus ad disponenda ea quae curae nostrae commissa sunt, ut, si qua graviora sunt, communi consilio dirigantur. (*Opp. Cyprian.* ep. 75, p. 302). Cf. *Canon. apost.* can. 36: Bis in anno fiat episcoporum synodus, et inter se examinent decreta religionis et incidentes ecclesiasticas controversias componant. (*Harduin.* t. I, p. 18; *Mansi*, t. I, p. 35). *Euseb.* Hist. eccl. V, 16. — En cuanto á los concilios celebrados en este período, véase también á *du Pin*, Bibl. de los autores, etc. (ed. Utrecht 1781, t. I, p. 212 sq.) y *Ruttenstock*, Institut. hist. eccl. t. I, append. de Conc. p. 537-558).

§ LXXXVII.

Primacia del obispo de Roma. — Centro de unidad de toda la Iglesia.

FUENTES. — *Möhlér*, *Unidad en la Iglesia*, p. 260. *Katerkamp*, de la Primacia del apóstol san Pedro y sus sucesores. Münst. 1820. *Rothensée*, la Primacia del Papa en todos los siglos cristianos. Maguncia, 1836-1838, 3 vol. acerca de los tres primeros siglos, t. I, p. 1-98. *Aug. Theiner*, la Suecia y sus relaciones con la Santa Sede. Augsb. 1838, t. I, p. 1-71.

Siendo el obispo el centro de unidad de su diócesis, y el metropolitano el de la provincia, faltaba el de las metrópolis entre sí, la clave de la bóveda de la Iglesia, la piedra angular de todo el edificio: esta piedra se encuentra en Roma: el obispo de Roma es el centro de unidad de toda la Iglesia. Una especial Providencia habia conducido á Roma, poniéndolo á la cabeza de la primera comunidad cristiana en la capital del mundo pagano, al Apóstol escogido, á quien el Hijo de Dios habia concedido la preeminencia sobre sus colegas. Roma, ciudad tan eminentemente práctica, como científica y especulativa la Grecia, se convertía de esta suerte en centro de la accion del cristianismo, tambien práctico en todas sus tendencias ¹, convirtiéndose asimismo los sucesores de Pedro en sucesores de su primacia, segun los designios de la Providencia.

San Clemente de Roma es ya una prueba evidente de esto: san Ignacio de Antioquia lo reconoció, y dijo que la Iglesia de Roma *presidia la alianza del amor*, es decir, á toda la cristiandad ². San Ireneo afirma que todos los fieles deben estar unidos á la Iglesia romana en virtud de su potente primacia ³, y á su vez san Cipriano

¹ *Optat. de Mil.* (v. 368): ¿Quién puede poner en duda que Pedro no habia establecido la silla episcopal en Roma sino para reunir todas las iglesias en su unidad? (*In qua una cathedra unitas ab omnibus servaretur*).

² *Ignat. ep. ad. Rom.* Véase *Wöcher*, *Cartas de san Ignacio*.

³ *Iren. Contr. haer.* III, 3, n. 2: Ad hanc enim Eccles. propter potentiorum principalitatem, necesse est omnem convenire Ecclesiam, hoc est, eos qui sunt undique fideles; in qua semper ab his qui sunt undique conservata est ea quae ab Apostolis traditio. Véase *Dollinger*, *Man. de la hist. eccl.* t. I, sect. I, p. 356.

explica esta primacía, según la esencia misma y el fin sublime de la Iglesia: en virtud de la *unidad*, la Iglesia está fundada sobre Pedro: Pedro es el hogar, el centro de la Iglesia: él ha transmitido su primacía á la Iglesia romana, y por lo mismo la silla episcopal de Roma es la silla de Pedro, y la Iglesia romana la primera de todas las iglesias, debiendo estar unidos con el obispo de Roma todos los obispos del mundo. «Vean si pueden hacer entrar su «barca en el puerto de la Iglesia romana, del cual ha salido la «unidad sacerdotal, decia Cipriano contra los cismáticos Fortunato y Felicísimo: no piensan en que el Apóstol exaltaba la fe «de los romanos, porque la infidelidad no puede tener cabida en- «tre ellos ¹. »

Si tal era la doctrina de Cipriano; tal era su práctica. Así fue que excitó á Esteban, obispo de Roma, á deponer á Marciano, obispo de Arlés, partidario de los novacianos; y á que eligiese otro en su lugar: tambien le envió las actas de los concilios de África, contra las pretensiones de Felicísimo, y las decisiones tomadas contra los cristianos renegados (*lapsi*) durante la persecucion. Y si en alguna circunstancia particular parece ² que Cipriano desconoce la supremacía de Esteban, al atacar de una manera acerba la conducta apasionada de éste último, debe decidirse acerca de qué cosa merece mas confianza: ó bien las opiniones de Cipriano cuando expone tranquilamente sus miras sobre la Iglesia

¹ *Cypr. de Unit. Ecclesiae*, p. 396 sq. Cf. sobre todo las notas 11 y 12, que tratan de las interpolac. de *Prudent. Maranus*, ep. 27, p. 90. — Ep. 70: Quando et baptisma unum sit, et Spiritus Sanctus unus, et una Ecclesia à Chr. Domino super Petrum origine unitatis et ratione fundata; p. 270. C. — Ep. 71: Nec Petrus, quem *primum* Dominus elegit, et super quem aedificavit Ecclesiam suam, quum secum Paulus de circumcisione postmodum disceptaret, vindicavit sibi aliquid insolenter aut arroganter assumpsit, ut diceret se primatum tenere et optemperari à novellis et posteris sibi potius oportere. P. 273, B. — Ep. 55: Navigare audent, et ad *Petri cathedram atque ad Ecclesiam principalem*, unde unitas sacerdotalis exorta est, etc. P. 183, A. — Cf. las notas 64 y 65, de *Prudent. Maran.* p. 193.

² Decimos *parece*, porque la autenticidad de esto no se halla muy comprobada. Véase infr. § 89. La observacion de *Liebermann* es muy justa. *Cyprian.* (in ep. 74, p. 294) in summum Pontificem ita acerbe invehitur, ut qui virum noverat tam moderatum, tam verecundum in Sedem romanam, jam *Cyprianum* in Cypriano quaerat. (Inst. theol. ed. V, t. IV, p. 235).

y su constitucion, confirmandolas con su propia conducta; ó bien el sentir del mismo escritor, irritado en un asunto personal, á causa de la contradiccion de que fue objeto una opinion suya á todas luces errónea (la nulidad del bautismo de los herejes). El privilegio reclamado por Roma fue reconocido por los obispos, ya espontáneamente, ya respondiendo siempre que se les solicitaba: en prueba de esto puede recordarse la conducta de Esteban en el negocio de los nuevamente bautizados, la de Cornelio en el de Novato y Felicísimo, y la de Dionisio contra Pablo de Samosata y Dionisio de Alejandria. Por último, el mismo emperador Aureliano reconoció la preeminencia del obispo de Roma.

De esta suerte, se manifestó desde muy temprano en sus caracteres fundamentales la organizacion regular y firme que debia constituir la unidad de la Iglesia, y que, segun los tiempos y las circunstancias, debia desarrollarse, fortificarse y completarse ¹.

¹ Hé aquí, segun *Iren. Contr. haer.* III, 3, n. 3; *Euseb. Hist. eccl.* III, 2, 13, 15, 34; V, 6, la serie mas probable de los obispos romanos de este período :

- | | |
|--------------------------------|---|
| 1 S. Pedro (42-67). | 18 S. Ponciano (230-235). |
| 2 S. Lino (H Timot. iv, 21). | 19 S. Antero (235, 236). |
| 3 S. Anacleto ó Cleto. | 20 S. Fabian (236-250). |
| 4 S. Clemente (Filip. iv, 3). | 21 S. Cornelio (251, 252). |
| 5 S. Evaristo. | 22 S. Lucio (252, 253). |
| 6 S. Alejandro (hasta el 119). | 23 S. Esteban (253-257). |
| 7 S. Sixto (119-127). | 24 S. Sixto II (257, 258). |
| 8 S. Telesforo (127-139). | 25 S. Dionisio (258-269). |
| 9 S. Higino (139-142). | 26 S. Felix (269-274). |
| 10 S. Pio (142-157). | 27 S. Eutiquiano (274-283). |
| 11 S. Aniceto (157-168). | 28 S. Cayo (283-296). |
| 12 S. Sotero (168-177). | 29 S. Marcelino (hasta el 304). |
| 13 S. Eleuterio (177-192). | 30 Después de una vacante de cuatro años, S. Marcelo (308-310). |
| 14 S. Victor (192-202). | 31 S. Eusebio (310 desde el 20 de mayo hasta el 26 de setiembre). |
| 15 S. Ceferino (202-219). | 32 S. Melquíades (311-314). |
| 16 S. Calixto (219-223). | |
| 17 S. Urbano (223-230). | |

Es materia imposible poner de acuerdo las series que se encuentran en san *Eptph. Optat. Milevit. y August.* especialmente respecto de los cuatro primeros obispos. Se ha creído poder deducir de la epístola de Clemente á los Corintios, que reinó desde el año 68 hasta el 77. Véase *Döllinger, Man. de la hist. eccl. t. I, sect. I, p. 87-90.* En apoyo de esto mismo vienen las indicaciones

El obispo que tanto por su ciencia cuanto con su vida, contribuyó mas á desarrollar de una manera sencilla y brillante, y á popularizar en toda la cristiandad los principios de esta organizacion de la Iglesia, fue

Tascio Cecilio Cipriano ¹.

Nacido en Cartago de parientes distinguidos, y educado en la escuela de los retóricos paganos, adquirió en ella una ciencia que le hizo el orgullo de sus maestros y del pueblo de Cartago. Empero su brillante educacion no lo puso al abrigo de los extravíos de las pasiones humanas y de la corrupcion del paganismo, del cual fue sacado y libertado por el sacerdote católico Cecilio, quien tuvo la dicha de convertirlo al cristianismo (246). En el fervor de su regeneracion espiritual Cipriano distribuyó la mayor parte de sus bienes, y consagró el resto á la beneficencia y á las obras cristianas, «teniendo la dicha de experimentar por sí mismo lo que «en otro tiempo, indeciso y flotante sobre la mar borrascosa del «mundo, creia imposible de encontrar, á saber: que se puede re- «nacer á una vida nueva en las aguas sagradas del bautismo, des- «pojarse del hombre viejo y regenerar su espíritu y su corazon,

del catálogo mas antiguo de los obispos romanos, (compuesto probablemente hácia el 354), el cual llega hasta el Papa Liberio, segun cuyos datos, Lino y Cleto habian sido ya ordenados obispos por el mismo san Pedro, durante su primera residencia en Roma. Así lo confirma *Rufino* en su *praef. ad recognitionem*. Clem. Linus et Cletus fuerunt quidem ante Clementem episcopi in urbe Roma, sed superstiti Petro, videlicet ut illi episcopatus curam gererent, ipse vero apostolatus impleret officium. (Galland. t. II, p. 218). — El catálogo mas antiguo, llamado Liberiano, que contiene los dias y los meses de los pontificados y consulados, desde el principio hasta el fin del reinado de los Papas, así como su continuacion hasta Felix III, y el Catal. III hasta Esteban II, etc., se encuentran impresos, comentados é ilustrados con el retrato de los Papas en *Conatus chronico-historicus ad catalogum pontificum* (*Bollandi acta SS.*). Cf. *F. Pagi*, *Breviarium hist. chron. critic. illustriora Pontif. Rom. gesta compitens*. Antwerp. 1717, 6 V. in 4 (los últimos tomos continuados hasta Gregorio XIII por *A. Pagi*). *Gius Piatti*, *Hist. crit. cron. de los Pont. Rom.* Nápoles, 1764-1770, 12, v, in 4 (hasta Clemente XIII).

¹ Vita Cypr. per Pontium ejus diacon. á la cabeza de las obras de Cypr. ed. *Erasm.* — *Retberg*, *Cyprian. su vida y sus obr.* *Mähler*, *Patrología*, t. I.

«conservando, sin embargo, su envoltura terrestre.» Cipriano se nutrió con el estudio de las obras de Tertuliano cuya profundidad y trascendencia moral satisfacían las necesidades de su gran ingenio. Electo obispo de Cartago (248), rehusó desde luego este honor por espíritu de humildad; pero las instancias del pueblo le obligaron á aceptarlo. Cediendo á la moción del espíritu de Dios que le inspiraba, creyó deber huir de la persecucion de Decio; pero, como buen pastor, no se olvidó del rebaño que le estaba confiado, por el cual no cesaba de velar con suma solícitud. Tipo ideal de un verdadero obispo, supo unir prudentemente la severidad á la dulzura según los tiempos y las circunstancias; y si después de su vuelta á Cartago (251), combatió con cristiana perseverancia al diácono Felicísimo y al obispo intruso Fortunato, lo hizo en bien de la Iglesia y para mantener la integridad de sus principios, pudiendo decirse lo mismo de su discusion con Esteban, obispo de Roma, en la cual opuso á un lenguaje caloroso otro igualmente apasionado. Durante esta controversia, le sorprendió un edicto de Valeriano contra los cristianos (257). De esta vez no huyó Cipriano, ganoso de alcanzar la corona del martirio, y confesó en presencia del procónsul con santo y gozoso atrevimiento su calidad de cristiano y de obispo: En su consecuencia fue desterrado á Curbí: y aunque la Iglesia de Roma quiso dirigirse á las autoridades superiores del Estado, inclinándolas en su favor, él se opuso á esto, escribiendo lo siguiente, como ya en otro tiempo lo habia hecho san Ignacio: «Os escribo lleno de vida, pero «mas aun del deseo de morir: mi amor ha sido crucificado: el «fuego que me consume no debe extinguirse: es preciso responder á la voz que oigo y que me dice: Ven con el Padre.» Un año después de su destierro, se pronunció su sentencia en esta forma: «El obispo de Cartago, enemigo de los dioses de Roma, «será decapitado. —¡Loado sea Dios!» respondió Cipriano, y murió el 14 de setiembre de 258. Cuando tan triste nueva llegó á los fieles de Cartago, exclamaron todos llenos de cristiana amargura: «¡Oh! vamos á morir con él!» En medio de las mayores muestras de piadoso sentimiento recibieron sus despojos mortales, y les dieron sepultura sin obstáculo que se lo estorbase; y aquellas solemnes palabras arrancadas á su dolor quedaron como un

monumento vivo que elevaron á su memoria y como el símbolo de la union íntima que debe reinar entre el obispo católico y su rebaño ¹.

¹ *Augustin.* de Baptism. III, 3. Ego Cyprianum, *catholicum episcopum*, catholicum martyrem, et quanto magis magnus erat, tanto se in omnibus humilientem, etc. Cf. *Prudent.* de Coronis, hymn, XIII.

CAPÍTULO V.

CULTO. — DISCIPLINA. — VIDA RELIGIOSA Y MORAL DE LOS CRISTIÁÑOS.

FUENTES. — *C. Chardon*, Hist. de los Sacramentos. Paris, 1745, 6 vol. *Martene*, de Antiq. Eccl. ritibus. (ed. *Bassani*, 1788, 4 vol. in fol.). Las obras de *Mammachi*, *Selvaggio*, *Pelliccia*, y *Binterim*.

§ LXXXVIII.

Necesidad del culto exterior. — Iniciacion en la Iglesia católica. — Bautismo. — Confirmacion.

FUENTES. — *Morini*, de Cathecumenor. expiatione et ad baptismi susceptionem praeparatione (opp. posthum. Par. 1703). *J. Vicecomitis*, Observat. eccl. de antiq. baptismi ritibus. Par. 1618. *Martene*, l. I, lib. I, de Ritib. in sacrament. administr. observatis, c. I et II. (t. I, p. 1-97).

Siendo el hombre un compuesto de cuerpo y alma, necesariamente debe manifestarse su religion de una manera sensible: y la prueba de esto se encuentra, como lo nota san Agustin, en la historia de casi todos los pueblos ¹. Tambien el cristianismo, siquiera colocase en primer lugar la adoracion de Dios en espiritu y verdad ², tuvo desde los tiempos apostólicos, y conforme al ejemplo y la voluntad de su divino Fundador ³, su rito y sus ceremonias. Y ¿cómo no habia de tener el cristianismo el culto exterior, tan eficaz como es para excitar y vivificar el interior? ¿Y quién no se

¹ *Augustín*. In nullum nomen religionis seu verum, seu falsum, coagulari homines possunt, nisi aliquo signaculorum vel sacramentorum visibili consortio colligentur. Contr. Faustum, XIX, 11, t. VIII, ed. Bened.

² Juan, iv, 23.

³ Mat. vi, 9-13; Juan, xvii, 1; Mat. xix, 13; Luc. xxii, 41.

siente dispuesto á la devocion cuando oye cantar con piedad los himnos sublimes y solemnes de la Iglesia?

El culto exterior, conforme á esta necesidad del hombre y á la idea de la Iglesia *visible* fundada por Cristo, se manifiesta y determina cada vez mas, después de los tiempos apostólicos, en todos los actos religiosos de la Iglesia, siendo la primera manifestacion de este culto la *iniciacion* cristiana, ó la manera con que el hombre entra en la Iglesia católica.

Si en los tiempos apostólicos podia permitir el entusiasmo de los cristianos bautizar á la multitud de diversas gentes que se presentaban en la piscina regeneradora, sin una preparacion larga y difícil, con tal que diesen pruebas de fe viva y de sincera penitencia; el cambio de las circunstancias debió de imponer necesariamente á los iniciados nuevas condiciones y una instruccion completa, pues solo de esta suerte podia impedir la Iglesia católica que miembros indignos penetrasen en su seno y profanasen sus santas prácticas.

Llamábanse catecúmenos los numerosos candidatos que se presentaban con cordial afán á la Iglesia, y de la cual no llegaban á ser miembros activos hasta que se preparaban por medio de diversos grados. La admision al catecumenado, que á veces duraba muchos años, se practicaba con la imposicion de manos y la señal de la cruz. Después del siglo IV hubo en el catecumenado los grados siguientes: 1.º Los que durante los oficios divinos, solo podian oir la predicacion (*audientes*): 2.º los que después de la predicacion asistian al rezo y recibian la bendicion episcopal (*genuflectentes*); 3.º los que, habiendo pasado ya por todas las pruebas, debian de ser bautizados en la solemnidad inmediata (*competentes, electi*). A estos se les hacia conocer por completo el símbolo de la fe, la oracion dominical, el misterio de la santa Trinidad, el de la Encarnacion y el sentido de los Sacramentos; hecho lo cual, y después de otras varias pruebas y de renunciar el catecúmeno á Satánas, sus obras y sus demonios, se le administraba el bautismo por medio de tres inmersiones del cuerpo en agua (ó una simple aspersion para los enfermos) en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Mas adelante hicieron las circunstancias abreviar el tiempo del

catecumenado y que se administrase el bautismo á los niños ¹, segun una decision obligatoria del concilio de Cartago (252) ²; al paso que, andando mas el tiempo, á fines del siglo III, prevaleció la costumbre abusiva de aplazar el bautismo hasta la edad mas avanzada, y á veces hasta la misma hora de la muerté. Lo mas comun era que solo el obispo administrase el bautismo; no bautizando los sacerdotes y los diáconos sino por delegacion del obispo, y los legos en caso de necesidad ³. Desde el siglo II se hace ya mencion de los padrinos (*susceptores, sponsores, fideijussores*), cuyo origen se remonta ciertamente á los tiempos apostólicos ⁴.

En señal de haber reconquistado su inocencia, se revestian los bautizados de una túnica blanca (*pallium*), de donde provino la frase irónica de los paganos: *à toga ad pallium*. En los primeros tiempos, se administraba el bautismo todos los dias, pero especialmente los domingos: mas adelante, se fijaron para esta ceremonia los dias solemnes, y en el período de que nos vamos ocupando la Pascua y la Pentecostes entre los griegos y los orientales, aun todavía sigue designado al efecto el dia de la Epifanía ⁵.

¹ *Iren.* Contr. haer. II, 22, n. 4; V, 15, n. 3: Et quoniam in illa plasmatione quae secundum Adam fuit in transgressione factus homo indigebat *lacro regenerationis*, etc. P. 312. *Massuet.* en la Dissertat. prae. in Iren. libros, p. 158, nota: Irenaeus hinc cum Augustino concludit baptismum omnibus hominibus, et ipsis parvulis et infantibus, necessarium esse, ut per eum regeniti pristinae generationis sordes abluant.

² Ut intra octavam diem, qui natus est, baptizandus et sacrificandus. — Universi judicavimus, nulli hominum nato misericordiam Dei et gratiam denegandam. (*Harduin.* t. I, p. 147; *Mansi.* t. I, p. 900 sq.). Pero Tertuliano desaconseja el bautismo de los niños: Itaque pro cujusque personae conditione ac dispositione etiam aetate cunctatio baptismi utilior est: praecipue tamen circa parvulos. Quid enim necesse est sponsores etiam periculo ingeri? Quia et ipsi per mortalitatem destituere promissiones suas possunt et proventu malae indolis falli, etc. De baptismo, c. 18, p. 264. Cf. *G. Walli*, Hist. baptismi infantum, lat. vert. *Schlosser.* Brem. 1748, 2 vol. in 4.

³ *Tertull.* l. I: Alloquin etiam laicis jus est (dandi baptismum) — sufficiat in necessitatibus utaris, sicubi aut loci aut temporis aut personae conditio compellit. C. 17, p. 263.

⁴ Cf. *Binterim*, P. I, t. I, y *Bahmer*, t. II.

⁵ *Tertull.* Diem baptismi solemniorum Pascha praestat, cum et Passio Domini, in quam tingimur, adimpleta est. — Paschae celebrandae locum de

Segun la doctrina de la Iglesia, se perdonaban los pecados por medio del bautismo; se renacia en el Espíritu Santo y se entraba en el rango de hijos de Dios. Por eso se le llamaba *gracia, illuminacion, santificacion y perfeccion*; único medio para entrar en la Iglesia¹. En virtud de esta eficacia omnipotente del bautismo, muchos catecúmenos diferian, segun ya lo hemos indicado, la administracion del Sacramento hasta el fin de su vida, ya porque no se creian capaces de cumplir enteramente todas sus exigencias, ya porque no querian romper de una vez con el mundo y sus placeres, ó ya, por último, porque pensaban poder conciliar de éste modo los intereses del cielo con los de la tierra. (Constantino M.).

Los que habian sido regenerados espiritualmente con el bautismo, recibian por medio del sacramento de la Confirmacion *la plenitud del Espíritu (charisma, confirmatio, perfectio)*. Consistia este Sacramento en la uncion del santo óleo, la señal de la cruz acompañada de las palabras: «Hé aquí el sello de los dones del Espíritu Santo,» y la imposicion de manos, como segundo símbolo² de la comunicacion del Santo Espíritu³.

signo aquae ostendit, exinde *Pentecoste* ordinandis lavacris latissimum spatium est, quo et Domini resurrectio inter discipulos frequentata est et gratia Spiritus Sancti dedicata, etc. De baptismo, c. 19, p. 364. Cf. *Natal. Alex. Hist. eccl. saec. II, diss. 9, art. 6. (t. V)*.

¹ *Hermas*, Pastor. lib. III, similit. IX, c. 16: Antequam accipiat homo nomen filii Dei, morti destinatus est; at ubi accipit illud sigillum, liberatur à morte et traditur vitae. Illud autem sigillum *aqua* est, in quam descendant homines morti obligati, ascendant vero vitae assignati, etc. (Patr. apost. ed. *Hefele*). — *Tertull.* de Baptismo, principia de este modo: Felix sacramentum aquae nostrae, qua ablutis delictis pristinae coecitatis in vitam aeternam liberamur, c. 1. — *Clement. Alex.* Paedagog. I, 6. — *Iren.* Contr. haeres, II, 22, n. 4; V, 18, n. 3 (lavacrum regenerationis): Cf. *Klee*, Hist. de los dogm. P. II. *Brenner*, Histor. de la instit. y de la administr. de los Sacr. desde Jesucristo hasta nuestros dias.

² *Tertull.* de Resurr. carn. c. 8: Caro ungitur ut anima consecratur; caro signatur, ut et anima muniatur; caro *manus* impositione adumbratur, ut et anima spiritu illuminetur. *Cypr.* ep. 73: Quod nunc quoque apud nos geritur, ut qui in Eccl. baptizantur, praepositis Ecclesiae afferantur et per nostram orationem ac *manus impositionem* Spiritum Sanctum consequantur et signaculo dominico consumentur.

³ Act. viii, 14-17; xix, 5, 6; Hébr. vi, 2; II Cor. i, 21, 22.

§ LXXXIX.

Controversia sobre la validez del bautismo de los herejes. — Esteban. — Cipriano. — Firmiliano ¹.

Como tan frecuente y positivamente se habia repetido que «fuera de la Iglesia no habia salvacion,» desde un principio debió nacer la cuestion sobre si el bautismo conferido por los herejes era válido, ó si era necesario renovarlo en aquellos que entrasen de nuevo al seno de la Iglesia católica. Esta cuestion surgió primeramente con motivo de los montanistas, agitándose en Africa y en el Asia Menor. Varios sínodos provinciales (el de Cartago hácia el 200, presidido por Agripino, obispo de esta ciudad, y mas adelante los de Iconio y Sinnádes en 237) se pronunciaron contra la validez de este bautismo. Sostenida semejante opinion por graves autores eclesiásticos, tales como Tertuliano y Clemente de Alejandría, y consignada en los llamados cánones apostólicos, fue confirmada por dos sínodos, presididos por Cipriano (255, 256) ².

Por el contrario las iglesias de Occidente, y en particular la de Roma, se contentaban con imponer las manos, en señal de penitencia y de satisfaccion, á los que volyian al seno de la Iglesia católica, y no renovaban el bautismo. Este doble y contradictorio

¹ *Euseb. Hist. eccl. VII, 3-5, 7, 9; Cypr. ep. 70-76. Walch, Hist. de las herej. P. II.*

² Hé aquí los motivos en que funda Tertuliano esta opinion austera: Non idem Deus est nobis et haereticis, nec unus Christus id est idem, ideoque nec baptismus unus, quia non idem, quem cum rite non habeant, sine dubio non habent: ita nec possunt accipere quia non habent. De Baptismo; c. 15, p. 262. — *Cypr. ep. 70*: Neminem foris baptizari extra Ecclesiam posse, quum sit baptismus unum in sancta Ecclesia constitutum; caeterum probare est haereticorum et schismaticorum baptismum consentire in id quod illi baptizaverint; p. 270. *Ep. 73*: Ac per hoc non rebaptizari, sed baptizari à nobis, quicumque ab adultera et profana aqua veniunt, abluendi salutaris aquae veritate; p. 277. *Ep. 72*: Hos baptizari oportere, eo quod parum sit eis manum imponere ad accipiendum Spiritum Sanctum, nisi accipiant et Ecclesiae baptismum; p. 275. — *Firmilian. en Cypr.* Haeretico sicut ordinare non licet nec manum imponere, ita nec baptizare nec quidquam sancte nec spiritaliter gerere, quando alienus sit à spiritali ac deifica sanctitate; ep. 75, p. 304. Cf. *Möhler, Patrol. t. I, p. 887-891.*

uso duró sin controversia hasta el momento en que Cipriano envió las actas de su concilio al obispo de Roma, Esteban I (253-257), el cual le contestó categórica y terminantemente, así como también a las iglesias del Asia Menor: «Que era necesario guardarse mucho de hacer innovaciones, que debían atenerse á la tradición, especialmente la de la Iglesia romana ¹, y considerar como válido el bautismo de los herejes, con tal que hubiese sido administrado en nombre de las tres divinas personas. ²». Créese también que Esteban amenazó con la excomunión en términos ultrajantes á los que renovasen el bautismo. Lastimado con esto Cipriano, respondió con sumo calor sosteniendo su opinion, siquiera confesando que de ningún modo queria romper con los que seguían una práctica contraria á la suya. Asimismo reunió en Cartago un concilio (250), el cual, confirmando las decisiones anteriores, se pronunció contra Esteban en un lenguaje enteramente contrario al usado por Cipriano cuando espontáneamente habia reconocido la primacía de Roma y el principio de unidad que de ella se desprende ³. Firmiliano, obispo de Cesarea en Capadocia, de acuerdo con Cipriano, é igualmente como él amenazado de excomunión, se pronunció de una manera todavía mas acre y violenta ⁴.

¹ *Stephanus in Cypr. ep. 75*: Si quis à quacumque haeresi venerit ad vos, nihil innovetur, nisi quod traditum est, ut manus illi imponatur in poenitentiam, quum ipsi haeretici proprie alterutrum ad se venientes non baptizent, sed communicent tantum; p. 293.

² Se puede deducir de las quejas dirigidas por Firmiliano á Esteban, que este y los romanos se servían de la siguiente cláusula: Illud quoque absurdum, quod non putant (Stephanus et Romani) quaerendum esse quis sit ille qui baptizaverit, eo quod qui baptizatus sit gratiam consequi poterit, invocata Trinitate nominum Patris et Filii et Spiritus Sancti. (Ep. Cyp. 75). S. Cyp. ep. 76, prueba también claramente que esta fórmula de la Trinidad era un uso romano: Quod si aliquis illud opponit ut dicat eundem Novatianum legem tenere quam catholica Ecclesia teneat, eodem symbolo quo et nos baptizare, eundem nosse Deum patrem, eundem Filium Christum, eundem Spiritum Sanctum, ac propter hoc usurpare eum potestatem baptizandi posse quod videatur in interrogatione baptismi à nobis discrepare, sciat quisque hoc opponendum, putat, etc.

³ Las act. en *Cypr. opp.* y en *August. de Bapt. contr. Donat. lib. VI et VII.* (Opp. ed. Bened. t. IX).

⁴ Atque ego in hac parte juste indignor ad hanc tam apertam et manifestam
20 *

Evidentemente la causa de Esteban era la de la verdad, pero no escogió el mejor medio para defenderla. San Agustín fue el que mas adelante en su controversia contra los donatistas expuso los principios sólidos de la cuestion con las proposiciones siguientes¹:

Los que se separan de la Iglesia, conservando, sin embargo, una parte de la verdad, permanecen unidos á la Iglesia católica en los puntos de doctrina conservados ilesos, y no pierden al separarse de ella lo que conservan de su enseñanza: así es, que se puede encontrar el poder de bautizar aun fuera de la Iglesia católica. Solo Cristo es el que bautiza, y por consiguiente, la santidad del Sacramento es independiente de la calidad del que lo ad-

Stephani stultitiam, quod qui sic de episcopatus sui loco gloriatur et se successionem Petri tenere contendit, super quem fundamenta Ecclesiae collocata sunt, multas alias petras inducat, et ecclesiarum multarum nova aedificia constituat, dum esse illic baptismata sua auctoritate defendit. Ep. 75. Los franciscanos Raimundo Missori y Marcelino Molkembuhr, consideraban como apócrifas las cartas de Cypr. sobre el bautismo de los herejes; y son consideradas como auténticas por Sbaralea, Germana S. Cypr. et Afrorum necnon Firgiliani opinio de haereticor. baptism. Bonn. 1741.

¹ *Augustin. de Baptismo: Jam quidem in supra memoratis libris dictum est, ita posse extra catholicam communionem dari baptismum, quemadmodum extra eam potest haberi, nullus autem illorum negat habere baptismum, etiam apostatas, quibus utique redeuntibus et per poenitentiam conversis, dum non redditur, amitti non potuisse judicatur. In quo enim nobiscum sentiunt, in eo etiam nobiscum sunt. In eo autem à nobis recesserunt in quo à nobis dissentiunt. Non enim accessus iste atque discessus corporalibus motibus, sed spiritualibus est metiendus; lib. I, c. 1.— Proinde illa, in quibus nobiscum sunt, eos agere non vetamus. In quibus autem nobiscum non sunt, veniendo accipiant, vel redeundo recipient adhortamur; c. 2.— Pro hac sententia, quam nunc Ecclesia catholica tenet, ut Christi baptismus non ex merito eorum, per quos datur, sed ex ipsius, de quo dictum est: Hic est qui baptizat, agnoscendus et approbandus sit, in progressu sermonis nostri res ipsa indicabit; l. III, c. 4.— Baptismus Christi verbis evangelicis consecratus, et per adulteros et in adulteris sanctus est, quamvis illi sint impudici et immundi: quia ipsa ejus sanctitas pollui non potest, et sacramento suo divina virtus assistit, sive ad salutem bene utentium, sive ad perniciem male utentium; l. III, c. 10.— Gesta collation. Carthag. primae cognition. n. 55. Qui autem putant negandum esse baptismum Christi, quia eum et haeretici tradunt, possunt putare negandum esse etiam ipsum Christum, quia eum et daemones confitentur. (Mansi, t. IV, p. 79; Harduin. t. I, p. 1070).*

ministra. Por lo mismo, donde quiera que se administre el bautismo de Cristo conforme á sus palabras, allí debe tenerse por válido.

Las órdenes de Esteban, siquiera mal motivadas, atrajeron muchas iglesias de Oriente á la unidad de la tradicion romana, segun cuenta Dionisio, obispo de Alejandría. El inminente cisma se contuvo con la muerte de Cipriano y Esteban; pero el sucesor de este último no consiguió alejar completamente el peligro, no obstante su moderacion y su dulzura. La cuestion no quedó zanjada hasta el concilio de Arlés (314), en el cual se decidió que el bautismo de los herejes era válido, si lo habian administrado en el nombre de la santa Trinidad: asimismo el concilio de Nicea (325) puso la importante restriccion de que se debia rechazar el bautismo de todos los paulinianos, es decir, de todos los adversarios del dogma de la Trinidad ¹.

Las explicaciones de los dos partidos, durante esta controversia, prueban que Cipriano habia considerado la cuestion bajo el aspecto de la unidad de la Iglesia, y Esteban bajo el de la virtud sacramental del bautismo.

§ XC.

Sacramento de la Penitencia: disciplina penitenciaria.

FUENTES.—*Jos. Morino*, de Disciplina in administr. sacram. Poenit. Par. 1651.—*Jac. Sirmondi*, Hist. poenit. publ. Par. 1651.—*Petavius*, de Poenit. publ. et praepr. ad communionem, in dogmata theolog. t. IV.—*Orsi*, Dissert. hist. de capitalium crimin. absolutione. Mediol. 1720.—*Martene*, l. I, c. 6 (t. I, p. 259 sig.).—*Babor*, Orígen, progreso y consecucion de la excomunion entre los cristianos. Olmutz, 1791.

Cuando recibia el bautismo, el catecúmeno se obligaba á renunciar al reino de Satanás y sus obras consagrándose á una vida pura y santa en la comunion de la Iglesia ². Mas no faltaron, sin

¹ *Concil. Arelat.* can. 28 (*Mansi*, t. II). *Concil. Nicaen.* can. 19. De Paulianistis, qui deinde ad Ecclesiam confugerunt, statutum est ut ii omnino rebaptizentur. (*Mansi*, t. II; *Harduin.* t. I).

² *Origen.* Hom. XII, in Numer. n. 4. Recordetur unusquisque fidelium,

embargo, quienes recayesen en los pecados de su vida pasada y saliesen por este camino de la comunión de la Iglesia: por lo mismo se les dió el nombre de excomulgados. No obstante, se distinguía la excomunion grave de la leve, en virtud del poder de atar y de desatar, de remitir y de retener los pecados, concedido por Cristo á sus Apóstoles ¹.

La Iglesia ofrecía á estos cristianos separados de su seno, como medio de salvación suprema, *como segunda* y última esperanza ², el sacramento de la Penitencia. Ahora bien, si ella sometía á los catecúmenos á duras pruebas para recibirlos en su seno, ¡cuánto mas rigurosas no debían ser las impuestas para la nueva adopción de los cristianos; destituidos de su inocencia y de sus privilegios! (*laboriosus quidam baptismus*, — *pax* — *pacem dare* — *reconciliatio* — *venire ad communionem*, *manu ab episcopo et clero imposita*). La primera condición de esta reconciliación era, especialmente en los pecados graves y mortales, la confesión de la falta ante los sacerdotes, depositarios del poder de atar y de desatar. En ningún caso podía ser suficiente la simple confesión interna ante Dios, siquiera fuese seguida de una vida contrita y penitente y de la práctica de obras piadosas: y la razón de esto, según se decía, no era solo que la institución de Cristo había sido positiva, sino también porque el alma pecadora no podía ser curada si no recibía del sacerdote, médico de las almas, la instrucción, las amonestaciones y los estímulos necesarios y mas á propósito para su estado ³. También en

quum primum venit ad aquas baptismi, — quibus ibi tunc usus sit verbis, et quid renuntiaverit diabolo: non se usum pompis ejus, neque operibus ejus, neque ullis omnino servitiis ejus ac voluptatibus pariturum (t. II, p. 316). Cf. Exhortat. ad Martýr. c. 17 (t. I, p. 285). *Cyprian*. Saeculo renuntiaveramus, quum baptizati sumus: sed nunc vere renuntiavimus saeculo, quando, tentati et probati à Deo, nostra omnia relinquentes, Dominum saecuti sumus, et fide atque timore ejus stamus et vivimus: ep. 6, p. 38.

¹ Juan, xx, 23. Cf. I Cor. v, 5; II Cor. x, y Act. xiv, 18.

² Es necesario distinguir con sumo cuidado los diversos sentidos de la palabra *exomologesis*, que unas veces significa penitencia, celo de la penitencia, obra de penitencia, y otras, reconocimiento y confesión del pecado.

³ *Tertull.* de Poenitentia, c. 14: Ut omnia delicta seu carne, seu spiritu, seu factu, seu voluntate commissa confiteantur, c. 6 et 7. La penitencia en general, dice el mismo, no consiste solo en el acto *interior*, sino que se perfecciona por el acto *exterior*, por la *exomologesis*. Is actus, qui magis graeco vo-

ciertas circunstancias, se imponia como medio de reconciliacion la confesion pública ante la asamblea de los sacerdotes ó los fieles, por pecados graves y públicos, ya fuese que el penitente se prestase á ella de propia voluntad, ya que le fuese impuesta por

cabulo exprimitur et frequentatur, *exomologesis est, qua delictum Domino nostro confitemur*, non quidem ut ignaro, sed quatenus satisfactio confessione disponitur, confessione poenitentia nascitur; poenitentia Deus mitigatur. — Plerumque vero jejuniis preces alere, ingemiscere, lacrymari et mugire dies noctesque ad Dominum Deum suum, *presbyteris advolvi et caris Dei adgeniculari*, omnibus fratribus legationes deprecationis suae injungere, c. 9; c. 10: In quantum non peperceris tibi, in tantum tibi Deus, crede, parcat. Plerosque tamen hoc opus (delicta confitendi), ut *publicationem sui* aut suffugere aut de die in diem differre, praesumo, *pudoris* magis memores quam salutis: Velut illi, qui in partibus verecundioribus corporis contracta vexatione, conscientiam medentium vitant, et ita cum erubescencia sua pereunt. — Al combatir Tertuliano el poder de las llaves en los obispos, en favor de los montanistas, corrobora sin embargo la última parte de la penitencia, la *absolucion*. Scorpiace, c. 10, p. 628. De pudicit. c. 1, p. 715: Audio edictum esse propositum, et quidem peremptorium. Pontifex sc. Maximus, quod est Episcopus Episcoporum, edicit: ego et moechiae et fornicationis delicta, poenitentia functis, dimitto. O edictum, etc. — *Cyprian.* de Lapsis: Spretis his omnibus (I Cor. x, 16; xi, 37) atque contemptis ante expiata delicta, ante exomologesin factam criminis, ante purgatam conscientiam sacrificio et manu sacerdotis, ante offensam placatam indignantis Domini et minantis, vis inferitur corpori ejus et sanguini, et plus modo manibus atque ore delinquant, quam quum Dominum negaverunt, p. 378. — Constituteantur singuli, quaeso vos, fratres dilectissimi, delictum suum, dum adhuc qui deliquit in saeculo est, dum admitti confessio ejus potest, *dum satisfactio et remissio facta per sacerdotes* apud Dominum grata est; p. 383. — Nam quum in minoribus delictis, quae non in Deum committuntur, poenitentia agatur justa tempore, et exomologesis fiat inspecta vita ejus qui agit poenitentiam, nec ad communicationem venire quis possit, nisi prius illi ab Episcopo et clero manus fuerit imposita: quanto magis in his gravissimis et extremis delictis caute omnia et moderate secundum disciplinam Domini observari oportet. Ep. 11, p. 53. — *Origen.* El camino de la penitencia señalado por este, pasa por cuatro grados: contritio, satisfactio, confessio, absolutio, hasta el momento en que el penitente entra en la comunión de los Santos. Hom. VI, n. 9; in Exod. Poenitendo, fiendo, satisfaciendo debeat, quod admissum est (t. II, p. 150). — Hom. II, n. 4, in Levit. Est adhuc et septima licet dura et laboriosa per poenitentiam remissio peccatorum, quum lavat peccator in lacrymis stratum suum, et sunt ei lacrymae suae panes die ac nocte, et quum non erubescit sacerdoti Domini indicare peccatum suum et quaerere medicinam. (t. II, p. 191). Cf. Hom. III, n. 4. Audi quid legis ordo praecipiat: si peccaverit, inquit, unum aliquid de istis pronuntiet peccatum quod peccavit. (Le-

la congregacion de los sacerdotes. A esto se agregaban diversas penas eclesiásticas; de manera, que la reconciliacion, así como la adopcion primitiva por medio del bautismo, no se obtenia sino en fuerza de pruebas sucesivas y por varios grados (*flentes, audientes, substrati, consistentes*)¹. Esta disciplina penitenciaría, regular y uniforme en toda la Iglesia, se estableció mas tarde; pero es cosa probada que desde muy temprano se imponia una penitencia, que duraba hasta la muerte, á los adúlteros conocidos públicamente como tales, y á las vírgenes consagradas al Señor, que fuesen seducidas; y que no se absolvía, ni aun en el lecho de la muerte, á los que habian sacrificado á los ídolos, vivido en la prostitucion y reincidido en el adulterio². Solo el obispo dirigió en un principio la disciplina penitenciaría: recibía á los pecadores á la reconciliacion, especialmente el primer miércoles de cuaresma, y haciendo oracion les imponia las manos. Mas adelante, el gran número de cristianos que cayeron bajo la cruel persecucion de Decio, obligó á los obispos á instituir un sacerdote especial con destino á la penitencia (*presbyter poenitentiarius*). Merced á un celo sincero y perseverante, solian obtener los penitentes algun alivio y aminoracion en las penas eclesiásticas (*indulgentia*); gracia obtenida frecuentemente mediante la intercesion de los mártires y confesores. No tardaron en originarse de aquí graves abusos que vituperaron repetidas veces y con sumo rigor los Doctores de la Iglesia.

(Véanse al fin del tomo los DOCUMENTOS JUSTIFICATIVOS, núm. III).

vit. v, 5). Est aliquod in hoc mirabile secretum, quod jubet pronuntiare peccatum. Etenim omni genere pronuntianda sunt, et in publicum proferenda cuncta, quae gerimus (t. II).— Hom. II, n. 6, in Psalm. xxxvii. Circumspice diligentius cui debeat confiteri peccatum tuum. Proba melius medicum (sacerdotem), cui debeat causam languoris (peccati) exponere, qui sciat infirmari cum infirmante, flere cum flente, etc. Acerca del poder judicial y divino del sacerdote, cf. especialmente de *Oratione*, c. 28, en las palabras, *et dimitte nobis debita nostra* (t. I).

¹ Encuéntranse estos cuatro grados, si bien separadamente, en la Ep. can. *Gregorii Thaum.* († 265) can. 7, 9, 11 (*Galland. t. III*); y reunidos en *Basil. M.* († 379) ep. 217 ó canónica, III, c. 75. Cf. *Conc. Ancyr.* can. 4 y *Conc. Nic.* can. 11.

² El código completo de la penitencia de este período está contenido en los Can. apost. y en los Conc. de *Elvira* (305), de *Ancyra* (314), y de *Arlés* (314).

§ XCI.

Cisma de Novato en Cartago, — de Novaciano en Roma, — y de Melecio en Egipto.

Los principios de la Iglesia católica que acerca de la disciplina de la penitencia acabamos de describir, y que sabian guardar un prudente justo medio entre el rigorismo y la relajacion, ocasionaron los cismas de Novato, Novaciano y Melecio.

Como muchos cristianos que habian abandonado la fe durante la persecucion de Decio (en su mayor parte *thurificati*, — *libellatici*), acudieran en tropel á impetrar de los mártires moribundos cartas recomendaticias que les allanasen su reconciliacion con la Iglesia, resultó de aquí un verdadero peligro para la disciplina de la penitencia, oponiéndose Cipriano á semejante abuso con la inteligencia que le era propia. Cinco sacerdotes, que ya en un principio se habian opuesto á su eleccion de obispo, le acusaron por esto de duro y orgulloso.

Novato, uno de ellos, se puso á la cabeza de los prevaricadores, ayudado del opulento diácono Felicísimo, y procuró ganar adeptos hasta en la misma Roma ¹, donde encontró disposiciones enteramente contrarias: de manera que allí se habia formado un partido contra la eleccion de Cornelio, precisamente por juzgarlo demasiado indulgente. Este partido eligió á Novaciano (251), y el obispo intruso estalló soberbiamente contra los que habian sucumbido durante la persecucion, como si ya no restase el menor rayo de esperanza para aquellos desgraciados, aun cuando diesen testimonio de su arrepentimiento con una conversion sincera y una confesion franca y completa. Cualquiera que sacrifique á los ídolos ó se manche con un pecado grave, decia Novaciano, ni puede permanecer ni volver á entrar en el seno de la Iglesia, compuesta

¹ Acerca de los *libelli pacis* (cartas de paz) dadas por los mártires á los cristianos renegados, *Cypr.* ep. 9, 10, 11: *Audí enim quibusdam sic libellos fieri, ut dicatur, communicet ille cum suis, quod nunquam omnino à martyribus factum est, ut incerta et caeca petitio invidiam nobis postmodum cumulet*; y acerca del partido de Novato y Felicísimo, *id.* ep. 38, 39, 40, 42, 49, 53, 69; y en cuanto al de Novaciano, *ejusd.* ep. 41, 43, 52.

exclusivamente de fieles puros y experimentados ¹; siendo así que la Iglesia católica ha enseñado constantemente que el poder de desatar, otorgado á ella por Dios, es aplicable á todos los pecados, siquiera las disposiciones del pecador hagan imposible la absolución con mucha frecuencia ². Y ¿qué resultó de aquí? ¡Cosa rara y casi increíble! Novato y Novaciano se unieron, formando de esta suerte en Roma el partido cismático de los *Cátaros*, con cuyo nombre querían designar al mismo tiempo así su pureza como las manchas de la Iglesia católica profanada. No reconociendo estos herejes la validez del bautismo de la Iglesia católica, lo renovaban ³.

Vióse entonces que al paso que el concilio convocado en Cartago por Cipriano (251) extinguía el partido laxo formado por Felicísimo, excomulgando á los cismáticos y al obispo Máximo elegido por ellos; el partido rigorista de los novacianos se fortificó y sostuvo tan obstinadamente en Roma, que Ambrosio y Paciano, obispo de Milan el uno y de Barcelona el otro, aun tuvieron que combatirlo en su época.

Por su parte Melecio, obispo de Licópolis en el Alto Egipto, suscitó un cisma (306) arrogándose entre sus partidarios los derechos de metropolitano, cuando su verdadero metropolitano Pedro de Alejandría, pastor lleno de misericordia y de solicitud para con su rebaño, le atacó vigorosamente por negarse á admitir á la penitencia á los que habían prevaricado durante la persecucion de Diocleciano ⁴.

¹ Efes. v, 27.

² Mat. XII, 32; v, 22-24. Cf. Hebr. vi, 4-6; x, 26-29.

³ Fuentes: — *Cypr.* ep. 41-52, p. 123-168; ep. *Cornel.* ad Fabium Antioch. en *Euseb.* Hist. eccl. vi, 43; ep. *Dionys. Alex.* ad Novatian. ibid. VI, 45; et ad Dionys. Rom. — *Euseb.* Hist. eccl. VII, 8. — *Hieron.* Catal. c. 70. — *Socr.* Hist. eccl. IV, 28. — *Cypr.* ep. 31 de Lapsis. — *Walch*, Hist. de las herej. t. II, p. 185 sig. — *Paciani*, ep. II ad Sympron. (Max. bibl. vett. PP. t. IV, p. 307).

⁴ *Epiph.* Haer. 68. *Atanas.* se separa de este. *Apol. contr. Arian.* c. 59. (Opp. ed. Bened. t. I). De acuerdo con *Epiph.* algunos docum. latín. nuevam. descubiertos en *Scipion Maffei*, Observac. literar. t. III. Extractos de las fuentes en *Walch*, Hist. de las herej. t. IV.

§ XCII.

Celebracion de la Eucaristia.

FUENTES. — La liturgia de las constit. apóstol. en *Cotelarii Patr. Apost. t. I, Galland, t. III*; — *Manst, t. I. — Cf. Drey. Nuev. investig. etc. — Renaudot, Liturg. oriental. — Krazer, de Apostolicis necnon antiquis Ecclesiae Occid. liturg. — Lienhardt, de Antiq. liturg. et de discipl. arcani. — Döllinger, la Eucaristia en los tres primeros siglos. — Klee, Hist. de los dogm. P. 11. — Kreuser, Illustr. hist. sobre el santo sacrificio de la Misa. (Gaz. de Bonher, nueva ser. año 2.º entrega 3.ª y 4.ª; año 3.º entrega 2.ª y 3.ª).*

La Eucaristia siguió siendo en este período, así como en los tiempos apostólicos, el centro del culto católico; celebrándose todos los dias festivos como la representacion mística mas completa de la obra de la Redencion. La irrecusable tradicion de los Padres, tales como Ignacio, Justino ¹, Tertuliano ² é Ireneo ³, prueba

¹ *Ignat. ep. ad Smyrn. c. 7. — Ep. ad Epñes. c. 20. — Ep. ad Philadelph. c. 4. (Hefele, Patr. Apost. p. 110. sq. 103).*

² *Tertull. de Pudicit. c. 9. Atque ita exinde opimitate Domini corporis vescitur, eucharistia scilicet; p. 725. — Idem de Resurr. carn. c. 8: Caro corpore et sanguine Christi vescitur, ut et anima de Deo saginetur; p. 385. — De bapt. c. 16. Hos duos baptismos de vulnere perfossi lateris emisit; quatenus qui in sanguinem ejus crederent, aqua lavarentur: qui aqua lavissent, etiam sanguinem potarent; p. 263.*

³ *Iren. Contr. haer. V, 2, n. 2. Si autem non salvetur haec (caro), videlicet nec Dominus sanguine suo redemit nos, neque calix Eucharistiae communicatio sanguinis ejus est, neque panis, quem frangimus, communicatio corporis ejus est. Sanguis enim non est nisi à venis et carnibus, et à reliqua, quae est secundum hominem substantia, qua vere factum est Verbum Dei. Sanguine suo redemit nos, quemadmodum et Apostolus ejus ait: in quo habemus redemptionem per sanguinem ejus, remissionem peccatorum (Coloss. 1, 14). — Eum calicem, qui est à creatura, proprium sanguinem confessus est (Christus), ex quo auget nostrum sanguinem; et eum panem, qui est à creatura, proprium corpus confirmavit, ex quo nostra auget corpora. De aquí deduce Ireneo: V. 2, n. 3: Quando ergo et mixtus calix et fractus panis percipit verbum Dei (id est: per verbum Dei consecratur) et fit Eucharistia sanguis et corpus Christi, ex quibus augetur et consistit carnis nostrae substantia; quomodo carnem negant capaces esse donationis Dei, quae est vita aeterna, quae sanguine et corpore Christi nutritur et membrum ejus est? — Quemadmodum lignum vitis depo-*

que la fe de la Iglesia consistia en que el pan y el vino ofrecidos en la Eucaristía eran verdaderamente el cuerpo y la sangre de Jesucristo. Clemente de Alejandría es en esto muy explícito¹; Orígenes² verdaderamente se suele servir de términos equívocos, arrastrado de su amor por las alegorías, y Tertuliano³ no es menos

situm in terram suo fructificat tempore, et granum tritici decedens in terram, et dissolutum, multiplexque surgit per spiritum Dei, qui continet omnia, quae deinde per sapientiam Dei in usum hominis veniunt, et percipientia verbum Dei (Matth. xxvi, 26) Eucharistia fiunt, quod est corpus et sanguis Christi: sic et nostra corpora ex ea nutrita et reposita in terram, et resoluta in ea, resurgent in suo tempore, verbo Dei resurrectionem eis donante, in gloriam Dei Patris, etc., p. 294. *Massuet* explica perfectamente el sentido de esta analogía: Si, inquit, dissolutum jam triticum, foecundante Dei spiritu, qui continet omnia, multiplex surgere possit, si divina dirigente sapientia homines triticum ut in eorum usum veniret, in panem convertere potuerunt; si denique panis id efficiens verbo Dei deposita panis natura potuerit in Christi corpus transmutari, an fidem superabit nostra corpora, Christi corpore nutrita, tum in terram resoluta, verbo Dei resurrectionem eis donante, eam, quam corrupta induerunt, terrae naturam exuere, ut in pristinam carnis naturam transmutentur, iterumque redeant? (Dissertat. praeviae in Irenaei lib. p. cXLVI sq.) — *Iren.* Contr. haer. IV, 18, n. 5: Quemadmodum enim, qui est à terra panis, percipiens invocationem Dei, jam non communis panis est, sed Eucharistia ex duobus rebus constans, terrena et coelesti, sic et corpora nostra percipientia Eucharistiam jam non sunt corruptibilia, spem resurrectionis habentia. Véanse *Annotationes Grabbii ad h. l.* en el apend. à *Irenaei Opp.* ed. *Massuet*, p. 162.—De esta suerte se encuentran en Ireneo las tres partes esenciales del sacrificio cristiano, á saber: la oblacion, la consagracion y la comunión. Cf. *Massuet*, *Disser. praeliminar*, in lib. Irenaei, art. VII. de Poenit. et Euchar. sacramentis, p. cXXXVIII sq.

¹ *Clem. Alex. Paedag.* I, 6.

² *Origen*, in Matth. n. 14: Et haec quidem de *typico et symbolico corpore*. Multa autem de ipso Verbo dici queant, quod caro actum est, verusque cibus, quem qui comederit omnino in aeternum vivet, quum nullus malus eum possit comedere, etc. (t. III, p. 500).

³ *Tertull.* adv. Marcion. IV, 40: Christus professus itaque se concupiscencia concupisse edere pascha, ut *suum* (indignum enim ut aliquid alienum concupisceret Deus) acceptum panem et distributum discipulis corpus illum suum fecit, *hoc est corpus meum* dicendo, id est *figura corporis mei*. Figura autem non fuisset, nisi veritatis esset corpus. Caeterum vacua res, quod est phantasma, figuram capere non posset. Cf. *Rudelbach*. Apol. Hist. dogmat. de la Iglesia luter. y sus principios. Contra el *Baur*, *Doctrina de Tertul. sobr. la Cena* (Tubinga, Gaceta de teolog. protest. año 1839, 2.^a entr.). Tertuliano habia tenido sobre la cena las mismas opiniones que *Zwinglio*. Cf. Sobre esto las luminosas explicaciones de *Möhler*. *Patrologia*, t. I.

difícil de comprender, así en el fondo como en la forma: tan oscuro y escabroso es á las veces su estilo. Justino por el contrario habla terminantemente de un cambio sustancial en el cuerpo y en la sangre de Jesucristo ¹. Una inscripcion griega que data á lo mas del siglo III y que fue descubierta en Autun el 1839, demuestra igualmente el dogma de la transubstanciacion y de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, antes de la comunión ². El misterioso silencio que observaban los cristianos ante los paganos, acerca de las prácticas y formas de este Sacramento, prueba tan evidentemente su fe en el misterio eucarístico, cuanto que se motejaba á los marcionitas el no guardar la disciplina del secreto, se separaba de su celebracion á los catecúmenos ³, y por último acusaban los paganos á los fieles de tener sangrientos banquetes á la manera de Tiestes ⁴. Apoyándose san Ignacio en textos positivos del Nuevo Testamento ⁵, llamaba *sacrificio* á la Eucaristía ⁶: san Ireneo habla de una manera aun

¹ Justin. Apol. I, c. 66.

² El abate Pitra fue el primero que descifró esta inscripcion (Anal. de filosof. crist. 1839, n.º III); después el jesuita G. Seeckt. Rom. 1840 y J. Franz, profesor en Berlín: (Ilustrac. sobre el monum. cristiano descubierto en Autun; Berl. 1840). Los trabajos de estos escritores han verificado entre otras las siguientes palabras, las cuales vienen á nuestro propósito: «¡Alimenta tu alma, ó amigo! recibe el alimento mas dulce que la miel del Salvador de los santos; «come y bebe, teniendo en tus manos el pescado (es decir el Salvador).» Debe tenerse aquí presente que, segun la antigua disciplina los comulgantes recibían en sus manos el cuerpo de Cristo. Cf. Münchner, Arch. theolog.

³ Tan ajena es esta institucion de los misterios paganos, como de los usos de los prosélitos judíos. Schelstrate, Diss. de discipl. arcani. Schölliner, Diss. de discipl. arcani. Toklot, de Dis. arc. Rothe, de Disc. arcan. quae dicitur in Eccl. christ. orig. comment. acad.

⁴ Athenag. Legatio pro Christ. c. 3. (Galland. Biblioth. t. III, p. 5). Véase en cuanto á las falacias del gnosticismo á Marco en la Eucaristía. Iren. Contra haer. I, 13, n. 2, p. 60.

⁵ Nos apoyamos especialmente en Hebr. vii, 27; ix, 14, 26; x, 10. Cf. v, 12; xiii, 10. Con estos textos se avienen perfectamente I Corinth. ix, 13; x, 14-22. Cf. Especialmente x, 21: El mismo Jesucristo ha demostrado el carácter del sacrificio de la Eucaristía en Juan vi, 52; Luc. xxii, 19. Cf. I Corinth. xi, 29 (quod pro vobis datur—offertur). Mat. xxvi, 28; Marc. xiv, 24.

⁶ Ignat. ep. ad Ephes. c. 1: 8 ad Philad. c. 4. et ep. ad Diognet. c. 9: (Hefele, Patr. Apost.)

mas terminante ¹; y san Cipriano en la forma mas explicita ².

Todavía en tiempo de san Justino se celebraba con suma sencillez la Eucaristía y de la manera siguiente:

Después de recitar varias oraciones, se leían pasajes de las Escrituras sobre los cuales hacia una homilia el obispo: en esto, los fieles elevaban por segunda vez sus corazones á Dios, haciendo una nueva oracion, y en seguida se presentaba al obispo pan, agua y vino; pronunciaba sobre la ofrenda las palabras de Cristo en la última cena, y el pueblo respondia *amen*. Entonces se distribuía á todos los fieles el *corpo* y la *sangre* de Jesucristo ³, llevando el diácono la santa Eucaristía á los enfermos y presos. A veces, cuando se iba á emprender un dilatado viaje, se obtenia autorizacion para llevar consigo el santo Sacramento, á fin de poder fortificarse con el pan de la vida léjos de la asamblea de los fieles.

¹ *Iren. Contr. haer.* IV, 17, n. 5: Sed et suis discipulis dans consilium primitias Deo offerre ex suis creaturis, non quasi indigenti, sed ut ipsi nec infructuosi nec ingrati sint, — accepit (panem) et gratias egit, dicens: «Hoc est meum corpus, etc.» — *Novi testamenti novam docuit oblationem*, quam Ecclesia ab Apostolis accipiens, in universo mundo offert Deo, ei qui alimenta nobis praestat, primitias suorum munerum in N. T. de quo — Malachias (1, 10, 11) sic praesignificavit: «Non est mihi voluntas in vobis, etc.» manifestissime significans per haec, quoniam prior quidem populus cessabit offerre Deo; *omni autem loco sacrificium offeretur ei et hoc purum*; p. 249. — Ibid. 18, n. 4: Et hanc oblationem Ecclesia sola puram offert fabricatori (mundi), offerens ei cum gratiarum actione ex creatura ejus, Judaei autem non offerunt: manus enim eorum sanguine plenae sunt: non enim receperunt *Verbum quod offertur Deo*. Sed neque omnes haereticorum synagogae, alii enim, etc., p. 251.

² *Cypr. ep.* 63 (ad Caecilium de sacram. dominici calicis): «Nam si Jesus Christus, Dominus et Deus noster, ipse est summus sacerdos Dei Patris, et sacrificium Patri se ipsum primus obtulit, et hoc fieri in sui commemorationem praecepit, utique ille sacerdos vice Christi vere fungitur, qui id quod Christus fecit imitatur, et *sacrificium verum et plenum tunc offert in ecclesia Deo Patri*, si sic incipiat offerre, secundum quod ipsum Christum videat obtulisse, p. 230. Cf. p. 226 ejusd. epist. Cf. *Tertull. ad Scap.* c. 2. Sacrificamus pro salute imperatoris. De corona milit. cap. 3. Oblationes pro defunctis, pro natalitiis annua die facimus. Cf. de Exhort. castit. c. 11; de Monog. c. 10. *Constit. apostol.* VIII, 15.

³ *Justin. Apol.* I, c. 66. Pero san Justino no habia de manifestar minuciosamente todo lo que se hacia y decia en la liturgia, y que la Iglesia tenia empeño en que ignorasen los gentiles.

(Nota de los editores).

A fines de este período se completó mas el culto eucarístico: la liturgia de las constituciones apostólicas ¹ menciona muchas bellísimas oraciones y diversas formas simbólicas empleadas en la celebracion de los misterios divinos: tambien se encuentran con mucha frecuencia las expresiones literales y las fórmulas mas esenciales de la misa, tal como se celebró posteriormente. Los fieles llevaban las materias necesarias para el sacrificio: una parte de la ofrenda se reservaba para la Eucaristía, y la otra para las *agapes*, conocidas ya y mencionadas en tiempo de los Apóstoles ², y que mas adelante solo se celebraban por la noche. Los concilios del siglo IV proscribieron estas ceremonias para evitar deplorables abusos.

Lo que sobraba de estas *agapes* se distribuía por el obispo á los pobres.

§ XCIII.

Los tiempos santos. — Controversia sobre la Pascua. — Lugares de reunion de los fieles.

FUENTES. — *Guytí*, Soc. J. Heortologia, sive de festis propriis locor. Paris. 1637. — *Staudenmaier*, Espir. del Cristian. 3 ed. Maguncia, p. 1843, 2 P.

Segun muchos Doctores de la Iglesia fieles á la doctrina de los Apóstoles, tales como Clemente ³ y Orígenes, la vida de los cristianos debia ser considerada como una fiesta continua, es decir, como una vida enteramente empapada en el recuerdo y santificada con la virtud de los misterios del cristianismo. Pero, á fin de que los cristianos llegasen mas pronto y con mas seguridad al término señalado; á fin de que, segun el lenguaje del Apóstol, «Jesucristo se formase en ellos, viviese en ellos y se transformasen en ellos mismos en su imagen ⁴;» á fin de que siguiesen paso á paso al autor y consumidor de su fe en su vida y en su muerte,

¹ *Constit. apost.* VIII, 6-15. (*CaHand.* Bibl. t. III; *Mansi*, t. I).

² *Tertull.* Apolog. c. 39.

³ *Clem. Alex.* Strom. VII, 7.

⁴ Gál. iv, 19; xi, 20; II Cor. iii, 18; Rom. viii, 29.

desde su humilde nacimiento hasta su dolorosa Pasión y su Resurrección victoriosa, instituyó la Iglesia tiempos particulares de fiesta, que, á la manera de evangelistas anuales y periódicos, debían anunciar incesantemente los grandes hechos de la Redención, conservando de esta suerte su recuerdo vivo por medio de formas correspondientes á las necesidades de la doble naturaleza del hombre. «La piedad del cristiano debía renovarse en estos solemnes días, y de una fiesta á otra debía apercibirse á salir de «este mundo, y celebrar en el cielo la fiesta de la eternidad¹.»

El *domingo* fue distinguido entre los días de la semana desde los tiempos apostólicos²; y en el período actual fue especialmente designado como día del Señor (*Dominica sc. dies*), consagrado al recuerdo de la resurrección. Durante esta festividad³ ni se debía ayunar, ni ocuparse en ningún trabajo. El *miércoles* y el *viernes* (*dies stationum*) estaban consagrados á la piedad común y á lo que se llamaba medio ayuno (hasta las tres)⁴, como días señalados en la vida de Cristo.

La Iglesia romana dilató el ayuno hasta el sábado (*superpositio jejuni*)⁵, con la idea de hacer caducar enteramente la celebración judaica de este día. En el siglo II, había ya diversas épocas

¹ *Thom. à Kempis*, de Imitat. Christi, lib. I, c. 19, n. 6.

² *Ignat. ep. ad Magnes.* c. 9. *Barnabas*, ep. c. 15. (*Hefele*, *Patres apostolici*, p. 89 et 23). *Justin. Apologet.* I, c. 67 sub fin. *Conf. Tertull. Apologet.* c. 16, en el cual se encuentra también la expresión *dies solis*: Aequè si diem solis lætitiæ indulgemus, alia longè ratione quam religione solis. En la continuación *Ambr. serm.* 61, dice: In ea die Salvator, veluti sol oriens, discussis infernorum tenebris, luce resurrectionis emicuit.

³ Ya *Tertuliano* dijo: Solo die dominico resurrectionis non ab isto tantum (genuflexione), sed omni anxietatis habitu et officio cavere debemus, *differentes etiam negotia*, ne quem diabolus locum demus.

⁴ *Stationes*, los guard. de los soldados crist. en sus puestos, primero en *Hermas*, *Pastor.* lib. III, similit. 5, c. 3 (*Hefele*, *Patr. apostol.*). También se encuentra con frecuencia en *Tertuliano*. Cf. de Orat. c. 14. Statio de militari exemplo nomen accipit, nam et militia Dei sumus.

⁵ El uso de la *superpositio jejuni*, en *Victorino*, obispo de Petavio en Panomía. Este atribuye el ayuno del sábado á la preparación para la comunión del domingo. Cf. *Galland. Bihl.* t. IV. — *Rouh.* Reliquiæ sacrae, V, 3. — *Concil. Illiberit.* can. 26: Errorem placuit corrigi, ut omni sabbati die *superpositiones* celebremus. (*Mansi*, t. II; *Harduin.* t. I).

de ayuno fielmente observadas, y con particularidad las semanas que precedian á la Pascua, consagradas por lo mismo á la conmemoracion de la muerte de Jesús. Este ayuno fue prolongándose insensiblemente hasta que acabó por hacerse cuadregesimal ¹, durante el cual no se comia nada hasta ponerse el sol, exceptuando solo los domingos. Sin embargo, este ayuno riguroso y completo no era observado por muchos cristianos sino una ó cuando mas tres veces en la semana ². Las mas antiguas fiestas anuales eran la *Pascua* y la de *Pentecostes*. Todo el cristianismo se compendia y reasume en Cristo crucificado y glorificado: la imitacion de Cristo en su Pasion y en su Resurrección es la idea fundamental que explica y fecundiza la vida del cristiano ³. La Pascua cristiana comprendia en un principio dos partes principales, la celebracion de la *muerte de Jesús* y la de *su resurreccion*. La primera discusion importante que se suscitó en la Iglesia tuvo por objeto fijar la época precisa de la *Pascua* ⁴. Las iglesias de Oriente, probablemente á consecuencia del influjo de los judío-cristianos, y á imitacion de

¹ Esto se ve mencionado como Instit. apost. en ep. spuria. *Ignat. ad Philipp.* c. 13. Cf. *Origen.* in Levit. homil. 10, n. 2: « Habemus enim *Quadragesimae dies jejuniis* consecratos. Habemus quartam et sextam septimanae dies, quibus solemniter jejunamus. Est certe libertas christiano per omne tempus jejunandi non observantiae superstitione, sed virtute continentiae. » — *Origenes* por su parte: — « Vis tibi adhuc ostendam quale te oportet jejunare jejunium? Jejuna ab omni peccato, nullum cibum sumas malitiae, nallas capias epulas voluptatis, nullo vino luxoriae concalescas. Jejuna à malis actibus, abstine à malis sermonibus, contine te à cogitationibus pessimis, noli contingere panes furtivos perversae doctrinae. Non concupiscas fallaces philosophiae cibos, qui te à veritate seducant. Tale jejunium Deo placet. » (T. II).

² *Iren.* en *Euseb. Historia ecl.* V, 24: « Sed etiam de forma ipsa jejunii controversia est: alii duobus, alii pluribus: nonnulli etiam quadraginta horis diurnis ac nocturnis computatis diem suum metiuntur. Atque haec in observando jejunio varietas non nostra primum aetate nata est, sed longe antea apud majores nostros coepit, etc. »

³ *Leo Max.* Sermo 64, c. 1: « Omnia quidem tempora christianorum animòs sacramento dominicae passionis et resurrectionis exercent, neque ullum religionis nostrae officium est, quo non tam mundi reconciliatio quam humanae in Christo natura assumptio celebretur. » (Opp. ed. *Ballerini*).

⁴ *Euseb. Hist. ecl.* V, 23-25; *id.* Vita Constant. Max. III, 18; *Socrat. Hist. ecl.* V, 21; *Walch*, Hist. de las herej. P. I: *Retberg*; Disp. sobre la Pascua. (*Illgen. Rev. teológ.* 1832, t. II).

Jesucristo, celebraban al mismo tiempo que los judíos una comida pascual el día 14 del mes de *nisan*. Los cristianos de Occidente consideraban el viernes posterior á este día como el de la muerte de Jesús (*dies Paschae*), y no estimaban conveniente quebrantar en este día, á ejemplo de los orientales, el ayuno tan rigurosamente observado, con especialidad durante la *gran semana*. Así es que no comían del cordero pascual, ó si acaso lo hacían por la tarde la víspera del día de la Resurrección, celebrada siempre en domingo por los occidentales, al paso que, según las vicisitudes del calendario, caía ó no en domingo semejante festividad entre los orientales (tres días después del 14 de *nisan*).

Á fin de dirimir esta grande divergencia que repugnaba al sentimiento universal, se había dirigido á Roma Policarpo, obispo de Esmirna (162), para tratar del asunto con el Papa Aniceto, mas no tardó en volver sin lograr entenderse con el Pontífice. Por los años 170 surgieron con igual motivo diferentes opiniones en el Asia Menor, haciéndose cada vez mas viva y ardorosa la polémica ¹.

Los concilios celebrados sobre esta materia en Oriente y Occidente á fines del siglo II ², se declararon cada vez con mas fuerza contra el uso oriental. El obispo de Roma llegó hasta á amenazar con la excomunion por ver de atraer al rito occidental á los griegos del Asia Menor. Los obispos orientales, á cuya cabeza se puso Policrates, de Éfeso, y apoyados en las tradiciones del apóstol san Juan, se ofendieron gravemente con la conducta al parecer apasionada del Papa san Víctor, quien por su parte invocaba la tradicion de san Pedro y aun la de san Pablo, al igual de otras varias iglesias de Occidente. En vista de esto, excomulgó Víctor á todos los disidentes. Pero semejante medida pareció demasiado severa en aquellas circunstancias y fue desaprobada generalmente, aun por los obispos orientales que participaban de la opinion de san Víctor. Entonces intervino como mediador

¹ *Claudius Apollinaris*, contra la fiesta celebrada en Asia Menor. (Fragm. in *chronico paschali*, praef. p. VI et VII). — *Meliton* la defiende. (*Euseb. Hist. eccl.* VI, 26. Cf. — *Polyerat.* *ibid.* V, 24).

² Según *Euseb. Hist. eccl.* V, 23, se celebraron primero en Roma, y después en el Ponto, en las Galias, en el Osroene, en Corinto, etc.

el excelente obispo de Leon de Francia, *san Ireneo*, el cual hizo ver de la manera mas dulce y conciliadora que la paz de la Iglesia no debía turbarse por divergencias que no tocaban al dogma, ahorrando de esta suerte á la comunión católica las tristes consecuencias de un verdadero cisma. El *concilio de Arlés* (314) y mas plenamente aun el de *Nicea* (325) confirmaron la opinion general conforme al uso romano, siendo tratados como herejes algunos adversarios tenaces y obstinados (*quarto decimans*). El tono vivo y apasionado de san Victor puede muy bien disculparse, si se considera que esta controversia debía emancipar al cristianismo del yugo de las prácticas judaicas, aniquilando para siempre su pernicioso influjo.

Los cincuenta dias subsiguientes á la *Pascua* eran, por decirlo así, una continua fiesta, durante la cual se celebraba diariamente en honor de Cristo resucitado y glorificado el oficio divino, sin ayuno y orando de pié en memoria de la Resurrección. El *dia quincuagesimo*, aniversario entre los judíos de la promulgación de la ley en el Sinaí y fiesta de las primicias de la cosecha, era para los cristianos la solemne conmemoración de la venida del Espíritu Santo y del establecimiento de su Iglesia, prueba viviente de la glorificación de Jesucristo. Es muy probable que en este periodo se celebrase ya el *cuadragésimo dia* después de Pascua la *fiesta de la Ascension*, por lo menos en Occidente, atento que san Agustin la llama una de las mas antiguas festividades. Al final de este mismo periodo se habia reducido ya esta fiesta de cincuenta dias á las solemnidades de la Ascension del Señor y la venida del Espíritu Santo¹. Desde el siglo II, vemos á la Iglesia de Oriente celebrar la Epifanía (6 de enero) en memoria de la *manifestacion del Mesías* como Salvador del mundo en las aguas del Jordan, y de su entrada en la vida pública como Maestro divino. Esta solemnidad tomó por el siglo IV diversa significacion en las iglesias de Occidente que la consideraron como fiesta de la revelación del Mesías al mundo pagano, representada en la adoración

¹ *Concil. Elliberit.* can. 43: *Pravam institutionem emendari placuit, juxta auctoritatem Scripturarum, ut cuncti diem Pentecostes post Pascha celebremus, non quadragesimam, nisi quinquagesimam. Qui non fecerit, novam haresim induxisse notetur.* (*Mansi*, t. II, p. 13; *Harduin*, t. II).

de los tres Reyes. También en esta época encontramos huellas de la fiesta de Navidad. Los fieles se disponían á esta solemnidad suprema por medio de una noche preparatoria (*vigilia*). Por último, según lo hemos indicado anteriormente, los cristianos celebraban sobre la misma tumba de los mártires el aniversario de su muerte como el día de su verdadero triunfo y de su nacimiento (*natalitia*); siendo la más antigua de dichas festividades la de los santos Inocentes de Belén (*flores martyrum, festum Innocentium*).

En un principio, se reunían los cristianos en casas particulares, sirviéndoles de asilo y de punto de reunión durante las persecuciones los bosques, las cavernas y toda clase de retiro, pues toda la tierra, al decir de los doctores de la Iglesia, es el templo de Dios. También se reunían en las cárceles, en las catacumbas y en los sepulcros de los mártires en torno de los cuales se erigieron las primeras capillas. No debe tomarse á la letra la aserción de los apologistas del cristianismo cuando dicen que los cristianos no tenían templos ni altares. Lo que querían decir con esto es que entre los cristianos no había, como entre los judíos y los paganos, un templo donde se creyese que estaba Dios presente exclusivamenté. Testimonios irrecusables prueban que en el siglo III se erigieron muchas capillas y templos cristianos. Según Eusebio, principiaron á edificarse muchas iglesias en las ciudades durante el pacífico intervalo que medió entre la persecución de Valeriano y Diocleciano, siendo la más notable por su magnificencia y su belleza la edificada en Nicomedia ¹.

Habiéndose formado y desarrollado hasta entonces las *Bellas Artes* bajo el influjo del paganismo, y no habiendo servido sino para glorificar á los dioses de las naciones idólatras, no es de extrañar que los cristianos se sintiesen poco dispuestos en favor de estos poderosos medios de propagar el error ². Así es que los primeros templos eran tan extremadamente sencillos, que solo contenían sitios diferentes para los hombres y las mujeres, un lugar reservado para las cosas santas (*chorus*), donde no entraban más que los eclesiásticos y donde estaban las sillas del clero ³, y una

¹ Euseb. Hist. eccl. VIII, 1-3, X, 4.

² Cf. Juan, IV, 24.

³ Euseb. Hist. eccl. X, 4. Serm. sobre la edificac. de una iglesia.

simple mesa (*mensa sacra mystica*). Insensiblemente se fue introduciendo el gusto por las representaciones simbólicas de los hechos del cristianismo y el uso de sellos sagrados, copas y lámparas: también se fueron adornando las paredes de las casas con la imagen de la cruz, del buen Pastor, del pescador, del pescado (I X O Y S), de una barca, (la Iglesia), un áncora, palomas, palmas, lirás (almas cristianas), corderos, gallos, etc. Todos estos signos se reprodujeron rápidamente en los sarcófagos y en las paredes de las iglesias, como lo prueban las decisiones del sínodo de Elvira, contrarias á estos usos ¹.

§ XCIV.

Influjo del cristianismo en las costumbres: matrimonio: asectismo: sepultura.

Nunca desconoció la Iglesia católica la dignidad del matrimonio ², á pesar de la alta estimación que tenía por la virginidad. La Iglesia consideraba esta virtud como un don especial y sobrenatural que la práctica del Evangelio puede obtener del cielo ³, respondiendo de esta manera á la exageración de ciertas sectas cristianas y á la molición de los paganos. Asimismo profesaba la doctrina

¹ *Conc. Eliberit.* can. 36. Placuit picturas in ecclesia esse non debere, ne quod colitur et adoratur in parietibus depingatur. (*Mansi*, t. II; *Harduin*, t. I).

² *Ignat.* ep. ad Polycarp. c. 5. — *Justin.* Apolog. I, c. 15: « Muchos septuagenarios, hombres y mujeres que fueron cristianos desde su juventud, se conservan aun vírgenes y yo podría mostrarlos en todas las clases de la sociedad. » — *Athenagor.* Legat. pro Christianis. c. 33, habla de lo mismo, añadiendo: « Porque lo que es propio de los cristianos no es hablar, sino obrar y probar su convicción con sus obras. » (*J. Gaume*, *Histor. de la familia*).

³ *Const. apostol.* VI, 10 et 11: Partim haereticorum docent non esse nubendum, esseque à carne abstinendum et vino, execrabilia enim esse nubere et procreare liberos et cibos capere: — mas la doctrina católica ha dicho: — Omnem creaturam Dei bonam esse dicimus, et nihil esse ejciendum ut malum: immo id omne, quod ad sustentandum corpus juste sumitur, optimum esse; cuncta enim, ait Scriptura, erant valde bona: legitimum conjugium et generationem filiorum honorata et munda esse credimus, ad augendum enim genus hominum formata est in Adam et Eva figurae diversitas (*Mansi*, t. I; *Galland.* *Bibl.* t. III).

de que una gracia particular del Espíritu Santo santifica la union íntima del hombre y de la mujer. *Tertuliano* llama al matrimonio un gran Sacramento ¹, y *san Ignacio* sostiene que debe de ser contratado ante el obispo ², hablando tambien *Tertuliano* ³ y *Clemente de Alejandria* de esta misma bendicion episcopal. Contraido de esta manera el matrimonio, se consideraba indisoluble, aun cuando la fidelidad conyugal hubiera sido gravemente violada; y *Clemente de Alejandria* dice expresamente que el esposo que se casa durante la vida del otro esposo se hace culpable de adulterio ⁴. Segun el error de los montanistas ⁵ no consideraba la Iglesia como ilícito un segundo matrimonio ⁶, sin aprobarlo formalmente. El matrimonio entre *cristianos y paganos* era tenido por inválido y severamente vituperado ⁷ por no poderlo sancionar la Iglesia. Con todo, se toleraban esta clase de matrimonios, si habían sido contraidos antes de la conversion de cualquiera de los cónyuges ⁸. Por lo demás, *Tertuliano* ⁹ señala todos los inconvenientes de estos matrimonios, que lastimaban en muchas circunstancias el sentimiento cristiano: «Cuando los cristianos, dice él, se reunen á «orar en comun, el marido dispone que se vaya al baño; cuando

¹ *Tertull. de Anima*, c. 11: «Nam et si Adam statim prophetavit, magnum illud sacramentum in Christum et Ecclesiam. Hoc nunc os ex ossibus meis et caro ex carne mea, propter hoc relinquet homo patrem et matrem et adglutinetur se uxori suae, etc.» p. 314.

² *Ignat. ep. ad Polycarp.* c. 5: (*Hefele*, Patr. apostol.).

³ *Tertull. ad Uxor.* II, 9.

⁴ *Clem. Alex. Stromat.* II, 23: Cf. *Mæller*, Patrolog. t. I.

⁵ *Clem. Alex. Stromat.* II, III, 11: Cf. *Klee*. Hist. de los dogmas, p. 23. Posteriormente *san Ambrosio* se expresó así sobre las segundas nupcias: «Neque enim prohibemus secundas nuptias, sed non suademus. Alia est enim infirmitatis contemplatio, alia gratia castitatis. Plus dico, non prohibemus, secundas nuptias, sed non probamus saepe repetitas.» De viduis, c. 11: (Opp. éd. Bened. t. II).

⁶ *Tertull. de Exhortat. castit.* c. 5: «In utraque (nativitate carnali in Adam, spiritali in Christo) degenerat, qui de monogamia exorbitat.»

⁷ *Tertull. de Monogam.* c. 7: «Et illa nuptura in Domino habet nubere, id est non ethnico, sed fratri, quia et vetus lex admittit conjugium allophylo- rum.» — Cf. c. 11: «Ne scilicet etiam post fidem ethnico se nubere posse praesumeret, etc.» — *Cypr. de Lapsis*: «Jungere eum infidelibus vinculum matrimonii, prostituere gentilibus membra Christi.» (Opp.).

⁸ I Cor. VII, 12, 16.

⁹ *Tertull. ad Uxor.* II, 3-7; especialmente c. 4.

« la Iglesia ayuna, los esposos celebran un festin: en ninguna ocasión son mas numerosos y exigentes los negocios del matrimonio, sino cuando los deberes de la caridad cristiana llaman á la mujer fuera de su casa. Y en este caso, ¿ dónde encontrará su espíritu el alimento de la vida? ¿ Dónde la bendición divina? ¿ Cómo se alimentará su fe? »

Aun cuando los cristianos conservaban sus relaciones con el mundo, tenían sin embargo cuidado de retirarse durante algun tiempo, consagrando ciertos dias, especialmente los de ayuno y penitencia, á largas oraciones y al mas profundo recogimiento. Unos distribuian á los pobres cristianos los ahorros de las privaciones; y otros, mas fervorosos aun, se sometian gustosos á un ayuno casi continuo; y se retiraban completamente del comercio del mundo. Estos en su mayor parte permanecian sin casarse.¹ Siquiera se puedan encontrar algunas prácticas de mortificación análogas entre ciertos filósofos de la Grecia, los motivos de estos últimos diferian completamente de los de los cristianos: así es que el verdadero ascetismo no ha nacido sino con el Evangelio, siendo en el siglo III y durante las persecuciones de Decio cuando los espíritus comenzaron á sentirse impelidos hácia la vida retirada y austera. El Egipto ofrece los primeros ejemplos. Entre la multitud de los que, huyendo el peligro, se refugiaron á los desiertos se encontraron los ascetas, para los cuales llegó á ser tan querida la soledad en virtud del comercio no interrumpido en que vivian con Dios, que ya no volvian al mundo. Estos tomaban el nombre de *anacoretas*. San Pablo de Tebas² (nacido por los años 228) pasa por haber sido el primero. Siendo muy joven aun, y huyendo de la persecucion de Decio, se habia retirado á la gruta de una montaña solitaria, cuyas palmeras le proporcionaban á un mismo tiempo alimento y vestido. De esta suerte vivió desconocido en el mundo durante noventa años, siendo descubierto poco antes de su muerte (340) por san Antonio, verdadero fundador de la vida cenobítica. Su maravillosa historia, escrita durante el pe-

¹ *Athenagor.* dice que la continencia de los ascetas se apoya en la esperanza que abrigan de unirse por este medio mas estrechamente á Dios. Cf. I Cor. vii, 35; y *Clem. de Alej.*, Strom. III, 15, celebra ya esta castidad.

² *Hieronym.* Vita S. Pauli eremitæ (*Hieronym.* Opp. ed. Vallarsi, t. XI).

riodo siguiente por el gran Atanasio, ha quedado para la posteridad como acabado modelo del cenobitismo.

Los apologistas cristianos comprendieron perfectamente la gloria que reportaría la Iglesia de esta heroica vida de mortificación y de abstinencia, y llamaron la atención del mundo hácia la fuerza que el cristianismo era capaz de comunicar á un siglo sumido en la abyecta esclavitud del pecado y de la sensualidad.

Cuando los cristianos estaban enfermos y á punto de morir, se llamaba á los sacerdotes ¹, segun lo habia recomendado el apóstol Santiago, á fin de que acudiesen á fortalecer y sostener en el trance supremo por medio de la *uncion sacramental* ² al agonizante. Ya no se quemaban como entre los paganos los despojos mortales del hombre, sino que se entregaban á la tierra acompañados de las oraciones y cantos de la liturgia, considerándolos como los restos de un templo donde habia morado el *Espíritu Santo* y que un día habia de levantarse glorioso de la tumba para resucitar á nueva vida ³. La conmemoracion anual de los muertos conservaba la comunión entre los vivos y los que no existían ya en este mundo, probando de esta suerte los cristianos, y en todo tiempo y lugar, que no consideraban la muerte sino como el tránsito á una vida mejor, como la condicion de la union definitiva con Cristo, y por consiguiente como una verdadera ventaja ⁴.

¹ Santiag. v, 14.

² Origen. in Levit. homil. II, n. 4. (Opp. t. II).

³ Clement. Roman. ep. ad Corinth. c. 24 sq:—Justin. Apolog. I, c. 19:—Athenag. de Resurrect.—Tatian. or. c. 6:—Tertull. Apolog. c. 48 y en los diversos símbolos de la fe:—Iren. Contr. haeres. I, 10:—Tertull. de Praescrip. c. 13. Cf. con especialidad Minut. Felicis Octavius, c. 34:—«Corpus omne, sive arescit in pulverem, sive in humorem solvitur, vel in cinerem committitur, vel in nidorem tenuatur, subducitur nobis; sed Deo elementorum custodi reservatur. Nec, ut creditis, ullum damnum sepulturae timemus, sed veterem et meliorem consuetudinem humandi frequentamus. Vide adeo quam in solatium nostri resurrectionem futuram omnis natura meditetur.» (Galland. Bibl. t. II). Cf. Cicero, de Legib. II: «Mihi quidem antiquissimum sepulture genus id videtur, quod apud Xenophontem Cyrus utitur:—redditor enim terrae corpus et ita locatum ac situm, quasi operimento matris obducitur.»

⁴ Phil. I, 21.

§ XCV.

Vida religiosa y moral de los cristianos.

En vista de lo que acabamos de apuntar, podemos ya apreciar en general la moralidad y la piedad de los cristianos. Para esto debemos colocarnos en su primera época y juzgarlos comparándolos con los paganos. Al efecto diremos con el ilustre mártir san Justino ¹: « Los que antes (como yo) eran esclavos de la sensualidad solo encuentran hoy alegría en una vida pura y sin mancha: « los que otras veces practicaban los sortilegios y la magia están « ahora consagrados al servicio de un Dios eterno é invisible: los « que en otro tiempo preferían el oro á todo, dan ahora cuanto « poseen á los pobres: los que en lo pasado se odiaban y no querían tener ningun comercio con hombres extraños por la patria « ó las costumbres, después que vino Jesucristo viven en paz con « sus enemigos, oran por ellos, y procuran ablandar á aquellos « que los persiguen con su injusto odio. »

« Los cristianos, dice el autor de la carta á *Diognetes* ², viven « en su patria como peregrinos en una tierra extranjera: como ciudadanos, lo parten todo con sus hermanos; como extranjeros, « soportan con paciencia todas las adversidades: donde quiera encuentran su patria, pero toda patria terrestre es para ellos un « destierro. Se casan como los otros, pero no abandonan sus hijos como el resto de los hombres; viven en la carne, pero no « segun los deseos de la carne. Habitan en la tierra, mas su verdadera morada está en el cielo: obedecen á las leyes, pero con « la pureza de su conducta se ponen al abrigo de toda ley. Aman « á todos los hombres, y todos los hombres los persiguen: se les « entrega á la muerte, y la muerte es para ellos su completa libertad. »

« Vosotros nos vituperais, decia *Tertuliano* á los paganos ³, por-

¹ *Justín.* Apolog. I, c. 14. Cf. c. 15-17.

² *Epíst. ad Diognet.* c. 5: (*Hefele*, Patr. apostol.).

³ *Tertull.* Apolog. c. 39.

«que nos amamos unos á otros, mientras que vosotros os odiais; «porque estamos prestos á morir los unos por los otros, al paso «que vosotros estais siempre dispuestos á degollaros; porque nues- «tra fraternidad se extiende hasta la comunidad de los bienes, en «tanto que los bienes son los que rompen todo lazo de herman- «dad entre vosotros; porque nosotros lo tenemos todo en comun, «excepto las mujeres, que es precisamente lo único que teneis en «comun vosotros.»

«La obra de Cristo (dice por último Orígenes ¹, para comple- «tar este cuadro característico) resplandece en toda la humani- «nidad. No existe una sola comunidad cristiana, cuyos miembros «no hayan sido libertados de multitud de vicios y pasiones, en- «gendrando cada dia el nombre de Jesús una maravillosa dulzura «é incomparable caridad en los corazones de aquellos que admi- «ten francamente el Evangelio, no impulsados por miras egois- «tas é hipócritas.» Y nadie podia desmentir á Orígenes cuando, al referir un hecho conocido de todo el mundo, exclamaba de esta suerte: «Comparados con los paganos de su época, los discipu- «los de Cristo brillan como antorchas en el universo.»

Á esta dulzura, á este amor de la paz, á esta pureza de cos- tumbres, á esta castidad virginal, agreguemos ahora el valor he- róico que demostraban los cristianos en las persecuciones, y po- drémos decir con el gran *Cipriano* ²: «¡Ó bienaventurada Iglesia, «iluminada por la gloria del Señor y glorificada en nuestros dias «por el valor de los mártires! ¡Los lirios y las rosas resplandecen «en tu corona, porque eres blanca como la inocencia, pura co- «mo el amor, y la sangre de los mártires hace que seas mas bri- «llante que la púrpura!» Al señalar los cristianos todas sus ac- ciones con el signo de la Redencion, daban una constante prue- ba de hallarse profundamente embebidos en la contemplacion de la muerte y la resurreccion ³. Y si á las veces ciertos miembros

¹ *Origen. Contr. Cels.* I, 67; III, 29.

² *Cyprian. ep.* 8 (ad martyres et confessores).

³ «Ad omnem progressum atque promotum, ad omnem aditum et exitum, ad vestitum et calceatum, ad lavacra, ad mensas, ad lumina, ad cubilia, ad sedilia, quacumque nos conversatio exercet, frontem crucis signaculo terimus.» (*Tertull. De Cor. militis*, c. 3).

aislados de la Iglesia cristiana hicieron alarde de un rigorismo poco ilustrado y de una exagerada austeridad; si algunos han censurado coronar de flores la cabeza de un muerto bien amado ¹, la asistencia á toda clase de espectáculos, todo linaje de galas y de ornato, toda obra de las artes plásticas, el segundo matrimonio y los préstamos á interés; si todo esto es cierto, decimos, bien puede justificarse ó explicarse al menos, con la resistencia desesperada del paganismo y del judaismo, y con la necesidad de oponer principios rígidos á máximas laxas, combatiendo el exceso del mal por medio del exceso del bien. Por lo demás, esto mismo, considerado en su verdadera tendencia, prueba ¡con qué trascendencia, con qué ardor y con qué puro y santo entusiasmo habían abrazado los primeros cristianos los preceptos y la vida evangélica ²!

Tampoco debe olvidarse en este cuadro que vamos delineando los perseverantes esfuerzos de los cristianos por *destruir la esclavitud* y reclamar para el esclavo los derechos de una criatura hecha á imágen y semejanza de Dios ³. Los filósofos y escritores paganos no han podido negar este carácter sublime del espíritu cristiano que desea la libertad para todos; y aun cuando el caústico *Luciano* ⁴ se empeña en burlarse de los cristianos como visionarios y soñadores, su misma crítica viene á ser un elogio muy característico. « Á estos desgraciados, decía él, se les ha metido en « la cabeza que son inmortales, y por eso toman como un juego « la muerte. Habiéndoles dejado su Legislador la convicción de « que todos son hermanos desde el momento en que reniegan de « los dioses de la Grecia, adoran al *sofista* crucificado y viven conforme á sus leyes. Desprecian las riquezas de la tierra considerando á sus bienes comunes, y abandonan su administra-

¹ «Coronas etiam sepulcris dinegatis,» — Cargo que Cecilio dirigía á los cristianos, al cual respondía Octavio: «Evidentemente no coronamos á los muertos: — quam beatus non egeat, miser non gaudet floribus.» — *Minut. Felicit Octav. c. 13.* (*Galland. Bibl. t. II*).

² Cf. *Hefele* sobre el rigorismo en la vida y las opiniones de los antiguos cristianos (*Rev. teolog. trim. de Tüb. 1841, 3.ª entr.*):

³ *Möhler*, Abolición de la esclavitud por el cristianismo en los primeros quince siglos. (*Misceláneas, t. II*).

⁴ *Luciano*, de Morte peregrini, c. 13.

«ción á otras personas de las que ni se cuidan de exigir garantías.»

Siquiera todo cuanto se acaba de decir sea cierto, relativamente á la masa general de los cristianos de aquella época, y en particular á hombres tales como san Ignacio, san Policarpo, san Justino, san Cipriano, los heroicos mártires, austeros anacoretas, piadosas vírgenes y matronas que fueron la gloria de la Iglesia y que tanta admiración nos causan; sin embargo, no podemos pasar en silencio las justas quejas de muchos Doctores de la Iglesia, dirigidas contra los que solo abrazaban el cristianismo llevados de miras mundanas. Hay que traer á la memoria aquellos que durante las persecuciones renegaban de su Salvador; tener presente á los que hicieron necesario el código amplio de la penitencia; debe pensarse, por último, en aquellos que por no romper con el mundo, se imaginaban supersticiosamente que les seria llano y fácil gozar de la gloria de Dios de un golpe, recibiendo el bautismo en la hora de la muerte, sin haberse de antemano preparado con la práctica de ninguna virtud verdadera. Estos tristes recuerdos hacen que no veamos el bello ideal de la religion y de las costumbres en los cristianos de los primeros siglos y nos advierten de que en todo tiempo ha habido plantas parásitas entre los florecientes árboles del campo cristiano.

Ojeada retrospectiva.

Al dirigir su vista el historiador cristiano hácia el período que acabamos de recorrer, descubre con gozo que la virtud misteriosa y fecunda del cristianismo ha transformado y renovado poco á poco la mayor parte del imperio romano, vencedor del mundo, y puede exclamar con *Clemente de Alejandría*:

«Sí, verdaderamente ha convertido Jesucristo las piedras en hombres, atrayendo al cristianismo á hombres que adoraban piedras. El Verbo de Dios ha puesto límites á las olas de la mar, ha treado el universo, ha asentado la tierra sobre firmes cimientos; pero tambien ha destruido el imperio de la antigua serpiente que ciega de furor arrastraba á la idolatría al género humano.»

Al propio tiempo ha adquirido el historiador la firme convic-

cion de que la Iglesia católica durante esta sangrienta lucha de tres siglos, no solamente ha podido llamarse, sino que también se ha mostrado institución divina, sintiendo y entendiendo la promesa del Señor: «Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.»

(Véanse al fin del tomo los DOCUMENTOS JUSTIFICATIVOS, núm. IV).

DOCUMENTOS JUSTIFICATIVOS.

NÚMERO I.

Las reflexiones que vamos á consignar aquí, no pertenecen seguramente á la clase de *Documentos justificativos*; pero el deseo de no alterar el texto del autor, nos ha hecho colocarlas en este lugar á falta de otro mas á propósito.

Es extraño sin duda que una persona tan erudita como Alzog, y que tal copia de materiales ha reunido para formar su Historia eclesiástica, no haya hecho siquiera mencion de los monumentos de la Iglesia española y de los trabajos que sobre ellos existen en nuestra patria. No lo culpamos por esto, ni nos quejamos de su omision, debida quizás á la poca importancia que él les haya atribuido con respecto á estos estudios en su propio país; pero no por esto debemos ni podemos nosotros pensar del mismo modo, y al poner en nuestra lengua su excelente trabajo, nos cumple llenar en cuanto podamos este vacío, y señalar á nuestros conciudadanos algunas de las fuentes que puede consultar quien intente hacer investigaciones en el variado, ameno, y gloriosísimo campo de la historia eclesiástica española.

No se crea, sin embargo, que pretendemos dar aquí un conocimiento cabal, razonado y difuso de todos estos monumentos y escritos. Insiguiendo nuestro plan de dar, después de la publicacion de la historia del eminente escritor aleman, dos tomos de adiciones correspondientes á las cosas de España, allí será el verdadero lugar y la ocasion oportuna de colocár este trabajo; de modo que ahora solo queremos señalar en globo los materiales que para ello tiene á su disposicion el que pretenda estudiar sobre la materia, con el fin de que ni por un momento queden sin esta guia nuestros lectores.

En el catálogo de Fuentes para escribir ó estudiar la historia particular de la Iglesia de España, merecen citarse en primer lugar: el *Teatro eclesiástico de las Iglesias de España é Indias*, por el M. Gil Gonzalez Dávila: Madrid, á mediados del siglo XVII, cinco tomos en folio; obra notable por la abundancia de materiales que el autor juntó en ella, por la crítica con que los escogió y por el sano juicio que de ellos forma. — La *España sagrada, teatro geográfico-histórico de la Iglesia de España*, por el M. Fr. Enrique Flores, del orden de san Agustín, continuada por el P. Risco y el P. La-Canal, de la misma orden, y ahora por D. Pedro Sainz de Baranda, todos de la academia de la Historia: 45 tomos en 4.º, el último de los cuales salió en Madrid en 1850: en esta obra monumental se ha recopilado, examinado y fijado la historia de cada una de las Iglesias particulares de nuestra Península, y el todo forma y constituye así la mas copiosa fuente á la cual debe necesariamente acudir el estudioso y el investigador de la historia. — *Anamnesis, sive commemoratio omnium Sanctorum hispanorum, per dies anni digesta et concinnata et notis apodicticis illustrata ad methodum Martyrologii Romani, opere et studio Joannis Tamayo Salazar*; Lugduni, 1651, 6 t. in fol. — *Viaje literario á las Iglesias de España*, por D. Jaime Villanueva, Madrid, 15 tomos en 8.º, los dos primeros impresos á principios de este siglo, y los restantes en 1851. — *Año cristiano de España* por el Dr. D. Joaquin Lorenzo de Villanueva, Madrid, 1802, 13 tomos en 4.º; obra que, á pesar de las opiniones de que gozaba el autor, es importantísima por la abundancia de datos que reúne y por el recto juicio con que están empleados. — *Diario histórico*, por el Padre Fray José Alvarez de la Fuente, Madrid 1733, 12 tomos en 8.º — No queremos hacer mencion de la multitud de excelentes crónicas, civiles y religiosas, en que abunda nuestra patria, y que se encuentran en todas las bibliotecas públicas; gloriosos monumentos, casi todas ellas, de la laboriosidad, del celo y del amor patrio y religioso con que enriquecieron á las generaciones futuras las órdenes regulares españolas.

Quizás, si estas no hubieran sucumbido al furor de las revoluciones, no se hallaria esta clase de conocimientos históricos tan atrasada en nuestra España, teniendo que contentarnos, en el dia

en que tantos y tan difusos trabajos se han publicado en otras naciones, con citar escasas producciones, y aun estas pertenecientes á época ya remota. Y no porque entre nosotros no se cultiven, ahora como siempre, y tanto como en otras partes los estudios de la historia eclesiástica, como lo comprueban las muchas ediciones de escritores extranjeros que se han publicado en pocos años; claro indicio de que pronto querrá Dios sacarnos de la presente abyeccion y levantar el esplendor de las letras eclesiásticas españolas á la consideracion de que gozaron en otras edades.

Ya casi todos los obispados de España tienen trazada su historia especial, y los que no, poseen los materiales para ello: casi todos tambien tienen impresas sus *Sinodales*, las cuales son poderoso auxiliar para formar la historia. Algunas diócesis hay que poseen en este punto riquezas inapreciables, pudiendo citarse como las mas favorecidas la de Sevilla por los *Anales eclesiásticos de la ciudad de Sevilla* por D. Diego Ortiz de Zúñiga; las de la España Tarraconense por los *Anales de Aragon* de Zurita, y las *Crónicas de Cataluña* por Pujades; las de Aragon además por el *Aparato á la historia eclesiástica de Aragon* por D. Joaquín Traggia, etc., etc. — D. Francisco de Paula Padilla, publicó una *Historia eclesiástica de España*, Málaga 1605, 2 tomos en folio, que es lástima no llegue mas que hasta el año 700 de nuestra era, y tambien lo es que D. Felix Amat, reconociendo la importancia de la historia particular de nuestra Iglesia, diese á su apreciable trabajo sobre este punto el giro general que le hace perder gran parte de su utilidad y estimacion. No queremos hacer mencion de la historia eclesiástica del Sr. Pineda, ya por la falta de crítica con que lo acoge todo, ya tambien por el malísimo método que se propuso. Los traductores de la de Ducreux pusieron en su version, y especialmente en la segunda edicion, hecha en Madrid en 1805, buena copia de notas instructivas sobre las cosas de nuestra patria; pero aquel autor y sus traductores, estaban tan imbuidos en el galieanismo, que hasta las cosas mas insignificantes no saben verlas mas que por el prisma del espíritu de aquel partido, por cuya causa nos guardaremos de recomendar á nadie semejante trabajo.

NÚMERO II.

Aunque todos los críticos convienen con nuestro autor en que los *Cánones* llamados *apostólicos* no fueron obra de los Apóstoles, pues á ser así es probable que la Iglesia los hubiera incluido en el *cánon* de los libros sagrados, todos están acordes en mirarlos como un documento de suma veneracion por su respetabilísima antigüedad, y por contener la disciplina de la Iglesia en los tres primeros siglos. Por esto los insertamos á continuacion, tomados del *Corpus juris canonici*, con el fin de dar á nuestros lectores mas cabal idea del desenvolvimiento de la doctrina cristiana en la legislacion de la Iglesia desde sus tiempos mas remotos.

CANONES APOSTOLORUM.

I. Episcopus à duobus aut tribus Episcopis ordinator.

II. Presbyter ab uno Episcopo ordinator : Item Diaconus, et reliqui Clerici.

III. Si quis Episcopus aut Presbyter praeter ordinationem Domini, quam de sacrificio instituit, alia quaequam, puta aut mel, aut lac, aut pro vino siceram, aut confecta quaedam, aut ayes, aut aliqua animalia, aut legumina supra altare obtulerit, ut qui contra ordinationem Domini faciat, deponitur : excepto novo frumento, et uva opportuno tempore. Praeterea licitum non esto aliud quidpiam admoveere ad altare, quam oleo in candelabrum, et incensum oblationis tempore.

IV. Omnium aliorum pomorum primitiae Episcopo et Presbyteris domum mittuntur, non super altare. Manifestum est autem, quod Episcopus et Presbyteri inter Diaconos et reliquos Clericos eas dividunt.

V. Episcopus, aut Presbyter, aut Diaconus uxorem suam praetextu religionis non abjicit : si abjicit, segregator à communione. Si perseverat, deponitor.

VI. Episcopus, aut Presbyter, aut Diaconus saeculares curas non suscipito : alioquin deponitor.

VII. Si quis Episcopus, aut Presbyter, aut Diaconus sanctum diem Paschae ante vernalis aequinoctium cum Judaeis celebraverit, deponitor.

VIII. Si quis Episcopus, aut Presbyter, aut Diaconus, aut quicumque ex Sacerdotali consortio, oblatione facta, non communicaverit, causam dicito. Et si bona ratione subnixus sit, veniam promeretur. Sin minus dixerit, à communione excluditor, tamquam qui populo auctor offensionis fuerit, mota contra eum suspicione, qui obtulit.

IX. Quicumque fideles Ecclesiam ingrediuntur, et Scripturas audiunt, neque apud preces et sanctam communionem permanent; eos tamquam qui ordinis in Ecclesiam perturbationem inducant, à communione arceri oportet.

X. Si quis cum excommunicato, licet in domo, preces conjunxerit, communione privator.

XI. Si quis cum deposito Clerico, ut cum Clerico, preces conjunxerit, deponitor et ipse.

XII. Si quis Clericus, aut Laicus à communione segregatus, seu nondum in communione receptus ad aliam profectus civitatem, sine commendatitiis litteris receptus fuerit, à communione excluditor tam qui recipit, quam qui receptus est. Si excommunicatus fuerit, in longius illo tempus excommunicatio protenditor.

XIII. Episcopo qui parochiam suam dereliquerit, alteri insilire nefas est, licet à pluribus ad hoc compellatur: nisi rationalis aliqua causa subsit, quae hoc ipsum facere vi adigat, nempe quod plurius lucri et utilitatis his, qui illic constituti sunt verbo pietatis conferre possit: neque hoc tamen à seipso, sed multorum Episcoporum judicio, et exhortatione maxima.

XIV. Si quis Presbyter aut Diaconus aut quicumque tandem de Clericorum consortio, relicta parochia sua, in aliam concesso, et omnino transmigratione facta, praeter voluntatem sui Episcopi, in alia parochia moram traxerit, hunc jubemus, ne porro in ministerio publico sit. Ecclesiae, maxime si accersente ipsum Episcopo ejus redire contemnat, perverso illic ordine perseverans: ut Laicus tamen ibi locorum in communionem admittitor.

XV. Quod si Episcopus, ad quem accesserint, pro nihilo re-

putata vacationis à ministerio Ecclesiastico poena, quae contra eos definita est, ipsos ut Clericos susceperit; à communione excluditor, ut perversi ordinis magister.

XVI. Qui post baptismum duabus implicitus fuit nuptiis, aut concubinam habuit; is Episcopus, aut Presbyter, aut Diaconus, aut denique in consortio Sacerdotali esse non potest.

XVII. Qui viduam duxit, aut divortio separatam à viro, aut meretricem, aut ancillam, aut aliquam, quae publicis mancipata sit spectaculis; Episcopus, Presbyter, aut Diaconus, aut denique ex consortio Sacerdotali esse non potest.

XVIII. Qui duas sorores duxit, aut consobrinam, Clericus esse non potest.

XIX. Clericus, qui fidejussiones dat; deponitor.

XX. Si quis humana violentia eunuchus factus est, aut in persécutione amputata ei sunt virilia, aut ita natus fuit, et dignus est; efficitur Episcopus.

XXI. Qui sibi ipsi virilia amputavit; Clericus non efficitur: sui enim ipsius homicida est, et inimicus creationi Dei.

XXII. Si quis, cum Clericus esset, virilia sibi ipsi amputaverit, deponitor: homicida etenim sui ipsius est.

XXIII. Laicus, qui seipsum mutilaverit, per tres annos à communione ejicitur: puta quia ipse vitae suae posuit insidias.

XXIV. Episcopus, aut Presbyter, aut Diaconus in fornicatione, aut perjurio, aut furto deprehensus, deponitor: non tamen à communione excluditor. Dicit enim Scriptura: Bis de eodem delicto vindictam non exiges. Eidem conditioni consimiliter et reliqui Clerici subduntur.

XXV. Ex his, qui coelibes in Clerum pervenerunt, jubemus, ut Lectores tantum et Cantores (si velint) nuptias contrahant.

XXVI. Episcopum, aut Presbyterum, aut Diaconum, qui vel fideles delinquentes, vel infideles injuriam inferentes percutit, et terrorem ipsis per hujus modi vult incutere; deponi praecipimus. Nusquam enim Dominus hoc nos docuit. Imo vero contra, cum ipse percuteretur, non reppercutiebat: cum lacesseretur convitiis non regerebat convitium: cum pateretur; non comminabatur.

XXVII. Si quis Episcopus, aut Presbyter, aut Diaconus, ob certa crimina juste depositus, attingere ministerium, quod ali-

quando tractaverat, praesumserit, omnino hic ab Ecclesia absconditor.

XXVIII. Si quis Episcopus, aut Presbyter, aut Diaconus, pecuniae interventu, hanc dignitatem nactus fuerit, deponitor tam ipse, quam qui eum ordinavit, et omnino à communione absconditor, quemadmodum Simon Magus à me Petro.

XXIX. Si quis Episcopus secularium magistratuum familiaritate usus, per ipsos Ecclesiam nactus fuerit, deponitor: segregantor quoque à communione quicumque cum ipso communionem habent.

XXX. Si quis Presbyter, proprium aspernatus Episcopum, seorsum conventicula egerit, et altare erexerit, cum de nullo crimine Episcopum in pietate ac justitia condemnarit, deponitor, quasi qui Principatum ambiat: tyrannus enim est. Consimiliter et reliqui Clerici, qui suum illi calculum apponunt. Laici vero à communione segregantor. Atque haec post unam, et item alteram, ac tertiam Episcopi exhortationem fiunt.

XXXI. Si quis Presbyter, aut Diaconus per Episcopum à communione exclusus sit hunc neququam ab alio fas esto suscipi, quam ab eo, qui ipsum à communione exclusit: nisi forte fortuna Episcopus, qui ipsum à communione segregavit, defunctus sit.

XXXII. Nemo peregrinorum Episcoporum, aut Presbyterorum, aut Diaconorum sine commendatitiis suscipitor litteris: et si eas obtulerit, attentius in disquisitionem vocantor. Et quidem si praedicatores pietatis fuerint, suscipiuntur: sin minus, ubi necessaria ipsius suppeditaveritis, ad communionem et ulteriorem ipsos consuetudinem non admittitote: multa enim per obreptionem fiunt.

XXXIII. Cujusque gentis Episcopos oportet scire, quinam inter ipsos primus sit, habereque ipsum quodammodo pro capita, neque sine illius voluntate quidquam agere insolitum: illa autem sola quemque pro se tractare, quae ad parochiam ejus, et loca ipsi subdita attinent. Sed neque in illa citra omnium voluntatem aliquid facito. Ita enim concordia erit, et Deus glorificabitur per Dominum in Sancto Spiritu.

XXXIV. Episcopus extra terminos suos in civitatibus et regionibus sibi non subjectis ordinationes facere non praesumito. Si

vero praeter voluntatem eorum, qui civitates illas aut regiones detinent, id fecisse convictus fuerit, deponitor tam ipse quam etiam hi quos ordinavit.

XXXV. Si quis ordinatus Episcopus ministerium et curam populi sibi commissam non susceperit, hic à communione sejunctus esto tandiu, donec susceperit, obediētiā accommodans. Similiter autem et Presbyter, et Diaconus. Si vero non prae voluntate sua, sed prae malitia populi non susceperit, maneto ipse quidem Episcopus: Clerus vero ejus civitatis à communione segregator, eo quod tam inobedientem populum non corripuerit.

XXXVI. Bis in anno Episcoporum celebrator Synodus: ac pietatis inter se dogmata in disquisitionem vocanto, neque non in Ecclesiis incidentes contradictiones dirimunto, semel quidem quarta feria ¹ Pentecostes, secundo duodecima Hyperberetei ².

XXXVII. Omnium rerum Ecclesiasticarum curam Episcopus gerito, et eas dispensato, quasi inspectante Deo. Non licitum autem ei esto quidpiam ex iis sibi tamquam proprium assumere, aut cognatis suis elargiri, quae Deo dedicata sunt. Quod si pauperes illi sint, ut pauperibus subministrato: non tamen horum praetextu res Ecclesiae venundato.

XXXVIII. Presbyteri et Diaconi absque voluntate Episcopi nihil peragunto: ipsius enim fidei populus Domini commissus est, et pro-eorum animabus ab ipso repetetur ratio.

XXXIX. Manifestae sunt privatae res Episcopi (si modo et privatas habet) manifestae item sunt Dominicae, ut privatas quidem res Episcopus, cum moritur, quibus vult, et quomodo vult, relinquendi facultatem habeat: neque occasione Ecclesiasticarum rerum intercendant res Episcopi qui nonnumquam uxorem et liberos, aut cognatos, aut servos habet. Justum est enim apud Deum pariter et homines, simul ne Ecclesiae per ignorantiam rerum Episcopi damni aliquid sustineat, simul ne Episcopus aut cognati ejus praetextu Ecclesiae oblaedantur; aut etiam qui illum generis proximitate contingunt, incidunt in negotia, ejusque mors implicetur diffamationibus.

XL. Praecipimus, ut Episcopus res Ecclesiae in potestate ha-

¹ Al. hebdomada.

² Hyperbereteus apud Asiae populos et Macedones October graece dictus.

beat. Nam si praetiosae hominum animae fidei ejus committendae sunt: multo utique magis oportuerit et de pecuniis mandatum dare, ut illius arbitrato dispensentur, neque non cum timore Dei, summaque sollicitudine per Presbyteros ac Diaconos erogentur in pauperes. Percipiat autem et ipse (si modo indiget) quantum ad necessarios suos et hospitio exemptorum fratrum usus opus habet, ne quo modo ipse posteriore loco habeatur, quam caeteri. Ordinavit enim lex Dei, ut qui altari inserviunt, de altari nutriantur: quando nec milites unquam suis annonis arma hostibus inferant.

XLII. Episcopus, aut Presbyter, aut Diaconus, qui vel aleae, vel ebrietatibus indulget, vel desinito, vel deponitor.

XLIII. Subdiaconus, aut Cantor, aut Lector, qui consimilia facit, vel desinito, vel à communione sejungitor. Similiter et Laici.

XLIV. Episcopus, aut Presbyter, aut Diaconus, qui usurae à mutuum accipientibus exigit, vel desinito, vel deponitor.

XLV. Episcopus, aut Presbyter, aut Diaconus, qui cum haereticis preces conjunxerit: duntaxat à communione suspenditor. Si vero etiam ipsos tamquam Clericos aliquid agere permiserit, deponitor.

XLVI. Episcopum, aut Presbyterum, qui haereticorum baptismum aut sacrificium susceperit, deponi praecipimus. Quae etenim conventio inter Christum et Belial: aut quae particula fidei cum infideli?

XLVII. Episcopus, aut Presbyter, si eum, qui verum baptismum habeat, iterum baptizaverit, aut pollutum ab impiis non baptizaverit, deponitor, ut qui crucem et mortem Domini derideat: neque discernat veros sacerdotes à sacerdotibus impostoribus.

XLVIII. Si quis Laicus, cum suam à se uxorem abjicit, alteram duxerit, aut ab alio dimissam; à communione segregator.

XLIX. Si quis Episcopus, aut Presbyter, secundum ordinationem Domini, non baptizaverit in Patrem, et Filium et Spiritum Sanctum, sed in tres principio carentes, aut tres filios, aut tres paracletos, deponitor.

XLIX. Si quis Episcopus, aut Presbyter in una initiatione non tres immersiones, sed unam dumtaxat, quae in mortem Domini detur, peregerit, deponitor. Non enim dixit Dominus, in mortem

meam baptizate: sed profecti docete omnes gentes, baptizantes eos in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti.

L. Si quis Episcopus, aut Presbyter, aut Diaconus, aut quivis omnino de sacerdotali consortio, nuptiis, et carnibus, et vino abstinerit, non propterea, quo mens ad cultum pietatis reddatur exercitator, sed propter abominationem; oblitus, quod omnia pulchra valde, et quod masculum et foeminam Deus creavit hominem, sed diffamationibus lacescens creationem Dei vocat ad calumniam: aut corrigitor, aut deponitor, et ex Ecclesia rejicitor. Consimiliter et Laicus.

LI. Si quis Episcopus, aut Presbyter, eum qui á peccato revertitur, non recipit, sed rejicit, deponitor, eo quod Christum offendat, qui dixit, ob unum peccatorem, qui recipiscat, gaudium oboriri in coelo.

LII. Si quis Episcopus, aut Presbyter, aut Diaconus carnibus et vino festivis diebus non utatur, idque per abominationem, non propter exercitationem ad cultum pietatis, deponitor, tamquam qui cauterio notatam habet conscientiam et multis auctor sit offendiculi.

LIII. Si quis Clericus in caupona cibum capere deprehensus fuerit, á communione excluditor: excepto tamen eo, qui necessario in itinere in commune diverterit hospitium.

LIV. Si quis Clericus Episcopum contumelia affecerit, deponitor: Principi enim populi tui non maledices.

LV. Si quis Clericus contumelia affecerit Presbyterum, aut Diaconum, á communione segregator.

LVI. Si quis mancum, aut mutum, surdumne aut coecum, aut eum, cui vitiosus incessus est subsannaverit; communione privator. Consimiliter et Laicus.

LVII. Episcopus, aut Presbyter qui negligentius circa Clerum vel populum agit, neque in pietate eos erudit, á communione segregator. Si vero in ea socordia perseveraverit, deponitor.

LVIII. Si quis Episcopus, aut Presbyter; Clerico ex inopia laboranti necessaria non suppeditaverit, á communione rejicitor: sin perseverat, deponitor, ut qui fratrem suum necaverit.

LIX. Si quis falso inscriptos impiorum libros, tamquam sacros in Ecclesia ad populi et Cleri corruptionem publicaverit, deponitor.

LX. Si accusatio contra fidelem instituat de fornicatione, aut adulterio, aut quacumque alia actione prohibita, et convictus fuerit, in Clerum non perducitur.

LXI. Si quis Clericus per metum humanum, vel Judaei, vel Graeci, vel haeretici negaverit, si quidem nomen Christi, ab Ecclesia rejicitur: si vero nomen Clerici, deponitur: poenitentia tamen ductus, ut Laicus recipitur.

LXII. Si quis Episcopus, aut Presbyter, aut Diaconus, aut omnino quicumque ex Sacerdotali consortio comederit carnes in sanguine animae ejus, aut à bestiis abreptum, aut suffocatum, deponitur: hoc enim lex prohibuit. Sin vero Laicus fuerit, à communione excluditur.

LXIII. Si quis Clericus, aut Laicus, synagogam Judaeorum, aut Haeticorum conventiculum ingressus fuerit, ut preces cum illis jungat, deponitur, et à communione secluditur.

LXIV. Si quis Clericus in concertatione aliquem pulsaverit, et uno ictu ac pulsatione interemerit, deponitur propter temeritatem suam. Sin vero Laicus sit, arcetur à communione.

LXV. Si quis Dominicum diem, aut Sabbatum, uno solo dempto, jejunare deprehendatur, deponitur: sin Laicus à communione ejicitur.

LXVI. Si quis virginem sibi non desponsatam, admota vi detinet, à communione suspenditur. Non licitum autem esto ei aliam ducere: sed eam, detineto, quam sollicitavit, quamvis paupercula sit.

LXVII. Si quis Episcopus, aut Presbyter, aut Diaconus, secundam ab aliquo ordinationem suscepit, deponitur tam ipse, quam qui ipsum ordinavit: nisi forte constet, ordinationem eum habere ab haeticis. Qui enim à talibus baptizati, aut ordinati sunt, hi neque fideles, neque Clerici esse possunt.

LXVIII. Si quis Episcopus, aut Presbyter, aut Diaconus, aut Lector, aut Cantor sacram Quadragesimam Paschae, aut quartam feriam, aut Parasceven non jejunaverit, deponitur: praeterquam si imbecillitate impediatur corporis. Si Laicus sit, communione privatur.

LXIX. Si quis Episcopus, aut Presbyter, aut Diaconus, aut omnino quicumque ex Clericorum consortio cum Judaeis jejunat

verit, aut communem festum diem cum ipsis egerit, aut lautia festi, nempe azyma, aut aliud hujus generis, ab eis susceperit, deponitor : si Laicus, à communione segregator.

LXX. Si quis Christianus oleum ad sacra gentilium, aut in synagogam Judaeorum in festis eorum detulerit, aut lucernas incenderit, à communione excluditor.

LXXI. Si quis Clericus, aut Laicus, ceram aut oleum ex sancta subripiat Ecclesia, à communione sejungitor.

LXXII. Vas aureum et argenteum sanctificatum, aut velamen linteumve, nemo amplius in suos usus assumito, iniquum enim est. Caeterum si quis deprehensus fuerit, excommunicatione mulcatur.

LXXIII. Episcopum de aliquo per fide dignos accusatum homines, ab Episcopis vocari necessarium est. Et si quidem comparuerit, et confessus convictusve fuerit, censura irrogator ecclesiastica. Si vero vocatus non obtemperaverit, secunda quoque vice vocator, missis duobus ab ipsum Episcopis. Quod si per contumaciam nec sic quidem comparuerit, synodus suam contra ipsum pronuntiato sententiam, ne quid tergiversando, detrectandoque judicium lucrifacere videatur.

LXXIV. In dictionem testimonii contra Episcopum haereticus non admittitor : sed neque fidelis, si solus sit. In ore enim duorum aut trium testium consistet omne dictum.

LXXV. Item non oportet Episcopum patri, aut filio, aut alteri cognato humano gratificari affectu. Neque enim Ecclesiam Dei conferre debet in haeredes. Enim vero si quis id fecerit, irrita permanet ordinatio : ipse autem excommunicatione percelitor.

LXXVI. Si quis oculo defectus, aut obtuso cruce existat, et dignus sit, Episcopus efficitor : non enim mutilatio corporis ipsum polluit, sed inquinatio animae.

LXXVII. Qui vero mutus, surdusve et caecus est, Episcopus non efficitor, non quia obleso corpore est, sed ne Ecclesiastica impediuntur munia.

LXXVIII. Si quis daemonem habeat, Clericus non efficitor : sed neque cum fidelibus preces fundito. Mundatus vero recipitor : et si dignus fuerit, efficitor.

LXXIX. Qui ex vita gentili advenerit, et baptizatus, aut ex

conversatione prava, eum justum non est, protinus promoveri in Episcopum. Injuriū enim est, eum, qui non prius specimē et documentum de se praeberit, aliorum doctorem existere, nisi alicubi dono divinae gratiae hoc fiat.

LXXX. Dieimus, quod non oporteat Episcopum, aut Presbyterum publicis se administrationibus immittere: sed vacare, et commodum se exhibere usibus Ecclesiasticis. Animum igitur inducito hoc non facere, aut deponitor. Nemo enim potest duobus Dominis servire, juxta praeceptum Dominicum.

LXXXI. Servi si in Clerum promoveantur citra Dominorum voluntatem, hoc ipso operatur redhibitionem. Si quando vero servus quoque gradus ordinatione dignus videatur (qualis et noster Onesimus apparuit) et Domini consenserint, manuque emiserint, et domo sua ablegaverint, efficitur.

LXXXII. Episcopus, aut Presbyter, aut Diaconus, qui militiae vacaverit, et simul utrumque retinere voluerit, tam officium Romanum quam functionem Sacerdotalem, deponitor. Quae enim Caesaris sunt, Caesari; et quae Dei, Deo.

LXXXIII. Quisquis Imperatorem aut Magistratum contumelia affecerit, supplicium luit, et quidem si Clericus sit, deponitor: si Laicus, à communione removetur.

LXXXIV. Sunt omnibus vobis, Clericis simul et Laicis, venerandi ac sacri Libri: Veteris quidem Testamenti, Moysis quinque; Genesis, Exodus, Leviticus, Numeri, Deuteronomium. Jesu, filii Nave, unus. Judicum, unus. Ruth, unus. Regnorum, quatuor. Derelictorum ex libro Dierum, duo. Hester unus. De Machabaeorum gestis, tres. Job, unus. Psalterium, unus. Salomonis, tres; Proverbia, Ecclesiastes, Canticum Cantorum. Prophetarum, duodecim. Unus Esaias. Hieremiae unus. Ezequiel unus. Daniel unus. Inquiretor autem à vobis extrinsecus, ut adolescentes vestri addiscant item Sapientiam eruditi Syrach. Nostra vero, hoc est, Novi Testamenti; Evangelia quatuor, Matthaei, Marci, Lucae, Joannis. Pauli epistolae quatuordecim. Petri epistolae duae. Joannis tres. Jacobi una. Judae una. Clementis epistolae duae; et Praeceptiones, quae vobis Episcopis per me Clementem in libris octo nuncupatae sunt: quas omnibus publicare non oportet, ob quaedam arcana, quae in se continent. Et actiones nostras Apostolorum.

NÚMERO III.

Para que el lector pueda formar cabal idea de la disciplina penitenciaría de la Iglesia en los primeros siglos, y comprender mejor las indicaciones de Alzog sobre este punto, creemos prudente insertar á continuacion los *Cánones* conocidos con el nombre de *penitenciales*. Son estos las reglas que fijaban el rigor y la duracion de la penitencia que debían hacer los pecadores públicos que deseaban reconciliarse con la Iglesia y ser admitidos á la comunión. — En el dia nos admiramos de la severidad de estos cánones, que fueron hechos en el siglo IV; mas se debe tener presente que la Iglesia se vió obligada á formarlos: 1.º para reducir al silencio á los novacianos y montanistas, que la acusaban de usar de una indulgencia excesiva con los pecadores, y fomentar de este modo los desórdenes; 2.º porque los extravíos de un cristiano podían entonces escandalizar á los paganos y retraerlos de abrazar el cristianismo, lo cual se consideraba una especie de apostasía, y 3.º porque las persecuciones por que acababan de pasar habían acostumbrado á los cristianos á una vida dura y una pureza de costumbres que interesaba mucho conservar. — Por lo demás; debe tenerse presente que estos cánones no se observaron con todo rigor mas que en la Iglesia griega. Á pesar de esto es muy importante conservar su memoria, tanto para fortalecer á los confesores contra los excesos de la relajacion, como para refutar las calumnias que se han permitido los incrédulos contra las costumbres de los primeros cristianos. — Hélos, pues, aquí tales como se hallan en el *Corpus juris canonici*.

CANONES POENITENTIALES,

seu regulæ directivæ quarum notitiâ viris ecclesiasticis valde necessaria est, ad poenitentias delinquentibus imponendas.

Primus est, quod si Presbyter fornicationem fecerit, poenitentiam decem annorum faciat, hoc modo: scilicet, quod sit inclusus, sive à caeteris in aliquo loco remotus: sacco indutus et hu-

mi prostratus, misericordiam Dei jugiter implorans: primis tribus mensibus continuis à vespera in vesperam pane et aqua utatur, exceptis Dominicis diebus, et festis praecipuis, in quibus modico vino, pisciculis et leguminibus recreetur. Elapsis autem sic tribus primis mensibus de illo loco exeat, non tamen in publicum procedat, ne populus in eum scandalizetur. Et per hoc videtur, quod in publico crimine loquatur. Post hoc resumptis viribus aliquantulum, unum annum et dimidium in pane et aqua expleat, exceptis Dominicis et aliis praecipuis festis, in quibus vino, fagine, ovis et caseo poterit uti. Finito sic primo anno et dimidio, particeps sit corporis Domini: et ad pacem veniat, et ad Psalmos cum aliis fratribus canendos in choro ultimus recipiatur. Ad cornu tamen altaris non accedat, sed minorum ordinum tantum officia quaerat: deinde usque ad completionem septimi anni tres legitimas ferias, scilicet, secundam, quartam et sextam, exceptis diebus Paschalibus, qui sunt quinquaginta, in pane et aqua jejundet: secundam tamen feriam uno Psalterio vel denario, si sit operarius, redimere poterit. Et si cum septimum annum compleverit, potest eum Episcopus ad gradum pristinum revocare: ita tamen quod in tribus annis sequentibus, sine ulla redemptione omni sexta feria in pane et aqua jejundet. Et eadem poenitentia imponenda est Presbytero de omnibus aliis peccatis, quae depositionem inducunt. Probantur autem haec omnia 82 *distinct.* *Presbyter si fornicationem*, quod intelligunt quidam de simplici fornicatione: alii forte melius secundum Ray. de adulterio vel incestu: puta, quia cognovit conjugatam, consanguineam, vel affinem.

Secundus casus est, si Presbyter cognovit filiam suam spiritualem, quam scilicet baptizavit, vel in baptismo, vel in confirmatione tenuit, vel quae sibi confessa fuit, debet poenitentiam agere duodecim annis: et etiam debet deponi, si crimen sit manifestum: et peregrinando quindecim annis poeniteat, et postea monasterium intret tota vita sua moraturus ibidem. Episcopus vero, qui talia commisit, poeniteat quindecim annis. Ipsa vero mulier debet omnia relinquere, et res suas pauperibus dare, et conversa usque ad mortem in monasterio Dei servire. 30. *quaest. I. Si quis Sacerdos. et cap. Non debet.*

Tertius est, quod quicumque filiam suam spiritualem vel ma-

trem cognoscit, septem annis poeniteat, et similiter ei consentientes. 30. *quaest. 3. non oportet.*

Quartus est, quod qui contrahit cum aliqua alii desponsata per verba de praesenti, ipsa dimissa, quadraginta diebus jejundet in pane et aqua: et sequentibus septem annis poeniteat. *Extra, de spons. duorum accept.*

Quintus est, quod qui cognoscit duas commatres vel sorores, sive uxor vivat, sive non, ad minus septem annis poeniteat, licet plus deberet. 30. *quaest. 4. si Presbyter.*

Sextus est, quod qui cognoverit Monialem sive Devotam, decem annis poeniteat: et similiter ipsa secundum formam traditam. 27. *quaest. I. de filia. et rap. Devotam.* In quorum primo cap. dicitur, quod si filia Episcopi, vel Presbyteri, vel Diaconi post votum solemne contraxerit matrimonium, non admittitur ad communionem, nisi marito defuncto poenitentiam egerit, et communionem petierit, tantum in fine vitae recipiet eam. In secundo cap. dicitur, quod devota peccans non est recipienda in Ecclesia, nisi peccare desierit, et desinens egerit poenitentiam decem annis, postea recipiatur ad communionem, et antequam ab Ecclesia admitatur ad orationem, ad nullius convivium Christianae mulieris accedat.

Septimus est, de eo, qui ignoranter cognoscit duas sorores, vel matrem et filiam, vel amatam et neptem, poeniteat septem annis. Si autem scienter, perpetuo privetur conjugio. 34. *quaest. I. Si quis cum duabus.*

Octavus est, quod qui duxit in uxorem eam, quam polluit per adulterium, poeniteat quinque annis. 34. *quaest. I. Si qua vidua.*

Nonus est, quod, qui contra naturam peccavit, si sit Clericus, debet deponi, vel religioni tradi, si corrigibilis appareat, ad perpetuam poenitentiam peragendam. Si vero sit Laicus, à coetu fidelium usque ad condignam satisfactionem debet fieri alienus. *Extra, de excess. praelat. Clerici.* Hoc enim vitium majus est, quam cognoscere matrem. 32. *quaestione 7. adulterii.* et haec Augustini: Adulterii, inquit, malum, vincit fornicationem, vincit autem ab incestu fornicatio. Pejus enim est cum matre quam cum aliena uxore concubere: sed omnium horum pessimum est, quod contra naturam sit, ut si vir membro mulieris non ad hoc concesso

voluerit uti. Haec Augustinus. Quocumque autem modo tale factum exerceatur, praeterquam inter virum et foeminam ordinate, et in vase debito, vitium contra naturam et Sodomiticum iudicatur, ut dicit Ray.

Decimus est, quod qui coierit cum brutis, poeniteat plusquam septem annis: et similiter pro incestu. 32. *quaest. 2. hoc ipsum. et § sequent.*

Undecimus est, quod Presbyter, qui interest clandestinis nuptiis, triennio suspenditur, et si culpa exegerit, gravius puniatur. *Extra. de clandestin. desponsat. cum inhibito.*

Duodecimus est, quod qui votum simplex violaverit, poeniteat tribus annis. 27 *dist. Si vir.*

Decimus tertius est, quod qui excommunicatus celebravit, debet triennio poenitere, et per secundam, quartam et sextam feriam à vino et carnibus abstinere. 11. *quaest. 3 de his.* De poena vero degradati celebrantis habetur *Dist. 50 accedens.*

Decimus quartus est, quod homicida voluntarius sine spe restitutionis deponitur, et poeniteat septem annis. 50. *dist. miror.*

Decimus quintus est, quod homicida casualis poeniteat quinque ann. et hoc secundum Ray. si culpa causam praecessit: aliter non, nisi forte ad cautelam. *Dist. 50 eos et duobus c. sequentibus.*

Decimus sextus est, quod si quis fecerit homicidium propter necessitatem evitabilem, poeniteat duobus annis. *Distinctione 50 cap. de his clericis.* quae licet si inevitabilis esset, in nullo sibi imputaretur. 50. *distinctio. quia te.* Quod verum est quoad culpam: sed bonum esset, quod poeniteret quoad cautelam, et innocentiam suam Ecclesiae ostendendam, *Extra, de homicid. cap. 2: § ultimo.* Et secundum Ray. forte distingui potest in homicidio necessario, sicut in casuali, et utrum culpa praecesserit necessitatem, vel non. Arg. *distinctione 50, de his not. extra de homicid. interfecisti.* Sed et si quis per insaniam committat homicidium, non ei imputatur. 3. *quaest. 4, julicas.* quin etiam, qui intuitu disciplinae incaute percutiendo occiderit, deponitur. *Extra de homicid. presbyterum. 15: quaest. 1. Si quis non iratus.* Sed qui ligatum latronem interficit, deponitur. *Extra de homicid. suscepimus.* Qui autem latronem occultum occidit, quem vivum comprehendere potuit, quadraginta diebus non intret in Ecclesiam, et alias poenitere debet.

Extra, eodem tit. cap. 2. ubi de hoc dicitur. Qui vero Paganum vel Judaeum occidit, poeniteat quadraginta diebus. *Distinctione 50. cap. Qui vero odit.*

Decimus septimus est, quod matricida poeniteat decem annis, secundum formam satis aperte traditam. *33. quaest. 2. latorem.* Uxoricae vero gravior poenitentia debet imponi. Talis enim, et qui dominum occidit, numquam equitat, nec vehiculo portatur, nec matrimonium contrahit, usque ad decem annos carnes non comedit, nec vinum bibit, et alia quae habentur *33. q. 2. admonere. et cap. Quicumque.* Imponitur autem poenitentia major uxoricae, non quia illud peccatum sit gravius isto, sed quia homines proniores sunt ad occidendum uxores, quam matres. Majus enim peccatum est, occidere matrem, quam uxorem occidere, ut dicit Bonaventura in quarto sententiarum, et communiter omnes Doctores. Guilielmus vero Durandus tenet contrarium in Repertorio, pro eo, quod uxoricae imponitur poenitentia major. Mihi autem magis placet sententia aliorum. Sed qualem poenitentiam agere debent, qui filios occidunt? Resp. Aut est certum, quod ipsi met scienter interfecerunt, et sic debet eis imponi poenitentia major, quam pro alio homicidio. Arg. *extra, eod. c. ult. in text. et gl. et de homic. cum juramento. de poenitentia. distinct. 1. aut facta.* In hoc tamen casu vir uxorem recuperat, quam coactus abjuraverat, et ipsa poenitentiam agit secundum arbitrium Episcopi: ita quod si habet alios filios, pacifice gubernare possit eos uxor. *Extra, eod. intelleximus,* quod si virum non habet, induci debet, ut intret religionem: ad quod si non potest induci, tutius est ei dare licentiam nubendi, ut *ext. eod. veniens.* Et hoc quando timetur de incontinentia, alias non, ut patet *31. q. 2. in adolescentia.* Et si pater sit Clericus, ab officio altaris debet perpetuo abstinere, et ei gravior quam Laico, non tamen publica (nisi veniat in publicum) poenitentia debet imponi, ut *extra, de poeniten. quaesitum.* Aut certum est, quod non interfecerunt sponte, nec in culpa fuerunt, sed causa fortuito contigit: et sic de stricto jure in nullo tenentur. Arg. *extra, de bonic. ex litteris 2 c. Joannes et c. ult.* Nisi velint ad cautelam poenitere. In dubio tamen praesumitur, quod non hoc ex certa scientia, sed potius ex incuria provenierit, *extra, de praesumpt. offerta.* Aut certum est, quod non exhibuerunt omnem diligentiam,

quam potuerunt et debuerant: et si ~~casus~~ praecessit casum. Et si sit gravis culpa, ut si posuit puerum in medio utriusque, secundum arbitrium poenitentiarii, imponitur poenitentia quinque vel septem annorum, *50 dist. Si qua foemina, et c. seq. et c. Si quis sponte, occulta*, si sit occultum; publica, si sit publicum: et major, si in lecto suffocetur, quam si in cunis; et major Presbytero Graeco, quam Laico, ut habetur *extra, de poeniten. quaesitum*. Et licet dispensetur quoad poenitentiam, quae est arbitraria, ut dicitur ibidem: non tamen quoad ordines propter homicidium, quod est crimen enorme et indispensabile. *Dist. 50. miror*. Si autem culpa, quae praecessit causam, sit levis, ut si posuit puerum in eodem lecto, longe tamen à se; imponitur poenitentia trium annorum. Secundum hoc intellige illud *extra, eod. de infantibus*. Monendi ergo sunt parentes, quod tam tenellos secum in uno non collocent lecto, ne qualibet negligentia interveniente opprimantur et suffocentur, ut *2. q. 5. consuluit*. Et hoc modo distinguit Hostiens. et Ber. *extra, de infantibus*. Quid de illis, qui filios vel servos suos infantes, vel etiam adultos languidos relegata pietate exponunt, id est, extra se ponunt ante Ecclesias, ut aliqui moti misericordia colligant eos? Resp. Tales graviter peccant: quia cum ignoretur saepe consanguinitas expositorum, contrahere possent matrimonium cum sorore vel consanguinea, ideo exponens tenetur de hoc peccato poenitere, et est puniendus sicut expositus, si scienter cum tali contraheret, puniretur *extra, de poen. officii*, secundum Hostiens. Talis enim secundum Ray. est tamquam homicida iudicandus, qui hominem sibi ita conjunctum periculo mortis exponit. Consideratis tamen circumstantiis, et utrum ob hoc mors secuta fuerit, vel non fuerit, poenitentia moderanda erit. Erunt autem tales irregulares, secundum Ray. si mors inde sit secuta: qui scilicet fuerunt in culpa eos exponendo, vel alimenta negando. Tamen secundum Ro. si in multa culpa fuissent, quia forte nec eleemosynas quaerendo, nec aliter eos alere possent, irregulares non essent, nec peccarent.

Decimus octavus est, quod qui Presbyterum interfecit, poeniteat duodecim annis, *extra, de poenit. et remis. cap. 2*. De poenitentia vero ejus, qui occidit Monachum, vel Clericum, Subdiaconum, vel Diaconum, habetur *17. q. 4. qui occiderit*. De poenitentia au-

tem ejus, qui machinatur in mortem Domini sui, vel in regimen ejus: habetur, 23. q. ult. § si quis.

Decimus novus est, quod qui injuste alium ad mortem accusat, quadraginta diebus in pane et aqua per septem annos jejundet et poeniteat: et hoc si accusatus sit occisus. Si autem tantum membrum perdiderit, triennio poeniteat, *extra de accus. accusasti*. Hostiens. vero et Joan. de Deo in jejunando intellexerunt, quod primus poeniteat per septem annos, quolibet anno jejunando quadraginta diebus in pane et aqua: secundus vero per tres annos. G. vero Duran. intellexit prout littera magis sonat, scilicet, quod primus jejunabit, quadraginta diebus in pane et aqua, sive continue, sive interpolate: et per septem annos jejunabit et poeniteat: non tamen in pane et aqua, sed ad arbitrium Presbyteri: secundus vero per tres quadragesimas, prima ante natalem Domini, secunda ante Pascha, tertia ante Sanctum Joannem: has enim instituit B. Petrus, ut habetur in Chronicis. Jejunabit autem tunc in pane et aqua; probantur haec secundum Host. 22. q. 5. c. 1, 2, et 3.

Vigesimus est, quod perjurus quadraginta diebus in pane et aqua jejundet, et septem annis sequentibus poeniteat, et semper debet esse in poenitentia, scilicet interiori, 6. q. 1. *quicumque*.

Vigesimus primus est, quod qui compulsus conditionaliter à domino scienter pejerat, si liber sit, quadraginta diebus in pane et aqua; et hoc secundum gloss. intellige vel continue vel interpolate, poeniteat septem annis sequentibus, non tamen in pane et aqua, ut dicit gloss. Si vero servus sit ejus, qui eum coegerit, tribus quadragesimis et legitimis feriis, scilicet, 2, 4 et 6. 22. q. 5. *qui compulsus*.

Vigesimus secundus est, quod qui pejerat in manu Episcopi, vel in cruce consecrata, poeniteat tribus annis. Si vero in cruce non consecrata, uno anno. Qui vero coactus et ignorans ignorantia juris, et postea cognoscit, poeniteat tribus quadragesimis. 22. q. 5. c. 2. Qui vero coactus pro vita redimenda, vel qualibet causa vel necessitate pejerat (qui corpus plus quam animam dilexit) tribus quadragesimis poeniteat. *Ead. q. 5. c. Si quis coactus*. Alii inducunt tres annos: et unum ex his in pane et aqua.

Vigesimus tertius est, quod qui falsum scienter jurat, vel alium

jurare cogit, diebus quadraginta poeniteat in pane et aqua: et septem sequentibus annis numquam sit sine poenitentia, scilicet interiori. Alii etiam si conscii fuerint, similiter poeniteant. 22. *quaest. 5. si quis convictus.*

Vigesimus quartus est, quod qui mensurat in falsa mensura, 30 diebus in pane et aqua jejuset. *Extra, de contrah. empt. ut mensurae.* De poena vero falsarum litterarum, habetur, *extra, eod. ad audientiam et c. dura. et c. ad falsarios. et de verb. sign. novimus.*

Vigesimus quintus est, quod qui frangunt poenitentiam solemnem, sive redeundo ad crimina priora, vel similia: sive redeundo ad negotiationem vel militiam secularem, quae sive fuerant interdicta: sola inter Ecclesiam fidelibus oratione junguntur, à communionem suspenduntur, à catholicorum conviviis separantur, et poenitere debent decem annis, et communicent in fine vitae 33. *q. 2. de his vero. et poen. dist. 5. si quis vero.*

Vigesimus sextus est, quod qui canit Missam, et non communicat, debet uno anno poenitere, et interim Missas non cantare. *de consecr. dist. 5. relatum.*

Vigesimus septimus est, quod Presbyter, qui mortuum Clericum involvit in palla altaris, poeniteat decem annis, et mensibus V. Diaconus vero triennio et dimidio. *De consecr. dist. 1. nemo per ignorantiam.*

Vigesimus octavus est, quod qui committit sacrilegium, Ecclesiam violando, vel chrisma, sive calicem sacrum pollutis manibus accipit, vel similia sacrilegia committit, poeniteat septem annis. Primo anno extra coemeterium quod violavit, consistat, secundo anno ante fores Ecclesiae, tertio in Ecclesia: et in hoc triennio carnes non comedat, vinum non bibat, nisi in Pascha, vel Natali; non offerat, nec communionem accipiat: quarto anno communicabit; et in illo et in 5 et 6 et in 7, tribus feriis à carnibus et vino abstineat jejunando. 12. *q. 2. daemon.* Comburens autem Ecclesiam, quindecim annis poeniteat: et eam restituat. 17. *q. 4. § si quis. in vers. majus.* De poena vero raptoris, sive furis rei Ecclesiasticae, et de poena furis et effractoris tam Clerici quam Laiici habetur *ead. quaest. § peccata, et cap. Si quis Clericus.*

Vigesimus nonus est, quod si parentes frangunt sponsalia filiorum, à communionem triennio separentur: et similiter filii, si sint

in culpa: si tamen filii secundum promissionem factam contraxerint, excusantur utique: scilicet quoad poenam Ecclesiae, sed non quoad reatum, ex quo dederunt operam in contrarium. 34. q. 3. *si quis parentes*. Arg. *de poen. dist. 1. si cui*.

Trigesimus est, quod qui blasphemaverit publice Deum, vel aliquem Sanctorum, et maxime beatam Virginem, illi debet Episcopus hanc poenitentiam injungere: scilicet ut septem diebus Dominicis prae foribus Ecclesiae in manifesto, dum Missa cantatur, existat, et ultimo illorum dierum Dominicorum pallium et calceamenta deponat, et corrigiam ligatam circa collum habeat, et septem praecedentibus sextis feriis in pane et aqua jejundet, Ecclesiam nullatenus ingressurus: et quolibet praedictorum dierum tres pauperes, vel duos, vel saltem unum reficiat, si potest: et si non potest, hac poena in aliam commutetur; quod si renuerit agere omnia supradicta, interdicatur sibi Ecclesia, in morte privetur Ecclesiastica sepultura. *Extra, de maledict. statuimus*. Item blasphemus, si dives fuerit, 40. *alioquin* 30. vel 20. et si ad hoc non sufficit, quinque solidorum usualis monetae poena mulctetur, nullamque misericordiam in hoc habiturus, ut dicitur ibidem, scilicet quin solvat quinque solidos: quos si non habet, currat per civitatem, vel commutetur in poenam aliam temporalem. Haec autem poena solvetur ei qui condemnat, id est, potestati seculari; hanc enim poenam temporalem praecipit Papa imponi per potestatem temporalem: quod si neglexerit per Episcopum praecipitur cogi. Haec Hort. Habet autem praedicta poena locum secundum Goffr. cum quis blasphemat non ex ira, vel ebrietate, vel dementia: quia tunc cum eo mitius ageretur. 2. q. 3. *si quis iratus*. § *notandum*. Secundum vero Hostiens. haec poena est specialiter inducta contra eos qui Deum blasphemant ex ira. Non enim aliquis de levi blasphemat Deum, nisi iratus. Tanta tamen posset esse iracundia, quod aequipararetur dementiae: et tunc illud quod dicit Goffr. locum posset habere. Haec Hostiens.

Qui si quis juret per caput, vel per ventrem, vel per corpus, vel capillum? Respondet Hostiens. quod si facit hoc affirmando vel jurando, non habet locum haec poena: secus est, si faciat hoc detestando vel vituperando, licet iratus. Item secundum Goffr. et Host. haec, quae dicuntur de poena temporali, fiunt iudice pro

tribunali sedente. In iudiciò autem animae Presbyter discretus molliendo rigorem dispensare poterit ex causa circa poenam spirituales superiores. 25. q. 6. *poenitentib.* Haec Host. Item blasphemus Clericus, maxime Presbyter, cogatur ad veniam postulandam: quod si noluerit, degradetur. *Dist. 46. Clericus.*

Notandum vero, quod blasphemus secundum leges est decapitandus, ut *in auth. ut non luxu. contra nat. circa medium colla. 6.* Secundum vero canonem antiquum Clericus erat degradandus, et Laicus excommunicandus. 22. q. 1. *si quis per capillum.* Hodie vero Laicus aget poenitentiam supradictam; scilicet illius canonis, *statusimus*, et hoc si publice blasphemavit. Si enim occulte, non poenitebit publice, ut pnto. Clericus vero hodie est corrigendus poena arbitraria et occulta, non illa, quae est publica. Clericus enim publice non debet poenitere. Si autem rebellis fuerit, vel saepius hoc commiserit, locum habet poena legis, scilicet ut Laicus decapitetur in foro civili, et in canonico anathematizetur, id est, Ecclesiae ingressus sibi interdiciatur, et in morte privetur ecclesiastica sepultura. Clericus vero degradetur. Haec. Host. *tit. de maledicis.*

Trigesimus primus est de Presbytero, qui revelat confessionem, quod de jure antiquo debet deponi, et omnibus diebus vitae suae ignominiosus peregrinari. *De poen. dist. 6. Sacerdos.*

Trigesimus secundus est, quod qui in dicendis horis canonicis, et aliis officiis divinis discrepat à consuetudine propria metropolitanae Ecclesiae, 6 mensibus privetur communione, si hoc accadat ex contemptu. 17. *dist. de his.*

Trigesimus tertius est, quod Episcopus, qui ordinat justa causa Clericum invitum, aut reclamantem, vel poenitus invitum, absolute suspenditur anno uno. 64. *dist. cap. 1.*

Trigesimus quartus est, quod Episcopus, qui correctionem de venditione mysteriorum dissimulat, duobus mensibus: Presbyter 4. Diaconus 3. Subdiaconi et caeteri ad arbitrium iudicis poenitere debent 1. q. 1. *quicquid invisibilis.*

Trigesimus quintus est, quod sortilegus 40 diebus poeniteat. *Extra, de sortileg. requisisti.*

Trigesimus sextus est, quod qui videt in astrolabio, poeniteat duobus annis. *Extra. De sortileg. ex tuarum.*

Trigesimus septimus est, de stilla sanguinis altaris cadentis super terram, vel aliquid aliud propter negligentiam Presbyteri, debet Presbyter poenitere 40 diebus. Si cecidit super pallio altaris, poeniteat quatuor diebus. *De consecr. dist. 2. c. si per negligentiam.*

Trigesimus octavus est, quod si aliquis evomit Eucharistiam propter ebrietatem et voracitatem, si Laicus, poeniteat 40 diebus. Si Clericus, vel Monachus, vel Presbyter, vel Diaconus, poeniteat 70 diebus. Si Episcopus, poeniteat nonaginta diebus. Et debet evomitura comburi, et juxta altare collocari. Si vero causa infirmitatis evomuerit, septem diebus poeniteat. *De consecr. dist. 2. si quis propter ebrietatem.*

Trigesimus nonus est, quando mus corrodit, vel comedit corpus Christi, de poenitentia hujus casus inquire ubi sit notata. *De consecr. dist. 2. circa fin.*

Quadragesimus est, quod qui domum vel aream voluntarie succendit, sublata vel incenso omnia restituat, et tribus annis poeniteat. *Extr. de injur. si quis domum.* Canon tamen dicit quod si ex odio vel injuria hoc fecerit, excommunicari debet, et non absolvi, donec satisfecerit, et juraverit, quod ignem de caetero non apponet. Imponitur autem sibi, ut Hierosolymam aut in Hispaniam vadat, in Dei servitio anno integro ibi moraturus. Si quis autem Archiepiscopus vel Episcopus hoc relaxaverit, damnum restituat, et ab officio Episcopali per annum absteineat. *23. quaest. 8. pessimam.* Hodie autem postquam sunt denunciati, non possunt citra cedem Apostolicam absolvi. *Extra, de sententi. excommun. tua nos.* Imo text. loquitur de incendiariis indistincte, postquam sunt publicati. Et Ber. hoc idem dicit expresse, et Gratianus *extra de sententiis excommunicat. quicumque*, et Goffred. licet Rom. contrarium dicat. Secundum autem leges, qui in civitate data opera incendium fecerit, si sit humilis, subicitur bestiis; si sit in aliquo gradu, decapitatur, vel in insulam relegatur. *Ff. de incend. ruin. naufrag. l. fin.* Qui vero alibi, ut in villis vel castris remissis, ibidem aedes positas combusserit, si hoc dolo fecerit, comburitur. Et hoc intelligendum, secundum Hostiens. si sit humilis. Si autem hoc ex sua negligentia contigerit, resarciat damnum, vel si minus idoneus sit, parum leviter castigetur, ut ibidem dicitur. *l. qui aedes.*

Quadragesimus primus est, quod qui dederit, vel acceperit com-

munionem ab haeretico, et nescit hoc esse prohibitum ab Ecclesia, et postea intelligit, poeniteat uno anno. Si autem scivit et neglexit, poeniteat decem annis, vel secundum quosdam septem, vel secundum alios quinque. Qui vero permittit haereticum Missam celebrare in Ecclesia catholica per ignorantiam juris, poeniteat quadraginta diebus. Si pro reverentia ejus, per annum poeniteat. Si pro damnatione Ecclesiae catholicae, et pro consuetudine Romanorum, projiciatur ab Ecclesia, sicut haereticus, si sit impenitens: alioquin poeniteat decem annis. Si autem, relicta Ecclesia, ad haereticos transierit, et alios ad hoc induxerit, poeniteat duodecim annis, tribus extra Ecclesiam, septem inter audientes, duobus extra communionem: et sit duodecimo anno communionem sive oblationem percipiat. 24. q. 1. *si quis dederit.*

Quadragesimus secundus est, quod patronus, qui res Ecclesiae dilapidat, uno anno poeniteat. 16. q. 2. c. *filiis.*

Quadragesimus tertius est, quod qui domum suam magicis et incantatoribus lustrat, vel aliud facit, et qui ei hoc consulit, annis quinque poeniteat. 16. q. 5. *qui divinatores. et cap. non liceat.*

Quadragesimus quartus est, quod qui pacem cum proximo suo non facere jurat, anno uno poeniteat, et ad pacem redeat. 22. q. 2. *qui sacramento.*

Quadragesimus quintus est, quod pro perjurio, adulterio, homicidio, dantur pro poenitentia regulariter septem anni, et similiter pro fornicatione: licet non ita aspera poenitentia injungatur. 22. q. 1. *praedicandum.* 33. q. 1. *hoc ipsum. et § sequent.*

Quadragesimus sextus est, quod, qui scienter rebaptizatur, septem annis poeniteat, et feria quarta et sexta, in pane et aqua jejunando tres Quadragesimas faciat, et hoc si fecit pro haeresi introducenda. Si autem pro munditia, id est, pro salute corporis obtinenda, ut *extra, de apost. capit. 2.*, tribus annis poeniteat. *de consecr. dist. 4. qui bis*, et talis, qui bis baptizatur vel confirmatur, fit de foro Ecclesiae, et cogitur fieri irregularis. *Dist. 84, dictum est.* De poena autem talium habetur *De consecr. dist. 4. eos.* Cujus capituli sententiam praetermitto gratia brevitatis.

Quadragesimus septimus est, quod qui uxorem adulteram cognoscit, antequam poeniteat, tres annos poeniteat. 24. q. 2. *si quis.* Qui vero cognoscit eam poenitentem ante poenitentiam peractam,

poeniteat duobus annis. *Eadem quaest. si quis primo.* Quomodo vero poenitentia injungenda sit mulieri partum alterius supponenti, vel etiam de non suo viro concipienti, habetur *extra, de poenitent. et remiss. officii.*

Ad regulas igitur praedictas inspiciendo potest studiosus indagator procedere ad poenitentias pro diversis criminibus secundum canones imponendas: et ex causa, consideratis circumstantiis, ut dictum est supra, moderari poterit eas. Et licet ab ipso omnes circumstantiae sint diligenter attendendae principaliter tamen qualitates personae, et praecipue utrum sit persona obnoxia alicui aliquo vinculo servitutis. Nam circa tales personas cavere debet pro posse Presbyter, ne talem poenitentiam eis imponat, per quam illis, quibus sunt astrictae, praejudicium fiat, maxime circa conjugatos, unde si servus sit, et timore peccaverit, obediens domino suo in atrocioribus, est mitius puniendus. 22. *quaest. 5. qui compulsus*, obedire tamen non tenebatur in talibus. 11. *quaest. 3 si dominus.* Si autem voluntarie peccaverit, corpore punietur, etiam acrius, quam alius. 24. *quaest. 1. qui contra pacem.* Nec est servo injungenda peregrinatio, per quam dominus ejus, qui non est in culpa, illius servitio defraudetur. *Extra, de sentent. excommunic. relatum.* Si vero liber sit, tota poenitentia canonis, si potest facere, debet imponi. 16. *quaestione 1. Sacerdotes poenitentiam.* Sed ex causa poterit eam Presbyter moderari.

Considerandum etiam erit, utrum sit persona nova in fide: quia novis in fide minor debet etiam poenitentia imponi. *Extra, de poenitent. et remis. Deus qui.* Et similiter considerandae erunt aliae personarum circumstantiae, de quibus ad praesens supersedeo, gratia brevitatis.

Sciendum autem, quod in foro poenitentiali dicuntur legitimae feriae secunda, quarta, et sexta. *Distin. 81. Presbyter. de consecr. distinctione 3 jejunia.* Aliqui tamen, ut dicit Rom. pro secunda feria ponunt Sabbatum.

Insuper notandum est, quod si poenitentiam in pane et aqua imponatur, non habenti panem, potest loco panis leguminibus et pisciculis vesci: et etiam aliis, si necessitas illud requirat. *Extra, de poenitent. et remiss. licet. in text. et gloss.* alias non licet.

Notandum etiam, secundum Joannem, si poenitentia sit im-

sita à canone, liberatur quis à jejunio dando denarium, vel legendo Psalterium propria auctoritate. Innocentius vero dicit, quod jejunia necessaria, ut: quatuor temporum, et hujusmodi, non possunt redimi, nisi subsit rationabilis causa; voluntaria vero redimi possunt etiam sine auctoritate superioris.

Ad hoc etiam nota, quod, ubi imponitur poenitentia aliquod annorum sive Quadragesimarum, nec additur, quomodo quis debet poenitere, hoc relinquitur arbitrio Presbyteri, cum poenitentiae sint arbitrariae, ut dictum est supra. Ipse enim Presbyter arbitrabitur eam per ferias legitimas faciendam, secundum canones. *50 distinct. de his clericis. extra, de homi. cap. 2, et in multis aliis juribus. Et sic intelligitur illud, extra, de accu. accusasti. et de spon. dilectus et similia.*

NÚMERO IV.

Cronología de los emperadores romanos, que reinaron durante el primer período de esta historia, á saber, desde Jesucristo hasta el edicto de pacificación de Constantino Magno, en 313.

Cayo, Julio, César, Octaviano, Augusto, nació en Roma, el año 62 antes de Jesucristo, fue proclamado primer emperador de los romanos en el año 29 antes del nacimiento del Salvador, y murió en el 14 de nuestra era.

Tiberio, nació en Roma el año 34 antes de Jesucristo; fue adoptado por Augusto el 14 de nuestra era, y murió de muerte violenta el 37.

Calígula, nació el año 12 de Jesucristo; sucedió á Tiberio en el de 32, y fue asesinado en el de 41.

Claudio, nació 10 años antes de Jesucristo; sucedió á su sobrino Calígula el año 41 de nuestra era, y murió envenenado el 54.

Neron, nació el año 37 de Jesucristo; fue adoptado por su suegro, Claudio, el año 50; le sucedió el 54, y se degolló el 68.

Galba, nació 4 años antes de Jesucristo; fue declarado Augusto por el senado el 68 de nuestra era, y los soldados pretorianos lo asesinaron el 69.

Oton, nació en Roma el año 32 de Jesucristo; fue proclamado emperador el 69, y se suicidó el mismo año, en 15 de abril.

Vitelio, nació el año 15 de Jesucristo; fue proclamado emperador el 69, y le quitaron la vida el 20 de diciembre del mismo año.

Vespasiano, nació el año 9 de Jesucristo; lo hicieron emperador el 69, y murió el 79.

Tito, nació el año 40 de Jesucristo; sucedió á Vespasiano, su padre, el 79, y murió el 81.

Domiciano, nació el año 51; sucedió á Tito, su hermano, el 81, y murió asesinado el 96.

Nerva, nació el año 32 de Jesucristo; fue declarado emperador el 96, y murió el 98.

Trajano, nació el año 32 de Jesucristo; fue adoptado por Nerva el 97; le sucedió el 98, y murió el 117.

Adriano, nació el año 76; fue adoptado por Trajano el 116; le sucedió el 117, y murió el 138.

Antonino-Pio, nació el año 86; fue adoptado por el anterior en 138; proclamado emperador en 10 de julio del mismo año, y murió en el de 161.

Marco-Aurelio, nació el año 121; fue adoptado por Antonino, y proclamado emperador el año 161, y murió en el 180: y

Lucio-Vero, nació el año 130; fue adoptado por Antonino el 138; asociado al imperio y hecho Augusto por su primo Marco-Aurelio el 161, y murió á fines del año 169.

Cómodo, nació el año 161; Marco-Aurelio, su padre, lo hizo Augusto el 177; le sucedió el 180, y murió envenenado y ahogado el último día del año 192.

Pertinax, nació el año 126; fue proclamado emperador por los pretorianos la misma noche que mataron á Cómodo; reconocido el 1 de enero de 193 por el ejército y el senado, y asesinado el día 28 de marzo siguiente.

Didier-Juliano-Severo, nació el 133; fue proclamado emperador el 193, y condenado á muerte por el senado en el mismo año.

Niger, Albino y Septimio-Severo, reinaron casi á la vez hasta el año 217, en cuyos últimos años fue tambien emperador el siguiente.

Caracalla, nació el año 168; su padre, Septimio-Severo, lo hizo César el año 196, y Augusto el 198; fue proclamado emperador con Geta, su hermano, por los soldados, el año 211, y asesinado el 217.

Geta, nació en 189; fue hecho César por su padre en 198; reconocido emperador con su hermano, Caracalla, en 211, y degollado por orden del mismo.

Macrino, nació el año 164; sucedió á Caracalla el 217, y murió de muerte violenta el 218.

Eliogábalo, nació el 204; fue proclamado emperador el 218, y muerto por los soldados el 222.

Alejandro-Severo, nació el año 208; fue adoptado y hecho César por Eliogábalo, su primo, el 221; le sucedió el año 222, y fue asesinado el 235.

Maximino, nació el año 173; fue proclamado emperador el 235, y asesinado el 238.

Los dos Gordianos. El primero fue proclamado Augusto el año 237, á la edad de 80 años, y se le asocia el mismo año su hijo. Este pierde la vida en un combate en Mauritania, y el padre acaba la suya ahogándose.

Máximo y Balbino, fueron proclamados emperadores por el senado el año 237, y asesinados por los pretorianos el 238.

Gordiano III, llamado el Joven, nació en 225; fue creado César por el senado en 237; declarado Augusto por los pretorianos en 238, y muerto en Zaithe en 244.

Felipe, nació el año 204; después de haber hecho asesinar á Gordiano empenó á los soldados á elegirlo emperador el 10 de marzo de 244, y, vencido por Decio, fue muerto el año 249.

Decio, nació el año 201; sucedió á Felipe en 249, y pereció en noviembre de 251 en una batalla contra los godos.

Galo y Volusiano: el primero fue proclamado emperador después de la muerte de Decio; creó César á su hijo Volusiano, y poco después Augusto, asociándoselo al imperio, y ambos fueron asesinados por los soldados el año 253.

Emiliano, nació el año 207; se hizo proclamar emperador, y fue reconocido por el senado después de la muerte de Galo, y lo mataron los soldados en 253.

Valeriano, nació el año 190; fue proclamado emperador el 253, y vencido por Sapor, rey de Persia, es condenado á muerte y desollado por orden del mismo rey el año 263.

Galieno, nació el año 233; su padre, Valeriano, lo asoció al imperio; reinó con él siete años, y ocho solo, y fue asesinado el 268.

Claudio, nació el año 214 ó 215; fue proclamado emperador el 268, y murió de peste el 270.

Quintilio, por muerte de su hermano Claudio, toma el título de emperador, que se le defiende por el senado y los soldados en Italia; pero, desesperando poder sostenerse contra Aureliano, proclamado emperador al mismo tiempo por el ejército en Sirmich, se suicida á los diez y siete ó veinte días de reinado.

Aureliano, nació el año 212; fue proclamado emperador el 270, y asesinado el 275.

Tácito, fue proclamado emperador el año 275, y asesinado por los soldados en Tarsis ó Tiano el año 276.

Floriano, tomó el título de emperador después de la muerte del anterior, hermano suyo uterino; pero solo reina tres meses; pues vencido dos veces por Probo, se abre las venas, y se deja morir de desesperación.

Probo, nació el año 232; fue elevado al imperio, á pesar suyo, el año 276, y muerto por sus soldados el año 282.

Caro, nació el año 230; fue proclamado por los soldados para suceder á Probo en 282, y muerto en 283.

Carino, primogénito del anterior, nació el año 249; fue hecho César el año 282; sucedió á su padre en 284, y fue asesinado por un tribuno en 285.

Numeriano, hijo segundo de Caro, fue declarado César en 282; proclamado emperador con Carino, su hermano, en 284, y muerto en el mismo año por la perfidia de Apro, su padrastro.

El imperio se divide entre cuatro emperadores, los dos Augustos, y los otros dos Césares.

Diocleciano, nació el año 245, y fue elegido emperador el 284. Es el primer autor de la división del imperio, que abdica en 305, y muere de despecho, miseria y desesperación en 313.

Herculeo, nació el año 250; Diocleciano lo asoció al imperio el año 286, y se suicidó, ahogándose, en 310.

Constancio Cloro, nació el año 250; fue declarado César el año 292; en 305 sucedió con Galerio á Diocleciano y á Herculeo, y muere en 306.

Galerio, fue creado César por Diocleciano en 292; hecho Augusto en 305, y murió en 311.

Severo, fue declarado César por Herculeo el año 305, y Augusto por Galerio el año 306, y en 307 el mismo Herculeo lo hace asesinar.

Maximino, fue creado César por Diocleciano el año 305; se hizo proclamar emperador el año 308, y muere violentamente el año 313.

Constantino, llamado el Magno, nació el año 274; fue proclamado Augusto el 306; quedó dueño absoluto de todo el imperio el año 323, y murió el 337.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

NOTA. La aprobacion del Ordinario se hallará en el último tomo.

ÍNDICE.

Prólogo de los traductores franceses.	Pág. 5
Prefacio del autor.	11

INTRODUCCION.

PRINCIPIOS Y GENERALIDADES DE LA CIENCIA.

§§ I.	Religion. — Iglesia. — Iglesia cristiana.	17
II.	Verdadera Iglesia cristiana. — Sectas particulares del cristianismo.	20
III.	Historia. — Historia eclesiástica cristiana.	21
IV.	Objeto de la historia eclesiástica.	23
V.	Historia eclesiástica universal y particular.	26

FORMA DE LA CIENCIA.

VI.	De qué manera la historia eclesiástica es una ciencia.	28
VII.	Imparcialidad de la historia eclesiástica.	30
VIII.	Division de la historia segun las divisiones del tiempo.	31
	<i>Primer período.</i>	32
	<i>Segundo período.</i>	32
	<i>Tercer período.</i>	33
IX.	Division segun la naturaleza de los asuntos.	34

FUENTES.— CIENCIAS PREPARATORIAS, CIENCIAS AUXILIARES. — VALOR Y UTILIDAD DEL ESTUDIO DE LA HISTORIA ECLESIASTICA.

X.	Fuentes de la historia eclesiástica.	36
XI.	Crítica y uso de las fuentes.	39
XII.	Ciencias preparatorias y auxiliares, necesarias á la historia eclesiástica.	39
XIII.	Importancia de la historia eclesiástica; objeto y utilidad de su estudio.	42

PRIMER PERÍODO.

§§ XIV.	Historiadores eclesiásticos griegos.	47
XV.	Historiadores eclesiásticos latinos.	50

SEGUNDO PERÍODO.

XVI.	Historiadores en los pueblos germanos.	51
XVII.	Historiadores de la Iglesia griega.	54

TERCER PERÍODO.

XVIII.	Lucha histórica entre protestantes y católicos.	55
XIX.	Estudios sobre la historia eclesiástica en Francia.	56
XX.	Estudios sobre la historia eclesiástica en Italia.	59
XXI.	Historiadores eclesiásticos católicos en Alemania.	60
XXII.	Historiadores eclesiásticos luteranos.	62
XXIII.	Historiadores eclesiásticos de la (<i>pretendida</i>) iglesia reformada.	65

**EL MUNDO ANTIGUO Y SUS RELACIONES CON EL CRISTIANISMO,
DEL CUAL ES PREPARACION.**

67

Exámen general de la situación religiosa y moral de los paganos y judíos en la época del nacimiento de Jesucristo.

XXIV.	Del paganismo en general.	68
XXV.	Religion de los pueblos mas célebres del Oriente.	73
XXVI.	Religion del Egipto.	83
XXVII.	Religion y moralidad de los griegos.	84
XXVIII.	Religion y costumbres de los romanos.	89
XXIX.	Estado político, religioso y moral del pueblo israelita.	96
XXX.	Los judíos fuera de la Palestina, morando entre los paganos. — Influencia recíproca de los unos sobre los otros. — Helenistas. — Prosélitos paganos.	111
XXXI.	Sectas principales: los fariseos, los saduceos, los esenios, los samaritanos.	114
XXXII.	Plenitud de los tiempos.	120

PRIMER PERÍODO.

PRIMERA ÉPOCA.

DEL NACIMIENTO DE JESUCRISTO HASTA CONSTANTINO MAGNO.

(1-313).

Trabajos sobre la historia eclesiástica de este período.	123
--	-----

Primera parte.

JESUCRISTO Y EL SIGLO APOSTÓLICO.

CAPÍTULO I.

Vida y trabajos de Jesús por todo el género humano.

§§ XXXIII.	Investigaciones cronológicas sobre el año del nacimiento y sobre la vida de Jesucristo.	125
XXXIV.	Nacimiento de Cristo.	127
XXXV.	De lo que se llama el desarrollo de Jesús.	129
XXXVI.	Juan Bautista.	130
XXXVII.	Vida pública de Jesucristo. — Su objeto.	134
XXXVIII.	Doctrina divina de Jesús.	135
XXXIX.	Jesús funda una sociedad religiosa.	138
XL.	Jesucristo en presencia de los judíos.	141
XLI.	Muerte de Jesús.	143
XLII.	Resurreccion de Jesucristo : su Ascension.	145

CAPÍTULO II.

Historia de los Apóstoles : sus trabajos por la propagacion del cristianismo y la fundacion de la Iglesia entre los judíos y los paganos.

XLIII.	Pentecostes.	147
XLIV.	Persecucion de los discípulos de Cristo : propagacion del cristianismo á consecuencia de ella.	149
XLV.	Saulo perseguidor. — Pablo apóstol.	151
XLVI.	Predicacion del Evangelio entre los gentiles.	153
XLVII.	Viajes apostólicos de san Pablo. — Sus epístolas.	155
XLVIII.	Trabajos apostólicos de san Pedro.	158
XLIX.	Trabajos de los demás Apóstoles.	160
L.	Rápida propagacion del cristianismo en medio de las persecuciones.	162
LI.	La Iglesia se separa de la Sinagoga. — Guerra de los judíos. — Ruina de Jerusalem.	164

CAPÍTULO III.

Organizacion y constitucion de la Iglesia apostólica.

LII.	Clérigos y legos.	168
LIII.	Jerarquía instituida por Jesucristo. — El episcopado. — El sacerdocio. — El diaconado.	170
LIV.	Doctrina de san Pablo sobre la organizacion de la Iglesia y la necesidad de una autoridad doctrinal y gubernativa.	174

CAPÍTULO IV.

Vida cristiana. — Culto. — Disciplina eclesiástica.

§§ LV.	La vida cristiana.	177
LVI.	Asambleas religiosas. — Culto.	179
LVII.	La disciplina.	181

CAPÍTULO V.

Herejías de la época. — Trabajos de san Juan. — Fin del siglo apostólico.

LVIII.	Herejías de los ebionitas, de los nazarenos y de Cerinto, nacidas de la mezcla del judaismo y del cristianismo.	184
LIX.	Herejías nacidas del paganismo. — Docetas. — Nicolaitas.	188
LX.	El apóstol san Juan. — Su lucha contra los herejes.	190
LXI.	Conclusion.	192

Segunda parte.

DESARROLLO EXTERIOR DE LA IGLESIA CATÓLICA.

CAPÍTULO I.

I. Propagacion del cristianismo. — II. Persecuciones de la Iglesia cristiana.

LXII.	Propagacion de la Iglesia cristiana en Asia.	193
LXIII.	Iglesias cristianas en África.	197
LXIV.	Extension del cristianismo en Europa.	198
LXV.	Causas de la rápida propagacion del cristianismo.	205
LXVI.	Obstáculos que se opusieron á la propagacion del cristianismo.	206
LXVII.	Situacion de los cristianos bajo los emperadores, en los siglos II y III.	209
LXVIII.	En el siglo III.	214
LXIX.	Apologistas cristianos. — Su tendencia.	225
LXX.	Los mártires de la Iglesia católica.	228

CAPÍTULO II.

Combates interiores de la Iglesia contra las herejías.

LXXI.	El gnosticismo, su origen, sus principales caracteres.	232
LXXII.	Caracteres y principales Formas del gnosticismo.	236
	A. Forma judeo-helénica del gnosticismo. Gnósticos egipcios : Carpócrates.	236
	Basilides.	237
	Valentino.	238

	Los ofitas.	240
	B. Forma judáico-persa del gnosticismo. Gnósticos siríacos: Saturnino.	242
	Bardesano.	243
	Taciano.	244
	Marcion.	244
§§ LXXXIII.	El maniqueismo.	247
LXXIV.	Secta iluminada, fantástica y ascética de los montanistas. — Los alogos, adversarios de estos.	254
LXXV.	Herejes racionalistas: antitrinitarios ó monarquianos.	256

CAPÍTULO III.

Doctrina universal de la Iglesia católica opuesta á las concepciones parciales de los herejes.

LXXVI.	La tradicion, ó el principio de la transmision del cristianismo en la Iglesia católica.	261
LXXVII.	Doctrina de la Iglesia católica sobre Dios.	266
LXXVIII.	Doctrina de la Iglesia católica sobre Jesucristo como Redentor. — Su divinidad. — Su humanidad.	267
LXXIX.	Doctrina de la Iglesia católica sobre el Espíritu Santo y la Trinidad divina.	270
LXXX.	Principios relativos á la ciencia eclesiástica.	271
LXXXI.	Diversas formas de la ciencia eclesiástica. La escuela catequística de Alejandria. — Clemente. — Orígenes.	273

CAPÍTULO IV.

Constitucion de la Iglesia católica.

LXXXII.	Pronunciase la supremacia episcopal.	283
LXXXIII.	Auméntase el número de las funciones eclesiásticas.	283
LXXXIV.	Educacion, eleccion y manutencion del clero.	287
LXXXV.	Celibato de los eclesiásticos.	290
LXXXVI.	Desarrollo de la organizacion de la Iglesia por medio de la autoridad del metropolitano y la institucion de los concilios provinciales.	293
LXXXVII.	Primacia del obispo de Roma. — Centro de unidad de toda la Iglesia. Tascio Cecilio Cipriano.	296

CAPÍTULO V.

Culto. — Disciplina. — Vida religiosa y moral de los cristianos.

LXXXVIII.	Necesidad del culto exterior. — Iniciacion en la Iglesia católica. — Bautismo. — Confirmacion.	302
-----------	--	-----

§§ LXXXIX.	Controversia sobre la validez del bautismo de los herejes. — Esteban. — Cipriano. — Firmiliano.	306
XC.	Sacramento de la Penitencia: disciplina penitenciaría.	309
♦ XCI.	Cisma de Novato en Cartago, — de Novaciano en Roma, — y de Melecio en Egipto.	313
XCII.	Celebración de la Eucaristía.	313
XCIII.	Los tiempos santos. — Controversia sobre la Pascua. — Lugares de reunión de los fieles.	319
XCIV.	Influjo del cristianismo en las costumbres: matrimonio: ascetismo: sepultura.	325
XCV.	Vida religiosa y moral de los cristianos.	329
	Ojeada retrospectiva.	332
	Documentos justificativos.	335

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.